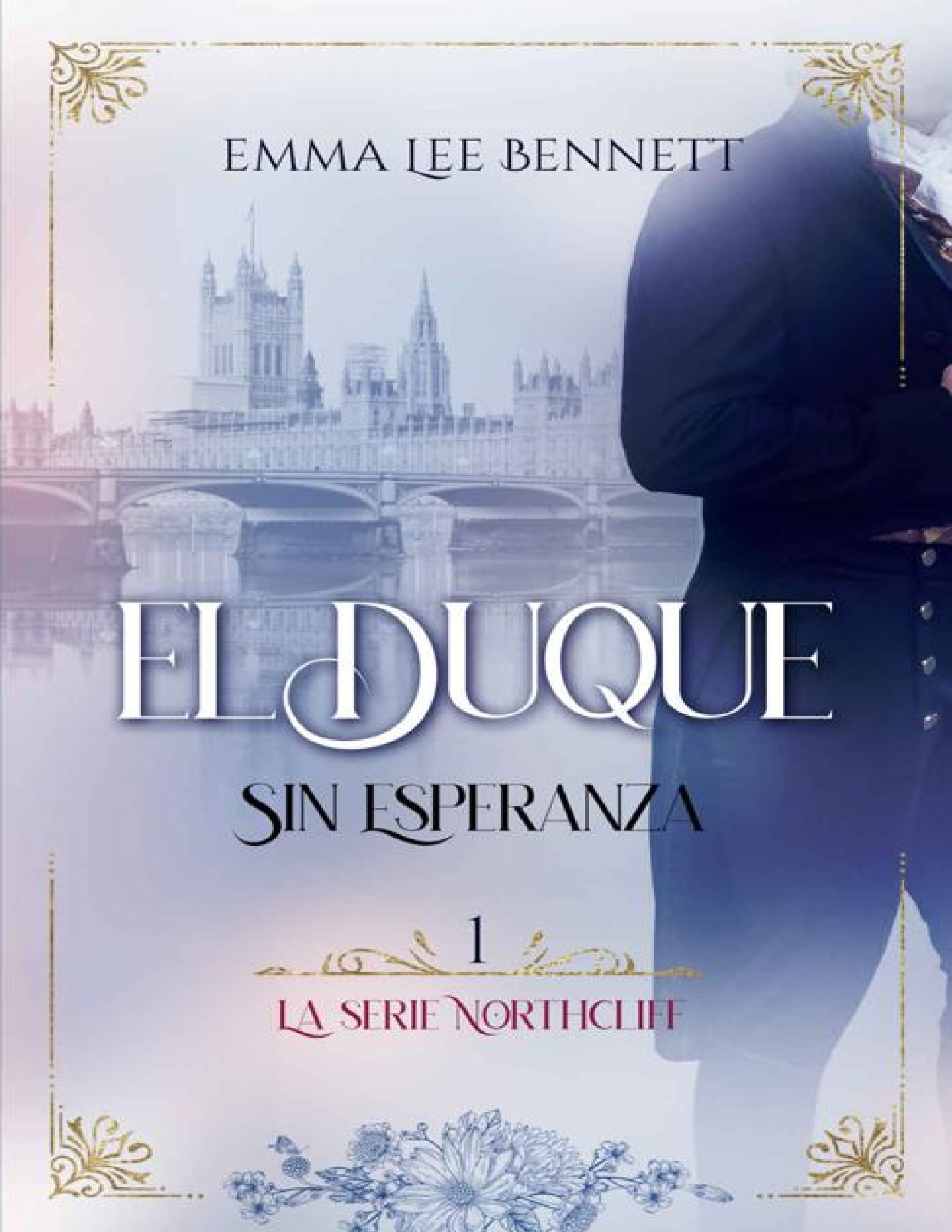
EMMA LEE BENNETT



EL DUQUE

SIN ESPERANZA

1

LA SERIE NORTHCLIFF

El Duque: Sin Esperanza

La Serie Northcliff

EMMA LEE BENNETT

Contenido

El Duque: Sin Esperanza
PERSONAJES
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
AGRADECIMIENTOS
Copyright



A mi marido y a mis hijos
que con amorosa paciencia y comprensión
me han acompañado en mi viaje como escritora.
¡Gracias!

PERSONAJES

Los Northcliff, escoceses
Keiran Cole MacKendrick, duque de Northcliff, marqués de Lothian
Axel Nevin MacKendrick, hermano de Keiran
Colin Roy MacKendrick, hermano de Keiran
Ailbert Derek MacKendrick, padre de Keiran, el viejo duque de Northcliff
Bridget Aileen MacNaughton, madre de Keiran

En el hogar de los Northcliff
Angus Ramsay, mayordomo
Agatha Brodie, ama de casa
Lorna Wood, comadrona
Elsie Duff, niñera
Annis, hija de Elsie Duff
Lorna Begbie, cocinera
Mary y Christel Connelly, sirvientas
Lawrence Boyd, médico
Owen Wilson, campesino
Ben Wilson, hijo de Owen, camarero personal de Keiran
Tremaine, caballerizo
Willie, ayudante del caballerizo
Steve, valet
Calum y Marion Dunbar, campesinos
John Saunders, sacerdote católico
Jinny, nueva camarera
Abuela Homa, madre de Asabi, abuela de Pitch
Asabi, madre de Pitch
Malik Sikulu, hermano de Pitch
Zaynab, Beyruud, Caroline, Johnatan, encontrados por Keiran
Mrs. Mitchell, modista de Edimburgo
Hugh Foster, *Bow Street Runner*

Los Hereford, ingleses
Eleonor Grace Hambrook, hija del conde de Hereford (Nicholas)
Nicholas Hambrook, padre de Eleonor Grace, conde de Hereford
Sophie Addison, madre de Eleonor Grace, condesa de Hereford
Ernest Hambrook, hermano de Nicholas, conde de Hereford
Martha Bradford, esposa de Ernest, condesa de Hereford
Andrew Hambrook, hijo de Ernest y Martha, conde de Hereford
Nancy Jane Hambrook, hija de Ernest y Martha

En el hogar de los Hereford en Ashford
Adam Jenkins, mayordomo de Roman Way House
Isaac Phillips, médico en Ashford y Londres

Emily Morris, cocinera
Timothy Preston, médico sustituto
Hettie, sirvienta personal de Eleonor Grace
Mrs. Appleton, modista en Ashford

En casa Hambrook en Londres
John Simmons, mayordomo
Sarah, sirvienta personal de Martha
Freddie, camarero personal de Andrew
Maggie, sirvienta personal de Nancy Jane
Mr. Stanfield, secretario de Ernest



Otros
Daniel Johnson, mejor amigo de Keiran, marqués de St. James
Cyrus Campbell, marqués de Wiltshire
Winifred Condell, marquesa de Wiltshire
Lawrence Campbell, hijo de Cyrus y Winifred, conde de March
Alice Campbell, hija de Cyrus y Winifred
Mathilda Bradford, hermana de Martha, vizcondesa Queensbury
William Leight, conde de Bath
Olivia Grey, condesa de Bath
Georgia Leight, hija de William y Olivia
Patty, doncella de Georgia
Constance Gray, hermana gemela de Greta, hermana de Olivia
Greta Gray, hermana gemela de Constance, hermana de Olivia, condesa di Oxfuird, esposa del conde de Oxfuird
Lavinia Russell, amante del viejo duque de Northcliff, viuda condesa de Portland
Simon Calter, hijo de Lavinia, conde de Portland
Martin Stevens, secretario de la condesa de Portland
Philippa Evan, primera amante de Keiran, viuda condesa de Wilmot
Eve Chapman, segunda amante de Keiran, viuda marquesa de Grafton, hija mayor del conde de Lennox
Gabriel Chapman, hijo del conde di Lennox, vizconde Hamilton
Arabella Chapman, hija del conde de Lennox
Sarah Chapman, hija del conde de Lennox
Anthony Fellow, abogado de lord Hamilton
Edward Harris, Mayor de la *Royal Navy*
Mathilda Stone, hija del vizconde Gascoyne

Mary Barnes, hija del reverendo Barnes
Emily Barker, falsa sobrina del marqués de Spencer
Abigail Palmer, hija de Thomas y Theodora, baronesa Douglas, esposa del barón Douglas
Simon Wilkinson, abogado de los Northcliff, de los Hereford, de St. James
George Peterson, ayudante del abogado de Wilkinson
Perceval, primer Ministro
Michael Stevens, hermano gemelo de Martin, secretario de Perceval
Anthony Landon, padre de Caroline
Nijenjui, propietario chino del fumadero de opio
Peter Beker, periodista
Maria Vitale, modista en Londres

Los barcos del duque de Northcliff
Bride, Eleonor Grace, Bloody Mary, Black Flower, Butterfly, The Flying Queen

El barco del Marqués de St. James
Water Rat

El barco del Marqués de Wiltshire
Blue Sky

A bordo del «Eleonor Grace»
Stone, contramaestre
Gideon, cocinero
Pitch, porque es negro como la «pez», somalí, hijo de Asabi, nombre real Wanjala Sikulu
Moro, musulmán, oscuro de piel
Rabino, inglés judío
Club, es decir «clava»
Rugoso, por la cara picada por la viruela
Casanova, Tony, el rompecorazones
Fraiser, boticario, amante de las hierbas medicinales
Shorty, es decir «corto», sardo, de nombre real Efisio
Leonardo, florentino, porque tiene adoración por Da Vinci
Los niños, Sammy y Cody, deshollinadores rescatados de su triste destino



El chico nuevo, Jesse

PRÓLOGO

Shell Bay Manor
Fifeshire, en el Estuario de Forth, Escocia

Agosto de 1785

Ailbert Derek MacKendrick, duque de Northcliff, miraba impaciente por la ventanilla, un tanto irritado por el larguísimo viaje que tenía por delante.

Aquel malestar contribuyó a consolidar la decisión que ahora había tomado: volvería a vivir con su esposa hasta que ella tuviera un segundo y probablemente un tercer hijo. Sabía que le causaría ansiedad y disgusto a la duquesa, pero no permitiría que su hijo mayor, Keiran, siguiera siendo el heredero.

Cuanto más pensaba en el problemático muchacho de ojos azules oscuros que era su hijo, más se convencía de que había tomado una decisión correcta y responsable. Más tarde razonaría una solución decente y aceptable para alejar todo lo posible del título a aquel hijo incapaz.

El imponente carruaje traqueteaba debido a la velocidad impuesta al cochero. El calor en el interior del vehículo era sofocante y su frente estaba empapada de gotitas de sudor.

Su mirada vagaba por las colinas donde se había cosechado la cebada antes del verano y no podía evitar pensar en el *whisky* de su tierra, que el mayordomo Angus Ramsay solía servirle en su estudio.

Había avisado de su llegada y fue recibido con la debida acogida.

El personal hacía gala de sus uniformes azul claro, el azul claro del tartán escocés de los MacKendrick, y esperaba al duque en el patio de grava situado frente a la entrada principal. El mayordomo, exactamente en medio de la doble fila de sirvientes, adoptó su expresión más serena en un intento de ocultar la preocupación que desde aquella mañana sentía, desde que el joven marqués, heredero del duque, le había contado el sueño que había tenido la noche anterior.

Y así fue como su excelencia el duque de Northcliff los encontró, bajando del polvoriento carruaje: alineados en orden y esperando un gesto de saludo. Pero él, observando que la temperatura exterior era inaceptable, pasó de largo sin conceder una triste mirada a sus fieles sirvientes y caminó enérgicamente hacia la escalera de piedra que conducía a la entrada.

Ramsay lo flanqueó mientras subía los primeros peldaños.

—Excelencia, nos sentimos honrados de teneros de nuevo aquí.

El duque hizo un ligero gesto con la cabeza.

—¿Dónde está la duquesa?

—Os aguarda en el salón rosado, excelencia. Os espera para el té. Nuestra cocinera ha preparado los pastelitos que tanto os gustan y, si me permitís la libertad de opinión, os aseguro que esta vez se ha superado a sí misma.

El duque no recordaba que su mayordomo fuera tan prolijo; en realidad, nadie en aquella casa había sido nunca locuaz, porque todos le temían y él lo sabía. Durante años había cultivado una atmósfera tan severa y austera que nadie podría cambiarla nunca. Al menos eso creía él...

Atravesó la entrada, ignorando el rostro sonriente y sereno de Mrs. Brodie, el ama de llaves, y

entró en el salón rosado.

Lady Northcliff estaba de pie, esperando; con una sonrisa apenas esbozada en los labios, trató de reprimir la sensación de inevitabilidad que sintió en el momento exacto en que se encontró con su mirada.

—Me alegro de volver a verte, Ailbert. ¿Qué tal el viaje?

Lord Northcliff se había detenido de repente, sorprendido por lo joven y hermosa que seguía pareciendo su esposa: su cabello negro azulado no estaba empolvado, sus ojos azules eran cristalinos y profundos, su esbelta figura resaltaba con un vestido ocre brillante, de corte sencillo pero lo suficientemente escotado como para recordarle perfectamente lo que había debajo.

Tomó aire para encontrarse consigo mismo.

—El viaje ha sido exactamente como lo había previsto: largo, caluroso y agotador.

Lady Northcliff dirigió una mirada al mayordomo que estaba en la puerta y éste sirvió inmediatamente el té. Ella se sentó en su sillón favorito.

—Gracias Ramsay —le dijo al hombre que, con una mirada de comprensión, intentaba apoyarla.

El duque no podía dejar de mirarla y compararla con Lavinia, la viuda del conde de Portland, y su amante desde hacía muchos años. Su esposa era sin duda más hermosa. Iba a resultar un verdadero placer dejarla embarazada.

En cuanto Ramsay salió, lady Northcliff encontró el valor para preguntarle:

—¿Por qué has vuelto Ailbert? —En su corazón ya sabía la respuesta.

—Bridget Aileen —dijo concentrado mientras miraba sus labios—, creía que lo habías entendido.

El corazón de Bridget comenzó a latir más rápido.

—Han pasado ocho años y no pensaba que...

—¿Dónde está Keiran?

—Está con uno de tus campesinos. Están arreglando un cobertizo de herramientas y...

—Precisamente ahora.

—Te esperábamos esta mañana y como no has llegado...

—Ese chico no tiene las cualidades necesarias para ser mi heredero.

Los dos se miraron durante unos instantes, y ella intentó defender a su adorado hijo.

—Llegarán con el tiempo...

—Todos los meses tengo noticias de su tutor desde hace años. Y no hay, ni habrá, ninguna mejora que me haga cambiar de opinión. Ni lee ni escribe como debería hacerlo un niño de su edad, y eso no es normal. Quiero más hijos. Por lo tanto, te harías un favor a ti misma si te resignaras a la idea ahora mismo. Y le harías un favor a tu hijo si te mostraras complaciente conmigo y favorable en el futuro a explicarle, con tu admirable paciencia maternal, que él no es, digamos, apto para ser heredero de un duque.

El corazón de Bridget ralentizó sus latidos y se calmó.

Los ojos de su marido eran firmes y ella se dio cuenta de que ya no podía decir ni hacer nada para cambiar las cosas. La llevaría al lecho hasta dejarla embarazada de nuevo; mortificaría a Keiran con su constante desaprobación; restablecería reglas olvidadas hacía mucho tiempo y el ambiente, antes tenso y triste, volvería a reinar en la casa.

Ahora tranquila, se tomó su tiempo para observar a su marido. Lo había amado tanto y trataba de encontrar dentro de sí misma lo que la había fascinado de él. O tal vez sólo había sido atracción física...

Miró sus anchos hombros, imaginó el pelo rubio bajo la peluca, observó los ojos verdes muy

claros, fríos e inescrutables.

Tal vez fuera lo mejor, al menos Keiran ya no sería objeto de las grandes expectativas del duque y encontraría algo de paz.

* * *

Mayo de 1786

Un lamento débil, casi inaudible, resonó en el espacio frente a los aposentos de lady Northcliff y el duque no pudo contener una mueca de satisfacción.

Keiran lo observó desde detrás del nicho que había al final del corredor y sonrió, mostrando sus ocho añazos: ¡pocas veces había visto a su padre con un rostro tan alegre! Salió de su escondite y se colocó frente a él, interceptando su mirada.

El duque se recompuso y exclamó:

—Solo espero que sea un varón.

Rodeó a su hijo y entró en la alcoba sin llamar.

Keiran ya no sonreía. Hasta ese momento no había pensado que su padre hubiera preferido otro varón... al fin y al cabo, él ya lo era. Incluso su madre le había confiado que, niño o niña, ella sería feliz de todos modos.

La puerta se abrió y salió Mrs. Brodie. Llevaba las mangas arremangadas, y parecía complacida de encontrarlo esperando noticias.

—Keiran Cole MacKendrick, marqués de Lothian —comenzó a anunciar la nueva de una manera deliberadamente formal—, es para mí un gran honor anunciar el nacimiento de vuestro hermano Axel Nevin.

El joven Keiran se sintió muy afortunado por ser uno de los primeros, después del duque, por supuesto, en ser informado de un acontecimiento tan extraordinario. Sólo su madre y Agatha podían hacerle sentir tan importante.

Sus ojos pensativos se fijaron en los maternales de la mujer que extendió sus suaves brazos en los que él se arrojó, buscando refugio ante la desmesurada felicidad que estaba sintiendo. Lloró de alegría.

Parecía tan frágil en aquel momento y, en efecto, lo era: siempre había sido demasiado sensible para su corta edad, y el hecho de que pocos aceptaran su dulce naturaleza le hacía la vida bastante difícil.

—Nueve años en agosto: no es propio de mi edad llorar así.

Agatha sonrió:

—Tienes razón, pero incluso a los duques se les permite llorar de alegría, así que...

El joven marqués se aplacó, pero permaneció un rato más apoyado en el exuberante pecho del ama de llaves. Luego, de repente, se apartó.

—Agatha, me gustaría ver a mi hermano, por favor.

—Por supuesto. Dame tiempo para ver si lady Northcliff y el pequeño tienen fuerzas para recibir.

Keiran asintió con la cabeza y se secó con los dedos las mejillas húmedas por las lágrimas. Luego se sentó en una silla frente a la puerta, esperando pacientemente.

El ama de llaves volvió a entrar en la alcoba.

El doctor Boyd, el médico de confianza del duque de Northcliff, parecía cansado pero era todo un profesional. Había llegado durante la noche procedente de Edimburgo, mandado llamar por el duque la noche anterior, y había viajado sin detenerse. Ahora estaba tomando el pulso a la duquesa, mientras Lorna Wood, la comadrona con más talento de Kirkcaldy, se afanaba

alrededor de la cama, limpiando y ordenándolo todo.

El bebé estaba en brazos de la nodriza, Elsie Duff, que había dado a luz cinco meses antes y aún tenía leche de sobra para repartir entre su hijita y el joven noble recién nacido.

Los atentos ojos del duque observaban los movimientos de la nodriza que había elegido para su hija, y Mrs. Brodie observó que nunca se posaban en su exhausta esposa, fatigada por el largo parto.

Se acercó y con la debida compostura murmuró:

—Excelencia, el marqués ha expresado su deseo de conocer al pequeño.

—No, ahora debe descansar.

—Excelencia —dijo la comadrona con demasiada convicción—, estoy segura de que el pequeño no se despertará si...

El duque la fulminó con la mirada.

El doctor contuvo la respiración, pero le habría encantado indicarle al duque que debería haber sido más considerado con la mujer que acababa de dar a luz, que el pequeño estaba bien y ya descansaba plácidamente.

—Mrs. Brodie —balbuceó lady Northcliff con voz apagada—, decidle a Keiran que estoy exhausta y si no le importa demasiado estaré encantada de recibirle en cuanto tenga un aspecto digno para un marqués.

El ama de llaves se dio cuenta de que, una vez más, la dulce y decidida duquesa había encontrado la forma de evitarle a Keiran la enésima mortificación.

El duque miró a su esposa como si acabara de darse cuenta de su presencia. Parecía agotada.

—Sí, la duquesa debe reposar y ponerse presentable —dijo el duque—. Doctor, terminad aquí y reuníos conmigo en mi estudio. —Se volvió y le ordenó a la nodriza—: Cuidad del pequeño. Volveré más tarde.

Salió de la alcoba seguido por el ama de llaves. No se detuvo cuando Keiran, al verle, se levantó de la silla por respeto, como le habían enseñado, y bajó las escaleras con decisión.

—Tu hermanito duerme y está bien —le dijo sonriente Agatha—, pero la mamá no quiere recibirte antes de haberse puesto guapa para ti. Dice que debe estar presentable, como corresponde a un marqués. Comprendes la importancia de estas cosas en estas circunstancias, ¿verdad? —Luego, con aire conspiratorio, continuó—: Sabes, el hecho de que te hable en tono confidencial y te tutee cuando estamos a solas no significa que no haya que guardar la etiqueta. Hay que darle tiempo a lady Northcliff para que se prepare como es debido, ¿estás de acuerdo marqués?

—Por supuesto, Mrs. Brodie, tenéis razón. Mandad a buscarme en cuanto mamá esté lista para recibirme. —Se alejó con la cabeza bien alta. Luego se detuvo un momento, se dio la vuelta y dijo—: Gracias por todo, Agatha.

El ama de llaves le vio marcharse y, cuando estuvo segura de que no la veían, ya no contuvo las lágrimas. Recordaría para siempre la tristeza de aquellos ojos.

* * *

Julio de 1787

Hacía calor, pero la sombra del gran roble situado al oeste de la casa ofrecía un agradable frescor.

La duquesa dormitaba con la espalda apoyada en los innumerables cojines que descansaban sobre el gran tronco. Un vestido azul claro resaltaba el tono azulado de su cabello negro azabache. Un sencillo peinado alto le dejaba la nuca al descubierto, y sólo un mechón rebelde y

húmedo de sudor enmarcaba su rostro, apenas enrojecido por el sol veraniego.

Keiran no la perdía de vista mientras jugaba con el pequeño Axel, la nodriza Elsie Duff y su hija Annis. A estas alturas, el embarazo estaba llegando a su fin y él podía ver lo cansada, acalorada y agobiada por la gran barriga que estaba la madre.

—¡Kan! ¡Kan! ¡Kan! —repetía berreando el pequeño Axel, señalando a su hermano mayor, que sonreía satisfecho.

Keiran se sentó junto a su madre y puso su mano sobre la de ella. Una violenta sacudida le recorrió el brazo y se clavó en él, perturbándolo.

Mamá abrió los ojos de repente, asustada.

Se miraron asombrados durante unos instantes.

—Ha llegado el momento. Lo he sentido.

—Está bien, Keiran.

El chico se levantó.

—Por favor, llevad adentro a mi hermano inmediatamente. —le dijo a Elsie—, y enviadme enseguida a Mrs. Brodie y a Ramsay.

La mujer respondió con un chasquido a las órdenes del joven marqués sin explicarse la fuerte sensación de sumisión que la invadió al mirar sus misteriosos e inquietantes ojos azules. Aquel joven parecía saber y entender más de lo que debía.

—Estate tranquila —susurró Keiran, sentándose de nuevo al lado de su madre—, estaré contigo.

—Tienes sólo nueve años, Keiran...

—Casi diez, y quiero sostener tus manos durante el parto para aliviarte el dolor.

—Eres demasiado joven para asistir...

—No.

Lady Northcliff sabía que si Keiran la hubiera cogido de la mano habría sufrido menos. Ella había descubierto su poder siendo un recién nacido, pero el duque nunca le había creído.

—Keiran... será embarazoso si te quedas conmigo... no podré... desahogarme...

—Lo entiendo. —Él la observaba como si estuviera reflexionando—. Me quedaré contigo. Te cogeré de la mano, y cuando llegue el momento, me iré.

Lady Northcliff asintió y cerró los ojos. Una sensación de paz y tranquilidad la invadió.

* * *

El doctor Lawrence Boyd se quedó atónito en la puerta ante la extraordinaria escena que se le presentaba.

La comadrona Lorna Wood y la nodriza Duff se apresuraban a preparar paños y sábanas, siguiendo las instrucciones que les había dado.

No parecían darse cuenta de lo que le asombraba: lady Northcliff estaba tumbada en la cama, apoyada contra unas almohadillas, bajo una ligera sábana que le cubría el vientre hinchado, con los ojos abiertos de par en par, mirando con extrema concentración el rostro del muchachito de pelo oscurísimos que estaba sentado en la cama, frente a ella.

El doctor dio unos pasos laterales y observó el perfil del joven marqués. Tenía los ojos cerrados, una expresión de dolor estropeaba la perfecta línea de sus oscuras cejas, su frente relucía resplandeciente por un velo de sudor, su respiración entrecortada denotaba un gran esfuerzo por lo que estaba haciendo... Entonces el doctor Boyd se dio cuenta de que Keiran sujetaba con firmeza las manos de su madre entre las suyas y que la mujer no parecía, en absoluto, estar sufriendo, sino simplemente algo preocupada.

Comprendiéndolo, se acercó a la cama. Keiran no se movió. La duquesa miró al doctor para

tranquilizarlo. Éste asintió y empezó a examinar a la parturienta.

Keiran abrió los ojos y miró a su madre:

—Algo va mal, lo siento.

Madre e hijo se miraron fijamente a los ojos durante unos instantes.

Lady Northcliff tenía miedo. Esperó a que el doctor terminara. Éste sacó las manos de debajo de la sábana y habló con voz sombría:

—Hay que avisar inmediatamente al duque. —Luego, dirigiéndose al ama de llaves, dijo —: Mandad a buscarlo.

—No, aún no... — murmuró decidida Lady Northcliff.

—Excelencia, sería mejor... Mirad que...

—Doctor, haced lo que debáis, yo permaneceré aquí el tiempo que sea necesario. Mi padre, el duque, será avisado más tarde. —El tono perentorio del chico sorprendió al doctor y a todos los demás, excepto a Mrs. Brodie y lady Northcliff.

La duquesa hizo un gesto con la cabeza al médico.

—De acuerdo, marqués, pero, os lo ruego, no le soltéis las manos.

Y Keiran nunca se separó de las manos de su madre.

El médico tardó poco en agarrar con firmeza pero con suavidad el pie encajado del feto, que venía de nalgas. Para entonces la mayor parte del esfuerzo se había hecho.

El pequeño se deslizó con un último empujón sin que Lady Northcliff sufriera y sin que Keiran se percatara materialmente de lo que ocurría a sus espaldas. Él mantuvo los ojos cerrados, concentrado, sin escuchar siquiera los comentarios incrédulos de los presentes. Su rostro fatigado revelaba claramente el sufrimiento que sentía él, pero no su madre.

El doctor Boyd estaba confuso. Conocía los extraordinarios poderes de las manos del joven marqués, pero nunca imaginó que sería testigo de un acontecimiento como éste. Lo escrutó y de pronto le invadió una sensación de ternura: era sólo un niñito...

Le puso una mano en el hombro.

Keiran le miró ausente.

—Marqués, todo ha salido bien. Ahora debéis reposar. Nosotros asistiremos a vuestra madre.

El chico no se movió. Luego soltó lentamente las manos de su madre, que le miraba entre lágrimas, con los ojos llenos de amor y gratitud. Ella levantó el brazo y con la mano rozó la mejilla de su hijo.

—Keiran...

Él se incorporó, pero le temblaban las piernas y el doctor tuvo que sostenerle enseguida. Dio unos pasos. Llegó al cómodo sillón que había frente a la chimenea y se recostó en él.

Estaba agotadísimo, pero la visión de su hermanito le abrió el corazón y unas cálidas lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas; estaba demasiado cansado para preocuparse de que lo vieran.

Le pesaban los ojos. Sucumbió al sueño, no sin antes admirar la escena que tenía delante: un tierno bebé de pelo rojizo y mejillas sonrosadas sobre una piel blanquísima, sostenido amorosamente por su querida madre, que en ese momento dijo:

—Colin, y tu segundo nombre será Roy, rojo...

* * *

Roman Way House
Ashford, Kent

Julio de 1788

Hacía calor en la estancia poco iluminada. Dos velas estaban encendidas y colocadas sobre la mesilla redonda junto a la cama.

Nicholas Hambrook, conde de Hereford, admiraba con orgullo y satisfacción a su hijita, nacida hacía sólo tres días. Estaba en brazos de Sophie, su dulce y vivaracha condesa. La criaturita tenía un color delicioso: sus cabellos era miel, su piel blanca y sus ojos parecían tener un intenso tono verde. Por supuesto, era demasiado pronto para adivinar el tono definitivo. Sin embargo, una cosa era cierta: la niña se parecía a su amada esposa.

En ese momento emitía unos ruiditos y parecía prepararse para llorar.

—Ha dormido poco... —comentó el conde.

—Si sale a ti, volverá a tener hambre.

—Quizá deberíamos pensar en pedir ayuda a una nodriza. No quiero que te canses más de lo necesario.

—Pero la lactancia materna es «necesaria».

El conde la amonestó con la mirada y ella le sonrió provocándole.

—Sophie, te lo ruego...

—Vale, vale. Te prometo que si estás demasiado cansada o si Eleonor Grace duerme poco y come demasiado, llamaré a Mary, la hija de Tom el carpintero. Acaba de dar a luz y estaría encantada de quedarse con nosotros, ya que su marido trabaja todo el día en nuestros establos.

Lord Hereford se calmó y sus ojos grises se suavizaron.

—¡Ahora pareces un niño satisfecho por haber conseguido robar más tarta de la que te mereces!

Él se rio y la besó en los labios. Se acercó a la ventana en busca del aire fresco de la noche. Estaba desnudo, porque no soportaba el calor, y tenía la piel húmeda de sudor. Se pasó una mano por el cuello, mesándose el pelo castaño claro ligeramente rizado.

—Nick, ¿podrías colocar el cojín en el sillón para que pueda darle el pecho?

Cogió el cojín del sofá y lo colocó en el respaldo del sillón favorito de Sophie. Ella se sentó y se quitó el liviano camisón de seda blanca del pecho para amamantar al bebé.

Nicholas se acomodó en el canapé: le encantaba observar a Eleonor Grace mientras comía.

CAPÍTULO 1

Shell Bay Manor
Fifeshire, en el Estuario de Forth, Escocia

Agosto de 1799

Apoyado en el gran roble situado al oeste de la casa, el marqués de Lothian observaba cómo sus hermanos, que estaban tumbados en la hierba, jugaban a las cartas.

Sentía una gran paz cada vez que se detenía en aquel jardín lleno de brillantes colores, vivos y estivos. Había hecho bien en volver para su cumpleaños: echaba de menos a su madre, la duquesa, y a sus dos hermanos más pequeños. Con todo, también había echado de menos a su padre... ¡pero eso no podía decírselo al duque!

El habitual viaje que los jóvenes nobles hacían a Europa, más por moda que por verdadero interés cultural, había sido muy instructivo: había conocido, voluntariamente, a mucha gente, de diferentes clases sociales y culturas, seguro de que el duque lo habría desaprobado.

Había visitado Grecia, donde había admirado las antigüedades y encontrado repugnante el carácter misógino y afeminado de algunos nobles que conocía.

Había vivido en Roma, y luego en París, donde había intervenido para salvar a un noble francés bonapartista que estaba siendo apaleado por tres monárquicos, enemigos de Napoleón, y a la semana siguiente, había ayudado a un grupo de franceses jacobinos que estaban siendo atacados por jóvenes nobles con el rostro enmascarado.

Se había ido a vivir una semana con una prostituta griega, de espesos rizos oscuros y ojos falsamente inocentes, para evitar ser descubierto por el siervo que su padre le había enviado para ordenar su regreso inmediato.

Había flirteado con una noble rusa, rubísima y de cerúleos ojos, y luego la había ayudado a refugiarse en Italia, donde había frecuentado a la nobleza italiana, y por último, acompañado de un pequeño grupo de simpáticos marineros, había visitado el reino de Cerdeña, tierra cálida y árida, poblada por gentes amables y hospitalarias, donde había aprendido la ruda vida de los pastores y admirado la belleza de sus espléndidas costas.

Bien podía decir que había visto mucho mundo. Se sentía realizado por las experiencias vividas, consciente de que había probado muchas cosas en las que era realmente hábil, en especial la navegación. Se había dado cuenta de que no hacía falta ser bueno con las letras y los números para sentirse bien consigo mismo: él encontraba una gran satisfacción en el mar.

Volvió a mirar a su alrededor y se sintió feliz.

—¡Un caballero nunca hace trampas, Colin!

—Yo no soy un caballero, Axel; sólo soy un chico y punto. ¡Y tengo ganas de aprender a hacer trampas! Annis me lo ha dicho.

Keiran se mofó de la enérgica respuesta de Colin Roy, el menor de los tres hermanos, y le hizo gracia pensar que Annis, la hija de la nodriza Elsie Duff, le enseñara a Roy ciertas cosas.

—Yo no juego en estas condiciones. Papá no lo aprobaría.

—Papá no está presente ahora. Y yo sólo quiero divertirme. ¿Por qué no te relajas y lo

intentas, en vez de hablar como si fueras papá?

—Eres un irreverente, Colin, ¡qué vergüenza!

Al pensar en el duque, Keiran se puso serio.

—¡En absoluto! ¡No me avergüenzo! —A Roy le empezaba a molestar el numerito de su hermano y se sentó—. ¡Avergüénzate tú, más bien! Tienes trece años y aparentas el doble. Te pareces a papá, eres incapaz de divertirte. Y nunca eres tú mismo. Ni siquiera Kein, que acaba de cumplir veintidós años, es tan serio y aburrido.

—Tal vez debería serlo —replicó Axel, arrepintiéndose inmediatamente de la frase.

Colin se levantó con una mirada feroz y Axel se sentó. A pesar de aquel momento de tensión, Keiran se fijó en las manchas verdosas que había dejado la hierba en las camisas, antes inmaculadas, de los dos hermanos.

—¡Axel Nevin MacKendrick retira lo que acabas de decir o te juro que recibirás una soberana paliza! —Colin Roy era muy impulsivo y adoraba a su hermano Keiran. Incluso lucharía contra Axel para defenderlo.

En aquel momento, pensó Keiran, sus ojos verde claro eran exactos a los del duque y, a pesar de tener sólo doce años, parecía orgulloso de defenderle. Decidió intervenir.

—Roy —dijo en tono firme pero tranquilo.

Colin se calmó al instante y volvió a respirar despacio. Sólo Kein tenía tal poder sobre él y sólo a Kein obedecía. Siempre que el duque daba órdenes, el joven Roy miraba a su hermano mayor, y se veía obligado a hacerle un imperceptible movimiento de cabeza para obligarle a someterse.

—Deberías disculparte con tu hermano mayor, el marqués de Lothian, heredero del duque de Northcliff. —exclamó Colin Roy dirigiéndose a Axel—. Y deberías agradecérselo: ¡si no fuera por él tendrías un ojo morado!

—Discúlpame Keiran, no era mi intención ofenderte.

—Pero lo has hecho —se enfureció de nuevo Roy—. Sabes, no deberías repetir frases dichas por otros si no las piensas. Te arriesgas a herir a la gente que te quiere. ¡Y que te den un puñetazo!

Era obvio que Roy se refería a frases dichas por su padre, el duque. Éste estaba perpetuamente impaciente con su heredero, Keiran, porque no cumplía sus expectativas.

En cambio, el duque adoraba a Axel y en más de una ocasión había señalado que su segundo hijo habría sido un heredero perfecto: diligente, sensato, competente en sus estudios y cálculos, siempre obedecía las peticiones de su padre, era dócil y se dejaba moldear por él.

Axel agachó la cabeza, sin atreverse a mirar a la cara a su hermano mayor.

Keiran sintió lástima por su hermano, excesivamente sumiso y pasivo. A veces su actitud rozaba la pusilanimidad. Pero se guardaba para sí ciertas ideas y seguía queriéndole mucho.

Se levantó y con un solo paso estuvo a su lado.

Axel lo miró, intimidado, esperando lo que diría su hermano. Apartó la mirada, fijándola en un punto cualquiera de su camisa blanca, abierta informalmente por el cuello.

Keiran no habló; le tendió una mano y le hizo levantarse. No le soltó la mano hasta que un ligerísimo temblor recorrió su brazo. Le bastó para darse cuenta de que el joven Axel sentía amor por él, pero era demasiado sumiso a su padre como para demostrarlo.

Lo lamentó, pero se dio por satisfecho. Le soltó la mano. El chico le observaba confuso y sorprendido por las emociones que sentía.

—¿Entonces? —preguntó Roy con ansiedad, esperando una explicación de las sensaciones que sintió ante aquel contacto. Era muy consciente de las extraordinarias habilidades de Keiran.

—Es cosa mía y de Axel —le respondió él lacónico—. Volved a casa. Tengo cosas que hacer.

Los otros dos se miraron durante un segundo con aire de comprensión. Olvidando sus desacuerdos, soltaron una risita. Comprendieron que Keiran iba a ver a Mary.

—Ni una palabra, ¿entendido? —los amonestó el hermano mayor señalándoles con el dedo y obligándoles a guardar silencio.

El joven marqués se dirigió hacia los árboles, por el sendero que conducía al bosque.

Mary Connelly confiaba en verlo cada vez que regresaba al castillo.

Vivía con una prima, Christel Connelly, en una casita, deliciosamente enclavada entre frondosos arbustos verdes que en verano se llenaban de flores lilas.

Las dos jóvenes sirvientas del castillo eran muy trabajadoras y en los pocos ratos libres que tenían, se dedicaban a la costura, que realizaban por encargo de un gran número de habitantes de las propiedades del duque.

Su intención era ahorrar el dinero suficiente para abrir un negocio de sastrería en Edimburgo.

No tenían parientes. Quizá por eso habían adoptado una vida independiente y una actitud más bien despreocupada en asuntos del corazón.

Mary, una astuta pero dulce joven de dieciocho años, siempre había sentido debilidad por Keiran.

Y, si en el castillo los dos amantes se ignoraban deliberadamente por acuerdo unánime, en casa de los primas todo obstáculo social caía por su propio peso.

Keiran abrió la chirriante puerta.

Cuando la puerta se abrió, estaba a mitad del sendero y Mary, elegantemente vestida con un vestido azul claro con rayas blancas, bajó de un salto los escalones para abalanzarse sobre él y le plantó un sonoro beso en la boca.

Keiran, por lo menos quince centímetros más alto que ella, no tuvo dificultad en sujetarla.

—Estas efusiones son exageradas, Mary —comentó él, enfatizando su decepción.

—Lo sé... ¡pero te he echado mucho de menos, marqués! Ven, estamos solos —dijo ella, tirándole de la mano.

Christel siempre desaparecía cuando Keiran se citaba con su prima.

—No tengo tiempo, cariño. Estoy aquí para un saludo rápido.

Mary se giró y le miró con estupor.

—Por favor... —murmuró, mostrando una expresión aterrada—. ¡He llegado a soñar contigo por las noches! No puedes mantenerme en estas condiciones por...

—¿En estas condiciones? —repitió él, divertido, admirando el rojo brillante de su bien recortado cabello.

—Vamos, ¡ya me entiendes! Te juro que lo haremos rápido —le prometió Mary llevándolo al interior.

El olor de las flores silvestres se mezclaba con el del pastel recién hecho.

—¿Una ración de tarta?

—Has dicho que los haríamos rápido, Mary.

Ella se echó a reír y corrió escaleras arriba.

Keiran la siguió lentamente y, cuando entró en el dormitorio, la encontró ya medio desnuda.

El cuerpo de Mary siempre había sido redondo y suave, lo que le daba una sensación de bienestar.

Se soltó la solapa de sus ajustados pantalones y la erección de sus veintidós años emergió triunfante, y se colocó una capucha de tela que ató a la base del pene.

—Pero qué veo... ¡ya estás listo para mí! ¡Lo haremos rápido, marqués! —afirmó ella,

besándole en la boca.

Keiran hundió la lengua con avidez mientras palpaba la blanca piel de sus generosos pechos con manos ansiosas.

La levantó y se sentó en un sillón tapizado en tela verde, sujetando firmemente el voluptuoso cuerpo de Mary por encima de él. La bajó sobre su miembro, que ya expulsaba una secreción.

—Adoro tu frenesí, Keiran... sí... así... —Realmente ella había soñado con ese momento, por lo que estaba más fogosa que de costumbre.

Tomó la iniciativa para provocar a su amante y empezó a subir y bajar con maestría, gimiendo con fuerza.

Keiran apretó los dientes para resistir y disfrutar más tiempo de aquella placentera y enervante tortura. Le tocó los pezones puntiagudos, dejando que continuara con su danza.

—¿Quieres... las palabras... obscenas... marqués?

—Basta una... y voy... así que... prepárate...

Mary sonrió. No podía aguantar las ganas de sentir placer, así que le susurró::

—Sigue tocándome... sí... sí... así... ahora empuja... hasta el final... más...

Keiran aumentó el ritmo agarrándola por las caderas.

—Como estás... de duro... Te siento... Te siento... y me estoy... corriendo por ti... Mira... mira...

Bajó los ojos y se perdió ante la visión del fluido femenino que goteaba profusamente alrededor de su tensa piel.

Rugió violentamente y provocó en la joven un potente orgasmo.

Mary jadeó mientras echaba la cabeza hacia atrás, abriéndose para él, sin contemplaciones.

Como siempre había hecho, a fin de cuentas.

* * *

En ese mismo momento, en la entrada de la casa de los Northcliff, el mayordomo, Angus Ramsay, miraba con desaprobación a la mujer que se había presentado sin invitación, acompañada de un joven de la edad del marqués.

—Avisad al duque de mi presencia. Soy la condesa de Portland.

Ramsay estaba horrorizado por su desfachatez.

Ya resultaba inoportuno presentarse sin invitación, pero aún más indecoroso era hacerlo sin tarjeta de visita, aunque viniera acompañada de un caballero, a quien correspondería la galante tarea de hablar. Y, sobre todo, era vergonzosa la falta de respeto a la duquesa.

—Sé quién sois, lady Portland. —De hecho, todos la conocían. Era Lavinia Russell, condesa viuda del conde de Portland, y hasta hace poco amante del duque—. Si queréis esperar, preguntaré al duque si puede recibiros.

—¡Desde luego no he venido hasta aquí para escuchar un rechazo! Esperaré en el salón —exclamó con tono desafiante.

—Como deseéis, lady Portland —y la condujo al salón verde, el más grande de la casa. Una vez allí, el mayordomo reiteró, remarcando bien las palabras—: Os haré saber si su excelencia puede concederos una audiencia —y sin darle oportunidad de réplica se marchó.

—No me gusta. Os lo repito —dijo el joven mirando abiertamente a la condesa, su madre.

—¿Qué, cariño? —preguntó ella, fingidamente distraída, agitando un abanico de encaje negro delante de su cara.

—Me habéis comprendido. —Luego, como si lo hubiera meditado largamente, concluyó—: Madre, lo he decidido: no quiero tener nada que ver con tu chantaje. Sobre todo porque no sé cómo vais a amenazarle... ¡ni quiero saberlo, por supuesto! Ya encontraré la forma de salir del

bache... quizás pidiendo ayuda al mismísimo duque. Pero un chantaje... ¡nunca!

Se apartó de ella y fue a mirar por la ventana a los tres hermanos MacKendrick, que conversaban bajo un gran árbol.

Los más jóvenes estaban uno sentado y el otro de pie. Este último estaba bastante enfadado. El mayor estaba... sombrío, pero sus ojos brillaban y no podía explicar la extraña sensación que tuvo al observarle.

Mientras tanto, lady Portland jugueteaba con las copas de cristal y le daba la espalda. Era como si no hubiera oído nada de lo que él le decía.

El joven conde oyó claramente el sonido del líquido que se vertía y pensó que su madre era muy poco educada al servirse ella misma limonada de la jarra.

—Cuando el duque esté aquí, me marcharé.

En ese instante vio pasar una silueta por delante de la puerta, que sin duda el mayordomo había dejado abierta voluntariamente para vigilarlos. Era una mujer de cabello oscuro suavemente recogido justo por encima de la nuca; había mirado a su madre y le había dirigido una fugaz mirada. Tal vez el ama de llaves...

Volvió a la ventana.

Pasaron unos momentos y el duque de Northcliff estaba en el umbral de la puerta.

La condesa sintió su presencia y se dio la vuelta, produciendo un molesto revuelo de su pesada falda negra que hizo volverse incluso a su hijo. Éste, cortésmente, dio unos pasos hacia el duque y, con una respetuosa reverencia, dijo:

—Buenos días, excelencia. Os pido disculpas en nombre de mi madre por la visita no anunciada, pero ella insistió en hablaros con gran urgencia y, como era indecoroso que viniera sola, me vi obligado a acompañarla.

El duque razonó rápidamente. Como viuda, la condesa no iba a necesitar escolta, y sin embargo el conde estaba allí.

Sólo significaba una cosa: Portland desconfiaba de las intenciones de su madre y quería mantener a raya sus movimientos.

Por eso el duque agradeció la franqueza del joven y sintió una sacudida de ira ante la viuda, que le sonreía coquetamente, batiendo las pestañas provocativamente.

Avanzó decidido, deteniéndose en medio entre la mujer y el joven conde, como para señalar su imponencia y autoridad.

—Tenéis razón. Habría sido deplorable si se hubiese presentado sola. Sin embargo, sigue siendo de mala educación presentarse aquí sin avisar, como ya habéis señalado.

El conde bajó la cabeza, humillado. También se dio cuenta de que el duque había ignorado, deliberadamente, la formalidad de besar la mano de la condesa, ¡y no le culpaba en absoluto!

—Si vuestra excelencia lo permite, me gustaría ir al balcón donde veo una zona de sombra muy tentadora con este calor.

—Pensaba que teníais que hablar conmigo —dijo el duque, pasando la mirada del joven a la mujer y viceversa. Comprendía perfectamente que el conde no tenía nada que ver con aquella reunión, pero no habría sido el duque de Northcliff si no hubiera puesto en un aprieto a su interlocutor, tratando de incomodarlo lo más posible. Todo el mundo sabía que el duque era así... y a él le gustaba que siguieran creyéndolo.

—Excelencia, aunque vuestra presencia y disponibilidad me honra enormemente, en verdad no soy yo quien debe hablaros, como ya os he mencionado. —Lanzó una rápida mirada a su madre y esperó a que el duque hablara. Éste le examinó atentamente y volvió a admirarle por su claridad: era evidente su intención de desvincularse de las acciones de su madre. Sin duda era un

muchacho culto y bien educado. Todo lo contrario de la condesa.

—Muy bien. En tal caso, encontraréis agradable el frescor del balcón. —Pero un instante antes de que el conde se marchara, añadió—: Antes de dejaros marchar, aceptad mis condolencias por la desaparición de vuestro padre.

El anciano conde llevaba muerto cerca de un mes, y no jugaba en favor de la viuda que se pasease despreocupadamente en sociedad sin mostrar la más mínima expresión de duelo.

—Gracias por vuestra consideración, excelencia. —Y haciendo una reverencia formal, el conde se alejó y salió por la puerta ventana lateral.

El duque volvió su atención hacia la mujer. Era muy hermosa, incluso con el triste vestido negro de luto, excesivamente escotado en el pecho. Su cabello, elaboradamente peinado, seguía siendo de un brillante color caoba, con tonos castaños bastante luminosos. Los ojos, negrísimos, estaban bordeados por unas espesas pestañas y se movían de modo tal que tentarían a cualquier caballero.

—¡Ramsay!

—Heme aquí, excelencia.

—Cierra la puerta.

—Por supuesto, excelencia.

El mayordomo cerró las dos amplias hojas de la puerta y se quedó allí un instante. Luego se volvió para mirar a Agatha y con ella se dispuso a no perderse ni una sola palabra de la conversación entre el duque y la... desvergonzada, como solían llamarla.

Pero los dos interlocutores que estaban dentro mantuvieron baja el tono de sus voces: la mujer apenas susurraba, como si estuviese segura del resultado que obtendría; el duque, que casi nunca gritaba, utilizó su habitual tono autoritario, sin dejarse influir lo más mínimo por la actitud confiada de la mujer.

Y empezaron a llegar frases entrecortadas.

—Es totalmente inadmisible aparecer... y ofensivo hacia mi mujer, la duquesa de...

—¡Bien dicho! —exclamó Ramsay.

—Quizás ella debería estar aquí... algunos detalles picantes... después de todo, te gustaban las cosas que hacíamos...

Agatha abrió la boca horrorizada:

—¡Qué desvergonzada!

—¡Basta, Lavinia! —estalló la voz imperiosa del duque.

—... ¡sigues siendo tan encantador cuando te enfadas, Ailbert! Te pareces a tu hijo...

—¡Quiere embelesarlo con su zalamería! —exclamó el ama de llaves con aire perspicaz, tratando de recordar qué nudo llevaba el duque al cuello aquella mañana. A pesar del calor estivo, siempre vestía impecablemente, ¡con su chaqueta, su corbata y sus botas relucientes!

—No te permito que nombres a mi...

—... no hablaba del marqués, querido...

Silencio.

—Creía que lo sabías... de tu otro hijo... nuestro...

Silencio.

Mayordomo y ama de llaves se miraron atónitos.

—Ailbert, tesoro, no te enojes tanto...

—¡Embustera! —explotó de nuevo el Duque.

—¡Bien dicho! —repitió Ramsay.

—¿Y si fuera cierto? —susurró Mrs. Brodie desconfiada.

El mayordomo abrió los ojos escandalizado.

—... solo necesito dinero para tu hijo... después de todo, ahora es un conde... mantener un nivel de vida digno...

Silencio.

—No tienes pruebas... siempre atento... ¿solo para obtener dinero?

—... ¡la verdad!

—Por lo que a mí respecta, este... ¡chantaje! Y sin pruebas...

—¡Bien dicho! —Ramsay parecía no querer ceder a la duda.

—¿Y si fuera cierto? Es una posibilidad... —le hizo dudar Agatha.

—... ¿lo sabe? —le preguntó ansioso el duque.

—... es tu hijo, no.

—El joven conde parece inocente —consideró el ama de llaves con ojos entornados.

—¡Extraño —continuó el mayordomo—, con una madre así!

—Lavinia... daré dinero por última vez... piensa en las consecuencias si... saber que... ilegítimo...

—... ¡escandaloso más para ti que para mí! —Y siguió la carcajada victoriosa de la condesa.

—¡Desvergonzada! —balbuceó el ama de llaves.

—¡Bien dicho! —añadió el mayordomo.

—... escandaloso también para tu hijo... ¡acusado de ilegítimo! —concluyó el duque, haciendo callar a la condesa.

Silencio.

—¡El que ríe el último, ríe mejor! —se carcajeó Ramsay.

—Ya lo creo —lo confirmó Agatha.

Un repentino ruido de pasos detrás de la puerta obligó a los dos a una rápida retirada hacia el nicho del pasillo, en dirección opuesta a la tomada por el duque. Este último se dirigía hacia su estudio.

—¡Estoy segura de que ha ido a buscar dinero para la desvergonzada! —susurró indignada el ama de llaves—. Y estaremos obligados a estar aquí hasta que vuelva... —continuó molesta. Su compañero de aventuras no hablaba, así que giró la cabeza y levantó la mirada.

—¿Qué os pasa Ramsay? ¿Estáis mal?

—No exactamente...

—Y entonces qué...

—Mrs. Brodie... Agatha... —susurró—, vuestro generoso trasero está deliciosamente torturando mi... ¡delantera!

La mujer abrió la boca de par en par, fingiendo indignación, pero se sintió secretamente halagada. Hizo ademán de hablar, pero Ramsay se le adelantó:

—Permaneced quieta y en silencio, hacedme el favor —dijo con mirada maliciosa—, de lo contrario nos veremos obligados a movernos de aquí.

* * *

Los hermanos MacKendrick paseaban por el largo camino de grava que conducía a la entrada principal de Shell Bay. Manor

A raíz de las bromas hechas tras el regreso de Keiran de su rápida escapada amorosa, los dos chavales bromeaban y el hermano mayor no pudo contener una carcajada.

—¡Estás celoso porque Annis me dedica a mí muchísima atención! —se reía complacido Roy.

—¡No digas sandeces! Annis tiene mi edad y tú un año menos: ¡su atención es la de una hermana mayor! —le respondió Axel serio.

—Sería inapropiado que una hermana besara a su hermano menor... ¡de ese modo! —Ahora Roy estaba aún más satisfecho.

—¿Y de qué modo sería?

—¡En los labios! —respondió victorioso.

—¡Embustero! —rio Axel—. Lo dices sólo para hacerme rabiar... —Pero el tono de Roy era elocuente: ¡su Annis había besado de verdad a su hermano!

—Pensaba que me quería a mí... —dijo Axel horrorizado—. Me besó y dijo que yo era...

—Que eras...

—Bien, ha hecho... digamos... aprecios sobre mi...

Roy se percató de que su hermano se preocupaba de verdad por la preciosa Annis y decidió restarle importancia a lo sucedido.

—No me hizo ninguno. ¡Podía ver que se preocupaba más por ti que por mí! Es comprensible. Sabes cómo seducir a las chicas con tus ojos azules. Y eres mayor.

Keiran se deleitaba inmensamente observando los torpes intentos de Roy por darle importancia a Axel y los igualmente torpes intentos de Axel por parecer más grande e importante que Roy.

—Problemas a la vista —dijo Roy.

Miraron hacia el carruaje con el blasón nobiliario que estaba frente al castillo.

—¡Esa mujer es una descarada! —estalló Axel en un raro arrebato de agresividad—. Completamente irrespetuosa con nuestro padre, el duque —continuó, enfatizando la última palabra.

—¡Más bien con nuestra madre, la duquesa! —le corrigió Roy.

—Con ella también, claro... —añadió avergonzado por su falta de delicadeza.

Keiran guardó silencio. Pero quien le conocía tan bien como sus hermanos sabía que en aquel momento su enfado provenía de la preocupación por su madre.

Axel y Roy lo observaron.

—¡Vamos a dar un paseo hasta la playa! —propuso Axel con fingido entusiasmo.

—¡Qué buena idea! Eh, marqués, a lo mejor hasta nos damos un baño, ¿qué te parece?

Keiran respondió:

—Vale. —Pero ya estaba pensando en desviarse para comprobar que su madre estaba bien.

La entrada principal de la casa daba al norte. Así que caminaron hacia los acantilados de la Shell Bay, hacia el sur, bordeando el lado oeste de la casa, donde se alzaba el gran roble. Cuando estuvieron frente a las ventanas del salón verde vieron al conde de Portland apoyado en la balaustrada del balcón lateral, fumando a la sombra.

El conde también los vio, y no pudo evitar saludarlos y caminar hacia ellos, para no pecar de descortés.

—Buenos días, marqués —dijo, realizando una reverencia—, y a vosotros también, condes —se dirigió a los dos hermanos menores.

—Lord Portland, es un placer teneros aquí.

—Gracias, marqués. Pero aunque vuestra compañía y la de vuestros hermanos me honra sobremanera, hubiera preferido no tener que comparecer hoy aquí —dijo, dejando clara de inmediato su postura.

El marqués le miró fijamente a los oscuros ojos y vislumbró la verdad.

—Lo lamento por vos —dijo Keiran remarcando lentamente sus palabras—, y aprovecho esta ocasión para expresaros mis condolencias por el fallecimiento de vuestro padre. el conde, e igualmente en nombre de mis hermanos.

—Gracias.

En ese momento se abrió una ventana, golpeando fuertemente contra la pared cubierta de hiedra..

—¡Marqués de Lothian! ¡Qué placer veros! —gritó la condesa de Portland a través de la ventana abierta.

Keiran no se movió. Permaneció mirando fijamente a la mujer. Sus penetrantes ojos azul oscuro la obligaron a bajar la mirada. Pero ella no se desanimó y se volvió hacia los muchachos.

—¡Os ruego, jóvenes nobles MacKendrick, de hacerme compañía hasta que regrese el duque, y de tomar una bebida fría conmigo!

El abochornado conde de Portland dirigió una mirada de disculpa al marqués que, en el fondo, sintió sincera simpatía por él. ¡La grosería y el descaro de aquella mujer no tenían parangón!

Axel, dispuesto a complacer a todo el mundo, decidió que su padre estaría orgulloso de verle hacer los honores de perfecto anfitrión, olvidando que acababa de calificarla de irrespetuosa.

—Desde luego, condesa, nos reuniremos con vos sin más dilación.

Keiran le miró y el joven intuyó que había hecho algo mal.

No obstante, entraron por la puerta ventana lateral.

Lady Portland ya tenía dos vasos en la mano y con una sonrisa meliflua entregó uno al marqués y otra a Axel; luego se volvió y cogió otro de la mesita que había junto al canapé y se lo ofreció a Colin Roy.

Keiran siguió escrutándola y ella empezó a sentirse incómoda. Entonces se dio cuenta de que no había ofrecido la segunda copa a su hijo, un conde, como prescribía la etiqueta.

E intentó justificarse:

—Debéis saber, lord Lothian, que a mi hijo no le gusta la limonada... A mí, en cambio, ¡me parece ideal en días tan bochornosos! —Ella miró al marqués como a la expectativa... pero Keiran seguía mirándola y aferrando convulsivamente su vaso. Su mano había entrado en contacto con los dedos ahusados de la mujer... y no le había gustado lo que había sentido.

Silencio.

Axel, para complacer a la condesa se lo bebió todo, y con rapidez.

—Tenéis razón, lady Portland, ¡necesitábamos una bebida refrescante!

La mujer satisfecha guiñó un ojo al joven. Luego observó de reojo al hermano más joven, que acercó la boca al vaso y apenas dio un sorbo, manteniendo los ojos fijos en el marqués.

Éste, a su vez, no dejaba de examinarla. ¿Qué tenía el joven noble para mirarla con aquellos ojos? Tuvo una intuición: la estaba observando... sí, como solamente un hombre observa a una mujer... y entonces, ¡era realmente el momento de intentar una aproximación diferente!

Dio un paso hacia el marqués y con ojos lánguidos, y rozándose el escote del vestido con los dedos, dijo:

—¿Habéis sentido más calor aquí o en Londres, lord Lothian?

Keiran se dio cuenta de las intenciones de la mujer y lo encontró repugnante.

—A mí me ha parecido... —continuó ella, acariciándose con aire despreocupado y alzando el pecho en un suspiro—, que definitivamente hace más calor aquí...

Keiran la miró desde la altura de su estatura, viendo perfectamente sus pechos subir y bajar.

—Entonces será mejor que os quedéis en Londres, lady Portland —exclamó, remarcando bien sus palabras, y con una encantadora y diabólica sonrisa.

Roy casi se ahogó con la limonada, derramando una generosa cantidad de su boca sobre su camisa y la alfombra. Axel parecía horrorizado ante la grosería de su hermano. El conde de Portland contuvo la respiración para no echarse a reír.

Lady Portland abrió de par en par sus ojos oscuros. Humillada, no encontró palabras para responder.

—¡Buenos días!

La condesa de Portland volvió la cabeza y su rostro palideció.

La Duquesa de Northcliff se alzaba imponente en el umbral de la puerta, con un vestido blanco de flores de colores hábilmente bordado. El peinado recogido de su cabello negro azulado resaltaba su delicado cuello blanco. Era encantadora, fresca, hermosa... y sonreía divertida. Sin duda había presenciado la escena, ¡y ahora se reía de ella!

A Lady Portland le sobrevino un sofoco causado por la ira y la envidia.

—Excelencia, buenos días... —pudo decir apenas.

Lord Portland avanzó galantemente, y con una reverencia le besó la mano, murmurando:

—Excelencia, es un inmenso honor teneros aquí. —Se levantó—. Siento haberos molestado. Ciertamente no era *mi* intención —dijo remarcando la palabra *mi*, sugiriendo la culpabilidad de su madre.

—Vuestra amabilidad sin duda alivia la ofensa que me causa vuestra madre —respondió con seguridad, como si el objeto de su desaprobación no estuviera presente.

Keiran, una vez más, la admiró: ¡tan dulce e indulgente, tan sumisa con su marido y tan firme y mordaz con los que pisoteaban, por así decirlo, su jardín!

La condesa no sabía si mortificarse o indignarse.

—Madre, si lo permites, Axel y yo iremos encantados a la bahía, y por supuesto, el marqués nos acompañará —intervino Roy.

La duquesa se mostró indulgente ante la habitual impaciencia de su hijo.

—Si lord Lothian está de acuerdo... —respondió mirando a Keiran.

Pero él no habló y miró a su madre con preocupación.

Ella dedujo que su hijo no la iba a dejar a solas con aquella mujer. Volvió a alegrarse de la constante preocupación de Keiran y le miró agradecida.

—Creo que a mí, al fin y al cabo, también me gustaría dar un paseo —dijo entonces. Luego, mirando abiertamente a la antigua amante de su marido, continuó—: Aquí la atmósfera se ha vuelto pesada... lord Portland, ¿os apetece acompañarme?

Y así fue como salieron todos.

¡Y Lady Portland se quedó plantada, incrédula y sudorosa por el esfuerzo de tener que tragarse una serie de insultos poco propios de una dama!

* * *

Ramsay y Mrs. Brodie salieron rápidamente de su escondite: alguien llamaba insistentemente al portón.

Ramsay marchó a abrir.

—Buenos días, lord Bath.

—Buenos días, Ramsay. Informad al duque de mi repentina visita y decidle que no he podido avisarle de antemano.

Era William Leight, conde de Bath, un querido amigo del duque desde hacía mucho tiempo. Ramsay no se mostró demasiado formal al responderle.

—Veréis Lord Bath, por desgracia su excelencia se encuentra en este momento ocupado en resolver un desagradable... e inesperado problema. —Bajó la voz a un susurro y con una mirada de complicidad, susurró—: ¡Lavinia Russell!

El conde, sorprendido, enarcó las cejas, observando que la tarea del mayordomo había omitido a propósito el título de la viuda.

—¿Aquí?

—Precisamente aquí.

—Increíble...

—Vergonzoso.

—Todo esto tiene un aire de ridículo... —comentó el conde, tocando el elaborado nudo de su corbata—. ¿Y la duquesa?

—¡Absolutamente una gran dama! Acaba de enfrentarse a ella en el salón verde: la ha humillado delante de todos con suma compostura y educación.

—La duquesa de Northcliff es una mujer especial.

—¡Bien dicho!

—Y ahora...

—La desvergonzada aguarda a que el duque... digamos... le traiga... algo; el marqués y sus hermanos, tras un desagradable encuentro con ella, van camino de la bahía; la duquesa pasea por el jardín con el conde de Portland.

—¿El conde de Portland?

—Disculpadme... he olvidado deciros que iba acompañada de su hijo.

—Descarada...

—¡Bien dicho! Sin embargo, permitidme informaros de que el conde no lo aprueba...

—¿Eso quiere decir?

—Digamos que la ha acompañado por decoro o quizá para mantenerla a raya, y se ha marchado en cuanto le ha expresado al duque su decepción por la decisión de su madre de presentarse aquí sin avisar. De hecho, sin siquiera una tarjeta de visita...

—Increíble...

Los dos permanecieron inmóviles un momento, con la mirada baja y pensativa. El conde golpeó ligeramente el suelo de piedra con su bastón.

Entonces Ramsay se recompuso.

—Tomad asiento, lord Bath. Haré que le sirvan una bebida fría mientras el duque...

—No, gracias. He dejado a la Condesa y a Lady Georgia en la posada «La espiga de oro» en Kirkcaldy. Durante todo el mes de julio nos alojamos en casa de la hermana de mi mujer, cerca de Edimburgo. He pensado aceptar la invitación anual del duque un poco antes de lo habitual. Explicadle vos y que me avise.

—Muy bien, lord Bath.

El conde se dio la vuelta y subió de nuevo al carruaje apresuradamente. «Tal vez le preocupara dejar solas a su mujer y a su hija», especuló Ramsay para sus adentros. Aunque estaba seguro de que Lady Bath era perfectamente capaz de defenderse... ¡con esa lengua larga e irascible que tenía!

* * *

Los hermanos MacKendrick habían dejado a lady Northcliff con lord Portland cerca de los setos que separaban el jardín de la casa de la zona escarpada del promontorio de la Shell Bay.

Ahora Keiran estaba tranquilo: había despedido al conde con un apretón de manos, aunque aún no le unía una profunda amistad, así lo había sentido. Era un hombre de modales y se alegraba de que su madre sintiera simpatía por él.

Pero una idea increíble pasaba por su mente... Lady Portland sin duda había venido a pedirle dinero al duque. Y su padre había accedido, ya que había ido a su estudio. ¿Por qué? Era obvio a sus ojos que la condesa, de alguna modo, lo tenía en su bolsillo. Y la única manera era el chantaje, y del que lord Portland no era consciente, pues había expresado claramente su disgusto

por la repentina visita de su madre a Shell Bay Manor: además habría percibido cualquier mala intención, si la hubiera habido, simplemente tocándole la mano.

Y con respecto a la mano de la condesa... se estremeció interiormente al recordar la sensación de náuseas que le había invadido al contacto con la mujer cuando le había acercado el vaso. Dedujo que ella tramaba algo deleznable. ¡El chantaje ya lo era! Pero sospechó que había algo más...

El diálogo entre los dos chicos lo alejó de esas ideas.

—No sé, Colin... —decía Axel mientras pateaba las piedras que encontraba en el sendero hacia la bahía—. Quizás esté desesperada...

—¡Sin duda, lo está! —respondió Roy—. ¡De todas formas no debería haberse presentado aquí, ofendiendo a nuestra madre! Y para colmo, sin avisar... —resopló para subrayar su pensamiento.

—En eso tienes razón. ¡Ha sido una falta de respeto a la duquesa de Northcliff y eso es imperdonable! —parecía que el título era lo más importante del mundo para él. Luego, apenas susurrando, para no ser oído por Keiran, dijo—: Pero Kein ha sido un maleducado. Uno no se dirige a una condesa así...

—Axel.

El chico se quedó petrificado al oír la voz de su hermano mayor. No entendía cómo Kein podía haberle oído... ¡había susurrado!

Más que haberle oído, Keiran había adivinado.

—Aprende a decir en voz alta lo que piensas de los demás. —Keiran le miraba esperando a que el chico repitiera la frase.

—Bueno... No se debe hablar así a una condesa... —titubeó Axel.

Keiran le miró fijamente.

—Es cierto, pero en ese momento no era una condesa, sino una que tomó el marido de otra, es decir, una adúltera. —Y con dureza añadió—: y si además queremos ser exactos: no se debe hablar así ni siquiera a una sierva.

—¡A menos que sea una adultera! —precisó Roy.

Axel intentó rebatirle.

—Pero ellos son inferiores y...

—Nadie es inferior a los demás —dijo Keiran, recalcando bien las palabras.

Axel parecía confundido. Lo que decía su hermano mayor no era lo que el duque, su padre, le había enseñado.

—Dios nos creó iguales. La riqueza y el título no tienen nada que ver con ello, ni nos hacen superiores.

Del sendero salió un hombre algo encorvado, con una gorra sucia tapándole los ojos, una camisa raída de color claro, pantalones marrones desgastados hasta la altura de las rodillas y botas de trabajo que databan, al menos, de mediados del siglo pasado.

Keiran reconoció de inmediato a Mr. Wilson y una espléndida y rara sonrisa iluminó su rostro, haciéndole parecer increíblemente diferente.

—Buenos días, Wilson.

El hombre levantó la cabeza, mostrando unos pequeños ojos oscuros, rodeados de innumerables arrugas, que se abrieron de par en par, acompañando a una mirada afable.

—Keiran... Marqués...

Kein le tendió amistosamente una mano y apoyó la otra en el delgado hombro del hombre.

Los dos se sonrieron, deshaciendo en un instante los años que habían pasado sin verse.

Axel observó con recelo: al fin y al cabo, el hombre era un trabajador del duque...

Colin Roy, por su parte, compartía el placer que sentía su hermano Kein.

—¡Me alegro mucho de que hayáis vuelto, marqués!

—Y yo me alegro de haberme encontrado contigo.

—Iba de camino al castillo para preguntarle a Ramsay si podía enviar a un muchacho para que me ayudara a colocar las tablas nuevas para el tejado de la cabaña de la playa. Ya sabéis, las viejas cedieron el invierno pasado durante una tormenta. He dedicado todo mi tiempo a otras obligaciones, pero el otoño llega de repente y no quiero dejar pasar más tiempo.

—Yo te ayudaré.

—Pero... no sé si es correcto... quizá...

—¿Crees que me he ablandado en Europa?

Wilson se rio, mostrando un hueco entre los dientes laterales: lord Lothian no había cambiado.

—Entonces, Marqués... ¡manos a la obra! —Se dio la vuelta y comenzó a descender de nuevo.

Llegaron a la playa y se detuvieron un momento a observar las espumosas olas. Algunas gaviotas chillaban con fuerza, volando a ras de agua y elevándose de nuevo. La brisa marina soplaba suave y resultaba placentera con aquel calor.

A Keiran le encantaba sentir el viento salado en la cara y el cabello. Con un gesto lento, para no perder nada de aquel aire agradable, se quitó la camisa, dispuesto a trabajar. El trabajo manual le resultaba gratificante, sobre todo cuando se hacía al aire libre, ya fuera verano o invierno.

—Id a bañaros. Yo ayudaré a Wilson —dijo a los hermanos.

Los chicos ni respondieron: se desnudaron, sin ningún pudor, y corrieron hacia el agua fría. Wilson se rio de su vivacidad y de la expresión horrorizada de los rostros de los dos jóvenes en cuanto tocaron el agua: ¡estaba helada, lógicamente!

—Sé que es correcto respetar las formas —dijo el marqués contemplando el mar—, pero cuando estemos solos o en presencia de mis hermanos, llámame por mi nombre. —Y le miró, esperando confirmación.

El anciano Wilson asintió. Con un movimiento casi simultáneo, se dieron la vuelta para dirigirse a la cabaña, ambos contentos de pasar un rato juntos y sin preocupaciones.

Pero no fue así...

* * *

Desde la balaustrada de la planta superior, Mrs. Brodie espió a Ramsay hablando con el conde de Bath, justo en el umbral de la puerta. Sin duda, Ramsay estaba explicando la situación al noble amigo del duque...

Siguió por el pasillo que desde el centro de la casa iba hacia el sur y terminaba en un gran ventanal que miraba al promontorio y al mar: a la derecha estaba el camino que bajaba a la Shell Bay, y a la izquierda el que llevaba a la aldea de Ellie. Los dormitorios de los nobles de la casa estaban divididos a derecha e izquierda del pasillo.

Se detuvo un momento a contemplarse en el espejo que había sobre la consola dorada y, recordando las pícaras palabras de Ramsay, alisó satisfecha su vestido de algodón beige ligeramente descolorido.

Luego, a paso ligero, se acercó a la ventana y miró hacia el sendero, divisando inmediatamente al marqués y a los dos muchachos.

Una mirada le bastó para darse cuenta de que su chico de ojos azules estaba sumido en sus pensamientos sobre lo que acababa de ocurrir. Seguramente se había dado cuenta de algo y más tarde la necesitaría para una charla íntima.

Bajó más la cabeza y vio a la duquesa conversando tranquilamente con el conde de Portland;

parecía tranquila y cordial como siempre, pero ella sabía la tormenta que se estaba gestando en el corazón de aquella mujer. Lady Northcliff vivía constantemente preocupada por Keiran. Y seguramente, tras la aparente serenidad, ocultaba una impaciencia por hablar con él.

En su opinión, la duquesa subestimaba enormemente a su hijo: Keiran era mucho más fuerte de lo que cabía esperar de un joven de veintidós años; entendía muchas más cosas y, con los años, había perfeccionado la habilidad para manejar su sensibilidad interior y la de sus manos. Si Keiran se decidía a hablar, ella estaba segura de que se lo pediría.

El sonido del portón al cerrarse la distrajo de aquellos pensamientos. Descendió y oyó claramente al duque.

—¡Ramsay!

—¿Excelencia?

—Manda llamar al conde de Portland. La Condesa viuda —dijo remarcando la última palabra—, debe marcharse lo más rápido posible.

—Por supuesto, excelencia.

El ama de llaves vio al duque salir del salón verde y encerrarse en su estudio: no se había despedido de su antigua amante, ni siquiera un saludo... ¡y el duque estaba tan pendiente de la etiqueta, la cortesía y las formalidades! Claro que no había sido cordial... ¡pero le venía muy bien a aquella desvergonzada!

Vio a Ramsay entrar en el salón.

—Lady Portland, un valet que está en el balcón os acompañará hasta el conde que os aguarda junto al carruaje.

¡Ni siquiera una decorosa salida por la entrada principal! Agatha estaba segura de que Ramsay había tramado todo para hacerla salir aún más humillada.

Por supuesto que era poco profesional... ¡pero le estaba bien empleado a aquella desvergonzada!

Agatha oyó el bufido poco femenino de la condesa e inmediatamente después la puerta del balcón se abrió y se cerró. Ramsay apareció en el umbral y juntos se dirigieron a la cocina.

—Una pena por el dinero que se ha llevado.

—¡Bien dicho, Agatha!

—Por supuesto, el Duque ha pecado de mala educación...

—¡Pero la desvergonzada se lo merecía!

—Sí, y tú también has sido bastante poco educado...

—¡Pero es que la desvergonzada se lo merecía!

—Sí.

—Nos llevará horas contarle todo a la cocinera.

—Sería mejor esperar hasta después de la cena y de que Keiran quiera hablar un poco.

—Estoy de acuerdo.

—¡Estoy segura de que este día mejorará y esta noche todos dormirán satisfechos con el recuerdo de las humillaciones infligidas a la descarada!

Pero no fue así...

CAPÍTULO 2

Roman Way House
Ashford, Kent

Noviembre de 1803

Llovía sin cesar desde el amanecer. Y las gotas eran tan frías que sentía como si le hubieran pinchado la cara con alfileres.

El nuevo abrigo, de lana fina y con doble capa, le había resultado cómodo y cálido y, al mismo tiempo, era una prenda de categoría. Afortunadamente, los establos del conde de Hereford no estaban lejos de la casa. No había encontrado a nadie esperándole. El doctor Phillips comprendió que todo el mundo estaba ocupado a causa del accidente. Se apresuró a marchar hacia la entrada. Llamó y al cabo de un rato se abrió la puerta.

Lady Eleonor, saltándose las reglas, le había abierto en persona.

—¡Doctor! Estamos todos en las dependencias del servicio. Le voy a explicar la situación —dijo excitada, mientras le quitaba el abrigo empapado y le recogía sombrero y guantes—. Había tres hombres en el tejado. Bonito abrigo... he supuesto que lo encontraría empapado, pero en cambio... —dijo, palpando el interior seco y suave.

—Pero... el tejado... ¡se ha hundido de repente! Papá les había aconsejado que lo dejaran, que sería mejor hacerlo cuando dejara de llover. Pero ellos... ¡nada! Querían tenerlo todo hecho para el fin de semana, para la fiesta que la cocinera iba a dar a los criados, pero... —Tomó aliento, abriendo paso al Doctor.

—Lady Eleonor —le ordenó decidido—, esperad un momento, deteneos, y decidme exactamente cuántos están heridos, y qué tienen.

—De acuerdo. —Eleonor respiró—. Se trata de tres hombres. El de más edad tiene contusiones por todo el cuerpo, pero lo que me parece más preocupante es su pierna: cuando está tumbado está girada hacia fuera... He pensado en una fractura del hueso femoral... Lo habré leído en algún sitio. —Añadió con un gesto informal y elegante de la mano—. Los otros son más jóvenes y, además de las contusiones, tienen heridas sangrantes y astillas de madera clavadas en distintos sitios; uno de ellos tiene una fuerte somnolencia: le he ordenado a Hettie que no le deje dormirse... Leí algo sobre traumatismos craneales...

—Vamos —dijo el doctor. Notó en ese momento que el vestido azul oscuro de la joven, sin duda de excelente factura, estaba manchado de sangre en la manga izquierda, y cubierto de barro por todo el dobladillo de la falda; la espesa cabellera recogida en la nuca y a punto de soltarse, le permitió distinguir que el cuello blanco de la blusa, bordado a mano con pequeñas flores azules, estaba sucio en los laterales y atrás.

Sonrió. ¡Conocía de sobra el ímpetu y la vivacidad de espíritu de la joven de quince años hija del conde!

Llegaron a las dependencias del personal y los familiares de los heridos se apartaron para dejarles pasar. Se detuvieron ante el trabajador de más edad: tendría unos cincuenta años y parecía robusto y fuerte.

El médico examinó al hombre, que estaba sufriendo mucho, y procuró no causarle más dolor del necesario.

El herido, por pudor, trató de no quejarse.

El doctor Phillips miró a lady Eleonor y dictaminó:

—Fractura del hueso femoral.

Complacida consigo misma, pero apenada por el hombre que yacía frente a ellos, le preguntó.

—Doctor, ¿puedo darle un poco de láudano para aliviar el dolor?

—Sí, os dejaré escrita la dosis. —Cogió su cuaderno, se acercó a una mesita baja donde había un pequeño tintero y escribió. Dejó allí el papel y se volvió para mirar pensativo al paciente.

La fractura era grave y aunque superara las dificultades de la calcificación del hueso y la rehabilitación, quedaba el riesgo inmediato de una infección. Si la rotura del hueso hubiera provocado, siquiera una pequeña hemorragia, quedarían pocas esperanzas.

Pero de momento tenía que sujetar la pierna con firmeza. De inmediato pensó en la técnica ya empleada en el siglo pasado por el profesor Nicolas Andry y más recientemente por Delpech en su clínica de Montpellier, donde él mismo había acudido por pura curiosidad profesional.

—¿Doctor Phillips? Necesito hablaros un momento.

—Quizás un poco más tarde, Lady Eleonor...

—¡No, ahora! —estalló ella. Luego, arrepintiéndose, añadió—: Os lo suplico...

El doctor la miró al rostro: estaba ansiosa por lo que quería decirle. Se acercó a ella expectante.

—Así que... tal vez... deberíamos bloquearle la pierna... con algo rígido, sujeto...

—¡Vamos, explicaos sin rodeos!

—Es decir, doctor, como se hace con las plantas: atar la pierna a un tutor con una cuerda... quizá no una cuerda... pero sí unas bandas bien tensas. —Y aguardó a la reacción del médico.

—Os referís al árbol torcido de la ilustración que se encuentra en el libro del Profesor Andry, en el que da la definición de ortopedia.

—¡Exacto! —La alegría y la satisfacción que sentía Eleonor eran evidentes.

El doctor le sonrió y los presentes la miraron con asombro y admiración.

Entonces se percató de que tenía que justificar sus conocimientos médicos. La vergüenza la hizo sonrojarse y abrió la boca, pero el anciano doctor se anticipó a ella.

—Sin duda habéis aprendido ciertas técnicas leyendo el artículo médico que apareció recientemente en... *The Morning Post* —dijo, eligiendo a propósito el periódico de la aristocracia inglesa, tras haber visto al conde abrirse paso entre la multitud.

La muchacha frunció el ceño, molesta por la elección del clasista periódico por parte del doctor. Y sin darse cuenta de que se estaba lanzando piedras contra su propio tejado, replicó:

—¡Ni hablar! ¡Era *The Daily News*!

Un periódico tan liberal y burgués nunca debería haber entrado en la morada de un noble... y ella no advirtió su error hasta que posó los ojos en su recién llegado padre. Tenía una mirada cautelosa y el traje gris oscuro realzaba la severidad de sus ojos, grises igualmente.

—Creo que te equivocas, mi querida hija. Era *The Morning Post*.

—Tal vez... me... he equivocado, papá.

—Estoy seguro de que el doctor puede prescindir de ti. Has sido una ayuda inestimable, como siempre.

—Lady Eleonor, vuestro padre tiene razón y os agradezco vuestra preocupación. —Luego añadió, dirigiéndose al conde—: Lord Hereford, cuando termine quizás os agrade escuchar las experiencias que tuve cuando estuve en Montpellier el año pasado en la clínica del gran

ortopedista Delpech.

La luz en los ojos de Eleonor denotaba felicidad por lo que podría aprender. Lo había leído todo sobre aquella clínica y sobre la de Venel en Suiza. También había oído hablar de Pravaz, otro experto en la práctica de la ortopedia. Miró al conde inquisitivamente.

El conde de Hereford no pudo resistirse a la súplica de su hija.

—A todos nos encantaría escuchar vuestras historias, doctor. Quedaos para cenar con nosotros, os lo ruego.

—Con mucho gusto, Lord Hereford, gracias. ¿Puedo ahora pediros que ordenéis despejar y ventilar la habitación?

Eleonor se despertó de su alegre estupor.

—Paul, William, Sally y también vos, Mr. Jonas, debéis marcharos. El doctor debe hacer su trabajo en paz y tranquilidad. Os informaremos más tarde. No, Jenny, tú y Sam quedaos: ya sabéis lo que hay que hacer y el doctor os dará instrucciones si es necesario. Doctor, estaría más tranquilo si vierais un momento al chico que se ha golpeado la cabeza...

Comprendiendo la preocupación de la joven, el doctor Phillips le preguntó al conde:

—Lord Hereford, ¿permitís que lady Eleonor se quede unos minutos más? Me sería de gran ayuda.

—Adelante, doctor. Eleonor, en cuanto se termine todo, reúnete conmigo y con tu madre en el salón.

—De acuerdo —respondió en voz alta para subrayar su obediencia, y luego murmuró—: Gracias, papá.

Alcanzó al médico, que ya estaba intentando palpar la cabeza del joven paciente.

—Doctor, ya he lavado la herida con agua y trapos limpios. No parece tener astillas... pero el corte es profundo...

—Veo que está bien desinfectada. Muy bien, lady Eleonor. Mucho me temo que voy a tener que coser.

A esas palabras el chico gimió.

—Vamos, Billy, el viejo Tom no ha dicho ni mu cuando el doctor le ha examinado la pierna rota, ¿verdad?

—Estoy seguro de que Billy tampoco se lamentará.

—Doctor, tal vez... un traguito de brandy...

—Billy, nada de alcohol o cualquier otra cosa que pueda adormecerte. Te has dado un buen golpe y no debes dormir. Te voy a coser y vas a sufrir, ya lo sabes. —Miró a Jenny y a Sam y añadió—: Lo mantendréis despierto al menos una hora. Después de la cena volveré. Ahora... —se volvió hacia Eleonor, que ya se había lavado las manos y sostenía aguja e hilo a la espera de que el doctor hiciera lo mismo en la palangana junto a la cama.

—Comenzad vos, lady Eleonor.

Eleonor aceptó insegura. Nunca lo había hecho, pero había observado atentamente al doctor Phillips en multitud de ocasiones.

Si le estaba pidiendo que cosiera a un paciente suyo, significaba que confiaba plenamente en ella.

Se acercó a Billy, les lanzó a Jenny y Sam una mirada de comprensión y a continuación se dispusieron para sujetar al paciente.

Le temblaban las manos. Respiró hondo e introdujo la aguja.

Notó que la carne era blanda y no tuvo dificultad en coserla, juntando bien los bordes. En ese momento pensó en el bordado que había empezado la semana anterior y se dio cuenta de que

tampoco era tan diferente... En realidad, era más fácil y mucho más satisfactorio.

Llegó al final y sólo entonces se dio cuenta de que lo había hecho sola.

Abrió los ojos de par en par y alzó su rostro, encontrándose con la mirada de aprobación del médico.

—Realmente muy bien. —Él le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Eleonor cortó el hilo, enjuagó la herida con un paño y aguardó.

Sam la observaba con los ojos muy abiertos y evidente admiración; Jenny tenía el aire cómplice de alguien que habría esperado eso y mucho más de lady Eleonor.

El pobre Billy había permanecido en silencio, pero las marcas de los dientes en sus labios eran claramente visibles.

—Ahora lavaos bien, Lady Eleonor, que voy a vendar al valiente Billy.

—Doctor Phillips, ¿estáis seguro de que me puedo ir?

—Vamos, marchad, y aseguraos de que el cocinero prepare el postre: ¡ya sabéis cuánto me gustan los dulces!

Eleonor rio.

—Si me necesitáis, no dudéis en llamarme.

Se dirigió hacia las escaleras, y luego se volvió.

—¡Jenny!

—¡Sí, Lady Eleonor! —respondió Jenny, alcanzándola.

—Prepara el láudano en un vaso para Tom y sigue estrictamente las dosis escritas por el Doctor. —y luego en un susurro, añadió—: No te preocupes si la primera dosis prescrita es más alta que las demás: el pobre Tom podrá dormir toda la noche sin mucho dolor. ¡El doctor Phillips sabe lo que hace!

Caminando por las dependencias del servicio de vuelta a la planta superior, Eleonor se felicitó por el trabajo bien hecho y se preguntó si el joven lord March apreciaría sus dotes en las artes médicas.

* * *

Septiembre de 1805

Eleonor se había vestido apropiadamente, modesta y femenina, para recibir la visita de Lawrence Campbell, conde de March, hijo de los marqueses de Wiltshire.

Ella sentía gran simpatía por él y apreciaba su amistad. Era un joven apuesto, de aspecto agradable y siempre elegantemente vestido. El contraste entre su cabello castaño oscuro y sus ojos azules era llamativo y atrajo la atención de varias jóvenes. Sus modales educados, pero nunca artificiosos, la hacían sentirse a gusto.

Más de una vez había imaginado un futuro próximo en el que el conde se le declararía abiertamente. Así que en el preciso instante en que apareció en el salón y sus miradas se encontraron, Eleonor confió en que ese momento hubiera llegado.

—Buenos días, lord March —dijo haciendo una perfecta reverencia ante los ojos vigilantes de sus padres.

Lawrence inclinó la cabeza.

—¡Buenos días! y nunca mejor dicho, lady Eleonor, ahora que estoy aquí, y perdonad mi franqueza, lord Hereford.

El conde de Hereford aceptó de buen grado el cumplido dirigido a su hija.

Se sentaron y hablaron de los temas habituales: el tiempo, la salud y los acontecimientos

sociales previstos.

Nick y Sophie eran conscientes de que el quinceañero estaba colado por Eleonor, y como eran íntimos amigos de los padres de ella, los marqueses de Wiltshire, consideraban aceptable que visitas como ésta se produjeran de vez en cuando. Eso sí, siempre en su presencia.

Normalmente lord March no se entretenía más de la media hora prescrita por la etiqueta, pero esta vez parecía alargar el tiempo.

Intrigada por sus torpes intentos de prolongarlo, lady Hereford le hizo una propuesta:

—Esta tarde está resultando muy agradable. Eleonor, si el conde no tiene prisa por irse, tal vez podrías mostrarle el parterre de tus flores favoritas.

—¡Me encantaría, Lady Hereford! —exclamó él con ojos brillantes.

Y así fue como los dos jóvenes salieron al cálido sol de septiembre para admirar los cultivos de flores de lady Eleonor.

—Lady Eleonor, ¿seguís interesada en la medicina?

—Sí, así es, y espero que no desaprobéis mi... propensión a intereses tan originales.

Caminaron hacia los espesos arbustos más allá del prado.

—No la desapruebo en absoluto. Por supuesto, discutirlo en presencia de otras damas que no seáis vos me haría sentir incómodo, tengo que admitirlo.

Eleonor le miró. Era un guapo muchacho y sobre todo tolerante.

—Coincido con vos, lord March. Sin embargo, no me parece bien que uno se sienta... prisionero de su propia naturaleza.

Lawrence la miró sorprendido por aquella afirmación. Le pareció que había descubierto algo nuevo y sumamente reconfortante.

—Tenéis... razón. Comparto vuestra opinión. La naturaleza de cualquier ser humano debe respetarse siempre, incluso cuando a los ojos convencionales parezca... inadecuada, incómoda y escandalosa.

Eleonor le dedicó una gran sonrisa.

Sí, el conde le gustaba cada vez más y su inexperiencia con los hombres jóvenes no le hizo dudar, ni por un momento, de que el conde se refería a algo muy personal.

Se sentaron en el banco oculto por la vegetación y permanecieron absortos en sus pensamientos.

Los trinos de los pájaros eran el telón de fondo de aquel mundo perfecto y delicioso del que ambos estaban seguros de que formarían parte.

—Lady Eleonor...

Se giró para encontrarse con su mirada celeste y viva.

—Lady Eleonor, soy consciente de que nuestra joven edad nos impide expresar libre y definitivamente los sentimientos que tenemos... Sin embargo, me gustaría que supierais que... siento una gran admiración por vos y que me gustaría seguir viéndoos, siempre y cuando vos...

—¡Estaría encantada! —profirió Eleonor con su franqueza habitual.

Lawrence rio con un suspiro. Parecía haberse quitado un gran peso de encima.

—Sabed, Lord March, que no puedo fingir falsos pudores... así que me concederíais vuestro perdón si os dijera que a menudo fantaseo con... ¿nuestro futuro entendimiento?

—Perdonada. Es más, ahora me cuesta menos admitir que yo he hecho lo mismo... —murmuró él. Inclinó la cabeza y se quedó pensativo unos segundos. Luego, en un arrebato de valor, cogió la mano de Eleonor y la apretó—. Deberíamos conocernos mejor y aguardar nuestro momento, lady Eleonor.

—Obviamente tenéis razón.

Lawrence levantó los ojos.

Era la única chica por la que había sentido una atracción física, si bien muy modesta. Sabía que no era normal, o en todo caso inusual para un joven de su edad. Pensó que un intento de acercarse a lady Eleonor le permitiría comprender hasta qué punto estaba preparado, como hombre, para consagrarse a una mujer.

Así que, impulsado por esta repentina decisión, se acercó a ella y la besó.

Fue un gesto embarazoso que dejó a Eleonor desconcertada durante unos instantes.

Lawrence retrocedió inmediatamente y con un susurro torpe dijo:

—Os ruego... que me... disculpéis, yo...

El inexperto conde no había atinado en sus consideraciones si pensaba que la curiosa y vivaracha Lady Eleonor se detendría allí.

De hecho, fue ella quien volvió a besarle, apretando sus labios contra los suyos.

En ese momento lord March sólo pudo continuar siguiendo las instrucciones dadas por amigos y oídas en círculos masculinos.

Rodeó con sus manos inseguras la esbelta cintura de la joven y sacó la lengua.

Eleonor, aunque asombrada por los atrevidos movimientos de Lawrence, no se amilanó ante la novedad y consintió en la húmeda y tentadora intrusión. Le puso las manos sobre los hombros y correspondió a lo que para ella era su primer beso como mujer.

En aquel momento no supo decir lo que sentía, porque sólo duró unos segundos.

Se lo había esperado más arrebatador y excitante, según los comentarios de las camareras. Ni rastro de placer inguinal ni deseo de nada más.

Se preguntó si la próxima vez sería diferente.

—Creo que será mejor que... me vaya... —declaró el conde mientras se levantaba. Estaba muy agitado, casi conmocionado. Había esperado percibir sensaciones más estimulantes, pero no fue así. Su decepción se reveló en el desconcierto que mostraban sus ojos claros. ¿Qué le ocurría?

—Os... acompaño —balbuceó Eleonor.

—No, no, os lo agradezco lady Eleonor. Saludad a los condes de mi parte.

Ella sospechó que le había besado tan mal que había puesto a lord March en fuga.

—¿Volveréis? —preguntó dispuesta a escuchar alguna excusa insulsa.

Inesperadamente él le respondió:

—Por supuesto. Si a vos todavía os complace...

—¡Sí! Es decir... me complacería muchísimo.

Se sonrieron y el conde de March se alejó con paso firme y la cabeza inclinada.

* * *

—¡Eleonor Grace Hambrook!

Soltó un largo suspiro y aspiró una gran cantidad de aire, conteniéndolo para calmar su miedo. Estaba asustada. El tono empleado por su padre, el conde, no dejaba lugar a dudas: ¡estaba furioso!

¿Se habría enterado de lo de lord March y su beso?

«Beso... según esas chismosas de la cocina, tampoco fue nada del otro mundo... ¿cómo demonios será un beso de verdad?».

Se giró lentamente entre un ligero revuelo de muselina de algodón rosa pálido. Frunció el entrecejo en una involuntaria actitud de sumisión. Esperó, observando la expresión severa de su padre.

—Tu madre ha encontrado esto en el fondo de tu cesta de bordado.

La mente de Eleonor comenzó a razonar. «¡Oh mamá! ¡el libro! ¡El libro del doctor Phillips!

Esta vez estoy perdida... ¡Maldito sea ese charlatán del doctor Phillips! ¿Ha dicho encontrado? Así que el viejo no se ha ido de la lengua...».

—En realidad lo he encontrado por casualidad, Ellie —dijo lady Hereford, que estaba un paso por detrás del conde, en un intento de justificarse, arrepentida de haber puesto a su hija en aquella situación—. Solo estaba buscando el hilo violeta que...

—¡Sophie!

—Pero Nick, es la verdad y me parece justo que ella lo sepa. ¡No quiero que piense que tiene por madre a una entrometida!

Lord Hereford emitió un suspiro de indulgencia.

—Sé a ciencia cierta que el doctor Phillips nunca te prestaría un libro de medicina sobre el aparato reproductor... masculino. Así que entiendo que lo ha sustraído sin su autorización, es decir, ¡lo has robado!

En ese momento lady Eleonor Grace no pudo callarse e intentó justificarse con toda la dignidad de que era capaz.

—Me duele mucho saber que has pensado que soy capaz de un acto tan vil y mezquino —dijo levantando la barbilla, mostrándose lo más indignada posible—. Lo habría vuelto a poner en la librería del doctor a la primera ocasión, te lo aseguro.

—No te servirá de nada adoptar ese tono altanero conmigo, Eleonor. Esta vez no. Estoy harto de que me engañes con tus zalamerías cada vez que haces una de las tuyas.

Era cierto: el conde de Hereford sentía debilidad por su dulce y vivaracha Eleonor Grace, igual que la sentía por su esposa, Sophie. ¡Se parecían tanto! Y así ocurría que, con cada travesura que cometía, la joven se las arreglaba para compensarla haciendo gala de ingenuidad, dulzura o adulación o bien, como en este caso, indignación.

Pero al oír la frase de su padre, Eleonor se dio cuenta de que esta vez había ido demasiado lejos.

—No tomaré ninguna medida porque no creo que sean lo bastante severas para lo que has hecho.

Dicho esto, dejó el libro sobre la mesita que había junto a la puerta y dijo:

—Devolverás el libro al doctor Phillips hoy mismo y lo harás en persona, explicándole por qué estaba en tu poder. Después de todo, éste será un castigo mucho más severo que cualquiera que yo pudiera concebir.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándola petrificada, arrepentida y llorando.

Lady Hereford se acercó. Le puso las manos sobre los hombros y tiró de ella hacia sí, la abrazó.

—Tiene razón, lo sabes, ¿verdad, Eleonor?

—Sí —respondió entre sollozos.

—Yo te entiendo. Siempre has sido curiosa, amante de las lecturas más extrañas y dispares, fuertemente inclinada al estudio... Pero también eres hija de un conde, Eleonor, y estás entre las chicas más admiradas por tu impecable educación. No creo que pueda decirte que dejes de ser como eres. Pero tampoco puedo decirte que sigas siendo... tan original y peculiar.

—Indecorosa, ¡eso es lo que querías decir! Y tendrías razón al llamarme así. —Sollozó, tan ruborizada que algunas de sus pecas resultaban más evidentes—. ¡Pero es más fuerte que yo, mamá! No puedo controlar mi deseo de saber y de conocer...

Se alejó un poco de su madre para manosear un delicado pañuelo de algodón bordado.

—Un hombre no entenderá nunca esta necesidad, porque los hombres tienen todo el derecho a educarse e informarse. ¡Y papá es un hombre!

—Bueno sí, es un hombre, no hay duda... —bromeó Lady Hereford, recordando la noche anterior.

—¡Mamá! —exclamó Eleonor fingiendo escandalizarse.

—No te hagas la ingenua conmigo. Estoy segura de que sabes lo que pasa entre un hombre y una mujer que se aman. ¡Con todos esos libros que has leído!

«En efecto, ¡sé mucho más de lo que prescriben las reglas de la buena educación! ¡Y me alegro!» pensó Eleonor.

Lady Hereford observó los delicados cabellos que se escapaba de su peinado, cayendo en mechones rizados.

—Ahora cálmate y obedece a tu padre: devuelve el libro y si quieres mi consejo, dile la verdad al doctor Phillips de la forma más sencilla posible. —Y luego, con una sonrisita conspiradora, añadió—: Que te acompañe Hettie: seguro que no le sorprenderá, pues siempre es ella quien te ayuda en tus búsquedas del conocimiento.

Eleonor obedecería a su padre. Diciendo la verdad. Era, sin duda alguna, el castigo adecuado.

* * *

Lady Eleonor y Hettie esperaron a que el paciente, que había llegado antes que ellas, saliera de la gran sala que el doctor Phillips utilizaba para sus visitas.

Era el único médico de Ashford que tenía una consulta tan grande y bien equipada; adoraba su profesión y amaba al prójimo, por lo que sus servicios se dispensaban gratuitamente a quienes no podían pagar.

Los nobles como lady Eleonor eran atendidos, evidentemente, por el médico en su casa, pero ella, poco inclinada a ajustarse a las normas y muy sensible a las ideas democráticas, acudía gustosa a su vivienda-estudio.

La puerta se abrió y Eleonor esperó a que la invitaran a pasar.

—Lady Eleonor, ¿qué molestia os trae hoy por aquí?

El anciano doctor sentía simpatía por ella y admiraba sus ansias de conocimiento.

En ese momento sus ojos cerúleos expresaban alegría al ver a la muchacha y una risita cómplice parpadeó bajo su corta y bien cuidada barba blanca. Su cabello también era blanco, pero si en apariencia mostraba toda su vejez, su mente vivaz y su espíritu de lucha mostraban su juventud interior.

—Buenos días, doctor Phillips —dijo Eleonor con un hilito de voz.

—¿Estáis ronca? ¿Os duele la garganta por un resfriado?

Eleonor no entendía si el doctor realmente no había intuido su malestar.

—Doctor —dijo en un tono más elevado—, he de hablaros.

—Pasad. Hettie, quizás quieras charlar con Mrs. Greta: acaba de hornear un pastel, puedo olerlo desde aquí...

—¡Gracias doctor! Lady Eleonor, ¿me permitís? —preguntó la doncella, haciendo una digna reverencia.

Eleonor le dio permiso, divertida por la manera tan formal en que su doncella la había llamado. Habían crecido juntas, mamado del mismo pecho, porque lady Hereford había recurrido a la inestimable ayuda de la madre de Hettie, Mary, y cuando estaban solas, Hettie llamaba a su joven ama por su nombre.

El doctor Phillips se sentó y observó que lady Eleonor permanecía de pie, retorciéndose las manos y mordiéndose el labio inferior. Entonces, por educación, se puso de pie.

—Os lo ruego, sentaos y hablad abiertamente. Ya sabéis que en mí siempre tendréis un amigo. ¿Qué os aflige?

—Un sentimiento de culpa.

—¿Por qué motivo? —Pensó que la joven hubiera cometido alguna locura... ¡Y sólo pudo imaginar problemas de índole sexual!

Eleonor sacó el libro de la bolsa que llevaba en el regazo, con la mirada abatida. Lo colocó lentamente sobre el escritorio y volvió a poner su mano temblorosa sobre la bolsa.

El anciano médico volvió a respirar y recobró el color.

—Os han descubierto. Si no, lo habríais vuelto a poner en su sitio sin que se notara, como siempre habéis hecho.

Eleonor abrió los ojos de par en par e inspiró con todas sus fuerzas. ¡Estaba estupefacta! El viejo doctor Phillips lo sabía...

—¡Vos lo sabíais! Lo sabíais... y no me habéis dicho nada...

Se percató de que había sido víctima de...de...

—¡Una traición! —exclamó indignada—. Una necia... ¡me consideráis una necia porque yo ignoraba que vos lo sabíais!

El pobre doctor negaba con la cabeza, pero Eleonor no le permitió hablar. Levantó la barbilla y adoptó su expresión más contrariada.

—¡Me habéis mentido! Y no soy una tonta. ¡O tal vez lo sea por confiar en vos! Todos pensáis que soy extraña y peculiar, incluso indecorosa, y probablemente también... también...

—Si realmente hubiese querido traicionaros, habría hablado claramente con vuestro padre, el conde, y le habría enumerado los títulos de los libros que... habéis tomado prestados. —El tono tranquilizador del médico hizo que se calmara de inmediato. Se dio cuenta entonces de que las cosas habían marchado bien. Y que tenía que disculparse...

Se llevó una mano a los labios, tratando de reprimir las lágrimas de mortificación que subían a sus ojos.

—Os suplico que me disculpéis, doctor... —su voz temblaba a causa del llanto—. Soy tan impulsiva y a veces... de hecho, casi siempre hablo como una atolondrada. Tenéis razón, por supuesto: fuisteis amable y comprensivo al no hablar de ello con mi padre.

Recuperó el aliento.

—También os pido disculpas por coger los libros sin vuestro permiso. —Luego recapacitó un momento y prevaleció su espíritu sincero y abierto—. ¡Pero no me arrepiento en absoluto! —exclamó con una mirada de nuevo combativa.

El doctor Phillips la admiró profundamente y preguntó con la intención de provocarle una nueva confesión:

—¿Por qué no os arrepentís?

Horrorizada por la pregunta, que consideró evidentemente retórica, respondió:

—Disculparme por coger los libros sin permiso no significa que me arrepienta. No me arrepiento. Tengo derecho a saber y entender cosas sobre el mundo, sobre la vida, sobre todo. ¿Por qué sólo vosotros, los hombres, podéis hacerlo? Además, si ese ignorante ratón de biblioteca, Mr. Walker, no se negara a prestarme ciertos libros que él cree que fueron escritos para las elevadas mentes del sexo masculino, ¡yo no recurriría a estos viles métodos! En pocas palabras, me vi obligada...

Tomó de nuevo aliento y continuó con extrema convicción.

—... ¡vosotros, los hombres prohibís, vosotros, los hombres condenáis! ¡No es justo y no aceptaré ser objeto de una injusticia tan mezquina! —Dicho esto, se recostó molesta en el respaldo de la silla. Estaba tan enojada que no se dio cuenta de haber usado la palabra sexo...

—Tenéis razón.

La confesión del doctor la sorprendió más de cuanto pudiera imaginar.

—Las mujeres también tienen derecho al estudio y os admiro profundamente. —Los ojos del doctor eran sinceros y serios.

Eleonor casi no creía haber encontrado un aliado en él.

—¿De verdad estáis de acuerdo conmigo? —preguntó esperanzada.

—Sí. —El doctor Phillips sonrió para calmar la crudeza de lo que iba a decir—. Eso no quita que seáis una mujer. Joven, pero una mujer. Y la hija de un conde. Esto requiere doble cuidado en la búsqueda del aprendizaje. —La observó para asegurarse de que permanecía calmada—. A los ojos de los hombres, de ciertos hombres especialmente, vuestra juventud es sinónimo de ingenuidad y... estupidez, si se me permite el término. Pero vos no sois ni ingenua ni estúpida, sino culta y muy inteligente. Esta mezcla de juventud y sabiduría es como un... afrodisíaco para los hombres. ¿Entendéis lo que os digo?

Eleonor se dio cuenta de que el doctor le hablaba con gran claridad. Habiendo leído varios ensayos sobre la psique humana y algunos sobre aptitudes psicológicas, adivinó enseguida los argumentos del anciano amigo.

—Comprendo perfectamente. —Esperó a que el doctor continuara.

—Además, si añadimos a la mezcla vuestra... nobleza, ¡entonces...! —hizo un gesto con la mano como para enfatizar las palabras pronunciadas.

—¿Entonces? —le preguntó ansiosa por saber el resultado.

—Entonces... ¡un escándalo! No me preguntéis por qué, pero es así. Hacer saber al mundo que os gustan ciertas lecturas puramente masculinas, ¡es el camino seguro al escándalo! Peor aún, es el camino directo para ser tachada de mujer... impúdica y facilona.

Eleonor reflexionó, llevándose el dedo índice al labio inferior.

—Entonces tendré que asegurarme de que el mundo no se entere... —murmuró como si hablara consigo misma e inconscientemente miró el libro colocado sobre el escritorio.

—Exactamente —le confirmó el Doctor—. Lady Eleonor —dijo haciendo que levantara la mirada—, decidme qué libro os gustaría tomar prestado de mi biblioteca, pero aseguraos de que nadie se entere.

Los ojos de la chica se volvieron aún más brillantes por la felicidad que sentía.

—Además —añadió el doctor—, tampoco deberéis pedir prestados determinados textos en la biblioteca. —Vio la decepción en los ojos de la joven.

—Así pues, lady Eleonor... os dirigiréis a mí, me diréis los títulos y autores que os interesan y yo os los conseguiré.

Eleonor estalló de alegría. Incapaz de contenerse, se levantó, dejando caer su gran bolso, y corrió a abrazar a su querido y viejo doctor Phillips, arrojándose de rodillas a sus pies.

El hombre meneó la cabeza y no pudo resistir la tentación de posar sus arrugadas manos sobre la joven espalda de aquella adorable, inteligente y pasional chiquilla.

—¡No me atrevo a imaginar los problemas que me esperan si vuestro padre lo supiera!

Y Eleonor rio con ganas.

* * *

El silencio reinaba en el vestíbulo.

Jenkins, el mayordomo, le quitó la bolsa de la mano.

Ella le miró con ojos inquisitivos.

—Está en su estudio, lady Eleonor.

—Gracias.

Se encaminó. Llamó y, ante la invitación paterna a entrar, abrió lentamente la puerta. Su padre

levantó la mirada y ella se sintió intimidada. Cerró la puerta y aguardó.

—No pongas esa cara de abatimiento. Acércate y siéntate.

Ella avanzó y se sentó.

—He obedecido tu orden. —Guardó silencio—. Y tenías razón: ha sido un castigo adecuado. Me sentía mortificada y avergonzada como si fuera...

—¿Una ladrona? — La sonrisa de su padre la puso nerviosa. El hecho era que él tenía razón... ¡pero ella también!

—¿Qué he hecho mal, papá? ¿Quitarle sin autorización un objeto a su dueño o leer libros que consideras inadecuados para una mujer?

El conde de Hereford miró a su hija con inmensa admiración. Se merecía una respuesta clara y sincera.

—¡Sustraer sin autorización, por supuesto! En cuanto a las... lecturas particulares que haces... bueno, nunca las he prohibido porque las ignoro.

—No puedo creer que mamá no te haya dicho que leo...

—¡Eleonor! —parecía exasperado—. Entonces digamos que... quizá sería mejor que yo no lo descubriera, de lo contrario, además de tomar medidas severas, ¡tendré que prohibírtelo!

Eleonor Grace Hambrook se dio cuenta por primera vez de que contaba con el apoyo, aunque invisible, de su padre.

Una sonrisa, ligeramente contenida por decoro, iluminó su rostro.

CAPÍTULO 3

Roman Way House
Ashford, Kent

3 de junio de 1808

Mi querida prima Nancy Jane... ¡cuánto te echo de menos!

A estas alturas ya no me conformo con las frecuentes cartas con las que nos mantenemos en contacto, y espero de verdad que tú y tía Martha podáis venir a Bath con nosotros a finales de junio (recuerda: ¡el 25!) para pasar una semana juntos.

¡Tengo grandes y maravillosas noticias que darte!

¿Recuerdas la escuela de París de la que te hablé durante la pasada temporada londinense? ¿La que fundó el abad Charles Michel de l'Epée? En los últimos meses, he hablado largo y tendido con el doctor Phillips y, con su ayuda, ¡he convencido a papá para que me deje hacer un viaje a París! ¡Podré aprenderlo todo sobre el lenguaje de signos!

Mamá me acompañará y también vendrá con nosotros el querido doctor. Naturalmente, no le hace mucha gracia dejar a sus pacientes con el joven doctor Timothy Preston, ¡pero el deseo de profundizar en sus experiencias pesa más que cualquier preocupación!

Ojalá pudieses venir con nosotros... Podrías aprender mucho. Pero sé lo que opina el tío Ernest: no cree en esta innovadora forma de comunicación para sordos.

Así que, ¿sabes qué te digo? ¡Paciencia! Lo aprenderé todo, y bueno, luego de alguna manera convenceremos al tío Ernest y a la tía Martha de que necesitaré tu ayuda para la próxima temporada en Londres.

Les diremos que no puedo lanzarme a la contienda de las jóvenes que buscan marido sin la inestimable ayuda de mi querida amiga y prima. Será entonces cuando te enseñaré a conversar con el lenguaje de signos. ¡Nos divertiremos como nunca! Y tú me ayudarás a resignarme a la idea del matrimonio.

Tengo miedo... no quiero casarme.

Lord March nos visita a menudo. Nuestra amistad y trato es algo a lo que yo no voy a renunciar. Él repite que admira mi audacia al proclamar en voz alta aquello en lo que creo, aprecia mi manera de perseguir intereses inusuales, elogia la manera educada y cortés con la que defiendo la inclinación que cada uno de nosotros tiene hacia las aspiraciones personales, por impopulares que sean.

Sin embargo, no hay entendimiento entre nosotros... en definitiva, ese sentimiento que tienen las parejas que se quieren, no existe. Rara vez busca mi mano o me regala una caricia. ¡Sólo me ha besado cuatro veces en estos años! ¡Y no me ha gustado nada! A veces pienso que sólo sigue viniendo porque se siente obligado.

Tal vez sea yo la extraña...

¡Ya lo sé! No debería haberme besado, ya que aún no se ha declarado. Sin embargo, siempre pasamos diez minutos a solas cada vez que nos vemos, y es extraño que no intente algo más, ya que es hombre.

Así que la idea de tener que aceptar su proposición me espanta.

Sólo quiero estar tranquila con mis libros y divertirme en las recepciones sin la preocupación del vestido adecuado, del peinado perfecto y de un comportamiento impecable. Ya me conoces, ya sabes cómo soy en realidad.

La flor y nata de la sociedad londinense me adora: me encuentran guapa, culta, educada y perfecta como esposa de un noble con un título superior al de conde. Incluso cuando me pongo las gafas, ¡me encuentran adorable!

Papá dice que son mis ojos los que hechizan a todo el mundo.

Mamá, en cambio, dice que soy original: ¡es una forma educada de decir que soy dos personas diferentes al mismo tiempo! Sólo ella y tú sabéis cómo soy en realidad. Y eso me divierte aún más cuando estoy con jovencitos que están pendientes de cada una de mis palabras.

Si supieran lo que leo y la cantidad de cosas raras que conozco ¡Y si supieran los picantes articulitos que escribo con nombre falso y que hasta cobro por ellos! ¿Te imaginas sus caras? Sé que ahora te estás riendo.

El último que escribí fue sobre... un cierto baronet, bien parecido y sin blanca, que se había convertido en el criado de una... cierta marquesa, fea, pero con un apetito sexual insaciable.

Obviamente no he escrito sus nombres reales, pero he dado suficientes y elocuentes detalles para que el lector comprenda exactamente quiénes eran.

He recortado el artículo y te lo adjunto con esta carta. ¡Luego lo quemas! ¡No quiero que te metas en problemas por mi culpa! Y esconde la carta, por si acaso...

Ahora voy a ayudar a mamá: está convencida de que para quedarse una semana en Bath hacen falta al menos dos carruajes cargados de cajas con ropa, accesorios, cacerolas (¡sin nuestra cocinera no iremos y la cocinera no vendrá sin sus cacerolas!), criados y... ¡no sé qué más quiere meter en los carruajes!

Estoy deseando volver a verte y espero que eso ocurra lo antes posible.

Te quiero

Tu afectuosa amiga y prima

Eleonor

* * *

Hambrook House
Londres

12 de junio 1808

Mi querida Eleonor... ¡si supieras cuánto te echo de menos yo también!

¡Las buenas noticias sobre la escuela de París me han dejado contenta y esperanzada!

Por desgracia, estoy muy preocupada: papá lleva enfermo casi dos semanas. Empezó con un simple resfriado, luego vino una fiebre alta y ahora una horrible tos que le deja sin aliento. Entiendo que el médico esté muy alarmado. Aunque ya no tiene fiebre, la tos le desgarra el pecho. Mamá y yo estamos completamente entregadas a él.

Andrew pasa poco tiempo en casa y su desinterés por la enfermedad de papá me disgusta. Pasa sus inútiles días entre White's y el sastre, las carreras de caballos en Newmarket o como invitado de algún inepto noble, amigo suyo, en una partida de caza.

Papá pregunta por él, pero no protesta cuando le decimos que no está. Creo que teme por él... y está preocupado por mamá y por mí en caso de que a él le pase algo. No puedo pensar en ello, porque ya tengo ganas de llorar, y por supuesto en Andrew no se puede confiar.

Discúlpame por ser tan quejica y compartir mis penas contigo, pero somos como hermanas y no tengo a nadie en quien confiar.

Mamá tiene un carácter demasiado débil y su constante justificación de Andrew me irrita más de lo que debería permitirse a una hija con su madre.

Tal vez sólo esté celosa porque mamá no lo culpa por disfrutar de la vida sin preocuparse de sus seres queridos, y en cambio me regaña por desaprobar abiertamente su comportamiento.

Y sin embargo, según el libro de psicología que me prestaste (¡y que guardo bien escondido en la cesta de los bordados de doble fondo!) ¡se supone que yo soy la débil y psicológicamente problemática, dadas mis limitaciones! Ahora mismo te estoy imaginando, riéndote de mí y de mi autocrítica.

¿Qué debería hacer? ¿Quejarme de la desgracia que me ha tocado por culpa de una estúpida explosión? No lo creo. En vez de eso, ¡estoy deseando aprender el lenguaje de signos!

Papá le escribió una carta al tío Nicholas. Quizá quiera compartir con él las preocupaciones que le causa Andrew. No me importaría que el tío decidiera venir de visita. Sería toda una bendición para papá. Ya sabes lo bien que se llevan.

Así que no habrá semana en Bath ni para mamá y ni para mí, ¡ya te habrás dado cuenta! Además, nuestra presencia forzosa en Londres será un buen elemento disuasorio para mi disoluto hermano. Siempre causa menos problemas si estamos cerca. Y gasta menos.

Ésa es otra preocupación para papá.

De hecho, el año pasado Andrew gastó toda la herencia que le dejó mi abuelo materno: ¡quince mil libras! ¡Sí, lo has leído bien! ¡Quince mil! ¡Todas, una detrás de otra! En caballos, apuestas, juegos de cartas, regalos a sus diversas amantes, seguramente más astutas que él, noches de juerga y otras actividades lúdicas.

Por supuesto, nunca ha dejado de percibir los ingresos mensuales que le proporciona papá. El correo que llega a la puerta principal es ahora todo suyo: facturas del sastre, del joyero, del sombrerero, requerimientos de las casas de juego, de los vendedores de Newmarket... y no sé qué más.

Mi sordera no supone un problema... ¡mi hermano sí!

Ya me voy, mi querida Eleonor. Papá se aburre como una ostra si no estoy con él. Jugamos a las cartas o paseamos por el jardín para controlar el trabajo del jardinero.

Espero que mi suerte cambie y que podamos vernos muy pronto.

¡Gracias por estar siempre ahí!

Tu llorica y cariñosa prima

Nancy Jane

* * *

Roman Way House
Ashford, Kent

21 de junio de 1808

Nan, quiero ser la primera en darte la gran noticia.

Olvídate de Bath... ¡Iremos a visitaros a Londres!

Papá y mamá están de acuerdo conmigo: no se puede dejar al tío aún convaleciente con tantas preocupaciones, ni sería decente dejaros a tía Martha y a ti para que os ocupéis de todo solas.

Papá se rio de mi reacción. ¡Dice que soy adorable por la forma en que puedo convencer a la gente de que haga lo que yo quiero! Qué impertinencia... Sobre todo porque, conociendo a papá, ¡incluso sin mis zalamerías habría ido igualmente a casa del tío a Londres!

¿Estás tan contenta como lo estoy yo? ¡No puedo esperar a verte de nuevo!

¡No me entretendré más en escribirte, porque cuando leas la carta ya estaremos de camino!

Que me preparen la alcoba contigua a la tuya... ¡No! Que me preparen una cama en tu alcoba. Sé que no es conforme a las reglas de la buena educación... ¡pero a quién le importa!

Además, la última vez que me quedé en tu casa Andrew intentó besarme mientras estábamos solos, ¿recuerdas? Mejor no darle más oportunidades.

¡A los veintitrés años parece que los instintos sexuales están bastante caldeados! Debo haberlo leído en alguna parte, creo que en uno de los libros del doctor Phillips.

¿Y bien? ¿Estás lista? ¡Porque yo ya salgo!

Voy a enviar la carta ahora mismo.

¡Nos vemos muy pronto!

Ellie

* * *

Hambrook House
Londres

28 de junio de 1808

Nancy Jane releyó la carta, sonriendo.

Por fin volvería a ver a su querida prima.

Su mirada se posó de nuevo en los comentarios de Ellie sobre Andrew. Se enfureció. Nunca le había gustado la forma en que su hermano miraba a Eleonor. Era bueno que el tío Nicholas viniera. La salud de su padre mejoraría, y Andrew se calmaría.

CAPÍTULO 4

Hambrook House
Londres

29 de junio de 1808

El carruaje estaba a punto de detenerse frente a la casa Hambrook, en el barrio de Covent Garden, y Eleonor ya tenía la mano en la manilla de la puerta. En cuanto el vehículo se detuvo, la abrió.

—¡Eleonor! —la amonestó el conde, su padre.

—Te lo suplico... no puedo esperar más...

El padre suspiró y ella comprendió que, una vez más, había ganado.

Saltó del carruaje, sujetando con una mano su pequeña cofia, siempre desatada, y con la otra el vestido, levantándolo mucho más de lo que permitían las reglas de la buena educación.

Subió volando los escalones, atravesó la puerta recién abierta y atropelló con su alborozo al aturdido Simmons, el mayordomo de la casa Hambrook.

—¡Perdona Simmons! ¿Dónde está?

—¡Arriba, lady Eleonor! —replicó el anciano mayordomo, observando con placer que la joven no había cambiado en absoluto: guapa y simpática como siempre.

—¡Gracias! —gritó ella mientras subía las escaleras.

En cuestión de segundos estaba en el pasillo, frente a la puerta de la alcoba de Nancy Jane, y la abrió impetuosamente.

Su prima estaba inclinada sobre el baúl de la ropa sucia, pero la vibración que acompañó a la apertura de la puerta la hizo volverse.

Se quedó boquiabierta en una expresión de asombro y alegría.

Las chicas no tuvieron tiempo de sonreír, porque ya estaban corriendo a abrazarse. No se dijeron nada. Se abrazaron fuertemente, con lágrimas en las mejillas, en un silencioso grito de felicidad.

Nancy Jane se apartó un poco y miró a Eleonor a los ojos.

—*Gracias* —pronunció con la boca sin emitir sonido alguno—. *Te he echado mucho de menos, Ellie...*

Eleonor leyó esas palabras en sus labios. Estaban acostumbradas a hacerlo. Y se entendían perfectamente. Nancy Jane se comunicaba del mismo modo con todos los miembros de la familia y de la servidumbre[1].

—¡Yo también te he echado de menos, Nancy Jane!

Sus miradas permanecieron clavadas durante unos segundos, trabadas por fuertes emociones. Siguió la estruendosa y liberadora carcajada de ambas.

Sus miradas permanecieron clavadas durante unos segundos, trabadas por fuertes emociones. A continuación se oyeron las carcajadas estruendosas y liberadoras de ambos.

Eleonor siempre había pensado que la de Nancy Jane era de las más atrayentes y sobrecogedoras que jamás había oído. Su sordera no le daba la medida justa para modular su

intensidad, por lo que surgía tan espontánea como complaciente al oyente.

—*Eleonor, últimamente he recordado muy a menudo tu voz de niña... De verdad, la recuerdo vívidamente en mi memoria.*

—¿De verdad?

Nancy Jane asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—*No lo sé...*

—Puede que se te quedara grabada porque era muy indiscreta... ¡como era yo de niña!

Nancy Jane volvió a reír.

—*¡No, eras sólo muy vivaracha!*

Ellie besó su mejilla aún húmeda por las lágrimas y la cogió de la mano.

—Acompáñame a saludar a mis tíos como es debido.

* * *

En el salón de la casa Hambrook se respiraba un aire acogedor e informal.

El encuentro entre los dos hermanos, el conde de Hereford y Ernest Hambrook, había sido conmovedor. «Como siempre», pensó Lady Hereford. Siempre habían estado muy unidos desde su niñez y el haber tenido unos padres cariñosos y siempre presentes les había hecho sensibles a los valores familiares.

—Eleonor querida, sirve tú el té, por favor. Esta anciana tía tuya comienza a sentir el cansancio del día...

En realidad, no había nada en la tía Martha que pudiera describirse ni remotamente como anciano: piel joven y sonrosada, pelo castaño siempre bien peinado y brillantes ojos color avellana sólo aparentemente distantes, en realidad alertas y vigilantes. Llevaba muy bien sus cuarenta y un años, y Eleonor sabía que le encantaba que le halagaran.

—Disculpa, tía Martha —dijo, admirando el delicado encaje de color crudo del escote de su vestido azul cielo—, en concreto ¿a qué tía te refieres? Aquí sólo hay jóvenes señoritas... No lo entiendo... —Articulaba cuidadosamente las palabras, porque sabía que Nan necesitaba leerle los labios para no perderse nada de la conversación.

La costumbre de los Hereford y los Hambrook de tutearse había sido una agradable constante.

—¡Querida! ¡Siempre has sido mi sobrina preferida y la más simpática!

—Tía Martha... ¡soy tu única sobrina!

Y todos rieron.

—¿Qué he dicho? ¡Es la verdad! —continuó Eleonor con fingida expresión de inocencia.

—¿Comprendes, Ernest —intervino Lord Hereford—, por qué te digo que todos los jóvenes están pendientes de sus labios? ¡Mírala!

Ernest contempló con cariño a su sobrina: su vestido de algodón verde pálido, de un discreto escote, era sencillo, sin pretensiones, pero de bella factura y, en su opinión, reflejaba con exactitud la personalidad de la muchacha.

La quería mucho y la adoraba por el cariño que mostraba con descaro por Nancy Jane y por todos ellos.

—Atraparás al menos a un marqués si sigues por este camino, mi querida sobrina. ¡Y mi hermano el conde estará orgulloso!

—Oh... tío Ernest... yo no sabría... ¡A mí me gusta mucho estar con mi familia! Puede que un marqués no tenga la simpatía que tienen ciertos tíos míos... ¡como tú! —Y rieron de nuevo.

—Desde este preciso instante, también eres mi sobrina favorita —masculló Ernest.

Lady Hereford, retocándose los pliegues de su vestido beige, pensó que su hija era una

verdadera joya cuando quería serlo. Y estar en Londres le brindaba la oportunidad de serlo. Lástima que la temporada hubiera terminado.

—Martha, ¿qué novedades hay en la vida social londinense?

—¡Muchas, muchísimas! Pero no todas aptas para oídos jóvenes e inocentes... —Bromeó mirando a las chicas—. Puedo decir, sin embargo, que aunque la temporada está llegando a su fin, todavía hay previstas algunas fiestas a la última.

Los ojos de las jóvenes se iluminaron y se encontraron en una complicidad mutua.

—Por citar sólo una, la más importante, la recepción en casa del marqués de Wiltshire, organizada por la querida Winny, lady Wiltshire: ¡no hay que perdérsela!

—Estoy de acuerdo, Martha. Nick, iremos, ¿verdad?

El conde accedió sólo por disfrutar de la felicidad de Eleonor y Nancy Jane.

—¡Bien! Entonces llevaremos a las chicas de compras por la mañana, ¡seguro que nos hará falta ropa nueva! ¿Estás de acuerdo, Nick? —le preguntó lady Hereford.

Lord Hereford expresó su aprobación, encantado con la expresión de los rostros de las jóvenes.

—Que sepáis que no tendré el placer de acompañaros... La enfermedad me ha dejado muy débil.

—Tranquilo, Ernest. ¡Yo me ocuparé de estas encantadoras damas!

—Gracias Nick —respondió Ernest agradecido.

Nancy Jane se volvió hacia su tía.

—*Tía Sophie, todavía tengo algunos vestidos de la temporada pasada*... —dijo, atormentando con la mano la tela rosa con lunares blancos de su vestido— *no será necesario comprar otro*.

Eleonor lo comprendió e igualmente todos los presentes.

—Cariño, ¿quieres privar a tu tío Nicholas del placer de regalarnos a todas un vestido nuevo? Ya sabes lo mucho que le importas... ¡no le hagas semejante agravio, por favor, o sufriré el disgusto!

—Nan —dijo Lord Hereford, utilizando a propósito el apodo que Ellie le había puesto—, no os he traído ningún regalo ni a tu madre ni a ti con la esperanza de poder elegirlo aquí, con vosotras. Mañana por la mañana seré yo quien os acompañe a las cuatro. Y no quiero oír ninguna queja sobre la hora: saldremos temprano, pero antes daremos un paseo por Hyde Park, ¡porque estoy ansioso por dejarme ver en vuestra compañía!

Lady Hereford contempló admirada a su marido, observando la belleza de su rostro y sus ojos grises, francos y sinceros. El corte impecable de sus chaquetas subrayaba su siempre innato encanto masculino. Sabía imponerse con firmeza pero con suavidad. La querida Nancy Jane le observaba, con adoración.

Ernest le miró fijamente, en un silencioso pero explícito agradecimiento a su hermano. Estaba cansado, pero tenía ganas de hablar con él, de tú a tú. Su rostro estaba muy marcado por la enfermedad, pero su mirada delataba una sincera alegría por disfrutar de la compañía de sus seres queridos.

—¡Muy bien! —exclamó Eleonor sin poder ya contenerse—. Entonces será mejor que nos retiremos, ¿qué dices Nan? — le preguntó levantándose del canapé.

—*¡Tienes razón!* —le respondió. Luego se volvió hacia su tío y le dijo—: *Gracias, tío Nicholas*. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Nick le acarició y luego, impetuosamente, le cogió la mano y se la estrechó unos instantes.

Lady Hereford se levantó, imitada inmediatamente por Martha.

—Nosotras también nos retiramos, ¿verdad, Martha?

—Sin duda. ¡Nos espera una mañana agotadora pero sumamente agradable!

Las cuatro mujeres, en un ligero revuelo de telas en delicados colores pastel, dejaron a los dos hermanos hablar libremente del joven Andrew Hambrook.

* * *

Las chicas aguardaron a las damas que estaban subiendo las escaleras, discutiendo los compromisos de la mañana siguiente. Cuando llegaron al pasillo lady Hereford les hizo una seña:

—Venid a mi estancia. Tengo un regalo para Nancy Jane —Y abrió la puerta de la habitación.

Todos la siguieron y Sophie se dirigió al tocador. Cogió una caja cuadrada y se la entregó a su sobrina.

Pero ésta estaba tan estupefacta que no movió ni un dedo. Se quedó mirando a la tía Sophie. En aquel momento las palabras generosidad, amabilidad y comprensión acudieron a la mente de Nancy Jane. Sí, porque no le cabía duda de que la tía Sophie (¡pero también su tío, y de eso estaba segura!), sabía de las dificultades económicas que se cernían sobre su familia a causa de Andrew.

Lady Hereford retiró la mano, abrió la cajita forrada de seda de color burdeos, agarró con sus finos dedos una delicada cadena de oro, tiró de ella hacia arriba y dejó caer una gran aguamarina rodeada de diminutos diamantes. Y toda la luz de las velas de la estancia pareció ser absorbida por las piedras, emanando una miríada de estrellas.

Nancy Jane mantenía la boca entreabierta, los ojos abiertos de par en par y no respiraba. Se dio cuenta de que estaba en apnea e inhaló el aire de golpe.

Tía Sophie le puso la cadena alrededor del cuello, la hizo dar una vuelta y la llevó frente al espejo.

Nancy Jane se vio a sí misma durante unos segundos, luego todo se desdibujó tras el velo de grandes lágrimas que llenaban sus ojos.

—Sophie... —susurró Martha—. No tengo palabras. Es realmente una maravilla y un regalo demasiado valioso.

—No digas más, Martha. Deseo que sea así y punto. Lo importante es que a Nancy Jane le guste.

Eleonor observaba en silencio, demasiado satisfecha para pronunciar palabra. Se acercó a su prima.

—¿Te encuentras bien?

Nancy Jane asintió con la cabeza. Decidió darse la vuelta. Sus ojos grises, aún más brillantes por las lágrimas, se fijaron en los de su tía. Se acercó a ella y la abrazó.

Lady Hereford, que superaba en un palmo a la joven, no tuvo dificultad en corresponder al abrazo, estrechándola y acariciándole el cabello.

—Llegados a este punto, ¡es obvio que la elección del vestido depende de esa joya! —explotó Eleonor.

Y todas rieron.

Lady Hereford se apartó de su sobrina, rozando sus mejillas sonrojadas.

—¡Desde luego Ellie tiene razón! ¿No te parece Martha?

—¡Por supuesto!

—Esto me hace pensar que tu vestido, querida, ¡también debería elegirse según la joya que te he regalado!

—*¿Cómo es? ¿ Me lo enseñas?* —En ese momento Nancy Jane revelaba todos sus inmaduros dieciocho años, y estaba muy graciosa.

—¡Claro que sí! ¡Ven! —Se alejaron a toda velocidad, pero recordando sus modales,

volvieron atrás.

—Mamá, tía Martha... ¿me permitís?

—¡Marchad, marchad! —respondieron a coro.

—Mañana por la mañana va a ser muy divertido —dijo Sophie, sin dejar de mirar hacia la puerta abierta por donde habían salido las chicas.

—Nancy Jane lo necesita...

—Lo sé, Martha, lo sé.

—Ella se piensa que no la entiendo...

—Ella sabe que la quieres. Sólo deberías intentar... darle la correcta comprensión... a quien se la merece.

La cuñada no dejó pasar la oportunidad.

—¿Crees que mi condescendencia hacia Andrew está fuera de lugar? —le preguntó con un hilillo de voz.

—Sinceramente, sí —le respondió Sophie con suavidad, mirándola a los ojos—. En cambio, sería justo fijarse más en Nancy Jane, por su merecimiento y necesidad.

Martha guardó silencio unos instantes.

—Sé que tienes razón... pero es difícil para una mujer sumisa como yo imponerse a alguien tan terco como Andrew, así que siempre me resulta natural justificarlo.

—Quizá te equivoques de perspectiva, Martha. Alguien tan terco como Andrew no debería imponerse a una mujer buena como tú y aprovecharse de ella, sobre todo si esa mujer es su madre.

La señora Hambrook se quedó estupefacta ante aquella verdad. Era como si una fulgurante revelación la hubiera deslumbrado. Nunca había pensado en ello, y desde luego no en esos términos. Aquella noche no durmió: la nueva clave que le ofrecía Sophie la mantuvo despierta y pensativa.

* * *

La cadena de oro era igual. También lo era el gran colgante rodeado de diamantes. Pero la piedra era diferente: verde, como los ojos de Eleonor.

—*¡Una esmeralda!* —Nancy Jane admiró durante unos segundos el brillo que desprendía la joya.

—Mamá tiene buen gusto —afirmó Eleonor—. Ella diseñó el engaste. Las piedras vienen de Oriente... por lo que he oído decir a papá, que al parecer ahora se dedica al comercio.

—Aquí estoy, Miss Nancy —dijo la doncella personal de Nancy Jane, al entrar.

—¡Hola Maggie! ¿Qué te parece? ¿Hace juego con mis ojos?

—Oh, Lady Ellie es... ¡es maravilloso!

—Nan, enséñale el tuyo...

—¿La señorita también tiene uno?

—Se lo ha regalado mi madre —le explicó Eleonor.

Maggie, una mujercita de aspecto sencillo e inocente, ocultaba un carácter claramente vivaz e ingenioso, y era bastante desenvuelta en los asuntos del corazón. El cabello castaño y los ojos oscuros pasaban desapercibidos, no así su temperamento bullicioso. Tenía cierta confianza con las dos jóvenes nobles porque ellas se lo permitían gustosas.

«Por las pel... ¡por la piel de mi ex!

Ellie frunció el ceño ante la pintoresca expresión que Maggie estaba a punto de decir.

—*Es una preciosidad, ¿verdad, Maggie? ¿Irá bien con el color de mis ojos?*

—¡Claro que sí, Miss Nancy! Tendréis los jovencitos a vuestro lado como perrillos

amaestrados, ¡os lo garantizo! —firmó con un repentino movimiento de cabeza, como para subrayar su pensamiento.

Eleonor se echó a reír. Encontraba a Maggie divertidísima.

—Lady Ellie, al parecer vos también tenéis un gran número de admiradores...

—Sí, no me quejo. Pero nadie me entusiasma especialmente.

—¿Cómo que no? ¿Y el conde de March? Miss Nancy dice que estáis muy enamorada de él.

— Sí... quiero decir, no, no de ese modo, supongo...

Maggie sintió curiosidad y su orgullo de mujer experta en ciertas materias la convenció para abordar el tema.

—¿Queréis decir que él... no os atrae?

—No, el conde es apuesto y siempre galante... No sé... quizá esperaba algo más atrayente...

Maggie era muy consciente de que lady Eleonor había leído mucho sobre el amor y la pasión en libros ciertamente inadecuados para una joven de noble cuna, así que tenía las ideas bastante claras sobre lo que esperaba de un joven pretendiente.

—Lord March viene a veros a menudo, ¿verdad?

Eleonor asintió con la cabeza, esperando escuchar alguna sugerencia valiosa de la experiencia de la doncella.

—Ya os ha besado, supongo.

—Cuatro veces en... ¡cinco años! — dijo Eleonor molesta.

—¡Que vuelva a ser virg... en fin, esto no funciona! ¡No funciona, Lady Eleonor!

—¡Ya me lo imaginaba! Además, evita tocarme, acariciarme o cualquier otra cosa... Y esos besos ciertamente no despertaron en mí ninguna emoción. Tal vez no le gusto lo suficiente...

—Tal vez le falte algo... —murmuró Maggie con aire de sabelotodo.

—¿De qué estáis hablando? —intervino Nancy ajena a todo.

—Le contaba a lady Eleonor que aquí en Londres tendrá que disfrutar y aceptar el cortejo de otros jovencitos. —Maggie miró a Eleonor con aire de comprensión. Prácticamente le estaba diciendo que “lo probara” con otros.

En cuanto Nancy volvió a darse la vuelta, Eleonor le preguntó en un susurro:

—Crees que... ¿debería buscar a alguien más?

—Un beso bien dado ciertamente no os deshonrará... eso os lo digo yo. Y podréis notar la diferencia con los recibidos por el joven lord March.

La idea de ser besada por un hombre que le gustara electrizó a Eleonor.

Y quién sabe por qué, pero recordó el modo travieso en que el vizconde Hamilton solía mirarla cuando se cruzaban en las fiestas.

Gabriel Chapman, vizconde Hamilton, era un noble caballero, no un muchacho, apuesto, con el pelo castaño con reflejos rubios y los ojos azules más intrigantes que ella había visto nunca.

Su aspecto físico le permitía el lujo de hacer alarde de una seguridad en sí mismo de la que carecían la mayoría de los jóvenes de su edad. Divertido, encantador y de modales sinuosos, el vizconde cosechaba víctimas femeninas de todas las edades.

A las mujeres maduras les habría gustado tenerlo como amante. A las mayores, como compañero de paseos y meriendas. A las jóvenes, como marido.

En conclusión, Gabriel Chapman sabía lo que hacía e incluso en los círculos de la servidumbre se hablaba de él.

Eleonor esperaba conocerlo lo antes posible y se calificó a sí misma de licenciosa por tales pensamientos.

—Maggie, ¿estás segura de que quieres dormir en mi cama?

—Ya os lo he dicho lady Ellie: ¡Estaría encantada! Siempre he tenido debilidad por Mr. Andrew... —sonrió con picardía, tocándose un mechón de pelo oscuro que se había escapado de las horquillas por debajo de la cofia.

Nancy Jane tocó el brazo de su prima con la mano para llamar su atención.

Eleonor se volvió, dispuesta a explicar su decisión con palabras tranquilizadoras.

—Nan, ya sabes que la última vez Andrew...

Nancy Jane asintió enérgicamente.

—He pensado que como tu cama es bastante grande, podríamos dormir las dos en ella, y que si Andrew me busca en el dormitorio para despedirse de mí en mitad de la noche, cuando seguramente volverá a casa achispado, no me encontraría. Maggie se ofreció entonces a dormir en mi cama. De ese modo, si se descubre mi... digamos, transgresión, podré decir que Maggie fue testigo de que yo no estaba por allí de picos pardos, sino contigo, y que ella me esperaba en la alcoba. ¿Entendido?

Pero por la mirada inquisitiva de Nancy Jane, Ellie se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Dime. ¿Qué pasa?

—¡Encontrará a la pobre Maggie! Y no es justo que le pidas que se someta a tal humillación. ¡Imagínate si Andrew se le insinuara!

—Eso es justo lo que espero —intervino Maggie.

—¡Maggie!

—Disculpadme, lady Eleonor.

Nancy Jane ahora sí que estaba bastante confundida.

—Ven Nan, sentémonos un momento. Maggie, prepárate para la noche mientras hablo con mi prima. ¡Pero no te ausentes! Puedo necesitar tu ayuda...

Y se sentaron en unos sillones frente a la chimenea apagada..

—Entonces...

—¿Por qué Maggie está dispuesta a correr el riesgo?

—Porque para ella no es un riesgo, sino un placer. Siempre ha estado colada por Andrew y si él quisiera... podrían pasar un tiempo juntos.

—¡No lo entiendes! ¡Él podría acosarla!

Ellie suspiró.

—Cielo, eres tú quien no lo entiende, ¡precisamente! Yo no debería contarte esas cosas, ni en realidad debería conocerlas. Pero sabes que leo cosas... prohibidas a las jóvenes de buena familia... así que...

—¡Explícamelo, te lo suplico!

Eleonor tomó aire y continuó.

—Maggie está deseando ser... ¡acosada por Andrew!

Nancy Jane abrió los ojos de par en par: ¡seguía sin entender!

—Cuando un hombre intenta poseer a una mujer y ella no está de acuerdo, entonces es acoso, ¿entiendes?

—Sí.

—Cuando un hombre y una mujer desean estar juntos... en definitiva, intimar... ¡entonces no es acoso!

—¿Y entonces qué es?

Ellie decidió no andarse por las ramas.

—¡Es hacer el amor!

Nancy Jane se puso lívida, y apretó los labios.

—*Por qué una mujer debería querer...*

—Nan, hacer el amor es...

—¡Maravilloso, puro placer físico! —Maggie intervino de nuevo al pasar al lado.

—¡Maggie!

—Disculpadme, pero me parecía que necesitabais... mi ayuda.

Nancy Jane parecía menos afectada; era como si se hubiera desatado un nudo: entonces Maggie quería intimar con Andrew porque hacer esas cosas era agradable...

—*¿Cómo sabes cómo es? Dicen que tienes que hacerlo para tener hijos y satisfacer a tu marido...*

—¡Los cojones!

—¡Maggie!

La doncella huyó a la otra estancia para coger el camisón de Lady Ellie.

—Es hermoso... si el hombre y la mujer se gustan...

—*¿Si se aman, entonces?*

—También. ¡Eso... quererse es la condición indispensable! Mamá y papá se aman... Y el sexo será ciertamente satisfactorio. Pero un hombre y una mujer pueden tener sexo sin amarse... y aun así encontrarlo hermoso. ¿Entiendes lo que te digo?

Nancy Jane parecía confundida y pensativa. Luego levantó la mirada.

—*¡No se puede tener sexo sólo porque es placentero sin comprometerse!*

—En realidad —suspiró Eleonor—, se puede.

—*¿Se puede?*

—¡Incluso hay jóvenes solteras comprometidas que consiguen contraer un buen matrimonio y aportar a sus maridos una dote lo suficientemente importante como para hacerles olvidar la propia vergüenza!

—*Increíble...*

—Por no hablar de las que han perdido su... respetabilidad y nadie lo sabe. La noche de bodas...

—*¿Descubiertas por sus maridos?* —Nancy Jane mostraba un sincero interés por el tema.

—¡Ni por asomo! Eligen tontos, así la primera noche de bodas pueden simular el dolor... ya sabes que duele la primera vez, ¿no? Ya te lo había explicado. De todas formas, fingen sufrir mientras él hace lo que debe y no se da cuenta de nada porque la desvergonzada se había preparado... —se inclinó para continuar en susurros, y Nancy Jane se acercó más para leer mejor de sus labios—, se había metido dentro de una piel de pollo para simular la membrana que tenemos... la que se rompe la primera vez que...

—*¡Qué asco! ¡Eso es espantoso!*

—No he acabado.

—*¿Y qué más hay?*

—¡La sangre! ¿La recuerdas? Estoy segura de que ya te lo he explicado...

Nancy Jane asintió con increíble presteza.

—Utilizan... vejigas de animales o algo similar... con un poco de sangre en ellas... las ponen en la cama... las rompen en el momento adecuado... ¡y todo funciona a la perfección!

La joven estaba estupefacta... ¡pero muy interesada!

—*¡Es un plan diabólico!*

—¡Exactamente!

Permanecieron en silencio durante unos instantes. De repente Nancy Jane recordó a la pobre Maggie.

—*Pero así la querida Maggie perderá... ¡su inocencia!* —empezó a jadear de preocupación —. *No podemos permitir tal cosa, Ellie...*

—Nan, verás, Maggie no es noble... Bien, las chicas como Maggie no tienen las limitaciones que tenemos... no tienen que seguir todas esas reglas sobre el decoro. —«¡Por suerte para ellas!» pensó Eleonor.

—*¿Puede haber relaciones sexuales antes del matrimonio?*

—Estoy segura de que si el padre de Maggie supiera que su hija ha intimado con alguien antes de la boda, ¡no le haría ninguna gracia!

—¡Ya lo creo! ¡Me daría una somanta de palos, eso dadlo por descontado! Pero luego se le pasaría el enfado y todo volvería a ser como antes —se explicó Maggie.

—*¿Como antes? ¡Estarías comprometida!*

—No, Nan, no lo estaría. Para ellas... no tiene la importancia que tiene para nosotras. Eso es, creo que se puede decir así.

—*Te sentirías mal... ¿estás segura de que quieres estar... con...?*

—¿Mal? Tenía dieciséis años cuando perdí mi...

—¡Maggie!

—Disculpadme... explicádselo vos... sabéis ser mucho más delicada que yo.

—Nan, para Maggie no sería la primera vez.

La expresión de asombro de Nancy Jane era casi cómica.

Maggie se rio a carcajadas, meneando la cabeza, haciendo ondear sus rizos oscuros.

—*¿Lo ha hecho una vez?*

—¿Una? Ya no sé ni cuántas veces, pero...

—¡Maggie!

La doncella resopló exasperada y se marchó a buscar agua para que las jóvenes se lavaran.

—*Entonces no sentirá dolor* —afirmó convencida Nancy Jane.

—Exacto.

—*Si quiere volver a hacerlo, ¡es que le debe gustar mucho! ¿No crees, Ellie?*

Eleonor estalló en una carcajada espontánea, haciendo que Maggie volviera corriendo, contagiada de la alegría.

CAPÍTULO 5

30 de junio de 1808

Martha Hambrook no consiguió conciliar el sueño hasta el amanecer y durmió hasta tarde, lo que no era habitual en ella.

El sueño había venido acompañado de la firme decisión de cambiar de actitud para con su hijo Andrew. No merecía su simpatía porque, en verdad, no había nada que comprender en un hombre que malgastaba tiempo y dinero en vergonzosas futilidades, tanto más teniendo en cuenta que tenía un padre enfermo necesitado de ayuda y apoyo; ¡no había nada que justificar en un hijo egoísta y desagradecido que trataba despectivamente a su madre, aprovechándose de su sumisión!

Decidió bajar a desayunar, segura de que encontraría a su hijo a esa hora.

Lo observó un momento antes de entrar: su traje oscuro era impecable como de costumbre, su cabello peinado y el nudo de su corbata perfecto; pero presentaba unas oscuras ojeras. El parecido de sus hijos con su querido Ernest era increíble...

Pero la mirada de Andrew carecía de humanidad... era casi mefistofélica.

—¡Buenos días, Andrew! —dijo en voz alta.

—¡Menudo susto me has dado! ¡Qué modales, mamá, irrumpir así en una estancia! Desde luego no son propios de una dama...

Martha le miró fijamente a los ojos y decidió hacer que su hijo se diera cuenta de una vez por todas de todo su enfado.

—Y tú, Andrew, de eso sabes mucho, ya que te relacionas con damas sin cesar.

El joven Hambrook se sintió golpeado por aquellas palabras como si hubiera recibido una bofetada.

Su madre, como todo el mundo en Londres, sabía qué tipo de ambientes frecuentaba: todo lo contrario de la buena sociedad de la que se suponía que formaba parte.

La miró. Parecía fresca y descansada en su vestido de color lila ribeteado con un sencillo adorno crudo en el dobladillo de la falda y bajo el pecho, según el estilo imperio que reinaba en la moda de aquellos años. Escrutó la mirada de su madre y fue lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que algo más flotaba en aquellos ojos.

Decidió acallar de inmediato cualquier posible rebelión.

—¡Qué modo de hablar tan impertinente, madre! No es propio de una dama y si estuviéramos en público, me avergonzaría de ti. Procura evitar situaciones tan embarazosas en el futuro.

Martha se acercó a la mesa, el camarero le acomodó la silla y ella se sentó. Simmons apareció a su derecha.

—¿Mrs. Hambrook?

—Sólo té, Simmons, y una rebanada de pan, por favor.

Esperó con extremo control, seguiría por ese camino y no volvería atrás. Esta idea le infundió aún más confianza.

El mayordomo sirvió y se marchó, cerrando la puerta. Algo iba a suceder, Simmons estaba seguro de ello y los sirvientes no debían enterarse, aparte de él, claro está.

—Madre, tu actitud es extremadamente molesta e inapropiada. Lamento tener que recordarte que te ciñas a tu papel. No me gustan ciertas afirmaciones tuyas, ni de nadie, la verdad.

Martha se dio la vuelta y con una sonrisa condescendiente empezó a hablar.

—Querido hijo, mi papel es el de esposa, madre y señora de esta casa.

La sonrisa de Andrew desapareció. La rabia y el sufrimiento que Martha había reprimido durante años emergieron.

—Como esposa del señor de la casa, te digo: no vuelvas a suplantar a tu padre, ocupando su lugar cuando te dirijas a mí o a tu hermana o a cualquiera que sea huésped de esta casa o simplemente trabaje en ella, ni intentes, de ningún modo, administrar el patrimonio paterno restante en tu exclusivo beneficio. Como madre, por otra parte, añado: vergüenza te debería dar todas las veces que me has faltado al respeto, aprovechándote de mi condescendencia, sin reparar en el sufrimiento que me ocasionas; vergüenza te debería dar privar a esta familia, pero particularmente a tu hermana, de la posibilidad de una vida digna en sociedad, o al menos de una vida decente y nada más. ¡Tu despilfarro y tus transgresiones nos han llevado a la ruina!

Sólo recuperó el aliento por un momento.

—Y por último, como señora de la casa, te lo advierto: a partir de ahora ya no aceptaré tus despilfarros, y el desayuno, como todas las demás comidas, se servirá puntualmente a las horas que tú bien conoces y no más tarde, de lo contrario no encontrarás comida; además, ayudarás a tu padre en su trabajo o buscarás otro alojamiento.

Viendo que su hijo se horrorizaba tanto ante sus palabras que se quedaba pasmado, Martha continuó dando rienda.

—Ahora soy yo quien te recuerda el rol que te corresponde, y no me pesa en absoluto hacerlo: eres, ante todo, un hijo, por lo tanto serás respetuoso con tus padres, especialmente conmigo; eres un hermano, por lo tanto acompañarás a tu hermana en sociedad como es debido y la protegerás, ya que la salud de tu padre no le permite estar a su lado, y por último, eres un miembro de la familia Hambrook y sobrino del conde de Hereford: decoro, educación y buenas maneras te serán exigidos.

La mujer se levantó con calma, ocultando su agitación.

—No obstante, si todo esto no te convence, siempre puedes seguir tu propio camino y arreglártelas como mejor te parezca. —Y sin recuperar el aliento añadió—: O bien buscarte una mujer rica que se case contigo y te mantenga. Ahora, si me disculpas, tu padre está esperando. Y los sirvientes deben recoger, así que... —Hizo un gesto elocuente, señalando con la mano la mesa aún puesta.

El rostro de Andrew había adquirido un color cada vez más rojizo a medida que su madre hablaba. Parecía a punto de estallar y sus ojos, enrojecidos por los excesos de la noche anterior, estaban abiertos de par en par hasta el punto de temer un infarto. Lo que siguió fue una explosión de rabia inaudita.

—¿Cómo te atreves hablarme así? ¡No permito que nadie haga eso! —Saltó de la silla, haciéndola volcar.

Martha tuvo el impulso de huir: ¡aquél no era su hijo, sino un monstruo! Incluso su apuesto rostro, antes angelical y sonriente, era ahora demoníaco. Decidió no moverse para no delatar el miedo que sentía.

Andrew avanzó hacia ella.

—¡Eres una mujer insignificante y reprimida! ¡Ya veo lo que estás haciendo! ¡Quieres tomar las riendas en cuanto mi querido padre haya pasado a mejor vida y dejarme fuera de la herencia!

Cada vez gritaba más y sus ojos se entrecerraban como dos finas rendijas. Volvió a acercarse,

dejando poco más de un paso de distancia entre ellos.

—No te hagas la sorprendida, querida madre, te he entendido enseguida. ¿Creías que no sabía que padre aún tiene una bonita fortuna escondida para gastar? ¿Creías que te lo iba a dejar todo?

Fue en ese momento cuando Martha se dio cuenta de que su hijo estaba perdido para siempre. Estaba despotricando de cuantiosos bienes y luchando en su perjuicio... Le hubiera gustado responderle a todas aquellas divagaciones, pero se dio cuenta de que no serviría de nada.

Andrew dio el paso que los separaba, la cogió del brazo, y apretó con fuerza.

Martha pensó que no podría soportar el dolor causado por aquellos fuertes dedos que oprimían su carne, ni el causado por las envenenadas palabras que golpeaban su corazón de madre.

El joven se inclinó sobre ella. Su respiración revelaba un consumo desmedido de alcohol.

—Siempre sospeché que intentabas enviarlo lo antes posible con el Creador... Es así, ¿verdad, madre? Vaya, no te creía tan inteligente. Casi lo admiro.

Su sonrisa era desagradablemente malvada y Martha sintió ganas de llorar. Angustiada, decidió que no iba a perder aquella partida.

—Andrew, lo que tenía que decir ya lo he dicho. —Tirando con fuerza se liberó inesperadamente de él.

—¿Cómo te atreves a volver a hablarme así?

Martha se dio la vuelta sin escucharle.

—No he terminado. ¡No puedes irte mientras estoy hablando contigo!

Ella abrió la puerta y salió, con la cabeza alta y el corazón roto.

—¡Maldita seas!

Y se escuchó claramente el sonido de platos y tazas rompiéndose contra el suelo.

* * *

El conde de Hereford lo había oído todo. Y por primera vez en su vida había vislumbrado energía y valor en aquella mujer. Estaba sorprendido y complacido. Sophie le había dicho unas pocas palabras... ¡pero habían sido determinantes!

Había sido Simmons quien le había advertido, temiendo por Mrs. Hambrook, y desde luego no podía haber pedido la intervención de Mr. Hambrook, que, por otra parte, seguía bajo los efectos del somnífero.

Habría sido más educado no escuchar, pero se había quedado. Y había hecho bien. La furia de su sobrino casi le había hecho irrumpir en la estancia para impartirle una sana lección, pero no se había movido, creyendo justo que su madre tuviera la oportunidad de demostrar a su hijo, y a sí misma, cuánto coraje y pasión brotaban de años de represión y sufrimiento.

La vio marcharse, con el rostro desencajado, los ojos vidriosos, pero una postura digna y serena. Sus miradas se cruzaron y la comprensión fue inmediata, sin necesidad de palabras.

El mayordomo se adelantó.

—Mrs. Hambrook, permitidme que os acompañe a vuestra alcoba. Haré que os traigan un té.

—Gracias, Simmons —dijo ella con un hilo de voz.

Nicholas no esperó más. Entró en la estancia y cerró la puerta con firmeza. Saltó por encima de unos cuantos fragmentos de la fina porcelana de la que estaba hecho el servicio de té, pisó un charco de líquido dorado y se plantó frente al joven. Se miraron.

—Te hablo ahora para no hacerlo después delante de mi hermano: sería demasiado doloroso para él oír lo que voy a decirte. —Aguardó para dar a su sobrino la oportunidad de expresarse si lo deseaba.

Andrew no pronunció palabra. Parecía confundido, como si no comprendiese las intenciones de su tío.

—Decir que eres la deshonra de esta familia no sería suficiente para hacerte entender lo que pienso de ti.

—¡Has escuchado a escondidas! —exclamó el joven con descaro.

—Sí, e iba a entrar y darte tu merecido. Pero tu madre te humilló mucho más de lo que yo podría haber hecho.

Lo había provocado voluntariamente y la reacción fue inmediata. Los labios del joven se apretaron convulsivamente, su respiración se volvió agitada y el rubor no tardó en colorear su rostro.

—Tus reacciones son predecibles, Andrew. Y excesivas. Típico de alguien que bebe demasiado, gasta demasiado, transgrede demasiado. La cuenta siempre se paga, recuérdalo. Y si sólo la pagaras tú, me importaría un bledo. No cambias, ni creo que quieras. Pero no estás solo. Tu familia está pagando tu factura con dolor y sufrimiento, y tu padre con dinero contante y sonante. Por salvarte se ha quedado sin un céntimo.

—Lord Hereford —dijo con irritación, subrayando el título de su tío para burlarse de él—, mi vida es mía y la gestiono como quiero...

—Mentira. Tu vida es tuya, pero el dinero no.

El conde empezaba a perder la paciencia, y Andrew se dio cuenta enseguida. Una súbita revelación se apoderó de él: ¡sólo su tío podía haber desembolsado más dinero! Un destello de astucia iluminó sus ojos congestionados. Esperó para no correr el riesgo de decir palabras inoportunas al hombre que tenía delante.

—Tú te piensas que soy estúpido, Andrew. Ahora voy a demostrarte que no lo soy. En este instante te has dado cuenta de que el dinero lo tengo yo, y no tu padre. Y si tu mente no estuviera nublada por la mierda que tomas, te habrías dado cuenta antes. Eres tan predecible como siempre.

El sobrino permaneció inmóvil, desconcertado. Por eso detestaba cada vez más a su tío.

—Tengo dinero y pagaré tus deudas, si tu padre está de acuerdo —continuó el conde—. Te asignaré una pequeña propiedad cerca de Roman Way House, pero te convertirás en su propietario solo si demuestras que sabes administrarla. Informarás a tu padre cada semana. Vivirás allí y no regresarás a Londres hasta nuevo aviso. Ninguna de las prostitutas que ahora frecuentas podrá seguirte. Búscate una joven campesina, pero asegúrate de que sea consensuado, de lo contrario conocerás mi ira. No consumirás alcohol, salvo en la medida justa para las comidas, y tampoco ninguna otra sustancia.

El asombro, apenas perceptible, alteró el rostro de Andrew.

—No pongas esa cara. ¿Crees que no sé que fumas opio? Sé todo sobre ti y lo que haces. Recuérdalo. Te haré llegar por escrito lo que espero de esa propiedad y, por lo tanto, de ti.

Guardó silencio un momento y sintió que debía explicar el motivo de su propuesta.

—No te mereces esto, pero lo hago por Ernest, Martha y Nancy Jane... y por mí: eres mi sobrino y no te quiero tener en mi conciencia si te encontraran, ya putrefacto y en descomposición, en algún callejón de mala muerte. Y sabes de sobra que acabarás así. Ya le he manifestado mis intenciones claramente a Ernest. Prepárate para cuando te mande llamar. Estaremos en su despacho y nos dirás cuál será tu decisión entre aceptar o rechazar. En el segundo caso, te recuerdo que estarás solo, por tu cuenta y en la calle.

El conde clavó sus ojos en los del joven, obligándole a bajar la mirada. Luego se giró bruscamente para marcharse, pero se detuvo inesperadamente.

Volviéndose con buscada lentitud exclamó:

—Una última cosa —y en dos pasos estuvo a sólo un palmo de sus narices, estudiándole con

mirada admonitoria—, aléjate de Eleonor Grace.

El tono de serena amenaza era inequívoco.

—Aléjate de ella —repitió—, o te verás con todos los huesos rotos.

Andrew temió por su suerte.

El conde no había agotado su repertorio, sabiendo que la amenaza física no sería suficiente.

—Y a continuación te lo quitaré todo, incluso los calcetines de seda que llevas puestos. Entonces podré estar seguro de que acabarás en ese pestilente callejón.

La humillación y el terror se alternaron en el rostro del joven. ¡El tío estaba seguro de que aceptaría su dinero y sus condiciones!

* * *

—¿Hecho?

—Hecho.

—¿Ha aceptado?

—Por supuesto que ha aceptado —respondió el conde como si la pregunta de su mujer fuera obvia—. ¿Qué otra solución tenía?

—¿Crees que puede hacerlo, Nick?

El Conde meditó un momento.

—No. —Guardó silencio de nuevo—. Pero vale la pena intentarlo, Sophie. Es joven, y es mi sobrino...

Sus ojos se entristecieron. No podía ni imaginarse estar en el lugar de su hermano Ernest: tener un hijo como Andrew le haría enloquecer.

—No sé qué más podríamos haber hecho...

—¡Nada más y nada menos, Nick! Has hecho lo correcto por él. Sólo tienes que rezar al Señor para que le ayude.

Sophie fue a abrazarlo, estrechándolo con fuerza, tratando de infundirle apoyo.

—Las chicas están en el jardín. ¿Mando a buscarlas? ¡Estoy segura de que el resto del día con ellas será un gran reconstituyente físico y mental!

—Llámalas —dijo Nicholas, deseoso ya de disfrutar de su contagiosa vivacidad.

* * *

Fue un día realmente divertido.

Las jóvenes se reían de todo, de una frase, de un transeúnte de mirada perdida, de la colorida cofia de una dama acompañada de su lacayo, y sus respectivas madres se contagiaban de esta euforia.

El conde se burlaba continuamente de ellas con ocurrentes frases y divertidas bromas, a las que seguían las carcajadas de Eleonor y la perplejidad de Nancy Jane, que nunca podía saber si su tío bromeaba o hablaba en serio. Nicholas, puntualmente ablandado por la inocencia de su sobrina, le sonreía y le acariciaba la mano o la mejilla, y Nancy se calmaba.

La muchacha no estaba acostumbrada a tanta hilaridad y espontaneidad y parecía desconocer el afectuoso contacto físico que era frecuente entre el conde, la condesa y Eleonor.

Martha estudiaba a su hija como si acabara de conocerla y se dio cuenta de que le había faltado atención y ternura, incluso de un abrazo o una simple caricia. Demasiado tiempo preocupada por su hijo y por la desesperación de su marido la habían distanciado de la chica, dulce y silenciosa, que era su hija. Verla tan feliz le hizo olvidar el disgusto por la discusión con Andrew.

Por eso fue más fácil afrontar la idea de la inminente cena a la que él también asistiría esa noche. ¡El cambio había comenzado, considerando que hacía meses que no cenaba con ellos!

Lo que más entusiasmó a las dos jóvenes fue el breve paseo por Hyde Park.

Se encontraron con numerosos amigos y conocidos e hicieron exactamente lo que cabría esperar de las muchachas de la nobleza en tales ocasiones: charlar sobre el tiempo y la temporada londinense, hacer comentarios sobre cintas y zapatitos, o elogiar obras benéficas.

Eleonor sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio que lord Hamilton se acercaba en compañía de otro joven.

El vizconde sonreía y la miraba fijamente, con paso seguro y sonrisa intrigante. Sí, ¡un hombre atractivo como pocos!

—¡Buenos días! —les saludó con una perfecta reverencia besando las manos de las damas—. ¡Qué grata sorpresa encontrar a los condes de Hereford en Londres!

—Gracias, vizconde —le respondió lord Hereford—. Seguramente tendremos la oportunidad de volver a encontrarnos durante nuestra estancia. Me temo que lady Eleonor y Miss Nancy Jane no me darán tregua hasta que las haya acompañado a cada fiesta prevista en estos días.

El vizconde mostró una sonrisa que iluminó su rostro perfecto y atrajo la atención de las transeúntes.

—¡Entonces, no podré faltar! —exclamó mirando a Eleonor—. Lord Hereford, ¿me permitís presentaros a Mr. Anthony Fellow, mi abogado?

El hombre, que parecía tener la misma edad que el vizconde, le tendió la mano e intercambió los saludos habituales con las damas. Bien vestido, tenía ojos y cabello oscuros. Murmuró unas palabras, dando la idea de ser una persona tranquila.

—Vizconde, estamos de camino hacia nuestro destino como compradores de artículos femeninos. Podríais recorrer parte del camino con nosotras —le propuso el conde de Hereford.

—Con mucho gusto —le respondió el vizconde, que esperaba pasar unos minutos con ellas.

Y con la más absoluta naturalidad, sucedió que Mr. Fellow se unió a las damas y al conde para entablar una charla sobre asuntos jurídicos de carácter general, y lord Hamilton se dispuso a conversar con las jóvenes.

Eleonor y Nancy intercambiaron miradas cómplices. ¡El vizconde era un hombre tan apuesto!

—Espero veros pronto, ahora que estáis en Londres —le susurró Gabriel a Eleonor, manteniendo la cabeza completamente girada hacia ella para que Nancy no le viera—. Así podré conoceros mejor y aumentar mi aprecio por vos.

Obviamente, frases tan directas habrían sido juzgadas inapropiadas y desconsideradas por cualquier persona que se preocupase de la etiqueta. No así a Eleonor, a quien no le importaba en absoluto.

—Sois muy gentil... y franco.

—Un defecto mío. Sólo sé ser sincero.

—Entonces, nos parecemos más de lo que pensaba. Y de todos modos, permitidme señalar que la sinceridad no es un defecto.

—He oído que expresáis vuestras opiniones con bastante naturalidad, lady Eleonor —murmuró él, inclinándose ligeramente hacia ella.

Eleonor aspiró el aroma masculino y tuvo dificultades para articular la respuesta.

—Si me estáis poniendo a prueba esperando que haga el papel de la niñita que sólo saber negar por decencia y decoro, os llevaréis una gran decepción, lord Hamilton.

Gabriel estaba descubriendo un mundo nuevo e interesante.

—Explicaos, os lo suplico.

—Pues bien, bajo ningún concepto lo negaré. Soy muy sincera en la forma en que expreso lo que tengo que decir y como soy la hija de un conde, me definen como «original» en lugar de

«inconveniente» para que el título de mi padre no se resienta. Y, para ser honesta, también me gustaría llegar a conoceros mejor, vizconde.

Lord Hamilton se echó a reír. Nunca había considerado agradable la compañía de jovencitas de la nobleza. Por lo general, aspiraban al matrimonio interpretando el papel de jóvenes malhumoradas, para demostrar que estaban a la altura de las expectativas que se exigían de ellas.

Pero esta damisela era inteligente y respondía con prontitud, dejando entrever una personalidad brillante y estimulante. Además de que era muy hermosa, si bien su aspecto aún revelaba una cierta inmadurez física.

—Me duele interrumpiros, pero tenemos que irnos —intervino lady Hereford.

Las despedidas fueron rápidas, pero los ojos de Lord Hamilton permanecieron clavados en Lady Eleonor incluso cuando se dio la vuelta.

Sí. La hija de lord Hereford resultaba ser un sabroso bocado y una potencial candidata a vizcondesa. No podía haber esperado nada mejor. Cortejar a una chica así habría sido un verdadero placer, para él y para su más bien escasa cuenta bancaria.

Miró a Mr. Fellow.

—Puede que haya encontrado la solución —afirmó Gabriel.

—Sería una fortuna en todos los sentidos de la palabra. Dinero a raudales y una bellísima esposa —comentó Anthony.

* * *

La comida fue exquisita, los comensales alegres y habladores todos por igual, excepto Andrew.

El conde reía y bromeaba, contaba anécdotas y noticias de actualidad, pero sus ojos se posaban a menudo en su sobrino.

El joven, aparentemente tranquilo y silencioso, ocultaba un nerviosismo extremo en los movimientos bruscos y repentinos de sus manos, que también le temblaban ligeramente.

El conde se sorprendió por ello: hacía sólo un día que había estado por última vez en aquellos locales regentados por orientales y el chico ya mostraba síntomas de abstinencia. Aquello le preocupó, pero era consciente de que no podía compartir aquella aprensión con su hermano ni con Martha. Hablaría de ello más tarde con Sophie.

Andrew escuchaba, pero nada de lo que le rodeaba parecía interesarle.

No entendía cómo todo el mundo podía estar tan despreocupado y feliz mientras él sufría tanto. Le hubiera gustado dar un trago al contenido del vaso, pero sentía los ojos de su tío clavados en él. Hubiera querido levantar la mirada hacia su hermosa prima e imaginar sus formas bajo el ligero vestido, pero intuía que el conde le pillaría al instante.

¿Qué quería decir el tío cuando afirmaba saberlo todo sobre él? A saber si era verdad...

Cómo le hubiera gustado estar lejos de allí, en el club de Nijenjui, junto a... cómo se llamaba aquella mujercita pelirroja... era pequeña, de edad y de complexión, delgada y atlética como un muchacho... poseerla por detrás, con la mente nublada y adormecida por el opio...

—¿Andrew?

Levantó la vista. Todos los presentes le miraban fijamente. Estaba sudando...

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Eleonor.

—Sí... Es sólo que estoy muy cansado.

—Andrew —continuó el tío—, planeamos irnos la próxima semana. Ellie se quedará aquí y tú vendrás con nosotros. Así te llevaré directamente a la pequeña finca de la que te vas a ocupar. En los próximos días podrás comprar un carruaje y los caballos que quieras llevar. Así serás libre de cargar todo el equipaje que quieras y de elegir si viajas en tu nuevo carruaje, con nosotros o a

caballo.

El joven estaba aturdido, su mente era casi incapaz de concentrarse. El conde esperaba una respuesta, aunque sólo fuera por educación. Hizo un esfuerzo.

—De acuerdo.

Todos pensaron que el comportamiento de Andrew era insólito, pero sólo su tío conocía el motivo.

* * *

Andrew sudaba copiosamente.

En cuanto hubo cerrado la puerta de su aposento, se dirigió a la mesita que había junto al sofá, donde su criado guardaba siempre algunas botellas de alcohol llenas. Tropezó con la alfombra, se sujetó con el brazo del sillón y alcanzó la mesita. Se sirvió una generosa dosis de... no sabía qué, ya que cogió la botella más cercana sin mirarla. Derramó un poco sobre la mesita porque la mano le temblaba ostensiblemente. Apuró el líquido ámbar y se sirvió un poco más. Se lo terminó también en un instante y volvió a llenar el vaso. Lo sostuvo en la mano, recuperó el aliento y vio que ya se sentía mejor.

Se sentó en el sofá, pero pronto se encontró recostado. Bebió un sorbo de oporto... ¡Oporto! Nunca le había gustado. Lo terminó y cogió la botella de whisky. Se sirvió y empezó a bebérselo. Su mente empezó a trabajar, lenta, pero implacable en los retorcidos giros que sólo en esos momentos podía hacer.

«¡Que se pudran todos! Qué se creerán... que son superiores. ¡Maldito sea el conde!». Lo trasegó todo y volvió a servirse. «Pero, ¿quién se cree que es? Es un hombre con dinero, eso es lo que es... ¿Y por qué no debería acercarme a Ellie? Es mi prima, después de todo. ¿Tiene miedo de que la contamine?». Rio, echando su embotada cabeza hacia atrás. «¡Que va! ¡Tiene miedo de que la comprometa!». Rio de nuevo más fuerte. Luego se bebió el whisky que quedaba. Alargó el brazo hacia la botella. «Comprometerla...» repitió, levantando la mano temblorosa hacia la mesita. «Comprometerla...» la increíble y extraordinaria idea provocó que su brazo cediese. «¡Me comprometo y me caso con ella!» se sentó bien erguido, con los ojos entre aturdidos y excitados. «Hay mucho dinero... ¡Qué idea tan brillante! Estoy salvado y nadie tendrá nada que reprocharme. Seré complaciente con mi padre y sobre todo con mi tío; con ella seré dulce como la miel para convencerla. ¿Y si no atiende a razones? Que se apañe, ¡la tumbaré boca abajo y la tomaré por la fuerza!».

Estaba satisfecho con la increíble idea que había tenido.

Cogió la botella y se sirvió de nuevo. Bebió. Hasta que la duda se coló en sus planes... «¡Maldición! ¡Ese viejo zorro de su padre nunca lo permitirá! ¡Sería capaz de entregársela a un duque con una dote exagerada para no dármela a mí! ¡Maldito sea!».

Siguió sorbiendo de su vaso, reflexionando sobre el fracaso de su razonamiento. Le pesaban los ojos. Un momento antes de cerrarlos tuvo un último pensamiento. «Si mi tío no estuviera por aquí...».

* * *

—¿A qué hora llegó a su habitación anoche, Maggie?

—Hacia las cuatro, Lady Ellie... un poquito más tarde. Hacía poco que había sonado el reloj del salón. —Maggie no parecía haber disfrutado demasiado de la compañía de Andrew.

—¿Ocurrió algo malo?

—Bueno... yo no diría...

—Explícate, Maggie, ¡por el amor de Dios!

—Se dio cuenta de que no erais vos cuando ya estaba... quiero decir... encima de mí... Tuve que decírselo varias veces... y cuando se dio cuenta, maldijo, pero no se detuvo, al menos...

—Desde luego no querrás repetir la experiencia esta noche...

—Se durmió borracho, en el sofá de su alcoba. Freddie, su criado, me lo ha dicho. Y francamente, no es lo mejor, lady Ellie, acostarse con un hombre cuando tiene la cabeza tan embotada...

—Si bebe mucho, ¡seguramente estará disgustado! —dijo la joven noble, acentuando su enfado con un repentino gesto de las manos.

—No sé, lady Ellie... Estaba raro... Como a merced de... ni siquiera sé de qué... Y además olía raro...

—¿Raro? Sería del alcohol...

—¡Qué va! —rio con ganas la doncella—. ¡Ese olor lo conozco bien, lady Ellie! Quiero decir... no es que yo beba, pero...

—Vale, vale, lo entiendo, Maggie..

—Era un olor molesto, extraño... Nunca lo había sentido.

Eleonor apartó la mirada, en un punto indefinido, asumiendo su habitual aire reflexivo. Sus ojos se quedaron vacíos; su boca se abrió un poco y su dedo índice comenzó a acariciar su labio inferior.

—Molesto... —murmuró.

—Sí, lady Ellie, y nunca lo había sentido antes —apuntó la criada, arreglándose los rizos que se le habían escapado de su cofia blanca.

—Nunca lo había sentido antes...

—Exactamente —le confirmó Maggie con un gesto de asentimiento mientras retiraba las mantas de la cama.

Eleonor seguía tocándose el labio mientras caminaba de un lado a otro, sin pausa.

«Olor extraño», pensó «extraño y nunca sentido... Papá hablaba de alcohol y de sustancias... Bebe demasiado y...».

—¡Maldita sea! ¡Ya sé lo que es! —exclamó en voz alta.

—¿Me decíais algo, Lady Eleonor?

—No, hablaba sola...

—Aquí está todo listo, lady Ellie. Os ayudaré a desvestiros. — La chica se puso detrás de Eleonor para abrir su vestido.

—¡No! —reaccionó la otra impulsivamente.

—¿Cómo?

— Discúlpame, Maggie, pero me gustaría ir a la biblioteca y elegir un libro...

—Oh, de acuerdo, lady Ellie. Mientras tanto, iré a visitar a Miss Nancy. Mrs. Martha la ha retenido para admirar de nuevo el vestido que su padre le ha regalado.

Eleonor no escuchó la explicación de Maggie, porque ya estaba pensando en su pesquisa en la biblioteca. Salió de la alcoba, cogió un candelabro de plata de tres brazos de la consola que había junto a la puerta y bajó las escaleras.

Simmons la vio al entrar en la biblioteca y la siguió. Apenas tosió para revelar su presencia.

—Lady Eleonor, si os quedáis mucho tiempo en la biblioteca, tal vez os apetezca un té... — Simmons había aprendido de su pasión por la cultura y su innata curiosidad.

—Gracias, Simmons, si no es mucha molestia...

—Es un placer, lady Eleonor.

Cuando el mayordomo trajo el té la encontró inclinada sobre un gran volumen... Le pareció

ver la imagen de una planta, una flor quizás... Parecía una amapola. En la otra página pudo ver claramente el retrato de un hombre de rasgos orientales.

—Lady Eleonor, me quedaré en el comedor para ordenar...

Ella sabía que en realidad todo estaba ya en orden.

— Si necesitáis...

Eleonor supuso que se refería a cualquier compañía no deseada.

—Avisadme antes de subir para que os acompañe con el candelabro...

Eleonor sabía que podía volver a colocar el candelabro en su sitio ella sola.

Sonrió al veterano y preocupado sirviente.

—¿Por qué no me hacéis compañía, Simmons? —preguntó, notando que su rostro se calmaba —. Y tal vez podríais ayudarme a recoger y guardar los volúmenes... ¡mientras bebéis, claro está, a sorbos el oporto que mi tío guarda en ese armarito!

CAPÍTULO 6

1 de julio de 1808

Eleonor durmió mal aquella noche. Se había acostado justo antes de que el reloj del salón diera la medianoche, pero el sueño llegó pasadas las dos y fue de todo menos reparador: las pesadillas se sucedían, perturbando su descanso y haciéndola inquietarse.

Nancy Jane no se percató de nada porque estaba demasiado cansada por el día dedicado a actividades totalmente distintas de la monótona vida doméstica que estaba acostumbrada a llevar.

Al despertarse, Eleonor encontró su cama vacía: ¡eran las diez menos veinte! Decidió apresurarse. Se había enterado por su madre del ultimátum que la tía Martha le había dado a Andrew, ¡y no quería causar mala impresión!

Maggie la ayudó, en una constante y agradable cháchara de cotilleos, novedades y ocurrencias; en quince minutos estaba lista.

Abajo y al pie de la escalera se cruzó con Simmons.

—Buenos días, lady Eleonor. Haré que os sirvan enseguida el desayuno.

Eleonor pensó que los ojos del veterano mayordomo estaban más alerta que de costumbre y que parecía ansioso. En cuanto estuvo en el umbral de la salita comprendió el porqué.

Andrew se sentaba en su sitio y estaba solo... Se dio cuenta de lo atractivo y apuesto que era: sus ojos podían ser intrigantes y junto a su suave cabello castaño le permitían seducir con suma facilidad; además, siempre bien vestido y aseado, transmitía la idea de no tener problemas económicos.

Sin embargo los ojos... «Ese gris...» pensó Ellie «... de niño no eran tan taimados... vacuos... atenuados... ¿Se pueden calificar de atenuados los ojos humanos? Me pregunto qué diría mi editor...».

—Buenos días, Andrew.

El primo, desperezado de sus adormecidas cavilaciones, levantó la mirada y la contempló. Se levantó de un salto, aun a riesgo de caerse.

—Buenos días... —dijo ebrio tanto por causa del alcohol como por la visión de tan hermosa muchacha.

Eleonor se sentó con la ayuda de Simmons.

—¿Lady Eleonor?

—Té, tostadas y mermelada, Simmons, por favor.

El mayordomo sirvió personalmente a su protegida, añadiendo magdalenas de arándanos al menú elegido; una vez terminado, se quedó ordenando platos, vajilla, comida y demás enseres en el mueble utilizado para colocar las bandejas de servicio.

En su lento y nebuloso cerebro, Andrew pudo darse percatarse de lo hermosa que era su prima: su cabello, recogido con sencillez en la nuca, con algunos mechones alrededor del rostro, tenía un aspecto de suave y su color era sorprendentemente parecido al de la miel del tarro colocado delante de él; el vestido de seda color crema claro con finísimas rayas anaranjadas adheridas al pecho, que hacían imaginar unos senos turgentes pero no grandes; el iris de sus ojos era verde esmeralda, bordeado por una línea oscura, casi negra, que resaltaba su maravilloso

color; los elegantes movimientos de todo su cuerpo, pero de sus manos en particular, traían a la mente pensamientos que una dama como ella habría juzgado sin duda alguna, completamente indecorosos.

Decidió que sería obediente a la voluntad de su padre y amable, galante, y servicial con ella, atento y protector con su madre y su hermana. Tal vez así podría convencerla... Valía la pena intentarlo, pensó.

Se sentó.

—Mi querida prima, aún no he tenido ocasión de decirte cuán hermosa eres, aún más si cabe, desde la última vez que te vi.

—Gracias, Andrew —respondió Eleonor, comiendo su tostada y deseando que Simmons no se marchara.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—¡Cintas y encajes! Y a continuación un breve paseo por Hyde Park.

Andrew sopesó aquellas palabras. Sabía que el tío Nicholas había llevado a las damas de compras el día anterior, y también sabía que lord Hamilton y su abogado habían entablado conversación con ellos en el parque.

Desconfiado por naturaleza y temeroso de ser burlado por el atractivo y arribista vizconde, que se movía en un mar de aguas cenagosas llamadas «deudas», decidió tantear el terreno.

—Se rumorea que Lord Hamilton está interesado en ti, prima Eleonor.

Ella se quedó sorprendida. Acababan de llegar a Londres, ¡y sólo había visto al Vizconde una vez!

—No sé... ¿Quién lo dice?

—Digamos que... se comentó el modo en que Gabriel Chapman te observaba ayer... —dijo Andrew en un tono vago.

Eleonor hizo un esfuerzo por no parecer sorprendida ante tal afirmación.

—No des demasiada importancia a las habladurías, querida. Después de todo, ya sabes, Londres es capaz de ver peleas dignas de los *Docks* donde sólo hay un acuerdo amistoso —añadió, con la intención de tranquilizarla antes de lanzarle la siguiente puya.

Se aclaró la garganta y continuó.

—Desde luego, el hecho de que lord Hamilton esté atravesando un momento decididamente malo en su vida debido a... problemas económicos, pondría en alerta a cualquier joven de buena familia como tú. Así que, si me lo permites, te sugiero que seas cautelosa.

A Eleonor no le agradó que su primo le infundiera la semilla de la duda, porque el vizconde le gustaba, y mucho. Era quizá el único hombre con el que compartiría de buen grado una relación íntima.

«¡Maldito Andrew!» pensó molesta. «Me veré obligada a tener cuidado... pero eso no significa que no pueda interesarme por el vizconde y llegar a conocerlo mejor. Después de todo, mi odioso primo haría cualquier cosa por desacreditar hasta a los más morigerados de Londres. De hecho, ahora que lo pienso, creo que está mintiendo...».

Andrew notó su aire absorto y saboreó el gusto de una primera victoria.

—¿Y para esta noche?

—Seguramente todos iremos a la fiesta de lady Wiltshire. Mamá y tía Martha se lo habían prometido hacía tiempo, y el marqués, su marido, estaba deseando compartir sus logros navales con Papá.

—Sí, he oído que Lord Wiltshire ha comprado algunos barcos... Parece que le van bastante bien con el comercio que hace. Me pregunto con qué comerciará... —La frase, aparentemente

casual, parecía implicar algo más.

La mirada curiosa de Ellie era exactamente lo que quería.

—Bueno ... —continuó él—, yo no haría mucho caso de los cotilleos... claro que los ingresos de lord Wiltshire son considerables

Eleonor se quedó a la espera.

—Ya sabes, el único método para hacerse rico rápidamente... en definitiva, sólo hay uno... —hizo una pausa efectista, se inclinó hacia ella y le susurró —: Esclavos.

Eleonor abrió los ojos de par en par horrorizada.

—¡Eso es completamente imposible, Andrew!

—Imposible no. Claro que las malas lenguas quieren que se crea...

Eleonor levantó la cabeza, dispuesta a defender a sus amigos y a su familia.

—El marqués de Wiltshire es un gran amigo de mi padre y le conocemos muy bien. Es la persona más honrada que conozco, aparte de mi padre y tío Ernest, y posee una humanidad y una humildad de las que pocos nobles podrían presumir.

—Sí, eso es cierto... —admitió Andrew para darle un aparente respiro—. Sin embargo, me pregunto cómo lo ha logrado... Quiero decir que estamos hablando de unos pocos miles de libras por cada carga... —inventó la figura con el único propósito de asombrar a la joven.

—¿Unos pocos miles de libras?

—Eso dicen... Sabes, no es tanto para gente como ellos... Quiero decir, ya lady Wiltshire y su hija gastarán... ¿cuánto? Con un atuendo tan lujoso...

—Andrew, tú también vistes siempre de manera impecable y muy cara. ¡Pero no me parece que seas muy rico! ¡Ni que comercies con esclavos!

Ellie le había asestado un golpe bajo y estaba satisfecha por ello. Vio cómo la cara de su primo se ruborizaba cada vez más y sus ojos se entrecerraban en un gesto amenazador. Tuvo una extraña impresión y se preguntó si se había equivocado al provocarle de aquella manera.

Andrew no cedió a la tentación de responderle de la misma manera, manteniendo en mente su intención. Inspiró profundamente y recuperó un mínimo de autocontrol.

—Tienes razón, Eleonor... y me lo merezco. Después de todo, siempre he pensado que la mayoría de los cotilleos de Londres hay que agarrarlos con pinzas, ¿no te parece?

—Exactamente —respondió ella enojada—. No niego que el nivel de vida del marqués y su familia esté algo por encima de la media de la nobleza inglesa... —continuó con calma, saboreando una magdalena—. Sin embargo, sabes que son buena gente y que lord y lady Wiltshire tienen ingresos extraordinarios que han heredado. Incluso su hijo Lawrence tiene unos ingresos más que decentes...

—Y eso está bien, Eleonor. Quiero decir, siendo un niño, sigue siendo el conde de March, ¿verdad?

Eleonor lo observó suspicaz, pero esperó.

—Desde luego, el hecho de que lord Wiltshire mantenga negocios con el Marqués Oscuro... —continuó Andrew, tomando el último bocado de tocino del plato y dejando a propósito la frase sin terminar.

—¿El Marqués Oscuro?

—El Marqués de Lothian, Keiran MacKendrick, el primogénito del duque de Northcliff... —se apresuró a explicar con actitud voluntariamente distraída. Luego miró a la joven—. ¿No me irás a decir que nunca has oído hablar de él? —le preguntó con cara de asombro.

—La verdad es que no...

—Es de cabello oscuro, negrísimo, de tez morena, es decir, a causa de los meses que pasa en

el mar con sus barcos, y es misterioso... nunca se sabe nada de él, salvo que parece haber hecho fortuna con sus barcos, poniéndolos a disposición de la *East Indian Company*; habla poco, a veces nada, y a causa de sus excesos de cólera infunde temor a todo el mundo. —Luego aclaró de inmediato—: ¡A mí no, obviamente!

Eleonor no le creyó pero decidió no interrumpirle.

—Y de hecho se dice... que comercia con esclavos. Así que ya entenderás por qué las sospechas sobre tu querido amigo Cyrus... —concluyó, ocultando gran satisfacción.

En realidad, no tenía nada en contra del marqués de Wiltshire, al contrario: admiraba su capacidad empresarial, es decir, ¡su gran habilidad para hacer dinero! Sin embargo, el joven y delicado conde de March, Lawrence Campbell, su hijo, sentía un evidente interés por la querida Eleonor y sospechaba que su tío podría idear algún tipo de arreglo matrimonial para los dos jóvenes veinteañeros: ¡desde luego, no podía arriesgarse a perder a su codiciada presa en manos de un noble novato!

Eleonor se llevó inconscientemente el dedo índice al labio inferior y adoptó su habitual expresión pensativa.

«¡Imposible! Lord Wiltshire no haría nada de eso y Andrew sólo quiere hacerle quedar mal... No sé por qué... ¡pero presiento que es así! ¡Por no hablar de la señorial y elegante Winifred! Ella nunca permitiría que su marido traficara con... esclavos... ¡Caray, me horroriza sólo de pensarlo! Si la pequeña Alice supiera que su padre trafica con seres humanos... ¡se moriría! No es tan pequeña, después de todo tiene dieciocho años... Está en edad de casarse, casi... ¡Demonios, estoy divagando como siempre! Entonces: el Marqués... ¿cómo lo ha llamado? Negro... no, era oscuro... ¡oscuro! Sí, el Marqués Oscuro... de Lothian, hijo de...».

Eleonor contuvo la respiración un momento porque se dio cuenta de quién estaban hablando.

«¡Demonios! ¡Hijo del duque de Northcliff! ¡Entonces hijo de lady Northcliff! Obviamente... estúpida de mí... No divagues de nuevo. Así que, lady Northcliff... la queridísima amiga de mamá y tía Martha. Aquí, no puedo recordar el nombre... algo en escocés... como esposa... mujer... ¡Lo tengo! Creo que era Bridget, sí, es Bridget, del clan... Oh, ¡caramba! Aquí siempre me confundo. Entonces, si Northcliff es un MacKendrick, ella es de su clan aliado... ¡los MacNaughtons! Escoceses, todos ellos... y riquísimos nobles».

Y siguió cavilando. «Pero, ¿qué necesidad tendría el marqués de Lothian, oscuro o no, de ganar dinero a espuertas con el tráfico de esclavos? Hijo rebelde... No, la tía lo habría contado ¡seguro! Algo no cuadra... Y Andrew es el que menos cuadra de todos: ¡cuáles son sus motivos... aún no lo sé, pero desde luego quiere desacreditar al marqués de Wiltshire y a su familia! Bueno, querido primo, ¡te seguiré el juego!».

Andrew la contempló: era hermosísima y estaba provocativa mientras se acariciaba el labio... «¡Pero es evidente que ella no se da cuenta de que lo es! Debo ser precavido... Debo saber competir con todos los apuestos nobles que la rodean... ¿Qué es lo que está mirando? E incluso sonríe...».

—Andrew, ¿crees que lord Wiltshire podría hacer algo tan horrible?

A él no le pareció real que tuviera la oportunidad de jugar esa baza en su favor.

—Bueno, Ellie —le dijo, endulzando el apodo con una sonrisa y una fugaz caricia en su mano —, como tú has dicho, el marqués parece un hombre muy honrado y es amigo del querido tío Nicholas. —Suspiró teatralmente y continuó—: Aunque la enorme y repentina ganancia da que pensar...

Eleonor dedujo el juego de su primo: ninguna acusación directa, frases creadas a propósito para despertar sospechas, para alimentar dudas.

—Y en tu opinión, Andy —pronunció en tono melifluo su diminutivo—, ¿cómo deberíamos comportarnos en su presencia?

El joven parecía extasiado por el rápido avance. Estaba tan satisfecho que se atrevió a estirar de nuevo la mano y, durante unos segundos, cubrir la de ella mientras se inclinaba, acercando su cabeza a la de ella.

—Bueno, querida... no sé... pero creo que lo apropiado es hacer como que no pasa nada, manteniendo la distancia y la reserva hacia ellos en todos los sentidos.

—Comprendo...

—Sobre todo con los miembros masculinos de su familia... todos.

—¿Por qué? —preguntó ella intrigada por la respuesta.

—Mi querida Ellie, ¡es evidente!, si el marqués de Wiltshire tuviera la desgracia de verse envuelto en un escándalo, ¡sería probable que la buena sociedad dedujera que el conde de March, Lawrence, también podría tener algo que ver con los negocios paternos! —Un silencio estratégico anticipó la estocada final—: Y seguro que te habrás dado cuenta de lo interesado que está Lawrence en ti...

¡Eleonor se quedó tan estupefacta que su primo pensó que había dado en el clavo!

En realidad, la joven estaba impresionada por su increíble capacidad para mentir con tanta desenvoltura y doblez.

—Sabes, Andrew... tal vez tengas razón... —Esta vez fue ella quien hizo la pausa efectista—. De hecho... ¡tienes toda la razón! Es un excelente motivo para asumir cierto desapego. —Luego, con una mirada reflexiva, añadió con increíble candor—: Después de todo, es la misma razón por la que papá me recomendó mantenerme de ti a cierta distancia... —Se levantó con elegancia y, haciendo una impecable reverencia, abandonó la sala.

Simmons había estado a punto de atragantarse al intentar contener una carcajada, y como consecuencia, le sobrevino un ataque de tos que le obligó a retirarse inmediatamente, para no despertar las sospechas del joven amo.

* * *

Eleonor y Nancy Jane habían decidido dejar el carruaje y el cochero esperando al principio de la calle. Hetty y Maggie siguieron a las dos jóvenes, y detrás de ellas un valet bien entrenado vigilaba siguiendo las órdenes explícitas de lord Hereford.

Caminaban a paso ligero y Eleonor hacía comentarios sobre todo lo que veía o alguien con quien se cruzaban, despertando las sonrisas de su prima y las risas de las doncellas.

—¡Caramba, si tenéis las ideas claras, lady Ellie! —exclamó Maggie.

—He visto la combinación en una revista de moda... pero mejor que papá no se entere. Entendería que si soy capaz de conseguir que me envíen esa revista francesa, podría hacer lo mismo con algún libro inadecuado y provocador... ¡Caramba! Mirad por donde pis...

Frente a ella estaba el rostro divertido de lord Hamilton. Casi se había dado de bruces contra él, mientras el paquete que contenía las cintas rodaba a su lado. Se quedó admirando la cautivadora línea de los labios del hombre, embriagada.

El vizconde la sujetó por los brazos.

—¡Perdonad mi descuido, lady Eleonor! Me he distraído mirando ese escaparate y... ¿Estáis bien? ¡Buenos días, Miss Nancy!

Nancy hizo un gesto de saludo con la cabeza.

—No os preocupéis... Sólo me he llevado un buen susto... —tartamudeó Eleonor, dándose cuenta de que había dicho una palabra poco distinguida. No es que no formara parte de su colorido vocabulario, ¡pero desde luego se cuidaba de no pronunciarla en presencia de damas y

caballeros!

—¿Qué es inadecuado y provocador? —preguntó el vizconde en un persuasivo susurro. Sus dedos aún rodeaban los delgados brazos de la muchacha y decidió no retirarlos.

Eleonor comprendió que él había oído sus últimas palabras. Le costó responder al instante, porque el calor que se desprendía de aquel contacto era una novedad muy agradable para ella.

—Nada importante... ¿Dónde ha ido a parar mi caja?

Se separó a regañadientes y recogió el estuche ligeramente abollado.

—Veo que habéis estado de compras. ¿Vuestro valet no es capaz de llevaros los paquetes? —preguntó en tono irónico.

—Sí que lo es. Pero no soy un pusilánime que no puede manejar una cajita ligera como ésta... Me encanta valerme por mí misma.

El vizconde la contempló encantado.

—¿Me permitís que os acompañe al carruaje? ¿Regresabais ya?

—Sí... hemos terminado. El cochero nos espera al final de la calle...

Marcharon lentamente.

—¿Vos también habéis salido de compras, vizconde?

—No, en realidad tenía una cita con mi abogado, Mr. Fellow. Odio salir tan temprano.

—¿Temprano? Santo Cielo, lord Hamilton, son las... —Eleonor se volvió hacia el valet, que rápidamente le respondió:

—¡Casi las once, lady Eleonor!

—¡Eso! ¡Casi las once, lord Hamilton!

—Exacto. Temprano. Nunca me levanto antes de las diez de la mañana, a menudo más tarde, y no salgo antes de las once y media.

Eleonor recibió aquella información con cierta decepción. No apreciaba la apatía. Y menos aún la gente ociosa. Levantó los ojos hacia el apuesto vizconde.

Ocioso o no, era muy guapo, ¡eso no se podía negar!

—¿No os aburrís?

—¿Aburrirme? La verdad es que no. Leo todos los periódicos mientras desayuno y me visto con calma. No me gusta ni la prisa ni el ajetreo.

—Podríais pensar en un trabajo... —lo intentó Eleonor curiosa por escuchar su parecer.

—¡Dios me libre de ello! ¡Soy el heredero de un conde y pretendo disfrutar de mi ventajosa posición como noble sin trabajar! —admitió riendo.

Eleonor se quedó mirándole, admirada de su honestidad. Además de su encanto innato, por supuesto. Siempre había tenido buen ojo para los que dedicaban su tiempo y energía a actividades productivas. Pensaba que se debía más respeto a los que trabajaban que a la ociosa nobleza.

Reflexionó sobre su respuesta. Parecía que al vizconde no le preocupaba lo más mínimo su estatus, en definitiva no parecía tener las dificultades económicas que Andrew había mencionado. Su atuendo era impecable, la camisa blanca de excelente factura, al igual que la chaqueta beige, el corte de pelo completamente a la moda y el bastón con incrustaciones y adornos dorados decían mucho de su sólida posición.

—¿Estaréis esta noche en la fiesta de los marqueses de Wiltshire? —preguntó esperando una respuesta positiva.

—Sí, e iré con más ilusión sabiendo que también estaréis vos allí, lady Eleonor.

Ella lo miró encantada por el cumplido.

—Lady Eleonor, perdonadme la interrupción... A Miss Nancy le gustaría entrar en esa tienda

—le señaló Hettie, haciéndose a un lado.

Eleonor se dio la vuelta.

Nancy señaló una tienda de guantes y bufandas muy bonitos y de aspecto carísimo. Escribió algo en su cuaderno y se lo entregó a su prima.

—Ellie... espérame en el carruaje. Maggie viene conmigo. Quiero comprar un regalito para tía Sophie y mamá.

—¡Eres tan adorable, Nan! Muy bien, adelante —se alegró Eleonor. Luego le ordenó al valet —: Quédate con ellas, por favor.

El mozo de librea obedeció al instante.

Eleonor, con Hettie detrás, se dirigió al carruaje y subió.

—Venid, lord Hamilton. Mi prima se reunirá conmigo en breve y no me gusta veros de pie.

Gabriel no podía esperar nada mejor y en un instante estaba frente a ella, sentado en el cómodo asiento del elegante vehículo de los Hereford. La miró intensamente.

—¿Cuántas veces os han dicho que sois bellísima? —musitó.

Eleonor entreabrió la boca, impresionada por tanta familiaridad.

Su corazón empezó a latir deprisa y aumentó su ritmo cuando lord Hamilton cerró la puerta, diciéndole a la doncella:

—Lady Eleonor no soporta las corrientes de aire.

La decepción de Hettie era evidente, pero él, un avezado galán, fingió no darse cuenta.

—¡Habéis mentido! —le acusó Eleonor en tono alegre. Las maneras directas y sinceras del vizconde la divertían, ajena al peligro y al escándalo.

—¡Por supuesto! Y estoy seguro de que no os importa ni lo más mínimo —afirmó él, deslizándose hacia el borde del asiento tapizado de terciopelo.

Se asomó al exterior y, al comprobar que la doncella miraba hacia la acera, cerró la cortina. Se inclinó hacia delante y la miró fijamente. Luego alargó una mano para rodear la nuca de la joven y tirar de ella hacia él.

—Os lo ruego... —susurró lentamente—. No digáis no...

Eleonor percibió el aroma de su colonia y la sensación de ser mujer nunca la tuvo tan interiorizada como en ese instante.

—¿A qué? —tartamudeó, perdiéndose en el azul de sus masculinos ojos.

—No digáis no... a lo que estoy a punto de hacer.

Eleonor apenas podía respirar, sofocada por la expectación que la acechaba.

Gabriel le dio unos segundos para apartarlo, pero ella no lo hizo.

Apoyó los labios en los suyos y la miró con los ojos entrecerrados.

Eleonor se estremeció y cuando él le apretó el cuello, supo que estaba a punto de besarla. Apretó los dedos en su bolso y se preparó con curiosidad para conocer la emoción de un beso que era cualquier cosa menos juvenil.

Y obtuvo lo que se esperaba.

Lord Hamilton se insinuó hábilmente entre sus labios e invadió persuasivamente su boca con la lengua, realizando movimientos suaves y cautivadores hechos con el único propósito de proporcionar a la chica inolvidables sensaciones.

Por suerte mantenía los ojos cerrados, de lo contrario habría visto la expresión casi cómica de la joven lady, que abrió los ojos sorprendida por su ímpetu.

Eleonor se dejó llevar y acogió la nueva experiencia con entusiasmo.

Una languidez en el bajo vientre le decía que se sentía excitada por la forma lasciva en que el vizconde besaba y abrazaba, confiado y sin titubeos, evidentemente seguro por una gran

experiencia

Sintió la mano del hombre deslizarse por su espalda y se percató de que se había arrodillado para así llegar mejor a ella. Su lengua no daba tregua y Eleonor empezó a hacer los mismos movimientos sinuosos.

¡Qué tortura tan maravillosa! No quería detenerse. ¡Adiós a los castos besos de lord March!

Abrumada por las vibraciones que la sacudían, se agarró al brazo del hombre, sintiendo los músculos que se crispaban en el esfuerzo por estrecharla más contra sí.

El contacto con el macizo cuerpo del vizconde le provocó hacer otra involuntaria comparación con el delgado y delicado cuerpo del conde de March.

Maggie tenía razón: sentir algo así no tenía precio. Si lo sintiera por el hombre del que se enamorara, ¡sería más impetuoso que las tormentas tropicales!

Y ella, desde luego, no estaba enamorada del vizconde, ¡así que sólo podía imaginar lo que pasaría con el hombre de sus sueños!

Sólo le quedaba encontrarlo. Un hombre que fuera atractivo, bajo ningún concepto ocioso, a ser posible rico, para asegurarse de que él no iba sólo detrás de su dinero, que la amara y del que pudiera enamorarse. Y, por supuesto, que supiera cómo se actuaba en la intimidad. Nunca estuvo más segura que en ese instante de lo importante que era eso. En resumen... ¡una tarea imposible!

Lord Hamilton, decididamente prendado de la muchacha y de su generosa respuesta, se dio cuenta de que tenía un potencial inesperado, y ya se la imaginaba desnuda y entregada, dispuesta para él...

Habría sido fácil casarse con ella y librarse de sus problemas. Pero, sobre todo, habría sido un placer tenerla en su cama como esposa. Se separó de ella, lamiéndole por última vez los labios enrojecidos.

Se miraron durante unos instantes.

—Sois un encanto, lady Eleonor, os lo aseguro —le susurró Gabriel.

Ella trató de recuperar una postura decorosa y lo apartó colocando suavemente sus manos enguantadas sobre su pecho.

—Si yo fuese un hombre y pudiese hablar libremente, diría lo mismo de vos, lord Hamilton —le murmuró con descaro.

Gabriel rio con ganas.

—Cuidad de que nadie se entere de... esto —lo amonestó Eleonor con mirada severa.

—¿Esto?

—Sí... esto. Un agradable interludio que era totalmente nuevo para mí y que tenía curiosidad por probar —confesó sin pudor, para dejar bien claro que no iba a dar nada más que esto.

—Sí, os lo repito, sois una delicia. En todos los sentidos. Nos vemos esta noche, joven lady —dijo Gabriel un momento antes de descender las escaleras, pensando ya en cómo cortejarla debidamente.

* * *

Wiltshire House
Mayfair, Londres

Ropa, joyas y actitudes afectadas se adaptaban bien a la pomposidad de la fachada del edificio: la casa londinense de los Wiltshire era conocida por su magnificencia y elegancia.

Pequeños grupos de nobles, al descender de sus carruajes, se acercaron elegantemente a la entrada, donde lacayos de impecable uniforme acogían a los invitados. Miradas atónitas y forzadamente sorprendidas se dirigieron a Andrew Hambrook, y lady Hereford miró fijamente a

los presentes con los ojos pretenciosos de quien espera la deferencia debida a una condesa, recibiendo corteses inclinaciones de cabeza y saludos sonrientes y respetuosos.

Por esa razón, el conde de Hereford, en cuanto todos hubieron bajado del carruaje, entornó los ojos con gesto de reproche al ver que Andrew ofrecía su brazo a Eleonor.

—Andrew, creo que a Lady Hereford y a tu madre les agradaría estar acompañadas por un joven tan apuesto como tú —Había hablado con una sonrisa, pero su sobrino, aunque obedeció con prontitud, se mostró molesto.

Entraron y esperaron a ser anunciados: todos los presentes se volvieron curiosos.

El conde de Hereford, llevando consigo a las jóvenes y seguido por Andrew con las damas, se dirigió hacia la dueña de la casa, lady Wiltshire.

La marquesa lucía un espléndido vestido amarillo ocre adornado con hilos de color bronce y su cabello castaño estaba sujeto por cintas trenzadas, siguiendo el ejemplo de los clásicos romanos. Permanecía erguida junto a su marido, el marqués de Wiltshire, en actitud regia y majestuosa.

—Lady Wiltshire, es un placer estar aquí esta noche y tener el honor de asistir a la que se espera sea la fiesta más elegante y grandiosa del verano. —El conde de Hereford conocía bien el punto débil de la Marquesa, a la que le encantaba ser objeto de admiración y adulación.

Eleonor y Nancy Jane se inclinaron cortésmente y notaron la inmediata mirada de aprobación de la marquesa, que se detuvo unos instantes a examinar las preciosas joyas que colgaban de los cuellos de las jóvenes que tenía delante: una extraordinaria esmeralda que combinaba sobremanera con el sencillo vestido verde pálido, y una impoluta aguamarina, a juego con un vestido de un azul casi cerúleo. Sonrió a las muchachas, asintiendo apenas con la cabeza, y alzó los ojos, grandes y oscuros, para saludar al conde.

—Lord Hereford, os agradezco inmensamente por vuestra presencia y por tan amables palabras —respondió Lady Wiltshire, con expresión rígidamente compuesta. Luego, una sonrisita de complicidad apareció en sus labios, suavizando sus facciones. Apenas se acercó al conde y, consciente de que también la oían Sophie y Martha, susurró—: Cómo adoro esta pomposidad, queridos amigos, ¡y el simpático Nicholas parece pasárselo en grande burlándose de mí!

Todos se echaron a reír. Winnie era una mujer elegante y extremadamente formal cuando era necesario, pero también podía ser irónica y divertida.

Lady Hereford cumplió con su deber: se apartó de Andrew, imitada por Martha, y juntas hicieron una pequeña reverencia, como prescribe la etiqueta en el caso de un noble de rango superior al propio.

—Marquesa.

—Condesa.

—Marquesa.

—Martha.

Las mujeres sabían que parecían marionetas movidas por los hilos de un titiritero llamado etiqueta y eso les divertía mucho.

—Sophie, envidio tu belleza, lo sabes. Y esta noche estás aún más guapa que de costumbre: ¡tu vestido es espectacular!

Sophie posó su delicada mano sobre el vestido color crema de corte imperio, decorado con adornos dorados que evocaban motivos grecorromanos.

—Eres muy amable, Winnie, como siempre, gracias.

—Martha, la cinta de tu vestido tiene un color... Luego me dices dónde la has encontrado. Ya

siento que no puedo estar sin ella.

Martha recordó la de calles que había recorrido, acompañada de Sophie, para encontrar aquel tono de púrpura, a juego con el vestido lila que llevaba aquella noche.

—Además, queridas, os felicito por estas dos maravillosas criaturas. La sencillez y el buen gusto siempre causan una excelente impresión... ¡especialmente en semejantes bellezas!

Eleonor y Nancy Jane hicieron una pequeña reverencia de cortesía, y Ellie habló:

—Lady Wiltshire, gracias. Nuestra intención, bien aconsejadas por nuestras madres, era honraros a vos y a vuestro marido, lord Wiltshire.

Los nobles anfitriones quedaron gratamente impresionados por los buenos modales y la educación de la joven. No la conocían tan bien como sus padres y los Hambrook, pero enseguida comprendieron la diferencia entre una joven como lady Eleonor y tantas otras presentes en el salón.

—Veo que la familia está al completo —observó lord Wiltshire, mirando a Andrew con cierta desaprobación. No le agradaba su presencia y no se molestó en ocultarlo. La estrecha amistad que lo unía a Nicholas ciertamente no incluía la aceptación de un ser abyecto como Andrew Hambrook, la precisa antítesis de un noble caballero.

El conde de Hereford justificó la actitud hostil de su amigo Cyrus, señalando que en su lugar él habría reaccionado del mismo modo. Se volvió hacia su sobrino y lo miró explícitamente.

Andrew se dio cuenta de que tenía que hablar, con cautela y para decir lo correcto: le bastaba con pensar en el dinero, la prima... todo lo que quería estaba al alcance de la mano. Sí, todo saldría bien... ¡mejor para él mismo!

—Marqués de Wiltshire, marquesa —dijo con un gesto de reverencia—, me disculpo por mi imprevista presencia y os agradezco vuestra indulgencia. He decidido por decisión propia, a sugerencia del conde de Hereford, mi tío, actuar... digamos como acompañante de mi madre y mi hermana, dada la imposibilidad de mi padre, por motivos de salud, de asistir a este excepcional evento. —Todos en la sala lo miraban, esperando ansiosamente la respuesta de Lord Wiltshire o de su esposa, aguardando a que saltara el escándalo.

—Lord Andrew —comenzó a hablar lady Wiltshire en voz suficientemente alta para ser oída por los invitados—, sin duda aprobamos vuestros motivos y nos alegra saber que finalmente habéis decidido asumir vuestro papel. Sois bienvenido, ahora y siempre.

Lady Wiltshire había sido muy formal al pronunciar estas palabras, pero también explícita: los presentes comprendieron enseguida el mensaje subyacente... y nadie se atrevería, al menos por esa noche, a oponerse en modo alguno a Andrew Hambrook ni a criticar su presencia allí.

—Pero cuidaos mucho de seguir por ese camino, querido —lo amonestó la marquesa en un susurro—, o no seremos tan tolerantes en el futuro.

La mortificación en el rostro de Andrew era evidente; la ira en su interior amenazaba con hacerle explotar. No. Había demasiado en juego para él. Consideró oportuno hacer otra reverencia y retroceder un paso, dejando cortésmente que los demás terminaran con los rituales de urbanidad.

El conde y la condesa de Hereford se cruzaron miradas, complacidos por el resultado; Martha, con la cabeza agachada, pensó que intentaría hablar con Winnie a solas más tarde, para agradecérselo; Eleonor y Nancy Jane se sonrieron mutuamente. ¡Ahora el entretenimiento de la velada estaba a salvo!

El vizconde Hamilton se acercó cautelosamente e hizo una reverencia.

—Me alegro de veros, conde de Hereford. ¡Qué maravillosa compañía habéis elegido! —dijo, mirando a las damas y a las dos jóvenes.

—Lord Hamilton, buenas noches. Sí, definitivamente soy un hombre afortunado —comentó lord Hereford ante el tono bromista del vizconde.

—Confío en que las señoritas dispongan de unos minutos para pasear conmigo más tarde, si vos estáis de acuerdo.

Eleonor sonrió. ¡Si no hubiera estado debidamente atenta, aquel encantador y travieso vizconde habría podido besarla de nuevo!

—Ninguna objeción, Lord Hamilton.

Gabriel Chapman se retiró educadamente, meditando cómo atraer a Lady Eleonor a algún rincón en la penumbra.

Fue en ese momento cuando Eleonor vio a lady Alice y a su hermano lord March de pie junto a su padre, el marqués. Tuvo un instante de pánico ante la idea de tener que distanciarse abiertamente de Lawrence, el conde de March. Probablemente él también habría estado de acuerdo en que entre ellos sólo existía una sana amistad y nada más.

Ambos conversaban amigablemente con un hombre más bien alto, vestido por completo de azul excepto por el blanco de su corbata perfectamente anudada y las calzas bajo los pantalones que le llegaban a la rodilla. Eleonor interceptó la mirada de Alice, que le sonrió. Lawrence se volvió a su vez e hizo lo mismo. El hombre que los acompañaba también se volvió.

La sonrisa de Eleonor desapareció de sus labios.

Clavó la mirada en los ojos del hombre sin poder apartarla: no era por el increíble color azul... sino por las inesperadas sensaciones que despertaban en ella. Le parecían misteriosos, incomprensibles, como si contuvieran revelaciones secretas. Un escalofrío le recorrió la espalda.

«Qué extraño» pensó Ellie, sin darse cuenta de que ya llevaba al menos diez segundos mirándole «...parece que... no sé... sin embargo...».

Comenzó a tocarse el labio inferior con el dedo índice, mordiéndoselo ligeramente, con la frente ligeramente fruncida, totalmente perdida en sus pensamientos.

La atracción que sentía hacia aquel hombre iba mucho más allá de su imaginación y era incluso más abrumadora que el modesto afecto que sentía por lord Hamilton. Sí, porque comparado con esa, lo que había experimentado con el vizconde era una pálida emoción.

Al principio, esta constatación la conmocionó tanto que la dejó sin aliento; luego la emocionó hasta el punto de electrizarla.

No oyó la primera llamada de su padre, ni la segunda en realidad. Fue por eso por lo que Nancy Jane le dio un ligero codazo, provocando en el desconocido un imperceptible movimiento de los labios, como un atisbo de sonrisa.

—Sí, papá...

—Bien, entonces saludémosles —dijo el conde, deseando que la torpeza de Eleonor pasara desapercibida. La empujó suavemente hacia Alice y Lawrence, el conde de March, mientras la marquesa seguramente los acompañaba para presentarles al hombre que estaba con ellos.

—¡Ellie! ¡Nancy Jane! ¡Qué contenta estoy de veros aquí! —La joven Alice nunca contenía su euforia, y Eleonor sospechaba que no tenía nada que ver con sus dieciocho años, sino más bien con su carácter jovial y bullicioso—. ¡Os juro que si no hubierais venido, habría ido a Hambrook House a sacaros!

—¡Alice! —la amonestó Lady Wiltshire.

—Disculpa mamá... pero es verdad —Y tendió las manos para coger con una a Ellie y con la otra a Nancy Jane.

—Me alegro de que estés bien, Alice... ¡y de que no hayas cambiado nada!

—Chicas —Lady Wiltshire las llamó al orden para las presentaciones.

—Lady Eleonor, Miss Nancy Jane, os presento a... al marqués de Lothian. Lord Lothian, éstas son lady Eleonor y Miss Nancy Jane, hija y sobrina respectivamente del conde de Hereford, Nicholas, vuestro querido amigo.

La expresión de asombro de Ellie tenía algo de cómico. «¡El Marqués Oscuro! ¿Amigo de papá? Increíble».

—Encantada... de conoceros, Lord Lothian —dijo Eleonor, haciendo una reverencia.

Nancy Jane, intimidada por el hombre moreno y serio que la observaba, le rindió una tímida reverencia.

El marqués se inclinó, no sin antes percatarse de la despreocupación que envolvía a todos los Hambrook al permitir que la joven de cabellos castaños participara en la conversación, a pesar de su evidente discapacidad.

Nunca le había sucedido ser testigo de semejante afecto. Por encima de todo, le impresionaron los ojos esmeralda de la joven hija de su amigo. Se había dado cuenta, de manera inmediata, de que en ellos había amor puro por su prima sorda, y este hecho le dejaba asombrado y casi incrédulo.

Las muchachas de aquella edad, que sólo tenían en mente la búsqueda de un esposo rico y noble, nunca se habrían tomado la molestia de ser desinteresadas y generosas con una pariente sorda.

Se levantó para mirar de nuevo a lady Eleonor, y le vino espontáneamente observar su físico alargado y todavía algo inmaduro, sus pechos no muy grandes, pero tampoco pequeños, sus brazos delgados. Algo adolescente en su cuerpo parecía chocar con su porte elegantemente maduro y de dama.

Se le ocurrió que dentro de unos años probablemente haría perder la cabeza a muchos jóvenes precisamente por las formas acentuadas y plenas que estaban a punto de florecer. Se dio la vuelta.

—Keiran.

—Nick.

Los dos se dieron la mano estrechándosela durante más tiempo del necesario.

A Eleonor le impresionó mucho el rostro sonriente del marqués de Lothian: ¡estaba tan lejos de la expresión seria y misteriosa que tenía poco antes! Y su voz era agradablemente cordial. Un hormigueo en su vientre le dijo que estaba emocionada por la cercanía de aquel hombre.

—Lady Hereford, es un verdadero placer volver a veros. —El marqués le besó la mano, como correspondía a una mujer casada. La sensación al contacto con la mano de la condesa fue positiva, es más, incluso más agradable que la vez anterior: era una mujer serena, alegre y optimista.

—Lord Lothian, el placer es mío.

—Keiran —intervino el conde de Hereford—, os presento a mi sobrino Andrew Hambrook, hijo de mi hermano Ernest.

El marqués sabía perfectamente quién era Andrew Hambrook, aunque nunca se lo habían presentado. Esperó, deteniéndose largamente en aquellos ojos grises decididamente taimados.

—Marqués de Lothian, es un honor conoceros —dijo Andrew, tendiéndole la mano.

Lord Lothian vaciló un momento antes de cogérsela, casi presintiendo la conmoción que le sobrevendría. Y así fue: un choque breve pero intenso, que le produjo una fuerte sensación de náusea. Andrew también la sintió. Lord Lothian trató de comprenderlo mejor. Andrew retiró la mano precipitadamente, sin comprender lo que había sucedido.

Los dos se miraron fijamente durante un momento, pero Andrew apartó primero la mirada,

buscando mentalmente una excusa para marcharse.

—Ellie, Nancy Jane, ¿quizás os apetezca tomar algo? —les preguntó, alejándose antes de recibir respuesta.

—Buenas noches lady Eleonor, Miss Nancy Jane.

—¡Buenas noches lord March! —exclamó Ellie, mostrando su habitual despreocupación por encontrarse con su amigo.

El conde de March estaba a sus anchas y su mirada directa indicaba que ya no contemplaba la idea de un compromiso. Teniendo en cuenta que durante el último año sus encuentros no habían ido más allá de agradables charlas, Eleonor estaba convencida de que podía dejar las cosas tal y como estaban. Sin aclaraciones, sin frases incómodas y forzadas. Con Lawrence sólo tendría una relación amistosa. Se sintió aliviada.

Nancy Jane hizo una reverencia.

—*La última vez prometisteis enseñarme las flores del jardín de lady Wiltshire... naturalmente, ahora estará demasiado oscuro...* —escribió la joven en el cuaderno que utilizaba fuera del entorno familiar para comunicarse.

—Es cierto, lo prometí Miss Nancy, y... no, no está demasiado oscuro —respondió Lawrence, abriendo bien los labios para hacerse entender por su interlocutora—. ¿De verdad creéis que mi madre no se ha encargado de iluminar el jardín casi como si fuera de día con una cantidad innumerable de velas y antorchas, para que los invitados pudieran admirar sus flores y, por tanto, alabarla y halagarla?

Todos rieron, excepto el marqués de Lothian, que se limitó a sonreír y continuó contemplando a Eleonor, intrigado.

—*¿Entonces vamos?* —escribió ansiosa Nancy Jane—. *¿Tú también vienes, Alice?*

—¡Desde luego! —le respondió Alice.

—*¿Eleonor?* —preguntó Nancy mirando a su prima.

Eleonor se sentía demasiado atraída por lord Lothian como para querer alejarse en ese momento, y cualquier interés por el vizconde Hamilton parecía haberse desvanecido.

El marqués se percató de ello e intervino.

—Si me lo permitís, Lady Eleonor, podría acompañaros.

—Gracias, me sentiría honrada...

Se pusieron en marcha. La sala estaba abarrotada de gente y muchos bailaban. El ambiente ya era bastante cálido. Salieron por la puerta acristalada al balcón y todos juntos suspiraron al sentir una ligera brisa procedente del jardín.

Alice, Lawrence y Nancy Jane caminaban delante, mientras Alice y Lawrence mantenían a su vez a Nancy Jane en animada conversación, animada por risas y bromas.

Eleonor y Lord Lothian no hablaban, pero ambos descubrieron que su silencio no era en absoluto pesado: estaban perfectamente a gusto, serenos, admirando la vegetación circundante.

—¿Por qué os llaman el Marqués Oscuro? —le preguntó Ellie sin miramientos.

Lord Lothian se sorprendió tanto que se detuvo de repente. ¡Ella lo observaba con una indiferencia y un descaro deliciosos! Era extraño... hermosa, educada, optimista como su madre, lo había adivinado sin duda. Pero también increíblemente abierta, sincera... rozaba el descaro. Decidió conocerla mejor.

—Infundo miedo. Tengo el cabello muy negro y soy muy moreno.

Ellie razonó unos instantes sin apartar los ojos de él.

—No sois inquietante, sino misterioso, diría yo. A mí no me infundís ningún temor —Guardó silencio unos segundos—. ¡Tal vez a mi primo! —soltó alegremente, levantando la cabeza para

mirarle a la cara.

Él aguardó con el ceño fruncido en una muda petición de aclaración.

—Ha dicho que asustáis a todo el mundo. Luego ha añadido «salvo a mí, obviamente». Así que os teme.

El marqués sonrió, mostrándose aún más atractivo.

—Entiendo.

—Además, me parece lógico que seáis moreno: sois un hombre de mar y, por lo tanto, curtido. Ya hay una sombra de barba oscura en vuestra cara, que sin duda os afeitaréis por la mañana, así que tendréis todo el vello oscuro, ¿no es así?

Lady Eleonor había hablado con un desparpajo y una franqueza apabullantes sobre temas poco apropiados para una joven de buena familia. Pero lo había hecho con una expresión tan dulce y amable que dejó al marqués completamente aturdido, abrumado y confuso: ¡nunca había conocido a nadie tan convincente!

Eleonor era incapaz de apartar la mirada del azul profundo e intenso de aquellos ojos. Se encontró admirando los rasgos perfectos de su rostro, los pómulos altos, la barbilla apenas cuadrada, los labios suaves y armoniosos. Notó pequeñas arrugas a los lados de sus ojos y largas pestañas negras. Sin poder contenerse, le preguntó:

—¿Cuántos años tenéis?

En ese momento, Lord Lothian sintió el impulso de darle una lección sobre cómo una joven descuidada e ingenua como ella se arriesgaba con un hombre adulto al ser tan abierta y desenfrenada. Pero se contuvo.

—Casi treinta y uno.

—Os habría echado alguno más.

Alguno más, había dicho, ¿y ni siquiera tenía miedo de quedarse a solas con él? ¿Estaba jugando a parecer ingenua, o realmente lo era? La única definición que se le ocurría era... ¡irreverentemente sincera y encantadora!

—Lo mío es un cumplido, ¿sabéis? Prefiero la compañía de gente madura y con los pies en la tierra a la de gente irresponsable y haragana.

—¿Cómo podéis estar segura de que no soy un haragán?

—¡Todo el mundo lo sabe! Tenéis vuestros barcos y hacéis negocios con lord Wiltshire, y además sois amigo de mi padre y esto ya de por sí supone una garantía

Su razonamiento era sólido. Ella era la chica... no, la mujer... tampoco... la persona más intuitiva que había conocido. Podía sentirlo, aunque aún no había tocado su mano.

Eso le espantó muchísimo. Si se hubiera alargado la conversación más con ella, se habría dado cuenta de que estaba tratando con un hombre que era cualquier cosa menos extraordinario, al menos así era como él se veía a sí mismo, y probablemente se habría sentido decepcionada, dadas sus expectativas.

La miró fijamente con los ojos entrecerrados y penetrantes y ella no apartó la vista, firme en las palabras que acababa de pronunciar.

—Normalmente las jóvenes nobles de buena familia desaprueban mi forma de vida.

—Yo no. ¿No me creéis?

—¿Creer qué?

—Que os admiro mucho. Que... me gustáis.

—Rara vez creo en las palabras pronunciadas con facilidad de locuacidad. Y ciertamente no os falta capacidad para expresaros con franqueza.

—Sí, tenéis razón. No obstante... os repito que me gustáis mucho, lord Lothian.

Se quedaron mirándose.

El marqués percibió su sinceridad y sintió aún más temor por sí mismo.

Ni un movimiento, ni una palabra: sólo la intuición mutua y la hermosa sonrisa de la joven, que no olvidaría fácilmente.

* * *

Habían regresado tarde. Pero la euforia de la extraordinaria velada no permitió a las jóvenes conciliar el sueño.

Habían estado hablando durante casi una hora y eran las cuatro menos veinte de la madrugada. Antes de entrar en su alcoba habían pedido a Martha la deferencia de desayunar más tarde. Así que no había motivo para darse prisa y soplar las velas.

—Por no hablar de ese dandi...

—*¿Cuál?*

—Cabello rubísimo con un corte a la moda y ojos de un azul celeste más transparente que el mar de las Islas Vírgenes.

Nancy Jane agrandó los ojos, riendo entre dientes, y preguntándose cómo conocía Ellie el mar de las Islas Vírgenes.

—Caray, Nan, alguien con esos rasgos debería ser guapo... en cambio era horrendo... Parecía una codorniz, con esa barriga prominente que amenazaba con reventarle los botones de la chaqueta...

Nancy Jane ya se estaba riendo a carcajadas.

—¡He tenido que arquear la espalda durante el baile para no arriesgarme a rozarle la barriga! Me pregunto cómo podía mantenerse en pie con todo ese peso sobre unas piernecitas tan delgadas... ¡Delgadísimas! ¡Caramba, eran más delgadas que las mías! Lo cual ya es decir...

Ahora también reía ella y compartían un pañuelo blanco para secarse las lágrimas.

Cuando se hubieron calmado un poco, Ellie dijo:

—Por supuesto, el encaje de su camisa era precioso aunque... Debería hacerme un traje como ése... todo de encaje...

—*¿Para acordarte de tu pretendiente codorniz cada vez que te lo pongas?*

—¡Oh, Dios mío, no! ¡He cambiado de opinión! ¡Nada de encaje!

—*He disfrutado mucho conversando con Lawrence. Se ha cuidado mucho de no hacerme sentir incómoda...*

—Sí, me he dado cuenta. La otra mañana Andrew me dijo que estaba al tanto de que el joven conde de March sigue visitándome. En realidad ahora sólo somos amigos. Después de esta noche creo poder afirmar que Lawrence tiene algún interés en ti y Andrew dejará de conspirar para separarme de él.

Nancy Jane sonrió satisfecha.

—*Pero a ti no te disgusta, ¿no, Ellie? Tal vez todavía te gusta...*

—Claro que me gusta: es un amigo, es simpático y cortés. Pero no pienso en él como un pretendiente. Es demasiado joven para mí...

—*¿Joven? ¿Qué edad debería tener tu pretendiente ideal?*

—Treinta y uno —respondió Ellie de improviso, sin pensar.

—*¿Por qué precisamente treinta y uno?*

Eleonor le cogió la mano.

—El marqués de Lothian... tiene treinta y un años... casi.

—*¿Y lord Hamilton? ¡ Pensaba que te gustaba!*

—Es fascinante y su beso me ha... conquistado, digámoslo así. Pero Lord Lothian... tiene algo

que... no sé —confesó Eleonor pensativa.

Se miraron fijamente durante un instante y la mirada de Nancy Jane se suavizó.

—Es... interesante, independiente, incluso tiene su propio negocio. No es sólo un noble, es mucho más.

—*Lo sé, los barcos... ¿Mucho más? ¿Qué más?*

—No sabría explicarte, Nan, pero es... Quiero decir, realmente me gusta como persona. Hay algo de... honesto, responsable... Y es amigo de papá. Hablando con él, tengo la sensación de que sabe... cosas que... tal vez yo no sé y otros no saben...

—*Quizá sea porque es un hombre con experiencia, Ellie. Al fin y al cabo, tiene treinta y un años, precisamente, y es mucho mayor que tú... quizá demasiado, ¿no te parece?*

Eleonor se llevó el dedo índice al labio. «Me gusta muchísimo...» pensó «¡y no me importa si es once años mayor que yo! Me pregunto qué diría mamá. ¿Y papá? Pero de todas formas no me quiere... si no, no se habría alejado así...».

—*¿En qué estás pensando ahora?*

—Que no me importaría la edad si él también sintiera un poco de interés por mí...

—*A mí me parecía interesadísimo.*

—No se habría marchado tan repentinamente...

—*¿Repentinamente? ¿Qué quieres decir?*

—Nos mirábamos intensamente después de hablar. Luego me ha recomendado que me una a vosotras, se ha excusado y se ha marchado a paso ligero. Con la cabeza gacha, ahora que lo pienso...

Seguía torturándose el labio con el dedo y los dientes, recordando los anchos hombros del hombre de la elegante chaqueta azul, los músculos de las piernas agitándose en un esfuerzo por alejarse rápidamente, las manos cerradas en puños, tensas, como en un esfuerzo por no dejar escapar un dolor... un sufrimiento... un tormento.

—*Realmente extraño... ¡te miraba de un modo!*

—¿Cómo?

—*Bueno... Intensamente. E incluso durante la cena lo sorprendí varias veces observándote atentamente, como si te estuviera estudiando.*

—Lo habré intrigado con mis habitual forma de ser, y por la misma razón lo habré puesto en fuga. Extraño... No me había pasado nunca... Todos los jovencitos me encuentran irresistiblemente abierta...

—*Puede ser... De todos modos, te miraba todo el tiempo, ¡incluso cuando esa descarada de Philippa Evan, la viuda del conde de Wilmot, hablaba tan cerca de su oído que su brazo le rozaba el pecho!*

—¡No! ¿De veras?

—*¿De veras qué? ¿Que te miraba o que la condesa viuda le rozaba el brazo con el pecho?* —Nancy Jane hizo un rápido gesto con la mano, como queriendo impedir la respuesta que su prima estaba a punto de darle—. *¡Ambas cosas son ciertas!*

—Buena para mí, la primera... ¡Interesante la segunda!

—*Siempre hace eso en público...*

—¿Cómo lo sabes? ¿Le has visto hacerlo antes?

—*Sólo esta vez... Pero he visto a mamá y a la tía Sophie hablando de ello ayer en el jardín. Si no supiera leer tan bien los labios de la gente...*

—¿Y qué más?

—*Nada del otro mundo... En fin, todo el mundo parece saber que la descarada del pecho*

rebosante es la amante del marqués...

—¿La amante? —Eleonor no supo por qué, pero la noticia le sentó muy mal. Empezó a tocarse de nuevo el labio y a ver imágenes de una cabeza morena junto a otra castaña salpicada de mechones blanqueados por el sol, con los cabellos entrelazados... Manos oscuras acariciando el rostro pálido y delicado de la joven viuda... Manos muy blancas rozando un rostro rudo por una barba desgreñada y oscura...

Nancy Jane le tocó el hombro. Y ella volvió a la realidad.

—Te preocupas tanto... No debería habértelo dicho...

—Pero no, estate tranquila. Después de todo, es un hombre adulto... lástima que tenga treinta y un años... Y como has dicho... él es mayor... ¡y yo sólo soy una veinteañera a la que le gusta soñar de vez en cuando!

Nancy Jane la abrazó con fuerza mientras Eleonor pensaba ya en la estrategia que utilizaría para averiguar más cosas de tía Martha. Se separó de Nan y le sonrió para calmarla; poco después emitió un sonoro e indecoroso bostezo, que fue seguido por el de la otra joven.

Con un entendimiento tácito e innato, extendieron las manos y cada una apagó la vela colocada en su mesilla de noche.

Se acostaron y durmieron toda la noche y buena parte de la mañana, luego de haber soñado con elegantes vestidos, joyas, delicias culinarias, flores perfumadas, damiselas ridículas y jóvenes adúlteros. Y ojos azul oscuro, profundos, reflexivos, doloridos... imposibles de olvidar.

* * *

6 de julio de 1808

«Señoras... ¡y demás!» de Carole O'Green

La fiesta «evento» del verano tuvo lugar en la hermosa mansión de los marqueses de Wiltshire, organizada por la exquisita dueña de la casa, lady Wiltshire, encantadora con su elegante vestido y gentil anfitriona de un gran número de amigos de alto copete, impecables como siempre en el vestir y la etiqueta. Todos bailaron con gracia y armonía, atrayendo la vista de los espectadores que no bailaban. La cena fue excepcional por el gusto con que se sirvió y lo delicioso de los manjares. Los comensales saborearon originales platos y disfrutaron de una excelente conversación; los caballeros fueron todos dignos de tal nombre, las damas y las jóvenes deleitaron a los presentes con su cortesía, brillante locuacidad y exquisitos modales... todas, salvo una.

No daré el nombre de la mujer (no puedo llamarla «señora»), ni especificaré su título, recibido del acaudalado marido, mucho mayor que ella y ya fallecido (¡suerte que tuvo de no asistir a la cena!); ni especificaré el nombre de su «amigo especial» que la frecuenta desde hace años y que, por lo que parece, no tolera su compañía más que unos pocos meses al año, quizá el mínimo necesario para vivir la temporada londinense.

Pero puedo precisar lo que hizo, despertando la atención de los comensales, provocando malsanos pensamientos en los hombres y ofensa en las damas.

Con una desfachatez inaudita, la «otra» (es decir, la no señora), consiguió intercambiar su sitio con la joven hija de la casera, lady Alice, quien, educada como siempre, intentó (sin éxito) que el gesto extremadamente grosero pasara desapercibido.

La no señora se sentó, pues, a la derecha de su «amigo especial», suscitando en él una mal disimulada expresión de indulgencia y decepción.

La soberbia cena eclipsó ligeramente el molesto gorjeo de la «otra», que con suma grosería conversó sólo y exclusivamente con su «amigo», que trataba por todos los medios de dialogar

cortésmente con la comensal situada a su izquierda, tal y como corresponde a personas educadas.

Pero ni el refinamiento de los sabores de la cena ni los esfuerzos de los presentes bastaron para evitar que todos notaran con disgusto la vulgar actitud de la «no señora».

Y no creo exagerar cuando califico de vulgar el irreverente y continuo roce de su exuberante pecho con el brazo derecho de su caballero «amigo». Él intentó evadirse del gesto moviendo el brazo hacia sus piernas, pero, no queriendo parecer descortés por la extraña postura de su extremidad superior, tuvo que depositarlo de nuevo sobre la mesa, donde el despiadado pecho, apenas cubierto por un ligero encaje prácticamente transparente, comenzó a restregarse sin pudor y sin límites.

La buena noticia es que parece que la «otra», a partir de ahora, será rechazada como... ¡el mal napolitano!

Eleonor sonrió al releer el artículo.

Como siempre, había enviado a Hettie al editor, con la recomendación habitual de que sólo dijera: «Este es el nuevo artículo de Miss O'Green. Leedlo ahora y decidme si lo queréis o no. Si no lo queréis, tengo órdenes de vendérselo al *The Daily News*». Hettie no tendría que añadir nada más.

Eleonor había decidido que su artículo, aunque contundente y un tanto irreverente, sería ideal para el *The Morning Post*: un periódico tan partidario de la aristocracia apreciaría la denigración de la grosería y, sobre todo, el desprecio por las reglas de etiqueta demostrado por lady Wilmot. Y estaba segura de que el director se habría dado cuenta enseguida de quién era la mujer en cuestión y que, por esa misma razón, habría publicado el artículo con sumo placer, considerando que a los lectores también les iba a agradar.

De hecho, salió tal y como había previsto. Por supuesto, cuando le había dicho a Hettie que no esperara menos de una libra, tampoco estaba convencida de que el artículo valiera tanto. Pero sabía que era mejor apuntar alto con ciertas categorías de personas, ¡especialmente con los editores!

Ahora sostenía esa libra en la mano y sentía una satisfacción indescriptible... ¡la de alguien que ha trabajado y ganado!

Le habría encantado compartir esos sentimientos con sus padres, pero no quería ponerlos en la tesitura de desaprobar una actividad puramente masculina y nada aristocrática.

Suspiró, consolándose al pensar en la cara de Nancy Jane mientras releía su artículo... Una carcajada espontánea llenó de regocijo la habitación.

Abrió el cajón y sacó una caja cerrada con un candadito, donde guardaba los ahorros que había ganado con sus artículos; la abrió y metió la libra, pensando que en unos años tendría el dinero para su proyecto. La cerró, escondió la llave en otro cajón, en medio de otras llaves ornamentadas y extravagantes que coleccionaba expresamente para disimular mejor la de la caja; cerró los cajones, cogió el periódico y fue en busca de Nancy Jane, ansiosa por que leyera el artículo.

* * *

8 de julio de 1808

—Esta noche la tía Martha se ha superado: ¡ha organizado una cena excepcional! Quería honraros, ya que partís mañana por la mañana. —Eleonor se esforzaba por aparentar indiferencia y sosiego. Pero sus padres sabían que estaba fingiendo y fingían que no pasaba nada.

—Tienes razón Ellie, Martha lo ha hecho muy bien y ya la he felicitado. Tu padre le ha pedido

que le escriba una receta del pudin de avellanas. ¡Le ha encantado!

—Papá, ¿de verdad crees que mamá puede convencer a nuestra cocinera para que prepare algo que no haya sido inventado por ella?

—Nick, no se me había ocurrido. ¡Mrs. Morris será un obstáculo insalvable para tu pudin!

Eleonor rio al ver la expresión de espanto de su padre. Sabía que aquellas divertidas payasadas eran un hábito para estar siempre alegre y desenfadado, característico de los Hereford, como decía a menudo la madre.

—No es cosa de risa. Y no porque ya sienta que no puedo prescindir de ese exquisito postre... ¡sino porque es alarmante el poder que está asumiendo nuestra cocinera dentro de nuestra familia! Espero que esto no se haga público... ¡o corro el riesgo de convertirme en el hazmerreír de la buena sociedad!

—Papá, sabes que la querida Mrs. Morris sólo tiene ojos para ti...

—Bueno, Nick, eso también es verdad...

—Así que, papá, tendrás que hacer trabajar a nuestra cocinera. Vas a ordenarle... no... vas a pedirle educadamente, y con la ayuda de tu más brillante sonrisa, que te haga el pudin de avellanas que... sólo has probado en Casa Hambrook...

—Pero no lo he probado... ¡Me comí tres raciones!

—... que “sólo” has probado... encontrándolo “sólo” pasable... Pero al haberte percatado de su potencial, estás convencido, más aún, seguro, de que ella será capaz de hacerlo mejor... no... ¡será capaz de convertir una receta pasable en una obra maestra de la alta cocina...!

El silencio parecía reinar en el pequeño jardín; incluso los insectos nocturnos guardaban silencio...

Sophie miró a Nick, que a su vez miraba fijamente a Ellie, atónito por la astuta locuacidad de su hija y cautivado por su elegante pero teatral gesticulación. El hombre giró la cabeza para buscar apoyo en los ojos de su esposa, pero había algo cómico en su rostro, y la vivaracha Sophie estalló en carcajadas, rápidamente imitadas por su hija.

Él se metió las manos en los bolsillos, observándolas.

—¡Sophie!

—¡Oh Nicholas!... ¡si pudieras verte!

—Sophie, te lo ruego...

—¡Papá perdóname!

—Vosotras no lo entendéis... La astucia de nuestra hija...

—Papá, no te preocupes: ¡la cocinera morderá el anzuelo!

Sophie volvió a reír, con los ojos vidriosos y el estómago dolorido.

— ¡Eso es precisamente lo que me preocupa, Ellie!

—¿No querías que te preparara el pudin de la tía?

—¡Sí! Pero tú eres... eres... —Tomó aliento un momento—. Ellie... Sophie, por favor deja... Ellie... eres astuta, ingeniosa... sabes hablar demasiado bien para tener sólo veinte años... puedes hacer que todo el mundo se muevo en torno a tu dictado... y esto es para mí... fuente de...

—¡Orgullo! —dijo Sophie, mientras se secaba los ojos congestionados.

—¡Oh mamá, gracias! —exclamó Ellie con adoración.

Sophie desafió a su marido con la mirada. Lo vio suspirar resignado y en ese momento tuvo la certeza de que no la contradiría.

—De acuerdo... —aceptó momentáneamente derrotado—. Intentémoslo de otra manera... —continuó como si se dirigiera a sí mismo. Por favor... sentémonos... me gustaría hablarle claramente a Ellie.

—Muy bien, Nick. ¿Ellie?

Se sentaron en el banco bajo el balcón del salón y permanecieron en silencio unos instantes.

El conde de Hereford quería cumplir a toda costa con su intención final, por lo que meditó en un intento de encontrar un enfoque adecuado. Cuando se sintió preparado, tomó aliento y comenzó.

—Eleonor... seguiré tu consejo: me trabajaré a la cocinera y conseguiré un pudin increíble...

—¡Bien!

—Es más... vas a hacer esto: ¡escríbenos la fecha exacta de tu regreso y haré que encuentres tanto pudin que decidas repartirlo entre todos los niños de nuestra gente!

Eleonor se rio, contenta de que a su padre no le hubiese importado tanto...

—¿Ellie?

—Dime, papá.

—Siempre sabes cómo llevarte el gato al agua. ¿Te has dado cuenta?

—Sí.

—Pero hay que tener cuidado: es bueno conseguir lo que uno quiere, si se trata de algo correcto y si se trabaja duro y honestamente. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto.

—Pero no está bien que se utilicen medios turbios para obtener esa cosa a toda costa. ¿Me entiendes?

—¿Tácticas engañosas que te permitirán comer el pudin de avellana?

—¡Exactamente! —respondió el conde—. Es un alivio que me entiendas al vuelo...

—Se trata sólo de pudin... Desde luego, no usaría el mismo método para conseguir... qué sé yo... ¡una suma estratosférica de mi padre el conde para comprarme libros suficientes para llenar la biblioteca más grande de Londres!

El conde la estudió detenidamente y preguntó:

—¿Me estás diciendo que en tal caso utilizarías un método aún... más engañoso y mezquino?

Los ojos de Ellie se abrieron de par en par, indignada.

—¡Por supuesto que no!

—¿Por qué no?

—Bueno... pues por muchas razones... —Constató que su padre esperaba más explicaciones —. En primer lugar, no se hace: quiero decir, una cosa es... un pudin o un libro... Otra cosa sería... ¡una cantidad enorme por un capricho! Y además... siempre dices que te estoy engatusando para que piques... ¡Pero yo sé que si no quieres, no picas!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Muy sencillo: ¡no eres de los que se dejan engañar! A veces sé que finges caer en la trampa... quizá porque sabes que en el fondo no hago daño a nadie. Pero si hago daño... es decir, si uso un medio turbio y deshonesto para conseguir algo que me importa, ¡entonces intervienes! ¿Recuerdas cuando... tomé prestado el libro del doctor Phillips?

Nicholas estaba satisfecho. Ahora estaba seguro de que su hija lo había entendido.

—Lo recuerdo.

Una ráfaga de viento hizo que a los tres se les agitara el cabello. Se sentaron en silencio, relajados.

—Papá, ¿temes que monte un espectáculo para engañar a algún noble tontorrón?

El conde de Hereford casi soltó un bufido por la sorpresa.

La condesa enarcó las cejas.

—¡Señor, ayúdame...! —murmuró Nicholas.

—Respóndele —balbuceó Sophie—, y háblale claro, será mejor.

—Ellie, sí, me temo que con tus ojos cautivadores, tu sonrisa dulce y atractiva, tu verborrea sólo aparentemente ingenua, que en realidad esconde mucho más que eso... me temo, ya te lo he dicho, que atraparás al joven equivocado...

—No me gustan los jóvenes.

Lord Hereford se arriesgaba a morir de pena, ¡a pesar de tener sólo cuarenta y cuatro años!

—Cariño —intervino Sophie, tratando de mantener la calma—, ¿qué quieres decir con que no te gustan... los jóvenes?

El conde contuvo la respiración horrorizado ante la idea de que su hija pudiera tener... inclinaciones sexuales particulares...

—Lo dicho: no me gustan los jóvenes. Son estúpidos y sólo piensan en encontrar una chica guapa, rica, noble y ¡absolutamente necia e ignorante!

Sus padres se miraron confundidos y ella se dio cuenta.

—Quiero decir... que me parecen más interesantes los hombres... menos jóvenes... ¡eso es todo!

Sophie meneó la cabeza, reprochándose sus dudas; Nicholas suspiró tan fuerte que llamó la atención de Ellie.

— ¿Qué pasa? ¿Qué habías entendido, papá?

—Nada... Decías entonces...

—Ya lo he entendido, ¿sabes? —se burló su hija, sin darse cuenta de que corría el riesgo de meterse en un verdadero atolladero—.Pensabas que yo... ¿era como la de la isla griega de...? Lesbos...

—¡Eleonor Grace Hambrook! ¡No deberías saber esas cosas! Ni quiero oír nada más.

Ellie se quedó inmóvil y enmudeció.

—¡Fingiré que no he oído nada! —añadió su padre.

Silencio. Un grillo, escondido entre los arbustos del vial de entrada frente a ellos, lanzó su alegre canto, rompiendo el silencio.

—Cariño —dijo de repente Sophie—, ya nos dimos cuenta de que las visitas de lord March, por asiduas que fueran, tenían un carácter puramente amistoso.

Eleonor movió la cabeza afirmativamente.

—También hemos notado que has despertado el interés de lord Hamilton. Parecía muy interesado en ti —dijo su madre, temerosa de la respuesta.

Para entonces, Nicholas ya estaba al corriente de las dificultades financieras en las que se encontraba el vizconde, aquejado de una vida disoluta y derrochadora. Desaprobaban el *modus vivendi* de lord Hamilton, su indolencia, su vicio por el juego y las mujeres.

—Un hombre fascinante, si me perdonas la franqueza... —murmuró Eleonor.

Su padre aguantó la respiración.

—Pero no me agrada su mejor virtud: la ociosidad.

Sus padres se dirigieron una rápida mirada que tenía el liberador sabor del alivio.

—¿Y tú, querida? ¿Has encontrado a alguien que te interese especialmente? —preguntó Sophie.

La condesa de Hereford tenía cuarenta y dos años y no los aparentaba; un buen número de admiradores, algunos de ellos bastante jóvenes, revoloteaban siempre a su alrededor, para disgusto del conde; sabía captar las miradas masculinas e interpretarlas adecuadamente; era una mujer vivaz y despierta.

En la fiesta, el interés de Eleonor por lord Lothian, heredero del duque de Northcliff, no le

había pasado desapercibido; tampoco pudo evitar darse cuenta de que el marqués en cuestión, a pesar de la presencia de la viuda del conde de Wilmot, Philippa Evan, su amante, había mostrado curiosidad por Eleonor.

La joven, un poco intimidada por las confidencias que estaba a punto de hacer, levanto los ojos para encontrarse con los de su madre; acto seguido se giró hacia su padre, para comprender su estado de ánimo.

—Vamos, Ellie, habla. ¡Tengo curiosidad! ¡Y tú te diviertes tanto manteniéndome en vilo!

—De acuerdo... ¡Estoy segura de que si mamá hizo esta pregunta, significa que mi interés por el marqués era más que evidente!

—¡Para mí lo fue, cariño! Soy tu madre.

—¿Qué marqués? —preguntó Nick, que estaba en Babia.

—¡El marqués de Lothian! —respondieron a coro ambas mujeres.

—¿Keiran?

Lo confirmaron juntas.

El conde se quedó sin habla. Reflexionaba sobre lo que había descubierto.

—¿Habéis hablado? —preguntó Sophie.

—Sí. Quiero decir... Yo hablaba más que él... pero estábamos a gusto... incluso cuando estábamos en silencio un buen rato, paseando solos...

—¿Solos? —volvió el conde al mundo de los vivos.

—Bueno... estábamos en el jardín y un poquito más allá estaban Lawrence, Alice y Nancy Jane. Así que no exactamente solos... y nadie nos ha visto.

—Entiendo.

—Cariño —continuó su madre sin descanso—. ¿De qué habéis hablado? ¡Cuéntanoslo!

—Del porqué lo llaman el Marqués Oscuro.

—¡Odia que le llamen así! —explotó Nicholas.

—Cariño —continuó impertérrita la condesa—, ¿por qué habéis hablado de ese extraño apelativo?

—Porque es un hombre culto, ¡evidentemente! ¡No podía dejar de responder a mi pregunta!

—¿Qué pregunta, Ellie? —preguntó el padre, sospechando algo.

—La mía. Le he preguntado por qué le llamaban así y me ha contestado.

Lord Hereford alzó los ojos al cielo, exasperado.

—Querida, te has arriesgado a parecer una descarada —afirmó lady Hereford con extrema delicadeza.

—A mí me ha parecido divertido, mamá... y él se ha sorprendido de mi franqueza —respondió complacida.

—No me lo puedo creer —comentó el padre.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Nada, olvídalo... Más bien, habrás notado que ya no es un chaval.

—Como os decía: no me interesan los jóvenes irresponsables y ociosos.

—Tu padre está diciendo que tal vez no has entendido que él es mucho mayor que tú.

—Sí, lo he entendido: tiene casi treinta y un años, once más que yo.

—¡Cielos, querida! ¡Qué precisión en los detalles! —rio desconcertada Lady Hereford.

—¿Cómo lo sabes con tanta exactitud? —inquirió el conde temeroso de la respuesta.

—Porque yo se lo he preguntado, ¡faltaría más!

—Faltaría más —suspiró el padre.

Silencio.

—Papá, perdóname si no soy como a ti te gustaría... es más fuerte de lo que soy y a la gente no parece importarle, tal vez por mi encantador modo de ser... por lo zalamera que soy, más bien. Pero no te inquietes: Lord Lothian sólo estaba intrigado por mí, y por la forma en que ha huido de mí, y cuando yo creía que estábamos congeniando, ¡diría que no hay peligro de que lo vuelvas a ver a mi lado!

—Cariño, ¿qué quieres decir huido? —preguntó Sophie frunciendo el ceño mientras miraba a su hija.

La respuesta llegó inesperadamente del conde.

—Significa que realmente le gustabas, ¡eso es lo que significa!

—Explícate mejor, Nick.

—No me extraña que nuestra Ellie, con su irresistible sinceridad y franqueza, fuera a... ¡hacerle salir! ¡Y él salió por piernas!

—No lo entiendo del todo, querido...

—No le gusta sincerarse... en otras palabras, revelar algo sobre sí mismo, o peor aún, admitir abiertamente que está interesado en una mujer, ¡le resulta imposible! Eso es todo..

—Me parece una explicación vaga... No lo entiendo, Nick...

—¡Pues yo sí, porque lo conozco bien, Sophie!

—Si lo conoces así, significa que habla contigo, ¿no?

—¡Claro que habla conmigo! No he afirmado lo contrario, Sophie.

—¿Entonces? —insistió lady Hereford.

—¿Entonces qué?

—¡Habla Nick, por el amor de Dios, y hazme entender cómo es ese marqués!

—No creo que lo haga.

—¿Y eso por qué?

—¡Porque no tengo por costumbre faltar al respeto a un amigo revelando sus confidencias! ¡Especialmente cuando se trata de un hombre esquivo y desconfiado como Keiran!

—¿Esquivo y desconfiado?

—Te lo he dicho: no le gusta hablar de sí mismo, excepto conmigo, Cyrus y Daniel...

—¿Daniel? ¿Quién es Daniel? —preguntó de nuevo Sophie.

—Daniel Johnson, marqués de St. James.

—¡Lo recuerdo! Un hombre guapo también, más joven que el marqués de Lothian, creo...

—Sí, Daniel tiene veintisiete años.

—Caramba, ya marqués a los veintisiete años. ¿También esquivo y desconfiado?

—Nada de eso: yo diría que más bien sociable y vivaracho... ¿intentas engañarme para sonsacarme información sobre Keiran?

—¡De ninguna manera, querido! ¿Qué decías de lord Lothian? ¡Ah, sí! Esquivo y no recuerdo qué más...

—Desconfiado...

—¿Cómo es posible eso?

—¿Cómo es posible qué?

—¿Por qué es tan desconfiado?

—Siempre lo ha sido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha confesado...

—Entonces, ¿por qué es desconfiado?

—¡Sophie!

—Ya veo... obviamente no sabes mucho... le preguntaré a Winnie o a lord Wiltshire directamente...

—¡No harás tal cosa!

—Pero Nick, de alguna manera tendré que...

—Sophie... ¡tú no lo entiendes!

—¿No podrías calmarte y hacérmelo entender también a mí?

—¡Quizá más tarde, cuando estemos solos!

Eleonor escuchaba a sus padres, pasando la mirada de uno a otro, sin entender exactamente, pero divirtiéndose: ¡eran adorables incluso cuando discutían!

Se llevó el dedo al labio. «Esta noche lo hablarán... Si me porto bien con mamá, quizá pueda sonsacarle algo de información por la mañana. Y si no, me queda tía Martha... Tarde o temprano ella y mamá lo hablarán...».

—¿Ellie?

—Sí, papá, dime.

—Mira... entiendo que eres una joven sensata; elegirás un buen partido. Y no creas que me molesta tu interés por Keiran. Es mucho mayor que tú... pero eso no es una desventaja...

Ellie se alegró de que su padre pensara así.

—Por eso, me gustaría hablarle de otra cosa. Sé que eres capaz de afrontar ciertas conversaciones... aunque no sean propias de un joven de tu edad y posición social. Pero para mí es importante que sepas y estés al tanto de las decisiones que tengo reservadas para ti, en caso de que algo me suceda.

—No me gusta que hables así, papá...

—Es bueno ser previsores, Ellie. Y, en cualquier caso, que sepas que son decisiones tomadas hace mucho tiempo, como precaución, con la ayuda y la aprobación de tu madre.

Ellie miró a su madre, que asintió con la cabeza.

—En mi testamento he establecido ciertas cláusulas irrevocables que te conciernen. ¿Estás preparada, querida, para conocerlas?

—Estoy preparada, papá.

—Bien —le sonrió el conde—. La primera y más importante está relacionada con tu dote. Verás Ellie, se trata de una suma considerable: veinte mil libras.

—¡Joder!

—¡Ellie!

—Disculpa, papá... ¡pero eso es mucho dinero!

—Es mucho, y sin importar quien sea el próximo conde de Hereford, probablemente Andrew, no nos hagamos ilusiones, nadie podrá tocar tu dote. Me he asegurado de que esté ligada a dos condiciones. —Comprobó que su hija le prestaba toda su atención y continuó—. Tú tendrás que elegir marido. El abogado pondrá tu elección por escrito y tú la firmarás en presencia de unos testigos, que yo ya he elegido.

—De acuerdo. ¿Y la otra?

—No te desposarás antes de tus veinticuatro años.

Eleonor se quedó desconcertada.

—¿Ni siquiera si amara a alguien digno de mí y de mi familia y te pidiera que hicieras una excepción?

—Te recuerdo que estamos hablando de mi testamento. Esto presupone que yo ya no estoy aquí, por lo que no puedo hacer excepciones.

Silencio.

—Te explicaré mejor mi razonamiento. Después estarás de acuerdo conmigo, o más bien con nosotros, en que está bien. Si me ocurriera algo, mamá pondría en marcha el testamento y ella podría decidir una excepción: es un derecho que le he reservado en el testamento.

Ellie dejó claro que lo entendía.

—Pero si nos pasara algo a los dos...

—No me gusta lo que dices, papá.

—... entonces no te desposarás hasta los veinticuatro. Esto te dará tiempo para conocer a la persona adecuada, verás.

—¿Cómo?

—Cariño —intervino Lady Hereford—, veinte mil libras es mucho dinero: ¡es una dote que complacería incluso al mismísimo rey! Tomarse el tiempo de conocer a tus pretendientes significa disponer de tiempo para conocer sus verdaderas intenciones: ¡quererte por lo que eres o por lo que tienes, o más bien por lo que tendrás!

—Entiendo... sí, ahora lo entiendo perfectamente.

—En caso de que a alguien se le ocurra... atraparte antes de la fecha límite... —continuó la madre—... quizás con una fuga forzada... que sepas que la dote seguirá ligada a tu edad: aunque te obligaran a casarte, aunque ejercieran sobre ti... violencia... y una vez cumplidos los veinticuatro años, sólo tú podrás utilizar ese dinero, nadie más.

Eleonor agachó la mirada. Su cabeza se inclinó sobre su regazo, donde reposaban sus delgadas manos manchadas de tinta.

—Es todo extraño... absurdo.

—No, no lo es —le contestó con determinación el conde.

—Tu padre tiene razón: son asuntos que todos los progenitores responsables deciden para sus hijos y su futuro bienestar.

—La única diferencia —continuó el padre—, radica en el hecho de que tu madre y yo hemos decidido hacerte partícipe de nuestras decisiones. Otros padres no habrían considerado decente ni apropiado hablar de estas cosas a un joven de tu edad...

—Para ser más exactos —puntualizó Eleonor, levantando la cabeza para mirar a su padre—, ningún hombre pediría ayuda y aprobación a su mujer para una decisión así, como tú has hecho con mamá. Y mucho menos hablar de ello con una hija...

Era una observación pertinente y al conde le agradó la perspicacia de su hija.

—Es todo extraño... Quiero decir que es extraño hablar de testamentos y de posibles sucesos que aún no han ocurrido... Pero me alegro de que lo hayáis hecho. Y, de todos modos, no pensaba casarme tan pronto: ¡no tengo ninguna prisa por hacerlo!

—Tómate todo el tiempo necesario —dijo su madre, acariciándole cariñosamente un mechón de pelo junto a la oreja—. ¡Contamos con vivir mucho más tiempo!

—¡Ya lo creo, Sophie! ¡Aunque sólo sea para evitar que Andrew alcance el título de conde!

—¡Nick!

—Papá tiene razón, mamá... No me gusta Andrew... ni el tipo de vida que lleva...

—Me alegro de que pienses así... Esto me da pie para otra cosa que tengo que decirte —especificó su padre.

—¿Sobre Andrew?

—Exactamente.

El conde mantuvo a su hija en vilo, buscando la mejor manera de decirle que no se fiara nunca de su primo.

—Nick... palabras sencillas y claras. Es demasiado inteligente e intuitiva: entenderá sobre la

marcha.

Eleonor miró a su padre y sintió ternura por él. Decidió aliviarle la carga dándole la indicación adecuada para empezar su discurso.

—No me gusta Andrew y no confío en él. Sé que bebe demasiado, hasta el punto de embriagarse, y que consume... esa sustancia.

—¿Qué sustancia? —preguntó el conde, intuyendo que la joven lo sabía todo.

—Opio —pronunció ella en voz baja.

—No deberías saber ciertas cosas...

—Pero si no las conociera podría acabar por confiar en Andrew...

Lady Hereford observaba a su hija con orgullo: ¡al diablo con las reglas de la buena sociedad! Su hija era inteligente... ¡y menos mal que leía y era tan instruida!

—Tienes razón —admitió el padre—. ¿También te ha faltado al respeto durante nuestra visita a casa de los Hambrook?

A Ellie le sorprendió que su padre se refiriera a un incidente que había ocurrido el año anterior; pero decidió ser sincera y habló sin rodeos, mirándole directamente a los ojos.

—Por miedo a que se le ocurrieran ideas extrañas, he dormido siempre con Nancy Jane y nunca en la alcoba que me habían asignado.

Vio a su padre entrecerrando los ojos pensativo.

—No os he dicho nada para no preocuparos...

—Sabía —intervino la madre—, que habías pasado la noche de la fiesta con Nancy Jane... pero no creía que también las noches anteriores...

—Deberías habérmelo dicho —dijo el conde con determinación—. ¿Qué más?

—Nada más.

—Dímelo todo.

—Bien... No sé hasta qué punto es importante... pero un día en el desayuno tuvimos una extraña conversación...

—Está bien, cariño —dijo con dulzura la madre—. Cuéntanos.

Eleonor comenzó.

—Era de una amabilidad muy poco habitual en él... tanto que resultaba desagradable...

Vio que los ojos de su padre se oscurecían: decidió que para terminar su historia no le miraría más, para no bloquearse.

—Dejó en mal lugar al marqués de Wiltshire y a toda su familia. No hablaba mal de ellos... pero... hacía alusiones... relataba habladurías y chismes... ¡que en mi opinión eran en realidad invenciones suyas! Empleó palabras como... demasiado dinero... ganancias fáciles... cargamentos... ¡esclavitud! Fue astuto y mezquino. Al principio le puse en su lugar... luego fingí seguirle el juego... en resumen, ¡me hice la tonta! ¡Y funcionó! Así que empezó a fiarse de mí... me aconsejó que me alejara de los Wiltshire, pero con discreción y sobre todo que evitara a Lawrence, quien, según él, tiene interés en mí y eso resultaría comprometedor si estallara un escándalo sobre el tráfico de esclavos del marqués. Así que le dije que tenía razón... ¡y que por la misma razón, es decir, para no comprometerme, yo también haría bien en alejarme de él!

Eleonor se sintió aliviada: por así decirlo, ¡lo había contado todo! ¡Decidió levantar la cara para contemplar la expresión furiosa y contenida de su padre!

El conde intentaba no explotar, pero su enfado era evidente en los ojos de Eleonor.

Sophie estaba seria y miraba a su marido.

—Nick, estás muy enfadado y se te nota. Pero, después de todo, ¿por qué sorprenderse tanto? ¿Esperabas algo diferente de ese sinvergüenza?

—No.

—Entonces...

—Papá... por favor, no te enfades. ¿Qué consigues con ello? Mira, si te sirve de consuelo, te diré cómo lo veo yo. Los que conocen bien a Andrew, en verdad incluso los que no lo conocen, saben que no se puede confiar en él. Entonces, ¿quién quiere creerle? Por cierto, incluso quienes conocen bien a lord Wiltshire saben que es un hombre extremadamente honesto e irreprochable. ¿Estás de acuerdo, verdad?

—Tienes razón, Ellie. Claro que no es agradable oír que tu propio sobrino y probable heredero es un mentiroso y un holgazán...

—Nick, no te lo tomes tan a pecho, querido. No merece la pena.

—Ellie, ¿me lo has dicho todo?

—Sí, papá, creo que sí... ¡No! Hay otra cosa: la alusión al comercio de... esclavos... No me gusta decirlo en voz alta... es horrible... Decía que esa alusión... también incluía al socio del marqués de Wiltshire... tu amigo... lord Lothian...

—¡Esto ya es el colmo!

—Nick.

—¡No puedo tolerar semejantes calumnias, Sophie!

—Tendrás que hacerlo porque, de lo contrario, Andrew comprendería que fue Ellie quien te lo ha contado todo.

Lord Hereford en aquel momento ya no parecía él mismo: tenía miedo... por su hija... ¡porque se marchaba al día siguiente! Pero entonces se dio cuenta de que Andrew también se iba con ellos: ¡ya encontraría el modo de aclarar las cosas con ese canalla!

Miró a su esposa y ella percibió que se había calmado y que no pondría en peligro a su amada Ellie.

—Te importa tanto el marqués de Lothian... —le dijo Eleonor.

—Sí, Ellie, así es: Le tengo cariño porque es honesto, sincero y siempre agradecido. Nuestra amistad, a pesar de la diferencia de edad, va más allá del respeto. Le ayudé por iniciativa propia a comprar los barcos que posee, hizo una fortuna y me devolvió el dinero, todo, añadiendo espontáneamente un porcentaje que me paga por cada cargamento. Dice que para él es como si fuéramos socios e hizo redactar un documento para sancionar esta asociación. Lo firmé la noche de la fiesta en casa de Cyrus. Incluso le gustaría regalarme uno de sus barcos... insiste mucho. Ahora que lo pienso: si yo faltara... esa anualidad sería para tu madre, y si faltáramos los dos, sería para ti. Keiran lo sabe, le he informado.

Sophie estaba estupefacta. Su hija había conseguido sonsacarle a su Nick mucha más información con una sola frase que ella misma. Y esta vez, ¡su dulce y astuta niña ni siquiera había montado un escándalo!

—La noche de los confidencias... —suspiró mientras se colocaba los pliegues del vestido.

—¡Ya lo creo, mamá, así es!

—No quería hablar de Keiran... —se justificó el conde, dándose cuenta de que había hablado demasiado.

—Ya, no querías, Nick...

—Increíble... Eleonor eres absolutamente...

—¡Pero si yo no he hecho nada, papá!

—De hecho, ¡no logro entender cómo lo haces!

—No pienses en ello, Nick, y supéralo: ¡así es como tiene que ser! ¿Podemos retirarnos ya? Empiezo a sentirme... ¡mareada!

—Yo también... —murmuró el conde.

CAPÍTULO 7

De viaje a Molash, cerca de Ashford

9 de julio de 1808

Habían hablado largo y tendido sobre la charla que habían mantenido la noche anterior con Ellie. Y ahora, mientras el carruaje traqueteaba desde hacía un par de horas, es decir, desde que habían salido, induciéndolos a una agradable somnolencia, recordaban la satisfacción que sentían por una hija tan sensata y original.

—No quisiera entretenerte, Nick: si quieres dar un paseo a caballo y viajar al aire libre, adelante...

—¿Estás cómoda?

—Mucho... —respondió ella, adormilada y felizmente recostada sobre su marido. El interior del carruaje del conde de Hereford era mullido y confortable, pero lo era aún más cuando ella se recostaba por completo sobre él.

—Entonces renunciaré al paseo a caballo y continuaré haciendo de almohada. Por cierto... mejor no arriesgarse a montar al lado de Andrew.

Sophie se rio de la frase de su marido, pero permaneció inmóvil con los ojos cerrados. El ruido del carruaje de Andrew al pasar junto a ellos la despertó de repente.

—¿Qué sucede? ¿Por qué nos adelanta? —preguntó en voz baja.

El conde miró por la ventana abierta, entre el polvo levantado por las ruedas del carruaje que ahora había pasado junto a ellos, tratando de comprender.

—No lo sé...

—¿Dónde estamos?

—Acercándonos al cruce de Charing.

En el cruce girarían a la izquierda para encontrar Charing y luego llegarían a Molash, donde estaba la pequeña finca que el conde iba a confiar a Andrew. Diez o quince minutos más y habrían llegado. No estaban lejos de Roman Way House. Si, en lugar de girar a la izquierda, hubieran seguido recto durante una decena de kilómetros, habrían pasado el cruce de Ashford. Sin embargo, Molash quedaba al norte del camino y Ashford al sur.

—Quizá quiera adelantarnos...

El bufido del conde no necesitó explicación: no consideraba a Andrew capaz de tales atenciones.

La condesa se recostó sobre su marido, ajustándose el vestido, ahora irremediablemente arrugado.

De repente Sophie habló.

—Podrías hablar con Lord Lothian...

—¿Keiran? ¿Por qué?

—Averiguar si tiene... algún interés en Ellie.

—No hace falta, ya sé que está interesado en nuestra Ellie, te lo dije anoche.

—Estás tan seguro... Nunca había imaginado que le conocieras tan bien. —Sophie permaneció

en silencio durante unos instantes—. La verdad es que me he quedado un poco mal...

—¿Por qué?

—Me has ocultado vuestra amistad...

—No te he ocultado nada. Sólo he omitido hacerte partícipe de algo mío.

—Es lo mismo. Ocultar... omitir... ¿qué diferencia hay?

—Una gran diferencia.

—¡Oh Nick!... ¿Es posible que no lo entiendas?

—¡Ya lo creo que lo entiendo! ¡Eres una mujer en todos los sentidos! Y te adoro exactamente por tal y como eres.

—Deja de adularme... —Fingía estar molesta, pero Nick sabía con certeza que no lo estaba y seguía el mismo procedimiento que su hija para conseguir todo lo que quería.

—Confía en mí. Keiran está interesado en Ellie, pero le tiene miedo. De todos modos, la próxima vez que lo vea le daré algún consejo.

—¡Oh gracias Nick!

El conde se divertía.

Un improperio repentino del cochero despertó su atención.

Hizo un gesto a su mujer para que se apartara y abrió la ventanilla para pedir explicaciones al hombre que conducía.

—¿Qué ocurre, Gerard?

—No se aparta... y tengo que invadir el otro carril... ¡maldito sea! Disculpadme, lord Hereford, pero eso es condenadamente peligroso...

—¿Quién no se aparta?

—Ese carro de ahí —continuó, desplazándose ligeramente hacia un lado—. ¿Ahora lo veis?

—Sí, sí... lo veo. Entonces aminora y detente...

—No, lord Hereford, ¡mirad!

Un hombre, un campesino probablemente, apareció por detrás del carro e hizo señas para que avanzaran, comprobando cada poco el camino a su espalda: era evidente que no venía nadie.

—Muy bien, Gerald, adelante entonces.

—¡Sí, señor!

Cuanto más se acercaban al carro, más pensaba Gerald que había visto al hombre antes... pero no recordaba dónde. Espoleó a los caballos para avanzar aún más rápido.

Lord Hereford se reclinó en su asiento, atrayendo a su esposa a su lado, pero sin dejar de mirar por la ventanilla. Se acercaban al carro a gran velocidad. Acababan de rebasarlo... y el mundo se volvió del revés en un estruendo de tablones agrietados que crujían, un relincho agudo y lastimero de los caballos, un grito desesperado desde el pescante del cochero. Todo se arremolinaba a su alrededor en un vórtice frenético, confuso y veloz. Sus cuerpos se golpeaban contra el interior de la cabina, pero Nick tuvo la fuerza de la desesperación para seguir aferrándose a Sophie.

Y de repente se hizo el silencio.

Un silencio de muerte... en eso pensó Nick en cuanto el mundo dejó de girar a su alrededor.

Los caballos ya no relinchaban.

Abrió lentamente los ojos, respirando a duras penas, y al principio no comprendía nada... No podía enfocar las imágenes... pero distinguía claramente el cielo azul despejado frente a él.

Entonces se percató de que estaba mirando por la ventanilla... ¿por cuál? Observó la manilla de la puerta y adivinó que era la derecha. Relajó los brazos, doloridos de intentar sujetar a Sophie lo más fuerte posible en un intento de proteger su cabeza. La sintió a su lado, a la izquierda,

tumbada como estaba, en el asiento posterior.

El carruaje se hallaba en una posición extraña. Estaba apoyado en el suelo, sobre la parte trasera del vehículo. El respaldo sobre el que estaban desplomados tocaba el suelo, y algunas piedras y rocas habían atravesado la pared trasera, haciendo añicos la pequeña ventanilla trasera.

Abrió la boca con la intención de pronunciar el nombre de su esposa, pero un chorro de líquido caliente sustituyó a la anhelada palabra. Era sangre... y mucha, enseguida se percató. Decidió girarse para mirar, pero un dolor punzante en su mano izquierda se lo impidió. Pensó entonces en utilizar el brazo derecho. Se levantó un poco y apoyó la espalda en el lado izquierdo del carruaje. Recuperó el aliento, pero no lo suficiente, porque la sangre seguía manando copiosamente de su boca.

Razonó rápidamente: estaba mal y era grave, era evidente; por lo tanto, tenía que ocuparse absolutamente de Sophie antes de...

Con un último esfuerzo, se levantó aún más y, usando toda la fuerza que le quedaba en el brazo derecho, agarró a su mujer por el miembro, llevándola sobre su regazo. Ahora podía verla: los ojos cerrados, con algunos mechones sobre su blanquísimo rostro... demasiado blanco y pálido.

Con enorme esfuerzo y dolor levantó el brazo izquierdo y con la mano temblorosa le tocó la cabeza. Sintió algo caliente, miró su mano ensangrentada, se sacudió el suave vello de la nuca y encontró el corte. Ella estaba inerte. Una idea absurda... una duda le asaltó. Llevó la mano al cuello de su amada esposa y apoyó los dedos. Lo intentó de nuevo, separándolos un poco más. Volvió a intentarlo, utilizando simultáneamente los dedos índice y corazón en un lado y el pulgar en el otro

Resignado, apoyó la mano en el cuello que en tantas e innumerables ocasiones había besado, y permaneció inmóvil, respirando cada vez más trabajosamente, con las lágrimas que se escurrían, mezclándose con la sangre que se derramaba, ensuciándolo todo. Un dolor atroz le atravesaba el corazón y su cerebro parecía explotar por la desesperación que sentía... pero ni siquiera tenía fuerzas para exteriorizar el sufrimiento que tanto le torturaba.

Con los ojos clavados en su amada mujer, la aferró con fuerza en un arrebato de desesperación y con la mano libre acarició su rostro exangüe y manchado de sangre, polvo y lágrimas. Un grito le obstruyó la garganta, pero el líquido no dio rienda suelta a su desesperación. Se desplomó y lloró en silencio. Se le nubló la vista y enseguida se dio cuenta de que ya no le quedaba ninguna esperanza: pero poco le importaba, ya no tenía sentido vivir sin ella.

Una súbita imagen de Sophie se le apareció, en el día de su boda en la iglesia y luego en su aposento, la ternura de su novia durante su primera relación íntima y la propia felicidad al estrecharla entre sus brazos; vio a su hija recién nacida aferrada al pecho de su madre y a la joven de ojos esmeralda forcejeando con el cesto de los bordados en un intento de ocultar mejor los libros que él fingía ignorar; recordó la armoniosa figura de su querida esposa en enaguas dirigiéndose al tocador para cepillarse el cabello, su sonrisa vuelta hacia él cuando la miraba desde la cama, y luego su elegante silueta, en traje de noche, lista para la recepción en casa del marqués de Wiltshire, su porte regio y altivo, admirado por todo... por último recordó los ojos azul oscuro, serios y doloridos, de su querido amigo Keiran contándole el sueño que había tenido la noche anterior, aconsejándole que tuviese mucho cuidado con Andrew.

Sí, el sueño, un caballo muerto, un carruaje en un barranco, una hermosísima muchacha de cabellos dorados, encorvada, llorando...

Y todo se aclaró para él, a pesar de la niebla que nublaba sus ojos y su mente.

Andrew, el adelantamiento, el campesino, el accidente... la muerte. Su querido hermano Ernest

sería el futuro conde y nunca conocería la verdad... Y luego tal vez también le hubiera tocado a él.

Un repentino temor le estremeció.

Eleonor, sola a merced de su maldito sobrino, Andrew.

Jadeó agitado. La preocupación era tal que no podía respirar... Vomitó un chorro de sangre antes de conseguir apartar la cara de la dulce alma que descansaba en su regazo. La acarició, intentando limpiarle la mejilla salpicada de sangre.

La angustia por el futuro de Ellie le cortaba la respiración... o tal vez era que se estaba muriendo...

Entonces, una idea repentina se apoderó de él: ¡Keiran! Era evidente... Keiran, enterado de su muerte, velaría por Ellie, ¡estaba convencido de ello!

Se tranquilizó, esperando a estas alturas que el buen Dios le llamara cuanto antes, deseando volver a ver a su Sophie como una cándida alma...

Pero Andrew se iba a salir con la suya... ¿cómo era posible? Tal vez Keiran sospechase... después de todo, lo había soñado... y dejarle una pista... ¿cómo?

Los ojos se le cerraban. Ya no tenía fuerzas...

«¡Dios mío, ayúdame! Tengo tanto miedo por Ellie...». Respiró profundamente, buscando aire. Sólo encontró una pequeña luz y fue como el oxígeno.

«¿Sophie?». La veía... era como una luz iridiscente, un resplandor supremo emanaba del colgante que su amada llevaba al cuello... no lo entendía...

De repente una fuerza le invadió y abrió los ojos.

Miró a la mujer inmóvil que se apoyaba sobre él y vio el colgante. Lo cogió entre los dedos y lo sostuvo en la mano como si lo estuviese sopesando. Con la uña del pulgar lo abrió, revelando la imagen de Ellie, de niña, y la suya propia recién casado. Luego forzó el pequeño gancho de la parte inferior y se descubrió otro compartimento. Sophie lo utilizaba para guardar sus medicinas.

Agarró la tela de la falda de Sophie con todas sus fuerzas para arrancarle un pedacito, pero se dio cuenta de que la había ensuciado demasiado... Así que se limpió la mano con ella y luego, muy despacio, levantó la falda y agarró la delicada enagua blanca. Se la arrancó con facilidad.

Retiró el brazo derecho de debajo del cuerpo de Sophie y se miró la mano: estaba limpia. Se la llevó a la boca y la bañó en sangre. Luego, con el dedo, escribió en la tela: «*KMK stop AH*».

Keiran lo entendería.

A Eleonor le habría resultado sospechoso.

Hizo una bolita con el trocito de tela y lo introdujo en el compartimento secreto, luchando hasta el último gramo de sus fuerzas para meterlo sin dejar ningún resto fuera. Cerró la joya, la observó, la colocó alrededor del cuello de Sophie.

Volvió a pasar el brazo derecho por debajo del cuerpo de su amada, tiró de ella para acercarla y le puso la mano izquierda en la cara. Cerró los ojos, dejándose invadir por una increíble serenidad.

Ahora todo estaba bien, podía sentirlo. Dio un largo suspiro, sin importarle ya la sangre que le llenaba la boca, dejándole casi sin aire.

Una luz, al principio muy pequeña, luego cada vez más grande, lo hechizó con su resplandor. Y Sophie se encontraba frente a él: ella estaba bien, la luz era blanca, resplandeciente, y le hizo una señal para que la siguiera.

Se alegró, pero miró atrás un momento, pensando en Ellie.

—Estará bien, Nick, lo sabes muy bien.

La voz etérea fue un alivio.

Avanzó con más confianza. Extendió las manos y Sophie se las tomó.

—Aquí estoy.

* * *

Hambrook House, Londres

Era casi la hora de cenar, y Eleonor y Nancy Jane estaban terminando de vestirse.

—Tío Ernest —dijo Ellie, rozando el brazo de su prima para llamar su atención—, necesitará distraerse esta noche: sin duda echará de menos a papá. No dejaré de hablar ni un momento, para que no se sienta demasiado melancólico.

—*Tienes razón... Estaba pensando lo mismo. Va a extrañar tanto al tío Nick... Bueno, ¡yo voy a hacer lo mismo! Quiero decir, no es que vaya a hablar, pero ya me entiendes...*

—¡Mover los labios es hablar! —dijo Eleonor en tono reconfortante—. Tal vez sin hacer ruido... ¡pero es hablar! ¡Es así y punto!

Nancy Jane sacudió la cabeza con una sonrisa insegura.

—¡Ya verás! —exclamó Ellie, poniendo las manos en las caderas en actitud desafiante—. En un año, más o menos, estarás utilizando el lenguaje de signos... ¡te lo garantizo! —Levantó el brazo en un gesto que reforzaba su opinión—. ¡Y entonces nos divertiremos! Piensa en cuántas cosas podríamos decirnos delante de los demás sin que nos entendieran... —se detuvo de repente, para distinguir las voces excitadas que llegaban del vestíbulo. Se oyó un portazo, alguien gritó, luego silencio.

—*¿Qué pasa, Ellie? He sentido la vibración de un golpe...*

—El portón, me parece...

Alguien subía ruidosamente las escaleras corriendo.

Una puerta, parecía la de la alcoba de los tíos, se abrió y se cerró...

—*¿Qué es lo que pasa?* —preguntó de nuevo Nancy Jane.

—No sé...

La puerta del pasillo se abrió y volvió a cerrarse bruscamente. Alguien... no... eran dos... dos personas descendían rápidamente hacia la entrada.

—Basta... ¡Voy a ver! —estalló Ellie, con la mano ya en el pomo de la puerta. Se dirigió hacia las escaleras, Nancy Jane la siguió.

Oyó murmullos de asombro. Se apoyó en la barandilla. Bajó un escalón...

—... se ha quedado allí, lord Ernest... es decir, lord Hereford... ha dicho que quería velar los cuerpos de los tíos...

Bajó el segundo y tercer escalón...

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —Acababa de preguntar el tío Ernest con voz temblorosa.

—No se sabe exactamente... dos jóvenes labriegos han encontrado el carruaje... pero ya estaban... —El hombre que había hablado dejó la frase en el aire, temeroso de acongojar aún más a Ernest Hambrook, ahora conde de Hereford.

Nancy Jane dedujo de inmediato que algo grave había sucedido, al mirar el rostro de su querida prima. Le cogió la mano y esperó a que se decidiera a moverse.

Ellie comenzó a bajar de nuevo, avanzando cinco o seis escalones, lentamente, llegando a la mitad del tramo.

Se veían las piernas del tío y de su interlocutor, de la tía al lado del marido, evidentemente próxima a él para dar y recibir consuelo, y detrás de ellos estaba Simmons.

Nadie vio a las chicas, ni Ellie pareció tener intención de revelar su presencia. Respiró suavemente, casi conteniendo la respiración. Dio otro paso.

—... estaban abrazados... uno se preguntaba cuál de los dos... primero... pero no se puede decir con certeza... la condesa estaba tumbada en el regazo del conde... y él la tenía en brazos... El doctor Phillips dice que lo más probable es que la condesa haya... muerto en el acto... y el conde no...

—¿El doctor Phillips...? —susurró el tío Ernest.

—Sí, señor, justamente él. Vuestro hijo ha mandado llamar a un médico... y nosotros en Molash, en la finca del conde, sabemos que el doctor Phillips ha sido el médico de la familia desde siempre...

Eleonor bajó dos escalones más, Nancy Jane le apretó la mano.

—Los cadáveres han sido debidamente preparados, lord... Hereford, no temáis... El doctor Phillips se ha ocupado de ello, Dios lo tenga en su gloria, pobre hombre... si no hubiera sido por él... es decir, no es que lord Andrew... es que el dolor lo ha destrozado... se ha encerrado en el estudio... no podía hablar de lo angustiado que estaba... y no lo hemos vuelto a molestar después de que el doctor nos ha hablado...

Silencio.

Ellie volvió a bajar y ahora las jóvenes pudieron ver los rostros de los presentes.

Nancy Jane vio el rostro demacrado y enjuto de su padre, descompuesto y sombrío; su madre lloraba en silencio, pero tenía los ojos muy abiertos por el asombro y la incredulidad; Simmons, una máscara de hielo, mantenía los brazos a los lados, con los puños cerrados; el hombre que estaba frente al padre retorcía un sombrero, viejo y polvoriento, en un intento de dominar la consternación.

—Me gustaría ver a mis padres, tío Ernest.

La voz salió ronca y temblorosa. Todos se volvieron y vieron a las dos primas, con las manos entrelazadas, los cuerpos pegados y paralizados..

—Eleonor... —El tío la miró y con paso seguro se acercó al pie de la escalera.

Se miraron fijamente durante un buen rato.

Ernest examinó los ojos de su sobrina y encontró en ellos dolor y determinación. En ese momento recordó las palabras de su hermano Nick sobre la habilidad de Ellie para conseguir lo que quería. Resignado, apretó los labios y finalmente habló.

—De acuerdo, Ellie —dijo—, saldremos a primera hora de la mañana. Todos.

Martha se quedó estupefacta ante la decisión de su marido, pero no dijo una palabra. Volviéndose hacia Simmons le hizo un gesto con la cabeza y el fiel mayordomo comprendió de inmediato.

—Lord... Hereford —dijo casi en voz baja—, me encargaré de todo para la partida. Mientras tanto, si vos y Lady Mar... Lady Hereford quisierais tener un momento de recogimiento con las señoritas... quizás en el salón...

Martha pareció despertarse.

—Gracias, Simmons...

—Smithy —dijo luego el mayordomo dirigiéndose al hombre del sombrero—, si queréis seguirme... —Simmons y Smithy se alejaron.

El tío Ernest no había dejado de mirar a Eleonor. Luego levantó las manos y, cogiendo a su hija y a su sobrina bajo el brazo, las condujo al salón. Martha las siguió.

Entraron en la amplia y acogedora habitación, iluminada por muchas velas. Se sentaron y sólo entonces Eleonor habló.

—Cuéntame todo lo que sepas, tío Ernest, te lo ruego.

El hermano del padre parecía cansado, consternado y, sobre todo, desesperado. Abrió la boca

y parecía que las palabras no le iban a salir. Entonces empezó a hablar.

—Un accidente, Eleonor. Mortal... para todos. También Gerald... incluso los dos caballos... a uno lo han sacrificado, el otro ya estaba muerto...

Martha no hablaba, pero al oír esas palabras se le llenaron los ojos de lágrimas.

Nancy Jane empezó a llorar, un gemido lastimero del que obviamente no se dio cuenta.

—Al parecer, un carro bloqueaba el camino... lo encontraron allí, no había nadie... o eso cabe suponer. Nadie sabe de quién es... y a estas alturas quizá nunca se sepa: su dueño no se atreverá a dar la cara.

Eleonor escuchaba, con la cabeza recogida, las manos abandonadas en el regazo, la espalda rígida y un porte absurdamente sereno.

—¿Dónde estaba Andrew?

—Estaba en Molash... se había adelantado...

—¿Por qué? —preguntó levantando la cabeza para mirar a su tío a los ojos.

Ernest se sorprendió. No por la pertinente pregunta de su sobrina, sino porque sólo ahora se daba cuenta de que no sabía qué razón había impulsado a su hijo a alejarse de sus tíos. Desde luego, no por simple preocupación por ellos... de eso estaba seguro, tan seguro como Ellie.

—No lo sé, Ellie —respondió, mirándola a la cara—, pero mi prioridad será obtener una respuesta de Andrew al respecto.

—¿Dónde ha ocurrido?

—A la altura del cruce de Charing. No sé cómo ha podido el carruaje... no hay ni barrancos, ni zonas escarpadas a los lados del camino... —Calló un instante—. Mañana lo sabre todo.

—¿Dónde están ahora?

—El doctor Phillips ha trasladado sus restos mortales a Ashford, pensando que todos lo aprobaríamos.

Eleonor se levantó. Todos la miraron con curiosidad.

—Tío Ernest, tía Martha, si me permitís, me gustaría retirarme a mi alcoba.

Ernest estudió su expresión y se percató de que una confusión interior la atormentaba.

—Eleonor... —comenzó a hablar Martha.

—Necesito estar sola.

El tío hizo un gesto con la cabeza.

La tía Martha volvió a llorar.

—Nancy Jane, creo que iré a mi dormitorio... Me reuniré contigo en tu habitación en cuanto pueda.

Nancy Jane captó el claro mensaje de su prima y se resignó a su petición.

—Tía Martha, ¿puedo pedirte la deferencia de informar a la servidumbre de que agradecería que no se me molestara por ningún motivo?

Martha asintió con la cabeza y se secó los ojos por enésima vez.

—Ellie, prométeme que me llamarás si me necesitas...

—Por supuesto, tía. Nan, por favor, dile a Maggie que yo me ocuparé del equipaje. Si cambio de opinión, mandaré a buscarla. —Hizo una educada reverencia, se dio la vuelta y salió del salón.

Cruzó el silencioso vestíbulo. Oyó un lúgubre murmullo procedente del pasillo que conducía a la cocina, pero no le prestó atención y siguió adelante.

Subió las escaleras. Se detuvo ante la habitación que le habían asignado a su llegada y que nunca había utilizado. Abrió la puerta y entró. Todo estaba oscuro, porque los criados sabían que esa habitación no se utilizaba. Cerró la puerta.

La oscuridad la envolvió y permaneció inmóvil durante unos segundos.

Entonces sus piernas flaquearon y se doblaron, haciéndola caer como una ramita sin vida, con las manos apoyadas en las piernas, los hombros encorvados y la cabeza inclinada.

Y el dolor la invadió, la desesperación se convirtió en tormento y tortura. La tremenda sensación de la inevitabilidad de los acontecimientos se apoderó de ella como un río desbordado, y su respiración se volvió dificultosa, el aire no entraba en sus pulmones y jadeaba convulsivamente, tanto que pensó que moriría asfixiada.

Se agarraba a la tela de la falda con las manos hasta sentir dolor. Cuando le pareció que estaba al límite de la extenuación, se llevó las manos a la cabeza e, inclinándose hacia delante, un grito agónico salió de su boca, rasgó la oscuridad, atravesó el espacio circundante, las paredes de la habitación y toda la casa.

Recuperó el aliento como si hubiera sufrido una apnea bajo el agua y otro grito, menos agudo pero más lastimero, invadió el aire... Y luego otro y muchos más, hasta que se convirtieron en violentos sollozos, hasta que sólo quedó un llanto suave y continuo.

Las imágenes se agolpaban en su mente, los recuerdos vívidos y nítidos se superponían como las páginas de un libro hojeadas demasiado deprisa.

Su querida madre, vivaz y dulce, sus ojos claros y expresivos, sus modales educados, sus gestos cariñosos, sus abrazos afectuosos... en las recepciones de gala, en las sombrererías, al trote de su yegua, en el jardín junto a las rosas; y su adorable padre, tierno y severo a la vez, su sonrisa de comprensión, su mirada intuitiva, su carácter recto y generoso, amable y justo con el prójimo, noble o campesino, rico o pobre... elegante en sus trajes oscuros en las recepciones y en los menos formales en casa, después de cenar, en su dormitorio, en su estudio, su cigarrillo encendido únicamente si estaba solo.

Le empezaron a doler las piernas y decidió levantarse.

Se dio cuenta de que no sabía cuánto tiempo llevaba allí de pie, pero ya no lloraba.

Se dio la vuelta y llegó a la puerta, la abrió y vio que estaba a oscuras, excepto por una vela dejada a propósito sobre el mueble de la parte delantera de la habitación. Un indicio de movimiento llamó su atención.

—Lady Eleonor...

—Simmons —Su voz brotó absurdamente alterada de tanto llorar y gritar.

— Disculpadme... me he tomado la libertad de esperaros —dijo con suavidad por miedo a haber hecho algo que disgustase a la joven. Vio que ella estaba de acuerdo y se tranquilizó—. Miss Nancy... es decir, lady Nancy... os espera en la alcoba, pero estoy convencido de que ha sucumbido al cansancio y se ha quedado dormida. Vuestros tíos sólo se han retirado después de que yo les prometiera que cuidaría de vos.

Eleonor miró fijamente a los ojos del anciano mayordomo, encontrando comprensión y compasión, tristeza y preocupación.

—Gracias...

—Permitidme llamar a Maggie... está ansiosa por vos y le gustaría ayudaros con el equipaje. Ahora está esperando en la cocina...

Eleonor estaba indecisa: no quería tener a nadie cerca para quedarse a solas con sus pensamientos, pero tampoco quería parecer desagradable...

—Maggie sabe cómo comportarse en ciertas circunstancias, lady Ellie, no os disgustará, ya lo veréis.

—De acuerdo... la espero en la habitación.

La doncella entró silenciosamente en la alcoba poco iluminada. Se acercó a Ellie, que estaba

de pie junto a la cama, con la mente en blanco. Le tocó el hombro para que sintiera su presencia e inmediatamente empezó a desabrocharle el vestido. La desnudó por completo, le puso el camisón, la tomó suavemente del brazo y la condujo a la banqueta frente al tocador, donde le quitó todas las horquillas enganchadas en su pelo, ahora despeinado. Peinó su rubia melena con gestos lentos y cuidadosos, hizo una delicada trenza y la sujetó con una cinta de algodón que encontró en el cuenco de las horquillas.

La levantó y la acompañó al pequeño sillón junto a la chimenea. Le tendió el vaso de leche que antes había colocado sobre la mesita. Ella lo cogió, lo miró y luego levantó los ojos.

Maggie la observó con una mirada triste y comprensiva.

Eleonor se conmovió y unas cálidas lágrimas rodaron por sus mejillas. No emitió ningún sonido: lloró en voz baja durante unos minutos mientras Maggie, arrodillada a su lado, le cogía la mano.

La joven doncella decidió intervenir. Se levantó de repente, abrió un cajón de la cómoda, sacó un pañuelo y se lo tendió a Eleonor.

—Ya es suficiente —susurró suavemente.

Ellie se limpió.

—Bebed ahora.

Eleonor obedeció.

—Venid —dijo Maggie. Le quitó el vaso de la mano y lo puso sobre la mesa—. Os acompañaré a la cama.

Eleonor se dejó llevar. Se sentó en el borde de la cama y se tumbó. Maggie le colocó la sábana por encima.

—Dejaré una vela encendida esta noche y me quedaré aquí con vos. Me tumbaré en el sofá del cuartito de al lado.

Eleonor comprendió que se refería a la habitación utilizada como armario. Se volvió hacia Nancy Jane y ésta se despertó.

Se quedaron mirándose largo rato, cogidas de la mano.

Eleonor volvió a entregarse al llanto y Nancy Jane la imitó. Finalmente, el cansancio hizo que ambas descansaran sus ojos enrojecidos y congestionados.

Y así fue como, cogidas de la mano, mientras Maggie se afanaba en preparar su equipaje, se quedaron dormidas.

Pero los sueños de Eleonor fueron pesadillas en un duermevela, porque seguía viendo un carruaje en una zanja, a un lado del camino, un caballo muerto y un hombre de espaldas, vestido con ropas oscuras, observando impotente la escena del accidente. El hombre se volvía preocupado por su llanto y ella se encontraba con unos ojos de color azul oscuro...

A cada despertar se incorporaba en la cama, asustada y confusa. Luego, el recuerdo de la inevitable realidad la sumía en un llanto lastimero y agotador, que le producía un enorme desasosiego. Llegaba el sueño y en aquel duermevela una y otra vez se repetía la misma pesadilla.

* * *

Roman Way House
Ashford, Kent

10 de julio de 1808

—Lord Hereford, vuestro hijo...

—Hablad clara y abiertamente, doctor Phillips, os lo ruego.

El tío Ernest y el médico habían entrado en el estudio a buen paso y no se habían molestado en comprobar si había alguien allí para oír su conversación...

—Bien... me he encargado de todo... porque se ha encerrado aquí en cuanto ha oído... —Se detuvo como si sopesara las palabras—. La servidumbre ha pensado que era por desesperación...

El tío asumió una expresión que exigía más explicaciones.

—Estaba... había bebido mucho, era incapaz de pronunciar palabra y le he dejado allí. —El hombre parecía haberse liberado de una carga demasiado pesada y continuó con mayor desenvoltura—. Lo lamento, lord Hereford, pero he pensado que sería mejor no dar a conocer su estado y he ordenado que no se le moleste.

Ernest permaneció inmóvil. No parecía sorprendido por sus revelaciones.

—Lo comprendo perfectamente, doctor, y os doy las gracias.

Eleonor decidió hacerse notar y movió las piernas, haciendo crujir la tela negra de su vestido de luto. Los dos hombres se volvieron hacia el repentino ruido con miradas sorprendidas.

—Disculpadme, no era mi intención fisgonear... —observó Ellie mientras se levantaba.

El rostro de su tío estaba preocupado por lo que la joven había debido oír.

Ellie se dio cuenta y quiso tranquilizarlo. Se acercó a ellos.

—Mi querido tío —le dijo con una leve sonrisa, poniéndole una mano en el brazo—, has de saber que nada de lo que acabo de oír me sorprende.

El conde suspiró.

El doctor guardó silencio.

—Doctor, si mi tío el conde lo permite —dijo con admirable respeto hacia el nuevo conde—, me gustaría intercambiar algunas palabras con vos.

El viejo médico miró al conde y éste dio su consentimiento.

—Gracias tío —respondió Ellie. Y le besó dulcemente en la mejilla, despertando una sonrisa en su rostro hundido y pálido.

—Voy a dar las últimas órdenes para el funeral... Doctor, en cuanto termine con Eleonor, le presentaré al abogado de mi hermano, Mr. Wilkinson. Ahora mismo el forense está hablando con él y con el *Bow Street Runner*[2], Hugh Foster, que dirige la investigación. Aparentemente Foster necesita información sobre la supuesta forma del accidente y el estado físico... de mi hermano y Sophie. Luego Foster querrá también haceros algunas preguntas.

Hizo una pausa para recuperar el aliento: desde que había estado enfermo, incluso hablar durante mucho tiempo le dejaba exhausto.

—Doctor, creo que es importante que vos, el abogado Wilkinson, lord Lothian, que acaba de llegar, y yo, hablemos sobre algunos aspectos del siniestro... y de algo más.

Ellie se sorprendió al oír que el marqués había llegado. Pero comprendió que sólo podía ser así, dada la amistad que le unía a su padre...

—Muy bien, lord Hereford. Será un placer conocer por fin al marqués de Lothian: su hermano me había hablado mucho de él y en términos muy positivos. Por favor, avisad también que Mr. Foster tendrá toda mi colaboración tan pronto como haya terminado mi entrevista con lady Eleonor.

—Ellie, tú y el doctor podéis quedaros aquí en el estudio. —Luego, con ojos suplicantes, añadió—: Ellie, querida... Intenta descansar antes del funeral, te lo suplico.

La muchacha le tranquilizó con un movimiento de cabeza.

El tío salió del estudio con paso lento y algo cansado, cerrando la puerta tras de sí.

—Lady Ellie... ¿nos sentamos? —le preguntó el médico con premura.

Se acercó al silloncito donde había estado sentada cuando llegaron. Él la imitó y tomó asiento frente a ella.

—El accidente, doctor, contádmelo todo.

El hombre parecía indeciso y Ellie se percató de ello.

—Doctor... os lo ruego...

Continuaba en silencio, mirándola fijamente con sus comprensivos ojos claros, con los labios apretados, como si no quisiera que se le escaparan palabras inapropiadas.

—Doctor, vos me conocéis bien: ¿de verdad creéis que por omitir detalles u ocultar dudas y verdades, no conseguiré enterarme de todo?

El anciano médico suspiró resignado: lady Eleonor tenía razón, sería mejor que las dudas y las sospechas se las expresara él y no extraños.

—Os contaré todo lo que sé. El carruaje estaba en medio del camino. En mi opinión, que es también la de vuestro tío, nadie que sepa conducir un carruaje se aventuraría a una maniobra tan arriesgada como ésa... Gerard, que en paz descanse, llevaba demasiado tiempo al servicio de vuestro padre como cochero como para cometer semejante imprudencia.

—¿Entonces?

—Entonces... creo que había alguien allí para ayudarle a maniobrar...

—¿Quién? Nadie se ha presentado...

—Precisamente. Eso despierta sospechas, o más bien, digamos... preguntas que aún no tienen respuesta.

Ellie tenía una expresión bastante alterada.

—¡Alguien tendrá que responder! ¡No voy a permitir semejante injusticia, cueste lo que cueste! —exclamó Eleonor en un tono excitado.

—Lady Eleonor, tenéis razón —trató de calmarla el médico—, y por eso os hablo ahora de todo con absoluta calma: estoy seguro de que encontraremos la respuesta correcta. Al igual que estoy seguro de que el *Bow Street Runner* asignado a la investigación estará a vuestra disposición por si deseáis formularle alguna pregunta...

—¿Por qué ha venido un *Bow Street Runner*? No soy una necia y entiendo de sobra cuando las cosas no cuadran.

—Sé que no sois una necia —replicó el médico, observando cómo la ira aumentaba en el rostro de la joven—. Así que no me voy a andar con rodeos: está claro que si Foster está aquí, el suceso tiene aspectos poco claros.

—¡Evidentemente! Pero ¿quién le ha llamado? —insistió de nuevo Eleonor, sin darse cuenta de que había alzado la voz al inclinarse hacia delante de manera agresiva.

—Entre los restos del carruaje, se han hallado piezas de otro vehículo... probablemente un carro...

—¿Hallado...? ¿Quién las ha hallado? —chilló ella.

En ese momento el doctor decidió hacer algo para calmarla.

—Lady Eleonor, no os enfadéis tanto. Esto a lo único que conduce es a que os sintáis mal. Además, no creo que pueda conversar con vos si seguís interrumpiéndome. —Los luminosos ojos del médico fueron un bálsamo relajante para la cólera que se apoderaba de ella..

—Disculpadme, doctor —susurró ella, inclinando la cabeza—, me avergüenzo por mi mala educación...

—Es todo muy comprensible, querida. Ahora... ¿qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! El forense y yo, obviamente sospechábamos por la presencia del tercer caballo muerto...

—¿Tercer caballo?

—Sí, un tercer caballo, lady Eleonor. Disculpadme, quizá debería habéroslo dicho antes. En fin: el forense y yo nos dimos cuenta enseguida de que el pobre animal no debería haber estado allí e inspeccionamos el lugar del accidente. En el camino, lejos del carruaje siniestrado, observamos unas tablas rotas. Pedimos opinión a algunos labriegos de la zona y todos reconocieron que esos trozos no pertenecían al carruaje de vuestros padres. —Tomó aliento por unos instantes—. Al oír esto, vuestro tío el conde llamó al abogado Wilkinson, quien de inmediato se dirigió a Foster, viejo conocido suyo.

—¡Bien hecho! —se desahogó ella—. Disculpadme...

El médico guardó silencio. Estaba a punto de revelar el hecho más sospechoso de aquel incidente y buscaba las palabras adecuadas.

—... «háblale claro, será mejor»... —le dijo Eleonor.

—¿Cómo decís? —preguntó el doctor asombrado.

—Ésas fueron las palabras que mamá le dijo a papá... la noche antes de que se fueran... Vuestra expresión vacilante me ha recordado a la de papá...

La sonrisa del hombre era casi liberadora. Ella le correspondió.

—Sí, hablar claro... Es un excelente consejo —exclamó, agradeciendo con el pensamiento el alma de la simpática y dulce condesa de Hereford—. Así que... el hecho es que no hay acantilados ni precipicios a lo largo de ese camino y el accidente fue gravísimo... fatal... El carruaje salió despedido muy lejos, aunque chocara estrepitosamente con un carro.

Ellie se quedó perpleja al oír esa afirmación.

—¿Entonces?

—Entonces, como si de un impulso se tratara, pedí a aquellos labriegos que habían acudido en nuestra ayuda que comprobaran si el carruaje de vuestros padres presentaba alguna anomalía… roturas de cualquier tipo que pudieran haber causado un accidente tan desastroso.

—¿Y qué encontraron ellos?

—Bueno... —empezó a responder el doctor, temiendo la reacción de la chica—, encontraron algunas tablas... tres, para ser precisos... tres tablas rotas... o más bien, serradas en más de la mitad de su grosor.

Eleonor no dijo una palabra, y el doctor temió que no hubiera entendido.

—Serradas, lady Ellie, cortadas a propósito.

La chica no podía dar crédito a lo que oía, pero ciertamente, el doctor Phillips no mentía. Se dio cuenta de la gravedad de las afirmaciones que acababa de oír y empezó a morderse el labio inferior, llevándose el dedo índice a la boca. «Otro carro... una maniobra tan arriesgada... unas tablas segadas... Así que toda estaba calculado...». Y clamó al cielo:

—¡Entonces estaba todo planeado!

—¿Cómo decís?

—Doctor —continuó ella, inclinando el torso hacia delante y colocando una mano sobre la arrugada del Doctor—, ¡todo estaba calculado...! —gritó en medio de la desesperación—. Había alguien allí, y ayudó a Gerald a hacer la maniobra... y provocar el choque con el carro... —siguió gesticulando, más alterada que nunca— ... ¿y si las tablas hubieran sido cortadas para provocar la muerte de mis padres?...

—Un momento, lady Eleonor —le contestó cogiéndole la mano y estrechándosela con fuerza —, puede que hubiera alguien ayudando a Gerald a pasar, pero es posible que no se diera cuenta de que venía el carro...

Ellie lo miró con ojos desconcertados, intentando comprender si esa solución era posible.

—Además, querida, puede que las tablas cortadas no tengan nada que ver con el carro y la

presencia de alguien allí.

Ellie, con el dedo en el labio, se dio cuenta de que la solución era plausible...

—Es posible... como mi hipótesis.

—Convendría no aventurar suposiciones precipitadas.

Retiró el dedo del labio y recuperó el control.

—Obviamente tenéis razón —suspiró ella, no del todo tranquila.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

Ellie empezó a morderse el labio de nuevo. «Foster, sí, hablaré con él... es más, quiero hablar con el marqués. Él es... era amigo de papá, me escuchará, estoy segura...».

Recordó el sueño que tuvo la noche de la tragedia, sus ojos azul oscuro, impotentes y tristes, invadieron su mente.

Buscó consuelo desesperadamente...

—¿Sufrieron? —preguntó con voz temblorosa.

Ahora fue el pobre doctor quien suspiró.

—Tengo razones para creer que vuestra madre no sintió nada, y que murió al instante. Un golpe en la cabeza.

La joven mantenía los ojos caídos, clavados en sus manos, que ahora descansaban en su regazo. Y se esforzaba por tragarse el nudo que le obstruía la garganta para preguntar por su padre. Pero el atento doctor se le adelantó.

—Vuestro padre, el conde, estaba medio sentado... sostenía a su querida esposa en el regazo... Creo que expiró más tarde. Pero no creo que sufriera.

Unas lágrimas ardientes escaparon a su intento de autocontrol. Se enjugó los ojos con un gesto de picazón, usando los dedos.

El médico sintió ternura por la mujer hermosa, aristocrática y sofisticada, que en un solo gesto de sus manos se transformó en una frágil y desconsolada niña. No le ofreció su pañuelo para que no se tomara su consideración como un reproche. Sus ojos también se llenaron de lágrimas.

—En vuestro lugar, no sería capaz de ser tan fuerte como lo sois vos.

Ellie le miró agradecida por aquella frase que le hizo recuperar el control de sus emociones.

—Los objetos personales de vuestros padres siguen en posesión de Mr. Foster. Cuando él ya no los necesite, será de su incumbencia devolvéroslos.

—¿Es realmente necesario que guarde los efectos personales de mis padres? Quiero decir... ¿para qué los necesitan?

—Pura formalidad, tengo entendido.

—Andrew.

El Doctor no le entendió.

—¿Andrew?

—Mi primo... No estaba con ellos.

—Lord Andrew le ha contado a vuestro tío que había decidido anticiparse a los condes para preparar a la servidumbre para su llegada... quería causar una buena impresión a vuestro padre y demostrarle que estaba cambiando —pronunció las últimas palabras enarcando las cejas, como si tampoco se creyera lo que estaba diciendo—. Veremos si confirma esta versión cuando los vapores del alcohol hayan desaparecido —añadió luego, incapaz de contener sus pensamientos.

—¿Alcohol? Y si además también ha fumado, entonces... —dijo Ellie reflexionando.

—¿Fumado?

—Opio.

El doctor estaba horrorizado. Ciertamente, sabía que lord Andrew era un inútil, un borracho,

un vago redomado, un jugador empedernido y un frecuentador de los burdeles más lúgubres de Londres... pero ¡opio!

—Lady Eleonor, ¿habéis dicho opio?

—Sí, opio.

El incrédulo médico guardó silencio un momento para recuperarse del asombro que le produjo tal descubrimiento. Luego abrió los ojos aún más asombrado al darse cuenta de la naturalidad con que la joven hablaba de ello.

—Pero vos... ¿cómo lo sabéis?

—¿Que cómo sé qué? ¿Que Andrew fuma opio o que el opio existe?

Al doctor le pareció absurdo que la mujer no entendiera lo ridícula que era su pregunta.

—Lady Ellie... es decir... ¿cómo sabéis todo eso?

—Me he informado, claro está. Ya me conocéis: en cuanto vi los síntomas pensé en leer algo en la biblioteca del tío Ernest y...

—¿Qué síntomas?

—Los de mi primo.

—¿Pero qué síntomas? —repitió exasperado.

—¡Ah! os referís a... entonces... un olor dulzón y molesto, la mente nublada en cuanto llega a casa a altas horas de la noche... de esto me ha informado Maggie, la doncella de Nancy Jane.

El doctor pensó que era mejor no indagar más por qué la criada estaba con lord Andrew, ni por qué le hacía ciertas confidencias a lady Eleonor.

—Un estado eufórico a la mañana siguiente —continuó la joven—, sudores fríos y abundantes durante la cena: no salió aquella noche para causar buena impresión, creo. Tía Martha dijo que eso no ocurría desde hacía meses. Por supuesto que no podía encontrar opio a menos que frecuentara esos fumaderos... Pensé en un... cómo lo llamaba... un... Es decir, a mi modo de ver, necesitaba el opio, pero no podía salir de casa por miedo a la reacción de papá... y se ha emborrachado en su dormitorio.

—Síndrome de abstinencia —dijo el doctor Phillips.

—¡Exacto! ¡Eso es! Síndrome de abstinencia.

—No debería sorprenderme que estéis tan bien informada. —Suspiró y el silencio reinó en la sala durante unos segundos—. Sin embargo, vuestro primo no será tan irrespetuoso como para hacer esas cosas aquí y ahora.

—¡Espero que no! ¡Si no, conocerá una faceta mía que no muestro de buen grado! —dijo Eleonor con tono amenazador, arrancando una risita al anciano que tenía delante—. No estoy bromeando. De hecho, ahora que lo pienso, ¡no puedo esperar más! Albergo tanta ira en mi interior, y toda causada por el hecho de que mi... ¡el idiota de mi primo no estuviera allí para socorrerles!

—¡Lady Eleonor!

—¡Maldita sea! ¡Es así!

—Lady Eleonor, os ruego un poco de moderación.

Eleonor apretó los labios en un intento de obedecer.

—De acuerdo, doctor, disculpadme...

—No importa, querida, pero no lo hagáis delante de nadie que no sea yo.

Ellie le miró agradecida.

—Gracias doctor, gracias de todo corazón por todo lo que hacéis y habéis hecho. —Ella se levantó de un salto e inesperadamente se abalanzó sobre él, abrazándolo.

El hombre abrió los brazos de par en par en un gesto de incredulidad, y finalmente

correspondió al abrazo.

* * *

El funeral tuvo lugar en la capilla familiar de Roman Way House, en un ambiente increíblemente triste. El espectro de la muerte de los condes de Hereford planeaba sobre los presentes y todos sentían la tensión y la ansiedad provocadas por las sospechas sobre el accidente.

Los asistentes al servicio eran pocos por elección tácita del tío Ernest: además de Eleonor, los nuevos condes de Hereford y sus hijos, estaban los marqueses de Wiltshire con sus hijos Lawrence y Alice, el marqués de Lothian, el doctor Phillips, el abogado Simon Wilkinson.

Eleonor no prestó atención a ninguno de ellos. Mantuvo los ojos vacíos y ausentes mirando al suelo, en una actitud triste poco habitual en ella.

Se había aislado intencionadamente en un mundo de pensamientos propios, para poder controlar mejor las emociones: no sería decoroso entregarse a desgarradoras escenas de llanto. No quería hacer quedar mal a su tío Ernest, renegando la buena educación recibida de sus padres.

Cuando al final del funeral los presentes se acercaron para expresar sus condolencias a ella y a los condes de Hereford, decidió levantar el rostro por pura educación.

Lord Wiltshire se mostró cortés y formal, pero su mirada delataba emoción y dolor por la pérdida de sus queridos amigos. La marquesa, que normalmente se ajustaba a las reglas de etiqueta, inesperadamente tomó las manos de Eleonor y las apretó con fuerza, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas; la muchacha la miró fijamente un momento y con un movimiento de cabeza le dio las gracias.

Lawrence y Alice abrazaron a Ellie, seguros de que tal falta de modales pasaría desapercibida en aquel momento.

Lord Lothian siguió a los dos jóvenes. Permaneció inmóvil, con expresión entrecortada, tratando de contener el estremecedor sentimiento que le desgarraba el corazón: la muerte de su querido amigo Nicholas le había destrozado.

Eleonor se dio cuenta y se sorprendió. No tenía ni idea de que aquel hombre independiente, grande y corpulento, de rostro sombrío por un dolor reprimido que quizá procedía de su pasado, pudiese sufrir tanto. Era evidente que había querido mucho a su padre. Inclinó la cabeza hacia atrás para verle mejor.

—Lamento el sufrimiento que también vos estáis padeciendo... —le dijo en voz baja.

El hombre se quedó estupefacto ante la frase que revelaba lo mucho que la joven había percibido de él.

—Soñé con vos —murmuró Ellie, sin pensar en las consecuencias de tales afirmaciones—, la noche después del accidente.

Él apenas cambió de expresión, mostrándose muy interesado. Sus ceñudos ojos azules pedían saber más.

—Estabais a un lado del camino —lo complació ella con voz temblorosa—, y observabais el lugar del accidente. Parecíais impotente y desesperado. Yo os miraba y lloraba desconsoladamente por sus muertes. Mi llanto hizo que os dieseis la vuelta.

—¿Y luego? —musitó él.

—Y luego me desperté con vuestros ojos sufrientes en mi cerebro.

Se miraron fijamente durante largo rato, ajenos a los curiosos que empezaban a lanzarse miradas curiosas.

Keiran leyó en aquel verde esmeralda un dolor infinito pero bien disimulado. Se inclinó sobre ella y con gesto firme le tomó la mano.

Uno de los más abrumadores sentimientos jamás experimentados invadió a Eleonor. Era como si el dolor y la ira la abandonaran, como si todo lo malo que había en ella pasara a él. La frente del hombre estaba fruncida por el esfuerzo y sus ojos, apenas entornados, seguían mirándola fijamente. Eleonor estaba confusa. No podía hablar y apartó la mirada para observar la mano grande y oscura que sostenía la suya. Sintió su aliento cálido y un aroma vagamente almizclado, tal vez el de su colonia.

Keiran aflojó la sujeción, pero no le soltó la mano. Su cabeza inclinada casi rozaba la de ella.

—Yo también tuve ese sueño —Apenas jadeó, como si hubiera hecho un esfuerzo. Susurraba para que solo lo oyera ella—, se lo había contado a vuestro padre.

Eleonor no entendía... «¿Contado? ¿Ha dicho contado?» se preguntó. Levantó la cabeza para encontrarse con el azul de los ojos del hombre.

—¿Tuvisteis ese sueño... antes del accidente? —le preguntó temerosa de la respuesta.

—Sí.

Ahora se miraban, abiertamente, con los rostros separados por escasos centímetros.

Eleonor buscó en él respuestas, en la oscuridad de sus profundos ojos, e inesperadamente encontró seguridad y fuerza. Y todo le pareció claro.

—Vos...

—Sí, averiguaré lo que pasó, lady Eleonor.

De repente se sintió tranquila y calmada. «Sí, estoy segura de que este hombre siempre me ayudará».

—Os ayudaré... ahora y siempre. No lo olvidéis.

Eleonor no se sorprendió al oír las palabras que acababa de pensar: aquel hombre poseía habilidades extraordinarias, estaba convencida.

* * *

A pocos metros de ellos, Andrew Hambrook albergaba ira, rabia y odio hacia el Marqués Oscuro.

Se había perdido buena parte de la función debido a que su mente estaba demasiado ofuscada por el alcohol.

Su joven criado Freddie había tenido que verterle un cubo de agua fría en la cabeza durante el baño, sabiendo que si no lo enderezaba sin tardanza, pagaría las consecuencias.

Naturalmente, tras un momento inicial de aturdimiento y confusión, lord Andrew había saltado de la bañera propinándole al pobre sirviente una bofetada que le hizo estrellarse contra la columnita de la gran cama.

Desde luego, no era la primera vez que el chaval se veía sometido a las violentas reacciones de su amo, y la verdad es que no le había ido nada mal, ya que esta vez no había resultado herido ni víctima de sus perversos impulsos sexuales.

Tras llegar en silencio al funeral para no hacer público su estado, había asistido a la ceremonia casi distraído. Había aceptado las condolencias de los presentes con la debida compostura, esforzándose por parecer bastante afligido.

Pero cuando lord Lothian se había acercado a su prima y había empezado a hablarle confidencialmente, la neblina que había permanecido nublando su cerebro se había disipado por la ira.

«¿Qué se están diciendo? ¿Y por qué están juntos, como si se conocieran? Cuando hablé con Ellie sobre él, dijo que no lo conocía, parecía sincera. ¿Lo era de verdad? O tal vez... ¡Pequeña bribona! Debe haberme mentido. ¡Mira a ese imbécil tomándola de la mano! ¿Se ha vuelto tan astuta? ¡Maldita sea! Espera un momento, esto me gusta. ¡Eso es lo que hace falta, una joven

aparentemente ingenua pero en realidad astuta y mañosa! Una chica así haría fuegos artificiales en la cama. ¿Qué tienen que susurrarse? ¡Maldita sea! Ella le está sonriendo».

Se había ruborizado por el esfuerzo de contener la rabia y la frente comenzaba a perlársele de sudor.

Nadie se dio cuenta de su reacción porque había tenido a bien dar unos pasos atrás para evitar el contacto con los presentes.

En realidad quería alejarse lo máximo posible de ese Marqués Oscuro, aunque eso nunca lo habría admitido. Ese hombre le provocaba sensaciones terribles. Cualquiera con un mínimo de inteligencia habría llamado a esas sensaciones miedo y temor. Pero él prefería ocultarlas con el nombre inapropiado de rabia y odio. ¡Quería agredirle y partirle la cara!

«¡Estoy esperando a que te vayas, maldito marqués! Esperaré a la lectura del testamento y haré de un buen hijo. Seré considerado con la querida prima y si no sale bien, encontraré la manera de atraparla».

Finalmente divisó a lord Lothian alejarse a paso ligero, en dirección a la gran casa que pertenecía a su tío Nick. Vio cómo Eleonor era escoltada por el doctor Phillips y seguida por su padre, que tendía un brazo a su madre y otro a Nancy Jane.

Andrew empezó a respirar lentamente y su tez volvió a la normalidad. Se secó la frente con el pañuelo blanco. Aguardó con la cabeza agachada hasta que todos se hubieron alejado, para evitar que le hablaran, sin darse cuenta de que en realidad a nadie le agradaba su compañía, ¡y mucho menos conversar con él!

Se dirigió hacia la gran mansión que ahora sería su hogar, anticipando los placeres de una vida llena de comodidades derivadas de una rica y sustanciosa cartera gracias al querido tío Nick, ¡muerto y enterrado!

Descansaría todo el día en sus aposentos para estar lúcido y bien preparado para la lectura del testamento que iba a tener lugar al día siguiente. Sabía que su tío no le había dejado nada, pero el hecho de que su padre fuera el heredero ya era algo, sobre todo ahora que estaba enfermo y no parecía que pudiese recuperarse del todo.

* * *

El vizconde Hamilton se acercó y rápidamente ofreció sus condolencias en nombre de toda la familia. No pronunció palabra, sintiendo una gran ternura por la joven lady Eleonor.

Estaba muy pálida y unas oscuras ojeras cubrían sus ojos, que parecían aún más verdes por el velo acuoso y aguado.

Lamentó encontrarse pensando en ella como solución a sus líos económicos justo en aquel preciso momento. Pero las deudas crecían y le urgía disponer de dinero.

La prepotente presencia de Andrew Hambrook despertó sus más fundadas sospechas. La mirada fija y el aire melancólico demostraban un inadecuado interés del primo por la joven, y Gabriel comprendió la importancia de llegar antes que él.

Pero, ¿cómo?

Sabía que le gustaba a la muchacha, pero un nuevo y mucho mayor obstáculo se perfilaba en el horizonte: el marqués de Lothian.

La escena que había observado poco después del funeral, unos minutos antes, le había convencido de la gravedad de la situación. La injerencia del marqués era mucho más preocupante que la de Hambrook.

Sí, porque si Gabriel tenía una certeza por su experiencia con el temperamento femenino, era ésta: lord Lothian se preocupaba profundamente por la joven hija de su amigo y lady Eleonor albergaba vivos sentimientos por el marqués.

CAPÍTULO 8

Hambrook House
Londres

18 de julio de 1808

Eleonor había solicitado su tío Ernest el gesto a de que la lectura del testamento tuviese lugar la semana siguiente, en cuanto regresaran a Londres, y posiblemente el día de su vigésimo cumpleaños, el 18 de julio.

El conde de Hereford, aunque escéptico respecto a la fecha elegida por Ellie, había agradecido su petición de esperar unos días: no se sentía en absoluto preparado para tomar oficialmente las riendas de la familia, pues en realidad nunca había imaginado convertirse en conde, y tampoco había tenido ningún deseo de hacerlo.

La muchacha descubrió que lo admiraba aún más por la sincera lealtad que profesaba a su difunto hermano, y tal vez fuera por eso, o porque empezaba a extrañar a diario a sus padres, por lo que se encariñó con aquel hombre enjuto y delgado, debilitado por su pasada enfermedad y que sufría por su reciente duelo.

Conversaba a menudo con él en el estudio o después de cenar, antes de acompañarlo a sus aposentos, y parecía no cansarse de aquellos ojos grises, iguales a los de su amado padre; lo animaba a pasear por el jardín y lo llevaba a participar en las pequeñas diversiones que compartía con Nancy Jane, preocupándose de su precaria salud y bienestar.

La joven prima pasaba la mayor parte del tiempo con ella, participando a menudo en las conversaciones entre Ellie y su padre.

Martha, ahora ya lady Hereford, respetaba sus momentos de diálogo y sólo se unía a ellos cuando la invitaban. Comprendía lo que impulsaba a su sobrina a estar con Ernest, y se emocionaba cada vez que los veía juntos.

A menudo Ellie buscaba su compañía y ella siempre se ponía a su disposición, sin forzar nunca los momentos que la muchacha necesitaba para encontrar la salida adecuada al dolor causado por el duelo.

La mayor parte del tiempo Eleonor sólo quería sentarse con ella, tomándole la mano mientras lloraba en silencio. Martha lloraba con ella, sin poder evitarlo. Parecía que aquel arrebato les sirviese a ambas para salir del paso hasta la próxima ocasión.

En ocasiones, Ellie hablaba con su tía de las largas conversaciones que había mantenido con sus padres, y el recuerdo de las amistosas conversaciones que siempre habían caracterizado a Nick y Sophie les traía momentos de serenidad. Pero la amargura permanecía en su boca...

Afortunadamente, la indeseada presencia de Andrew no fue un problema en aquellos días: tras enterarse por su padre de que el testamento se leería en Londres la semana siguiente, literalmente se había esfumado.

Había salido de Roman Way House indicando al primer criado que había pasado cerca que le dijera a su padre que les esperaría en la ciudad. De hecho, incluso una vez allí, nadie de la familia le había visto por allí.

Nunca cenaba con ellos, ni se le veía en el desayuno, que siempre se le servía por la mañana temprano en su alcoba. Salía a media mañana y cuando volvía nadie le veía.

Pero todos los días a la hora de costumbre, es decir, justo antes de salir, se dejaba caer para saludar a su padre y sólo una vez había preguntado con increíble discreción cuándo tendría lugar la lectura del testamento.

Ernest había decidido que le dejaría asistir, siempre que el abogado estuviera de acuerdo y no hubiera límites impuestos por Nick.

Tanto por respeto a su querido hermano como porque consideraba que era lo correcto, seguiría la decisión de Nick respecto al futuro de Andrew: había que lograr que el joven, de una vez por todas, afrontara sus responsabilidades, administrando la pequeña finca de Molash y rindiendo cuentas a su padre.

Ernest, por su parte, se mostraba bastante escéptico ante el aparente cambio de su hijo. A estas alturas sabía de sobra que no podía confiar en Andrew y no albergaba ninguna expectativa respecto a él. De este modo no se sentiría demasiado decepcionado si fracasaba y, si el joven decidía realmente cambiar de vida para desempeñar el papel que le correspondía, saborearía con mayor alegría la satisfacción de un éxito extraordinario.

* * *

Eleonor y Nancy Jane, sentadas en el sofá del salón verde y oro de Sophie, se cogían de la mano con impaciencia. El abogado Simon Wilkinson ya estaba en el estudio del conde, preparando los documentos para la lectura del testamento del difunto conde de Hereford. En realidad, Eleonor no estaba ansiosa, porque ya conocía el contenido del testamento, ni lo habría estado si lo hubiera ignorado en su totalidad. Pero el hecho de saber que en unos momentos se encontraría con un grupo de hombres adultos, desconocidos en su mayoría, hablando sobre las decisiones que sus padres habían tomado para su futuro, la ponía nerviosa.

Sabía que Andrew también asistiría y que el marqués de Wiltshire y el marqués de Lothian habían sido elegidos por su padre como testigos de la lectura. En ese momento se dio cuenta de que los dos marqueses eran grandes amigos de su padre y eso le dio una agradable sensación de seguridad.

Suspiró, pensando: «Claro que si Nan pudiese estar a mi lado... ¿y por qué no? Después de todo Andrew va a estar presente. Entonces quiero que también esté ella, ¡sí, se lo diré al tío! ¡De hecho, quiero que tía Martha también asista! ¿Por qué todos y ella no? ¿Qué falta de respeto sería ésa?».

El mayordomo de Roman Way House entró complaciente. —Lady Eleonor, se os espera en el estudio del conde.

—Gracias Jenkins. —Eleonor se levantó, pero no soltó la mano de Nancy Jane. Ella levantó sus ojos grises en una muda súplica de explicación—. Ven conmigo, por favor.

La joven prima abrió la boca para protestar, sabiendo que no sería apropiado presentarse sin permiso, pero los ojos de Eleonor no admitían réplica: era obvio que su firmeza provenía de una necesidad de apoyo. Así que, sujetándole fuertemente la mano, la siguió.

Llegaron a la puerta del gran estudio donde la esperaba el conde de Hereford. Éste se percató de la presencia de la joven hija e inmediatamente imaginó la razón de la misma.

—De acuerdo, pasad.

Las chicas lo gratificaron con los ojos brillantes de la juventud.

Luego Eleonor habló.

—Gracias, tío Ernest, pero me gustaría... aprovechar tu bondad y amabilidad.

—Cuéntame, Eleonor.

—Tío —susurró apenas—, me parece oportuno que la tía Martha, Lady Hereford, también esté presente. —especificó con énfasis el recién adquirido título de su tía para subrayar su pensamiento.

El conde la miró con una expresión gris y pensativa..

Eleonor empezó a pensar que había creado una situación incómoda, pero no le importó en absoluto.

—Tu tía Martha, lady Hereford, ya está aquí y asistirá a petición mía, sabiendo que Nick y Sophie habrían apreciado el... —No acabó la frase porque Ellie le abrazó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Eleonor! —le amonestó el conde, tratando de atisbar si alguien en el interior del estudio había visto la escena.

—¡Discúlpame, pero eres un tío especial, siempre lo he dicho!

Nancy Jane se reía. Entonces se dio cuenta de que el marqués de Lothian, de pie junto a un hombre corpulento sentado ante el escritorio que debía de ser el abogado, lo había visto todo. Se puso seria, intimidada por la mirada severa y oscura del hombre alto e inquietante que observaba a su prima. No pudo resistir y apartó la mirada.

—Entremos —sentenció el conde.

En el estudio, Wilkinson se sentó ante el escritorio que había sido de Nick y hojeó unos papeles, mostrándoselos a lord Lothian, que estaba de pie a su izquierda. A su lado, lord Wiltshire esperaba su entrada y se adelantó en cuanto hubieron entrado.

—Lady Eleonor, lady Nancy Jane —dijo formalmente lord Wiltshire inclinándose.

Respondieron al saludo con una reverencia, sin proferir palabra.

En ese momento lord Lothian también se acercó e hizo una reverencia, imitada por el abogado, que permaneció detrás de la mesa.

Ernest señaló una de las dos sillas vacías que había enfrente, invitando a Eleonor a tomar asiento. Luego indicó a Nan el pequeño sofá situado junto a la chimenea, trasladado allí para la ocasión, donde Martha ya estaba sentada.

—Tío Ernest... —murmuró Ellie, mirando suplicante a su tío. Si había querido a Nancy Jane, era para tenerla a su lado, no detrás.

El conde se dio cuenta inmediatamente de que algo iba mal y se acercó a su sobrina.

—Tío, Nan tal vez podría estar a mi lado —dijo indecisa por miedo a hacer algo desagradable a su tío.

—Sí, tal vez sea mejor —acordó el conde, salvándola del nerviosismo—. Después de todo, puede que no vea muy bien lo que se dice desde allí —añadió, culpándose por no haberlo pensado antes. En realidad, Nan habría leído las palabras que salían de su boca incluso desde más lejos, pero comprendió que Ellie necesitaba el apoyo de su prima.

Andrew observaba todo con desapego desde la esquina más alejada de la estancia, junto a una ventana. Al menos eso aparentaba.

Sólo Keiran se dio cuenta de que, en realidad, el joven estaba librando una batalla interior en un esfuerzo por no parecer ansioso, agitado e intimidado por su presencia, obviamente inesperada.

Pero sobre todo percibió de inmediato lo que se ocultaba tras aquellos ojos grises que miraban a la joven e inmadura mujer, hija de su íntimo amigo Nick: estaba preocupado, disgustado y fuertemente molesto. Era sólo una chiquilla, ¡maldita sea! Aquel mismo día apenas había cumplido veinte años. Y era tan delgadita, un cuerpo adolescente a excepción de sus pechos.

Recordó la conversación que habían mantenido con ella y se dio cuenta de que su físico y sus

capacidades intelectuales y morales no iban de la mano. Era más mujer que muchas otras, bien voluptuosas y experimentadas, que había conocido. Se prometió a sí misma decirle una o dos palabras a Lord Andrew, solo para aclarar las cosas desde el principio.

El abogado apenas se aclaró un poco la garganta y habló.

—Bien. Si estáis de acuerdo, lord Hereford, empezaré yo.

—Adelante, Wilkinson.

Eleonor centró su atención en el hombre.

No era obeso, pero tenía hombros anchos y una cabeza grande con un espeso cabello oscuro, apenas salpicado por unas canas en las sienes. Todo en él hacía pensar en un luchador, todo era grande, incluso sus manos, cubiertas de vello oscuro en los dedos. Quizá por eso los ojos, muy negros, sin ser pequeños, lo parecían en comparación con el resto; en cambio, su expresión era extremadamente serena, suficiente para calmarla.

Lo que siguió no fue novedad para nadie, excepto para Andrew.

De hecho, Eleonor había contado a Nancy Jane y a tía Martha la conversación que había mantenido con sus padres la noche anterior a su partida; el conde de Hereford, lord Lothian y lord Wiltshire conocían las decisiones de la difunta pareja porque Nick había hablado con ellos al respecto, por separado.

Lord Wiltshire y lord Lothian no imaginaban que lady Eleonor estuviera al corriente: imaginaban que, tarde o temprano, Nick y su esposa lo habrían hablado con su hija, porque eran unos padres fuera de lo común, pero no creían que ya hubieran tenido tiempo de abordar el tema con ella.

—Así que deduzco, lady Eleonor, que nada de esto es nuevo para vos —concluyó el abogado en cuanto terminó de leer el testamento.

—Exacto, Mr. Wilkinson. Mis padres —dijo, esforzándose por hablar con calma para que no le temblara la voz—, me habían informado de todo. Ocurrió la noche anterior a que dejaran Londres... —Guardó silencio comprendiendo que estaba a punto de llorar.

Los presentes sintieron compasión por ella. Nancy Jane apretó aún más su mano, que no había soltado durante la última media hora.

—¿Tenéis alguna pregunta, lady Eleonor, o alguna aclaración que formular?

—No, gracias Mr. Wilkinson.

—Sin embargo, siendo a partir de este momento vuestro abogado por voluntad de vuestro padre...

—De mi padre y mi madre, Mr. Wilkinson. Siempre decidían todo juntos.

El hombre la miró, indeciso entre sentirse ofendido por la aclaración o admirado por la lealtad filial que impulsaba a aquella muchacha a subrayar el compañerismo que había existido entre el conde y la condesa. La mirada sincera de la joven le hizo decantarse por la segunda opción y le sonrió, recibiendo a cambio un gesto de gratitud.

—Es exactamente como habéis dicho, lady Eleonor. Por elección de vuestros padres, y hasta que decidáis lo contrario, actúo como vuestro abogado. Como tal, por vuestro propio interés, os aconsejo que tratéis aquí, en presencia de estos testigos, ciertos asuntos de carácter puramente práctico.

Hojeó sus papeles y cogió uno, escrito a pluma por su padre, y sosteniéndolo en la mano, volvió a hablar.

—Vuestro padre no consideró oportuno formalizar este escrito relativo a vuestra tutela y domicilio, creyendo, en mi opinión acertadamente, que en ningún caso hubiera sido necesario dado el fuerte vínculo afectivo que siempre ha unido a vuestra familia con la de vuestro tío. En

esencia aquí —dijo indicando el papel—, vuestros padres simplemente expresan la esperanza, repito, la esperanza de que disfrutéis viviendo con vuestros tíos y aceptéis de buen grado la tutela de vuestro tío, el conde de Hereford. Por favor, lady Eleonor, tomaos vuestro tiempo para leerlo.

Le entregó el papel para que lo leyera y ella lo cogió con mano temblorosa, clavó la mirada en los ojos negros del hombre que tenía delante, con la otra mano rebuscó en el bolsillo de la falda y sacó sus finas gafas. Mirando fijamente a los hombres que la observaban con curiosidad, se las puso con calma en un intento de gestionar mejor la emoción que la había invadido al ver la letra de su padre y, finalmente, observó el papel.

Unas lágrimas ardientes llenaron sus ojos y ya no pudo ver nada.

Una mano oscura invadió su visión borrosa, le retiró con delicadeza el papel de las manos y la voz masculina del marqués de Lothian, tranquilizadora pero firme, exclamó:

—Lord Wiltshire leerá este escrito para vos, lady Eleonor, para comprobar que todo está en orden. —Keiran entregó el papel a Cyrus, pues a él no le gustaba leer nada que estuviera escrito en letra pequeña, poco espaciada y, además, a mano.

Eleonor se limpió los ojos con el pañuelo de lino blanco y se quedó quieta, aferrando las gafas con la mano.

—Lady Eleonor, todo está en orden —dijo lord Wiltshire al cabo de un minuto, entregándole de nuevo el papel.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Por supuesto, lady Eleonor —le respondió el abogado—. Como ya he dicho, carece de valor legal. No obstante, os repito que, en mi opinión, sería conveniente que manifestarais vuestra aceptación de la tutela de vuestro tío, sólo para cumplir formalmente el deseo de vuestros padres y, permitidme decirlo, para tranquilidad de todos nosotros.

Eleonor comprendió perfectamente la última frase: parecía realmente preocupado por ella.

—Acepto la tutela de mi tío Ernest, el conde de Hereford. Y dejo a él y a tía Martha la decisión sobre mi futuro domicilio. —Todos admiraron su rectitud y respeto hacia el nuevo conde y observaron con sorpresa que para ella ciertas decisiones debían ser tomadas por ambos cónyuges.

Keiran, que procedía de una familia en la que el padre siempre había maltratado a su esposa, teniéndola en poca consideración, quedó particularmente impresionado por la extraordinaria forma en que la muchacha entendía la relación conyugal. La contemplaba con gran interés, observando las miradas afectuosas que intercambiaba con su tío y sintiendo un gran pesar por no haber formado nunca parte de un entendimiento semejante con su padre.

Lord Hereford miró a su esposa durante unos segundos. Luego Martha habló con claridad a Mr. Wilkinson.

—Lord Hereford y yo nos sentiríamos honrados si la querida Eleonor viviera con nosotros, aquí, en Roman Way House, un hogar más suyo que nuestro.

En todo este intercambio de declaraciones, Keiran sintió una fuerte aura de amor sincero entre aquellas personas; y con la misma fuerza percibió la negatividad proveniente de la esquina contigua a la ventana donde se encontraba Andrew Hambrook.

Le miró fijamente. Permanecía inmóvil, casi sin aliento. Parecía un felino dispuesto a atacar a su presa: la potencialmente riquísima Eleonor Hambrook. Se habría enfrentado abiertamente a aquel ser diabólico, incluso delante de todos, si hubiera sido necesario.

—Muy bien —concluyó el abogado con alivio—. Creo que ya está todo aclarado. Excepto la cuestión de la propiedad de Molash.

Al oír ese nombre, Andrew volvió toda su atención a Mr. Wilkinson.

—El conde había decidido confiar Molash a su sobrino lord Andrew. Os pregunto a todos: ¿es esto correcto? —preguntó el hombre, mirando alternativamente a los presentes.

—Sí —respondió el conde por todos—. Mi hermano había accedido generosamente a saldar las deudas de mi hijo —señaló, causando no poca mortificación a Andrew—, y había propuesto que se le asignara la dirección de Molash, de la que sería responsable ante mí.

Andrew no entendía por qué se hablaba de Molash... ¡Y de sus deudas! ¡Después de todo, su tío había muerto y él podía simplemente vivir como hijo de un conde sin interesarse por la gestión de fincas remotas y alejadas de Londres! Y, sobre todo, ahora podía pagar él mismo sus deudas... o eso había creído...

—Evidentemente —precisó Wilkinson—, este asunto no tiene nada que ver con el testamento. Sin embargo, como también soy el abogado de lord Hereford, me gustaría que tomara una posición oficial sobre el futuro de lord Andrew, para su protección y la de su familia, delante de testigos.

—Un momento. —La voz de Andrew era entrecortada. Avanzó dos pasos y se detuvo—. No entiendo qué tengo que ver yo con Molash. El tío Nicholas ya no está aquí, y no creo que deba...

—Andrew. —El tono de Ernest Hambrook era tranquilo pero perentorio—. Mi hermano había tomado una decisión y me la hizo saber a mí, a tu madre, a Eleonor y, gracias a Dios, también a lord Wiltshire. Honraré su elección, con la certeza de que es lo único correcto. —Se detuvo un segundo y añadió con convicción—: Sobre todo por tu bien.

Andrew respiraba con un ligero jadeo, agitado.

—Te lo agradezco, pero creo que puedo quedarme con vosotros aquí en Londres.

—No.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no, Andrew.

—No creo que puedas obligarme a hacer lo que no quiero. —Silencio de tres segundos—. Disculpad abogado —se dirigió al hombre que estaba detrás del escritorio—, ¿no dijo que no quedaba nada por escrito sobre la finca Molash?

Wilkinson miró al Conde, previendo la derrota.

—En efecto, así es. Sin embargo...

— Así que no tengo que gestionar Molash —dijo en voz alta y con tono arrogante.

Todos los presentes, incluso lady Hereford, que era su madre, desaprobaban las maneras insolentes de Andrew y adivinaban que el joven sinvergüenza sólo quería vivir la buena vida y, posiblemente, gastar el dinero de su padre a su antojo.

Eleonor notó hastío en el rostro de su tío y sintió lástima por él. Tuvo el impulso de darse la vuelta y gritarle al cretino de su primo, pero se limitó a aferrar la tela de su falda, arrugándola. Oyó el suspiro del tío Ernest y lo miró temiendo una nueva derrota, pero, para asombro de todos, ¡no fue así!

—Andrew —comenzó a hablar el conde con admirable seguridad—, he pensado que habrías preferido la gestión casi autónoma de Molash a unos ingresos anuales de quinientas libras.

Silencio.

— ¿Cómo? ¿Qué significa... quinientas libras?

—Andrew, quinientas libras al año es lo que estoy dispuesto a poner a tu disposición en caso de que no gestiones Molash y...

—¿Qué hago yo con quinientas libras al año? ¡Ni siquiera pago la mitad de mi sastrería! ¿Por qué sólo quinientas? ¿Por qué sólo tú debes disfrutar de la riqueza de tu hermano? ¡Yo también formo parte de la familia!

Un silencio embarazoso invadió la sala. Nadie hacía ni el más mínimo ruido y parecía que ni siquiera respiraban. El único ruido provenía del pequeño reloj de péndulo de la repisa de la chimenea y de Andrew, que respiraba agitadamente.

Eleonor le echó un vistazo y sintió que se acercaba lo peor.

—Andrew. No es apropiado continuar esta discusión. No es respetuoso con los presentes, en particular con las damas...

—¡Pues hablemos de ello en otro sitio a solas!

—... pero tampoco serviría para nada. De hecho, la propuesta de elegir entre Molash o quinientas libras al año es la misma propuesta, en realidad más ventajosa, que te hizo mi hermano Nick. Ahora seguiré el mismo camino. Sólo tienes que elegir, evitando discusiones incómodas.

—Elijo quedarme en Londres con vosotros ¡y tener unos ingresos anuales de no menos de tres mil libras! —se desahogó, casi gritando.

El pobre conde de Hereford suspiró, preparándose para el ultimátum.

Pero el abogado trató de intervenir en su ayuda.

—Lord Andrew, quizás habéis malinterpretado la propuesta de vuestro padre. Son quinientas libras, no tres mil.

—Sois vos, Mr. Wilkinson, ¡quien no habéis interpretado correctamente el testamento! —dijo mientras se inclinaba hacia el escritorio al que se había acercado inconscientemente en actitud amenazadora—. Mi tío era tan rico como Creso y ahora lo es mi padre. El hecho de que Nicholas Hambrook fuera tacaño y nos ocultara su riqueza...

Eleonor se levantó como una furia, derribando su silla.

Al mismo tiempo, Lord Lothian dio un paso hacia Andrew Hambrook, que instintivamente retrocedió asustado, comprendiendo en ese momento por qué le llamaban el Marqués Oscuro. Sus ojos amenazaban con un inminente estallido de cólera, tenía las mandíbulas apretadas y una peligrosa rabia hacía que le temblara la respiración.

Eleonor sintió la presencia del marqués a su lado y se volvió. Le sorprendió terriblemente su expresión: era tan diferente del hombre agradablemente misterioso con el que había estado hablando. Lo miró asombrada y se dio cuenta de que le temía. Bajó los ojos para apartar esa imagen de su mente, pero fue inútil. Entonces intentó recordar cuándo le había visto por primera vez.

Cerró los ojos y un azul oscuro cautivador y tranquilizador invadió su mente. Se tranquilizó y decidió echarle un vistazo Nancy Jane, que había agachado la cabeza imitándola. La rozó y se dio cuenta de que estaba aterrorizada.

El marqués de Lothian siempre despertaba el asombro de la joven Nancy Jane, pero verlo tan transformado la había perturbado. Eleonor le cogió la mano para tranquilizarla. Luego se volvió lentamente, curiosa por observar la reacción de su primo. Andrew tenía miedo, mucho miedo, y contenía la respiración.

El silencio reinó durante medio minuto que pareció un siglo. Un ruido a sus espaldas le hizo darse cuenta de que alguien había levantado su silla. Un movimiento repentino a su derecha reveló que se trataba de lord Lothian. Le hizo un gesto para que se sentara y ella obedeció.

—Andrew —intervino Lord Hereford, también de pie, esperando que Lord Lothian se calmara —. La gestión de Molash o quinientas libras al año. Esto es lo que acordamos con Nick y es lo que te propongo. —Guardó silencio unos segundos para asegurarse de que su hijo no tenía nada más que decir. Observando la expresión del prepotente joven, comprendió que no diría nada más. Respiró un poco aliviado y añadió en tono conciliador—: Decide ahora, mientras las señoras se

despidan y concretemos algunos detalles con el abogado Wilkinson.

Andrew se quedó estupefacto, contemplando la escena que tenía delante, con una fuerte sensación de derrota supurándole el alma.

Su madre, Nancy Jane y Eleonor se despidieron. Wilkinson empezó a ordenar su escritorio, mientras los caballeros hacían las preguntas oportunas. Su padre preguntó algo a lord Wiltshire. Lord Wiltshire contestó y se volvió, involucrando al otro marqués en el diálogo.

Lord Lothian se volvió hacia el conde y conversó con él sobre cierta renta vitalicia a la que tendría derecho Eleonor, probablemente la que su tío había dispuesto en el testamento, derivada del comercio de ciertos barcos.

El abogado entregó los documentos a los presentes, que los firmaron. Luego hizo que su padre leyera en voz alta un papel en el que había escrito algo mientras ellos firmaban. El conde asintió en señal de aprobación y se volvió para mirarle.

—Andrew, la documentación está lista. ¿Has decidido?

A Andrew las voces le llegaron como amortiguadas, estaba aturdido. Se dio cuenta de que no tenía más remedio que dirigir Molash: tendría que rendir cuentas mensualmente a su padre, pero al menos tendría cierta independencia y quizá podría ahorrar más dinero del que le correspondía.

—Molash... —pronunció en voz baja, casi en trance.

—Muy bien, lord Andrew —dijo el abogado—, entonces, si no os importa acercaros...

Andrew se aproximó al escritorio, manteniéndose a una buena distancia del Marqués Oscuro.

Wilkinson le entregó la pluma y colocó el papel frente a él.

—Muy bien, una firma aquí —señaló con su grueso dedo índice el papel—, otra aquí... aquí también y por último, aquí.

Andrew firmó y dejó caer la pluma sin volver a dejarla en el tintero. Ernest sintió pena por su problemático hijo, pero estaba seguro de que si había alguna esperanza era enfrentar al joven con sus responsabilidades; si no... no se atrevía a imaginarlo.

Todos notaron la conmoción en el rostro del joven, pero por educación fingieron que no pasaba nada y continuaron su conversación con indiferencia.

Andrew los observaba sin verlos. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, olvidándose de despedirse.

Entonces el conde de Hereford, para no sufrir la vergonzosa torpeza de su hijo, dijo:

—Andrew, ¿no te encuentras bien? ¿Quieres sentarte junto a la puerta?

El joven se detuvo y se dio cuenta de que su padre le estaba rescatando. Se esforzó por recuperarse. Respiró profundamente.

—En efecto, no me encuentro muy bien. Si Mr. Wilkinson ya no me necesita y los caballeros me disculpan...

—No os preocupéis, lord Andrew —dijo el abogado—, hemos terminado. Os dejaré aquí una copia de lo que habéis firmado.

Andrew asintió, se inclinó para saludar a los dos marqueses y se volvió hacia la salida.

—Lord Andrew.

Era el Marqués Oscuro que le llamaba. La sangre se le subió a la cabeza del miedo que le producía aquel hombre. Se volvió con cautela y con valentía le miró.

—Nick, junto con su esposa, quería a su hija Eleonor por encima de todo. —Lord Lothian guardó silencio. Lo miró fijamente, amonestándolo con la mirada.

Andrew sintió que se le sonrojaba la cara, presintiendo algo.

—Estoy convencido de que seréis como un hermano para lady Eleonor, nada menos... y nada más.

El hecho de que Keiran no marcara demasiado las palabras «hermano» y «nada más», no alivió la vergüenza que Andrew sentía en aquel momento, ni la que el exhausto conde de Hereford sentía por su hijo.

En realidad, Andrew Hambrook no tenía palabras, ni aliento, pues ya llevaba diez segundos conteniéndolo. Por fin se acordó de respirar, pero el color morado de su rostro no disminuyó. Hizo una apresurada reverencia y huyó.

Sólo cuando estuvo en su habitación, con el vaso lleno de whisky en la mano, se dio cuenta de que el señor Wilkinson había redactado una sola hoja de papel, a saber, el contrato de gestión de Molash, ¡dando por sentado que elegiría esa alternativa y no las quinientas libras!

Y comprendió que había juzgado mal a su progenitor, subestimándolo y creyéndolo débil y sin carácter. En realidad, ¡se parecía al tío Nicholas más de lo que se hubiera podido imaginar!

Se había repetido lo que había ocurrido con su tío: la proposición, la elección forzada de Molash, el vaso en la mano continuamente lleno, la esperanza de un accidente, la solución de una primita rica...

CAPÍTULO 9

Shell Bay Manor
Fifeshire, en el Estuario de Forth, Escocia
3 de marzo de 1809

La Duquesa de Northcliff se inclinó sobre la cama donde yacía su marido con los ojos cerrados. Le tocó la mejilla, le cogió la mano y, esperando no revelar su aprensión, movió los dedos a lo largo de su muñeca para comprobar su ritmo cardíaco.

—Bridget.

El duque la miraba. Estaba bellísima, como siempre, incluso a sus cuarenta y ocho años, y no pudo evitar fijarse en el canalillo de sus pechos bajo el escote de su vestido beige, mientras ella se inclinaba hacia él.

—Ailbert...

—Me encuentro mejor.

Había decidido que esta vez le convencería para que visitará al doctor Boyd.

—De todos modos, avisaré al doctor.

—No.

—Sí.

El duque la miró fijamente, sintiendo que su esposa estaba a punto de librar una disputa doméstica con él. Y él no tenía la fuerza.

—Bridget, te tengo dicho que no quiero que la presencia del doctor cree incomodidad a nuestros invitados.

—No quieres que nuestros invitados sepan que tú, como cualquier ser humano, estás sujeto a enfermedades o dolencias.

—Ya es suficiente.

—Mandaré que lo llamen.

—No me desafíes.

—A menos que demuestres ser razonable —dijo con calma la duquesa, inclinándose de nuevo ante él, fingiendo ajustarse la camisa abierta sobre el pecho—, y te acompañe a Edimburgo —insistió, acercando sus senos mientras le acomodaba la almohada detrás de la cabeza—, a la consulta del doctor Boyd.

Los ojos del hombre no podían evitar la visión del armonioso y perfumado pecho de su esposa, y sin embargo, no se dejaría corromper. Aquella criatura, que le había dado tres hijos, había aprendido a obtener casi todo de él y no albergaba ninguna duda de que él la amaba sinceramente, aunque de forma posesiva, violenta y muchas veces, egoísta. Lo único que les separaba era Keiran: ella se enfrentaba constantemente por asuntos relacionados con su primogénito, pero nunca vencía y con cada derrota se aislaba, negándose al diálogo y a la intimidad física, obligándole a alejarse incluso durante meses.

—Bridget Aileen —dijo entre dientes, amonestándola con la mirada.

Ella se dio la vuelta para marcharse y el duque se le adelantó a pesar de su debilidad. Comprendía el sutil juego de seducción y chantaje de Bridget, pero esta vez no lo iba a permitir.

—No me quitarás lo que es mío. —La atrajo hacia él y la sentó en la cama—. Eres mía y te deseo ahora. Peor para ti que me has mostrado tus gracias. —Llevó la mano libre al pecho de su mujer, sintiendo una increíble sensación de plenitud.

Ella le dejó hacer, satisfecha de sí misma por su aún viva capacidad para seducirle, esperando el momento oportuno.

Cuando él le soltó la boca tras el largo beso, ella le dijo:

—Bien, Ailbert. Ahora vuelve a ponerte la chaqueta. El carruaje lleva esperando veinte minutos. —Se levantó, liberándose de sus manos—. No seré tuya si no visitas primero al doctor Boyd.

El duque no podía creer lo que oía. Miró a su esposa confundido.

—... a menos que quieras usar la violencia conmigo —lo desafió ella.

La rabia crecía en su interior.

—También podría hacerlo, Bridget. Estás jugando con fuego.

—Que no te dé un ataque de ira, Ailbert —dijo, decidiendo rebatir a su marido atacándole—. De todos modos, no pienso cambiar de opinión. Al fin y al cabo, volveremos esta noche. Tu amigo William Leight, conde de Bath, la chismosa de Olivia, su esposa, y la serpiente de hija que tienen, no notarán nuestra ausencia.

En el guardarropa eligió el sombrero, los guantes, el paraguas y la capa. Luego cogió la chaqueta de su marido y la sostuvo en alto con ambas manos para ayudarle a ponérsela.

—Le haré una visita —dijo él con una calma inesperada.

Bridget, desconfiada, ni pestañeó. Y finalmente llegó la estocada final.

—A fin de cuentas, mi intención es vivir lo suficiente para dejar este lugar lo más tarde posible a ese incapaz de hijo tuyo.

Para Bridget fue como si le hubieran clavado un puñal en el corazón. Pero no contestó, y tampoco cambió de expresión. Permaneció inmóvil, con la chaqueta en la mano y la cabeza alta, esperando a que su marido se la pusiera. En aquel momento, el amor, el dolor y la rebelión se mezclaron en un torbellino de sentimientos y sensaciones.

Lentamente, el duque se levantó, incapaz de ocultar su debilidad física. Esperó unos segundos para superar el mareo y no se percató de que su esposa había tirado del cordón para llamar a su criado, que apareció poco después.

—Su excelencia y yo marchamos a la consulta del doctor Boyd en Edimburgo.

El duque se sobresaltó ante aquellas palabras, creyendo que su mujer quería vengarse, revelando a todos su malestar.

—Excelencia, ¿no os encontráis bien? —preguntó el hombre dirigiéndose al duque.

—No —respondió Bridget—, soy yo quien lleva unos días indispuesta y el duque ha insistido en que el doctor me examine.

—Lamento mucho que vuestra excelencia se halle indispuesta. Me encargaré de avisar a Ramsay y a Mrs. Brodie para que todo siga su curso durante vuestra ausencia.

El duque de Northcliff se irguió. Había sido un cobarde al decirle aquella cosa tan desagradable a Bridget, y el hecho de que su esposa no hubiera revelado que estaba enfermo le hacía sentirse culpable. Se preguntó si él habría insistido en que visitaran a la duquesa en caso de que se encontrara mal, y la respuesta que obtuvo solo sirvió para aumentar su sentimiento de culpabilidad.

—Ailbert —dijo ella mientras se acercaba después de entregar la chaqueta de su marido al criado—, si no te importa te esperaré en el carruaje. No creo que pueda aguantar mucho más.

La delicada actuación de Bridget lo dejó estupefacto. Asintió a su esposa por cortesía,

sintiendo que su lacayo estaba atento a cada uno de sus movimientos y palabras, sin duda para poder informar de ello a la servidumbre de la casa. Observó a Bridget, que con gran dignidad, a pesar del dolor causado por las disputas sobre Keiran, le seguía siendo fiel, y sintió por ella un arrebato de ternura y comprensión.

—Bridget...

Ella se giró para encontrarse con los ojos arrepentidos del marido.

—Pídele a Ramsay que ponga algunas mantas en el carruaje. No quiero que cojas frío en el camino de vuelta esta noche.

Su amabilidad sonó fuera de tono, era consciente de ello. De hecho, no era su costumbre ser considerado con los miembros de su familia ni con nadie en realidad, especialmente delante del servicio. Pero quería aliviar de algún modo el sufrimiento que había causado a Bridget.

—Muy bien, gracias, Ailbert —respondió ella, adivinando la intención de su marido.

* * *

Bridget estaba arrodillada en la cama junto al cuerpo inerte de su marido, apoyando una mano en su ancho pecho, mientras con la otra apretaba la mano grande y fuerte de su marido.

Las lágrimas resbalaban por su rostro y sus sollozos, suaves y silenciosos, eran el único sonido en el aposento.

Miró el reloj que había sobre la mesilla junto a la cama: eran las dos y veinte de la madrugada. Se había retirado temprano a su alcoba con el pretexto de su supuesta enfermedad, para evitar el constante y molesto parloteo de Olivia y Georgia Leight, esposa e hija respectivamente del conde de Bath, que preguntaban impertérritas por noticias de Keiran y sus viajes, barcos y negocios, aludiendo a su edad madura para el matrimonio y a la predisposición de Georgia a la vida matrimonial.

Con gestos cariñosos, acomodó el cabello castaño claro de su marido, salpicado de canas en las sienes, y le acarició suavemente el rostro, sintiendo la aspereza de su barba.

Suspiró entre lágrimas, dejándose invadir por los recuerdos.

Un amor impetuoso se había apoderado de ellos nada más conocerse y luego todo había cambiado a causa de la severidad y dureza de Ailbert, acentuadas tras los fracasos en la enseñanza de Keiran.

La larga ausencia había aplacado el dolor causado por sus arrebatos violentos, y cuando él decidió regresar, ella lo temió más que nunca.

Con el tiempo, sin embargo, ella había aprendido a manejar su relación con madurez y conciencia femenina: el hombre egoísta y duro rendía sus armas ante sus suaves y delicadas estrategias, siempre que Keiran no estuviera involucrado.

Ella lo había amado igualmente, con admirable lealtad y fidelidad, perdonando el egoísmo innato, injusticia e intolerancia hacia su primogénito, amor entendido a su manera, posesivo y definitivamente limitado a causa de las condiciones por él impuestas.

Le había dado dos hijos más y había experimentado con él el dolor atroz por la muerte de Axel, el segundo. Sabía que para Ailbert, el joven Axel era el favorito; sabía que a sus ojos Keiran podría haber hecho más por salvarlo; sabía que Keiran conocía los pensamientos ocultos de su padre.

Todo esto le causaba una gran tristeza. Ver morir a un hijo y ver a otro vivir con dolor. Tal vez sólo se salvaría el joven y despreocupado Roy.

Volvió a mirar el reloj: eran las cuatro menos veinticinco.

Se estremeció. El ligero camisón de encaje no era apropiado para las noches aún frescas, pero Ailbert lo adoraba.

Ella se inclinó para besarle en los labios, ahora fríos y exangües. Lo cubrió suavemente con la sábana blanca. Le costó levantarse por los dolores en las piernas. Extendió la mano y tiró del cordón.

Abrió la puerta y aguardó a Ramsay y a Mrs. Brodie.

* * *

4 de marzo de 1809

Keiran, inmóvil en el umbral de la puerta, contemplaba a su padre, que yacía aún en su lecho de muerte.

Después de que su ayuda de cámara y Ramsay lo vistieran con un elegante traje negro, cosido por el sastre más prestigioso de Edimburgo, el duque fue recostado en la cama que había compartido durante años con su duquesa.

La expresión seria y sufriente de su padre no agradó a Keiran, que pensó inmediatamente en una muerte dolorosa.

Se acercó con cautela, temeroso de las emociones que sentía y de las sensaciones que preveía que iba a experimentar al contacto físico con su padre.

Su madre estaba sentada junto a la cama y parecía cansada pero serena; él se detuvo a observarla un instante y reparó que su compostura y elegancia innata ocultaban a la perfección el profundo dolor que sólo él podía leer en su corazón y en su mente.

—Le he amado mucho, a pesar de todo. Pero sólo ahora me doy cuenta de cuánto.

La duquesa extendió la mano y cogió la de su hijo. Y él comprendió aún mejor lo que había en el corazón de su madre.

Se agachó sobre sus piernas y con la mano libre acarició su delicado rostro, mirando fijamente sus oscuros ojos azules. Le dio un tierno beso en la mejilla y la abrazó con fuerza, sintiendo infinito amor y comprensión por ella. Se apartó y le secó las lágrimas con los dedos.

Luego, se levantó y dirigió la atención hacia su padre. Respiró hondo, vacilante, antes de tocarle; levantó la mano sobre las manos unidas que el difunto mantenía sobre el pecho; cerró los ojos y, en cuanto se sintió preparado, bajó la suya.

La sacudida violenta y brevísima que lo invadió le dijo que aquel hombre duro y severo había tenido miedo de la muerte que había sentido llegar a causa del fuerte pero breve dolor en el pecho.

Lo que quedaba de él era un limbo de sensaciones vacuas.

Emergían el afecto, la gratitud y el amor por la mujer que le había sido fiel y le había amado incondicionalmente, incluso cuando no lo merecía.

Luego el arrepentimiento por el primogénito, por no haberlo amado como debía. Esto conmovió a Keiran más allá de lo imaginable.

Por último, la esperanza en su hijo menor, Roy, y el inminente encuentro con su amado hijo muerto.

Y después de eso, sólo silencio y muerte física. La vida infinita flotaba misteriosamente a su alrededor.

Retiró la mano y volvió a abrir los ojos.

Saber que había formado parte de los últimos pensamientos de su padre conmovió sobremanera el alma sensible de Keiran, que a duras penas pudo contener las lágrimas. Volvió a respirar con regularidad.

—Te amó mucho, pero a su manera —afirmó.

La duquesa no pudo contener unas lágrimas de emoción.

—¿Ha sufrido, Keiran? —preguntó la mujer esperanzada—. Yo estaba dormida y no sé qué me despertó, pero él me agarró fuerte de la mano...

—Poco. Prácticamente nada.

Lady Northcliff encontró un poco de consuelo en esas palabras.

—Sabes que te quería, ¿verdad, Keiran?

El nuevo Duque de Northcliff se puso tenso: no le gustaba expresar sus sentimientos ni escuchar los de los demás. Era algo que le incomodaba.

—Lo sé. Lo he sentido.

—Estoy segura de que también tuvo un pensamiento para ti y Roy antes de...

—Sí, mamá, así fue.

* * *

8 de marzo de 1809

Simon Calter, conde de Portland, había trabajado durante años con el duque de Northcliff en la administración y contabilidad de su patrimonio.

Todo había empezado después de que su madre, Lavinia Russell, condesa de Portland, que había sido la amante del duque cuando éste se marchó de casa, le hubiera amenazado con algo de lo que él no había querido saber. Poco después, había ido a disculparse por el comportamiento de su madre, a desvincularse de sus intenciones (que él desconocía), y a pedirle un trabajo honrado y digno de un noble de su rango.

Northcliff, por su parte, se había dado cuenta de que el conde era totalmente ajeno a los turbios engaños de la condesa; además, le distinguía una marcada gentileza que hacía resaltar negativamente la vulgaridad y rudeza de la madre.

Por eso, sin pensárselo dos veces, lo había acogido de buen grado bajo su protección, enseñándole todo lo que había que saber sobre el mantenimiento de grandes propiedades y el manejo de grandes sumas de dinero.

Por eso, el conde de Portland se había sentido agradecido a aquel hombre que le había mantenido en su propia casa con sus hijos, había soportado el nerviosismo y la severidad de éste, la amargura que le producía el dolor por la pérdida de su segundo hijo, la intransigencia y la extrema formalidad... que le hacía ser detestado y temido por muchos.

Pero también le había admirado por sus dotes y habilidades en la gestión de su inmenso patrimonio, por su soltura para conversar con los miembros más dignos del entorno político, por la sapiencia con la que aconsejaba a ministros o embajadores en delicados asuntos diplomáticos.

Lo único que no soportaba del duque era el fastidio que demostraba por el hijo mayor, Keiran, conocido como el Marqués Oscuro.

Ciertamente era bastante anómalo que un hombre adulto como el marqués tuviera tantas dificultades para la lectura y la escritura, las cuentas y el estudio en general, sobre todo teniendo un padre tan capaz. Sin embargo, lord Lothian había levantado él solo su pequeño imperio de barcos y, según todos los indicios, estaba obteniendo pingües beneficios. Y para ello hacía falta algo más que una afición al estudio.

Ahora, de pie en la puerta del estudio del duque, donde él mismo había estado trabajando durante horas, observó el perfecto perfil del marqués, el nuevo duque de Northcliff.

Él permanecía inmóvil, como esculpido en mármol, con su habitual aspecto oscuro y misterioso, con su traje azul, una camisa blanquísima que realzaba aún más su tez bronceada; miraba por la ventana, fijamente hacia un punto lejano, con los ojos apenas entornados; la luz de la tarde revoloteaba a su alrededor con matices rosados. Simon no sabía que el duque se había

percatado de su presencia, y Keiran le hizo creer que no le había oído.

—Excelencia.

Keiran se dio la vuelta. Se miraron fijamente durante unos segundos, y entonces el conde se acordó de hacer una reverencia. El duque le señaló la silla situada frente al escritorio y se sentó en el asiento que su padre había ocupado hasta el día anterior. Era todo tan extraño, sentado allí frente al conde, siendo duque.

—Mi padre os tenía en gran estima, y confiaba en vos.

El conde no sabía qué decir.

—¿Os quedaréis? —La pregunta formulada sin rodeos descolocó al conde de Portland. Aunque sólo fuera por el hecho de que el duque le estaba preguntando y no reclamándole que se quedara.

—Excelencia, si consideráis que puedo seros de ayuda, me sentiría honrado de continuar para vos el trabajo que siempre hice para vuestro padre.

Keiran, satisfecho, abrió el cajón y sacó un gran sobre que contenía un gran número de documentos. Hojeó algunos papeles y seleccionó una decena. Se los entregó al conde, que no tardó en cogerlos.

—Esto es lo que poseo. Al lado encontraréis las cantidades que indican beneficios, ingresos y gastos.

Lord Portland revisó los documentos con interés, y se sorprendió al comprobar que lord Northcliff disponía de no menos de seis barcos, todos ellos dedicados a actividades comerciales, que rendían grandes sumas con cada cargamento. Las pérdidas ocasionadas por la piratería o el mal tiempo eran escasísimas.

—Necesito a alguien de confianza que se ocupe de mis asuntos. ¿Queréis hacerlo vos?

—No pensaba...

—No estáis obligado.

—No, quiero decir... que también sería un honor ocuparme de vuestro negocio, Excelencia. Disculpad, no creía que vuestra propensión al comercio era tal que...

Keiran adivinó inmediatamente el pensamiento de Simon y no le culpó por ello. Lo miró pensativo, incomodándolo.

—Recibiréis una remuneración justa por este trabajo. Sin embargo...

—Excelencia, disculpadme si os interrumpo. No quiero que me paguéis de más, os lo ruego, no me malinterpretéis.

—Recibiréis una remuneración justa por este trabajo —repitió el duque lentamente, sin admitir réplicas—, sin embargo —añadió cuando estuvo seguro de que el Conde lo había entendido bien —, os aconsejo que penséis en la propuesta que voy a haceros. —Keiran vio a lord Portland prestándole atención—. Os pagaré el diez por ciento de las ganancias del «Bloody Mary» en cada cargamento, en lugar de un salario justo por el trabajo extra que vais a hacer para mí.

El conde de Portland se quedó sin palabras. Nunca nadie le había hecho una oferta tan ventajosa. Volvió a mirar el papel que tenía en la mano para comprobar las ganancias del «Bloody Mary».

Ante aquel gesto Keiran se tomó la libertad de sonreír, seguro de que no le vería.

—El «Bloody Mary» no es mi mejor barco, pero siempre se mantiene entre los cuatro primeros.

—Estoy muy confundido, excelencia. No sé qué responder.

—De hecho, no deberíais hacerlo: una respuesta así requiere cierta reflexión. Pensaréis en ello en vuestro tiempo libre, no obstante, comenzaréis a trabajar en la gestión del comercio de mis

buques de inmediato.

—Por supuesto, excelencia.

Keiran sabía que el diligente conde podría empezar aquella misma tarde, y decidió explicarse mejor.

—Empezaréis dentro de unos días. Y no trabajaréis aquí, en este estudio.

Lord Portland le miró atónito. Siempre había ocupado aquella habitación para desempeñar sus funciones.

—Ramsay me ha dicho que vuestra habitación se encuentra en la otra ala de la casa.

El conde se lo confirmó.

—Elegiréis la pieza de esa ala que más os convenga para convertirla en vuestro estudio. También elegiréis las habitaciones más apropiadas para disponer de vuestros propios aposentos. Tomaréis vuestras comidas con nosotros sólo cuando lo deseéis. Sólo tenéis que avisar a Ramsay o a Mrs. Brodie.

Lord Portland, poco acostumbrado a tal independencia, se quedó pasmado mirando fijamente el azul oscuro de los ojos del duque, sin reparar que estaba resultando grosero.

Pero el duque comprendió enseguida su estado de ánimo y esperó a que el pobre Simon se recuperara.

—Lord Northcliff, os agradezco infinitamente la confianza que habéis depositado en mí y la libertad que tan generosamente me ofrecéis en vuestra morada.

Keiran le hizo un gesto con la cabeza y se levantó.

El conde hizo lo mismo.

—Lord Portland, me preocupa sobremanera la gestión precisa y puntual del «Eleonor Grace». Encontraréis toda la información en los documentos, pero no dudéis en preguntar.

—Por supuesto, excelencia. Prestaré especial atención al «Eleonor Grace».

* * *

9 de marzo de 1809

—Lord Portland, ¿se quedará con nosotros?

Keiran miró a su madre y asintió con la cabeza.

—Kein, ¿No será ya hora de que Roy se quede un tiempo con nosotros?

Colin Roy, el hermano menor del duque, siempre había estado muy interesado en el comercio y, cuando Keiran le había dado la oportunidad de hacer sus pinitos en uno de sus barcos, había considerado oportuno marcharse de casa y vivir sus propias experiencias, para decepción de su padre y preocupación de su madre.

—¡Mamá, por favor! —exclamó Roy con su habitual impaciencia.

Keiran le miró amenazador por la irreverencia hacia su madre.

—Perdóname mamá —dijo de inmediato, temiendo a su hermano—, pero me gusta lo que hago y aquí no sería de ayuda para nadie.

—Eso no es correcto —dijo la duquesa madre—. ¡A mí me serías de gran ayuda! —Roy rio a mandíbula batiente.

—¿Y para hacer qué? —preguntó sin dejar de reír—. Apuesto a que cogerte del brazo para acompañarte a cenar.

—Para animarme. Dios sabe cuánto lo necesito ahora que... —Suspiró acongojada, tratando de no dejarse vencer por la emoción—.Ya lo sabes, Roy, ¡tú eres nuestro rayo de luz!

—¡Mamá, déjalo! —dijo horrorizado—. ¿Rayo de luz? No soy una hembra, ¡y mucho menos un caballo! Rayo de luz... parece un nombre adecuado para una yegua.

Keiran no pudo contener una carcajada. El joven Roy era realmente divertido.

—Bueno, así es como podríamos llamar a la yegua que Kein le regalará a su futura esposa —dijo Lady Northcliff.

—¿Kein se casa? ¿Y me lo decís así? —Se puso de pie y miró a su hermano. En realidad, era casi un palmo más bajo que su hermano, lo que hacía que la escena fuera bastante cómica—. ¡No me has dicho nada! —gritó el joven con ímpetu.

—¿Dicho qué, Roy?

—¿Que te casas?

—Yo no me caso.

—Pero mamá ha dicho que tu esposa...

—Mamá ha dicho que Rayo de Luz sería un buen nombre para la yegua que le daré a mi prometida.

—¿Y quién es?

—Nadie.

Roy, más confundido que nunca, volvió a sentarse, mirando a su hermano con ojos enigmáticos.

—Bueno —intervino la duquesa—, una que podría serlo...

—¡Mamá!

—Lo sé, Kein, que no te gusta que...

—No me gusta en absoluto.

—... y a mí tampoco, la verdad... —especificó la duquesa, ajustándose la falda.

—Pero en definitiva, ¿se puede saber quién es?

—Lady Georgia, hija del conde de Bath —explicó Lady Northcliff.

—¡Ah! Entiendo —dijo elocuentemente Roy.

—Vuestro padre le apreciaba mucho, me refiero al conde de Bath que era su gran amigo, y es innegable que la petulante Georgia sabe hacer honor al título cuando así lo desea.

—Lo que rara vez sucede —dijo Roy con evidente espontaneidad.

—No es educado expresarse así, Roy. Tal vez si le enseñaras a la chiquilla un par de cositas —probó lady Northcliff.

—No. —El tono perentorio del duque de Northcliff hizo que la duquesa madre se diera cuenta de la antipatía que sentía por Georgia: era evidente que su hijo había captado algo negativo en aquella muchacha.

—Muy bien. Si Keiran dice que no, entonces es no.

—Bien dicho, mamá —confirmó Roy.

—Gracias, cariño.

—Excelencia —dijo Ramsay, que había entrado en el salón un momento antes, dirigiéndose a la duquesa—, la carta que me habéis pedido que os trajera de vuestra alcoba.

—Ah sí, gracias Ramsay —dijo Lady Northcliff cogiendo la carta de la bandeja de plata—. Puedes llevártelo todo, Ramsay, gracias. —añadió, refiriéndose a tazas y tetera, bandejas y dulces.

—¿De qué se trata, mamá? —le preguntó Roy intrigado.

—Es una de las muchas cartas de mi amiga Martha, lady Hereford.

Keiran levantó la cabeza al oír ese nombre.

—Estoy muy preocupada por ella, su hija Nancy Jane y su sobrina Eleonor Grace.

—Un momento, me he perdido —dijo Roy—. El conde de Hereford era tu amigo, ¿verdad, Kein?

—Sí.

—Y además, el conde y su esposa... —continuó Roy no recordando bien lo sucedido.

—Un accidente —explicó Lady Northcliff—. Dejaron a su hija Eleonor, que en este momento sería potencialmente riquísima, al cuidado de su querido hermano, Ernest, que también heredó el título. Martha es su esposa.

—Ahora lo recuerdo —dijo Roy satisfecho.

—Keiran, me gustaría que leyeras la carta, de hecho —se corrigió apresuradamente lady Northcliff, siempre guardando las apariencias con elegancia cuando se trataba de la lectura y la escritura para Keiran—, permite que Roy la lea en voz alta para que se convenza de que es de gran ayuda y se quede con nosotros.

El joven Roy MacKendrick sonrió complacido y con sus casi veintidós años de edad mostró una expresión encantadora que habría vuelto loca a cualquier jovencita en busca de marido... e incluso a unas cuantas damas ya desposadas.

—De acuerdo. Leeré para vosotros. —Tomó la carta y comenzó.

—Está fechada a 20 de febrero de 1809.

«*Mi querida amiga, lamento que cada vez que te escriba, lo haga con el corazón cargado de tristeza y preocupación.*

Ernest no se encuentra nada bien. Nunca se ha recuperado de la gripe que tuvo antes de que los queridos Nick y Sophie nos dejaran y, desde luego, su marcha no ha contribuido positivamente a su salud. Está cada vez más débil y no sé qué haría si Eleonor Grace no estuviera aquí.

Es fuerte y sensata, nos apoya y nos quiere como sólo una hija puede hacerlo. Y lo que ha hecho por nuestra Nancy Jane es una prueba de ello: Nick y Sophie le habían dado permiso para ir a París, acompañada por el doctor Phillips, nuestro médico de cabecera, para estudiar el lenguaje de signos y luego poder enseñárselo.».

—¿Lenguaje de signos? ¿Qué es eso? —preguntó Roy interrumpiendo la lectura.

—Una serie de signos realizados con las manos —le respondió Keiran—. Permite a sordos y a sordomudos expresarse y entender a los demás. Ahora continúa y no interrumpas.

—De acuerdo, Kein. Vale, ¿dónde me había quedado? Aquí.

«*... y luego poder enseñárselo. Quiso cumplir su promesa, a pesar de que el duelo la había dejado exhausta y dolorida, y consiguió el permiso de Ernest para llevarse también a Nan. Por aquel entonces yo también decidí marchar a la ciudad de la luz, desde septiembre hasta Navidad y todo fue maravilloso. Ahora las dos hablan con gestos, con gran rapidez, ¡y es algo increíble! Además, ¡París es precioso! Pero eso ya lo sabes.*

A nuestro regreso encontramos a Ernest apático y débil. Las Navidades transcurrieron tranquilas y, Dios me perdone, todos nos alegramos de que Andrew las hubiera pasado en la propiedad que le confió Nick en su testamento, en Molash.

Ahora su presencia no es bienvenida debido a sus modales irreverentes e irrespetuosos. Bebe mucho y parece que las cosas no van como debieran en Molash. Algunos miembros del servicio se han marchado a causa de las severas palizas que les ha propinado. Dos de ellas, dos jóvenes criadas, al parecer fueron forzadas. ¿Cómo puede una madre oír tales cosas sobre su propio hijo? Y te pregunto, ¿qué he hecho yo para tener un hijo así?».

—¡Pero ese gusano de Andrew Hambrook no cambiará nunca! Deberíamos hacer algo, y tú,

Kein, sin duda podrías...

La expresión de descontento de Kein lo detuvo en seco.

—Perdón. Sigo leyendo.

«*Ernest ya no tiene fuerzas para enfrentarse a él y yo le tengo mucho miedo. Temo a mi hijo, sus reacciones, sus ataques de ira, su locura. Y las chicas, las que más.*».

Roy cogió aire y apretó los labios ante el malestar que sentía. Luego continuó.

«*Nancy Jane siempre lo evita. Eleonor, en cambio, evita quedarse a solas con él, lo he notado, pero yo no había advertido el peligro. Luego me tomé la molestia de observar y la verdad salió a la luz.*

Andrew siente debilidad por Ellie, la mira con deseo, disculpa mi franqueza, el deseo de un hombre por una mujer. Me resultó repugnante, sobre todo después de oír a Andrew hacer afirmaciones descabelladas sobre la riqueza de Ellie. ¡Incluso la servidumbre se encarga de que mi sobrina nunca esté a solas con él!».

Llegados a este punto, los ojos de Roy se abrieron de par en par por el horror y la indignación. Miró a su hermano en busca de apoyo y vio cómo su ira distorsionaba sus apuestos rasgos varoniles. Respiró hondo y decidió no hablar para no empeorar el humor de Keiran, y siguió leyendo.

«*Bridget, estoy preocupada y Ernest no sabe cómo ayudarme. Por ahora le ha ordenado a Andrew que no vuelva a menos que restablezca el orden en Molash y eso debería mantenerlo alejado durante un tiempo.*

No creo que podamos vernos durante la temporada. No estoy de humor para divertirme. Pero si vas a Londres, pásate por Roman Way House: ¡estaremos encantados de tenerte como huésped!

Escríbame pronto, ¡dame nuevas noticias de tus hombres! Eleonor me pregunta a menudo por el Marqués, tu hijo, dice que tiene algo especial, ¡aparte del título!

Te abrazo con cariño, como siempre. Tu amiga Martha.».

El silencio se apoderó de la sala durante un par de segundos. El estrépito de tazas y platillos resonó con fuerza, recordando a los presentes que Ramsay estaba terminando de ponerlo todo en orden.

El mayordomo, impecable en sus modales, fingió no oír ni ver, como corresponde a un buen criado. Llevó las últimas cosas fuera de la habitación, donde colocó todo en un carrito junto a la puerta. Luego regresó, preguntando:

—Excelencia, ¿aún puedo ser de ayuda?

—No gracias, Ramsay —respondió lady Northcliff.

—Con vuestro permiso —dijo haciendo una reverencia. Se marchó, cerrando la puerta en silencio. Se volvió y Mrs. Brodie apareció al instante, susurrando—: No me gustaría ser lady Eleonor.

—Sí, desde luego.

—¿Qué cara tenía el duque?

—La de siempre que se produce alguna injusticia, diría yo.

—Comprendo.

—En tu opinión, Agatha, ¿por qué quería la duquesa que el duque leyera la carta?

—Sólo para hacer justicia.

—Bien hecho. —El mayordomo se quedó quieto un instante y luego añadió—: No me gustaría estar en el pellejo de ese canalla de Andrew Hambrook.

—Desde luego. ¿Angus?

—¿Sí?

—¿Tú sabes cómo es lady Eleonor?

—Por desgracia no, Agatha.

—En cualquier caso, siento que me gusta.

—Desde luego.

—Y también siento que Andrew Hambrook es un canalla.

—Bien dicho.

—¿Eleonor Grace?

—Sí.

—Exactamente igual que uno de sus barcos...

—Exacto, Agatha.

—Y no sabemos el porqué, ¿verdad Angus?

—No, no lo sabemos.

—Creo que ha llegado la hora de obtener más información, Angus.

—Bien dicho, Agatha.

* * *

10 de marzo de 1809

La expresión concentrada y los ojos apenas entornados denotaban el esfuerzo que el duque de Northcliff estaba desplegando para intentar leer correctamente los titulares de los artículos del *The Morning Post*.

Sólo se fijaba en los titulares, ya que estaban escritos en un tipo de letra lo suficientemente grande como para que pudiera leerlos con mayor facilidad.

Los artículos impresos en letra pequeña y estrecha le causaban confusión e incomodidad: era como si las letras se amontonaran, superponiéndose unas a otras, al leer cada palabra se encontraba inexplicablemente mirando la segunda sílaba en lugar de la primera y leyendo desde la mitad de la palabra hacia atrás en lugar de desde el comienzo.

Había sido así desde que tenía memoria.

Su preceptor se había desanimado al principio; luego, con el paso de los años, había bajado los brazos, sin entender qué le ocurría al introvertido y misterioso joven noble. Incluso había dudado de su capacidad como enseñante, hasta que Axel, el segundo hijo, se convirtió en su mejor alumno, haciéndole recuperar tanta confianza en sí mismo que probó nuevos métodos de enseñanza con lord Keiran.

Los resultados de estos esfuerzos fueron tanto positivos como negativos, ya que las habilidades del heredero del duque eran escasas en algunas materias, como lectura, escritura o ejercicios de memoria, y muy por encima del estándar en otras, como la comprensión intuitiva de cálculos matemáticos no escritos o la habilidad práctica manual, artística, técnica y la creatividad increíblemente explosiva.

El agotado tutor había adivinado que sería bueno insistir en aquellas actividades en las que el chico tenía más éxito, pero el duque no lo permitió de buen grado, exigiéndole a su hijo lo que éste era incapaz de hacer.

Cuando Keiran tuvo edad suficiente para viajar a Europa, costumbre entre las familias nobles, todas las relaciones con su maestro se rompieron.

Nadie, excepto los miembros cercanos de su familia, conocía de sus dificultades, por lo que Keiran siempre tuvo mucho cuidado de no exponerse ni revelar demasiados detalles, por temor a la desaprobación e incomprensión de los demás. Sólo su muy querido amigo Daniel Johnson, marqués de St. James, estaba al corriente de ello. Y mucho más en verdad, ya que ambos habían sido amigos desde tiempos inmemoriales. Desde que Keiran había salido de casa, Daniel y él eran casi como hermanos de sangre, compartían sentimientos, emociones, experiencias de viajes y negocios.

De ahí que el marqués de St. James ni pestañeara al ver el enorme esfuerzo que hacía su fraternal amigo al intentar leer el periódico.

—Buenos días, Northcliff —dijo al entrar en la sala del desayuno.

—Prefiero que me sigas llamando Blake.

—Ahora es tu nombre. Cuanto antes te acostumbres, mejor.

Keiran suspiró, admitiendo que Daniel tenía razón.

—¿Qué estás leyendo?

—Los titulares.

—¿Algo digno de interés?

—*«Las mujeres en el Código Napoleónico»*.

—Suena muy interesante. Pero ¿no has tenido bastante de ese enano calvo? —Lord St. James siempre se mostraba muy explícito cuando se trataba de Bonaparte. Además, tanto él como Blake habían pasado mucho tiempo desde 1799, poco después de la muerte de Axel, buscando información sobre los planes y movimientos del corso más famoso de Europa.

El hecho de que hubieran iniciado una actividad comercial con sus propios barcos les había colocado en una posición bastante ambigua, tanto a ojos de ingleses como de franceses: los primeros, en la persona del príncipe regente, apoyaban a los dos nobles por conveniencia, recibiendo a cambio valiosa información, lo que constituía un verdadero espionaje; los segundos, considerándolos peones potenciales e incautos, convenientes para su causa, para la que unos cuantos barcos más serían un regalo del cielo, nunca se opusieron abiertamente a ellos.

Pero tanto ingleses como franceses albergaban una desconfianza común: siempre actuaban con cautela cuando trataban con Wolf, es decir, Daniel, y Blake, por miedo a una traición por su parte.

—Déjame ver. —Daniel le tendió la mano y Keiran le dio enseguida el periódico, sabiendo que su amigo se lo leería—. «Las mujeres en el Código Napoleónico», de Carole O'Green. —Lord St. James reflexionó un momento, entornó los ojos de color avellana claro, pareciéndose más que nunca a un lobo al acecho, un parecido que le había valido el apodo—. En tu opinión, esta Carole O'Green ¿es realmente una mujer? Sus artículos hablan de temas demasiado masculinos. Yo diría que es un hombre.

—Lee y después tal vez pueda decírtelo.

—Entonces adelante.

«Nunca pediría a realistas y jacobinos que admitieran que los cambios introducidos por el Código Napoleón en la sociedad francesa tienen algo de positivo. Pero sí os lo pido a vosotros, queridos lectores.

Se puede afirmar con certeza que Napoleón Bonaparte se preocupa por las mujeres y los hijos de familia, mencionados innumerables veces en el Código. Seres indefensos y débiles, como las mujeres y los menores de veinticinco años, o de treinta, según el caso, encuentran ahora un

puerto seguro, después de su desorientación, en la absoluta capacidad decisional que el Código otorga al paterfamilias.

¿Cómo, si no, podrían las mujeres, intelectualmente inferiores, arreglárselas solas?

A ellas no se les permite enajenar sus bienes ni disponer de ellos como mejor les parezca, salvo con el permiso de su marido, aunque sea en régimen de separación de bienes, para evitar que cometan errores debido a su falta de inteligencia.

En caso de adulterio, no se les permite reparar el daño con una multa, como ocurre con los hombres, sino que se les obliga a ingresar en correccionales durante un periodo de entre tres meses y dos años, debido a su incapacidad para comprender inmediata y plenamente su error de forma.

El crimen de honor, contemplado en el Código, sólo se permite a los hombres, porque las mujeres no podrían soportar el peso de una condena penal, ni la responsabilidad que ésta conllevaría.

Por las mismas razones, las decisiones finales sobre la educación de los hijos, o cualquier otra elección de gestión familiar, corresponden exclusivamente a maridos y padres, para evitar que las mujeres se expongan demasiado, arriesgándose a parecer aún más frágiles e incapaces.

En definitiva, al concluir la lectura del Código Napoleónico, uno no puede sino admirar la ponderación y diligencia de los juristas para preservar la figura de la mujer, intacta e inmaculada, totalmente desvinculada del mundo que la circunda, relevada de todas las responsabilidades y de todos los derechos que de tales responsabilidades se derivan. Igual que los perros, que necesitan constantemente la supervisión autoritaria, capaz e inteligente de su amo para vivir.».

Daniel, aún incrédulo por el artículo que acababa de leer, miraba el periódico sin verlo.

—Irónicamente provocador —sentenció pasándose una mano por el cabello, un gesto que repetía a menudo en sus momentos de máxima reflexión.

—Es una mujer.

Daniel negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Un hombre que quiere hacerse pasar por una mujer. El artículo es demasiado provocador, demasiado irónico, demasiado...

—¿Demasiado inteligente?

—Puede, quiero decir, no es que una mujer no sea capaz de... —Lord St. James se dio cuenta de que su noble amigo esbozaba una sonrisa—. ¿Me estás provocando? Sabes que no soy machista y has entendido lo que quería decir.

Keiran le quitó el periódico y lo colocó en una silla. Luego reanudó su desayuno.

Daniel se sirvió una generosa porción de tocino mientras preguntaba:

—¿Volverás a Londres?

—No.

—Me lo imaginaba.

—Dan, tendrás que ocuparte de las naves que lleguen durante los próximos meses.

—De acuerdo, no representa ningún problema. El primer arribo no se espera hasta abril y, si no te importa que esté aquí, me quedaré unas semanas más.

Keiran le agradeció a Daniel que se ofreciera a quedarse más tiempo: nunca habría tenido el valor de decirle que necesitaba su compañía.

—Tu presencia siempre es bienvenida, Daniel —dijo Keiran en un tono extremadamente formal. Luego, inesperadamente, murmuró —: Y en estos días más que nunca.

Daniel miró sorprendido a su amigo.

Keiran no intentó ocultar la tristeza y el pesar que revelaban sus ojos.

Luego siguieron desayunando en silencio.

* * *

El marqués de St. James vio a Lady Northcliff y a su hijo menor, lord Colin Roy, paseando por el jardín y detenerse bajo el roble del lado oeste del castillo, donde se sentaron en un banco desgastado. Se acercó a ellos.

La duquesa le sonrió en cuanto lo vio. Roy se levantó para saludarle.

—Lady Northcliff —dijo saludándola con un formal besamanos—, ¿cómo os encontráis esta mañana?

—Muy bien, mi querido St. James. El tiempo alivia el dolor y la soledad. No voy a impedir que mis hijos continúen su vida por mi culpa, aunque admito que su presencia me reconforta mucho, al igual que la vuestra.

—Os agradezco de todo corazón el afecto que siempre me demostráis. Sois una mujer con una excelente capacidad de adaptación y fortaleza. Estoy seguro de que sabréis hacer frente a cualquier situación difícil, y no me extrañaría que fuerais vos quien apoyarais a vuestros hijos, si alguna vez lo necesitaran.

—Una madre tiende a volverse especialmente combativa cuando se trata de ayudar a sus hijos... A propósito de esto, me gustaría confiarte mi preocupación por la reacción que pueda tener Keiran ante el joven Andrew Hambrook.

—Estoy al corriente de los hechos, lady Northcliff, tanto porque Blake me lo ha contado como porque, como ya sabéis, los beneficios del «Eleonor Grace» han sido destinados a Lady Eleonor desde la muerte de Nick, el conde de Hereford. Nada se le escapa a Keiran, no temáis.

Pero Lady Northcliff no captó el verdadero significado de la última frase.

—No quisiera que su sed de justicia fuera más allá de lo lícito.

—Mamá, tal vez no tuviste una buena idea cuando le hiciste leer la carta de lady Martha —dijo Roy, deseando que su madre no se sintiera culpable.

—Tal vez. Sólo quería que estuviese más atento con la joven Eleonor Grace, quizá para controlarla mejor, aunque sabía que no tenía derecho a hacerlo.

—Lady Northcliff, vos conocéis bien a Keiran. ¿Qué os hace pensar que no ha estado vigilando de cerca a lady Eleonor Grace desde hace algún tiempo, incluso desde la muerte de los pobres cónyuges de Hereford? — La frase del marqués quedó inconclusa, como una insinuación, esta vez lo suficientemente elocuente como para no ser malinterpretada, pero aún no del todo explícita.

—Dan, estás diciendo que...

—Roy, yo no he afirmado nada —indicó Lord St. James con una mirada de comprensión—. Sólo le he hecho una simple pregunta a la querida duquesa. Seguro que no querrás que tu hermano piense que voy por ahí haciendo afirmaciones descabelladas

—Mi querido Daniel —dijo lady Northcliff empleando un tono confidencial que sólo se permitía ocasionalmente con el marqués de St. James—, vuestra amabilidad y consideración hacia una madre angustiada es encomiable y os estoy muy agradecida.

St. James se inclinó tomando la mano de la duquesa.

—Me despido, lady Northcliff, dejándoos al cariñoso cuidado de vuestro hijo. Estoy siempre a vuestra disposición. —Dio unos pasos hacia atrás, luego se dio la vuelta y retomó el camino de vuelta a casa.

—Ni una palabra, Roy. Lord St. James no nos ha dicho nada —susurró Lady Northcliff mientras seguía mirando a Daniel alejarse.

—Quédate tranquila, madre. No tengo intención de sufrir la ira de Keiran.

* * *

Hambrook House
Londres

Eleonor se esforzó por no moverse para no despertar a Nancy. Dormir en la misma cama tenía sus inconvenientes.

Los minutos de insomnio transcurrían jalonados por las campanadas del péndulo, que repicaba con cada hora, mostrándose melodioso durante el día y melancólico por la noche.

Un torbellino de imágenes se cernía ante los ojos de su cansada mente, a cámara lenta, haciéndole revivir los momentos más bellos de su vida junto a sus padres, y luego aparecían fragmentos de momentos tristes, el anuncio de su muerte y accidente, el funeral, el testamento...

Unos ojos azul oscuro, brillantes e intensos invadieron todos sus pensamientos, los ojos de un hombre que observaba impotente el accidente, preocupado por su llanto.

Comprendió que estaba durmiendo, como sólo en sueños puede ocurrir, de forma irracional e inexplicable.

La campiña a su alrededor se oscureció.

El atractivo rostro del nuevo duque de Northcliff se acercó y ella aspiró su perfume, preguntándose cómo era posible tener percepciones tan realistas en un sueño.

Levantó una mano y le rozó el mentón. El contacto con la piel masculina, áspera por la barba, la sorprendió porque la sensación era más real de lo que podía expresar. Pero sabía que estaba soñando.

Él no se movió. Todo estaba en aquellos ojos penetrantes, un mundo de emociones y sentimientos que él ocultaba pero que ella sentía concreto y real.

De repente, el duque le secó las lágrimas con los dedos y se inclinó para besarla.

Un torrente vibrante recorrió su cuerpo y una llamarada de calor le quemó las entrañas.

Nunca había sentido nada igual, ni siquiera besando al vizconde Hamilton.

Comprendió qué era la excitación por un hombre al que apreciaba de un modo especial.

Al unísono se abrazaron, con fuerza, con una obsesión posesiva que nada tenía que ver con el desapego al que estaban acostumbrados.

Sólo en ese momento Eleonor conoció la plenitud pura que sólo puede brotar de la unión de dos almas perfectas.

Se despertó de repente, poniéndose en pie en la oscuridad. Su respiración era agitada y el sudor le caía por el cuello.

Se tocó los labios, se los lamió, recordando la maravillosa sensación de la boca del duque. Aún tenía su sabor en la boca, como si hubiera sido real.

¿Qué tenía de especial aquel hombre?

¿Qué le ocurría cada vez que soñaba con él?

Estaba estupefacta.

Razonó temerosa que algo sobrenatural lo caracterizaba. De lo contrario, no habría podido explicar la impresión de haberlo tenido entre sus brazos, de saborear la humedad de su boca y de oler el aroma masculino que aún impregnaba sus fosas nasales.

* * *

Shell Bay Manor
Fifeshire, en el Estuario de Forth, Escocia

La sonrisa de Nick al mirarle con orgullo por los logros de sus barcos iluminó sus pensamientos.

Había sido un verdadero amigo, un apoyo, la razón para seguir adelante y buscar su gratificante aprobación.

El duque de Northcliff apretó los dientes en un esfuerzo por no arrojar su vaso a las llamas de la chimenea. Un nudo en la garganta le impedía respirar.

Colocó el cristal en la repisa y se quitó la bata oscura, quedándose desnudo.

Un escalofrío le sorprendió cuando se apartó del calor del fuego.

El corazón le latía contra el esternón como un tambor y colocó la mano izquierda sobre él.

Algo insospechado iba a suceder, podía sentirlo. Algo no del todo inminente, pero sin duda importante.

Odiaba percibir situaciones venideras sin estar seguro de los detalles.

Apagó la vela y se tumbó bajo el pesado cobertor, con un brazo por encima de la cabeza.

Nick y su mujer, dulce y hermosa esposa enamorada, destacaban entre las sombras del dosel de terciopelo. Podía verlos riendo, tan tangibles como si fueran reales, con sus elegantes ropas mientras asistían a una de las muchas fiestas en las que habían participado juntos.

Entrecerró los ojos. Un suave grito le hizo abrirlos de nuevo.

Lady Eleonor estaba allí, frente a él, con la cabeza inclinada para ocultar el dolor que revelaba su rostro.

Alrededor de ellos estaban los restos del accidente y esto le confirmó que estaba soñando.

Y como sólo sucede en los sueños, irracionalmente, la campiña que les rodeaba se volvió oscura. Sólo quedaron ellos dos.

Se acercó a la joven, lo suficiente como para llenarse sus fosas nasales con su perfume, delicado y embriagador.

Se miraron el uno al otro. Era sorprendente leer en el verde de los ojos de ella cuánto podía comprenderle. Por primera vez se sintió vulnerable y al mismo tiempo realizado.

Lady Eleonor le tocó la barbilla y él tuvo el impulso de estremecerse. No lo hizo para no mostrarse débil.

Con los dedos de la mano izquierda enjugó las lágrimas de la muchacha, acariciando su piel, blanca y suave. Era tan hermosa...

Se inclinó hacia ella y la besó, impulsado por una fuerza invisible, desconocida incluso para su mente habitualmente disciplinada.

Invadió su boca y todo pareció perfecto.

¡Qué maravillosa percepción emergió! Era sólo un sueño, lo recordaba bien; pero era tan tangible y concreto que lo vivió como una realidad.

La estrechó contra sí, pegándose totalmente a ella, haciendo de aquella unión un ideal deseable.

Un calor totalmente inesperado recorrió su cuerpo y la excitación entre sus piernas le hizo empujar hacia delante. La compulsión que sentía no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Se despertó sobresaltado.

Sentado en la cama, miró a su alrededor y sólo vio sombras.

La exagerada erección le confirmó que no había sido sólo un sueño. No le sorprendió porque le ocurría a menudo.

Se pasó los dedos por el cabello y trató de modular la respiración para recuperar la calma.

La sospecha de que ella hubiese tenido la misma experiencia visual le perturbó sobremanera.

¿Qué habría pensado la joven?

¿Qué le estaba ocurriendo a él?

¿Cuál era el significado de aquel sueño que le parecía tan real como para sentir que de verdad la había tenido entre sus brazos?

Se miró las manos en la penumbra creada por la luz de la luna que entraba por las ventanas.

Consideró seriamente la posibilidad de que la hermosa e inteligente muchacha, que con demasiada frecuencia ocupaba sus pensamientos, pudiera convertirse en la razón de los cambios que su vida estaba experimentando.

Aceptarlo era la mejor manera de vivir, era consciente de ello.

Pero Keiran nunca había sido un hombre que se conformara pasivamente con lo que tenía delante, aunque hubiera sido dispuesto por la Providencia.

Decidió que el innato sentido del deber que le caracterizaba, le guiaría sus elecciones, tomando, como siempre, el camino más adecuado para un duque.

Pero no había contado con la indecible atracción que sentía por la vivaz y atractiva joven.

Convencido de que podría contrarrestar la emoción y el sentimiento que lo llevaban hacia ella, y confiado en su innata seguridad, Keiran se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO 10

Roman Way House
Ashford, Kent

21 de diciembre de 1809

—Es inaceptable que todavía no te haya devuelto las cosas de Sophie y Nick, ¡ya ha pasado más de un año! —Lady Hereford exteriorizaba toda su irritación llevándose las manos al regazo, donde descansaba la carta que el *Bow Street Runner*, Hugh Foster, había enviado a Ellie—. Deberíamos hablar con el tal Foster. Perdona, Ellie, ¿no era el marqués... quiero decir, el duque de Northcliff quien se ofreció amablemente a seguir las gestiones de Foster? —No esperó respuesta—. Creo que le escribiré a Bridget.

Eleonor, al oír el nombre del duque puso el cerebro en marcha. «¡Pues claro! ¡El duque! ¿Quién mejor que él? ¿Bridget? Su madre... no. Lo haré yo misma».

—Después de todo, somos amigas —continuó implacable tía Martha—, y seguramente no tendrá ninguna dificultad en recordar a su hijo que hable con Foster e interceda por nosotros.

—No.

—¿Qué has dicho, cariño?

—He dicho que no, tía Martha, no molestes a la duquesa, no hay razón para ello. Yo misma le escribiré al duque.

—Pero cariño, ¡eso es completamente inapropiado! Busquemos otra manera.

Nancy Jane alargó la mano para tocar el brazo de Ellie.

—El duque y tú ya os habéis carteado antes —dijo Nan utilizando el lenguaje de signos.

—¿Qué dices, Nancy, cariño? —preguntó Martha.

Nan continuó sin hacer caso a su madre.

—No habría nada indecoroso en mencionar, casualmente, que los bienes personales de tus padres...

—Las cartas sólo hablan de asuntos de negocios, ya sabes, los ingresos que me corresponden por herencia y todo eso —respondió Ellie con gestos—. *Y por cierto, nunca es el duque quien escribe, sino el conde de Portland, que se ocupa de la administración de la familia Northcliff*

—¿Así que nunca le has escrito directamente? —preguntó Nan intrigada por el hecho.

—Querida, ¿qué dice Nancy Jane?

—Un momento, tía. *No, nunca directamente a él. Por supuesto, tía Martha no lo sabe...*

—¿Qué estás tramando, Ellie? Mamá confía mucho en ti...

—Bueno, chicas, no me dejéis sin enterarme de nada.

—Tía, parece que Nan ha dado en el clavo. Discúlpame un instante y te lo contaré todo. *Nan no te preocupes, no montaré ningún lío. Préstame atención y sostén mi mentirijilla*.

—Ellie, sabes que no me gusta mentir.

—Por favor Nan, no lo compliques ahora: finge que sigues convencida de que es el Duque quien me escribe, eso es todo. —Eleonor observó a Nancy Jane reflexionar durante un segundo, y luego la joven le sonrió—. Tía, esto es lo que Nan me ha recordado: el duque de Northcliff y

yo ya nos escribimos debido a la pensión que me ha dejado mi padre.

—Observación muy oportuna, Nancy —dijo Lady Hereford, complacida con su hija.

—Y de ese modo, podría escribirle para preguntarle por la renta vitalicia y mencionar, fortuitamente, mi disgusto por no haber recibido aún de Foster los bienes personales de mis progenitores.

—¡Hum, sí! —reflexionó la mujer—, quizás pueda hacerse. Después de todo, el duque...

—¿Quién le escribe a qué duque? —El tono aparentemente bromista no bastó para que las damas no se asustaran al oír la voz de Andrew Hambrook.

Nan se quedó helada al ver a su hermano.

Eleonor contuvo la respiración.

Martha, aunque pareciera extraño, ni se inmutó y, ocultando su decepción, dijo:

—¡Querido hijo! ¡Qué alegría que hayas vuelto!

Se levantó y le tendió la mano, que Andrew cogió y besó. Ella lo miró sonriente, y por unos segundos, en lo más profundo de aquellos ojos grises encontró una luz antigua, la misma que Andrew tenía de niño, cuando en su dormitorio solía pasar tiempo con ella, sentados en la gran alfombra y entreteniéndose con distintos juegos, como la construcción con piezas de madera, o con soldaditos de plomo. La mujer estuvo a punto de moverse, pero aquella luz ya había desaparecido y su hijo volvió la mirada hacia su prima.

Caminó hacia ella, ignorando por completo a su hermana.

Eleonor no pudo soportarlo.

—Nan, levántate —le dijo en voz alta, fingiendo no ver a Andrew que estaba frente a ella—, tu hermano ha venido a saludarte. —Y se apartó.

En un principio, Andrew no comprendió si el gesto de Eleonor pretendía subrayar su ausencia o era puramente accidental. La ingenua sonrisa de su prima le sacó de dudas. Él también sonrió y Eleonor pensó que era un estúpido por no entenderlo. El hombre saludó a su hermana con un beso en la mejilla, sin percatarse del recelo de la joven.

Luego se volvió para hacer lo mismo con Ellie, pero ella, sosteniendo una mano en la de su primo y la otra delante como protección, exclamó con una sonrisa desconcertante:

—Querido primo, soy demasiado mayor para permitir que ningún hombre, ni siquiera mi primo, me bese. El tío Ernest no apreciaría esta falta de cortesía por mi parte. Tampoco estoy dispuesta a hacer que tus numerosas admiradores se mueran de envidia. —Tan educadas y cumplidas palabras confundieron al pobre y ebrio Andrew.

—Pero... estamos en casa, no nos ve nadie.

—Yo ya veo una sombra fuera de la puerta —susurró Eleonor con una expresión conspiradora que serviría para mantenerlo a raya—,sea el tío, el mayordomo, o quienquiera que sea, sabes mejor que yo que los rumores corren y se extienden peor que la hierba mala en verano.

Silencio. Andrew soltó la mano de Eleonor, pero siguió estudiándola pensativo.

La risa de Martha sirvió para apaciguar el ambiente y nadie se dio cuenta de lo fingido que era éste.

—Andrew, no te lo tomes a mal. Ellie tiene razón —dijo Martha mientras se acercaba para invitar a su hijo a sentarse a su lado—. Estoy segura de que lo entiendes. ¿Te apetece un té?

—Sí, gracias —respondió él mientras se sentaba, con los ojos aún clavados en su prima.

Eleonor había desviado la mirada durante un rato y esperaba que el tema del duque no volviera a surgir. Pero no fue así.

—No habéis respondido a mi pregunta. ¿Quién escribe a qué duque?

«¡Malditos seáis tú, Andrew Hambrook, y tu curiosidad!» pensó Ellie.

—Eleonor le va a escribir al duque de Northcliff —le respondió Martha.

El rostro de Andrew se convirtió en una máscara al oír ese nombre, y las tres se percataron.

«¡Anda, fíjate!» pensó Eleonor. «Quizá no sea malo decirle que el duque esté al tanto. Puede que se lo piense dos veces antes de volver a acosarme. No, por sus ojos aterrorizados diría que incluso alguna vez más».

Nancy Jane tocó a Ellie y empezó a gesticular.

—*¿Qué le pasa? En cuanto has mencionado al duque...*

—*Lo teme con locura* —respondió Ellie.

—¿Que ha dicho? —preguntó Andrew receloso.

—Nan dice que te explique más. Verás, lord Northcliff y yo hemos mantenido una estrecha correspondencia desde que fallecieron mis queridos padres. Me informa regularmente de los ingresos, que él me hace llegar puntualmente, y pregunta constantemente por mi familia, por todos vosotros.

Al escuchar «todos vosotros», el rostro de Andrew adquirió un color, primero terroso, y luego rojo. Y su respiración parecía peligrosamente alterada.

Ellie decidió que era demasiado joven para sufrir un infarto y añadió inmisericorde:

—Evidentemente, le describo con gran estima el afecto que me tenéis —y aquí no pudo resistir la tentación de mantenerlo en vilo—, en particular la atención del tío Ernest para que me aproxime con extrema cautela a la edad fijada por mi padre en su testamento para tomar posesión de la herencia.

Los ojos del hombre se entornaron, pero afortunadamente el rubor empezó a remitir. Tomó la taza en la mano y bebió un sorbo, tratando de calmarse.

—Lord Northcliff tiene la amabilidad de preguntarme también por ti, Andrew, y por Molash...

Andrew casi se ahogó: empezó a toser, ruborizándose de nuevo.

—Disculpadme, el té está un poco caliente...

Nan sonrió divertida. El té ya no podía estar caliente y comprendió perfectamente la intención de Ellie.

Lady Hereford estaba preocupada por algún tipo de reacción por parte de su hijo, pero aprobaba la intención de su sobrina. Así Andrew se lo pensaría dos veces antes de incomodarla, o incluso muchas más, teniendo en cuenta el temor que le provocaba al duque.

—Encuentro inapropiada esta confianza que te une al duque de Northcliff —dijo Andrew inesperadamente. Nadie le respondió—. ¿Cómo es posible que un solterón mantenga una relación epistolar con una joven de buena y noble familia? ¡Tanta preocupación por la reputación de Eleonor me parece fuera de lugar si además ella escribe continuamente al Duque Negro!

—¿Duque Negro?

—Sí, Ellie, así le llama todo el mundo desde que es duque.

—¿Por qué?

—Supongo que por el cabello oscuro y la expresión siempre misteriosa y sombría. Todo el mundo le teme, yo no, claro.

Nan sonrió, pero tuvo la decencia de taparse la boca con la mano.

—Andrew —intervino Martha—, las cartas que el duque escribe son absolutamente formales. Informa a Ellie de sus ingresos y, por educación, pregunta por nosotros. Ellie hace lo mismo. Agradece la regularidad de la llegada de la renta y, por urbanidad, responde a las preguntas del duque. Eso es todo.

— No estoy de acuerdo en este punto. No hay necesidad de que Ellie responda o se lo agradezca. Lo que el duque está haciendo es un acto debido, por lo que...

—¿Estás diciendo —lo interrumpió Eleonor—, que debo abstenerme de responder y darle las gracias, pareciendo grosera e ingrata?

—¿Ingrata? Te repito que es obligatorio.

—No es así —le dijo con seguridad Eleonor.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no es como tú sostienes. El acto debido es enviarme regularmente la anualidad. Las cartas son sólo un gesto cordial, amable y considerado hacia la hija de su mejor amigo muerto. Si no le respondiera a Lord Northcliff estaría faltando a lo que me enseñaron mis padres y sería irrespetuoso con el tío Ernest, el conde de Hereford, que tendría que justificar mi falta de educación y avergonzarse de ella.

En ese momento Andrew no supo qué responder y sintió odio por el duque que parecía estar tan cerca de la bella Eleonor como él tan lejos de ella. Y él estaba allí para acercarse lo más posible a su prima y a su dinero. Dinero, ése es el modo de denigrar al duque.

—¿No se te ha ocurrido que la amabilidad del duque de Northcliff podría ocultar su interés por tu dinero? —La estocada fue precisa y clara.

Martha temió un enfrentamiento entre su hijo y Ellie.

—Andrew... —comenzó a hablar Ellie.

—Sé que esta afirmación te disgustará mucho, pero... —dijo él.

—Andrew, ¿por qué lord Northcliff iba a querer mi dinero?

— Qué ingenua eres, querida. Tu dote es prácticamente toda la herencia dejada por el tío Nicholas. Quien se case contigo tendrá el control de todo.

—Andrew —intervino Martha—, no está bien hablar de estas cosas en presencia de tu hermana y tu prima. ¿Podemos cambiar de tema?

—Tienes razón, mamá. —respondió inesperadamente el hijo victorioso—. Sólo deseo que Ellie sea más precavida en el futuro y no deposite su confianza en personas demasiado interesadas.

Eleonor se mordió la lengua para no contrariar a tía Martha, pero la semilla de la duda sembrada por Andrew comenzó a echar raíces. «¿Por qué querría el duque mi dinero? Es rico, al menos eso es lo que sé. A menos que algo haya salido mal, ¿tal vez con sus barcos? ¡No! Es imposible que me haya equivocado con él, parece un hombre responsable y digno de confianza. Y mi padre no le habría dado tanto crédito si no estuviera seguro de sus habilidades. Tengo que calmarme. Papá siempre me lo decía y mamá me aconsejaba que confiara en mi instinto. Y mi instinto me dice que los ojos del duque son más claros que los de Andrew, y más hermosos, él es guapísimo y... ¡maldita sea, cómo me gustaría volver a verle! Si supiera que a veces sueño con él, quiero decir a menudo, ¡demasiado a menudo! ¡Vamos, que pienso en él todo el tiempo! ¡Basta Eleonor Grace! No divagues. Entonces... ah, sí. El dinero y el duque. Tendré que conseguir información. Pero ¿de quién? La tía, tal vez lady Northcliff se lo ha contado, no, si lord Northcliff tuviera problemas de dinero no se lo diría a su madre... ¿o sí? Lo intentaré con la tía. Si no, la otra carta a jugar será acercarme a Alice y Lawrence, quizás en presencia de Lady Wiltshire».

—¿Ellie? —la llamaba Lady Hereford—. Eleonor, querida, ¿todo bien?

—¿Cómo? Disculpa, tía, estaba distraída.

—Tal vez he sido demasiado explícito con la cuestión del duque y el dinero —dijo atento Andrew—. Lo lamento, Eleonor, y me disculpo por ello.

Eleonor lo contemplaba estupefacta, todavía aturdida por las reflexiones que acababa de hacer.

—No importa, no pasa nada. Sólo estaba pensando.

—Perdóname —repitió él tomándole de la mano—, pero alguien tenía que advertirte.

—Gracias, Andrew —dijo ella retirando la mano—. Ahora creo que subiré y responderé yo misma a lord Northcliff. Tal vez él pueda ayudarme a recuperar los bienes personales de mis padres. Tía Martha, si me permites...

—Ve, querida. Nan, acompaña a tu prima. Yo me pasaré más tarde.

En cuanto las chicas se marcharon, Martha se sintió obligada a regañar, de buenas maneras, a su hijo.

—Andrew, deberías ser un poco más delicado, sobre todo cuando hablas con una joven inexperta como Ellie. Me temo que la has disgustado.

—Quizá tengas razón —respondió con condescendencia. Sabía que su madre le serviría de aliada para acercarse a su prima—. Lamento mucho haberle molestado. A veces, al intentar decir la verdad, peco de insensible. Mañana por la mañana me disculparé nuevamente con Eleonor. Sólo espero que sea más cauta. Verás, madre, era sincero cuando decía que el Duque Negro podría querer su dinero.

—Pero Andrew, ¡Lord Northcliff es tan rico como Creso! ¿Qué necesidad tendría de más dinero?

Andrew temía no encontrar terreno fértil con su madre, que parecía tener en alta estima al duque. Se vio obligado a mantener la calma.

—Lo sé, pero sus barcos... —Andrew no acabó la frase, una táctica que funcionó: su madre frunció el ceño con curiosidad.

—¿Sus barcos? ¿Ha pasado algo?

—Bueno, parece que los actos de piratería son bastante molestos... Y la pérdida en esos casos es enorme. Basta con dos ataques piratas o una tormenta y... —El gesto que hizo con la mano fue elocuente.

Lady Hereford pareció creerlo y él lo aprovechó.

—Nunca habla de ello, es esquivo y misterioso. Pero al parecer el marqués de St. James se ha distanciado de él, lo cual resulta extraño ya que han sido siempre como uña y carne. Se rumorea que el duque navega en aguas turbulentas. Por supuesto no hay que hacer caso de todos los chismes, pero...

—Tal vez debería avisarle a Ellie. Sólo por precaución. Gracias Andrew. —La ingenua Martha estaba complacida con el interés que su hijo parecía tener por fin en cuestiones familiares.

Andrew Hambrook no había estado tan satisfecho desde hacía mucho tiempo y la sensación le agradó. Comprendió que con la estrategia adecuada no sería difícil conseguir a la querida prima rica: hacía falta paciencia, astucia y una buena dosis de sobreactuación. Para su desgracia, no pensó ni remotamente en señalar la inteligencia como requisito para conseguir lo que quería, de lo contrario, se habría dado cuenta de que Eleonor Grace también tenía de sobra para suplir sus carencias. Así lo demostraba el hecho de que ella estuviera fuera del salón escuchando y él dentro parloteando sobre sucesos y hechos de los que sabía bien poco.

* * *

Eleonor vagaba la mirada entre setos, arbustos y árboles secos por el frío, sin darse cuenta. No escuchaba el leve y débil trinar de los pocos y entumecidos pájaros a causa de la baja temperatura, ni el crujido que a sus espaldas seguramente señalaba la presencia de algún animal en busca de comida. Tiritó, abrazándose el cuerpo bajo la capa larga y cálida.

«... ¡sífilis! ¡Podría escribir de eso! No, no sabría, demasiado banal. Algo sensacional o más bien algo que despierte interés y asombro, algo que todo el mundo tenga que descalificar por

buena educación pero que le gustaría aceptar» meditó absorta.

«¡Lo tengo! A los hombres les aporta seguridad, y ese tipo de mujeres lo utilizan para evitar contagios e hijos no deseados. Sí, ¡puede que haya encontrado el tema para mi próximo artículo!».

Con el dedo en los labios y un esbozo de sonrisa, Ellie estaba preciosa, y su joven cuerpo parecía haber florecido en el último año.

Andrew la observaba desde detrás del tronco helado de un árbol, asombrado de que Eleonor no le hubiera oído llegar.

—Ellie.

Ella no se movió.

—Eleonor.

Levantó lentamente los ojos, como invocada por una voz lejana. Lo miró estupefacta.

—¿Eleonor? —volvió a repetir.

—¿Sí?

—Quizás te he distraído de tus pensamientos —dijo él con suma cortesía.

Eleonor se percató de que estaban solos y pensó que la situación se estaba volviendo peligrosa.

—No importa, Andrew, estaba a punto de volver.

—¿Tan pronto?

—Estoy fuera desde... —sacó un relojito del bolsillo de la falda y miró la hora—. ¡Maldita sea! Quiero decir, lo siento, no quería ser grosera. —Se guardó el reloj y se volvió hacia casa—. Es tarde, son casi las seis y aún he de prepararme para la cena.

—Por favor, pasea un poco conmigo, ¿quieres?

Eleonor evitó mirarle a la cara; él no se dio cuenta, porque sus ojos estaban fijos en la redondez de sus pechos, apenas visibles por debajo de su capa.

—Tengo frío y sería una descortesía hacer esperar a la familia.

Andrew sopesó su expresión, poniendo a prueba el valor de la joven. Ella se esforzaba por evitarle, porque le tenía miedo.

«Mejor así» pensó él. «“Prefiero una mujer temerosa a una rebelde».

Para su propósito habría sido bueno demostrar que podía ser paciente y educado, así que tuvo que darle la ilusión de que había cambiado y convencerla de que era un hombre de fiar.

—La verdad es que hace más frío del que esperaba. Volvamos a casa. Me conformaré con un corto paseo —le dijo, sonriéndole amablemente.

Caminaban despacio y de vez en cuando Eleonor lo observaba con desconfianza. Él fingía no darse cuenta de sus miradas y se decidió a hablar, manteniendo la cabeza gacha, sumiso.

—Me gustaría que me perdonaras por la intromisión que mostré ayer a mi llegada... La influencia de mi padre sobre mí es más acusada de lo que siempre estoy dispuesto a admitir. —La miró implorante—. Últimamente me he vuelto muy formal y protector con mis seres queridos.

Eleonor no daba crédito a lo que oía y el hecho de que Andrew pareciera realmente sincero la hizo sospechar aún más.

—Lo sé, no me crees —dijo él negando con la cabeza.

—Andrew...

—No, no importa. Después de todo, no podía esperar otra cosa. Pero quería disculparme y explicarte que estaba preocupado por ti.

Eleonor decidió que, aunque sólo fuera por educación, debía aceptar las disculpas y tranquilizarlo.

—Acepto de buen grado tus disculpas, Andrew, y me honra que me consideres igual que a una hermana.

A Andrew le hubiera gustado girarse y estrecharla entre sus brazos para hacerle saber que, desde luego, no tenía en mente una relación fraternal. Pero no lo hizo, y decidió probar la estrategia de la confesión sincera de sus sentimientos por ella, omitiendo obviamente el deseo que se había apoderado de él la noche anterior, obligándole a buscar a la exuberante Maggie.

—Mira, Ellie, no quiero alarmarte ni avergonzarte, pero si callo ahora... Es decir, yo no... tú para mí no... —Se detuvo, obligándola a hacer lo mismo. Ella respiró hondo, fingiendo estar avergonzada e incómoda—. No te veo como una hermana. Siento por ti algo distinto.

Eleonor se quedó de piedra: que su primo se interesaba por ella era evidente, pero nunca se habría imaginado un sentimiento que parecía vagamente serio y no carnal. Abrió los ojos de par en par.

—Te lo suplico, Ellie, ya estoy bastante avergonzado, no me mires así.

Por increíble que pareciera, su humillación parecía real.

—Discúlpame —se apresuró a decir, desviando la mirada para no incomodarla aún más.

—Que sentía algo por ti, Ellie, lo sabías. Pero estoy hablando de algo... diferente. Siento por ti una gran admiración y estima, cada vez que pienso en ti, no querría estar lejos de ti.

La joven se quedó atónita y sin palabras, pero sabía que resultaría muy descortés si no respondía.

—Andrew, me coges desprevenida y no sabría que...

—No digas nada. Era justo que yo expresara lo que siento. Y ahora que lo he hecho, ¡me siento mejor! —Le sonrió e impulsivamente le cogió la mano, se la besó y se la puso en el brazo —. Vamos, te acompaño a casa.

Reanudaron la marcha, en silencio y con rapidez, Eleonor confundida y Andrew complacido.

* * *

Eleonor se durmió muy tarde aquella noche a causa de la inesperada revelación que Andrew le había hecho. Y en los días siguientes, sus desconfiados y penetrantes ojos trataron de pillarle desprevenido, con la injusta esperanza de no encontrar el cambio que aparentaba.

«Si hubiera cambiado», se repetía una y otra vez «me encontraría en la obligación de confiar en él, cosa que no me apetece hacer. Mamá me dijo que confiara en mis instintos. Si le muestro demasiada confianza, podría malinterpretarme y considerar que estoy dispuesta a tener una relación más íntima con él. Cosa que él sin duda desea. ¡Y yo no! No soy tonta, sé cómo piensan los hombres. ¡A veces mis lecturas inadecuadas son útiles!».

Quien la hubiese mirado en ese momento habría visto una sonrisa burlona.

«Desde luego, la práctica es otra cosa, por lo que cuenta Maggie. Por cierto, debería preguntarle si ella y Andrew se conocen. ¡Llámalo citas, relaciones sexuales como Dios manda, digo yo! Si le gusta, bien por ella. Realmente no me gustaría tener ese tipo de relación con Andrew. Quiero decir, aparte de que casi lo veo como un hermano, ¿hay que decir que en ciertas cosas hay que probar, como decía aquel texto? Sí, sentir atracción, ésa es la palabra que utilizó, atracción por la pareja. Es que me repugna la idea, con Andrew, ¡qué horror! Con otra persona tal vez. ¡Y yo sabría con quién! ¡Ellie, desvergonzada! ¡Maldita sea! A saber cuándo encontraré al hombre adecuado para mí, que no vaya sólo detrás de mi dinero».

Suspiró profundamente. No se había dado cuenta de que Maggie, que había entrado en el dormitorio hacía unos minutos, charlaba con Hettie, su criada.

—No sé, Hettie, estoy convencida de que si te hiciera unos rizos con mi plancha, tu pelo tendría un toque extra.

—No me gustan los caprichos, Maggie, y encuentro...

—¡Tonterías! Es sólo cuestión de cuidarse un poco.

—¿Crees que no me cuido lo suficiente? —preguntó Hettie con ansiedad.

—¡Pero no, querida! Pero una pizca de... ¿cómo se dice, Lady Ellie? ¡Ah, sí! ¡Una pizca de sal da sabor! ¿No es así, Lady Ellie?

Silencio.

—Está ausente en sus reflexiones —le explicó Hettie, que la conocía bien.

—Ya he observado esa expresión —murmuró Maggie observando a Lady Eleonor.

—Podríamos probar.

—¿Probar qué, Hettie?

—Los rizos, con tu plancha.

—¡Oh, vale! ¿Lo hacemos esta noche? En cuanto termines aquí. A menos que ese joven semental de Lord Andrew esté planeando dar un... ¡paseo conmigo!

—¿Lord Andrew? ¿Un paseo? —la otra se mostraba desconcertada.

—Vamos Hettie, ¡un paseo hasta la cama!

Hettie, decididamente menos pícara que su colega, abrió los ojos escandalizada.

—¿Hablas en serio? —Y luego bajó la voz—, ¡no delante de la joven Lady Ellie!

—¡Cállate! Ella sabe más que tú con todo lo que lee.

—Si es por eso, también más que tú.

—¡Oh no, no creo, Hettie! —soltó Maggie, negando con la cabeza—. ¡No cuando se trata de sexo y hombres! En resumen, mi querida Hettie, la teoría es una cosa, la práctica es otra y muy distinta, y desde luego a mí no me falta. —Rio sin pudor.

Hettie la miró con fingida desaprobación: en realidad no le habrían importado las atenciones de algún joven criado con el que solía trabajar, pero carecía del descaro de Maggie.

—Maggie, ¿le buscaste tú? —preguntó finalmente.

—¿A quién?

—Ä Lord Andrew —susurró Hettie.

Maggie encontró cómica la ingenua curiosidad de su amiga.

—La verdad es que no. Empezó hace un tiempo, cuando yo misma le saludé meneando mi trasero al pasar por el pasillo.

—¡Maggie!

—Y él no pudo evitar aceptar mi invitación en cuanto tuvo la oportunidad —le explicó, arreglándose los rizos—. Es decir, cuando me encontró en la cama de Lady Ellie. ¡Pensó que estaba comprometiendo a su querida señora, el muy pillo!

Hettie estaba horrorizada, y no entendía por qué lady Eleonor no se lo había contado.

—Estás diciendo que... él quería con Lady Ellie...

—Sí, sí.

—... y que en cambio tú y él habéis...

—Así es. No te enfades, Hettie. Lady Ellie no tuvo que padecer las atenciones de lord Andrew.

—Deberías habérselo dicho a lady Hereford —la regañó Hettie.

—¿De verdad crees que lady Hereford no se ha dado cuenta de cómo mira su hijo a lady Eleonor? —la desafió Maggie, llevándose las manos a las caderas con descaro.

El efecto fue inmediato: la pobre Hettie se dio cuenta en ese momento de que, efectivamente, todo el mundo en Hereford House había visto el deseo en los ojos de Lord Andrew, y Jenkins, el mayordomo de Roman Way House, había informado de que en dos ocasiones, había impedido

que el apuesto señorito importunara a Lady Eleonor.

Llegados a este punto, convino en que la elección de lord Hereford de mantener a Jenkins como primer mayordomo y a Simmons como segundo había sido acertada. El plácido Simmons no habría sabido imponerse al joven lord Andrew, mientras que Jenkins tenía mucha más garra sin dejar de mantener un porte respetuoso y deferente. Hettie no sabía qué decir. Apretó los labios, una expresión resignada pero preocupada marcaba su delicado rostro.

Maggie se apiadó de ella.

—Escucha Hettie —le dijo, poniéndole la mano sobre el hombro—, sólo tenemos que prestar atención. ¿Has notado que todos nosotros, los sirvientes quiero decir, nunca dejamos a lady Eleonor sola cuando lord Andrew está presente? —Hettie asintió incierta—. Actúa también como nosotros —continuó Maggie—, vigila a lady Eleonor.

—Sí, sí, estaré atenta, así lo haré —respondió la ingenua criada, reanimándose ante la responsabilidad que estaba asumiendo. Levantó la cabeza, orgullosa del compromiso que había contraído y satisfecha de formar parte del entendimiento que unía a sus colegas de Hereford—. Ahora ayudaré a Lady Ellie a prepararse para dormir.

—Bien. Yo iré con lady Nancy Jane. En cuanto terminemos, nos meteremos con tu cabello. —Dicho esto, Maggie se dio la vuelta y salió de la habitación, sin molestarse en despedirse educadamente, pues había visto que lady Eleonor tenía el dedo índice en el labio inferior y la expresión aún absorta en sus pensamientos; tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que había estado allí.

Hettie le había hecho un gesto con la cabeza y se había acercado a su dama. Le desabrochó el vestido y se lo quitó de los hombros.

—Eleonor —la llamó con la habitual confianza—, si os pusierais de pie podría quitaros el vestido.

Ellie no contestó y la criada sonrió divertida. Le puso una mano en el hombro y la movió delicadamente.

—Eleonor —repitió en voz alta.

—¿Sí? —Hettie le sonreía y ella se dio cuenta de que estaba sumida nuevamente en sus pensamientos—. Disculpa, Hettie. —Se levantó, dejando caer el vestido al suelo. Se puso el camisón y dijo—: También la bata, por favor. Voy a la biblioteca a le...

—¡No!

—¿Cómo?

—Quiero decir, disculpadme Eleonor, pero... parecéis demasiado cansada. ¿No queréis acostaros ya? Tal vez podríais ir a la biblioteca mañana por la mañana..

—No, Hettie, aún no tengo sueño y estaré muy poco, no te preocupes.

—Como deseéis. —Hettie, resignada ante la decisión de Eleonor, decidió que esperaría a Maggie fuera de la alcoba de lady Nancy para advertirle del cambio de planes. Luego bajaría a proteger a su ama.

Su misión prometía ser más exigente de lo esperado, pero aun así se sentía orgullosa de ella.

* * *

El monótono tictac del reloj en aquel silencio nocturno habría molestado a cualquiera, pero no a Eleonor. Sentada a la mesa de madera de la biblioteca, leía con extrema concentración un tratado de medicina. Quería profundizar sus conocimientos sobre el funcionamiento del aparato reproductor en relación con el uso de los capuchones profilácticos utilizados por los hombres para evitar el contagio de enfermedades indeseadas. El libro se lo había conseguido el doctor Phillips y ella lo había escondido en el estante superior de la biblioteca.

Andrew se acercó a ella sin importarle el ruido, así que ella tuvo tiempo de quitarse las gafas y colocarlas con ambas manos sobre el libro abierto, donde se apoyó para evitar que el intruso, quienquiera que fuese, viera el texto.

Al levantar la vista hacia su izquierda, lo vio.

—Hola, Andrew. Si necesitas algo, llamaré a Jenkins. Debe de estar por ahí. —se apresuró a decir por simple precaución.

—No, no necesito nada, gracias. —respondió él, bajando los ojos al escote de la bata de Eleonor—. No podía dormir —titubeó, distraído por la generosa porción de pecho que se vislumbraba a través del encaje del camisón—, y he pensado coger un libro.

—¿Qué género te interesa? —consiguió decir Eleonor, sobreponiéndose a su instinto innato de cubrirse los pechos con un brazo.

—No sé... ¿tú qué lees? —preguntó, mirando el libro en el que se apoyaba la chica.

—Un texto de medicina.

—¿Medicina?

Eleonor no quería mentir por miedo a que él se diera cuenta.

—He ayudado al doctor Phillips varias veces en el pasado y tengo cierta propensión.

—Ellie, querida, las señoras no deberían ocuparse de ciertas cosas.

—Lo sé, lo sé... —dijo, buscando una salida rápida a ese argumento—. Quédate tranquilo, rara vez leo estas cosas. A la larga aburren y dan sueño. De hecho, creo que me voy a dormir. —Se levantó, cerró el volumen y se lo colocó bajo el brazo. No volvería a colocarlo en la estantería porque Andrew podría tener la tentación de indagar. Con la otra mano cogió las gafas y se las metió en el bolsillo de la bata.

—Eleonor...

—¿Sí?

Andrew se esforzaba por aparentar calma y sumisión. Le cogió la mano libre, apretándola lo justo para que no la retirara ni se apartara de él.

El corazón de Eleonor empezó a latir con fuerza. Tenía miedo.

—Eleonor, no me evites, te lo suplico. Sólo me gustaría pasar un rato contigo, hablar.

Ella empezó a sentir pánico, como una sensación de inevitabilidad, un presagio de problemas. Andrew no le soltaba la mano y la miraba fijamente sin darle la oportunidad de soltarse. Parecía esperar una respuesta o tal vez una reacción.

—Andrew, esto me da vergüenza —balbuceó ella incierta—, y creo que sería sensato que nuestra relación permaneciera como siempre ha sido —concluyó con determinación.

—¿Y cómo sabes que no te gustaría una relación diferente? —preguntó acercándose un poco más a ella—. Quiero decir, te quiero, te tengo cariño. ¿Por qué no intentamos... mantener una relación más íntima? —Inclinó la cabeza, casi rozándole la frente.

Eleonor olió el agradable aroma de su colonia y notó que extrañamente su aliento no olía a alcohol; se obligó a calmarse, pensando en una forma delicada de decirle a Andrew que no estaba interesada en su propuesta, pero cuando él le acarició la mejilla con la mano que tenía libre, el pánico volvió a apoderarse de ella.

—Andrew, no creo que sea...

—Estate tranquila —le susurró él con tono persuasivo—, no tengas miedo de mí. Nunca te haría daño, ya lo sabes.

Era tan amable y educado que ella no se atrevió a decirle lo que pensaba abiertamente, sino que se limitó a decir, titubeando:

—No creo que esté preparada...

—Lo estás, mi dulce Ellie, lo estás. Sólo que no lo sabes. —Había apoyado su frente sobre la de ella, y Eleonor sintió que el suave cabello de Andrew le hacía cosquillas en la piel—. Intenta relajarte, Ellie —siguió él, alzándole la cara con un dedo por debajo de la barbilla—, estoy seguro de que sabré hacerme apreciar y entonces —concluyó, mirándola fijamente a los ojos bien abiertos mientras le sonreía con tono tranquilizador—, nos llevaremos a las mil maravillas.

Eleonor contuvo la respiración. Su mente nublada por el miedo se esforzaba por inventar una frase que la sacara del apuro, pero fue en vano porque toda su atención estaba puesta en los movimientos de Andrew. En ese momento, él se inclinó sobre ella y, sujetándole suavemente la barbilla, posó los labios sobre los suyos. Eleonor, en medio del aterrador pánico que la embargaba, alcanzó a notar que la boca de Andrew era suave y que la sensación que ese contacto le producía era placentera.

Pero en cuanto se dio cuenta de que era él, su primo Andrew, quien la besaba, su cuerpo se rebeló, haciéndole sentir una intensa sensación de repulsión. Apartó la cabeza, pero Andrew la siguió, obligándola a arquear la espalda; fue entonces cuando sintió una dureza a la altura de su vientre. Mientras se preguntaba qué sería, Andrew le rodeó el cuerpo con una mano, rodeándole la espalda, y con la otra le sujetó la cabeza por detrás de la nuca.

Eleonor se dio cuenta de que estaba atrapada. Apartó la cara de aquel desagradable contacto y consiguió apartar su boca de la de Andrew.

—¡Andrew... basta! ¡Deja que me vaya!

—No puedo —jadeó, colocando la boca en el encaje de su escote—. Si te relajaras, comprenderías... —Su voz se apagó, presa del deseo que sentía por aquella joven, perfumada, dulce y amedrentada. Su mente estaba tan nublada que no reparó que Eleonor le estaba clavando las uñas en los brazos, tratando desesperadamente de hacerle daño para liberarse.

—¡Basta! —chilló Eleonor. Apretó más fuerte, impotente y aterrorizada—. ¡He dicho basta! —exclamó con voz alterada por el esfuerzo físico necesario para contrarrestarlo. Le hundió las uñas en la carne de sus brazos cubiertos sólo por la ligera camisa de seda, sintiendo sus músculos duros e impenetrables.

El dolor físico que sentía Andrew no era nada comparado con la lujuria que le hacía empujar rítmicamente sus caderas contra el cuerpo de Eleonor, mientras con gestos convulsivos comenzaba a manosearle los pechos, sintiendo un intenso calor en la ingle al contacto de la suave redondez, en cuyo centro reconoció el pezón. Fue como una señal para que se abandonara totalmente a la locura de la que estaba siendo presa: tiró bruscamente del encaje, rasgándolo y descubriendo parte de su pecho.

—¡Nooo! —gritó Eleonor. Sólo la fuerza de la desesperación le dio el instinto de poner la pierna entre ellos y levantar la rodilla, con la que golpeó su miembro con muy poca energía para hacerlo ceder lo suficiente como para liberarse—. ¡Nooo! ¡Suéltame! —seguía gritando, mientras él volvía a la carga, agarrándola por la cintura con un brazo y con la mano libre tirándole del cabello de la nuca, metiéndole la lengua en la boca.

Eleonor, aunque sin resuello, no pudo evitar notar que algo duro volvía a golpear contra su bajo vientre y, a pesar de su mente ofuscada, fue capaz de darse cuenta de que se trataba del miembro erecto de Andrew. Esta constatación la alarmó aún más e, instintivamente, trató de gritar mientras clavaba sus uñas en los varoniles brazos, desgarrando la piel que comenzó a sangrar.

—¿Lady Eleonor? ¿Habéis llamado? —La voz de Jenkins sonó por encima de los gritos de Eleonor, que, aunque paralizada, vio por el rabillo del ojo a su salvador en el umbral de la puerta, acompañado de una Maggie furiosa y de la pobre y aterrorizada Hettie.

Andrew no oyó y siguió jadeando, con la boca pegada a la de Eleonor.

—Lady Eleonor —repitió el mayordomo en voz decididamente alta, avanzando un paso—, he oído que llamabais.

Lord Andrew se volvió de repente, con el rostro congestionado y alterado. Miró fijamente a los intrusos, luego se volvió hacia Eleonor y, observando el pecho que ella se cubría con una mano, se percató de lo que había hecho. Fue en ese preciso instante cuando entendió que había cometido el mayor error de su vida. El rostro aterrorizado de Ellie le decía que nunca más, aquella prima hermosa y potencialmente rica, le concedería confianza, y mucho menos la posibilidad de un compromiso. Se dirigió a la puerta con tal ímpetu que golpeó con el hombro a Jenkins y, sin tomarse la molestia de disculparse, desapareció por el pasillo. Sus pasos rápidos se oyeron en las escaleras y luego un portazo violento.

Jenkins miró con compasión a la joven que tenía delante y bajó discretamente la mirada, diciendo:

—Esperaré fuera para acompañaros a vuestra alcoba, lady Eleonor. Hettie y Maggie cuidarán de vos.

Las dos criadas se adelantaron. Hettie cogió uno de los brazos de la joven ama y la hizo caminar. Maggie, por el otro lado, se apresuró a arreglarse la bata para cubrirle los pechos.

Eleonor temblaba convulsivamente sin poder contenerse. Tenía las piernas tan flácidas y débiles que tuvo que recurrir a la ayuda de las dos muchachas que estaban a su lado para subir las escaleras.

Jenkins les abrió la puerta del dormitorio de lady Eleonor.

Una vez dentro Maggie se volvió y sentenció:

—Brandy.

El mayordomo asintió y cerró la puerta.

Hettie sentó a Eleonor en el sillón frente a la chimenea encendida, mientras Maggie avivaba las llamas añadiendo un leño.

—Intenta quitarle el camisón roto —susurró Maggie—, y hazlo desaparecer.

Hettie comenzó inmediatamente a desnudar a su ama, con manos suaves por temor a incomodarla.

Eleonor seguía temblando inquieta, con el rostro asustado y pálido, los ojos verdes muy abiertos que miraban todo y nada.

Maggie trajo un camisón limpio que encontró en la cómoda junto a la cama y se lo puso con movimientos lentos, procurando tocarla lo menos posible por miedo a que rechazara el contacto físico; luego la ayudó a ponerse también la bata y le tendió una suave manta sobre las piernas.

Hettie enrolló el hermoso camisón roto, sin saber qué hacer con él.

Inesperadamente, los ojos de Eleonor recobraron vida y se centraron en lo que Hettie tenía entre las manos.

—Quémalo —murmuró con voz ronca.

Hettie, asombrada por la cruda espontaneidad de Ellie, se detuvo un instante. Maggie le hizo una seña brusca con la mano y la otra comprendió: se volvió hacia el fuego y arrojó la delicada prenda a las llamas.

—No debería haber ido sola a leer... ¿verdad? —preguntó Eleonor mirando fijamente las llamas de colores que brotaban de la prenda. Alguien llamó a la puerta y ella emitió un gemido de espanto. Maggie le tomó las manos.

—Es Jenkins —la tranquilizó Hettie abriendo la puerta—. Gracias, Mr. Jenkins —le dijo, cogiendo la bandeja de plata con la copa y la botella de brandy.

—¿Cómo está? —preguntó el hombre.

—Jenkins... — dijo Eleonor con voz aún temblorosa.

El hombre avanzó unos pasos hacia el interior de la habitación.

—Aquí estoy, lady Eleonor —dijo con premura—. ¿En qué puedo serviros?

—¿No debería haber estado allí sola, verdad?

El mayordomo, asombrado por la pregunta, no le dio importancia.

—Si me permitís ser franco, no estoy en absoluto de acuerdo. No veo ninguna razón por la que no podáis estar en cualquier lugar de vuestra casa con absoluta libertad y a solas —se explicó con determinación. Luego, con tono airado, añadió—: Más bien diría que lord Andrew debería tener más cuidado en el futuro de no frecuentar lugares de la casa en los que estéis sola, para evitar malentendidos y disgustos. —La frase sonó amenazadora hacia el depravado Andrew.

—¿Malentendidos y disgustos? —repitió en voz baja Eleonor.

—Exactamente. Veréis, lady Eleonor —se explicó Jenkins—, la fiel y humilde servidumbre de esta casa, en la que me incluyo, está empezando a no tolerar la grosería y vulgaridad de vuestro primo, hasta tal punto que incluso en la cocina, en este momento, se habla de poner a vuestro tío al corriente de los desagradables sucesos que con demasiada frecuencia ocurren en presencia de su hijo.

Eleonor parecía mortificada ante la idea de que el tío Ernest lo supiera. Jenkins se apresuró a tranquilizarla, concluyendo:

—En la cocina también está Freddie, el sirviente de vuestro primo. Estoy seguro de que en unos minutos el fiel muchacho informará de nuestra inminente decisión a su amo, quien, aunque no es muy inteligente, debería considerar conveniente un inmediato retiro en Molash.

Eleonor tuvo que sopesar aquellas palabras durante unos segundos antes de comprender su significado. Pero cuando su cerebro se dio cuenta de lo que había oído, sintió un intenso alivio.

—Y ahora lady Eleonor, si no necesitáis nada más...

—Gracias, Jenkins, gracias por todo.

—Es un placer serviros. Buenas noches. —El mayordomo, tras hacer una reverencia, salió.

Las tres chicas permanecieron inmóviles durante unos segundos. Hettie se alejó para preparar la cama. Maggie sirvió brandy en la copa de cristal y se la entregó a lady Eleonor, de pie junto a ella.

Eleonor bebió a duras penas, torciendo la boca ante el embate alcohólico del dorado líquido. En cuanto sintió su agradable calor calentarle el estómago, bebió más, esta vez saboreando el gusto con cierta satisfacción. El temblor desapareció.

—No debería haber estado allí.

—No estoy de acuerdo, lady Ellie.

—No sola...

—Podéis, es más, ¡debéis ser libre de estar sola en vuestra casa!

—Sabía que él quería una relación diferente...

—Eso no es un buen motivo para agredirla...

—... me lo ha dicho él...

—... ¡a una joven inexperta!

—... y no debería haber paseado ligera de ropa...

—¿Ligera de ropa?

—... ha sido como provocarlo.

—¿Provocarlo?

—¡He sido una incauta! —se desahogó Eleonor en un ataque de ira que sin duda provenía del

brandy.

Maggie la miró con los ojos entornados...

—Sí, tenéis razón, habéis sido una incauta.

—¡Maggie!

—¡Oh, vamos, Hettie, es la verdad y lo sabes! —exclamó, llevándose las manos a la cintura en actitud desafiante. Luego bajó la mirada de nuevo a los ojos de Eleonor—. Habéis sido incauta como una chiquilla en su primera experiencia.

—¡Maggie! Eres una irrespetuosa.

—Lady Ellie —continuó Maggie, ignorando las protestas de Hettie—, sois la mujer más inteligente y culta que conozco, sabéis perfectamente lo que hay en el cerebro de algunos hombres, como lord Andrew: ¡sexo, alcohol, y dinero! —Al ver que lady Eleonor no se ofendía por su excesiva franqueza y le escuchaba con interés, se arrodilló a los pies de la mujer—. No deberíais haberos paseado en camisón...

—¡Llevaba puesta la bata!

—... sabiendo que él está en esta casa. ¡Y sobre todo sabiendo que no es la primera vez que esto ocurre!

Eleonor asintió, demostrando estar de acuerdo.

—Todos hemos visto cómo os mira, incluso vuestra tía, Lady Martha...

—¡Maggie, ya basta! —suplicó Hettie.

—¿Mi tía se había dado cuenta?

—¡Pues claro que sí! Y lo ha discutido con vuestro tío.

—¡Maggie! —insistió Hettie.

—¿Mi tío?

—¡Vamos, lady Eleonor! Todo el mundo lo sabe y todo el mundo trata de alejaros de cualquier peligro.

Eleonor abrió los ojos y bajó la cabeza.

«Por eso cada vez que Jenkins o los sirvientes se interponen en mi camino. El tío Ernest expulsó a Andrew a Molash. Y la manera de la tía Martha de consentir a su hijo para no irritarlo. Maggie lo entretuvo algunas noches. Hettie no quería que yo fuera a la biblioteca... Hettie...».

Se volvió para mirarla, con el cerebro concentrado en una avalancha de descubrimientos confusos y nuevos pero reales.

—Hettie, discúlpame.

—¿Por qué?

—No querías que fuera a la biblioteca esta noche. Ahora me doy cuenta... —Los ojos empezaron a brillar y se cubrieron de lágrimas—. Perdonadme, me he descuidado mientras vosotros, todos vosotros, siempre intentabais ayudarme...

Ahora las lágrimas caían por sus mejillas sin que pudiera evitarlo. Aferró convulsivamente su vaso, sintiendo una gran vergüenza de sí misma y de la frivolidad que le había hecho cometer un error casi irreparable.

—Podría haberme destrozado la vida para siempre —murmuró entre sollozos.

Maggie no pronunció palabra, esperando que el razonamiento llevara a lady Eleonor a ver por fin una realidad clara para todos.

—Si no hubierais llegado me habría visto comprometida, me habría visto obligada a... —Se detuvo, levantó la mirada, perdida en las llamas, y luego abrió los ojos horrorizada.

Maggie se dio cuenta de que lady Eleonor por fin había comprendido la verdad.

—¡Me habría visto obligada a casarme con él!

—¡Así es! —admitió Maggie.

—¡Y se habría quedado con todo mi dinero!

—¡Exactamente! —confirmó de nuevo la doncella.

—¡Lo ha hecho a propósito! ¡Quiere comprometerme para quedarse con mi dinero!

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Vosotras lo sabíais! —explotó Eleonor, mirando ahora a una, ahora a la otra.

—Lo habíamos intuido —afirmó Maggie.

—¡Y no me lo habéis dicho!

—Lady Eleonor... —intentó explicarse Maggie.

—¡Debíais habérmelo dicho!

—... estábamos todos convencidos de que lo habíais entendido, que sólo erais un pelín despistadilla —concluyó la otra.

Eleonor lamentó el tono acusatorio que había empleado. Maggie tenía razón: todos la consideraban inteligente y difícilmente podían imaginar que no hubiera intuido las intenciones de Andrew.

—Discúlpame, no quería...

—No importa, lady Eleonor. Lo principal es que habéis descubierto el sucio juego de vuestro primo, habéis salido indemne e ilesa... y veo que el brandy os está ayudando. ¿Qué os parece si acostáis? —Maggie se levantó del suelo—. Os haremos compañía hasta que os durmáis, ¿verdad, Hettie?

—Por supuesto. Todavía tengo que ordenar por aquí. Venid Eleonor —le dijo, tendiéndole la mano—, la cama está lista.

La muchacha le dio el vaso a Maggie y siguió a Hettie. Se tumbó en la cama y la criada la cubrió amablemente, dedicándole una gran sonrisa.

—Todo irá bien —susurró Hettie—. Tenéis nuestro apoyo.

—Gracias, Hettie, gracias por todo.

Hettie se alejó y se dedicó a ordenar su ropa y sus sábanas. Maggie la ayudó, en silencio.

La mente de Eleonor, ligeramente nublada por el brandy, se agitaba con pensamientos confusos, ideas irreales, recuerdos despiadados, planes para el futuro, y soluciones para el presente. Sus ojos se cerraron, dejando que la oscuridad se filtrara en aquella marea desordenada de pensamientos. Y durante unas horas durmió, encontrando alivio y paz.

CAPÍTULO 11

Residencia del duque de Northcliff, Mayfair
Londres

12 de febrero de 1810

Colin Roy MacKendrick cruzó el pasillo que conducía al estudio del duque, su hermano; se detuvo un momento a mirarse en el espejo, con la corbata en su sitio, el pelo castaño claro bien peinado, los ojos verde claro... como los de su padre. Suspiró y siguió su camino. Llamó a la puerta del estudio y sin esperar respuesta entró.

—Ramsay ha dicho que querías verme.

Su hermano Keiran, el duque de Northcliff, lo miró y le hizo un gesto para que entrara. Luego le señaló la silla que tenía delante y Roy se sentó.

—¿Y bien? Dime.

El duque señaló un periódico colocado sobre la mesita..

—Lee, por favor.

El joven Lord MacKendrick tomó el periódico.

—¿Te lo envían? ¿O es posible encontrarlo también en Londres? —preguntó sorprendido de tener en la mano *The Hull Packet and Original Weekly Commercial, Literary and General Advertiser*.

Era un periódico poco conocido, impreso en la ciudad de Hull, que cubría una amplia gama de temas, desde noticias turbias, como homicidios por motivos sexuales o condenas por sexo contra natura, hasta informes económicos sobre el comercio inglés y de otros países.

—Me lo han enviado. Es de la semana pasada.

Roy lo abrió, listo para buscar entre los numerosos artículos.

—¿Dónde?

—Carole O'Green.

—¿Ella otra vez? ¿En *The Hull Packet*? ¿Por qué en un periódico... como éste?

—Porque es una publicación que trata de todo. Lee el titular y lo entenderás.

Roy recorrió sus ojos hasta encontrar el nombre de la periodista más criticada del momento.

—¿«Guía para la prevención de las enfermedades sexuales»? —Se quedó mirando la hoja, incrédulo—. ¿Es una broma?

Keiran le sonrió.

—De verdad, Kein, empiezo a desear conocer a esta señorita o señora. Es increíble.

—Sí. Pero ahora lee. —Antes de que su hermano empezara, añadió en tono admonitorio—: Sin interrupciones y comentarios, Roy. —De hecho, el chico tenía la costumbre de expresar opiniones no solicitadas mientras leía, lo que a decir verdad resultaba bastante divertido, pero el duque no consideró oportuno darle la satisfacción de confesárselo.

—Vale, muy bien. Entonces...

«Guía para la prevención de las enfermedades sexuales» de Carole O'Green. «Distinguidos médicos ilustres han confirmado que una de las plagas que aflige a nuestra sociedad en estos

años es la sífilis.

Se trata de una enfermedad sexual. Por lo tanto, considero que esta guía es más útil para las mujeres que para los hombres. Mis queridas lectoras, no amo los falsos moralismos impuestos por la llamada buena sociedad, que entre los comportamientos morigerados de una señora o señorita de bien, incluyen la discreción y no permiten hablar de ciertos temas como el sexo y las enfermedades transmitidas por éste». ¡Condenada mujer!, ¡qué explícita es! Realmente me gustaría saber...

—Roy.

—Sí, perdona. Entonces, ¿dónde estaba? Aquí. *«La información aquí contenida os será de gran utilidad. De hecho, los hombres, a menudo conscientes de la terrible enfermedad, fingen no saberlo, exponiéndoos al contagio.*

Si sois esposas, no estáis a salvo. Vuestro marido ha estado, está y seguramente estará con otras mujeres, amantes voluntarias o compradas, poniéndoos en peligro cuando exija otro hijo». Es absolutamente inaudita la desfachatez de...

—¡Roy!

—Perdona.

«La gravedad del asunto es precisamente ésta: fingir la ignorancia, tratándoos como meras subordinadas a sus placeres sexuales sin la menor preocupación por vuestra salud.

Si los médicos han aconsejado a los soldados que utilicen profilácticos, con más razón deberían hacerlo vuestros hombres. No cometáis el error de preguntar al médico de vuestro marido. Os mirará con horror porque una dama no puede hablar de estos temas... ¡mejor correr el riesgo de convertirse en sifilítica!

Para muchas de vosotras que, seguramente habéis oído hablar de los profilácticos, pero desconocéis sus detalles, he aquí una explicación: se trata de capuchones de lino o seda, sujetados en la base del miembro viril mediante una cinta.

Su empleo se remonta a la Antigüedad. Los egipcios y los romanos utilizaban tripas de animales bien engrasadas; parece que Minos, rey de Creta, prefería las vejigas de pescado; los sofisticados chinos usaban tapones de papel de seda y los rudos japoneses soportaban la dureza de un pequeño cilindro de cuero; hay pruebas escritas de que hasta el gran amante italiano Casanova los utilizaba, alternando los colores de las cintas para satisfacción de las mujeres que tenían la suerte de admirarlas.

Para las pocas que no sepan a qué conduce la sífilis, he aquí los síntomas y las consecuencias: una especie de ulceración, dolorosa o no, más o menos sanguinolenta, aparece en el punto de contacto, es decir, en la zona genital.

Los casos en los que el dolor es casi insoportable superan con creces a los casos en los que no existe.

Astenia y falta de apetito acompañan constantemente el curso de la enfermedad, junto con otras molestias como somnolencia y caída del cabello.

A menudo, el sistema nervioso se ve gravemente afectado y la parálisis de las piernas o los brazos es la hipótesis menos preocupante. Si los nervios del ojo también se ven afectados, la visión se verá irremediablemente afectada.

Además, no se puede descartar la posibilidad de una alteración de la cognición intelectual, y se han documentado varios casos de lo que llamamos locura.

De este modo, diferentes casos se caracterizan a menudo por los mismos síntomas y, a la inversa, casos aparentemente similares difieren en síntomas y duración. De hecho, la sífilis tiene un curso irreversible que puede ser largo o corto. En el primer caso, el sufrimiento y el dolor

físico, casi siempre presentes, permiten un nivel de vida difícilmente soportable; en el segundo, que en mi opinión es preferible, la propia enfermedad libera definitivamente al paciente con un fallo cardíaco y una muerte prematura.

No tenéis solución: o estáis muy segura de que vuestro marido os es fiel o emplead capuchones, ¡tal vez adornados con las cintas de colores más de moda! Como la primera hipótesis es casi imposible... entonces os sugiero que utilicéis los profilácticos por vuestro propio bien».

Reinaba el silencio.

Roy, aturdido por las palabras del artículo que acababa de leer, seguía mirando el papel como petrificado. Levantó la cabeza.

—Jamás había leído nada tan irreverente.

Keiran sonrió abiertamente, divertido por la original lectura y la expresión de su hermano.

—Da voz a lo que la gente tiene miedo de contar.

—La buena sociedad será un caos por esto.

—Sí.

—¿Qué te hace reír? Puede que no te des cuenta. Cuántos maridos y amantes deben haber sido rechazados por sus mujeres debido a... ¡esto!

—Lástima para ellos que no lleven consigo sus capuchones.

Roy abrió la boca pero no encontraba palabras por culpa de su asombro.

—¿Estás diciendo que nosotros... tú... que tú usas...?

Keiran dejó escapar un suspiro mientras se levantaba.

—Kein, yo no me lo imaginaba. Creía que alguien como tú, en definitiva, que no querías obstaculizar tu placer.

—No es un obstáculo. Atenúa un poco la sensación, pero es un pequeño precio que pago gustosamente —dijo el duque lacónicamente. Luego apoyó la mano en la repisa de la chimenea, presa de recuerdos desagradables—. He visto lo que la sífilis puede hacer.

—Pero si tienes una amante fija como lady Wilmot...

—No es ningún problema. Lo uso siempre. Y harías bien en hacer lo mismo con tu última amiga, la bailarina.

Roy pensó que era prudente no contradecirle y siguió dándose cuenta de la importancia de las decisiones de su hermano, en quien confiaba plenamente. De repente le preguntó:

—¿Dónde los consigues?

—Pídeselos al doctor. Si tienes algún problema dímelo.

—Ahora a Carole O'Green la harán pedazos las damas inglesas.

—En público, sí. Pero en privado, no. Sólo ha dado voz a lo que mujeres como ella piensan pero no dicen por pudor.

—¿Así que lady Wilmot acepta usar el capuchón?

—Y aunque no lo aceptara... —respondió Kein en un tono vago, dejando la frase inconclusa.

—Ya veo, está pendiente de cada palabra tuya. Se rumorea que se ha vuelto posesiva contigo. Lawrence, el hijo de Wiltshire, dice que su madre se ha dado cuenta de que no te quita los ojos de encima cuando estás en una recepción o en una cena.

Kein reflexionó sobre aquel hecho y no pudo sino estar de acuerdo con lady Wiltshire. Había percibido que Philippa empezaba a exigir más y más, y eso le molestaba. Eso significaría romper, muy a su pesar, una relación sin preocupaciones.

—Tal vez lady Wilmot está empezando a depositar esperanzas en un matrimonio —aventuró Roy, observando la reacción de su hermano.

Pero el duque mantuvo su expresión imperturbable.

—No lo creo. Philippa conoce perfectamente las condiciones que rigen nuestra relación. Esperar un cambio sería justificable, pero no aceptable. Y ella lo sabe.

—¿Por qué? ¿Es algo que no se suele hacer? Es decir, ¿casarse con una viuda que ya es tu amante? ¿Es porque eres un duque?

—No tengo ningún problema con esas absurdas formalidades. También podría ser una criada, pero si falta todo el paquete...

—¿Todo el paquete? ¿Es decir?

—Amistad, confianza, responsabilidad en el papel de duquesa, gratitud, y respeto.

Roy guardó silencio un momento.

—Es menos íntimo que el sexo, pero sin duda más invasivo.

—Sí.

—Estamos hablando de amor, ¿verdad? Sólo tienes que encontrar a alguien que te ofrezca el paquete completo...

Un aire de lástima por su ingenuo hermano apareció en el rostro del duque.

—Es imposible. La riqueza y los títulos sólo atraen mujeres interesadas, recuérdalo siempre.

Roy pensó que Kein tenía una visión demasiado cínica de la vida y estaba a punto de protestar cuando alguien llamó a la puerta y ésta se abrió.

—¡Buenos días, hijos! ¿Os molesto? —Lady Northcliff, Sonriente y hermosa en su cómodo atuendo hogareño, con un vaporoso chal de lana sobre los hombros, entró seguida de Ramsay, haciendo que los dos hermanos se pusieran en pie de un salto.

—Mamá —dijo Keiran, haciendo un gesto a su madre para que se sentara con ellos.

—Excelencia —intervino Ramsay—, ¿os apetecería otro té y algunas de las galletitas de mantequilla que no habéis probado en el desayuno?

—No, gracias Ramsay —replicó el duque sin sorprenderse en absoluto de que el atento mayordomo también se fijara en lo que no comía.

—¿Excelencia? —preguntó Ramsay a la duquesa.

—Realmente me encantaría un té. Sin galletitas, gracias Ramsay.

—¿Lord Roy?

—Yo, sí a todo, ¡y que no falten las galletitas, Ramsay!

El mayordomo sonrió complacido por haber conseguido abrir el apetito del joven lord.

—Muy bien. —Y salió.

—Keiran, querido, ¿estás seguro de que no molesto? Podría tomar el té servido en mi salón...

—No, quédate —replicó el duque en un tono autoritario que le hacía parecerse a su padre más de lo que deseaba.

Lady Northcliff se sentó en el sofá y vio el periódico. Lo cogió y leyó los titulares.

—«*Condiciones meteorológicas adversas y cargamentos perdidos*». Menudo problema... ¿Has tenido pérdidas, Keiran?

—No, mamá, todo está bien.

—Bien. «*Camarera desaparecida*», ¡Santo Cielo! La criada de Mrs. Pinkerton también había desaparecido pero la han encontrado de nuevo.

—¿Dónde estaba? —preguntó Roy intrigado.

—En la casa de sus padres: estaba encinta y no quería que el padre del niño lo supiera.

—¿Y quién es el padre?

—Bueno, según la versión oficial, el mozo de cuadra de Mrs. Pinkerton, pero todo el mundo sabe que el hijo de Mrs. Pinkerton tenía una aventura con la joven en cuestión, ya me entiendes.

Keiran sonrió al oír semejante cotilleo.

—«*La seda china y las damas inglesas*», Leeré esto más tarde. «*Guía para la prevención de las...*». ¡Oh, Santo Cielo!

—Mamá, tal vez no deberías...

—Roy.

—Pero Kein, no creo que sea una lectura apropiada para...

—¿Te crees que nací ayer? Creo que mamá puede leer esa Guía sin escandalizarse y ciertas lecturas pueden resultar útiles.

—¿Útiles, querido? No irás a pensar que necesito...

—Sólo espero que tú, madre —le dijo mirándola a los ojos—, me avises en caso de amistades masculinas que te importen especialmente. No olvides que soy el cabeza de familia. —El tono del duque sonó vagamente amonestador.

Lady Northcliff sonrió para tranquilizarlo, encontrándolo cómicamente protector.

Ramsay entró con un carrito y colocó tazas y bandejas sobre la mesita. Se preparó para servir.

—Me encargo yo, Ramsay, gracias —le dijo la duquesa.

El hombre hizo una reverencia y salió.

—Keiran, en realidad estoy aquí para pedirte un favor —dijo la duquesa con naturalidad, mientras servía el té para Roy y para ella.

El duque la miró fijamente y con la intuición que le era propia, lo comprendió.

—Pide, mamá.

—Sé que no te gustan cierto tipo de entretenimientos, pero mi querida amiga Martha, Lady Hereford, va a llevar a su hija y a su sobrina a *Almack's* el miércoles por la noche. Me encantaría verla y quizás pasar algún tiempo con ella y las niñas. —Lady Northcliff se preparaba para pedirle que le acompañara, y estaba preparada para un eventual no categórico.

—Te acompañaré encantado —se le adelantó él.

—¡Oh, mi querido hijo! —exclamó ella, levantándose y caminando hacia él, que no había tardado en levantarse de su asiento.

Le besó en la mejilla y levantó la mirada, clavándola en aquellos ojos azules tan parecidos a los suyos.

—Un momento —intervino Roy—. ¿Puedo acompañarte yo también? ¿Recibiré el mismo trato?

Lady Northcliff rio con fruición y dirigiéndose a su hijo menor dijo:

—¡Te voy a besar aunque decidas no venir!

El joven la abrazó con fuerza.

—Ahora estoy muy satisfecha.

—Siéntate, mamá, te traeré la taza. Kein, ¿estás seguro de que no te apetecería un poco de té?

El duque negó con la cabeza, sonriendo de nuevo al ver el afecto que unía a madre y a hijo, e involuntariamente le vino a la memoria un día, casi veintitrés años atrás, en el que ayudó a su madre a dar a luz a un tierno bebé de cabellos rojizos.

* * *

—He seguido todas las posibles pistas, excelencia, pero creedme, no he hallado nada —dijo Hugh Foster con expresión seria mientras miraba al duque a los ojos. La franca actitud confirmaba la veracidad de sus palabras.

Keiran no habló, sintiendo que el *Bow Street Runner*, a quien había estado recurriendo durante años para sus asuntos más delicados, tenía algo que añadir.

—Si se me permite expresarme libremente... —dijo mientras esperaba un gesto de

asentimiento del duque, que llegó poco después—, bueno, excelencia, ya sabéis lo metódico que soy: he reconstruido la escena del accidente a lo largo de los años, y repito que, francamente, no veo ninguna razón para que el cochero hubiera continuado su marcha, aunque a velocidad moderada, si un carruaje sin caballos se detuviera en la calzada ocupando la mitad de la calzada. Esta consideración y las tablas serradas me llevan a confirmar mi teoría de un falso accidente.

El hombre, de unos cuarenta años, guardó silencio un momento, pensando que el duque le haría preguntas.

Pero Keiran intuyó que Foster tenía algo más que decir y quiso que el policía soltara todo de una vez.

—Excelencia —comenzó incierto—, sigo haciendo seguir a Andrew Hambrook, como vos pedisteis, y fuera de la casa nunca intenta seguir o acosar a lady Eleonor Grace, aunque los criados hablan abiertamente de acercamientos indecentes que han tenido lugar dentro de la casa.

El hombre vio que la expresión del duque cambiaba y se preocupó, pero decidió seguir hablando.

—La otra noche uno de mis hombres, vestido de campesino, le siguió hasta un antro a las afueras de la ciudad, en el camino de Molash y... —Foster hizo una pausa, notando que el Duque fruncía el ceño como presagiando la conclusión de la historia—. Hambrook se detuvo durante casi dos horas para beber. Al principio pidió información al posadero y, al cabo de una hora más o menos, se le apareció un campesino que parecía temerle. Hambrook le hizo varias preguntas que, en medio del alboroto, no fueron fáciles de escuchar. Finalmente lo envió de vuelta por donde había venido: a Molash. —El *Bow Street Runner* se detuvo, temiendo la reacción de lord Northcliff. Éste apretó las mandíbulas y respiró entrecortadamente en un intento de calmarse.

—¿Molash? ¿Dónde? —preguntó el Duque con voz ronca.

—Una casa destartalada, más bien un cuchitril, según la descripción de mi hombre. El campesino vive solo y cultiva una pequeña parcela de tierra que le confió el difunto conde de Hereford, vuestro amigo, más por compasión que por necesidad de una cosecha que, por otra parte, es escasa o nula, dada su propensión a beber hasta caer redondo.

Hugh Foster se sentía mejor, haberlo contado todo le hacía sentirse más ligero, pero sabía que en unos minutos tendría otro encargo del Duque Negro.

Si bien la espera lo ponía ansioso, también sentía una fuerte sensación de poder: el poder de hacer que se juzgara a los culpables y se exonerara a los inocentes. Siempre había sido así y por nada del mundo cambiaría de profesión.

El duque le miraba fijamente a los ojos.

—Vos estáis convencido de que Hambrook es culpable —afirmó con decisión.

—No he dicho eso, pero... —Foster comprendió que Lord Northcliff exigía la verdad—. Bueno, sí, creo que es culpable. Pero no sé cómo probarlo, excepto...

—Hacedlo.

—No debería ser difícil. No es más que un pobre campesino que casi siempre está borracho. Quizá unos vasos basten para hacerle hablar.

—Tan pronto como sea posible, antes de que alguien lo silencie para siempre. —Las palabras del duque pillaron desprevenido a Foster. No había pensado en esa posibilidad.

—De acuerdo. Partiré esta misma noche y estaré en Molash por la mañana.

—¿Dónde está él ahora?

—Sale todas las tardes para volver a altas horas de la noche. La mayoría de las veces pasa las horas en ese local de chinos, Nijenjui, desde donde inevitablemente alguien le lleva de vuelta a casa. Se apoya mucho en una jovencita, de aspecto masculino, que podría confundirse fácilmente

con un joven adolescente.

Parecía querer insinuar algo, y Keiran lo comprendió enseguida. Foster se llevó una mano a la barbilla avergonzado por lo que estaba a punto de añadir.

—Veréis, ahí dentro... opio y sexo, sexo contra natura... en fin, es una gran habitación donde...

—Lo sé.

Foster respiró aliviado al no tener que continuar con la explicación.

—Hace algún tiempo, la chiquilla, que se hace llamar Pussy Cat —continuó incómodo—, se quejó a Freddie, el criado personal de Hambrook que había ido a recogerlo al chino, de que su amo se había pasado toda la noche con un jovenzuelo, noble y borracho, así que no recibió su propina habitual.

—¿Quién era? —preguntó con expresión de disgusto Keiran.

—No pudimos averiguarlo. Uno de mis hombres ha irrumpido varias veces, y una vez dentro, los chinos comprueban que todo el mundo, digamos, hace aquello para lo que se va allí... y mi agente, desde luego, no puede sentarse a fumar opio todas las noches, y mucho menos a mantener promiscuas relaciones sexuales. La chica, Pussy Cat, sólo dijo que oyó a Hambrook llamar a su joven amigo Lawry.

Keiran pensó que Lawry podría haber sido una abreviatura de quién sabe cuántos nombres, pero sin duda el más probable era Lawrence. Una duda revoloteó en su interior, pero decidió ignorarla deliberadamente. Al menos por ahora.

Entonces exclamó con determinación:

—No enviéis a nadie más allí como cliente. No quiero que nadie se mezcle en esa inmundicia. Haced que lo contraten como sirviente.

—Ya lo había pensado. Así lo haré.

—Lord Portland vendrá a traeros el sobre con la mensualidad un día de éstos.

—Gracias, lord Northcliff. Si tengo noticias importantes sobre ese campesino os enviaré una nota.

—No. Venid directamente aquí y en cualquier momento —exigió inesperadamente el duque remarcando las últimas palabras—. Y si no estoy, esperadme o envía a Ramsay a llamarme.

—De acuerdo, excelencia. —Foster le ofreció la mano y Keiran se la cogió sin demora. Sabía lo que sentiría al contacto: fuerza, seguridad y un sentimiento de justicia. Foster abandonó el estudio y él se quedó a solas con sus pensamientos.

Las dudas sobre Hambrook y el peligro que se cernía sobre la hija de Nick se clavaban como puñales en su mente.

La perversión y el libertinaje del joven Hambrook le preocupaban. Sería capaz de cualquier cosa con tal de hacer suya a lady Eleonor.

La muchacha, sola e indefensa, tal vez ni siquiera sospechaba que una espada de Damocles pendía sobre su cabeza y, considerándolo todo, era mejor así, ¿o no?

Gracias a Dios, Nicholas había arreglado las cosas para la mayor protección de su hija. Los implacables recuerdos de agradables charlas con Nick le hicieron sentir nostalgia. Y otros recuerdos más lejanos en el tiempo le arrastraron inesperadamente a la playa de Shell Bay, a un día soleado; volvió a ver los cuerpos desnudos de sus dos hermanos corriendo en el agua, gritando de alegría, mientras un negro futuro se avecinaba sobre ellos.

Se pasó los dedos por el cabello, deteniendo la mano para agarrar con rabia los mechones negros. Si hubiera estado en la Shell Bay Manor habría corrido a trabajar en el campo o a ayudar a algún jornalero a construir un tejado o un muro.

Se volvió de golpe, decidido a borrar de su mente el rostro exangüe de Axel.

Salió del estudio, subió las escaleras y se refugió en su alcoba hasta la hora de cenar, donde en un bloc de hojas blancas dibujó con carboncillo maravillosas figuras femeninas con vestidos livianos y sutiles, en actitudes elegantes y graciosas, todas caracterizadas por ojos grandes, brillantes y francos, las fantasías de un hombre que deseaba angustiosamente a una mujer, que no albergaba ningún interés en su título y dinero. Una mujer de rostro definido y cabello rubio como la miel.

* * *

Braceaba en un agua turbia. No le llegaba aire a los pulmones y ya sentía que se ahogaba, pero aun así se impulsó más abajo con un empujón de las piernas, y siguió moviendo furiosamente los brazos, con las manos extendidas, buscando desesperadamente a su hermano. Pero no estaba allí.

Sintió que le ardía el pecho, y aun así se volvió con un movimiento frenético tratando de divisar una silueta en medio del agua, ahora cada vez más arenosa. No pudo resistir más. Y ya el agua se colaba por sus fosas nasales y, sin quererlo, se encontró con la boca llena de ella...

Abrió los ojos y miró el pesado terciopelo negro del dosel. Jadeaba ruidosamente. El sudor le cubría el pecho y una gota le corría lentamente por el cuello.

Se levantó bruscamente, sin aliento, con el corazón latiéndole alocadamente. Se tambaleó hasta la ventana y apoyó las palmas abiertas en el cristal helado por la escarcha invernal, pero no lo sintió. Abrió impetuosamente la ventana y una ráfaga de aire helado le envolvió por completo. Un violento chorro de lluvia se mezcló con el sudor de su piel desnuda, y fue entonces cuando se serenó.

Empezó a respirar más pausadamente y sintió que volvía a vivir. Fue consciente de la tormenta que arreciaba en el exterior y de la helada que entraba.

Retrocedió unos pasos y se encontró mirándose en el espejo de su izquierda: ¡odiaba aquella imagen oscura, aquel hombre que había sido incapaz de salvar a su hermano!

Un grito de rabia atravesó la oscuridad y su puño se estrelló contra el espejo, haciéndolo añicos. Se le escapó un gemido y los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a caer suaves y cálidas. Se desplomó sin fuerzas, exhausto y agotado. Lloró con sollozos violentos, arrodillado, con los anchos hombros caídos.

* * *

Benjamin, hijo del viejo Wilson de la Shell Bay Manor y ayuda de cámara personal del duque, lo encontró sentado en el sillón frente a la chimenea, donde aún ardían algunas brasas, envuelto en su bata de terciopelo negro.

La habitación apenas estaba iluminada por la luz rosácea del amanecer, pero su perfil aparecía afilado: la nariz recta, el pelo negro, con tonos azulados, cayéndole sobre la frente.

Keiran se volvió.

Los dos se miraron unos instantes y su fiel criado, mirando aquellos ojos azul oscuro, lo comprendió. Se miró rápidamente la mano cubierta de sangre ya seca. Luego vio el espejo hecho añicos.

Echó el agua caliente de la jarra que sostenía en la palangana, se volvió y dijo:

—Vuelvo enseguida, excelencia. —Reapareció un momento después con unos trozos de tela. Se colocó junto al vestidor, encendió un par de velas y esperó.

El duque de Northcliff se puso en pie y se acercó a él. Metió la mano en la palangana, el agua helada hizo que le dolieran fuertemente los nudillos desgarrados, pero no dijo palabra.

Benjamin esperó a que se ablandaran las postillas y, cuando el duque sacó la mano del agua, se la limpió con cuidado, procurando no hacerle daño al retirar pequeños fragmentos de cristal.

Luego se la vendó.

Keiran Cole MacKendrick, duque de Northcliff, parecía en aquel momento frágil y vulnerable. La mirada fiel de Ben lo notó, al igual que podrían haberlo hecho su madre y su amigo más íntimo, Daniel Johnson, marqués de St. James, y seguramente también Ramsay y Mrs. Brodie. Nadie más. Apenas terminó, Keiran reanudó su habitual expresión dura y serena. Miró al criado a los ojos, sintiéndolo partícipe de su sufrimiento.

—Keiran —comenzó a decir Ben en el tono de confianza que el duque le había permitido durante años—, debíais haberme avisado.

—No —dijo amablemente.

El criado sabía que Keiran quería estar solo en esos momentos, no sólo para tener la libertad de descargar su ira, sino también para castigarse y odiarse a su propia voluntad.

— Os sirvo el desayuno aquí. —Fue más una afirmación que una pregunta, de hecho no esperó respuesta.

* * *

Benjamin había crecido en Shell Bay Manor, había jugado sus años de infancia con Axel y Roy y había sido cuidado por Keiran, que era unos diez años mayor que él, como si hubiera sido otro hermano menor.

Su madre había muerto de escarlatina cuando él sólo tenía tres años, y todos habían creído en la intercesión de algún santo por el hecho de que el niño, inexplicablemente, no hubiera acabado contagiado; el pobre Mr. Wilson había cuidado del pequeño con amor, sin dejarle nunca que le faltara de nada.

En cuanto hubo madurado lo suficiente, lo habían trasladado a hacer trabajillos a casa del duque, bajo la estricta supervisión de Ramsay y la maternal de Mrs. Brodie.

Tras la muerte de Axel las cosas habían cambiado: el hecho de que su padre, el viejo Owen Wilson, hubiera estado presente en la terrible tragedia de la playa, había convertido la presencia de Ben en molesta a los ojos del duque, que lo había expulsado del castillo. Keiran, entonces marqués de Lothian, aunque devastado y desesperado por la muerte de su querido hermano, había llevado muy mal la injusticia cometida con el joven Ben y la ofensa implícita a Mr. Wilson.

Cuando Keiran se dio cuenta de que su madre estaba preparada para afrontar el dolor de la pérdida de Axel sin su presencia, pidió permiso a su padre, el duque, por motivos relacionados con su actividad naval y se llevó a Benjamin Wilson con él.

La posibilidad de convertirlo en su criado personal había sido discutida con Ramsay y Agatha, que inmediatamente cubrieron las escasas carencias del joven. Al cabo de dos semanas, el muchacho, que demostró ser inteligente, capaz y voluntarioso, estuvo a la altura de la tarea. Así, para gran orgullo de su padre y de la totalidad de la servidumbre que había hecho todo lo posible por ayudarle, Benjamin Wilson se había adelantado repentinamente a muchos de sus compañeros de servicio, incluso mayores, para convertirse oficialmente en el ayuda de cámara personal del marqués de Lothian, el futuro duque. Pero su carácter apacible y su disposición, buena y generosa, le habían evitado cualquier envidia por parte de sus compañeros de servicio.

Sentado a la mesa de la cocina, Ben se entregaba a los recuerdos, tanto agradables como tristes. Vio con los ojos de la mente la cara de desconcierto de su padre inmediatamente después de que Axel se ahogara. Y pensó en los cuentos escuchados en las cocinas de Shell Bay Manor, cuando en un rincón y en silencio, escuchaba a Ramsay narrar los extraños sueños de Keiran y sus terrores nocturnos. Ahora era él quien estaba en la posición de narrador.

Ramsay lo observaba desde el otro lado de la mesa, esperando pacientemente.

Lo miró fijamente un momento, se encogió de hombros y añadió:

—Nada nuevo. La pesadilla de siempre.

Ramsay tomó un sorbo de té caliente.

—Rompió el espejo de un puñetazo —añadió Ben.

Ramsay alzó los ojos.

—Nada grave. Su mano está ligeramente herida y mañana tendrá los nudillos negros.

—¿Se nota mucho?

—Si le miras la mano, sí.

—¿La izquierda?

—Evidentemente.

—Mañana por la noche habrá velada en el *Almack's* —observó Ramsay con inquietud.

—Encontraré una justificación plausible para sugerirle.

—Muy bien. —Ramsay se puso en pie—. Termina tu té. Subiré a ver si ha acabado el desayuno.

—Gracias, Angus. Iré enseguida.

* * *

Hambrook House
Londres

13 de febrero de 1810

—Lord Hamilton, qué grata sorpresa —murmuró Leonor un poco incómoda por la visita, casi inesperada.

El vizconde había dejado su tarjeta de visita de buena mañana, anunciándose al mayordomo para el final de la mañana.

Gabriel Chapman, vizconde Hamilton, nunca había dejado de pensar en lady Eleonor, y lo más desconcertante a sus ojos de mujeriego empedernido era que no sólo deseaba cortejarla por razones económicas, sino sobre todo porque la encontraba muy deseable como mujer.

Ahora, al verla después de tanto tiempo, durante el cual era más que evidente que la niña delgadita de cuerpo inmaduro había dado paso a una joven de formas interesantes y prometedoras, le dejó pasmado.

—Vizconde —Lady Hereford comenzó a hablar en tono formal tendiéndole la mano—, sed bienvenido y os agradezco vuestra presencia.

Gabriel realizó un perfecto besamanos y se agachó delante de las dos primas.

Eleonor y Nancy se sentaron en el diván, Martha y lord Hamilton en los sillones.

El clásico diálogo esperado en tales circunstancias sobre el tiempo, la salud, los eventos benéficos y el entretenimiento nocturno comenzó mientras se servía el té.

Gabriel conversaba con una fluida locuacidad y una encomiable habilidad para saltar de un argumento a otro.

Martha, tras un momento inicial de desconfianza relacionado con su sospecha de que el vizconde estaba allí por Eleonor, se relajó y la conversación le resultó inesperadamente agradable.

—-He oído que también asistiréis la fiesta que se celebrará mañana en *Almack's Rooms* —dijo lord Hamilton.

—Sí Vizconde, así es —confirmó lady Hereford.

—¡Os veré a todas dos días seguidos! ¡Qué fortuna la mía! Sé que rara vez acudís a eventos

sociales, condesa.

— Desde la desaparición... de mi marido, el conde, me resulta difícil dedicarme a las actividades lúdicas, y las pocas veces que acepto invitaciones es exclusivamente para complacer a mis dos chicas —admitió la condesa.

Gabriel se quedó admirado de su naturaleza generosa y decidió aprovechar la oportunidad.

—Nunca me cansare de repetir que sois un ejemplo para la mayoría de las damas de buena sociedad, lady Hereford, y permitidme que les diga a lady Nancy Jane y a lady Eleonor que tienen suerte de contar con vos.

Martha sonrió, agradeciendo al vizconde con una mirada sincera.

—Hablando de generosidad... espero sinceramente que me concedáis otros diez minutos para dar un paseo por el jardín con vuestras protegidas antes de que anochezca —se aventuró a pedirle Gabriel.

Sus claros ojos azules, como los de un niño pequeño que hace una petición especial a un adulto por el que siente gran deferencia, cautivaron a Martha.

—Bueno... aunque sea un poco inusual, yo diría que podéis ir, lord Hamilton —aceptó la condesa mientras se levantaba—. Queridas, poneos la capa.

—Por supuesto, tía —respondió Eleonor por las dos.

Así fue como en menos de dos minutos el vizconde, lady Nancy y lady Eleonor se encontraron en el césped de detrás de la casa, caminando pausadamente sobre la hierba humedecida por la llovizna que había caído a la hora de comer.

—*¡Estoy aquí de sobra!* —dijo Nancy moviendo velozmente las manos.

—*Si me quedara a solas con él, ¡volvería a besarme! Y tal vez podría entender cuáles son sus intenciones.*

—*Recuerda lo que se dice de él.*

—*Sí, sí, lo sé, es un libertino empedernido, y por lo que dice Maggie, es realmente muy bueno.*

—*¡Me refería a lo que dicen de que despilfarró toda su riqueza en juego y mujeres!*

—¿Qué dice lady Nancy? —preguntó lord Hamilton.

—Está preocupada por el exceso de humedad. Veréis, no goza de buena salud y no querría ponerse enferma precisamente ahora, quiero decir, ¡le importa mucho la fiesta de mañana!

—*Eres una redomada embustera y deberías avergonzarte de ti misma* —le dijo Nancy con gestos firmes.

—Adelante, Nan, no te preocupes. lord Hamilton y yo sólo nos quedaremos otros cinco minutos.

En ese momento, Nancy sólo pudo hacer una reverencia y saludar con la mano mientras lanzaba una mirada admonitoria a su prima.

—No puedo negar que estoy feliz de estar a solas con vos, lady Eleonor.

—Y a mí me complace que seáis tan sincero como para admitirlo. Sin embargo, me pregunto cuál es la razón, vizconde —afirmó Eleonor mostrando seguridad en sí misma.

—Pensaba que estaba claro —murmuró, mostrando su malestar por no haber sido comprendido.

—Lord Hamilton, no me cabe duda de que os agrado y de que nuestros encuentros en cenas y fiestas, por esporádicos que sean, son siempre divertidos. De hecho, admito que los espero con gran expectación. Sin embargo, me gustaría que no hubiera malentendidos entre nosotros.

—¿Qué malentendidos podría haber? —preguntó el vizconde, guiándola a través de la espesura de arbustos.

—Lord Hamilton, no tengo intención de ser una solterona —declaró Eleonor de una manera seguramente demasiado brusca para una joven de buena familia.

Gabriel esbozó una sonrisa torcida muy atractiva. Esta joven se mostraba cada vez más intrigante.

Dio un paso hacia ella y la obligó a levantar los ojos para mirarle. Sin dudarlo la besó, agarrando con fuerza su delicado rostro.

Saboreó su boca con avidez y se excitó al ver que ella no se retiraba. Esta vez movió la lengua con un ritmo más apremiante, revelando toda la excitación que lo atenazaba. La imaginó desnuda sobre su cama y empujó sus caderas hacia ella. Un movimiento atrevido. Pero una vez más a lady Eleonor no pareció importarle su atrevimiento.

Eleonor, sin embargo, quería respuestas y le apartó suavemente.

—Si esperáis que acepte vuestros gestos cariñosos sin que vos tengáis nada más que prometer, entonces me temo que deberíamos limitarnos a divertirnos cuando nos encontremos en actos sociales.

—Vos sois un encanto y estoy dispuesto a prometeros todo lo que queráis, lady Eleonor. Sobre todo una boda dentro de unos pocos meses.

—¿Me estáis pidiendo que me despose con vos? —preguntó Eleonor enarcando las cejas, incrédula ante la desfachatez del vizconde. Sin duda era un hombre insolente, ¡casi más que ella! Y encantador.

—¡Dios mío!, ¿lo estoy haciendo? Sí, de hecho eso es lo que parece —reflexionó en voz alta Gabriel, manteniendo los dedos alrededor de sus brazos.

Eleonor rio.

—Santo Cielo, lord Hamilton, ¡sois la monda!

Él también rio.

Se miraron por un instante.

—¿Entonces? ¿Os desposaréis conmigo dentro de unos pocos meses? —preguntó él, poniéndose serio de nuevo, como nunca le había visto Eleonor—. Llevo pensando en esto desde que vuestro padre vivía y nunca tuve el valor de dar la cara. Hoy me arrepiento de ello... —admitió.

Eleonor repitió mentalmente todas las palabras pronunciadas por sus padres la noche anterior al accidente. Tener cuidado, protegerla a ella y al patrimonio, evitar a los hombres arribistas y casarse sólo con los que a ella le gustaran.

—Desposaros, sí. Dentro de unos meses, no —sentenció ella con determinación.

Gabriel apenas separó los labios. Se sorprendió y vio cómo se le escapaba de las manos tan excepcional oportunidad.

—Debo teneros ahora y me duele ser tan vulgar como para decíroslo abiertamente.

—Lo comprendo. Pero no puedo. Un vínculo indisoluble dictado por el testamento de mi padre me impide casarme antes de mi vigésimo cuarto cumpleaños —afirmó Leonor con extrema precisión.

En ese momento la expresión de Gabriel se tornó estupefacta, como si no hubiera captado el significado de lo que estaba oyendo. Luego se tornó atónita. Finalmente seria. Los hermosos labios que solían expresar un encanto cautivador se afinaron.

Fue en ese preciso momento cuando Eleonor tuvo la confirmación de que todos los rumores del desastre que se cernía sobre sus finanzas eran ciertos. Se sintió dolida, aunque nunca se hubiera hecho ilusiones.

—Realmente lo tenéis difícil si contabais con casaros conmigo en pocos meses —pronunció

lentamente y con calma.

Gabriel la miró fijamente y, sin poder mentir, asintió. Se sintió avergonzado y culpable, pues en realidad era la primera vez para él.

—Lamento no poder ayudaros, lord Hamilton, creedme —dijo con sinceridad Eleonor. Le tendió la mano con una sonrisa, un gesto de camaradería típico de los hombres pero que denotaba su simpatía por él.

Lord Hamilton la tomó y la estrechó entre las suyas, mirando justo allí, el lugar donde se unían. Maldijo la cláusula del testamento de lord Hereford y el sentimiento de pérdida que estaba sintiendo. Admitió a regañadientes que su decepción era incomparable. Se dio cuenta de que realmente había aspirado a una vida junto a aquella hermosa joven, sin importarle la salvación que le esperaba.

—Y sobre todo porque, lord Hamilton, empezaba a acostumbrarme a vuestros besos, que, por cierto, me gustan mucho... —añadió Eleonor, retirando la mano.

Se alejó a paso ligero, dejando que Gabriel la observara.

CAPÍTULO 12

14 de febrero de 1810
Miércoles

En *Almack's*, además de riqueza y título nobiliario, cosas que influían positivamente en la aprobación o desaprobación de las Patronas[3], se exigía absolutamente un comportamiento impecable y morigerado. Aunque en verdad nadie hubiera podido explicar la presencia de ciertos personajes, tanto femeninos como masculinos, cuya reputación era altamente cuestionable.

De todo esto, Eleonor tuvo confirmación un minuto después de su entrada en el gran salón, donde, siguiendo precisas instrucciones de tía Martha, identificó a varios miembros de la sociedad inglesa, unidos por una palabra que se repetía con frecuencia en su mente: apariencia. Con ojos curiosos observó a los presentes.

Miss Emily Barker, deliciosamente recatada en su modesto vestido, se inclinaba educadamente ante las Patronas y su actitud sumisa y sus impecables modales se ganaron enseguida su aprobación, haciendo olvidar a todos, o eso parecía, el hecho de que la joven en cuestión había sido criticada hasta poco antes de su llegada por haber sido invitada personalmente por el anciano marqués de Spencer, quien la presentó como una sobrina de... quién sabe qué pariente de Europa del Este.

Eleonor, estudiando sus movimientos, conocía la diferencia entre los buenos modales aprendidos desde la infancia y los adquiridos por la fuerza de la necesidad, como en el caso de Miss Barker. Evidentemente, ser sobrina de un marqués contaba más que la propia reputación.

La joven y hermosísima esposa del anciano conde de Fitzroy estaba rodeada de un nutrido grupo de jóvenes, todos ellos admiradores suyos; aceptaba de buen grado sus divertidas frases y bromas, emitiendo espontáneas y contagiosas carcajadas que hacían sonreír a su marido, el conde, que la observaba desde el otro lado de la sala, nada preocupado, sino confiado y relajado. lady Fitzroy interceptó su mirada y ambos ensancharon sus sonrisas, mostrando por un segundo una sintonía que aquellos jóvenes jamás podrían comprender.

Eleonor intuyó que las malas lenguas, que acusaban a lady Fitzroy de ser demasiado despreocupada con los hombres, no habían reparado en que era una de las mujeres más cariñosas y afectuosas del mundo con su marido, aunque quince años mayor que ella. Evidentemente, una actitud alegre y espontánea pesaba más que el amor incondicional y fiel de una esposa joven y hermosa.

La condesa viuda del conde de Wilmot, Philippa Evan, dialogaba cortésmente con un hombre alto cuyo nombre Eleonor no recordaba, con uniforme militar, calvo, ya no tan joven, al que la condesa no dejaba de llamar Mayor y que sólo parecía interesado en el excesivo escote del vestido de su interlocutora. A lady Wilmot parecía no importarle la desfachatez del hombre. Pero algunas de las jóvenes, testigos de la escena, la miraban con desprecio, reprochándole ser el objeto del deseo explícito del militar y criticándola por su elección de tan provocativa vestimenta. Para ellas, el hecho de que fuera la amante de lord Northcliff era un detalle menor, pero no así para las Patronas, a quienes evidentemente impresionaba más el título ducal.

Al pasar junto a ella, Eleonor se fijó en su cabello rubio castaño impecablemente peinado, en

su delicado rostro de tez clara y sin imperfecciones, en su boca siempre sonriente que en realidad era de labios finos, y en su figura nada esbelta, sino más bien rellenita, que realzaba sus pechos bien conformados, sujetos por un corpiño adornado con un impalpable pero transparente encaje *Chantilly* que dejaba poco a la imaginación.

A pesar del horario, era obvio que el vizconde Hamilton no aparecería esa noche. Eleonor lo lamentó porque no le gustaba ser una decepción para nadie, especialmente para alguien como lord Hamilton, con quien siempre se sentía a gusto y disfrutaba más que con nadie. Pero comprendía sus motivos y no le culpaba.

En medio de la sala, como para ser admirado, el vizconde Hinchinghooke soltaba una perorata sobre moda y modales, atrayendo desdeñosamente la atención de un apuesto joven con chaqueta azul, pantalones largos color crema y corbata muy blanca, a quien su tía le señaló como George Brummell, de quien ya había oído hablar. El vizconde vestía calzones y chaqueta hasta las rodillas, demasiado ajustados para su redondeada figura, y de un color demasiado iridiscente para considerarlo turquesa y demasiado azulado para calificarlo de verde. Sin prestar atención a la expresión del rostro de Brummell ni a las sonrisas burlonas de los demás presentes, continuó hablando y gesticulando con movimientos elegantes y vagamente femeninos.

Eleonor recordó ciertos artículos que había leído sobre los hombres afeminados y el sexo contra natura; abrió los ojos de par en par al comprender que incluso la ambigüedad sexual pesaba menos que una cuantiosa fortuna capaz de financiar a las mujeres, nobles o no, en aquellas actividades caritativas por las que eran conocidas y admiradas por todos.

Lord Brummell se volvió, estudió a Eleonor de pies a cabeza: la increíble esmeralda en montura de oro que llevaba al cuello, aunque grande y decididamente obvia, no molestaba en absoluto la vista de un esteta como él, pues el vestido claro, aunque ricamente bordado a mano, era sencillo y deliciosamente apropiado para tan proporcionada figura. La muchacha llevaba con notable soltura un peinado de cabello rubio miel, con matices vagamente rojizos, color inusual, ojos grandes y verdes como la esmeralda que colgaba en el centro de su modesto escote, y no se daba cuenta de que atraía las miradas de los jóvenes en la sala. Él a penas le sonrió.

Habría sido indecoroso confiarse a un desconocido sin haber sido presentada, así que Eleonor no se movió.

Lady Wiltshire había presenciado la escena y decidió intervenir, al conocer tanto a lady Eleonor como a lord Brummell.

—Lady Hereford —dijo mientras se acercaba—, mi querida amiga, ¿cómo estáis?

—Lady Wiltshire, ¡Qué alegría veros! Muy bien, gracias. ¿Y vos? ¿Estáis aquí con vuestros adorables hijos? —En cuanto estuvieron lo bastante cerca, prevaleció el tono confidencial—. ¡Martha! Hacía tiempo que no nos veíamos y las noticias de la mala salud del conde me llegan puntualmente con tus cartas. Sé que está pasando por un momento difícil, pero me alegro de que hayas tenido ganas pata asistir al acto de esta noche.

—¡Oh Winnie!, si supieses cuántos sacrificios... —susurró Martha—. Con Ernest decidí que estas chicas nuestras debían divertirse. Y así hemos venido. Andrew nos ha acompañado.

—Lo veo —dijo lady Wiltshire molesta al observar cómo Andrew Hambrook seguía a un camarero hacia los salones interiores, donde sin duda encontraría una botella de oporto o de whisky—. Estaba muy indecisa, Martha, si debía visitarte o no.

—Te lo ruego, Winnie, si aún lo deseas, apreciaría una charla entre amigas.

—Entonces iré a verte —concluyó lady Wiltshire—. Mis queridas y hermosísimas niñas —dijo volviéndose hacia Eleonor y Nancy Jane—, me gustaría presentaros a un conocido mío —continuó, avanzando hacia el centro de la sala y obligándolas a seguirle. Se detuvo—. Lord

Brummell, me gustaría haceros el honor de presentaros a mi amiga la condesa de Hereford.

El hombre se inclinó con prontitud e hizo el besamanos.

—Y su hija y su sobrina, lady Nancy Jane y lady Eleonor Grace Hambrook.

Brummell hizo otra reverencia y las chicas respondieron del mismo modo. Era formal en todo su porte. Sus ojos, aparentemente oscuros, brillaban cada vez que te encontrabas con su mirada; su cabello, cortado absolutamente a la moda, era brillante y limpio y de él emanaba un perfume agradablemente masculino pero delicado.

Eleonor quedó impresionada, sintiendo una extraña euforia.

—Es un verdadero placer conocer a señoritas tan elegantes y, además, amigas de la estimada lady Wiltshire.

—¡Oh, mi halagador amigo! —exclamó lady Wiltshire dando golpecitos con el abanico de encaje en el brazo del hombre que tenía al lado—. Estoy segura de que disfrutaréis de la compañía de estas dos jóvenes protegidas mías, lord Brummell —dijo subrayando la palabra protegidas—, y que sabréis custodiarlas celosamente mientras las acompañáis a recorrer las estancias que tan poco conocen.

Eleonor pensó que lady Wiltshire quería amonestar al apuesto Brummell dada su reputación de gran admirador de las mujeres, casadas o solteras.

—Será un inmenso placer para mí llevar a cabo esta tarea —respondió él con una sonrisa encantadora. Se acercó a las chicas, colocándose entre ellas, y juntos se pusieron en marcha.

—Lord Brummell, hemos oído hablar mucho de vos. Vuestra fama os precede —dijo Eleonor para romper el hielo.

—Lady Eleonor, al parecer gozo de cierta notoriedad... por desgracia—. Era bien sabido que a lord Brummell no le gustaba llamar la atención, y en ello residía su elegancia y originalidad.

Un segundo antes de darse la vuelta, Eleonor había visto a Andrew caminando hacia ellos. Desde que había vuelto a casa hacía unos días, parecía obsesionado con demostrarle lo mucho que había cambiado. Eleonor ya no soportaba aquel apego morboso.

Ahora, antes de que pudieran alejarse, le oyó decir:

—Lord Brummell, ¿cómo estáis?

Beau Brummell lo miró, y con educación le respondió:

—Buenas noches, lord Andrew. Gozo de excelente salud, gracias, ¿y vos?

—Estaría mejor si ciertos elementos pintorescos no estuvieran presentes —se quejó, señalando con los ojos al vizconde—. Estoy seguro de que estaréis de acuerdo conmigo, dado vuestro buen gusto, en que ciertas excentricidades deberían prohibirse.

Brummell se quedó callado, sintiendo una gran vergüenza por las declaraciones que acababa de oír. Una cosa era desaprobar en silencio a un sujeto mal vestido y otra muy distinta hacerlo en voz alta, y de un modo para nada educado.

Eleonor no pudo evitar notar que su primo apestaba a alcohol: incluso se las había arreglado para encontrar un poco en un lugar donde las bebidas espirituosas estaban prohibidas. ¿O tal vez lo había traído de casa? Se sintió incómoda porque imaginó que lord Brummell también había percibido aquel penetrante olor.

—Después de todo, lord Brummell —continuó impertérrito Andrew—, ¿a quién más que a vos podría reprochársele tan mal gusto?

Eleonor no pudo permanecer callada.

—Al parecer, a ti, Andrew.

—Mi querida Eleonor Grace —respondió, pronunciando su nombre—, podrías dar una mala impresión a lord Brummell si juzga apropiado el atuendo del vizconde.

—Andrew —empezó a decir Eleonor, decidida a dejar de lado el confidencial «mi querida» que le había molestado sobremanera—, no acostumbro a juzgar a mis semejantes por la mera apariencia de su aspecto físico. Verás —se explicó abriendo el abanico con una actitud despreocupada—, la mayoría de las veces, la excentricidad oculta un deseo convulsivo de ser como uno no es en realidad. En resumen —concluyó Eleonor cerrando el abanico para enfatizar su pensamiento—, expresa un doloroso malestar interior del que nunca hay que reírse, sino tratar de comprender.

Lord Brummell la miró admirado y asombrado por el inteligente e inesperado ingenio de la que en principio parecía ser una joven noble y tonta en busca de marido. Y aunque nunca lo hubiera admitido, estaba encantado de que la joven hubiera hecho enmudecer al maleducado de Hambrook.

—Lord Andrew, si me lo permitís cumpliré el deseo de lady Wiltshire llevando a vuestra hermana y a vuestra prima a admirar las salas contiguas.

Andrew se hizo a un lado y los tres, que estaban delante de él, se alejaron.

—Sois una sorpresa, lady Eleonor, y admito que vuestra opinión puede ser correcta. —La estudió un momento y para ponerla a prueba, añadió—: Francamente... también sois una brisa de aire fresco después de la asfixiante mojigatería producida por tantas jovencitas tontamente educadas en su afanosa búsqueda de marido.

—Os lo agradezco, lord Brummell. No tengo intención de casarme y no fui educada neciamente. —La espontánea y descarada afirmación le costó un rápido reproche de Nancy Jane, quien con unos pocos gestos la puso en su lugar.

Brummell, ya impactado por la frase de lady Eleonor, se quedó perplejo al ver a las dos jóvenes que conversaban con gestos incomprensibles.

—Disculpadme, lord Brummell. Tengo la mala costumbre de hablar con demasiada franqueza, lo que me hace ser descortés e inoportuna. Y mi primo me lo señaló con razón.

Habían llegado a la salita dispuesta para la cena de las once. En las mesas había comida sencilla y bien dispuesta. El olor a pan fresco impregnaba el ambiente.

—Sois auténtica, lady Eleonor, cualidad que la gente tiende a calificar de defecto. Una característica que yo prefiero llamar mérito si es inherente a un ser tan inteligente como vos —sentenció Brummell, escrutando sus verdes ojos. La miraba fascinado por su color, pero sobre todo por su leal candor—. De hecho, la franqueza requiere inteligencia y cultura para mantenerla incluso frente a quien os la reprocha. Sospecho que podéis ser una compañera de conversación ideal, lady Eleonor.

La gente que los rodeaba no se había perdido ni una sola palabra, y ya circulaba el rumor de que Beau Brummell se había enamorado de la bella lady de melena descaradamente melosa.

Eleonor apartó la mirada avergonzada y Nancy Jane aprovechó la oportunidad para expresar su parecer.

—*¡Entiendo que te gusta, y que tú le gustas a él!*

—*Sólo le he impresionado con mi acostumbrado descaro*.

La mirada del apuesto Brummell pedía una explicación para aquellos gestos.

—Disculpadme, lord Brummell. Otra falta de respeto por mi parte: Nancy Jane sufrió un accidente cuando era niña y no puede oír. Nos comunicamos con lenguaje de signos estudiado en París en la escuela fundada por el Abad de l'Epée.

—Ahora comprendo. —El encantador lord miró con admiración a Eleonor y luego se volvió para sonreír a Nancy Jane—. ¿Vos también lo entendéis leyéndome los labios?

Nancy Jane asintió mientras no podía evitar seguir mirando la hermosa boca del hombre que le

hablaba.

—Entonces —pronunció mirando a Nancy—, os hablaré de frente para que no os perdáis ni una palabra de lo que os diga.

—*Gracias por vuestra consideración* —dijo Nan entre gestos—. *Ellie, ¡a mí también me gusta este joven!*

—¿Lady Eleonor? —preguntó Brummell, sin dejar de mirar a Nancy Jane.

—Os lo agradece y dice que sois increíblemente considerado.

—Es un verdadero placer, lady Nancy Jane, es un verdadero placer.

—*Ellie, ¡me he enamorado de él!*

—*¡Basta! No me hagas reír*. Dice mi prima que el olor a pan fresco le abre el apetito —improvisó Eleonor; luego la música le llamó la atención y añadió—: El baile continúa, ¿oís la música?

—*¡Qué ingeniosa! ¡Ahora te invitará a bailar!*

—Mi prima dice que le encanta bailar el minué.

—*¡Eleonor!*

—¿Sabéis bailar a pesar de...?

—Por supuesto, lord Brummell. Ella siente las vibraciones. Y es muy buena.

—Entonces, lady Eleonor, me perdonaréis si invito a vuestra prima a bailar, ¿verdad?

Nancy Jane ya exultaba de alegría.

—Pero no antes de haberos confiado a un caballero apropiado —añadió Brummell. Caminó con elegancia hacia la sala, manteniéndose entre las dos jóvenes.

Muchas mujeres se giraron al entrar, envidiando a las afortunadas que Brummell mantenía a su lado.

Eleonor se percató de ello y observó que su acompañante pasaba junto a conocidos y amigos, en su mayoría mujeres, respondiendo a los saludos con leves inclinaciones de cabeza, con aire altivo y distante.

—Lord Brummell, no puedo bailar con un caballero que no conozco, lo entenderéis.

—Por supuesto que no, mi protegida. ¿Vuestro primo quizás? —le preguntó, inclinando apenas la cabeza sobre ella. La expresión de Eleonor resultó elocuente—. Comprendo —replicó lord Brummell tras enarcar las cejas en un gesto de comprensión—. ¿Veis a algún conocido que sea de vuestro agrado? ¿El vizconde Hinchinghooke, tal vez?

—Conozco al vizconde Hinchinghooke, ¡pero prefiero estar de adorno como un triste tapiz antes que bailar con esa codorniz vestida de gala! —Cuando Eleonor se dio cuenta de lo que había dicho, ya era demasiado tarde.

Lord Brummell estalló en carcajadas, contraviniendo una de las buenas reglas de etiqueta que se había impuesto, a saber, no reírse nunca de forma llamativa y excesiva.

—¡Perdonad mi falta de respeto, lord Brummell, os lo suplico! —exclamó, llevándose los dedos a la boca como si quisiera borrar las palabras que acababa de pronunciar.

Decidió justificar su comportamiento con su habitual sinceridad y, en susurros para no ser oída por las decenas de oídos fisgones que los rodeaban, dijo:

—El hecho de que me compadezca de él por su supuesto malestar interior no significa que esté dispuesta a aguantar la respiración durante todo el baile a causa del tuf... es decir, su perfume, al que evidentemente soy alérgica.

Nancy Jane estaba literalmente bloqueada. Contemplaba embelesada las carcajadas del elegante Brummell y le parecía que sin la actitud deliberadamente orgullosa era aún más encantador y accesible.

—Lady Nancy Jane —le dijo, notando la admiración en sus ojos—, me agrada ver que la vuestra no sea una mirada de desaprobación ante mi exagerada muestra de alegría —concluyó, sonriendo. Luego, volviéndose hacia la otra joven, dijo—: lady Eleonor, sois única: ninguna mujer me ha obligado nunca a alterar mi altivo porte que valoro más que nada en este mundo.

—Lo siento mucho.

—Vamos. Ya hay demasiados curiosos que se mueren por saber qué nos ha divertido tanto. —Reanudaron la marcha lentamente por la sala—. Entonces, lady Eleonor, volviendo a vuestros conocidos...

—Un triste tapiz, os lo repito.

—Sois absolutamente hilarante. Lady Alice Campbell, buenas noches a vos también.

Eleonor se giró y se encontró con la animada mirada de su amiga Alice, hija del marqués de Wiltshire..

—¡Alice! ¿Cómo estás?

—¡Eleonor, Nancy Jane! Veo que estáis en muy buena compañía, así que no os apartaré de este placer. Pero más tarde tendremos que charlar un rato.

—No temas, no nos iremos sin haber hablado antes contigo —le respondió Eleonor.

—*¡Tengo tantas cosas que contarte!*

—Nancy dice que tiene muchas cosas que contarte.

—¡Y no puedo esperar a oírlas! Disculpadme lord Brummell, pero nosotras tres nos conocemos desde hace mucho tiempo y cada vez que nos encontramos, ¡perdemos la cabeza!

—Es admirable, lady Alice —dijo él con aire extremadamente serio y convencido—, comprobar que existen jóvenes de buena sociedad capaces aún de ofrecer una amistad tan sana e incondicional.

Sabían que Brummell se refería al engaño y la doblez de muchas de sus coetáneas, dispuestas a dar la espalda incluso a aquellas a las que habían profesado amistad eterna, tal vez para hacerse con el mejor partido del momento con subterfugios dignos de hábiles ventajistas.

—Mantendré ocupadas a vuestras amigas el tiempo suficiente para un minué, después de lo cual estarán listas para vuestra agradable charla... —Alice le sonrió amablemente y se marchó—. Lady Eleonor, creo que alguien que conocéis está allí, a juzgar por la forma en que os mira —afirmó luego Brummell, mirando fijamente un punto que había delante a su derecha—, alguien increíblemente importante y deseado, ya que todas las mujeres, jóvenes y mayores, de esta sala no dejan de mirarle.

* * *

Los invitados seguían llegando puntuales, como exigían los buenos modales de las Patronas.

Keiran no compartía la falsedad que se ocultaba tras la aparente respetabilidad de las damas que dictaban la ley en *Almack's*, y le parecía ridículo intercambiar saludos corteses y sonrisas afables con personas que, en realidad, pensaban como él, pero se cuidaban de no expresarlo.

La multitud presente captó enseguida la mirada del duque de Northcliff, impecablemente vestido con su habitual traje oscuro que, junto con su cabello negro mucho más largo de lo que dictaba la moda, resaltaba sus ojos azules.

Se dirigió discretamente a un rincón de la sala, sin tomarse la molestia de saludar a las Patronas, acompañando a su madre, la duquesa, seguida de su amigo Daniel Johnson, marqués de St. James, y de su hermano Roy.

Keiran no prestó atención a la curiosidad de los presentes, y mucho menos a las miradas de admiración de las mujeres; por eso se le consideraba inaccesible y misterioso, y por lo tanto muy deseado. Enseguida se fijó en las insistentes miradas de la condesa de Wilmot y su atrevido

escote, pero no la miró más de dos veces, por no considerarlo oportuno.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le preguntó St. James.

—Un espejo.

—Ya, comprendo. Lady Wilmot intenta llamar tu atención, Blake —le dijo Daniel mirando al generoso pecho de la bella Philippa—. Pero sólo parece atraer la de los demás, incluidas las mujeres.

Keiran insistió en no darse la vuelta.

—Y al parecer, la tuya, Wolf.

Daniel sonrió, haciendo reír a dos jóvenes que lo miraban embelesadas.

—¿Te molesta? —preguntó en un tono impertinentemente amistoso, ajustándose la chaqueta azul a juego con los pantalones beige.

—Para nada —respondió Keiran lacónicamente. Hizo una pausa y, mirando a Daniel a la cara, dijo con un atisbo de sonrisa—: De hecho, me hace gracia lo fácil que es engañarnos a los hombres con... —se acercó a su amigo, bajó la voz y, sin perder lo más mínimo su porte ducal, pronunció entre dientes—, una generosas tetas a punto de ser mostradas.

Daniel soltó una carcajada, y las dos jovencitas que lo miraban se arriesgaron a morir de un infarto a tan tierna edad.

—Pero bueno, queridos —intervino Lady Northcliff—, Después de todo, no ha sido mala idea traeros aquí esta noche. Veo que lo estáis pasando bien y que no os faltan admiradoras. Una en particular, Kein —observó contrariada—, se dirige con paso sinuoso hacia aquí, y no considero apropiado el gesto que preveo que está a punto de hacer. Así que, si no quieres arriesgarte a que me aleje descaradamente, o peor aún, que la despache exactamente como se haría con un admirador inoportuno para darle una lección memorable, te aconsejo que se te ocurra algo en los próximos diez segundos.

Lady Northcliff, deliciosamente vestida de gris plata, no solía hablar con tanta vehemencia, pero cuando lo hacía, no conocía medias tintas. Conocida por todos como una mujer pacífica, educada, y una duquesa ejemplar, no toleraba las groserías, sobre todo las gratuitas, es decir, las que se llevaban a cabo por motivos puramente fútiles, como querer llamar la atención a toda costa de su amante en público.

Keiran se dio cuenta de que su madre estaba molesta y no la culpó. Se volvió hacia Roy y le hizo un gesto con la cabeza.

El hermano lo entendió y salió al encuentro de la condesa de Wilmot, impidiéndole el paso. Le dijo algo; ella guardó silencio durante tres segundos; luego, con una sonrisa de oreja a oreja por la embarazosa situación en la que se había metido y esperando que nadie más lo entendiera, aceptó el brazo de lord Roy MacKendrick, que la acompañó hasta el centro de la sala, donde estaba a punto de comenzar un *cotillon*. Pocos segundos después estaban bailando.

La escena no había escapado a lady Wiltshire, amiga de la familia del Duque Negro. Ella y su marido el marqués se acercaron, con una expresión de comprensión en sus ya acalorados rostros. Tras las cortesías de rigor, lady Northcliff y lady Wiltshire apenas se apartaron del grupo, enfrascadas en un intercambio confidencial de información.

—Cyrus —comenzó a hablar Keiran con cautela, sabiendo lo mucho que odiaba a Napoleón —, ayer por la mañana llegó un despacho para el primer ministro Perceval.

El ceño del marqués de Wiltshire se frunció.

—Entonces, ¿es cierto lo que lord Bath me ha contado? —preguntó, pasando su mirada incrédula de Keiran a Daniel—. Estamos hablando del francés más poderoso de Europa y de su matrimonio, ¿verdad?

—Así es —confirmó el duque.

—¿Cuándo?

Daniel respondió con precisión.

—El domingo pasado, el once.

El ruido de la sala y la música no fueron suficientes para cubrir el pesado silencio que se hizo entre ellos.

—Napoleón es astuto y poderoso, y su movimiento estratégico para casarse con la austriaca es encomiable. —El Duque Negro había roto el silencio con unas declaraciones poco agradables pero ciertas.

—Así es —dijo Daniel en señal de aprobación—. Aunque a los ingleses no cueste admitirlo.

—Estoy desconcertado —dijo Wiltshire—, y me parece que a estas alturas no hay ninguna esperanza.

Keiran se volvió de repente para mirarle.

—No estoy de acuerdo, Cyrus.

—Dame motivos para cambiar de opinión, Northcliff, y te juro que lo haré.

—Yo estoy firmemente convencido —intervino Daniel—, que es contraproducente una campaña publicitaria que haga hincapié en la consolidación entre Austria y Francia tras la boda del enano francés con María Luisa.

—Será de dominio público en pocos días —exclamó Wiltshire, molesto—, quizás ya se esté discutiendo en esta sala. Lord Bath me lo ha mencionado. El francés ha estudiado bien sus movimientos: Europa es suya.

—Napoleón —dijo lentamente Keiran—, repudió con razón a Josefina porque no podía darle un heredero. —La frase quedó en el aire y tanto Daniel como el marqués de Wiltshire no creyeron que el duque quisiera decir lo que acababa de decir.

—No es una idea que salga de tu mente —sentenció Daniel escrutándole a los ojos—. O tal vez sí, pero en realidad no lo crees.

Wiltshire asintió para expresar que sentía lo mismo con St. James.

—El hecho de que yo no lo crea es un detalle sin importancia —respondió Keiran. Y luego añadió—: Los tres sabemos que Napoleón es ambicioso, ávido de poder, y que el deseo de un heredero no es más que una mera distracción.

—Y nosotros tenemos que hacer la campaña publicitaria adecuada, ¿me equivoco, Blake? —concluyó Daniel por él.

—Así es. En pocas palabras, sostendremos que el francés se ha casado por el deseo de tener un heredero, lo que le hace parecer más humano, asequible y potencialmente eliminable.

El marqués de Wiltshire se dio cuenta de la seguridad del duque, y dedujo que su ocurrencia debía de tener una base, cómo diríamos, un excelente respaldo.

—Ya veo, ésa es la posición oficial que vamos a tomar. ¿Spencer Perceval?

Keiran se lo confirmó.

—El primer ministro ha acordado que es lo único sensato que se puede hacer, por ahora. —Un segundo después, añadió—: Aparte de continuar con el bloqueo naval de Francia más estricto que nunca. No les importan los detalles, mientras detengamos todos los barcos franceses y pro franceses.

—Y naturalmente —dedujo Daniel—, nosotros no ocupamos ningún puesto oficial: somos nobles que nos enriquecemos con el comercio, eso es todo.

Ahora Wiltshire sonreía.

Keiran podía sentir cómo renacían sus vibraciones positivas: había recuperado la esperanza.

¡Era sorprendente lo poco que se necesitaba para reavivar un espíritu patriótico y luchador como el de lord Wiltshire!

—¡Muy bien! —exclamó éste por instinto—. Northcliff, Una vez más he de agradecerte que me hayas tranquilizado.

—Sólo te he dado información que otros recibirán oficialmente más tarde —intentó quitarse importancia Keiran.

Pero el marqués, sin dejar de mirarle, meneó la cabeza convencido de que el duque tenía alguna extraña habilidad para interferir en la voluntad de los demás.

—¿Qué te has hecho en la mano?

—Un encontronazo con Gentleman Jackson[4].

—¿El próximo cargamento, Northcliff? —preguntó Wiltshire solícito.

Keiran miró a Daniel, que asintió con la cabeza.

—¿Me habéis ocultado algo?

—Una omisión temporal, Cyrus —respondió Daniel con una de sus convincentes sonrisas. Las dos admiradoras volvieron a reírse, fantaseando despiertas.

—He elegido el «Eleonor Grace» para el próximo cargamento.

—Pero Northcliff, ¡habías dicho que no estaría listo hasta el próximo verano!

—Cyrus, ayer por la mañana —dijo Keiran intentando hacerse oír sin que le oyeran los vecinos—, el primer ministro me informó de que un pequeño barco francés lleva varias semanas intentando acercarse a nuestras costas para desembarcar mercancías, u otros productos, para alguien.

—¿Para alguien? ¿Quién? —Wiltshire empezaba a inquietarse, como siempre que había franceses de por medio.

—Buena pregunta, Cyrus —comentó Daniel—. Blake, termina de contar tu conversación con Perceval y todo le quedará más claro.

—El primer ministro sabe lo del barco francés de manera extraoficial. De lo contrario, habría tenido que involucrar a la *Royal N*avy y, sobre todo, hablar con el rey Jorge, o más bien con el príncipe. Mostró preocupación sobre qué hacer y —en ese momento, Keiran enarcó una ceja—, mirándome fijamente, me confesó que esperaba que algún sólido y veloz barco mercante fuera a darles una lección a los franceses, tal vez apoderándose de la carga y hundiendo su barco.

El marqués de Wiltshire no tardó más de dos segundos en darse cuenta de lo que Keiran estaba diciendo.

—Estoy con vosotros. Pongo a disposición mi «Blue Sky» para ayudar al »Eleonor Grace«.

—No será fácil, Cyrus —lo amonestó el Duque.

—Lo será si mi barco está junto al tuyo. Podríamos hacerle frente, uno en la popa y otro en la proa.

—Cyrus tiene razón, Blake —intervino Daniel—, y yo llevaré el «Water Rat».

—Intuía que me lo propondrías.

—No lo estoy proponiendo, Kein, sólo lo estoy afirmando.

—Veo que llevas la mirada.

—¿Qué mirada?

—La de lobo agresivo.

—También estaré yo, Blake.

—Wolf, no será la primera vez, así que no te voy a explicar los riesgos. Pero para ti, Cyrus...

—Habla —dijo Wiltshire con determinación.

—Cada uno de nosotros...

—Buenas noches a todos, excelencia, lord Wiltshire, lord St. James. —El vizconde Castlereagh estaba delante de ellos.

Keiran sólo tuvo que mirarlo para darse cuenta de que aquel hombre estaba allí por simple curiosidad.

Todos en la sala habían adivinado que los tres estaban hablando de asuntos privados relacionados con el comercio de sus barcos, y aunque las Patronas aborrecían los negocios y las conversaciones políticas en aquel círculo dorado de fingida respetabilidad y moralidad, el duque de Northcliff, muy temido incluso por ellas, estaba justificado en todos sus actos. Pero la curiosidad de lord Castlereagh, que había visto a Northcliff en el Ministerio al entrar en el despacho de Perceval, prevaleció sobre los buenos modales e, ignorando el hecho de que el título de Keiran era decididamente superior, interrumpió la conversación del duque.

—Buenas noches —Keiran respondió sopesando al vizconde por debajo de sus ojos, apenas entornados.

La actitud arrogante del Duque Negro hizo vacilar la valentía del vizconde. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Keiran, Daniel y Cyrus no dijeron ni una palabra, y se quedaron mirando a lord Castlereagh, que comenzaba a sentirse incómodo.

—Excelencia... ayer por la mañana os vi en el Ministerio y aunque intenté llamar vuestra atención por todos los medios, no logré saludaros.

—Evidentemente, no por todos las medios, si no, os habría visto.

Castlereagh empezó a sudar la gota gorda.

St. James le estudiaba interesado ante tal reacción. Wiltshire, menos acostumbrado a los subterfugios, pasaba la mirada del duque al vizconde y temía por este último.

—Yo también estaba en el Ministerio para ver a un amigo. Al parecer Napoleón se ha vuelto a casar. Pero imagino que el primer ministro ya os habrá informado. —Lanzó la indirecta a propósito para hacerlo salir a la luz.

—Sí, me han informado. —El silencio reinó entre ellos.

Castlereagh, como ex ministro de Guerra que había sido, no se dio por vencido. Quería saber el motivo de la conversación entre el Duque Negro y el primer ministro, pero la presencia de Wiltshire y St. James no le permitía expresarse con libertad.

—Excelencia, ¿querríais concederme unos minutos de vuestro tiempo, quizá más tarde, para compartir con vos opiniones e informaciones sobre temas que nos parecen comunes y que he comentado con el primer ministro?

El Duque Negro permaneció impasible. No creía en absoluto que Castlereagh tuviera contacto directo con el primer ministro y mirando atentamente a los ojos del hombre encontró la mentira: sí, Castlereagh había mentido, no había sido convocado al Ministerio por Perceval. Había contactado con otra persona.

Wiltshire temió que Northcliff estallara en uno de sus raros y temidos ataques de ira; St. James, en cambio, que lo conocía bien, se dio cuenta de que Kein estaba controlando maravillosamente su cólera.

—Creo que la información de la que tengo conocimiento es exactamente la misma que os ha facilitado el primer ministro. Si no es así, no hay razón para que yo comparta una información que, evidentemente, el primer ministro considera privada.

El duque de Northcliff había hablado despacio y su tono había sido sutilmente intimidatorio. Su porte autoritario disuadió a Castlereagh de seguir presionando; los ojos azul oscuro que lo miraban fijamente parecían atravesarle el alma para revelar su verdadera naturaleza, provocándole un escalofrío.

Los presentes en la sala se percataron al instante de que el escándalo acechaba y quedaron como hipnotizados por la oscura y misteriosa figura del Duque Negro.

—Si me permitís, excelencia —vaciló Castlereagh—, mi esposa, la vizcondesa, me está saludando con la cabeza. Creo que necesita presentarme a alguien. Que disfrutéis de la fiesta. —Hizo una tosca reverencia y desapareció.

—Sería interesante saber el nombre del amigo de Castlereagh en el Ministerio —dijo Wiltshire, mirando la espalda del fugitivo.

—No será difícil —dijo Daniel pensativo—. Haré algunas preguntas y ya veremos. Acabas de mencionar a Lord Bath, ¿verdad, Cyrus?

Wiltshire asintió.

—¿Se habrá enterado también por Castlereagh? Nunca me gustó Bath. Blake, explícale a Cyrus el programa de los próximos meses, rápidamente, antes de que aparezca algún otro soplón.

—Partimos pasado mañana —comenzó a hablar Keiran—. Con tan poco tiempo de antelación te resultará difícil armar el barco, Cyrus.

—Lo haré. Continúa.

—Cada uno de nosotros estará al mando de su propio barco: en caso de avería, no permitiremos que la tripulación pague por nuestra responsabilidad. Y si acabamos en manos francesas, será un sálvese quien pueda. Sólo seremos nobles ricos que intentan apoderarse de mercancías francesas —puntualizó.

Hizo una pausa para reprender al marqués de Wiltshire con la mirada.

—Nadie debe saber lo que vamos a hacer. Nadie —repitió—. Ni siquiera tu esposa. La versión oficial será que llevamos un cargamento para la Compañía de las Indias Orientales, como de costumbre.

—Pero si todo marcha bien —constató Wiltshire—, volveremos antes de lo previsto, mientras que nuestros viajes habituales duran más.

—Tormenta o piratas, con lo que el cargamento se pierde y el retorno es obligado —replicó apresuradamente Daniel.

Keiran lo aprobó, encontrándolo excelente como justificación.

Wiltshire guardó silencio, atormentado por una multitud de pensamientos que se cruzaban en su mente.

Los otros dos le dejaron tranquilo, esperando a que hablara.

—Muy bien —dijo vagamente confundido—. Muy bien, tengo algunas cosas que resolver —continuó, recuperando la lucidez. Los miró a ambos y dijo con más decisión—: De acuerdo. Me las arreglaré.

Keiran asintió en señal de aprobación.

—Saldrá todo bien.

—Sí —se hizo eco Daniel—, ése es también mi parecer.

—¡Claro que saldrá todo bien! —estalló Cyrus—. ¡Aunque solo sea por el hecho de ver —bajó la voz—, hundido un barco francés! —Su entusiasmo hizo sonreír a Keiran y reír con ganas a Daniel.

—No me queda otra que reiterar —intervino la duquesa de Northcliff—, que tenía razón en arrastraros hasta aquí después de todo. Vuestra risa, St. James, es como... agua para un sediento.

—Lady Northcliff, tal vez en este sentido, podría sugerir un paseo hasta la salita contigua para tomar una copa.

—Lord St. James, acepto con gusto, si mi amiga marquesa no se ofende.

—En absoluto, querida. Nos vemos más tarde, tal vez para dar un paseo con lady Hereford.

—Entonces en marcha, marqués... aunque sospecho que vuestra atenta mirada esconde la esperanza de que os presente a esas dos jovencitas que no os han perdido de vista ni un solo instante desde que llegasteis.

Daniel volvió a reír, arrancándole otra sonrisa a Keiran.

—Excelencia, permitidme deciros que esta noche estáis especialmente divertida. —Daniel le ofreció el brazo—. De verdad, lady Northcliff, ¿mis intenciones son tan transparentes? ¿A quién me presentaréis esta noche?

—Veamos. Las dos chicas que estaban pendientes de cada una de vuestras palabras son óptimos partidos: lady Arabella Chapman, hija del conde de Lennox, y lady Mathilda Stones, hija del vizconde Gascoyne. Hermosas, bien educadas y dotadas económica y físicamente. No me miréis así. ¿ Creéis que no sé lo que os interesa a los hombres? Al fin y al cabo, tengo un marido muy posesivo y unos hijos que rara vez pueden ocultarme sus preferencias.

Daniel levantó una mano en señal de rendición.

—Podrían mantener alto el nombre de la marquesa de St. James —añadió la duquesa, escrutando a las dos jóvenes en cuestión—, sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Hum, no sé si puedo...

—Os lo ruego, lady Northcliff, Tengo en la más alta estima vuestro juicio. Hablad con libertad.

—Bueno, yo diría que valen mucho menos de lo que una madre querría para un hijo como vos.

—¿Es decir?

—Sois un hombre competente, activo, dinámico y divertido. Pero detrás de todo eso albergáis un entrañable y especial interior.

—Lady Northcliff, hablad en voz baja. Si mis admiradoras lo supieran, ¡estaría perdido! ¡Tengo que mantener mi fachada de hombre totalmente superficial y nada digno de confianza!

La duquesa rio con ganas, haciendo que varias caras se volviesen.

—En resumen, decidme a quién consideraríais adecuada como mi marquesa.

—Ahora mismo. Entonces... —comenzó a hablar lady Northcliff haciendo que sus hermosos ojos azules deambulasen por la sala—, una lady Fitzroy, enamorada y fiel, sería la ideal...

—¡Ya está casada!

—Precisamente. También estaría Miss Mary Barnes, hija del reverendo Barnes. Un ejemplo de chica taciturna, con ella no tendrías ciertamente problemas de celos o infidelidades. Por supuesto, su físico no es tan agradable como lo desearía un hombre, y su actitud no es tan fina y elegante como cabría esperar de una marquesa. Además, habría que tener en cuenta la falta de título, si es que eso tiene algún peso para vos.

—Sabed, lady Northcliff, que el título no sería para mí un requisito fundamental... —dijo Daniel mirando en la dirección que le indicaba la duquesa.

—Lo imaginaba.

—Y en cuanto a la elegancia, tal vez se podría remediar.

—Se podría —confirmó Lady Northcliff—. No obstante, yo recomendaría una actitud más... chispeante; en una relación de pareja, el interés mutuo se renueva constantemente si la esposa sabe tener... una pizca de espíritu e iniciativa, ¿no os parece?

—Indudablemente — asintió Daniel con el aire de quien ha entendido a la perfección—. Entonces, lady Northcliff, ¿a quién encontramos tan chispeante? —Empezaba a divertirse de verdad y seguía con interés los ojos de la duquesa, que no paraba de hurgar entre la multitud.

—Ya está. lady Alice Campbell sería definitivamente adecuada para vos...

—¿Quién? ¿La hija de Cyrus? ¡Me estaréis tomando el pelo!

—En absoluto —-replicó lady Northcliff, mirándolo con una mezcla de indignación y sorpresa-—. Es una joven increíblemente vivaz, pero decididamente bien educada. Además, tendrá una dote generosa y es de linaje noble.

—¿No lo diréis en serio?

—No entiendo qué hay de malo en la bella Alice. ¿Os disgusta su aspecto físico? Admito que sigue siendo bastante pequeña comparada con vos, que sois tan alto como Kein, pero está bien proporcionada y, a decir verdad, tiene un cuerpo que satisface a los ojos masculinos; su pelo oscuro contrasta agradablemente con su piel clara y sus ojos azules, y además...

—Su aspecto es muy bueno.

—Entonces, ¿qué tiene de malo?

—¡Su padre! Cyrus ni siquiera me permitiría acercarme a ella. Soy un aventurero empedernido, me gusta pasar... de flor en flor ¡y no soy de fiar!

—¡No digáis memeces, Daniel! —replicó ella, cerrando bruscamente el abanico—. Cyrus conoce bien vuestras cualidades y os estima mucho. Y yo estoy dispuesta a apoyaros si os dais cuenta de que estáis interesado en la pequeña Alice.

—Ya veremos —respondió Daniel poco convencido.

La duquesa observó en silencio cómo Alice Campbell charlaba con lady Nancy, Jane Hambrook, lord Brummell y lady Eleonor Grace.

—Lady Nancy Jane Hambrook. Muy recomendable —dijo Lady Northcliff de repente.

—¿La hija del conde de Hereford? No la conozco personalmente. Señaládmela.

—Con Lord Brummell, que está frente a Lady Alice.

—¿Cabello? —preguntó viendo dos jóvenes.

—Castaño claro, vestido azul claro.

—Muy bonita, diría yo. Tiene ojos muy expresivos, ¿pero qué...?

Lady Nancy Jane hacía gestos con las manos

—¡Ah, sí! Es el lenguaje de signos. Lady Nancy Jane es... No oye después de un accidente que afectó a su sistema auditivo.

—Entiendo... —Daniel parecía interesado. Lo cierto era que él, al igual que el Duque Negro, conocía el lenguaje de signos, pero era algo que nadie conocía.

—He de admitir que podría representar un obstáculo... —dijo la duquesa interpretando como incertidumbre la sorpresa reflejada en el rostro del marqués de St. James—. Sin embargo, os puedo asegurar que la chica está perfectamente integrada en la sociedad, sabe comportarse adecuadamente en todas las ocasiones y tiene buenos modales. Y me parece muy guapa, ¿no creéis?

—Sí, definitivamente lo es —respondió él, notando la dulzura de los ojos de la joven. También observó su físico: era delgada, pero de proporciones agradables. Le gustó mucho. Se obligó a apartar la mirada y preguntó—: ¿Y la otra que está con ellos? ¿La conocéis?

—¡Oh, ya lo creo! Ella también sería una perfecta marquesa, quizás incluso más que la querida Nancy Jane. Es muy hermosa, original tal vez, y lo suficientemente vivaracha para sazonar vuestra vida a la perfección, pero intachable en todo. Y es muy culta. Yo era amiga personal de su madre, mi queridísima amiga... Pero disculpadme, Daniel, ¡deberíais conocerla bien! —exclamó Lady Northcliff, volviéndose para mirarlo con asombro, pero la expresión olvidadiza del rostro de su interlocutor indicaba que realmente no la conocía—. ¡Se trata de lady Eleonor Grace Hambrook, la hija de los queridos Nicholas y Sophie!

—¿Ésa es lady Eleonor Grace? ¿La hija de Nick? —preguntó el marqués con los ojos bien

abiertos.

—Sí. Lo comprendo, es muy guapa y el color de su cabello despierta cierta admiración.

Daniel se sobrepuso al impulso de utilizar en voz alta la palabra apetitosa. Era lo primero que le había venido a la mente nada más verla.

—No la recordaba así. La última vez, creo que hace varios años, era una mocosilla. La verdad es que nunca la habría reconocido.

—Creo que os gusta, Daniel. ¡Hemos encontrado a la potencial marquesa de St. James, por lo que parece!

—¡Ni por asomo! —estalló horrorizado, dejando a la duquesa estupefacta—. ¿En serio creéis que Blake me dejaría acercarme a esa maravilla, disculpadme, a lady Eleonor, sin romperme las piernas? —Al ver la expresión de confusión de la mujer, Daniel se explicó—: Veréis, vuestro hijo se pone bastante susceptible cuando se trata de la hija de Nick, lo que le hace parecer bastante protector, ya me entendéis. Y desde luego, no seré yo quien tiente al destino interponiéndome entre él y su hermosísima protegida.

La duquesa no creía que Kein se preocupara tanto por la hija de Sophie, pero la genuina reacción de St. James le dio la justa medida de la implicación de su hijo. Y se quedó muy sorprendida.

—Daniel, no tenía ni idea de eso... De todas formas, siempre podría hablar con Kein: estoy convencida de que os valora lo suficiente como para aceptar una unión así.

—No —respondió categóricamente el marqués—, no creo que Kein acepte. En cualquier caso, hace mucho tiempo que Blake no ve a lady Eleonor Grace en persona. Estoy seguro de que después de ver lo, digamos, madura que está físicamente, habrá pocos a quienes permita cortejarla, o tal vez, ninguno.

La duquesa no dijo nada, muy afectada por lo que parecía ser una auténtica obsesión de Kein por la joven.

La muerte de su amigo Nick, tras aquel sueño, seguramente le había hecho sentirse de algún modo responsable por no haber podido evitar la tragedia y, en consecuencia, en deuda con Eleonor Grace.

—Prefiero de largo desafiar el despecho de Cyrus e invitar a lady Alice a bailar, si sois tan amable de presentármela oficialmente.

Lady Northcliff, todavía pensativa, accedió de buena gana y los dos se dirigieron hacia la vivaracha Alice Campbell.

* * *

Mientras su madre y Daniel se dirigían hacia allí, Keiran oyó decir a su amigo: «De verdad, lady Northcliff, ¿mis intenciones son tan transparentes? ¿A quién me presentaréis esta noche?»

—Ese muchacho podría elegir su mujer ideal entre un sinfín de jovencitas —comentó lord Wiltshire mientras observaba al marqués de St. James—, pero no lo hace. Si fuera algún año más joven...

—... encontraría su mujer ideal en tu marquesa, lady Wiltshire —le interrumpió Keiran, desviando la mirada hacia la mujer recién nombrada que, con su elegancia habitual, se dirigía hacia la entrada en compañía de Mrs. Drummond-Burrell, esposa de Robert Peter Burrell, hombre famoso por su dandismo extremo.

—Sí, tienes razón, Northcliff —admitió sonriendo—. ¿Qué hay de ti?

—¿A qué te refieres?

—Esposa, matrimonio.

—No lo necesito. Ya tengo un heredero.

—La mujer adecuada te calentaría el corazón, Northcliff.

El Duque Negro lanzó una mirada amenazadora a su amigo el marqués, que no se inmutó en absoluto, pero decidió no insistir en el tema.

Los dos permanecieron observando a la multitud que los rodeaba.

El minué había terminado, Keiran no tardó en ver a Roy llevando a Philippa de vuelta a su asiento, pero ella se detuvo para susurrarle algo al joven lord Roy. Los vio dirigirse a la salita donde otras damas ya estaban tomando té y limonada, sólo que Roy, inexperto ante las zalamerías de Philippa, no había entendido la maniobra de distracción de su amante: para llegar a la salita tendrían que pasar por delante de él,

Un grupito de ancianas señoras, atentas a cada detalle, en cuanto vieron pasar a lady Wilmot, se esmeraron en evitar su mirada y dedicaron sus maternales sonrisas al complaciente lord Roy MacKendrick, saludándolo con grandes inclinaciones de cabeza, y luego se volvieron para ver si el duque de Northcliff las había visto.

Keiran apartó su atención de ellas y, a la espera de la inevitable llegada de Philippa, dirigió sus ojos al umbral de la puerta.

Por la puerta principal de la sala entró lady Hereford, acompañada por el insolente Andrew Hambrook, que no dejaba de girarse para controlar a su hermana con el rabillo del ojo... no, a su hermana no, a otra persona a la que no podía ver porque estaba oculta por la figura del propio Hambrook. Supuso que se trataba de la hija de Nick.

De repente, las jóvenes que estaban detrás de él se separaron de lady Hereford, deteniéndose a observar a la multitud.

El autocontrol del Duque Negro amenazaba con flaquear debido al indecible asombro que sintió en aquel momento, alterando su expresión habitualmente rígida: el cambio físico que evidentemente se había producido en la figura de Lady Eleonor Grace en el último año y medio era sorprendente.

Si la expresión del rostro parecía más madura y reflexiva, lo que llamaba definitivamente su atención y la de los jóvenes presentes era la figura esbelta pero bien dotada de la muchacha: sus pechos, antaño finos, eran turgentes y redondeados, fuera de su discreto escote en una línea decididamente agradable a los ojos de cualquier hombre; el color rubio miel de sus cabellos suscitaba el interés de mujeres y hombres por igual, debido a su tonalidad insólita y poco común.

Soltó un largo suspiro y reanudó su acostumbrada expresión austera, sin evitar mirar fijamente a la joven y percatarse de las miradas abiertamente interesadas de algunos de los jóvenes.

—Problemas a la vista, Kein —dijo lord Wiltshire un momento antes de que lady Wilmot se plantara delante del duque.

—Buenas noches, lord Northcliff —le dijo una voz familiar. Bajó los ojos hacia la mujer sin inmutarse. La miró fijamente a la cara, obligándose a no mirar su escote—. Buenas noches también a vos, lady Wilmot.

Silencio. Roy miró a su hermano con aire afligido e impotente, consciente del error cometido.

—Vuestro hermano ha tenido la amabilidad de insistir en acompañarme a beber algo. —La habitual desenvoltura de la mujer para mentir y la cara de desconcierto de Roy hicieron que Kein comprendiera que no decía la verdad.

—Lamento de todo corazón que la amabilidad de lord MacKendrick esté a punto de ofenderos —dijo lentamente el Duque Negro—. De hecho, me temo que tengo que recordarle que antes le había prometido a lady Wiltshire un paseo por el jardín.

La consternación en el delicado rostro de Philippa era tan conmovedora que Keiran sintió pena por ella por haberse metido en tan incómoda situación. Pero él siempre había sido claro, sobre

todo respecto a los encuentros en público, y en aquel momento la amante había roto el acuerdo.

—Lady Wilmot —dijo el Duque Negro lo bastante alto como para atraer la atención de algunos jóvenes que estaban cerca de ellos—, estoy seguro de que en menos de tres segundos encontraréis al menos a dos caballeros encantados de acompañaros a beber algo.

De este modo dio vía libre a los cuatro jóvenes que se le acercaron con discreta educación, pero el más rápido en hablar dijo:

—Excelencia, si me perdonáis la intrusión, estaría encantado de acompañar personalmente a lady Wilmot. —Luego mirando a la mujer le dijo—: Y si vos, *madame*, deseáis mi compañía, claro está. —El joven, muy apuesto con su elegante traje, se mostró educado y cortés, y lady Wilmot sólo pudo sonreírle.

El duque le dio su consentimiento con un movimiento de cabeza que el otro parecía esperar...

—Será un placer disfrutar de vuestra cortesía —respondió finalmente Philippa al joven que ya le había sido presentado en otra ocasión.

Lord Wiltshire dejó escapar un suspiro de alivio.

En cuanto se hubieron marchado, Roy se quedó mirando a Kein.

—Lo siento.

—No importa.

—No pensaba que esa mujer fuera tan...

—Todas las mujeres son arteras en su propio beneficio —dijo el duque un tanto distraído por la espléndida visión de lady Eleonor Grace paseando despreocupadamente junto a lord Brummell —. Y lo son más que nosotros —añadió, siguiendo la dirección tomada por la hermosa muchacha—, aunque no me guste admitirlo.

Roy frunció el ceño y con un ligero movimiento de cabeza siguió la mirada de su hermano.

—¡Caramba! Es... Es realmente... ¡Ya veo por qué no dejas de mirarla!

—Yo no miro a nadie —dijo el duque con una lentitud amenazante.

—Cómo no.

—Roy.

—Vale, de acuerdo. Pero dime, ¿quién es?

—La hija de Nick, lady Eleonor Grace.

Roy no pronunció palabra. Sabía cuánto le importaba a Kein aquella chica. Bueno, ya no era tal, sino una mujer hecha y derecha. Había oído decir que no se había casado por su carácter demasiado abierto y su inclinación al estudio; en resumen, que era famosa por su originalidad. Pero él sabía por su hermano que, aunque quisiera, no podría casarse antes de la edad indicada por su padre en su testamento.

—Interesante —murmuró Roy.

—¿El qué? —preguntó Keiran con desconfianza, mirándole de reojo.

—La chicha, quiero decir, lady Eleonor Grace.

—¿Qué es interesante? —preguntó el duque, fingiendo no entender.

—Bueno, su aspecto físico, para empezar, es particularmente agradable.

—No entiendo a dónde quieres ir a parar.

Ante aquellas palabras, pronunciadas en un tono vagamente de advertencia, Roy se dio cuenta de que a Kein no le gustaba hablar de lady Eleonor, es más, obviamente no le gustaba oír hablar de ella de aquella manera.

—No te acalores tanto, Kein. Sólo expreso mi aprecio por una chica guapa, eso es todo. Pero, ¿qué demonios le has hecho a esa mano?

El Duque Negro, asumiendo su expresión más dura, apenas murmuró algo y volvió a

inspeccionar la sala con gesto severo y aburrido.

De hecho, no se perdió ni un solo movimiento de lady Eleonor, permaneciendo confuso por la despreocupación con la que la joven hablaba y se movía, tratando de ignorar las miradas interesadas de varios caballeros, más o menos jóvenes.

Lord Brummell, que la acompañaba a ella y a otra joven por la sala, parecía haberse dado cuenta de la multitud de ojos que se posaban en ellos, muchos de ellos atraídos por la mujer de cabellera color miel.

Tres veces había interceptado la mirada del Duque Negro, haciéndolo pasar por un gesto casual, pero Kein estaba segura de que el elegante pero inteligente caballero se había dado cuenta de que su atención por lady Eleonor era algo más que mera curiosidad. Y esta constatación le molestó.

—No habéis podido evitar fijaros en lady Eleonor Grace, lord Northcliff —dijo lady Wiltshire al volver de su paseo de inspección —. Como todos, por otra parte —añadió con seguridad—. Nicholas y Sophie estarían orgullosos de ella. Es una chica sumamente educada y elegante, lo que basta para compensar su genuina espontaneidad, un defecto que la sociedad no perdona fácilmente.

—¿La espontaneidad es un defecto, Lady Wiltshire? —preguntó él.

Lady Wiltshire sonrió.

—Formalmente lo es. Claro que en algunos o algunas, como en el caso de Eleonor Grace, es un defecto que pasa a un segundo plano frente a la sofisticación innata que la distingue. —La refinada lady Wiltshire notó que el Duque Negro la escuchaba atentamente—. Además, Excelencia —continuó—, hay quien acepta ese defecto y quien no.

—¿Quién no lo ha aceptado? —preguntó el duque casi con tono amenazador.

—En una velada vespertina que celebré la semana pasada con otras señoras, Eleonor declaró con demasiada vehemencia que admiraba a las mujeres que abandonaban a sus maridos demasiadas veces infieles. Fue rotundamente criticada en cuanto puso un pie fuera de mi salón.

Keiran asumió un aire sombrío.

—La defendí, por supuesto, y también porque —se volvió a mirar al marido, lord Wiltshire—, estoy totalmente de acuerdo con ella. Y les señalé cortésmente a las damas presentes que ojalá todas tuviéramos ese espíritu de libertad que hace rebelarse contra la injusticia, aunque admití que no siempre es posible.

El duque siguió escuchando atentamente, ahora mirándola a los ojos.

—Veréis, lord Northcliff, estoy convencida de que si en mi lugar hubiera estado, lo sé, Mrs. Drummond-Burrell, habría aniquilado públicamente a la desdichada Eleonor.

El Duque Negro, recordando su encuentro con lady Eleonor antes de la muerte de sus padres, dijo:

—Me gusta la espontaneidad porque en cualquier caso es sinónimo de sinceridad y franqueza. Siempre que no roce la desfachatez.

—Estoy totalmente de acuerdo con vos —afirmó Lady Wiltshire—. Y si tenéis la oportunidad de pasar tiempo en compañía de Eleonor, estoy segura de que encontraréis que su franqueza es cualquier cosa menos descarada. Pero disculpadme, ¿qué os habéis hecho en la mano?

—De hecho —intervino el marqués, su marido, ignorando la pregunta formulada al duque—, yo la encuentro especialmente divertida y, podríamos decir, ¡intrigante!

—Sí —admitió lady Wiltshire—, intrigante es la palabra que describe perfectamente lo que los hombres piensan de ella.

La pareja vio cómo el Duque Negro sonreía y devolvía toda su atención a lady Eleonor. Poco

después, su ceño fruncido les obligó a observar de nuevo la escena: su primo, Andrew Hambrook, la miraba con resentimiento a ella, a lord Brummell y a la joven lady Nancy Jane mientras se alejaban de él.

—¡Ese pervertido de Hambrook es una desgracia para su familia! —estalló lord Wiltshire.

—Sí, así es —admitió el duque.

—¿Pervertido? ¿Qué tiene eso que ver con su adicción a la bebida? — preguntó ingenuamente su esposa.

—Winnie, te lo explicaré más tarde.

Lady Wiltshire calló oportunamente, entre otras cosas porque lady Hereford, que había estado con ella hasta hacía unos minutos, se acercaba en compañía de su hijo Lawrence, lord March.

—Mi querida lady Hereford —comenzó a hablar el marqués de Wiltshire—, ¡qué placer veros!

—Gracias, Lord Wiltshire. La velada promete ser divertida: me acompaña un joven caballero, ¡y no podría pedir nada mejor! —bromeó Martha riendo. Luego se volvió cortésmente hacia el duque—. Buenas noches, excelencia. Espero no haberos interrumpido.

—Buenas noches, lady Hereford, lord March —les saludó el duque—. A decir verdad, habéis interrumpido una secuencia de palabras de admiración hacia lady Nancy Jane y lady Eleonor Grace, que evidentemente deben su elegancia y refinamiento a vos, que sois su ejemplo.

Lady Hereford, poco acostumbrada a los cumplidos, contuvo la respiración un momento.

—Excelencia, sois extremadamente amable. Tal vez no merezca tanta admiración. Después de todo, hago lo que cualquier madre hace por sus hijos.

—Lady Eleonor no es hija vuestra y, no obstante, es como si lo fuera. Y eso no es algo que puedan decir muchos. —La afirmación era correcta aunque estuviera impregnada de cierta rudeza. Pero todo el mundo sabía que el Duque Negro podía ser bastante directo cuando quería. Además, siendo duque, hablar tan abiertamente de ciertos temas le estaba permitido.

—Sí, no puedo negarlo, Eleonor es como una hija. —Y Martha, sintiéndose autorizada a hablar, añadió—: Desde luego nunca podré competir con la excepcional Sophie —pronunció las últimas palabras con voz temblorosa—, sin embargo, el afecto que siento por Eleonor compensa, al menos en parte, su ausencia.

Keiran sentía compasión por aquella mujer que había perdido a parientes muy queridos y tenía un marido enfermo al que amaba incondicionalmente; pero sobre todo admiraba su fuerza intrínseca que él sentía, una fuerza que le había permitido hasta entonces soportar el dolor de tener un hijo problemático como Andrew Hambrook.

—Disculpadme, cuando hablo de Nick y Sophie...

—Lady Hereford, considero vuestra genuina emotividad una preciosa cualidad. Especialmente para vuestras jóvenes.

—Gracias otra vez, excelencia.

—Martha —intervino Lady Wiltshire—, nunca ha habido ocasión de presentarte al hermano del duque de Northcliff, Lord Colin Roy MacKendrick.

—Lord MacKendrick, encantada de conoceros.

—El placer es mío, lady Hereford. He oído mencionar vuestro nombre varias veces a los marqueses de Wiltshire, siempre con increíble afecto.

—Lawrence, querido —dijo Lady Wiltshire—, acerca a Lady Hereford a tomar una limonada. Querida —añadió luego con coquetería—, si no bebéis algo, las Patronas podrían tomárselo a mal.

—¡Oh, Santo Cielo! —rio Martha.

—Vamos, lady Hereford, no dejemos la otra sala sin explorar —dijo atento el conde de March, mirando la mano del duque—. Northcliff, ¿Qué os habéis hecho en la mano? Tiene muy mal aspecto. Bueno, luego me lo contáis.

El duque asintió cortésmente con la cabeza y Lady Hereford y Lord March se marcharon.

—Si Bridget... lady Northcliff continúa así —observó lady Wiltshire mirando al fondo de la sala—, vuestro amigo St. James puede que encuentre a su prometida esta misma noche.

—Winnie, ¿de verdad crees que alguien como Daniel va en serio con lo de casarse? ¿Y con quién entonces?

—Mi querido esposo, sabes de sobra que el marqués de St. James es un hombre absolutamente digno de confianza y responsable, aunque haga todo lo posible por disimularlo en las reuniones sociales. Y si quieres saberlo, hace un momento parecía interesado en nuestra pequeña Alice... ¿Qué pasa? No te hagas el sorprendido: tenía que ocurrir tarde o temprano y, si te soy sincera, ¿por qué no el marqués de St. James?

—Te juro que pocas veces he visto a una mujer con la tuya...

Lady Wiltshire le hizo callar con un repentino gesto de la mano.

—Discutiremos esto en casa. Lo siento lord Northcliff, no me malinterpretéis, prácticamente no tenemos secretos para vos, pero hay ciertos asuntos que una esposa debe aclarar en privado con su marido. Y aparentemente uno de esos es... ¡hacer entrar en razón a un padre posesivo y testarudo!

El Duque Negro no pudo evitar sonreír ante el giro de la marquesa, admirando su capacidad para enfrentarse al marido, hombre notoriamente terco.

—En cualquier caso —contestó Wiltshire—, parece que St. James está más interesado en lady Eleonor Grace. Así que...

—Realmente eres un ingenuo, Cyrus: ¡todo el mundo está intrigado por Eleonor Grace!

El duque se giró para ver si realmente era así.

—Lady Wiltshire tiene razón, Cyrus. Wolf está tan intrigado por lady Eleonor como los demás. —Fue una afirmación, pero sonó como una advertencia.

—Gracias, lord Northcliff. Mi marido a veces no ve más allá de sus narices.

Wiltshire puso los ojos en blanco, un gesto ciertamente poco elegante pero sin duda elocuente.

—Tal vez ya os lo he preguntado... —continuó la mujer—, pero, ¿qué os habéis hecho en la mano?

—*Boxe*, Lady Wiltshire —respondió Keiran.

—Desde luego, no se puede pasar por alto... —intervino Roy.

—Bueno —señaló Lady Wiltshire—, no tiene buen aspecto...

—¡Yo la veo muy bien! —estalló Roy que no le quitaba ojo a Lady Eleonor.

—Lord MacKendrick, en realidad hablaba de la mano de vuestro hermano el duque —apuntó divertida lady Wiltshire.

Keiran fulminó con la mirada a Roy. Se había dado cuenta de que a lo largo de los años, sin darse cuenta, había adoptado una actitud bastante protectora hacia la hija de su mejor amigo. No permitiría que nadie se acercara a la chica con intenciones poco serias.

Metió la mano derecha en el bolsillo y encontró el colgante de Sophie, que le había devuelto Foster. Había prometido a la muchacha, mediante una carta de su secretario, el conde de Portland, que le entregaría los bienes personales de sus padres a la primera oportunidad.

A la espera de entregarle la ropa y otros objetos que se encontraban en el interior del carruaje el día del accidente, había decidido llevarle lo que tal vez significaría para ella un recuerdo entrañable de su madre: un colgante redondo de oro, exquisitamente grabado con motivos

florales en el anverso y dos iniciales entrelazadas, N y S, en el reverso. El objeto se abrió, mostrando delicadas y preciosas miniaturas, una de Nick y la otra de su hija.

Cuando Keiran lo había cogido por primera vez, una fuerte sacudida le había subido por el brazo, dándole la imagen de dos manos ensangrentadas sosteniendo el colgante. Lo había abierto y una punzada en el corazón le había dejado sin aliento al ver la imagen de Nick.

Se había quedado así, con el objeto abierto en la mano, intentando comprender. Otras sensaciones vagas le llegaban de manera confusa y desordenada, tanto que era incapaz de centrarse en lo que seguía provocándole aquel estremecimiento.

Ahora, al tocar de nuevo el objeto, le invadieron las mismas percepciones. Apartó la mano de repente, molesto por sentirse impotente.

Miró de nuevo a lady Eleonor junto a lord Brummell, que lo miró un momento, y a lady Nancy Jane al otro lado, acercándose y riendo. Nunca había visto a lord Brummell reír tan abiertamente, ni a tanta gente mirando todos al mismo sitio.

Pasó el vizconde Hinchinghooke, que sin molestarse en saludar comentó:

—Una escena que probablemente no tendremos el placer de volver a ver: Lord Brummell se ha encaprichado definitivamente de la bella y original lady de cabello atrevido.

El Duque Negro le miró y se dio cuenta de que el hombre esperaba un gesto de aprobación. Le clavó su mirada más oscura y amenazadora, sabedor de que le pondría en fuga. Y así fue.

Hinchinghooke inclinó la cabeza temiendo por su seguridad y se alejó rápidamente.

El marqués, la marquesa y Roy sonrieron al ver que la contagiosa hilaridad de lady Eleonor había conmovido incluso al estirado Brummell y esperaban verlos pasar a su lado en cuestión de segundos.

—¿Puedo decir, lord Brummell, que os he hecho un favor al presentaros a mis amigas, lady Nancy y lady Eleonor?

—Lady Wiltshire, yo diría que sí, y os lo agradezco de nuevo. Son extremadamente simpáticas y con ellas seguro que no se aburre uno. Buenas noches, excelencia, señores.

—Lord Brummell —dijo el duque en tono formal. Al oír su voz, Eleonor contuvo la respiración—. Buenas noches, lady Eleonor, lady Nancy Jane.

Eleonor alzo el rostro y se encontró mirando fijamente los hermosos y misteriosos ojos del duque de Northcliff.

Las dos jóvenes hicieron una reverencia, pero luego se quedaron como paralizadas, Nan porque sentía cierto temor por él, y Ellie porque no esperaba encontrarse cara a cara con el hombre que tantas veces había sido objeto de sus fantasías de jovencita encaprichada.

Eleonor notó que su cabello estaba bien peinado hacia atrás, pero su longitud algo agreste había hecho que algunos mechones cayeran hacia atrás y rozaran sus sienes; el azul oscuro de sus ojos parecía atravesar las almas de aquellos a quienes miraba, su boca perfectamente delineada era voluptuosa y tenía un toque carnal.

Keiran no entendía cómo las dos jóvenes podían llevarse tan bien con un dandi del calibre de Brummell, y mucho menos, cómo era posible que pasearan tan despreocupadamente juntas con él. Las había observado charlando y riendo, y ver a Brummell mirando a lady Eleonor con interés le había molestado. No se tomó la molestia de entender por qué.

Como el duque parecía hipnotizado por los ojos verdes de la bella lady Eleonor, Brummell decidió allanar el camino.

—Esta noche la música es particularmente agradable, ¿no os parece, excelencia?

—Ciertamente.

—Lady Eleonor me explicaba cómo lady Nancy Jane es hábil en la danza, y la he invitado a

bailar.

Silencio. Sospechando que se había expresado mal, explicó:

—He invitado a lady Nancy Jane a bailar conmigo, y ella ha aceptado.

Keiran, distraído por la belleza de la muchacha, comprendió por fin.

—Os invitaría a bailar, Lady Eleonor...

—Os lo agradezco, excelencia.

—... pero no me gusta bailar. Evito este tipo de entretenimiento.

Eleonor parecía confusa.

Lady Wiltshire dijo impetuosamente:

—En realidad bailar con este calor... Quizá un poco de aire no me vendría mal.

Por una vez Roy demostró rapidez de ingenio, dándose cuenta enseguida de sus intenciones y aprovechando la supuesta promesa hecha, dijo:

—Estaría encantado de acompañaros, lady Wiltshire, como os había prometido.

Tras su mirada inescrutable, el Duque Negro decidió aprovechar aquella oportunidad para devolver el colgante a lady Eleonor.

—Lady Eleonor, si lo deseáis, también podemos dar un paseo por el jardín, después de obtener el permiso de vuestra tía, lady Hereford, por supuesto.

—Northcliff —dijo interviniendo el marqués de Wiltshire—, tal vez no haya necesidad de molestar a Lady Hereford, a quien veo disfrutando de una limonada con otras damas. Después de todo, lady Hereford ha confiado a las jóvenes a mi esposa, lady Wiltshire.

—Sí, lord Northcliff —confirmó lady Wiltshire, separándose del grupo que la seguía—, mi protegida puede venir con nosotros y vos la acompañaréis. ¿Nos vamos?

Eleonor se volvió para mirar a Nan que sonreía serenamente.

—*¡Vete tranquila, Ellie!* —le señaló Nan con sus manos.

—*¿Estás segura?*

—*¡Claro que sí, y además mamá está ahí!* —señaló el centro de la sala contigua.

Keiran observó con curiosidad, comprendiendo todo.

—*Él me preocupa* —le dijo Eleonor.

—*¿Él, quién?*

—*¡El encantador dandi que está a punto de hacerte bailar! Ten cuidado, Nancy, es conocido por sus habilidades de seductor.*

—¿Qué dice lady Nancy Jane? —preguntó educadamente Brummell.

—Dice que tenga cuidado —mintió Eleonor.

—¿Cuidado? —preguntó Lady Wiltshire.

—Cuidado con el aire fresco de la noche. Me ha señalado que ni siquiera llevo un chal conmigo.

Keiran la miró estupefacto. ¡Nada de lo que lady Nancy Jane había comunicado coincidía con lo que su prima había contado! Otra sonrisa suavizó su rostro severo.

—Vuestra prima tiene razón —sentenció lady Wiltshire, levantando un brazo y llamando a un lacayo—. La capa de lady Eleonor, por favor, y la mía también. Llévalas a la puerta que da al patio trasero. —El criado se encaminó rápidamente a cumplir el encargo—. ¿Estáis más tranquila, querida? —le preguntó a Nancy Jane.

—*Gracias, lady Wiltshire* —anotó Nan en el cuaderno que utilizaba para comunicarse con los demás. Luego, volviéndose hacia su prima, señaló con las manos—: *Eleonor, ¡eres una lianta!*

—*Sí, lo sé. Pero no podía decir que estábamos hablando de... Necesitamos establecer una señal para su nombre, ¿no te parece?*

—¿Para el seductor?

—Claro, Nan. Para el duque ya usamos el signo 'Duque Negro'. Me pregunto cómo se habrá hecho esa herida en la mano.

—Seguro que le habrá dado una paliza al marido de una de sus amantes.

—¡Nancy Jane! ¡Te estás convirtiendo en una descarada!

—Culpa tuya, Ellie: sigues enseñándome cosas que una chica decente debería ignorar.

Eleonor se percató de que los presentes las observaban ahora a ella y a Nan con interés y se sintió obligada a darles una explicación.

—Lady Wiltshire, mi prima os agradece vuestra cortesía y me regaña por mi descuido. Teme que si caigo enferma, el tío Ernest echaría de menos mi apoyo.

Keiran apenas se contuvo para no estallar en carcajadas.

—Querida, lady Nancy Jane tiene toda la razón del mundo. Sé por vuestra tía, lady Hereford, que sois un pilar inestimable para vuestro tío, el conde, y para toda la familia, de hecho.

—Entonces —intervino Roy—, ¿nos dirigimos a la puerta? Veo al lacayo esperándonos allí.

—Buen paseo, lady Eleonor —dijo lord Brummell con una reverencia.

—Gracias, lord Brummell, ha sido muy agradable conoceros.

—Ciertamente puedo decir que el placer ha sido todo mío, Lady Eleonor. Excelencia, os deseo una pronta recuperación de vuestra mano, que sin duda debe estar muy dolorida. Buenas noches.

Lord Brummell rozó el brazo de lady Nancy Jane para atraer su atención.

—¿El próximo baile? ¿Nos lanzamos?

Nancy le dio el brazo y llegaron al centro de la sala a tiempo para el *cotillon*. El corazón de Nancy Jane latía con fuerza, pues una cosa era bailar sola, o con Ellie, en casa para practicar los pasos, y otra muy distinta hacerlo con un apuesto caballero, famoso por su elegancia y su fama, en medio de una sala abarrotada y con decenas de ojos puestos sobre ella.

Lord Brummell, hombre notoriamente recto, rompió su máscara y sonrió a la joven, intuyendo su estado de ánimo. Decidió no hablarle para darle tiempo a concentrarse plenamente en los pasos, pero cuando comenzó el baile y él hizo el primer movimiento, la muchacha se movió con sólo medio segundo de retraso; luego fue fácil. Con movimientos gráciles y seguros, lady Nancy Jane siguió la música y los pasos, dejando asombrada a su pareja y a todos los presentes. Entre ellos, muchos jóvenes, repentinamente interesados, empezaron a mirarla como si Nancy Jane fuera «normal» y comprendieron que su sordera no era un obstáculo, de modo que la idea del cortejo arraigó en sus mentes.

Lord Brummell guardaba silencio, consciente de que por una vez no era el centro de la atención colectiva.

—¿Os gusta bailar conmigo? La verdad es que me temo que no estoy a vuestra altura: sois absolutamente perfecta.

El cumplido hizo sonrojar a Nancy Jane, pero hizo todo lo posible por no distraerse. Cuando terminó la música, dos o tres jóvenes se acercaron con la esperanza de sustituir a Lord Brummell.

—¿Os gustaría bailar de nuevo, lady Nancy Jane, o tal vez preferiríais beber algo?

Nancy Jane tenía miedo de estar con otras personas que no conocía y nunca bailaría con nadie sin ser presentada oficialmente.

Lord Brummell la tranquilizó:

—No os dejaré sola, lady Nancy —le dijo con dulzura.

—G*racias. Con mucho gusto tomaría algo* —anotó en su cuaderno.

Cuando se acercaban a la sala contigua, a Nancy le vino a la memoria un recuerdo: era bien sabido que a lord Brummell no le gustaba quedarse demasiado tiempo en las recepciones, cenas

y demás, y se percató de que el caballero estaba allí por ella, para no dejarla sola. Se armó de valor y tocándole el brazo le hizo volverse.

—*¿Podríamos saludar a lady Northcliff? Está justo ahí, a vuestra derecha.* —Había pensado en crear una distracción para intentar liberar a lord Brummell.

—Desde luego, querida, cumpliré todos vuestros deseos. Buenas noches, lady Northcliff, lord St. James.

—¡Lord Brummell! —exclamó la duquesa—. ¡Qué feliz soy de veros!

—Buenas noches, lord Brummell. ¿Qué tal estáis? —preguntó Daniel, inmediatamente atraído por la joven a su lado.

—No podría estar mejor: acabo de bailar con la que yo llamaría la joven más agraciada que he conocido.

Nancy Jane, sintiéndose aludida, sonrió mientras se ruborizaba y hacia una reverencia de saludo por respeto a lady Northcliff.

—¡Querida! Os hemos admirado desde aquí y os aseguro que lord Brummell no exagera en absoluto, sois una excelente bailarina.

—*Gracias, lady Northcliff, sois muy amable, como siempre* —respondió escribiendo.

Daniel no podía apartar los ojos de ella y lady Northcliff decidió allanarle el camino.

—Lady Nancy Jane, ¿conocéis al marqués de St. James? Marqués, lady Nancy Jane Hambrook, hija del conde de Hereford.

—Es un placer, lady Nancy Jane —dijo Daniel con una pequeña reverencia.

Nancy correspondió con una sonrisa. Había comprendido que le gustaba a ese marqués, y la idea, aunque la exaltaba, la emocionaba hasta el punto de dejarla casi sin aliento.

—Espero que no hayáis prometido ya todos los bailes. ¿Puedo tener el honor de invitaros al próximo? —le preguntó lord St. James.

Nancy Jane inspiró profundamente, incrédula y confusa. ¿Sería posible que aquel hombre tan atractivo, incluso más que lord Brummell, quisiera estar con ella?

La duquesa percibió la agitación del joven.

—Querida, me permito hacer las veces de vuestra madre, mi más querida amiga, y daros mi absoluta aprobación por la elección de lord St. James como vuestra pareja para el próximo baile. lord Brummell lo permite, por supuesto.

—Estoy encantado de saber que la protegida que me confió lady Wiltshire pasa a manos igualmente capaces. lady Nancy Jane, me marcharé de *Almack's* con el recuerdo de una de las veladas más deliciosas jamás vividas, gracias a vuestra excelencia y a vuestra prima, lady Eleonor. Excelencia, lord St. James, ¡feliz velada!

—Lord Brummell —dijo la duquesa mientras observaba al hombre alejarse—, es la persona más educada que conozco. Entonces —continuó, volviéndose para mirar a lady Nancy Jane —, os dejo con lord St. James, seguro de que juntos seréis una pareja de excelentes bailarines.

—Lady Northcliff, ¿os acompañamos con vuestro hijo, el duque?

—En absoluto, lord St. James. Me quedaré aquí, observándoos a vos y a la juventud de la sala.

—Pero vos, excelencia, formáis parte de ella.

—Dejadlo ya, Daniel, ¡sois un impenitente adulador!

Nancy Jane se asombró de la complicidad confidencial que surgía entre el marqués y la duquesa y le salió natural reírse con ellos.

—Querida, pronto descubriréis que los hombres atractivos, como nuestro querido amigo St. James, saben agradar incluso a señoras que ya no son jóvenes como yo.

—*¡Pero vos sois joven! Y ciertos cumplidos siempre son agradables.*

—Lady Nancy Jane —respondió la duquesa fingiendo incredulidad—, ¡yo diría que ya habéis aprendido mucho!

La carcajada de Daniel hizo que algunos curiosos se giraran y Nancy Jane se unió a él. Los dos se miraron fijamente a los ojos durante unos instantes, como si un entendimiento mutuo les hubiera cogido desprevenidos.

—Lady Nancy Jane, ¿vamos? —le preguntó el marqués.

La joven hizo una respetuosa reverencia a la duquesa y, poniendo la mano en el brazo del hombre, le siguió.

Pasaron por delante de lady Arabella Chapman, hija del conde de Lennox, que llevaba toda la temporada deseando ser presentada al marqués de St. James y al duque de Northcliff, y ahora observaba con envidia a la muchacha sorda, que representaba un obstáculo en el ascenso hacia el éxito matrimonial que se había propuesto.

No tenía intención de llegar al final de la temporada sin un compromiso oficial, y si atrapar al duque le había sido imposible hasta entonces, no dejaría que el marqués se le escapara también. Susurró algo a su vecina, Lady Mathilda Stones, hija del vizconde Gascoyne.

Las dos se dirigieron a una de las Patronas de una manera cortés y cursi, ingeniosamente diseñada para conseguir incluso una presentación oficial al príncipe regente.

St. James se dio cuenta de la maniobra y sonrió para sus adentros. Luego apartó a lady Nancy, haciéndola dar un giro tortuoso alrededor de varios grupos de personas; finalmente se detuvieron en el centro de la sala, listos para el baile.

Nancy le escribió en su cuaderno:

—Confío que el sinuoso camino haya servido al menos para despistar a quien pueda resultar realmente molesto... ¿o molesta?

Daniel la observó asombrado: nunca habría sospechado que aquella joven, aparentemente inofensiva, fuera tan brillante y perspicaz. Soltó una carcajada que contagió a la joven.

Comenzó la música y con ella uno de los momentos más hermosos de sus vidas. Ya no hablaban, pero seguían interactuando con los ojos y la mente, como dos seres en perfecta sintonía, incluso física.

Nancy estaba a sus anchas, y una euforia que le subía desde el bajo vientre la hacía desear no separarse nunca más de aquel hombre, abrazarlo con fuerza para que no se apartase de su lado. Se sentía tonta, pero las sensaciones que experimentaba eran tan intensas que le hacían sentirse más madura por ser consciente de ellas.

Daniel estaba agitado y esto era nuevo para él. Sujetaba las manos de Nancy con suavidad, pero anhelaba abrazarla y tenerla sólo para él.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se interesaba por ella, notando al mismo tiempo que eso le molestaría. Partida perdida: contó al menos tres jóvenes que miraban insistentemente a su compañera de baile. Algo extraño le estaba ocurriendo y no se atrevió a quedarse a investigar por miedo a lo que pudiera descubrir.

En cuanto la música enmudeció, se detuvieron. Nancy hizo una reverencia y esperó la iniciativa de su acompañante.

—Podría llevaros de vuelta con lady Northcliff —insinuó Daniel—, pero preferiría pasar más tiempo con vos —se aventuró a decir, esperando no intimidarla.

Los ojos de la chica se iluminaron y él se dio cuenta.

—Con gusto pasaría más tiempo con vos. Quizás debería pedírselo a lady Northcliff —le escribió.

—Yo me encargo, venid —Daniel la escoltó a paso rápido hasta la duquesa—. Excelencia, si

me lo permitís, me encantaría acompañar a lady Nancy Jane a dar un paseo al aire libre, donde sin duda nos encontraremos con vuestro hijo el duque, lady Eleonor, lady Wiltshire y lord Roy MacKendrick.

La duquesa intuyó que algo pasaba entre los dos, y teniendo plena confianza en Daniel, le respondió:

—Ninguna objeción, queridos míos. Pero... Daniel, haced que traigan la capa de Nancy Jane, por favor. La noche es fresca, y debéis encargaros de esta joven a la que aprecio particularmente. —La frase se había dicho para tranquilizar a Nancy Jane y asegurarle que el marqués era todo un caballero, y Daniel se lo agradeció.

—Gracias, lady Northcliff. ¿Estáis segura de que no queréis venir con nosotros?

—¡Por nada del mundo! Estoy bien aquí, al calor, y con tanta gente que muestra su deferencia por mí y mi título. De vez en cuando me gusta asumir la actitud altiva que le corresponde a una duquesa —respondió, guiñando un ojo a Nancy.

—Hasta luego, entonces —Daniel se inclinó y Nancy hizo lo mismo.

El marqués de St. James le hizo un gesto al camarero con la cabeza y luego señaló la salida.

Nancy le apretó el brazo con la mano, haciendo que se diera la vuelta.

—La duquesa es muy amiga de mi madre. Y sé que detrás del título y la aparente formalidad hay una mujer extraordinaria, simpática y espontánea. Pero sobre todo disponible. —anotó en el cuaderno.

—Es cierto. Así es —contestó Daniel, mirándole fijamente al gris de sus ojos—. Y Blake... el duque de Northcliff lo ha cogido todo de ella. —Luego, con una sonrisa pícara, levantando una comisura de los labios más que la otra, añadió—: Salvo la parte autoritaria que viene del padre.

Sin pensárselo dos veces Nancy escribió:

—Ésa debe ser la parte que temo yo.

—¿Temer a Blake? Bueno, de hecho, muchos lo temen. No debéis, a menos que hayáis cometido una injusticia. Pero vos —bajó la voz, seguro de que la joven le leería los labios—, sois una dulce y hermosa mujer y puedo ver en vuestros ojos que sois incapaz de cometer ninguna injusticia.

Nancy se sintió más avergonzada por la actitud cómplice del marqués que por sus palabras. Estaba emocionada, pero su inexperiencia no le daba seguridad en cuanto a la razón del evidente interés de lord St. James por ella. Podría haber sido un simple deseo de complacer a la duquesa o querer pasar tiempo con una chica diferente de las demás por su sordera.

Decidió no pensar en ello. Se puso la capa que le había traído el sirviente y le dio el brazo al marqués.

Al traspasar el umbral, un frío cortante les golpeó, pero era una sensación agradable después del calor de la sala. Nancy dio un largo suspiro, disfrutando del aire bien oxigenado de la oscura noche.

Daniel la miraba.

—En efecto, el calor en el interior se hace casi insoportable al cabo de un rato.

Nancy asintió.

—No tenéis mucha vida social, lady Nancy, y sé que la razón de ello se debe principalmente al admirable sentimiento filial que os une a vuestro padre, el conde. ¿Cómo está?

—La verdad es que no muy bien. Desde que, hace años, tuvo una terrible gripe pulmonar, nunca se ha recuperado del todo. Y la muerte del tío Nick, su hermano, fue un duro golpe para él, para todos en realidad. —escribió, moviendo velozmente los dedos para trazar las palabras en su cuaderno.

Bajaron unos escalones y empezaron a caminar lentamente.

—También estáis muy unida a vuestra prima, lady Eleonor. —La frase de Daniel fue una afirmación, como si ya supiera mucho sobre ella y su familia.

Nancy se dio cuenta.

—*Así es* —admitió de inmediato, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Daniel se había detenido, embelesado por aquel simple gesto.

—¿Siempre habéis bailado tan bien? ¿Es un talento natural o habéis practicado mucho?

—*Las dos cosas* —respondió ella con sinceridad—. *Mi madre siempre dice que tengo un talento natural y me cuenta que de pequeña, antes del accidente, cantaba todo el tiempo y al mismo tiempo bailaba. Lo recuerdo* —sonrió, perdida por unos instantes en el pasado—. *Tras el accidente todo cambió* —se detuvo, consciente de que seguramente el caballero que tenía delante no estaba interesado en sus emociones, ni hubiera sido de buena educación extenderse más en un tema considerado inapropiado.

—¿Por qué?

Ella le miró dubitativa, indecisa entre cerrar el tema educadamente o responder aunque fuera vagamente por educación.

—No os lo preguntaría si no estuviera realmente interesado.

—*Bueno, yo no podía escuchar la música* —cortó ella de golpe.

—¿Y después?

Nancy lo miró: lord St. James parecía decidido a saber más, pero ella no veía motivo para profundizar.

—¿Os avergüenza? Quizás sea maleducado insistir así. Pero vuestros ojos me hablan, y supongo que vos también queréis hacerlo. ¿Qué os retiene?

—*El decoro, creo. Una señorita decente no debería hablar de accidentes tan desafortunados...*

—Eso dicen —suspiró Daniel, pasándose una mano por el cabello. Quizá fue aquel gesto espontáneo lo que hizo que la reticencia de Nancy se disipara.

—*Fue una explosión fortísima. Jugábamos allí dentro, en aquella cabaña.*

—¿Quiénes?

—*Mi hermano Andrew y yo, junto con los hijos de algunos de nuestros sirvientes* —le explicó Nancy, notando que la luz que emanaba de las antorchas daba un tinte aún más dorado a los ojos del marqués. Se dio cuenta de que le estaba mirando fijamente, pero él parecía tranquilo y esperó a que ella hablase de nuevo—. *Ni música, ni baile. Pocas amistades, poca vida social, poco de todo o nada*.

Nancy Jane escribía rápido y le ofrecía el cuaderno a su interlocutor. Lo miraba de vez en cuando, temerosa de que, si lo miraba abiertamente, ya no podría continuar.

—*Entonces mi prima Eleonor... gracias a ella volví a la vida. Me obligó a hacer lo que hacen todos los jóvenes de mi edad, incluido bailar. Y en mi caso, tanto ejercicio ayudó: descubrí el ritmo marcado por las vibraciones que se ramifican por todas partes. Pero Eleonor, no contenta con todo esto, tras la muerte de sus padres y con su aprobación dada antes de dejarnos, me llevó con ella a París, donde aprendimos, ella y yo, el lenguaje de los signos. ¿Lo conocéis?*

—A la perfección.

Nancy pensó que lord St. James quería decir que sabía perfectamente lo que era el lenguaje de signos, sin sospechar lo más mínimo que Daniel le estaba revelando en realidad que sabía utilizar el lenguaje de signos. Él no entró en detalles y esperó pacientemente a que ella escribiera de nuevo.

—Al principio resultaba embarazoso, luego, al ver que todos en la escuela aprendían rápido, empecé a soltarme y todo fue bien. La ayuda de Ellie fue crucial. Sin ella, me habría llevado más tiempo y quizá me habría desanimado ante los primeros indicios de dificultad.

—Vuestra prima también sabe lenguaje de signos, os he visto en el pasillo.

Nancy Jane se lo confirmó.

Reanudaron la marcha en silencio.

Cuando llegaron bajo un árbol, Daniel se volvió y concentró toda su atención en los ojos grises de la chica.

—Pero vos podéis hablar. —La mirada de la joven se volvió seria y temerosa—. No deberíais mostrar esa expresión aterrorizada. No debéis tener miedo de mí. Y podéis hablar de vuestra sordera libremente.

Nancy estaba petrificada. Nadie usaba nunca esa palabra, como si no hacerlo sirviera para neutralizar su diversidad. Ahora, al fijarse en los labios sensuales de lord St. James, comprendió que se había equivocado al pensar que se sentiría más similar a los demás solo liberándose de términos como «sordera» o «sorda». La realidad, en cambio, también comprendía esas palabras, y de repente se sintió más libre y totalmente igual a su prójimo por el hecho de haber visto al marqués pronunciarlas con naturalidad y con una ligera sonrisa en los labios.

—No estoy acostumbrada a hacerlo. —Reflexionó unos instantes—. *Cierto, podría hablar si quisiera. Pero mi voz suena ronca... y me resulta difícil, casi imposible, modular su tono y su volumen. Así que prefiero no hacerlo.*

—Ya me imaginaba que era así. —Daniel caminó hacia un pequeño banco de piedra. La invitó a sentarse y luego hizo lo mismo—. Deberíais hablar.

Nancy negó con la cabeza con decisión.

—Deberíais hablar —repitió Daniel con insistencia—. Es como para el baile: si practicáis, obviamente con la ayuda de alguien, podríais hablar con una modulación de voz adecuada. —Él le sonrió de manera tranquilizadora y ella le miró pensativa.

—También Eleonor sostiene que debería practicar.

El marqués arqueó las cejas en una expresión de confianza en sus motivos.

—Lady Eleonor tienes razón.

Los dos se miraron durante largo rato. Luego, con una comprensión que sorprendió a ambos, empezaron a reír. Daniel quedó cautivado por la sonora carcajada de Nancy, que le pareció decididamente simpática precisamente por la incapacidad de la joven para controlar su intensidad.

—¿No oís lo exagerada que suena mi risa?

—No es exagerada. Es espontánea y sonora, y me gusta mucho. ¿Quién os ha dicho que es exagerada?

Nancy recordó cuando Andrew le había dicho que se contuviera porque su risa era inapropiada. Pero no se lo dijo al marqués. Se limitó a encogerse de hombros, un gesto que no era muy educado, pero que a Daniel le pareció muy simpático.

—Quien os haya dicho tal cosa se equivoca.

Nancy sonrió, un poco avergonzada.

—Decidme, ¿qué os pareció París? —le preguntó, verdaderamente intrigado por las impresiones de la joven.

Nancy se animó de repente.

—¡Bellísima! Y romántica y llena de vida y de gente interesante y divertida y... —retomó fuerzas sin dejar de garabatear, las manos blancas por el frío nocturno se movían grácilmente—,

visitamos museos, barrios originales, artísticos como Montmartre, donde encargamos pequeñas miniaturas y visitamos bibliotecas. Ellie no pudo contenerse... y luego al teatro: ¡la Ópera, qué maravilla!

—En resumen, os ha encantado —concluyó Daniel, fascinado por la evidente implicación de la chica, que parecía una chiquilla relatando juegos jugados con sus compañeros.

—*Sí, así es* —suspirando y apoyando las manos en el regazo.

—¿Os acompañó también la condesa?

—*Sí, y estaba con nosotros el doctor Phillips, el médico de la familia Hereford, es decir, de la familia del tío Nick.*

—¿Y vuestro hermano?

—*No, no, él no estaba*.

La seca respuesta negativa dejó todo muy claro a Daniel.

—No mantenéis una buena relación con vuestro hermano.

«Otra afirmación», pensó Nancy. Lord St. James parecía saber mucho sobre ella.

—*Nunca nos hemos enfrentado, si eso es lo que quieres decir*.

—No es eso lo que quería decir. Me refería más a un entendimiento que no tenéis.

—*No hay entendimiento y nunca lo habrá, creo.*

—¿Por qué decís eso?

—*Porque...* —Nancy se percató de que empezaba a expresarse con demasiada espontaneidad. Confundida, se lo pensó sólo un segundo, luego dejó a un lado la desconfianza y la cautela, decidiendo confiar en su instinto—, *somos muy diferentes, interpretamos la vida de manera opuesta. Y él considera mi sordera una especie de obstáculo para todo*.

—No lo entiendo. ¿Os lo ha dicho él?

—*No, son deducciones que Ellie y yo hemos sacado de frases, opiniones, comentarios casuales que se le escapan de tanto en tanto*.

—Ponedme un ejemplo.

—*Bueno, él se siente incómodo saliendo en público conmigo, piensa que soy una fuente de atención inapropiada, digámoslo así. Le da mucha importancia al aspecto físico y a la perfección... y yo desde luego no soy perfecta con mi sordera*.

—Disculpad mi franqueza, pero ésa no es una buena manera de pensar.

—*Ya, pero yo no le culpo. Ciertamente una mujer hermosa, culta, educada y sin defectos físicos, como mi querida prima Eleonor Grace, es más del agrado de cualquier caballero, como mi hermano*.

—No para mí. A mí me gustáis tal como sois, lady Nancy, sordera incluida.

El cumplido dejó a Nancy atónita. Gustar como uno es... sordera incluida.

—Vuestro hermano tiene debilidad por lady Eleonor.

Una afirmación más. Ella lo miró, asombrada. Sus ojos se entrelazaron, ambos se dieron cuenta de que la química entre ellos era notable y, si Nancy sentía miedo y confusión, Daniel parecía complacido.

—*Parece que sabéis mucho sobre mí y mi familia, Lord St. James.*

—Soy muy amigo del duque de Northcliff y fui amigo de vuestro tío Nick —se explicó rápidamente el marqués—. Espero que no os importe, causándoos alguna incomodidad.

—*No, para nada. Al contrario.*

—¿A qué os referís, Lady Nancy? —preguntó, fingiendo no entender.

Nancy no dijo nada, avergonzada por haber dejado escapar la última palabra, y Daniel sintió ternura por ella.

—¿Puedo aventurarme a decir que os gusto, al menos un poco?

La joven no contestó, pero él no se dio por vencido, sospechando que estaba muy cerca de confesárselo. Le puso el dedo bajo la barbilla, obligándola a mirarle a los ojos. Fue un momento, pero le bastó a Daniel.

—Yo os gusto —le dijo, sonriéndole con arrogancia. Abrió la mano para acariciar mejor el sonrojado rostro de la chica—. Y vos me gustáis, y mucho, lady Nancy Jane Hambrook.

Los ojos grises de Nancy se clavaron en los suyos, sorprendidos, brillantes y tan expresivos como siempre.

—¿Os parece tan extraño? Sois bellísima y sumamente elegante. Sabéis entretener a un hombre, no con lisonjas frívolas y superficiales, sino con una conversación interesante y provechosa. Tenéis algo especial. —Se detuvo un segundo para darse cuenta de lo que iba a hacer y dijo impetuosamente—: Le pediré permiso a vuestro padre para visitaros e invitaros a un paseo matutino.

Nancy abrió los ojos de par en par, aún más asombrada.

—Dejad de mirarme así —le dijo Daniel divertido—, y decidme que estáis de acuerdo. Quiero oírlo, quiero decir, verlo en vuestros labios.

Nancy se dio cuenta de que no tenía escapatoria y, conteniendo la respiración, juntó las manos convulsivamente.

Él se dio cuenta y, con un gesto decidido, le tomó la barbilla con más firmeza y se acercó más a ella, con los rostros a un palmo de distancia.

—Decidlo, os lo ruego.

Nancy respiró y movió los labios diciendo:

—*Estoy de acuerdo en que vos... en que nosotros...* —Tomó aire y en un arranque de valentía añadió—: *También vos me gustáis mucho*.

Lord St. James ensanchó la sonrisa, satisfecho, contemplando sus hermosos labios. No pudo resistirse a deslizar suavemente el pulgar sobre ellos, acariciándole el labio inferior, provocándole un escalofrío desconocido. La habría besado, pero temía asustarla.

El corazón de Nancy latía tan deprisa que estaba segura de que él se había dado cuenta.

Unas voces cercanas obligaron a Daniel a apartarse de ella, pero lo hizo lentamente, como si requiriera un gran esfuerzo de autocontrol, sin apartar los ojos de ella.

Se giraron y vieron a la marquesa de Wiltshire acompañada de lord Roy. A cierta distancia apareció también el duque de Northcliff junto a lady Eleonor.

Keiran miró fijamente a Wolf a los ojos: supo de inmediato que a su amigo le estaba ocurriendo algo extraordinario.

Daniel miró a Blake, seguro de que su amigo comprendería de inmediato sus pensamientos, pero le llamó la atención porque sus ojos decían que a él también le estaba ocurriendo algo extraordinario.

CAPÍTULO 13

—Excelencia, os deseo una pronta recuperación para vuestra mano, que sin duda debe estar sufriendo mucho. Feliz velada —dijo lord Brummell mientras se despedía de Keiran, que acompañaba a lady Eleonor hacia la puerta trasera.

—Lord Brummell tienes razón —ratificó Eleonor, señalando la mano izquierda del duque con la punta de su abanico. Éste frunció el ceño, sin entender—. Vuestra mano. Os duele.

—No.

—Sí.

Keiran la miró amenazador, pero no surtió el efecto deseado. Eleonor le miraba serenamente, esperando a oírle hablar. No le temía, de hecho le sonreía con candor.

Él estaba asombrado.

Llegaron a la puerta. El lacayo entregó la capa de lady Eleonor al duque, que le ayudó a ponérsela.

Cruzaron el umbral, siguiendo a Roy y lady Wiltshire, que charlaban sobre el atuendo más apropiado para veladas como aquella, e indudablemente habrían criticado el de lady Wilmot.

—Sé mucho de medicina. Y os duele la mano porque se está infectando.

Eleonor se detuvo y con un gesto tan rápido como inesperado le cogió la mano para observarla mejor a la luz de las antorchas.

—Los bordes de las heridas están muy rojos e inflamados, no me gustan. Agua tan caliente como podáis soportar. Presionad para limpiar bien. Aclarad con agua limpia. Dejad secar al aire. Rociadla con aceite de lavanda o un preparado de caléndula. —Ella le miraba fijamente sin soltarle la mano.

Keiran no cambió su rígida expresión, pero la agradable sensación que le producía el contacto de las manos de la muchacha le hizo vacilar. Ella parecía desconocer las sensaciones que aquel contacto podía proporcionar a un hombre. Además, la leve vibración que le recorrió el brazo era algo que nunca antes había experimentado.

—¿Haréis lo que os he dicho? —preguntó Eleonor con dulzura.

—No creo, lady Eleonor.

—¿Por qué? —preguntó ella con brío, dispuesta a entablar batalla.

—Porque no sois médico.

—Para vuestra desgracia, no lo soy: si hubiera sido vuestro médico, vuestra mano no estaría ahora tan inflamada —respondió ella, molesta—. Pueden haber quedado esquirlas, un médico os habría revisado con una lupa.

—No hay esquirlas. Sólo golpeé a mi compañero de *boxe* con demasiada fuerza...

—¡Los cojones! —murmuró ella en un tono apenas perceptible.

—¿Cómo habéis dicho?

Eleonor apretó los labios y respiró profundamente, haciendo que su pecho se agitara, lo que no pudo escapar a la atención de Keiran.

—Os he preguntado... ¿*boxe*? —dijo, mintiendo con descaro mientras le sonreía de nuevo—. Habría jurado, Lord Northcliff, que se trataba de un violento choque con algo más duro, no sé, madera, metal o cristal.

Keiran no perdió su expresión imperturbable. Si por un lado aquella joven le divertía, por otro le dejaba enormemente desconcertado. Y tampoco le intimidaba su expresión más severa y amenazadora.

Durante todo ese tiempo su mano había permanecido entre las de la muchacha y él había sentido que ella no le tenía miedo, que tenía una gran intuición, incluso demasiada, de hecho, y conocimiento de cosas poco apropiadas para una chica como ella. Su mirada se ensombreció. Retiró lentamente la mano estudiándola con los ojos entornados.

—¿Sabéis que ahora os llaman el Duque Negro? —le preguntó Eleonor sin rodeos, sorprendiendo de nuevo al duque.

—Sí.

—¿Os molesta?

—En absoluto.

—Os va como anillo al dedo.

El duque frunció el ceño, sin saber si era un cumplido o un insulto.

—Debido a vuestro aspecto —se explicó Eleonor—, sino más bien por la impresión misteriosa e intimidatoria que dais de vos mismo: parece que todo el mundo os teme.

—Vos no, lady Eleonor.

—¡Desde luego que no!—exclamó ella—. ¿Por qué debería hacerlo? Encuentro muy agradable vuestra compañía y os considero una persona sabia, experta y responsable.

Keiran estaba acostumbrado a ser el objeto de deseo de muchas mujeres, jóvenes y mayores, jóvenes o casadas; sabía que las casadas y experimentadas se sentían atraídas por su inquietante encanto, que les daba un aire de lo prohibido, y las jóvenes se sentían tan atraídas por sus riquezas que pasaban por alto el miedo que les infundía para intentar convertirse en la futura duquesa, obviamente instadas e incitadas por sus madres. Nunca nadie le había llamado sabio y responsable.

Sí, lady Eleonor le sorprendía a cada momento.

—Ya no veo a lady Wiltshire y a vuestro hermano —dijo mientras miraba a su alrededor—. Quizás han vuelto por tener demasiado frío —dedujo tras observar detenidamente el *Rose and Crown Yard*, entre temblores.

—¿Queréis volver también vos?

—No si no tenéis nada en contra.

Él asintió con la cabeza.

—Se dice que tenéis excelentes contactos en el Ministerio de Asuntos Exteriores —añadió ella a continuación.

—¿Quién lo dice? —preguntó el duque con recelo.

—Bueno, en el pasado, no recuerdo a quién se lo oí... pero esta noche lord Bath y lord Castlereagh estaban hablando de ello. —Eleonor había soltado la frase a propósito de forma casual, intuyendo que algo importante se escondía tras aquellas palabras susurradas, y escuchadas a la entrada de *Almack's*.

Obtuvo toda su atención.

—Claro que podrían haber mostrado más discreción —continuó ella gesticulando despreocupadamente—. A las Patronas no les suele gustar hablar de temas políticos, sobre todo si el tema principal del diálogo es un personaje ilustre como Napoleón, o un noble de alto título, como vos. ¿No estáis de acuerdo? —preguntó con una sonrisa cómplice y aparentemente ingenua.

Keiran se había dado cuenta de que la chica era intuitiva y había escogido cuidadosamente las

frases que iba a decir con la intención de informarle de algo.

—Sin duda tenéis razón. No entiendo qué relación podría tener yo con Napoleón.

El duque había sido impreciso, pero Eleonor comprendió que le seguía el juego, permitiéndole que le contara el diálogo que había oído.

—Al oírlos hablar, parece que piensan que vos sois una especie de espía anti napoleónico. —Había susurrado las últimas palabras.

La gélida expresión del duque le dio la medida de su implicación, pero ella se cuidó de no mostrar que comprendía, de hecho dijo con una sonrisa encantadora:

—Ciertamente, no se les puede culpar. Vuestro comercio naval es una actividad inusual para un noble, especialmente para un duque, y da pie a interpretaciones fantasiosas. Y a la gente le gusta pasar el tiempo y hablar incluso cuando precisamente, no hay nada que decir, ¿verdad?

Aquella joven era increíble. Le había dado la oportunidad de obtener información útil y lo había hecho a sabiendas, estaba seguro; y también había encontrado una justificación plausible de por qué Castlereagh y Bath le llamarían anti bonapartista, evitándole la vergüenza de tener que explicar algo él mismo.

Keiran la miraba fijamente, indeciso sobre qué decir.

—Conozco los comentarios sobre mi decisión de ocuparme de actividades navales y no es la primera vez que sucede.

—Tenéis razón —dijo Eleonor reflexionando; se llevó el dedo índice a la boca, mientras se mordía el labio inferior.

Keiran observaba sus gestos, nuevos para él, totalmente cautivado.

—Cuando nos conocimos, se decía que traficabais con esclavos, ¿lo sabíais?

La frase quedó unos instantes en el aire, pronunciada sin pensarla demasiado, y él casi contuvo la respiración de asombro: lady Eleonor no tenía pelos en la lengua, y su candor amortiguaba el violento impacto de su franqueza. En realidad, ni siquiera parecía darse cuenta de las reacciones que provocaba en sus semejantes, sobre todo en aquel hombre.

—Sí, había oído algo —contestó él, mirando fijamente los suaves labios que ella seguía tocando con un dedo, inconsciente de cuán provocativos eran.

—Realmente hay que ser tonto para arriesgarse a perderlo todo, reputación y riqueza, por transportar esclavos, ¿no? Y deben ser decididamente poco inteligentes los que insinuaron esto, ¿no os parece?

—Sin duda.

—Mi padre estaba muy enfadado por aquellas habladurías.

—¿Nick? No me lo había contado. —El duque parecía confuso. Su decepción por no haber sido informado por su amigo era evidente, y Eleonor sintió compasión por él.

—No tuvo tiempo, lord Northcliff: yo le había comentado aquellas insultantes insinuaciones, la noche antes de que se marcharan —le explicó Eleonor feliz de ver que su rostro se relajaba—. Si puedo ser sincera...

—Me parece, lady Eleonor, que hasta ahora lo habéis sido —dijo él, sin resistirse a la tentación de provocar alguna reacción.

—Tenéis razón —dijo ella sonriendo—. Mis padres, sobre todo él, se desesperaban ante este defecto mío. Y yo, lo juro, he intentado mejorar, pero no puedo ocultar lo que pienso. Os ruego que me perdonéis, excelencia. —La cabeza inclinada, la sonrisa convincente y el porte elegante hacían olvidar la excesiva franqueza que la caracterizaba.

—Estáis perdonada, siempre y cuando terminéis de contarme lo que acabáis de empezar. —Keiran sintió que la joven estaba a punto de revelar algo importante y, no sabía por qué, pero

estaba convencido de que se trataba del diálogo entre lord Bath y lord Castlereagh.

Eleonor sonrió con suficiencia: estaba impaciente por contar toda la historia.

—Bueno, decía que considero inapropiado que dos caballeros ingleses, como lord Castlereagh y lord Bath, juzguen negativamente a un anti bonapartista —explicó, llevándose de nuevo el dedo a los labios—, y en realidad era lord Bath quien hablaba, el otro escuchaba con un aire de fingida indiferencia.

—¿Qué queréis decir?

—Pues eso, no escuché cada palabra, pero... daban la impresión de no compartir vuestra opinión sobre Napoleón, de recriminar vuestro anti bonapartismo.

—¿Quién dice que estoy en contra del francés? —preguntó con aire inquisitivo.

—Corso.

—¿Cómo decís?

—Es corso, no francés.

—Cierto, responded.

—¿Cuál era la pregunta? —preguntó fingiendo no acordarse—. Ah, sí... lo deduje, Lord Northcliff. ¿Qué inglés es bonapartista? ¿Estoy en lo cierto?

—Efectivamente. —El duque apartó la mirada, sumido en sus pensamientos.

Eleonor se dio cuenta de que le había dado material suficiente para reflexionar. Decidió no hablar para no molestarle.

Como si despertara de repente de un sueño, Keiran se dio cuenta de algo insólito.

Lady Eleonor seguía hablando de asuntos impropios de una mujer y lo hacía con una facilidad alarmante, como si estuviera al día de política.

—No deberíamos hablar de Napoleón. No es apropiado.

—Lo sé, lo sé —respondió mostrándose sólo aparentemente angustiada—, pero tengo el hábito de leer, y mucho, por cierto. Y soy tremendamente curiosa: todo me interesa, sea cual sea la materia o el tema.

Su elegante forma de gesticular, tan femenina, extasiaba los sentidos de Keiran mucho más de lo debido.

—Pero si no fuera así, escuchando a Castlereagh y Bath hablar, probablemente habría estado sumida en la más absoluta ignorancia. A veces es una especie de condena.

—¿Condena?

—Bueno, si no hubiera estado preparada en la materia, no habría comprendido la importancia de la noticia sobre la boda de ese presuntuoso y no estaría aún más aprensiva sobre nuestro futuro.

—¿La boda de quién? —preguntó Keiran intuyendo ya la respuesta.

—¡De Napoleón! ¡No me digáis que no lo sabíais! —Mostraba una expresión asombrada y dos ojos maravillosamente verdes que lo miraban.

Keiran sospechaba que también era un gesto para fascinarlo o hacerlo salir a la luz. Sonrió inesperadamente.

—Lo sabía, lady Eleonor.

—Entonces entenderéis mi preocupación, ¿no?

—No.

—¿No?

—No.

—Pero, lord Northcliff, ¿os dais cuenta de que esta boda refuerza los lazos entre Napoleón y Austria? Su movimiento fue astuto y calculado.

—Calculado, seguro. Para tener un heredero que no obtuvo de Josefina.

Al oír esa frase, Eleonor cambió de expresión y adoptó un aire bastante enfadado.

—¿Heredero? ¡Ese bajito, engreído, machista y exhibicionista está demasiado atrapado en su sed de poder como para querer un heredero! —explotó rabiosa.

—No gritéis. No es bueno que nos oigan los demás. —El duque la miraba, fascinado por su cambio de humor, y apenas podía contener una sonrisa de admiración y satisfacción al descubrir que estaba tratando con una partidaria de la causa anti napoleónica—. ¿No creéis que un hombre pueda desear tener un heredero?

—¡No Napoleón! Y además, ¿por qué iba a anular su matrimonio con Josefina? ¡No repudias a una esposa si realmente la amas! —exclamó con pasión Eleonor.

—Evidentemente no la amaba.

—¡Entonces no debería haberse casado con ella! ¡Qué indecencia! —Empezó a caminar de un lado a otro, con su bello rostro que resplandecía de ira por todos los poros—. ¡No se puede soportar semejante locura! La gente cree que puede casarse, dejar a la mujer en la estacada, anular el vínculo y volver a casarse... —recobró el aliento y lo aprovechó para intervenir.

—Lo hizo solo para tener un heredero. —Con esta afirmación, Keiran violaba todas sus convicciones sobre el matrimonio y todos los valores en los que creía, pero tenía que poner en práctica el plan compartido por Perceval: menospreciar al enano francés a los ojos del mundo, haciéndole parecer más humano por su deseo de tener un heredero.

—No puedo creer que un hombre cabal como vos crea ni por un momento que ese... ¡ese maldito corso se preocupe por un posible heredero! —No dejaba de jadear de agitación y caminaba de un lado a otro, gesticulando. La capa se abría con cada uno de sus movimientos y él no podía evitar mirar el modesto escote que insinuaba lo que se ocultaba—. ¿Y la pobre Josefina? Pero yo os digo... ¡es una locura! ¿Dónde están los sanos valores familiares y el honor de una promesa que hay que respetar y a Dios? ¿Y Nuestro Señor y la sagrada institución del matrimonio? El matrimonio es uno y sólo uno... anular, repudiar, volver a casarse... —Tomó aire.

A Keiran le parecía un tigre dispuesto a abalanzarse sobre su presa. Decidió detener aquel río embravecido.

—... ¿Estáis todos locos? ¿ Volver a casarse? Y la pobre Maria Luisa... ¡Siempre lo odió! Creció odiando a Napoleón —se detuvo sólo un instante, se pasó la lengua por los labios, provocando un escalofrío en Keiran mientras la miraba, y luego reanudó la marcha—, y parece que estaba enamorada del archiduque Francisco, el hermano de la emperatriz María Ludovica, pobre chica, y ese... esa especie de medio hombre presuntuoso la tomó solo para sus propios fines...

Se detuvo, golpeándose el pecho contra una barrera sólida: el brazo extendido del duque, firme, seguro, cubierto por el paño de lana suave y oscuro; Eleonor imaginó que era una buena tela y que el traje lo había cosido un experto sastre; se fijó en que el puño inmaculado de la camisa tenía un *rouge* sencillo, sin pretensiones; miró su mano, bronceada y grande, rozándole el hombro. Sólo entonces se dio cuenta de que el contacto... Ella abrió los ojos, un escalofrío de emoción recorrió su espina dorsal.

El duque la estaba tocando, pero no parecía prestarle atención al gesto; al contrario, estaba inmóvil. Ella se dio cuenta de que había estado hablando en medio de la habitual exposición sincera de sus pensamientos, algo por lo que su padre la había regañado con frecuencia.

Eleonor tomó aliento en un intento de recuperar el equilibrio, pero el gesto fue un error: sus pechos presionaron aún más contra el brazo del duque. Se quedó inmóvil, conteniendo la

respiración. Cerró los ojos y exhaló, echándose justo hacia atrás. Levantó los ojos, se encontró con la enigmática mirada de Keiran y, al no comprender sus pensamientos, volvió a bajar la cabeza, avergonzada.

La visión de su brazo extendido amenazando con tocarla la hizo sentirse insegura, pero decidió que sería educado disculparse por las palabras impulsivas.

—Os ruego me perdonéis —murmuró. Levantó el rostro con valentía y le sonrió con elegancia y sumisión—. Soy un verdadero desastre, mi padre tenía razón, lo sé, pero algunas cosas —se explicó humildemente—, me hacen perder la paciencia. —Inclinó de nuevo la cabeza y dos segundos después vio cómo bajaba lentamente el brazo.

El inflexible duque estaba en realidad incubando una explosión de sentimientos. Primero, asombro y admiración ante las sanas y genuinas ideas expresadas por la joven lady Eleonor; luego, incredulidad ante su impetuosa reacción, con la que había demostrado que estaba preparada sobre el tema; finalmente, una intensa excitación ante el contacto físico y un deseo sexual que se apoderó de su ingle, haciendo que su miembro se endureciera involuntariamente. Estaba desconcertado porque nunca había permitido que ninguna mujer mandara en sus erecciones sin su participación mental, y ahora había sucedido. Una sensación de pánico se apoderó de él, provocándole una desagradable sensación de peligro inminente. Se dio cuenta de que se sentía atrapado.

—Volvamos —dijo de repente en un intento de defenderse. Pero la fuerte pulsión entre sus piernas le sugirió que se demorara unos minutos más antes de exponerse a las miradas indiscretas de todo el mundo.

Eleonor malinterpretó el gesto. Su rabieta contra Napoleón debía de haberle disgustado mucho. Unas ardientes lágrimas inundaron sus ojos. Había anhelado su aprobación y aprobación a causa de su franqueza, pero tal vez se había equivocado con respecto a él, tal vez lord Northcliff no fuera como le había parecido en su primer encuentro, tal vez fuera realmente un noble formal y respetuoso con las normas... Tal vez. Lo miró. Se había dado la vuelta y su rostro de perfil parecía muy serio. Tragó saliva para tranquilizarse. Respiró profundamente.

—Estoy preparada.

—¿Para qué?

—Para volver.

—Yo no.

—Pero... —Decidió guardar silencio y esperar sin comprender.

—Demos un paseo, lady Eleonor —dijo él, dando dos pasos hacia delante sin esperarla.

Eleonor se movió y le siguió. La humillación empezaba a apoderarse de ella y, antes de sentirse demasiado mal, decidió expresar sus emociones.

—Estoy mortificada. Probablemente ahora tengáis una mala impresión de mí, lo siento mucho, creedme. La humillación que siento es ya un justo castigo por mi incorrección... Quería que lo supierais.

—No tengo una mala impresión de vos.

—¡Northcliff!

Al oír su nombre, el duque se volvió lentamente y vio a lord Bath acercándose a él, con su hija, lady Georgia Leight, del brazo.

—Northcliff, es un placer veros. Me he encontrado con vuestra madre, tan guapa como siempre.

—Buenas noches, Bath. Lady Georgia —dijo Keiran con un movimiento apenas perceptible de la cabeza, esperando que no se percataran de la prominencia aún evidente en sus pantalones.

Demasiado tarde. Lady Georgia ya le había repasado de arriba a abajo, pantalones incluidos.

Eleonor comprendió enseguida, por la mirada aduladora y lánguida que lady Georgia dirigía al duque, que la hermosa muchacha aspiraba a convertirse en duquesa.

Los ojos oscurísimos de indefensa cervatilla parpadeaban con una artificiosa ingenuidad y apuntaron casi de inmediato... ¡a los pantalones del duque!

Eleonor siguió su mirada, agrandó los ojos y comprendió por qué le había dado la espalda y prefería quedarse un rato en el jardín. Sonrió con suficiencia, sabiendo que aquella reacción había sido provocada, si bien de forma involuntaria, por ella.

El intransigente duque sonreía a lady Georgia, dedicándole toda su atención, tratando de parecer indiferente a la mirada explícitamente desvergonzada de la recién llegada. Ver que lord Northcliff parecía estar disfrutando de la galantería de la joven y coqueta lady Georgia enojó a Eleonor más allá de lo imaginable.

—Lord Northcliff, cuánto tiempo sin veros, ¡una larga semana! —dijo lady Georgia, dirigiendo a Eleonor una mirada cautelosa, con la esperanza de que el mensaje llegara alto y claro: el duque y ella se habían visto recientemente—. Me estaba acostumbrando a veros casi todos los días. —Continuó con fingida despreocupación, observando la reacción de la otra.

—Lady Georgia, he tenido que renunciar a vuestra agradable compañía y a los paseos matutinos por Hyde Park. La duquesa solicitó mi presencia para unas visitas de cortesía absolutamente necesarias.

—En ese caso, os perdono —dijo con excesiva condescendencia, como si tuviera algún derecho sobre él—. De hecho, apruebo vuestra admirable fidelidad filial: toda madre merecería un hijo atento como vos.

Eleonor estaba estupefacta por tanta confianza. «¿Pero quién se cree que es esa cervatilla en celo? ¿Con qué derecho se permite aprobar o no a un duque? ¡Y luego perdonarlo! ¿Serán amantes? No. Demasiado astuta: primero, la boda. Es una seductora, de eso no hay duda. ¡Y debería tener frío con el pecho expuesto de esa manera! ¡Lo ondea frente a él como la bandera de un patriota! ¡Tiene algo prometedor! Sí, prometedor, promete con los ojos y con el cuerpo que no tiene vergüenza de exhibir. Promete para obtener...».

Keiran percibió las sensaciones provenientes de lady Eleonor y no supo si sentir diversión o asombro.

—Disculpadme —dijo—, no os he presentado a lady Eleonor Hambrook. Lady Eleonor, ella es lady Georgia Leight y su padre, el conde de Bath.

Eleonor hizo una reverencia formal, mordiéndose la lengua para no arriesgarse a alguna pulla envenenada.

—Encantado de conoceros, lady Eleonor —dijo educadamente lord Bath.

—¿Lady Eleonor Hambrook? —preguntó la otra en un tono distraído—. Encantada. Qué raro, no recuerdo haber oído nunca vuestro nombre.

La frase, dicha con una falsa ingenuidad, era un insulto en toda regla, y Keiran se percató de ello a regañadientes. Miró a la chica a su lado y la vio respirar con dificultad. Admiró su esfuerzo por controlarse.

—Qué raro —dijo Eleonor lentamente como si calculara la modulación de su voz—, creía que vos y lord Northcliff os veíais a menudo —insinuó Eleonor, dejando astutamente la frase en el aire como un señuelo.

—De hecho, así es, y prácticamente todos los días. Pero no entiendo qué tiene que ver con vos que me cite con el duque.

Eleonor sonrió amablemente, contenta de haber provocado su tono irritado.

—Oh, disculpadme. La mía era una simple constatación de hecho. Veréis —explicó con una paciencia admirable que contrastaba vivamente con el malhumor de la otra—, mi padre era tan amigo íntimo de lord Northcliff que estoy segura de que lo mencionó innumerables veces, incluso con vos; del mismo modo que debe de haber mencionado mi nombre, ya que supervisa mis asuntos con sumo cuidado. Tal vez, como vos habéis dicho, no lo recordéis. Pero no os preocupéis —la tranquilizó inclinándose hacia ella—, ocurre a menudo que uno se distrae y no se acuerda, sobre todo a quienes lleváis una vida social y dedicáis todo vuestro tiempo a compromisos mundanos. Os aseguro que no me ofende lo más mínimo vuestro olvido.

¡Keiran estuvo a punto de ahogarse de la carcajada que consiguió ahogar en su garganta! Lady Eleonor le parecía realmente única, original, especial; y empleaba su lengua como arma.

Lord Bath se puso muy serio, temiendo una reacción irreflexiva de su hija.

El silencio que siguió resultaba preocupante.

Lady Georgia, cuya tez había cambiado visiblemente, respiraba con dificultad, esbozando una sonrisa que ocultaba una evidente confusión. Cuando había decidido mortificar a aquella maravillosa muchacha que paseaba con «su» duque, no había sospechado en absoluto que se encontraría con una mujer de aquel nivel. Y se había quedado sin palabras... por una vez.

Lord Northcliff decidió prevenir incidentes desagradables.

—Lady Georgia, lord Bath, os ruego nos disculpéis, pero lady Wiltshire nos aguarda y debemos reunirnos con ella —dijo en tono formal, pero sin moverse. Era un duque y como tal esperaba que fueran ellos quienes se despidieran.

Lord Bath, comprendiéndolo al vuelo, cogió a su hija, aún confundida, del codo.

—Nosotros también deberíamos continuar. Georgia había vislumbrado a su amiga y tenía intención de saludarla. Feliz velada. —Hizo un gesto cortés con la cabeza, apretó el brazo de su hija para intimarla a despedirse y ambos se alejaron en silencio.

—¿Os casaréis con ella?

La pregunta de lady Eleonor fue como una ráfaga de aire helado en la cara, y Keiran apenas pudo contener un reproche por su descaro. Bajó los ojos para mirarla. Ella, con su rostro angelical, y falsamente ignorante de las reacciones que provocaba, sonreía con candidez. Era desconcertante y tremendamente convincente. No podía evitar mirarle la boca.

—No.

—¿Por qué?

—No es una mujer idónea para mí.

—Entiendo. —Eleonor lo entendía de verdad. Lady Georgia era demasiado maliciosa y artera para ser la eficiente esposa de un hombre tan correcto y responsable como el duque. Pero también estaba segura de que a lord Northcliff le gustaba físicamente: los ojos de cervatilla, el cabello negro azabache, el perfume dulzón, el cuerpo particularmente curvilíneo y exuberante. Tarde o temprano, incluso un hombre tan rígido como el duque de Northcliff cedería, y aquella cautivadora bruja sería capaz de doblegarlo con la promesa de complacer sus caprichos masculinos, ya fuera para el resto de su vida o en un fugaz momento de debilidad, ¡y conseguir casarse con él!—. Os desea y os tendrá tarde o temprano.

Keiran nunca había oído a una mujer hablar así. ¿Cómo sabía ella esas cosas? ¿Cómo las intuía? Porque si tenía una certeza, ésta era, precisamente, que lady Georgia Leight intentaría atraparlo, le gustara o no. Debía tener mucho cuidado.

—Lady Eleonor, creía que habíais comprendido que su extraordinaria belleza es inversamente proporcional a su inteligencia.

—De hecho, estaba pensando en su astucia. Que es algo bien distinto de la inteligencia.

—Se necesita inteligencia para atrapar a un duque, lady Eleonor —dijo él, divertido por la insólita conversación.

—No, excelencia, no es así. —Se volvió hacia él, suspiró con condescendencia y añadió con seguridad—: Para atrapar a un duque se necesita astucia y, posiblemente, un cuerpo agradable, como el de lady Georgia. La inteligencia solo es necesaria para enamorarlo.

Eleonor sonrió y la expresión del hombre le pareció divertidísima mientras él la miraba con el ceño repentinamente fruncido, como si le molestara la verdad que acababa de oír.

—¿O es que no estáis de acuerdo? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza en uno de sus habituales gestos, o carantoñas, como siempre los llamaba su padre.

Keiran no pudo resistirse a aquellos ojos verdes. Miró fijamente sus labios carnosos y, antes de tener algún pensamiento indiscreto que hiciera que sus pantalones volvieran a abultarse, apartó la mirada.

—Pongámonos en marcha.

Caminaron una decena de metros y divisaron a lady Wiltshire y lord MacKendrick.

—Nunca me había fijado lo guapo que era vuestro hermano.

—Un hombre no es guapo nunca —soltó el duque molesto por el cumplido para Roy.

—¡Claro que sí! —dijo Eleonor indignada—. Lord Brummell es guapo, por ejemplo. Quizás una belleza afectada y demasiado elegante para mi gusto, pero definitivamente guapo. —Lo miró y añadió—: Vos también lo sois. —Se percató de que lord Northcliff la miraba casi horrorizado y no pudo resistir la carcajada que le subió a la garganta; se llevó una mano a la boca en un intento de reprimirla, fallido. Se rio con cautela, sin dejar de mirarle—. Es así: vos sois guapo, de un modo intrigante y viril. Lo opuesto a Lord Brummell. ¡Lady Wiltshire! Aquí estáis.

—Querida, el aire fresco y la agradable compañía de lord MacKendrick han sido una bendición. Excelencia —dijo mirando al duque, que parecía hipnotizado por Lady Eleonor—, tenéis un hermano absolutamente excepcional. Habla de vos con gran admiración y es sumamente divertido.

—Me complace que lord MacKendrick se deshaga en elogios hacia los miembros de su familia, pero, para ser justos, debo decir que todo el mérito es de nuestra duquesa, nuestra madre: criar hijos, al parecer, no es cosa fácil, y soportarlos una vez crecidos es un asunto agotador. Esto es lo que lady Northcliff repite bastante a menudo.

Lady Wiltshire rio y añadió con convicción:

—Ciertamente es así —dijo la mujer—. Por supuesto, con las hijas existe el problema de un buen matrimonio. Si las hijas son tan vivarachas e ingeniosas como Alice...

—¡Oh, lady Wiltshire, no digáis eso, como si fuera imposible para Alice encontrar el hombre adecuado! —dijo Eleonor, poniendo la mano por el brazo de la mujer—. Ser vivaracha, inquieta y jovial no es un defecto, sino un activo valioso que la sociedad, por desgracia, no cuenta entre los requisitos de una joven de bien, pero que un marido con carácter apreciaría. ¿Estáis de acuerdo, lord MacKendrick?

Roy, al principio asombrado por aquel torrente de palabras tan directas, dijo sonriendo:

—Estoy completamente de acuerdo.

—No sabría... —murmuró vacilante lady Wiltshire—, realmente no sabría quién, sin estar interesado en su dote, podría cortejarla por puro interés en ella.

—Yo lo haría —exclamó Roy. Tuvo suerte de no ver los ojos de reproche del duque.

—¿Habláis en serio? —preguntó atónita la mujer.

—Si no fuera por lord Wiltshire, vuestro marido.

La marquesa hizo un apresurado y poco elegante gesto con la mano.

—¡Olvidaos de Cyrus! Os pido un gran favor: conoced a mi hija y decidme honestamente qué es lo que está mal en sus modales. ¿Cómo los describisteis antes, querida mía?

—Joviales —respondió al instante Eleonor.

—Eso es, joviales. ¿Haréis eso por mí? Si lo permitís, excelencia...

El duque aceptó.

—Si me encuentro con vuestra hija lo hare por placer y no por mera cortesía, lady Wiltshire.

Captó la mirada de aprobación de Keiran ante su educada galantería.

—Y creo que os equivocáis en «lo que está mal» en sus modales. Pero primero hablare con lord Wiltshire: no quisiera despertar su desaprobación.

Volvió a mirar los ojos dispuestos de su hermano, complacido por el éxito de la maniobra. Habían hablado, él y lady Wiltshire, de una manera más que abierta y, a la discreta expresión de interés mostrada por Roy en la joven Alice, la marquesa había respondido con una bienvenida apropiada. Nada vinculante ni obligatorio, sólo una charla distendida con intercambio de juicios y opiniones. Siguió un agradable y sincero diálogo sobre obstáculos como el marido, el hermano y el carácter ingobernable de Alice. La intervención involuntaria de lady Eleonor había servido a su propósito.

Lady Wiltshire siempre había considerado a lord Roy MacKendrick un hombre capaz y con empuje; sólo la presencia de su hermano, el duque, le hacía parecer más débil.

Keiran aprobaba el educado comportamiento de Roy, pero le preocupaba que cometiera una imprudencia como casarse.

¡Sólo tenía veintitrés años! Y nadie sabía mejor que él que a los veintitrés años uno es demasiado joven para tomar decisiones tan importantes en la vida; había demasiadas cosas por descubrir, demasiadas cosas divertidas que hacer, demasiadas experiencias que vivir. Para las mujeres era distinto. Decidió hacerle creer a Roy que ignoraba por completo su ingenua maniobra.

—Lady Wiltshire, lady Eleonor, ¿regresamos? —preguntó, haciendo un gesto con la mano para invitar a lady Wiltshire a que le precediera.

Lord MacKendrick le ofreció el brazo a la marquesa; él permaneció de pie junto a Eleonor, evitando el contacto.

Caminaban en silencio pero sonrientes; salvo él.

Reflexionaba sobre la multitud de emociones que sentía en compañía de lady Eleonor, y todas le confundían.

Nunca una mujer le había impactado así; nunca nadie, aparte de los miembros de su familia y los fieles sirvientes que le conocían de toda la vida, había tenido una mentalidad tan capaz de intuir sus pensamientos y sentimientos. Todo esto le asustó tremendamente. Levantó los ojos, atraído por una fuerza innata, y se encontró con la mirada dorada de Wolf: fue suficiente para que ambos se dieran cuenta al instante de que algo extraordinario les había sucedido a los dos, y que esta comprensión era mutua.

—Lady Wiltshire, ¿habéis disfrutado del paseo? —Wolf tenía el instinto innato de defenderse, típico de los animales feroces. Sólo Keiran se percató de las fuertes emociones que se filtraban de su mirada.

—Marqués de St. James, ¡veo que aún acompañáis a la dulce lady Nancy Jane! Querida —continuó, remarcando bien las palabras—, espero que os estéis divirtiendo.

—*Mucho, gracias, Lady Wiltshire*.

El intercambio de miradas entre el duque y el marqués no pasó desapercibido para Eleonor.

—Marqués de St. James, os presento a lady Eleonor Grace Hambrook, la hija de Nicholas —

dijo lady Wiltshire.

—Mucho gusto, lady Eleonor. He oído hablar mucho de vos, pero nadie me había advertido que me encontraría ante semejante belleza.

El duque lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto —añadió el marqués—, debería haberlo imaginado al conocer a vuestra prima, lady Nancy, otra belleza. ¿Es un rasgo de familia? —El tono bromista de lord St. James hizo sonreír a las chicas.

—¡St. James! —fingió reprenderle lady Wiltshire, con quien Wolf tenía cierta confianza—. ¡Sois un incorregible y adorable adulador!

—Siempre a vuestro servicio, lady Wiltshire.

—Volvemos —dijo simplemente el duque.

—En realidad, nosotros también —contestó St. James.

Sólo entonces se dio cuenta Keiran de que no le había dado el colgante a Lady Eleonor, pero difícilmente podía pedirle que se quedara más tiempo con él en el *Rose and Crown Yard*.

Al entrar, una multitud de cabezas curiosas se volvió a observarlos un momento, sin fijarse por más de tres segundos, para no parecer maleducados.

El duque de Northcliff se detuvo a esperar que un valet tomara los abrigos de las damas.

Con una rápida mirada, identificó algunas escenas interesantes.

Lady Georgia se movía como un satélite al lado de lady Northcliff, acompañada de su madre lady Bath, esperando a que él se acercara a ellas para hablar en presencia de la duquesa. Ya se imaginaba las maniobras que perpetrarían para atraparlo en algún encuentro comprometedor.

En el lado opuesto al de su madre, las Patronas fingían un diálogo con lady Arabella y lady Mathilda, sin duda a la espera de que él se acercara a la Duquesa para presentarles a las dos jóvenes; en el otro extremo de la sala, lord Bath y Philippa, la condesa de Wilmot, estaban inmersos en una conversación bastante seria y parecía que el conde se esforzaba por aparentar naturalidad, pero Keiran percibía su fastidio incluso desde la distancia.

Junto a la puerta principal, Andrew Hambrook intentaba mantenerse en una postura apenas decorosa, pero cualquiera que conociera un poco el alma humana se habría dado cuenta de que estaba achispado.

Lord Castlereagh, al lado de lord Bath y lady Wilmot, conversaba afablemente con un grupito de señoras que parecían estar pendientes de cada una de sus palabras, pero Keiran tuvo la impresión de que le costaba administrar su atención entre el parloteo de las mujeres y el diálogo susurrado entre Bath y Philippa, del que no quería perderse ni una sola palabra.

—Blake —dijo el marqués de St. James—, juntémonos con la duquesa.

El duque estuvo de acuerdo y cogiendo del codo a lady Eleonor se movieron.

—¿Por qué Blake? —preguntó la joven.

—Negro, oscuro —explicó él de manera concisa.

Eleonor murmuró:

—*Blæc*, inglés antiguo. O blanco, pálido o incluso crea la confusión con una palabra similar pero de significado opuesto, *blāc*.

El duque se volvió para mirarla, sorprendido de que supiera tanto.

—Creo que el primer significado es el más apropiado, lady Eleonor —dijo lentamente.

—Sí, quizás en apariencia. Pero personalmente me resulta fácil asociar el segundo significado con vuestros ojos —añadió mirándolo—, y vuestra alma... cambiante.

El duque la estudiaba de forma enigmática. Bajó la mirada hacia su boca. Tomó aire y levantó la cabeza, concentrándose en la vista de su madre y en lo que debía decir antes de que lady

Georgia o las Patronas se aproximaran.

Se acercó a la duquesa, dando intencionadamente la espalda a la sala y evitando volver la cara para no arriesgarse a encontrarse con ojos indiscretos.

—¿Va todo bien?

—Por supuesto, querido. Lady Eleonor, lady Nancy Jane y vos también, ¿estáis todos? —dijo al grupo que se había congregado a su alrededor. Eleonor se fijó en que tanto el marqués de St. James como lord MacKendrick habían maniobrado con sus acompañantes para que formaran una especie de protección lateral. Se fijó en que a derecha e izquierda de la duquesa revoloteaba, como siempre, un enjambre de intrigantes.

—¡Qué magnífica compañía formáis! ¿Qué tiempo hacía fuera? ¿Fresco? —le preguntó lady Northcliff a Eleonor.

—Fresco, excelencia, pero íbamos bien abrigados y tal vez nuestra percepción de la temperatura estuviera alterada.

—Lady Hereford —comenzó a hablar inesperadamente el duque—, os pido permiso para visitaros a vos y a vuestras jóvenes protegidas por la mañana. Si consideráis oportuno discutirlo con lord Hereford, aguardaré una nota vuestra. —Keiran había hablado de forma expeditiva y con un tono extremadamente formal.

Eleonor no entendía nada y por un instante tuvo la esperanza de que el duque se interesara en ella. La ilusión duró poco.

—Tengo algunas pertenencias de los queridos Nicholas y Sophie —explicó, dirigiendo la mirada a Eleonor—, y estoy seguro de que a lady Eleonor le agradaría recibirlas en la intimidad de su hogar, en lugar de en cualquier otro lugar y, tal vez, lejos de miradas extrañas. —El silencio reinó durante unos segundos.

—Kein, has tenido una excelente idea —dijo la duquesa.

—Querida —intervino Lady Hereford—, yo lo llamaría más bien un pensamiento delicado y respetuoso. Os lo agradezco de todo corazón, lord Northcliff, y conociendo la estima que siempre os ha tenido mi marido, el conde, os digo también en su nombre que nos sentiríamos honrados de recibir vuestra visita mañana por la mañana. Si la duquesa, vuestra madre, fuera tan amable de honrarnos con su presencia...

Madre e hijo se miraron un instante. Keiran esbozó una sonrisa de maravillosa ternura.

Eleonor quedó cautivada. Tocó el brazo del duque para atraer su atención.

Él miró la mano delicadamente colocada y luego sólo levantó los ojos.

—Gracias —susurró la muchacha.

Él sólo pudo percibir la emoción que trataba en vano de ocultar.

—De nada, lady Eleonor — respondió entre dientes.

—Chicas. Creo que es hora de marcharse —dijo Lady Hereford, clavando la mirada en su hijo Andrew con preocupación.

Keiran y Daniel se miraron.

—Lady Hereford, ¿me permitís que os acompañe a casa en mi carruaje? —le propuso el marqués de St. James—. Tal vez a vuestro hijo, lord Andrew, le gustaría quedarse un poco más.

La pobre Martha, en parte mortificada por el hecho de que la indecencia de su hijo fuese ya de público conocimiento y que otros se preocupasen por ellos, se sintió bastante aliviada por la ayuda que le ofrecía el marqués.

—Sois muy considerado, lord St. James, pero no querríamos molestaros.

—No es ninguna molestia, lady Hereford, es una agradable diversión. ¿Nos ponemos en marcha?

—Muy bien, entonces, gracias. Excelencia, lady Northcliff, lord MacKendrick, lady Wiltshire, gracias por vuestra compañía y que disfrutéis de la velada. —Hizo una reverencia a continuación, que fue imitada por las jóvenes y siguieron caminando.

Eleonor miró por última vez a los ojos del duque, sintiendo la sensación de desprenderse de algo precioso, un sentimiento de pérdida, el temor de no volver a verle.

Keiran se dio cuenta de sus emociones y la miró fijamente durante largo rato, aunque ya estaba caminando, hasta que ella se dio la vuelta.

El marqués condujo a las mujeres hasta las Patronas, que estaban cerca, para que se despidieran.

Al llegar a la entrada, Daniel se acercó a Andrew, con una expresión cordial en el rostro.

—Lord Andrew, quería informaros de que vuestra madre, vuestra hermana y vuestra prima me han honrado al poder acompañarlas a casa. Espero que mi buena disposición encuentre vuestra aprobación.

Si los buenos modales no hubieran bastado para que Andrew respondiera que no tenía inconveniente, habría hecho falta la expresión de lord St. James, que parecía dispuesto a abalanzarse sobre su presa, dando la idea exacta de por qué le llamaban Wolf.

—Os agradezco... infinitamente vuestra deferencia, lord St. James... —balbuceó Andrew, apestando a alcohol—. No era necesario que... vos...

—En cambio yo creo que sí —dijo Daniel en voz baja, pero con una determinación que no admitía réplica—. Buenas noches, lord Andrew.

—Buenas noches.

Seguro de que las muchachas no habían oído las últimas frases intercambiadas, el marqués se volvió sonriente, invitándolas a marcharse.

Un valet estaba listo para entregarles sus capas; la puerta se abrió y la frescura de la noche las bañó.

El carruaje llegó en cuestión de segundos, y Daniel tendió la mano, primero a lady Hereford y luego a las jóvenes, para ayudarlas a subir, les indicó caballerosamente el asiento en el sentido de la marcha y tomó asiento frente a ellas. Nada más entrar se dio cuenta de que la lámpara estaba apagada. La encendió él mismo, pensando que así sería más fácil para lady Nancy Jane.

—Lady Hereford, sé que el conde no goza de buena salud y vuestra consideración es admirable, pero permitidme observar que es una lástima que no disfrutemos suficientemente de la presencia de lady Nancy Jane y lady Eleonor Grace. Debo añadir que han tenido mucho éxito esta noche, lo que sin duda es mérito vuestro.

—Marqués, os lo agradezco de todo corazón. Pero he de reconocer que mi papel de educadora es realmente fácil con dos alumnas tan bien dispuestas como mis niñas: son responsables y están dispuestas a seguir mis consejos.

—¡Oh tía Martha, algunas veces no es así! No me ofenderé si dices la verdad, de hecho sabes que amo la sinceridad. Mi tía omite ciertos detalles, lord St. James.

—Cariño, no son tan importantes —Martha le sonrió, que siempre se enternecía con la extrema honestidad de su sobrina.

—Ahora, lady Eleonor, es absolutamente necesario que hagáis un ejemplo de estos detalles, tengo verdadera curiosidad.

Nancy Jane rio.

—*¡Quiero oír lo que le dices!* —dijo con signos.

—*¡Qué chistosa!* —le respondió la otra con una sonrisa—. Veamos, un ejemplo... ¡Ah! ¡Lo tengo! No me achanto ante la sangre, las heridas o las enfermedades; soy experta y coso cortes,

curo heridas, sin dudarlo o sentir malestar ni nada por el estilo.

—¿Estáis diciendo que si acudiera a vos con un corte de sable o espada, seríais capaz de coserme?

—Sí.

—Oh, Eleonor, quizás no sea apropiado hablar de esas cosas, no deberías.

—Pero tía, sería descortés no contestarle a lord St. James, ¿no crees? —Daniel la observaba divertido ante las maneras convincentes y francas de la joven; ahora comprendía lo que había cautivado a Blake: Lady Eleonor hablaba sin rodeos, pero nadie podría culparla por ello, ¡era demasiado convincente y hermosa! Miró a Nancy Jane riendo.

—¿Podríais hacerlo vos también?

Nancy Jane negó con la cabeza.

—¡Embustera! —explotó Eleonor.

—Eleonor —la amonestó su tía.

—Discúlpame, tía. Sería capaz si no tuviera tanto miedo a serlo.

—¿Os afecta la visión de la sangre? —le preguntó Daniel, acercando su torso a ella para que pudiera ver bien sus palabras.

Nancy Jane negó con la cabeza.

—Ella me asiste cada vez que tengo que coser —le explicó Eleonor esperando ser suficientemente exhaustiva.

—Entonces, ¿es solo el miedo a no ser capaz... inseguridad? ¡Un poco de práctica y todo se resolvería! —sentenció el marqués recostándose en su asiento—. Creo que ya os he aconsejado en ese sentido, lady Nancy Jane: ejercicio, ¡nada más y nada menos! —le dijo, mirándola a los ojos mientras ella prestaba atención a sus palabras.

La joven no pudo apartar la mirada de aquellos ojos dorados durante varios segundos, quizá demasiados.

Lady Hereford se dio cuenta y dirigió una mirada a su sobrina.

—¿Qué más hacéis, lady Eleonor, para despertar la desaprobación de lady Hereford?

—Marqués, sospecho que os estáis divirtiendo —comentó Eleonor en absoluto preocupada.

—Lo admito y pido disculpas, especialmente a vos, lady Hereford.

Martha, incapaz de ser formal con un hombre tan simpático como lord St. James, bromeó:

—De acuerdo, de acuerdo, os perdono, pero con la condición de que sea yo quien lo cuente. Al menos me sentiré culpable por haberlo hecho, exonerando a mi ingenua sobrina de vuestras eventuales críticas.

—¡Os prometo que no juzgaré nada de lo que me digáis como inapropiado! —el marqués le contestó con un tono de complicidad—. Y ahora, ¡contadme!

El carruaje se detuvo frente a Hereford House y la condesa dijo:

—Me temo que tendremos que posponerlo, lord St. James, ¡cuánto lo siento! —Eleonor y Nancy se rieron.

—¡Lady Hereford! ¡Ahora os toca a vos divertiros! ¿Cuánto tiempo tendré que esperar para escuchar divertidas anécdotas sobre la encantadora lady Eleonor? ¿Cuándo me permitiréis pasear con lady Nancy Jane? —Había soltado la invitación para no parecer demasiado interesado. De hecho, Martha seguía riendo.

—Si queréis, mañana por la mañana. ¿Por qué no venís con el duque de Northcliff y la duquesa? —preguntó alegremente ella.

—¡Excelente idea! Gracias por la invitación, condesa, me siento especialmente halagado. —Hizo una seña al valet, que abrió la puerta del vehículo. Se apeó, ayudó a las mujeres y las

acompañó hasta la puerta, donde un hombre más bajo que él, moreno de pelo y tez, ya mantenía abierta la puerta.

—Buenas noches, lady Hereford, señoritas. ¿Todo bien, lady Hereford?

La preocupación en el tono del mayordomo dio a Daniel la confirmación de que la servidumbre de aquella casa también estaba al tanto de los excesos del joven amo.

—Todo bien, gracias, Jenkins. El marqués de St. James ha sido tan amable de acompañarnos, sólo porque le apetecía.

—Buenas noches, marqués —le saludó Jenkins.

Daniel asintió con la cabeza.

—Lord St. James, gracias de nuevo por la vuelta, pero sobre todo por vuestra compañía.

—Ni lo dudéis, lady Hereford, el placer ha sido mío —contestó él, tomando la mano de la condesa para el besamanos.

Eleonor y Nancy hicieron una reverencia y siguieron a la Condesa al interior, pero justo cuando Nancy pasó a su lado, él le cogió la mano impulsivamente y apenas se la apretó.

Las dos se miraron intensamente. Nadie se dio cuenta, excepto quizá el mayordomo, que evidentemente fingió ignorar tanto el gesto como el intercambio de miradas y, en cuanto la joven ama estuvo dentro, se acercó a la puerta, saludando con una reverencia al marqués.

Daniel suspiró, sintiendo una sensación desconocida. Subió al carruaje y como un autómata hizo lo de costumbre. Llegar a casa, desvestirse y acostarse.

Aquella chiquilla llevaba dentro un mundo inexplorado, seguramente desconocido incluso para ella misma. Era cierto que la inseguridad y la timidez escondían una mente preparada y unos modales menos formales de los que presentaba en sociedad. Sólo era cuestión de sacarla a la luz, de enseñarle la vida. Y sin tomarse la molestia de entender por qué, decidió que quería ser él quien la sacara de su nido de niña para convertirla en una mujer.

Se durmió satisfecho y lleno de expectativas.

* * *

Eleonor miró por última vez a los ojos del duque, sintiendo la sensación de desprenderse de algo precioso, un sentimiento de pérdida, el temor de no volver a verle. Keiran se dio cuenta de sus emociones y la miró fijamente durante largo rato, aunque ya estaba caminando, hasta que ella se dio la vuelta.

El duque de Northcliff lanzó un suspiro audible para los presentes, esbozando una sonrisa a lady Northcliff, a quien no le había pasado desapercibida la forma en que ambos se habían mirado.

—Parece que pronto tendremos nueva compañía —murmuró lady Wiltshire a la duquesa. Ésta, que no perdía de vista los movimientos a su alrededor, lo comprendió al instante—. ¿Quién primero? —preguntó irónicamente.

—Creo que madre e hija serán las más rápidas. Deben estar muy motivadas para darse tanta prisa —susurró la marquesa, haciendo reír con ganas a la amiga.

—¡Excelencia! —trinó la voz de la petulante Lady Bath, dirigiéndose directamente a la duquesa—, disculpad la intromisión, pero no podíamos irnos de *Almack's Rooms* sin presentar nuestros respetos.

—Buenas noches, lady Bath —contestó la duquesa cortésmente y sin inmutarse.

No albergaba simpatías por Olivia Leight y le costaba seguir su conversación plagada de chismes y habladurías. Pero, sobre todo, le disgustaba porque era lenguaraz, siempre dispuesta a dar respuestas ácidas y degradantes, destinadas a poner en aprietos a otras mujeres.

—Buenas noches, lord Northcliff, lady Wiltshire. —Era sumamente formal y su reverencia

siempre impecable.

Lady Georgia la imitó con unos ademanes recatados que desde luego no eran los suyos, pero que adoptaba siempre que estaba en presencia de lady Northcliff.

—Lady Northcliff, ¿os ha agradado la compañía de esta noche? He notado algunas caras nuevas. —Lady Bath dejó la frase en el aire como si esperara cierta participación por parte de la duquesa.

Pero Lady Northcliff no le dio ninguna satisfacción y siguió sonriendo con una etérea serenidad.

Lady Wiltshire no se resistió.

—¿De veras, lady Bath? ¿Qué caras nuevas?

—Oh, bueno, por nombrar sólo una, Miss Emily Barker, la supuesta sobrina del marqués de Spencer —explicó la mujer con una mirada de complicidad que lady Wiltshire y la duquesa fingieron no comprender—. Y por mencionar otra, lady Hereford y esas dos jóvenes que se ven raramente. ¿Cómo se llaman, Georgia, querida?

A Keiran le molestaban los subterfugios y las groserías, sobre todo cuando se perpetraban contra personas inocentes y, por añadidura, ausentes. Antes de hablar, sabiendo que iba a explotar de forma indecorosa, dirigió a su madre una rápida mirada de complicidad.

La duquesa, con una sonrisa tan formal como fingida, intervino enérgicamente.

—Son lady Eleonor Grace Hambrook, hija del difunto conde de Hereford, queridísimo amigo del duque, y de la difunta condesa de Hereford, Sophie, mi amadísima amiga, y lady Nancy Jane, hija de los actuales condes de Hereford.

El incomodo silencio que se produjo a continuación y la mirada intimidatoria del duque fueron una evidente advertencia para lady Bath, que considero prudente dar rienda suelta a la simpatía que aquellos titulados expresaban abiertamente por las dos jóvenes desconocidas para ella.

—Unas chicas monísimas —comentó—. Georgia me ha dicho al instante que lady Eleonor le parecía absolutamente encantadora, ¿verdad, querida?

—Exactamente, *maman* —respondió con prontitud la joven, sonriendo amablemente al duque y a la duquesa—. Y muy hermosa también, ¿no os parece, excelencia? —preguntó con aire inocente a lady Northcliff.

—Sí, es muy hermosa. Pero parece que su inteligencia es una peculiaridad suya aún más evidente, ¿no me has dicho así, Kein?

El duque, comprendiendo el juego de su madre, sonrió.

—Eso es exactamente lo que he dicho.

—Dicen —intervino de nuevo lady Bath—, que esa chica pasa mucho tiempo en los libros. ¿Ya será cierto?

—Sí —respondió Lady Wiltshire—, lee mucho.

—A Georgia también le gusta leer, por supuesto nada que yo no hay aprobado, ¡claro está!

—¿Y qué leéis, querida? —preguntó de inmediato la marquesa de Wiltshire.

—¡Novelitas románticas! —respondió lady Bath antes de que su hija pudiera hacerlo—. Estas jóvenes de hoy desean soñar un poco mientras esperan que llegue su momento para un compromiso adecuado seguido de matrimonio.

La mujer miró deliberadamente al duque, pero éste se mantuvo impasible.

—Georgia, por cierto, ¿cuándo tienes que recoger ese libro, no recuerdo el título, en la librería?

—Mañana por la mañana, *maman*. —La chica reflexionó un momento antes de responder. Era obvio para todos que se trataba de una improvisada puesta en escena.

El hecho de que lady Bath alardeara públicamente de la integridad moral de su hija y la severidad que ella le exigía, daban a cualquiera que escuchara, incluso al menos atento, la idea de una farsa total.

—Bien, pero recuerda que sin acompañante no puedes ir. Ya sabéis, no acepto que salga sin la compañía adecuada.

—Excelencia, tal vez mañana por la mañana nos podríamos encontrar en Hyde Park —dijo lady Georgia con un tono deliciosamente convincente—, e incluso acompañarnos vos a la librería.

—Lo lamento, lady Georgia, pero mañana por la mañana la Duquesa y yo visitaremos a lady Hereford.

La decepción de la joven era palpable, pero aún lo era más su molestia al darse cuenta de que «su» duque se reuniría con lady Eleonor.

Su madre se dio cuenta y para no descomponerse, añadió:

—Cariño, el duque está muy ocupado. Quién sabe, quizás una de las próximas mañanas os encontréis durante tu paseo diario. —La frase inconclusa parecía exigir una respuesta y dar lugar a alguna esperanza.

Keiran no soportaba que otros se enteraran de sus compromisos, y mucho menos de sus intenciones y pensamientos; decidió callar por completo, dejando a lady Bath con la palabra en la boca. Después de mirarla durante unos instantes, apartó la vista deliberadamente y dedicó su atención al grupo de Patronas que estaba junto a él. No veía la hora de irse, así que cuanto antes las atendiera, antes las despediría.

—Excelencia —le saludó una de ellas con una reverencia que todas las demás imitaron—. Lady Northcliff, vuestra distinguida presencia ha contribuido al éxito de la velada.

Keiran se preguntó cómo la presencia de su madre había hecho que aquella velada fuera diferente de otras.

—Duque de Northcliff —intervino Lady Castlereagh de manera práctica—, me gustaría presentaros a lady Arabella Chapman, hija menor del conde de Lennox, y a lady Mathilda Stones, hija del vizconde Gascoyne. Estábamos conversando distendidamente con ellas, y accidentalmente hemos descubierto que aún no os habían sido presentadas. ¡Son jóvenes muy bien educadas y sumamente agradables como para privaros de conocerlas! —Su tono no admitía réplica y parecía obvio que el duque debía sentirse honrado.

Keiran se quedó mirando a las jóvenes, inmóvil.

Lady Mathilda se inclinó, murmurando:

—Es un gran honor para mí conoceros, excelencia. Mis respetos también para vos, lady Northcliff.

Lady Arabella, dándose cuenta de que había perdido el protagonismo por un momento, hizo una rápida reverencia.

—Excelencia, lady Northcliff...

—Tendréis que disculpar su timidez, excelencia —explicó Lady Castlereagh—, pero han oído hablar mucho de vos.

Keiran no respondió.

—Habrán oído decir —intervino Roy bromeando—, que tiene un carácter difícil, ¡pero os aseguro que es mucho peor!

—¡Oh lord MacKendrick! ¡Cómo sois! ¡Siempre con ganas de bromear! —exclamó Lady Castlereagh riendo.

Las jóvenes también sonreían, vigilando al duque por temor a su reacción. Pero era evidente

que lord Northcliff estaba acostumbrado a las bromas de su hermano, y la línea ligeramente más relajada de su bella boca era prueba de ello.

—Lady Castlereagh, alguien tendrá que haceros sonreír: todas son hermosísimas —dijo mirándolas a la cara una a una, incluyendo a su madre y a lady Wiltshire—, pero definitivamente, mucho más cuando reís. —La risa las involucró a todas, incluso a lady Georgia, que comenzaba a sentirse excluida. Cualquier otra joven bella era una posible rival, y ella valoraba demasiado al duque de Northcliff como para conformarse con un papel marginal.

—Excelencia —dijo lady Arabella con inesperada seguridad—, es evidente que lord MacKendrick sabe cómo sacaros una sonrisa. Y en verdad, me temo que su simpatía difícilmente fallaría.

—Así es, lady Arabella —Keiran se limitó a responder, observándola. Ella movía sus espesas pestañas y colocó una mano despreocupadamente sobre el escote de su vestido.

—De hecho, os dejaré en compañía de mi simpático hermano e iré a hablar de negocios con Lord Wiltshire. —Miró desafiante a las Patronas, hizo una brusca reverencia y se alejó a paso ligero.

Los presentes se estremecieron a su paso. En cuanto vio a un criado, le hizo una señal para que le siguiera. Se detuvo en la entrada.

—Llama a mi valet, por favor. —El tono autoritario de sus órdenes nunca se veía disminuido por el «por favor» que siempre añadía cuando se dirigía a la servidumbre; y fue precisamente esto lo que sorprendió al desprevenido camarero.

—Al instante, excelencia. —El chico desapareció rápidamente.

Keiran hizo un gesto con la mano a otro sirviente. Cuando estuvo frente a él, se quedó dos segundos mirándolo fijamente.

—¿Cómo te llamas?

—Bert.

—¿Sabes quién soy?

—¡Por supuesto, excelencia!

—No, no lo sabes.

—Pero...

—No lo sabes —repitió Keiran, remarcando cada letra.

—No... lo sé.

—Así que sin saber quién soy y sin que otros te oigan, le dirás a lady Wilmot que me pasaré a verla más tarde.

—Por supuesto, excelencia... —El pobre y atemorizado criado no se movió, esperando a que lo despidieran.

Keiran le hizo una seña, confiando en que no hablaría, y el muchacho entró en la sala.

Su valet, que acababa de llegar, se acercó cautelosamente.

—A primera hora de la mañana, ve a una farmacia y compra un frasco de aceite de lavanda, o de caléndula, siempre que esté listo para su uso. Menciona mi nombre, no tendrás problemas.

—Sí, excelencia.

—Gracias, Steve.

El valet sonrió, complacido de que el amo siempre recordara su nombre.

—Por favor, excelencia.

—Lord Northcliff.

Keiran reconoció la voz de lady Georgia y sus intensas vibraciones revelaron intenciones poco claras. Se volvió hacia ella, con los ojos entornados para examinar detenidamente la expresión de

la mujer. Ella fingía indiferencia, lo que significaba que intentaba ocultar algo más. Sospechaba qué era.

—Me alegro de haberos encontrado.

—¿Necesitáis algo, lady Georgia?

— Sí, me gustaría sentarme un rato en la salita de al lado —dijo señalando el pasillo detrás de él con la mano—, porque no me encuentro bien.

—Entonces será mejor que llame a vuestra madre.

—No, os lo ruego, acompañadme vos —dijo ella, pasando rápidamente a su lado y rozándole el brazo.

Keiran la siguió, pero sabía lo peligroso que podía ser secundar sus maniobras.

La mujer entró en una salita, donde un crepitante fuego ardía en la chimenea.

Él se detuvo en el umbral, no tenía intención de acercarse a ella.

—Tomad asiento, lady Georgia, así estaréis más cómoda.

—Gracias, pero cerrad la puerta, no soporto a los curiosos.

—No los habrá —respondió él con rotundidad.

Pero lady Georgia parecía decidida: se levantó con presteza, como presa de una euforia inexplicable, pasó a su lado y cerró la puerta. Luego se plantó frente a él con aire suplicante.

—Os lo suplico, ¿no entendéis cuánto anhelo estar a solas con vos? Haré todo lo que me pidáis. —Jadeaba un poco y sus ojos de cervatilla le daban un aspecto inofensivo y apetitoso. Se llevó las manos al pecho y con dedos ligeros acarició el borde de su escote.

Keiran la miró con incredulidad. No creía que fuera a llegar tan lejos. Observó el pecho bajo los dedos, movidos artificialmente para atraerlo; era más astuta de lo que había pensado. Lady Eleonor tenía razón.

Ella se acercó, con el rostro enrojecido, mirándolo con ojos lánguidos.

—Sé que os gusto, hace años me dijisteis que era guapa.

Keiran recordó el episodio. Él ya era un hombre, pero ella aún era una jovencita, ni siquiera demasiado bien formada; aun así, se había aferrado a él con descaro, restregándose contra su cuerpo. Él la había rechazado, viendo en ella cosas que no le gustaban.

—¿Ya no os gusto? —preguntó como un cachorro necesitado de afecto.

—Siempre estáis muy hermosa, lady Georgia, pero eso no significa que me gustéis.

La muchacha se quedó petrificada por la respuesta; pero decidió no rendirse.

—Sois duro conmigo, y ofensivo —murmuró simulando dolor, con la mirada baja y fingiendo sumisión.

—Soy honesto, no finjo un sentimiento que no albergo.

—¡Pero no os pido tanto! —Se acercó aún más, tanto que rozó su cuerpo con el suyo—. Podría darte todo de mí, sin pedir ningún sentimiento a cambio —susurró ella, colocando las manos sobre el pecho de él y acariciándolo lentamente—. Podría sorprenderos con mi total disponibilidad, si quisierais podría ser vuestra esclava. —Se levantó un poco sobre las puntas de los pies para frotarse contra su ingle.

Keiran apretó los dientes. No quería excitarse con aquella jovenzuela, desquiciada y oportunista, pero tenía un cuerpo precioso y podía ver sus pechos apretados contra él.

Ella intuyó que el hombre estaba a punto de ceder y con un gesto decidido llevó una mano a su nuca; le acarició la espesa cabellera, le tiró del pelo obligándole a bajar la cabeza hacia ella y se levantó para besarle con fuerza, lamiéndole suavemente el labio inferior.

Fue un gesto experto y Keiran se dio cuenta de que no era la primera vez para ella. Sintió una mezcla de excitación y fastidio. Era repugnante pensar que una joven como ella, de buena

familia, en busca de un buen pretendiente, pudiera besar tan a conciencia. Prevaleció el fastidio. No supo por qué se lo permitió, pero sospechó que era su necesidad innata de conocer los pensamientos más íntimos de sus semejantes. Quería desenmascarar a Lady Georgia y saber, de una vez por todas, qué había en su mente, aunque era consciente del riesgo que corría. Y lo que sintió en aquel contacto no le gustó. Ni siquiera la sana excitación que sintió en los primeros instantes consiguió difuminar la oleada de sentimientos negativos que le invadió, haciéndole parpadear.

Ella le tocaba el miembro con la otra mano, frotándoselo con la intención de masajeárselo con un movimiento rítmico y muy versado.

Fue entonces cuando una especie de destello helado atravesó a Keiran, permitiéndole oír un crujido al otro lado de la puerta. Bloqueó la delgada muñeca de ella con un gesto seco de la mano derecha; con la izquierda le agarró el cuello bruscamente, apretando lo justo para hacerla jadear, con cuidado de no dejar marcas irreparables.

Ella tenía los ojos muy abiertos y estaba aterrorizada, resollaba ruidosamente y sus manos intentaban en vano liberarse de aquel agarre.

Él le atravesó las pupilas dilatadas con su inquietante mirada. La soltó y la cogió en brazos. La arrojó al sofá, se inclinó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo y, reprendiéndola con sus amenazadores ojos azules a escasos centímetros de su cara, le espetó:

—Cuidado. Podría confirmar lo que vais a decir añadiendo que no sois virgen: después de todo, no veo rastro de sangre. —Se volvió y con paso rápido fue a abrir la puerta.

Lady Bath se encontraba de pie junto a la puerta, con una mano aún en el aire, como si la hubiera apoyado contra la puerta y estuviera asustada. Su marido estaba detrás de ella, avergonzado por encontrarse allí.

El duque de Northcliff los miró con disgusto, pero luego sonrió ante su estupidez. Fingió indiferencia.

—Es una suerte que estéis aquí. Vuestra hija está enferma y la he traído aquí para que se recueste un momento. Ahora iba a llamaros.

Los dos le miraron estupefactos y se quedaron mirando a su hija, sin comprender qué había pasado.

—¿Estáis preocupada, lady Bath? —preguntó el duque, fingiendo no haber entendido sus planes.

—La verdad es que sí —respondió la mujer, dirigiendo a su marido una mirada de complicidad.

—Northcliff —comenzó a hablar el conde—, es una situación incómoda, es decir, estabais solos...

Keiran fingió no entender.

—Bueno, Northcliff, la puerta estaba cerrada. La situación es muy embarazosa para mi hija. Hemos sido amigos durante muchos años y...

Keiran cerró la puerta con un golpe que sobresaltó a la joven tumbada en el sofá.

—Vamos, Northcliff —dijo lord Bath, extendiendo los brazos y dando un paso atrás, temiendo la reacción del duque—, por otra parte, vuestro padre había planeado vuestra unión con mi hija. No sería nada nuevo.

—Bath —el duque había pronunciado el nombre del conde en tono admonitorio—, estáis resultando ofensivo. No me obliguéis a pronunciar el nombre de mi padrino para un duelo. —Había hablado pausadamente, acentuando cada sílaba.

El hombre empezaba a temer por sí mismo.

La expresión de Keiran se volvía más y más amenazadora a cada segundo que pasaba, y el conde sabía de sobra lo hábil que era tanto con la espada como con la pistola.

Lady Georgia aún temblaba del miedo que había sentido cuando él le había apretado el cuello, estaba aterrorizada por la inminente reacción que el duque iba a tener, por su padre que sin duda no saldría vivo de un enfrentamiento con el duque, por ella misma y por su propia reputación.

Su madre se retorcía las manos, de pie, esperando que su marido encontrara la manera de solucionarlo todo.

—Vamos, Northcliff, no hay necesidad de ser tan drástico... —balbuceó lord Bath, con el rostro pálido por el miedo. Pero el duque no parecía ceder ni un ápice—. Escuchad. Yo soy un padre y vos ya comprendéis mi posición, debo salvaguardar el honor de mi hija.

—Bath —Keiran le miraba fijamente, dándole la impresión de atravesarle el alma—, podría pasar por alto la ofensa que me habéis hecho con alusiones que, además, son poco claras. Pero vos seguís ofendiendo a vuestra hija, no interrogándola sobre el tema y haciendo insinuaciones poco caballerosas.

Fue entonces cuando lord Bath comprendió que había perdido: su hija estaba petrificada y parecía resignada. Era obvio que el duque debía tener algún as bajo manga, y era obvio que Georgia también se había dado cuenta.

Pero Lady Bath, no. Se convirtió en un lince dispuesto a todo para conseguir lo que quería. Dio un paso al frente, colocándose junto a su marido con un atrevido aire de desafío.

—Excelencia, con el debido respeto —dijo la mujer con voz entrecortada por la ira—, me gustaría señalaros el estado de mi hija: tiene la ropa desordenada, está aterrorizada, la cara y el cuello enrojecidos. No se necesita mucha experiencia para comprender que ella y vos habéis... ¡intimado!

El duque la estudió sólo con ojos aparentemente ausentes. El verdadero peligro era aquella mujer, ahora lo tenía confirmado y era su falta de inteligencia, de lo contrario se habría dado cuenta de que era el momento de guardar silencio. Decidió no contestar para que la mujer perdiera los nervios y le hiciera la acusación directa y precisa de haberle quitado la virginidad a su hija.

Lady Bath mordió el anzuelo.

—Comprendo que os hayáis quedado sin palabras. Es decir, excelencia, entendemos que vos habéis... —Keiran bajó los ojos como si tratara de ocultar algo, para convencer a la mujer de su culpabilidad—, ¡habéis abusado de Georgia! ¡Le habéis arrebatado su virginidad, deshonrándola! —Prácticamente había gritado la acusación, lo que hizo sospechar a Keiran que había otras personas al otro lado de la puerta escuchando a hurtadillas.

Él retrocedió unos pasos sin apartar los ojos de ellos, abrió la puerta y observó, afortunadamente para él, que no había nadie fuera. Dejó la puerta abierta. Avanzó lentamente, deteniéndose frente a los dos conspiradores, muy, muy próximo.

—Lady Bath —dijo en voz tan baja como amenazadora, lo que hizo estremecerse a la mujer —, si fueseis un hombre, ya os habría retado a duelo.

Lady Bath empezó a temblar y palideció, aterrorizada.

—Podría confirmar haber tomado a vuestra hija —susurró en un tono siniestro—, y haber comprobado, tristemente, que no era virgen. Yo no veo sangre por ninguna parte, lady Bath, ¿y vos?

La mujer abrió mucho la boca, asombrada por aquella afirmación.

—Bath, os aconsejo que cuidéis de vuestra hija —dijo el duque en voz alta—. Parece tener todos los síntomas de un ataque de ansiedad o de pánico. Os haré el favor de buscar un médico

en la sala y volveré con él para saber qué futuro habéis decidido para ella. —Se dio la vuelta repentinamente, tanto que a las mujeres se les hizo un nudo en la garganta por el terror al espectro del deshonor.

Lady Bath apretó el brazo de su esposo, que explotó desesperado:

—¡Northcliff! ¡Esperad!

Keiran se volvió lentamente, complacido de haber previsto correctamente la reacción de los dos.

—No hay ninguna necesidad de un médico. Georgia ya está mejor. Os lo ruego... olvidad este desafortunado malentendido. Tal vez cuando seáis padre... entendáis mi preocupación.

Keiran no respondió. ¿Estaban los dos desesperados por miedo a que su hija se viera deshonrada ante la acusación de que no era virgen, o les aterrorizaba la idea de que un médico descubriera que ya no lo era? Sonrió perversamente, provocando un escalofrío en el conde.

Éste vio con alivio que el duque asentía y luego le tendía la mano, invitándole a un gesto tangible de perdón.

Pero Keiran no quería tocarlo, por temor a las vibraciones que sentiría. Estaba cansado, agotado por el incesante bombardeo de sensaciones, agradables y desagradables, emocionantes y molestas, que había recibido en las últimas horas. Y le repugnaba el mezquino subterfugio del que casi había sido víctima.

—Bath, no os prometo olvidar, porque lo que he visto esta noche no es de mi agrado. Sin embargo, puedo decir que lo intentaré. En cuanto a un apretón de manos, lo considero inapropiado. —Hizo una cortés reverencia a las mujeres, se dio la vuelta y salió de la estancia. Su porte erguido y orgulloso ocultaba las náuseas que le atenazaban por dentro. Llegó a la entrada, donde le esperaban su madre y Roy. El valet le colocó la capa sobre los hombros.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Roy, dándose cuenta enseguida de la expresión preocupada de su hermano.

La duquesa estudió el atractivo rostro varonil de su hijo mayor y exclamó:

—Roy, hablaremos de ello en el carruaje.

Los tres salieron. Roy ayudó a su madre a subir al vehículo y luego se apartó para ceder el paso a Keiran. Por último subió. El cochero puso en marcha los caballos con un salto.

Roy y lady Northcliff miraron a Keiran con preocupación, pero no se atrevieron a preguntar.

—Lady Georgia ha jugado su última carta —dijo Keiran concisamente. Pero su madre y su hermano comprendieron a qué se refería y contuvieron la respiración. La ansiedad de ambos vibró en su interior, haciéndole sentirse aún más cansado. Decidió no dejarles con la duda—, y ha perdido.

Roy susurró con fuerza.

—Oh Dios mío, cómo te lo agradezco —dejó escapar la duquesa.

El carruaje se balanceaba, pero los mullidos asientos de terciopelo estaban bien acolchados.

Lady Northcliff y Roy sabían lo cansado que estaba Keiran. Estar en contacto con otras personas durante horas significaba para él una exposición considerable a sensaciones y emociones intensas y angustiosas. Ésta iba a ser una mala noche para él.

El silencio acompañó a los pasajeros hasta llegar a casa, donde la duquesa fue escoltada por sus hijos hasta sus aposentos, saludada con un beso y dejada al cuidado de su criada.

Los hermanos se despidieron sin mediar palabras.

Keiran bajó las escaleras y con un gesto llamó a Ben.

—Lady Wilmot —dijo de manera concisa.

—Pero estáis visiblemente agotado... —trató de hacerle cambiar de opinión su fiel amigo y

sirviente.

—Lo estoy. Pero debo ir, Ben.

El criado se dio cuenta de que debía de tratarse de algún presentimiento urgente intuido por su amo, así que no contestó.

—Os esperaré.

—No, Ben. En cuanto vuelva me acostaré. Le he dicho a Steve que busque unas pomadas para la mano en la farmacia. Tenlas listas por la mañana temprano, por favor.

—Muy bien.

—¡Ah! Dentro de unos días nos iremos. —El duque miró a Ben con complicidad.

—Entendido. ¿Preparo para un largo viaje? O esta vez...

—Poca cosa, muy poca. Nos hará falta espacio para la vuelta.

—Entendido.

Los dos se despidieron y el duque salió. Rodeó la casa, entró en los establos donde el mozo de cuadra dormía en un cuartito del desván. Se llevó los dedos a la boca y silbó. El chico bajó corriendo las escaleras.

—Aquí estoy, excelencia.

—Mi semental, sin la montura. Necesito que abras y cierres la puerta trasera. Luego vuélvete a dormir.

—Enseguida. —El muchacho le puso las riendas al semental del duque y se las entregó. Luego se dirigió rápidamente hacia la puerta.

El duque hizo acopio de todas sus escasas fuerzas y, de un salto, montó a lomos de Darken.

Era un espléndido ejemplar de color chocolate oscuro, con una mancha rosada en el hocico. Descendía del famoso Eclipse, padre de la mayoría de los pura sangre, y a su vez descendiente del Darley árabe que lord Thomas Darley había comprado en Siria allá por 1704. En cuanto vio acercarse a su amo, el animal empezó a patear el suelo.

Keiran lo calmó con unas palmadas y en cuanto estuvo encima de él apretó con fuerza las piernas para frenar su impaciencia por salir.

—Esta noche no, chico. Sólo un paseo, eso es todo. —Atravesó la puerta y agradeció al mozo de cuadra con un gesto de la cabeza.

Londres estaba fría y oscura. Unos siniestros vapores se elevaban de las aceras y una densa niebla descendía rápidamente en algunas zonas. Mantuvo un trote constante, observando atentamente a su alrededor por si algún maleante rondaba las calles de la ciudad por la noche.

Llegó a casa de Philippa. En cuanto se detuvo, la puerta se abrió. Un lacayo corrió a buscar el caballo y lo condujo al establo de atrás.

—Procura taparlo bien, por favor, y que no coja frío.

—Así lo haré, excelencia.

El mayordomo se apartó para que entrara.

—Buenas noches, excelencia. Lady Wilmot os espera arriba. —Al hombre parecía no importarle la incómoda situación.

Desde luego, las cosas habían cambiado mucho desde que su antiguo amo, el conde de Wilmot, aún vivía. La casa sólo había sido frecuentada por gente de alta alcurnia, como ahora, pero nunca había habido visitas nocturnas. Cuando su marido había muerto, tras un considerable período de luto, la joven condesa se había entregado, en cuerpo y alma, a recibir a nobles ricos y apuestos.

Se rumoreaba que tenía experiencia en el sexo, que era fogosa y apasionada, y el duque de Northcliff podía confirmar que así era; pero a la mujer le faltaba corazón. Pródiga en lo físico y

en la cama, se valía de sí misma para conseguir dinero y joyas, para dar y recibir placer, pero más allá de eso, no había nada. Nunca se había encariñado con un amante, y mucho menos enamorarse de él.

La gente, que sabía de ella y del duque, empezaba a decir que sus ojos languidecían demasiado a menudo por el temido y encantador Northcliff, y que haría cualquier cosa por retenerlo. De aquí a afirmar que la condesa se estaba enamorando, el paso era mínimo, sobre todo en un Londres en el que *le beau monde* sabía emplear muy fácilmente unas pocas palabras para convertir a un delincuente en santo, y viceversa.

El duque de Northcliff subió con calma las escaleras, decidido a poner en práctica su estratagema para sonsacar a la mujer información sobre su diálogo con lord Bath. Albergaba sus sospechas.

Entró sin llamar y se la encontró graciosamente estirada sobre el canapé, con un libro en la mano, las piernas, bien torneadas pero no gordas, estaban cruzadas; la bata transparente, abierta, el camisón, igualmente transparente, y lo bastante escotado como para dejar al descubierto la mitad de sus generosos pechos.

Para Keiran era hermosa, generosa, pero aparte de eso Philippa no ofrecía nada más.

—¡Ah, por fin! —Suspiró sin levantarse, tratando de mostrarse distante. Quería expresar su enfado por el mal trato recibido.

El duque ni se inmuto, ni tampoco se acercó a ella. En cambio, se sirvió un whisky y se lo bebió de un trago. Normalmente no bebía, pero cuando estaba a punto de hacer algo de mala gana, el alcohol le ayudaba.

—Estoy muy ofendida por la forma en que me has tratado esta noche. Y por si fuera poco, delante de todo el mundo.

Keiran apenas la miró, luego volvió a llenar su vaso y bebió de nuevo.

—¡Di algo! —gritó la mujer exasperada por su indiferencia.

Se dio la vuelta, se quitó la chaqueta y la colgó en una silla.

—¿Seguro que quieres oírme hablar?

—¡Estás tan enigmático como siempre, Keiran! —exclamó apoyándose sobre un codo.

No pudo ignorar los grandes pechos que colgaban delicadamente a los lados, ni fingir que no se fijaba en los pezones que se vislumbraban a través de la tela impalpable y transparente.

—¡Habla, por Dios!

—Te estás convirtiendo en una carga y los numeritos que montas delante de todo el mundo los causas tú. No vuelvas a acercarte a mi madre. De hecho, evita acercarte a mí también hasta que te dé permiso para hacerlo. —Cogió el vaso y se bebió el contenido—. Tal vez no nos veamos durante un tiempo. O tal vez nunca más.

Al oír esas palabras, Philippa empezó a gemir. Se sentó y se llevó las manos al pecho.

—No puedes hacerme esto. ¡Yo... me importas mucho! No lo dices en serio, ¿verdad?

—Siempre he sido serio contigo y sobre todo claro.

—No volverá a pasar, te lo juro, créeme.

Keiran permaneció de espaldas a la chimenea, pensando que había sido demasiado fácil moldear la voluntad de aquella necia criatura y que tal vez se sintiera culpable por ello. Suspiró ostensiblemente, y eso bastó para que Philippa sintiera aún más miedo.

—Te lo ruego —suplicó ella con voz quebrada. Se levantó y se unió a él. Lo abrazó por detrás, presionando sus senos contra su espalda—. ¿ Has oído? He dicho que no volverá a pasar. ¿Estás de acuerdo?

Keiran sentía el suave pecho de la mujer, como si ambos hubieran estado desnudos. Le pareció

oportuno comenzar su trabajo de manipulación.

—No lo sé —dijo él fingiendo indecisión.

—Oh querido, te lo suplico, no hagas de mí una infeliz. —Philippa tiró de él para darle la vuelta.

Él no se opuso y dejó que sus brazos lo abrazaran.

La joven viuda no era lo que se diría una figura espigada: de baja estatura, y sólo tenía formas redondeadas y voluptuosas. Pero Keiran nunca había prestado demasiada atención a esas sutilezas cuando se trataba de hallar mero placer físico.

Ahora percibía en ella agitación y desesperación. Cuando Philippa le cogió las manos, sintió algo más. Un sentimiento de posesión y obsesión; comprendió que lo que se había rumoreado era cierto: la condesa tenía objetivos mucho mayores que ser su amante. Era el momento de cortar esa relación. Pero antes conseguiría la información que necesitaba.

—¿Estás segura de que no volverá a pasar?

—Segurísima.

Él le pasó las manos por las caderas y le permitió besarle.

Philippa nunca escatimaba, tal vez porque cuando estuvo casada, el conde, demasiado viejo, no había podido complacer su apetito juvenil. Y en aquel momento se mostró impetuosa y movía su lengua con una necesidad inminente.

Keiran se dio cuenta de que necesitaba que la tranquilizaran y la complació con pasión. Le sujetó las nalgas con las manos y la obligó a frotarse contra él. Ella estaba muy excitada, como siempre, por otra parte.

Sujetándola con la mano derecha, utilizó la izquierda para tocarle el pecho a través de la fina tela y acarició suavemente el pezón. Ella echó la cabeza hacia atrás y jadeó de inmenso placer. Él se excitó, pero no olvidó su intención principal.

—¿Estás segura de que te comportarás bien a partir de ahora? —le susurró al oído.

—Sí...

—No tenías que ir a quejarte a los demás de que te había dejado de lado —improvisó él.

—No lo he hecho —murmuró ella sin comprenderle.

Keiran siguió torturándola, deteniéndose sólo uno o dos segundos para no arriesgarse a que se corriera.

—Te he visto hablando con Bath.

Ella lo miró confundida.

—Dime si has hablado con Bath o haré que te corras ahora mismo.

—Nooo... por favor... ven dentro de mí... espera...

Él la soltó, arriesgándose a dejarla caer. La tiró del brazo y la apoyó contra el tocador. Le bajó brutalmente el camisón para descubrirle los pechos, los sujetó con las manos y comenzó a acariciarlos de nuevo, excitándola aún más que antes.

—Keiran, no dejes que me corra... sigue, más, no pares...

—Si no me dices la verdad te juro que esto es todo lo que tendrás esta noche. Me has cabreado lo suficiente para merecerlo.

—No me he quejado de ti... de veras.

—¿Y de qué habéis hablado? —le preguntó mordiéndole el labio.

—No recuerdo bien... me estás matando...

Keiran le levantó el camisón y deslizó dos dedos en su interior. Con el pulgar empezó a acariciarle el clítoris, que ya era grande. Apretó los dientes para controlarse, tenía que saberlo.

Philippa no resistiría mucho más.

—¡Basta! Voy... ¡No! No te detengas... más, más, más adentro... —Gimió convulsivamente sacudiendo las caderas y clavando las uñas en el cuello del hombre.

Keiran vio de repente un barco...

—Dime de qué hablabas o esta vez no me detengo.

—... negocios...

—¿Qué negocios?

—¿Estás... celoso?

—Puede. Responde o me detengo.

—Barcos... tócame de nuevo...

—¿Qué barcos?

Un instante antes de que ella respondiese a Keiran le llegó la imagen del «Eleonor Grace».

—... sus... sus barcos...

Mentía.

Philippa le vio desvestirse rápidamente y quedarse desnudo mirándola. Era bellísimo, fue lo primero que pensó. Tenía los hombros anchos, pelo oscuro en el pecho que bajaba en una franja cada vez más fina hasta el pubis, donde volvía a poblarse.

—Déjame tocarte... —gimió ella, tratando de tomar el gran falo entre sus manos.

Pero Keiran se estremeció, contrayendo un músculo de su pecho. Alargó una mano y le tocó el pezón.

—Ahora te voy a lamer por debajo, y si no me dices enseguida de qué habéis hablado me iré sin dejar que te corras. —Le abrió las piernas sin esperar respuesta y con la punta de la lengua le lamió por tres veces en el clítoris—. ¿Entonces?

—Chupa, por favor...

—¿Entonces? ¿Me detengo?

—¡No! Barcos... ha preguntado por tus proyectos...

Volvió a lamer y apretó suavemente los pezones, retorciéndoselos un poquito.

—¡Habla!

—Yo no sabía nada... tú nunca cuentas nada y él pensaba... que tú tenías que partir... creía que yo sabía cuándo.

Keiran la recompensó, chupando lentamente. Le pareció que decía la verdad.

Se levantó de un salto, rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y se puso una capucha de algodón blanco en el miembro.

La levantó y la llevó a la cama, donde yacía con las piernas abiertas, lista para él. Se colocó encima de ella y con un decidido movimiento de caderas la penetró a fondo, arrancándole un grito.

—¿Me has dicho la verdad?

—Sí. ¡Lo juro! Muévete... —Se contoneaba, levantando la pelvis, mientras Keiran se quedaba quieto.

La penetró de nuevo y se detuvo.

—¡No! Por favor, Keiran, te lo juro, eso es todo lo que me ha dicho... quería más información, pero yo no sabía nada...

Keiran se dio cuenta de que la mujer realmente no sabía nada más, aunque algo desconocido, que él no podía ver, existía entre Philippa y Bath. Decidió poner fin a sus esfuerzos, pues le fallaba el autocontrol y estaba agotado.

Sólo necesitó tres estocadas y Philippa se corrió en una oleada de éxtasis incontrolado que la hizo gritar. Él la siguió, sin dejar de empujar con fuerza, emitiendo jadeos roncos, encontrando

un sano placer físico. Cayó exhausto sobre ella.

Se levantó en un abrir y cerrar de ojos, y fue a lavarse las manos, la cara y la boca en la palangana llena de agua aún caliente. Abrió el cajón del tocador donde guardaba periódicos viejos. Cogió uno y con él envolvió el capuchón usado. Lo arrugó y lo tiró a la papelera que había bajo la mesa.

Tenía la costumbre de tirarlos siempre: la idea de lavarlos y reutilizarlos le repugnaba.

Cogió una toalla, la empapó en agua y limpió sumariamente el semen pegajoso. Tiró la toalla al suelo y se miró en el espejo, con la cara cansada. Volvió a enjuagarse y se pasó las manos mojadas por el cabello para recomponérselo. Luego volvió a vestirse.

—¿Te vas? Quiero hacerlo de nuevo.

—Yo no.

—¿No me has perdonado? —preguntó ella con un hilillo de voz.

—Sí.

—¿Nos veremos pronto?

—No.

—¿Por qué?

—Me voy en unos días.

—¿Te vas? ¿A dónde esta vez? —preguntó Philippa con fingida indiferencia.

Keiran se dio cuenta.

—A casa, a Escocia —mintió instintivamente.

—Así que no te veré en mucho tiempo.

No le contestó. Se dio cuenta de que Philippa tenía los ojos casi entornados. Se acercó a ella y le dio un tenue beso en la frente.

—Has estado soberbio... —balbuceó ella.

Sin hablar, alcanzó la puerta y salió. Descendió las escaleras, saludó con la cabeza al mayordomo que ya tenía la puerta abierta y se situó junto a su caballo, que permanecía preparado.

Siempre había sabido que los criados de la casa de Wilmot oían los gritos y gemidos desenfrenados de Philippa, para ellos significaba que el duque pronto se iría.

Montó a Darken de un salto y salió trotando de la casa. Se detuvo, hizo girar a su caballo y lo condujo al paso por un callejón. Se apeó.

—Quédate aquí, Darken —le ordenó. Luego se dirigió a la esquina de la calle y esperó.

La puerta de la casa de Philippa se abrió, dejando salir a una figura masculina, un criado, a juzgar por la raída capa. El hombre se dirigió en dirección contraria.

Keiran sospechaba que se dirigía a casa de lord Bath, pero no sabía por qué. Tendría que haberlo seguido, pero no podía mantenerse en pie.

Volvió al caballo, le dio dos palmadas y lo alabó por su obediencia. Saltó sobre él y reanudó su trote hacia casa.

En cuanto llegó a la cuadra, el mozo de cuadra, que le esperaba dormido sobre un montón de paja, le tomó el caballo.

—Te había dicho que volvieras a dormir.

—Disculpadme, excelencia, quería ayudaros.

—Gracias por haberme esperado —le dijo Keiran sin dejarle terminar.

El chico sonrió y se dirigió a limpiar Darken.

—No importa. Sólo cúbrelo. Ha recorrido un camino corto y todo a trote ligero.

—De acuerdo.

Keiran salió al patio y entró por la parte trasera. Ben le esperaba en la cocina.

—Vete a la cama. Puedo desnudarme solo.

—Os acompaño.

Los dos subieron. Keiran se desvistió, entregándole varias prendas a Ben.

—Estáis muy cansado. ¿Habéis tocado a muchas personas?

—No. Pero los pocos me han dejado agotado.

—Todas positivas, espero.

—No. Sólo una lo era —replicó el Duque, recordando a la bella Lady Eleonor.

—¿Una mujer? —preguntó Ben sonriente.

—No, una muchacha —respondió Keiran devolviendo la sonrisa.

—Eso ya es algo. Al menos hay esperanza de que soñéis con ella esta noche —murmuró el fiel amigo mientras doblaba cuidadosamente sus pantalones.

—Lo deseo de todo corazón —dijo Keiran recordando las pesadillas que le atormentaban con demasiada frecuencia.

—El baño, ¿mañana por la mañana, no? Parecéis demasiado cansado.

—Sí —respondió el duque, arrojándose desnudo sobre la cama. Se cubrió.

Al verle sin ropa Ben cogió otra gran manta y la tiró sobre la cama.

—¿Os cubrís vos?

—Claro. —Al duque no le gustaba que le sirvieran y reverenciaran—. Vete. Ya apagaré yo la vela —dijo, volviéndose para soplar la llama.

—Buenas noches, Keiran.

—Buenas noches.

El silencio que siguió fue mucho peor que un estruendo ensordecedor.

Estaba impregnado de las sensaciones de todas las personas a las que había tocado, las sentía por todo el cuerpo y quería sacudírselas de encima con un solo movimiento. Pero sabía que no era tan fácil.

Se acomodó a su estrategia habitual: respiración pausada y pensamientos de algo placentero que le hiciera fantasear.

Y, al instante, la joven y magnífica Eleonor Grace estuvo con él.

Sabía que ocurriría y ni siquiera intentó evitarlo.

Su respiración se hizo regular.

Vio a la hermosa muchacha, con el cabello suelto, largo y suave. Éste caía sobre la almohada de seda blanquísima y su color excitaba con sólo mirarlo.

Dormía boca arriba, con la sábana cubriéndole sólo las piernas; sus pechos, redondos y armoniosos, bajaban y subían al ritmo de su respiración regular; tenía una mano a la altura del estómago, la otra por encima de la cabeza, dejando al descubierto la delicada piel blanca bajo el brazo; la cabeza reclinada justo a un lado, lo que le permitía ver su perfil perfecto, su nariz recta, sus espesas pestañas, sus labios carnosos, sus mejillas apenas sonrosadas.

Se imaginó tumbado a su lado, con cuidado para no despertarla; abrazarla por detrás, atrayéndola hacia él para oler el delicado perfume que tan bien recordaba, restregar su cara contra su piel, susurrarle palabras cariñosas, para dormir plácidamente.

Se durmió así, imaginándose a sí mismo y a Eleonor.

* * *

Hambrook House

Londres

15 de febrero de 1810

Estimada Lady Eleonor Grace,

Lamento tener que faltar a mi cita para visitaros a vos y a vuestra familia, pero circunstancias imprevistas me obligan a embarcar lo antes posible para completar la exportación urgente de un cargamento.

La duquesa de Northcliff ha sido tan amable de sustituirme; por lo tanto, los bienes personales de vuestros progenitores os serán devueltos, en cualquier, caso esta mañana. Excepto una cadenita de oro con un valioso colgante, perteneciente a vuestra madre, que accidentalmente guardo conmigo desde anoche, habiendo tenido la intención de devolvérosla personalmente. Os pido disculpas y os aseguro que cuando regrese me ocuparé de traéroslo de inmediato.

Os agradezco la comprensión que, estoy seguro, mostraréis para con mis inesperadas obligaciones.

A vuestra disposición. *KMK*

Duque de Northcliff

—Es la letra del conde, su secretario...

—Es definitivamente la misma escritura, Eleonor... —confirmó lady Hereford, estudiando los caracteres escritos y, al mismo tiempo, arreglándose mejor las perlas que llevaba al cuello. Iba bellamente ataviada con un sencillo pero elegante vestido de mañana de un gris oscuro, adornado con una alta cinta de terciopelo lila. Estaba lista para la esperada visita de la duquesa y lady Wiltshire.

También había recibido una carta similar del duque y otra del marqués de St. James.

—Excepto la firma, que es la suya —dijo Eleonor mientras seguía observando las grandes y elegantes florituras que indicaban las iniciales del duque.

—Excepto la firma... —repitió la tía mirando la parte inferior de la carta.

—Tal vez no le guste escribir... —murmuró Eleonor buscando desesperadamente una justificación.

—Eleonor, cariño, es un duque: de esos asuntos triviales se ocupan los secretarios o los familiares —sentenció Martha con aire de quien tiene experiencia en asuntos mundanos.

Eleonor lo pensó por un momento, pero no creía en absoluto que lord Northcliff fuera insensible a esas cosas, ni mucho menos... Tal vez había ocurrido algo urgente. Miró a Nan, que parecía afligida y desmoralizada.

—*Cuando vuelvan, él vendrá, se lo ha escrito a la tía. Deja de poner esa cara... ¡por favor!* —le dijo con las manos.

Nancy sonrió para complacer a su prima y se levantó, vagando sin rumbo por el salón. Se detuvo frente a la ventana y se sentó en los mullidos cojines a rayas del asiento del mirador, sin prestar atención a la conversación de su madre y su prima. Con la cabeza inclinada y las manos apoyadas en el regazo, se quedó mirando los lunares negros de su vestido beige.

—¿Qué pasa? —susurró lady Hereford entre dientes apretados, esperando que Nancy no se diera la vuelta en ese momento.

Eleonor se mordió el labio inferior, con la mirada gacha tratando de ser evasiva.

—Vamos, Ellie —murmuró molesta la tía—, ¡no creerás que soy tan mema como para no darme cuenta de que Nan está así desde que le he dicho que lord St. James no podía venir!

Eleonor levantó los ojos, miró a Nan y, viendo que su prima miraba por la ventana, dijo:

—¡Amor a primera vista! O como diantres quieras llamarlo, ¡no lo sé!

—¡Eleonor!

—Perdona, perdona —le rogó con un gesto precipitado de la mano, como si quisiera borrar la palabra poco educada.

Los ojos de Nancy Jane se abrieron de par en par al ver a aquella gente en la calle...

—Él está prendado de nuestra Nancy, tía, lo vi con mis propios ojos ayer en *Almack's Rooms*.

La revelación hizo que la tía Martha se quedara boquiabierta. Luego, tras asimilar la idea, la expresión alarmada fue sustituida por otra de suficiencia. Y en dos segundos apareció otra de satisfacción.

Nancy Jane se volvió, pero no le prestaron atención y volvió a mirar más allá de la cortina...

—Mi Nancy... con un marqués —dijo Martha soñando despierta—. Un hombre guapo, además, ¡y a ella le gusta! —Esta última constatación la dejó estupefacta—. ¡Increíble!

Nancy Jane intentó de nuevo captar la mirada de una de ellas, pero parecían inmersas en un diálogo referente a ella y a lord St. James...

—Realmente lo es, tía Martha, en estos tiempos... —Eleonor no pudo evitar pensar en jóvenes frívolas en busca de maridos ricos, hombres ricos que parecían estar en el mercado en busca de esposas ofrecidas, al mejor postor, por madres cegadas por una especie de locura colectiva, matrimonios concertados en cuestión de meses sobre la base de una gran dote, o las artimañas de alguna joven astuta. Pero un hombre y una mujer que simplemente se gustaban... era raro.

Nancy empezaba a ponerse nerviosa. No era una sensación agradable estar allí como una pasmarote, tratando de hacerse notar.

—Te lo ruego, tía, ten paciencia y no pongas el carro delante de los bueyes... nunca se sabe.

—Sí, tienes razón. Calmémonos y esperemos lo mejor.

Nancy Jane vio que ni siquiera la miraban, así que empezó a golpear ruidosamente con la mano el marco de la ventana.

—¿Pero qué pasa? —preguntó lady Hereford, volviendo el rostro hacia Nan, que les hizo una señal para que se acercaran.

—Nan, ¿qué sucede? —Eleonor se acercó apresuradamente, sujetó la cortina y la corrió a un lado. Permaneció atónita y sin habla.

Lady Hereford abrió la boca, como si quisiera expresar un concepto, pero las palabras no le salieron.

Tres de las Patronas de *Almack's*, al otro lado de la calle, charlaban con unas jóvenes, entre ellas lady Arabella, fingiendo un encuentro casual. En realidad, cada una de ellas vigilaba la entrada de Hambrook House.

Más adelante, Lady Bath entretenía a un impaciente lord Spencer, quien seguramente estaba deseando despedirse, a juzgar por la forma en que miraba continuamente el interior de su carruaje estacionado a pocos metros, donde, sin duda, se encontraba sentada su supuesta sobrina, Miss Barker. En realidad, la astuta condesa de Bath persistía en retener a lord Spencer para no perder su posición favorable con una vista completa de la entrada de su casa. Lady Georgia intentaba desesperadamente escuchar las tediosas palabras del joven teniente uniformado que tenía frente a ella y que babeaba al ver su exuberante pecho. Solo la vívida curiosidad por lo que sucedería le daba la fuerza para ser paciente y mirar furtivamente hacia la puerta de Hambrook House.

Justo debajo de la ventana, una descarada y hermosa lady Wilmot coqueteaba con el envejecido pero encantador conde de Gascoyne, famoso por ser un impenitente libertino. Los dedos blancos y bien cuidados de la mujer gesticulaban con coquetería, posándose de vez en cuando de manera casual sobre el pecho que se mostraba generoso fuera del escote del vestido de

satén, para nada sencillo y poco adecuado para la mañana, sin perder de vista ni un instante un tramo de la calle y toda la parte delantera de la casa.

—¡Maldito sea ese hatajo de babosas cotillas!

—¡Eleonor Grace! Ése no es un modo adecuado de expresarse, ¡bajo ningún concepto!

—Tía, ¿cómo llamarías a esa especie de matronas ambulantes que quieren imponer la ley de lo que es decente y lo que no lo es? ¿Es digno cotillear hasta el punto de hacer que todo Londres converja aquí sólo para ver si aparece el duque? ¿Es decente plantarse, de esta manera, delante de la casa de un conde para saber quién va a venir y cuándo?

Lady Hereford suspiró. Su sobrina tenía toda la razón, y a ella, sinceramente, no le apetecía contradecirla.

—*¡Estoy totalmente de acuerdo contigo, Ellie!* —dijo Nan expresando las palabras mudas con la boca—. *¡Mamá, esto es indecente! Si tuviera el uso de las palabras... ¡Me asomaría y saludaría, una a una, a esas verduleras!*

—¡Nancy Jane! —espetó Martha, sin creer que su hija pudiera utilizar una jerga tan pintoresca. Luego sonrió—. Verduleras... ¿dónde diablos habrá encontrado?...

Nancy se encogió de hombros y miró a Eleonor. La prima parecía ensimismada y se llevaba el dedo índice al labio.

—*¿Qué estás tramando ahora?* —le preguntó con signos.

—*¡Oh Nancy!, me has dado una idea...*

—*¿Sobre qué?*

—*Sobre lo que me gustaría hacer*

—*Eleonor, sé que no me va a gustar...*

—Tía Martha, ¿no crees que hace calor aquí? ¿Abrimos la ventana?

Martha tardó tres segundos en comprenderla.

—¡Oh Santo Dios, ayúdame! ¡Eleonor no te permitiré hacer eso! —El decidido tono de la tía no disuadió a Eleonor.

—¡Pero tía! ¡Se lo merecen! Y además lo haría yo... tú estarías detrás y...

—¡Eleonor Grace! ¡Tan cierto como que Dios existe, no harás nada de eso! —Raramente, Lady Hereford se mostraba tan severa y decidida, pero en esas pocas ocasiones era prudente obedecerla, y Eleonor así lo hizo—. Como mucho... lo haré yo —afirmó mientras miraba la cortina, sintiendo una especie de placer ante la insólita idea.

Eleonor y Nancy la miraron atónitas.

Lady Hereford levantó la barbilla y abrió la cortina con altivez. Estaba a punto de poner la mano en el picaporte de la ventana cuando el sonido de caballos con carruajes inundó el ambiente, haciendo que todos los espectadores se volvieran.

El escudo ducal, claramente visible en la puerta, no dejaba lugar a dudas. En cuanto el vehículo se detuvo, el mayordomo Jenkins abrió la puerta, fingiendo indiferencia al ver a las personas nobles que conocía, pero mirándolas a todas para grabar sus rostros en su mente. Nadie bajó del carruaje y el valet, de pie junto al vehículo, aguardó órdenes en el interior.

Después de un buen minuto, la portezuela se abrió y el valet ayudó a Lady Wiltshire a descender, seguida por la duquesa de Northcliff.

La primera se dirigió rápidamente hacia las escaleras, sosteniendo el vestido color caqui con una mano, y luego entró en la casa; la segunda no.

Lady Northcliff ofreció su mano al valet, pidiéndole el brazo como apoyo, haciéndole un gran honor; le susurró algo y él la escoltó hasta el último escalón, donde ella se detuvo. Recogió el vestido para que no rozara el suelo y, en un movimiento tan elegante como inesperado, se giró de

repente.

Desde lo alto podía ver de frente a todos los que ocupaban la calle, la acera adyacente a la casa y la de enfrente. A todos.

Los miró uno a uno, con ojos despreciativos, empezando por el más cercano y terminando por el más lejano, y a cada mirada el interesado, ya fuese hombre, mujer o niña, inclinaba la cabeza con humillante mortificación, sintiendo la certeza de que se había jugado la aceptación de un sector considerablemente influyente de la nobleza.

Sintiéndose satisfecha, la duquesa de Northcliff se volvió y dio las gracias al valet con una de sus hermosas sonrisas y finalmente entró.

Los saludos de rigor fueron informales. Las mujeres, independientemente de su título, se conocían desde hacía demasiado tiempo como para perderse en cumplidos innecesarios, y la duquesa, demasiado molesta como para prestar atención a la etiqueta, expresó abiertamente toda su decepción.

—Martha, lamento que tú y las chicas hayan tenido que soportar la descarada y maleducada invasión de esas...

—... ¡busconas! —estalló Eleonor entre dientes.

—¡Eleonor! —la recriminó su tía.

Nancy Jane rio.

—Disculpadme, excelencia... soy imperdonable —se excusó la consternada joven.

—¡No, no, tienes toda la razón del mundo, querida! —La duquesa estaba tan indignada que no se dio cuenta de que le había hablado en un tono tan familiar.

Eleonor estaba encantada y sonrió.

—Tened por seguro que hablaré de ello con Kein. Veremos si tienen el coraje de volver a mirarme a la cara. ¡ Ha sido una de las escenas más vergonzosas que he presenciado en mi vida! —Se había quitado los guantes, lo que ya de por sí era inapropiado, y los palmeaba en sus hermosas manos.

Eleonor la miró con admiración por la espontaneidad que mostraba sin miramiento alguno debido a su título.

Era una mujer muy bella y el azul oscuro de su sencillo vestido de lana le daba el conveniente aire de seriedad que se esperaba de una mujer de su rango. Sus ojos azules eran menos oscuros que los de su hijo, observó, pero el parecido era asombroso.

También se lo comentaré a Cyrus —dijo Lady Wiltshire—, está bien que lo sepa. —La marquesa, más comedida en sus reacciones, parecía reflexionar seriamente sobre lo ocurrido.

—Ahora, Bridget, saben que tu hijo el duque no ha venido —proclamó Martha—. Y algunas de ellas respirarán aliviadas. Creo que por eso estaban aquí: una visita oficial habría suscitado los clásicos cotilleos sobre quién estaba interesado en quién.

—Tenlo por seguro, Martha, que ninguna de esas... ¿ Cómo las has llamado, querida?

—Busconas.

—Sí, eso es, ninguna de esas hienas interesó nunca a Kein. ¡Y mucho menos le tendré informado al respecto!

—Disculpad, excelencia —intervino Eleonor—,pero ¿no sabían que lord Northcliff sólo vendría oficialmente a traer los bienes personales de mis padres?

—¡Mi encantadora chiquilla! Mi hijo omitió convenientemente especificar a qué venía, porque no le gusta dar cuenta de sus asuntos a nadie y, sobre todo, ¡porque le divierte inmensamente crear situaciones equívocas como ésta! —Acompañó la exclamación con un elocuente gesto de la mano, apuntando a la ventana—. Si hubiera estado aquí, y hubiera venido de buena gana,

créeme, habría hecho lo que tenía que hacer. ¡Y le habría divertido!

Eleonor había escuchado a la duquesa con avidez, como un sediento aguarda el agua fresca. Oír hablar del duque la hacía sentirse partícipe de la vida del hombre con el que llevaba años soñando.

—Entonces, mis estimadas amigas, ¿dejamos las armas y nos sentamos a tomar un té?

—Estupenda idea, Martha —respondió Winnie, la marquesa.

Bridget se sentó sin que hiciera falta repetírselo.

—¡Agotador! Sí, una taza de té. Y algo para picar, Martha. Ya sabes que los nervios me abren el apetito...

—Lo sé, Bridget, lo sé.

—*Mamá, yo me encargo de avisar a Jenkins*.

—Gracias, cariño.

—Realmente ha sido una lástima que el marqués de St. James tampoco pudiera venir —dijo Winnie mientras miraba a Nancy Jane—. Pero ya se sabe, cuando el mar está calmado y una expedición espera... —En cuanto la muchacha volvió a sentarse, le preguntó—: ¿Fue el marqués una buena compañía anoche, querida?

—*Excelente, lady Wiltshire, gracias* —contestó la muchacha.

—Bailaste con una gracia divina, querida, y eso, unido a tu elegancia y belleza, despertó el interés del marqués. —La afirmación fue hecha con tal seguridad que hizo que el corazón de Nan palpitase con gran fuerza, ruborizándola.

—Sí, estoy de acuerdo con Winnie —afirmó Bridget—. Podríamos esperar algunas sorpresas cuando vuelva St. James.

—Oh, Bridget, ¡eso sería maravilloso! —suspiró Martha—. Pero Eleonor me señaló acertadamente que no empezara la casa por el tejado. Así que...

—Más que correcto —dijo la duquesa sonriendo amorosamente en dirección a Nan.

—Cautela y paciencia —convino la marquesa, amonestando a la joven con un dedo levantado.

Jenkins llamó a la puerta y entró seguido de una criada. El hábil mayordomo dispuso todo para el té, dando unas órdenes precisas a la muchacha, que obedeció con prontitud.

—Gracias, Jenkins, Maggie. —Los dos criados se inclinaron ante la anfitriona y salieron—. ¿Sirves tú, Nancy Jane? Gracias.

La joven se mostró precisa y elegante en sus gestos, educada en sus modales.

Eleonor se sintió orgullosa de su dulce prima, admirando su gracia, que estaba convencida de no tener ella misma. En cuanto terminó, las dos jóvenes se sonrieron y su amistoso entendimiento satisfizo a todas.

—Cyrus también se fue con ellos —suspiró Winnie, volviendo al tema de la partida—, y me temo que esta vez será un largo viaje.

Bridget lo confirmó.

—¿Hacia dónde se dirigían? —preguntó Eleonor, sin poder resistirse a la curiosidad.

—Hacia Oriente, cruzando el Mediterráneo —le explicó Bridget.

—Oriente... —Eleonor pronunció ese nombre mientras fantaseaba—... perfumes especiados, sultanes, harenes... Cómo me gustaría estar con ellos...

—¡Eleonor! —la reprendió de nuevo Martha.

—Disculpadme... yo...

Bridget y Winnie la miraban sorprendidas pero divertidas.

—Eleonor tiene una imaginación despierta e irrefrenable. —les explicó Martha confiada en que sus amigas lo entenderían—, y su... ¡oh... no sé si llamarlo defecto o virtud!

—¿Qué defecto? —preguntó la Duquesa, inclinándose hacia delante, curiosa, con cuidado de no derramar el contenido de la fina porcelana que sostenía.

—Bueno, Bridget, nuestra Eleonor... lee. Lo lee todo. Incluso lo que no debería.

Eleonor vio que lady Northcliff enarcaba las cejas con expresión interesada.

—Sophie admiraba su amor por el conocimiento —explicó Martha—, pero lamentaba que Eleonor viviera en una sociedad tan...

—... fingidamente mojigata —concluyó por ella la marquesa de Wiltshire.

—Así es, y temía que su querida hija fuera excluida por ello. Pero no fue así, porque Leonor también tiene una cualidad admirable: consigue hacerse querer incluso cuando dice con franqueza verdades incómodas.

La marquesa ya conocía este aspecto insólito de Eleonor.

La duquesa, que sólo había oído algunas anécdotas, estudiaba a la joven, como si quisiera comprenderlo todo sobre ella en pocos segundos.

Eleonor empezó a sentirse incómoda, y temió no encontrar la aprobación de la mujer.

—Sé que soy... un poquito anticonvencional —dijo, sin apartar los ojos de la taza —, pero... yo... no puedo evitar leer y... conocer. —Bebió un sorbo de té para calmarse. —Y no puedo guardarme lo que pienso, creando cierta decepción en mi prójimo... con una franqueza... que reconozco excesiva.

La duquesa trató de imaginar la escena de Eleonor conversando de esa manera tan sincera suya con Keiran, exactamente como debió ocurrir la noche anterior... y se rio. Los demás la miraron estupefactos. Su risa llenó la habitación.

—¡Por el amor de Dios, Bridget, me estás preocupando! —exclamó Winnie, poniendo la taza en la mesita.

—Sabes, querida Eleonor —comenzó a hablar la duquesa con voz todavía entrecortada por la risa—, ¡ahora entiendo por qué Kein mostraba aquel semblante anoche! —Tras dos segundos de reflexión, las demás también rieron, incluso Nancy Jane.

—No pensaba que yo fuera... tan odiosa —murmuró Eleonor mortificada —. Lo lamento...

La duquesa se dio cuenta de que la chica no sólo no había entendido, sino que estaba desesperada por no complacer al duque.

—Querida, al duque no le has parecido odiosa en absoluto, de hecho, creo que todo lo contrario, de lo contrario no habría tenido aquella expresión.

Eleonor miró fijamente a lady Northcliff a los ojos y comprendió el verdadero significado de aquellas palabras.

—¿Y qué leéis? —preguntó inesperadamente la duquesa—. ¡La verdad, Eleonor, sin omisiones!

La muchacha miró a su tía, temerosa de disgustarla.

—Bridget y Winnie son amigas mías y habían sido amigas de Sophie durante no sé cuántos años. Así que habla libremente, Ellie.

—¡Ejem! —empezó a hablar titubeando—, desde novelas más ligeras... hasta tratados médicos. Periódicos y semanarios. Libros de geografía y viajes a Oriente, libros sobre la cultura de otros pueblos y sus usos y costumbres. Códigos civiles de otras naciones, especialmente sobre derecho de familia y derechos de la mujer. Libros sobre mecanismos y dispositivos de objetos cotidianos, como... un piano o un reloj. Libros... Pero no quisiera aburriros.

—En absoluto —replicó lady Northcliff—. Realmente eres una joven educada, así que... —concluyo, mirando pensativa su bello rostro. Era evidente que temía su juicio—, la cultura es libertad. Y es una pena que nuestra sociedad no nos permita estar a la altura de los hombres.

—Totalmente de acuerdo —admitió lady Wiltshire—. Por supuesto que hace falta valor para revelar la propia cultura y sobre todo... —Se dio la vuelta y miró directamente a Eleonor—, sobre todo precaución: la cultura es libertad, pero también condena. La mayoría la desaprueba, querida, ya te habrás dado cuenta. Y Martha tiene razón al exigirte prudencia y reserva.

—Sé que tenéis razón, lady Wiltshire, y sé que también la tiene mi tía Martha. Me esfuerzo por ser cuidadosa y discreta, pero no siempre lo consigo...

—Sigue intentándolo, querida Eleonor —le aconsejó lady Northcliff—, sigue con perseverancia.

—Nancy, ¿a ti también te gusta la lectura? —le preguntó la Marquesa.

—*Sí, pero sólo lecturas simples y ligeras. Y me encanta dibujar...*

—¡Qué hermosa afición! ¿Y cuáles son sus temas favoritos?

—*Retratos. Pero también dibujo paisajes, sobre todo esbozos de situaciones reales, como... un joven deshollinador caminando por la calle, o... un labriego con su hoz.*

—Un día tendrás que dejarnos admirar tus dibujos —intervino la duquesa—. A mi hijo Kein también le gusta dibujar. Sólo con carboncillo o lápiz.

—*Yo también empecé con carbón vegetal. Me gustaba el efecto de claroscuro, así que lo diluía en agua*.

—A veces —se sumó Eleonor—, yo misma le preparaba el color utilizando polvo de carbón disuelto en agua.

—Interesante —convino lady Wiltshire—. Cuando pienso en las acuarelas, me vienen a la mente colores suaves y delicados...

—¡Así que ahora emplea colores! —precisó Eleonor.

—Ha hecho un retrato precioso de Ernest... ¡Es magnífico y enorme!

—¿Grande? ¿Cómo de grande? —preguntó Winnie.

—¡Cómo... ese espejo! —respondió Martha, señalando una fina pieza de antigüedades del siglo anterior.

—Desde luego es grande... ¿Cómo lo has hecho, Nancy? —le preguntó la duquesa.

—*He utilizado una tela muy fina... pero rígida. La preparé con la ayuda de Ellie* —escribió.

—¡Lord Hereford debe estar orgulloso de semejante retrato! —declaró con convicción lady Wiltshire.

—Le costó mucho quedarse quieto tanto tiempo —rio Martha—, pero cuando vio el resultado, estaba entusiasmado.

—¿Cómo está? —inquirió Bridget.

—No muy bien... —suspiró Martha—. Parece que pierde energía a cada día que pasa...

—Pero... ¿de qué se trata, Martha? —preguntó Winnie.

—No se sabe con certeza... Los médicos hablan de un corazón cansado, fatigado; a veces sufre arritmias y esto le fatiga tanto que tiene dificultades para respirar. Aparte del reposo... no se puede hacer nada más...

La mujer estaba al borde de las lágrimas y Nancy Jane le cogió la mano.

—Tía, ya verás cómo todo saldrá bien —dijo Eleonor con mucho cariño. Luego, pensando que su tía y sus amigas querrían estar solas un rato, se levantó—. Nan, ¿qué te parece si vamos a hacerle compañía al tío Ernest? Lady Northcliff, lady Wiltshire, espero no parecer grosera, pero...

—Marchad —dijo la duquesa, comprendiendo la estrategia de su atenta sobrina.

—Gracias —respondió Eleonor. Nancy se levantó.

Las dos chicas saludaron con una pequeña reverencia y se marcharon. Al salir, Maggie

susurró:

—Teníais razón... ¡la Duquesa es guapísima! Y sus ojos son... ¡de un color maravilloso! Si su hijo es tan bien parecido como ella, entonces... —La alegre camarera había acompañado la última frase con un gesto de la mano que daba a entender lo versada que estaba en materia de hombres.

—*Es guapo* —admitió Nan—, *bueno, a mí no me gusta... pero... ¡ayer en* Almack's *todas las mujeres se lo comían con los ojos!*

—En efecto... siempre es el centro de las miradas femeninas... —convino Eleonor pensativa.

—¡Oh, qué lástima que no haya venido! Me hubiera encantado verlo...

—Maggie, nosotras subimos con el tío Ernest. Tan pronto como las señoras deciden despedirse...

—Os llamo —concluyó la frase la despierta camarera.

Las chicas subieron las escaleras, pero una vez en el vestíbulo, Nancy Jane se detuvo.

—*Ellie... Quiero escribirle* —gesticuló con las manos.

Eleonor abrió los ojos de par en par.

—*¡Juraría que estás enamorada, Nan!*

—*No sé si... igual sí.*

Eleonor suspiró.

La compenetración entre Nan y el marqués de St. James había sido fulgurante y, aunque ella personalmente no creía en esos enamoramientos repentinos, se encontró admitiendo que el interés del marqués parecía real y sincero. Además, la noche anterior los ojos del duque habían revelado cierta preocupación por su amigo, estaba segura, tal vez él también sospechaba algo.

—*¿Crees que es inapropiado que responda a su carta? Después de todo, él habría venido por mí, no por mamá...*

—*Después de todo... él habría venido por ti. Es así.*

—*¿Entonces no lo desapruebas?*

—*No, Nan... pero... transgredir así no es propio de ti. Es más prerrogativa mía... por eso no lo desapruebo... pero creo que debería... tal vez...*

Nan la estudiaba con aprensión, era obvio que su criterio era importante para ella.

—*Nancy, haz lo que sientas. Y si es una transgresión... ¡no será el fin del mundo! Pero cuidado con lo que escribes, ¡por el amor de Dios! No te expongas, no seas ñoña, no expreses tus sentimientos y, ni mucho menos, le preguntes por los suyos. ¿Entiendes?*

Nan asintió con prontitud. Y voló hacia su dormitorio. Eleonor se rio y se dirigió hacia el dormitorio principal. Un segundo antes de asir el pomo de la puerta, Andrew le habló.

—Así que el Duque Negro está aquí por ti.

Eleonor lo miró. Tenía los ojos cansados, y sus capilares ensangrentados, los hacían parecer aún más siniestros. El olor de su colonia apenas ocultaba el penetrante aroma del alcohol que seguramente había bebido la noche anterior.

Estaba vestido con esmero, como siempre, y la corbata alta en su cuello le daba una apariencia muy similar a la de los dandis de los que últimamente se veían simpáticas caricaturas en los periódicos.

—El duque de Northcliff no ha venido —respondió ella simplemente, ya a punto de entrar.

—¿Por qué?

—Imprevistos surgidos a causa de una expedición urgente.

Andrew sonrió.

—Te ha salido mal, Ellie.

—Me temo que no soy capaz de entender tu enigmática jerga, Andrew.

—No te hagas la tonta conmigo —dijo él poniéndose serio—. Todos saben que el duque quiere hacerte una visita.

—¿Todos?, ¿quién? ¿Los mismos maleducados que pretendían pasar casualmente por delante de esta casa para cotillear sobre quién está interesado en quién? Al parecer, estaban todos mal informados. El duque de Northcliff ha tenido la amabilidad de pedirle a la condesa de Hereford, tu madre, que nos hiciera una visita para poder devolver los objetos personales de mis padres, que el inspector Foster tenía en su poder a causa de la investigación sobre su accidente.

La revelación resultó para él un jarro de agua fría, no sólo porque le ponía de nuevo en el juego como pretendiente de su prima, lo que ya de por sí era tan extraordinario que sentía una extraña sensación de eufórica expectación, sino sobre todo porque le inquietaba saber que Foster había estado investigando todo ese tiempo sin que él lo supiera. Su cerebro todavía empapado de alcohol trabajaba lentamente.

«Debe ser mía... antes que los demás pretendientes... un plan rápido... me la llevo... a Gretna Green... O la tomo aquí y... ¿Foster? ¿Por qué devuelve los bienes sólo ahora? Ha... ha... investigado... ¿hasta hoy? ¿Y qué pinta todavía ese maldito duque en todo esto? Debo... reflexionar... reflexiona... reflexiona...».

—¿Estás bien, Andrew? Lo siento, pero tengo que entrar. —Eleonor desapareció tras la puerta, después de llamar una vez, dejando a su primo preso de una inquietante confusión mental.

—Pero entonces, ¿quién está abajo? —preguntó en voz alta, dándose cuenta únicamente en ese instante de que estaba solo. Comprendió que su cerebro estaba más nublado de lo que hubiese podido imaginar.

* * *

—¡Buenos días! —dijo Eleonor alegremente a su tío, que leía *The Morning Post* sentado en el sillón frente a la chimenea. Estaba muy demacrado, pero sus ojos grises seguían siendo despiertos, fuertes y le recordaban a su padre. La bata de tela fina era un regalo que Nancy y ella le habían hecho las Navidades pasadas, y él la llevaba con gran entusiasmo—. ¿Alguna novedad de nuestra aristocracia? —preguntó Eleonor en tono burlón, señalando la página de la crónica de sociedad.

—Tú también eres aristocrática, Ellie —respondió él con una sonrisa —, no lo olvides.

—Si seguimos participando en la vida social, me será difícil olvidarlo... por desgracia.

—Continuaréis. Porque yo lo he dispuesto así. Tú y Nancy debéis mirar alrededor y...

—Todavía tengo dos años para decidir. Y en cuanto a Nan... parece que ya lo ha hecho.

—¿Tanto le gusta el marqués? —preguntó él con la aprensión de un padre.

—Sí.

El conde se volvió para contemplar las llamas de la chimenea.

Eleonor se agachó a sus pies y añadió un leño a la masa ardiente.

—¿Cómo es?

—¿Quién? ¿El marqués de St. James?

—Sí. ¿Cómo es? No el aspecto físico... Me refiero a como persona. Me gustaría conocer el punto de vista de una mujer.

Eleonor suspiró.

—Atractivo... quizás también por su reputación... de... de...

—Sé cuál es su reputación —dijo sonriente el conde—. No sería, en verdad, un punto a su favor, Eleonor. Pero él es, después de todo, un hombre y lord Northcliff lo tiene en alta estima,

así que... ¿Qué más, Ellie?

—¡Hum!, es muy amable y considerado con nosotras. Y cuando conoció a Nan, no mostró duda ni desconfianza por su sordera.

—No habría tenido la culpa si hubiera mostrado alguna, Eleonor.

—Pero tampoco es para alabarlo... ¿no crees? —preguntó, inclinando la cabeza de manera persuasiva—. Quiero decir, tío, normalmente los jóvenes que nos presentan son... digamos... inseguros respecto a Nan. Puede ser una reacción humana, pero prefiero la aceptación espontánea de lord St. James.

—No puedo darte la razón, querida, especialmente cuando realizas tus muecas... —dijo el tío divertido.

—Oh, tío Ernest... por favor.

—¿Algo más?

—Me parece que no...

—Hablaré con lord Northcliff en cuanto regrese.

A Eleonor le complacía que su tío hubiera cultivado su relación amistosa con el duque desde la muerte de sus padres. Y también parecía estimarlo.

—Entonces, ¿cómo te encuentras hoy?

—No me quejo. Pero ¿sabes cuánto deseo... salir más a menudo, llevaros a cenas y fiestas, acompañaros a hacer compras y pasear...?

—Oh, ésas no son las cosas que importan, tío Ernest. Y en cuanto te mejores... ¡todo volverá a ser como antes!

—Eres buena, como lo era tu madre. Pero no creo que pueda volver a ser como antes, no me hago ilusiones, Eleonor. —El hombre la miró con ojos desesperados y le acarició la mejilla—. El gris es un color que te sienta muy bien. Crea un bonito contraste con el color de tu cabello.

Eleonor miró su vestido gris claro con finas rayas negras.

—Ayer triunfaste, me contó Martha.

—Triunfar es una palabra exagerada, tío. Tía Martha me sobreestima.

—No lo creo. Eres guapa, mucho. Te pareces a tus padres. Y eres... diferente de las demás jóvenes. Tal vez las mujeres no te aprueben, pero los hombres suelen sentirse atraídos por una joven que conoce todo sobre el mundo que la rodea y habla con una sinceridad atrevida.

—No sé, tío Ernest... Estoy convencida de que los jovencitos que profesan ser mis admiradores constantes se sienten atraídos más por mi potencial... económico que por mi carácter.

—¿Es eso lo que te hace ser evasiva con ellos?

—Sí.

—¿Acabas de hablar con Andrew?

Eleonor se quedó estupefacta ante la pregunta. Su tío había seguido un hilo que iba de ella a su dinero, de éste a pretendientes oportunistas y de éstos a Andrew.

—Sí.

—¿Te ha vuelto a molestar?

Eleonor sintió que un sofoco la invadía...

—¿De verdad creías que no lo sabía?

—Yo... no... esperaba no... no... decepcionarte... —le respondió ella con un hilillo de voz.

—Siempre lo he sabido. Y le aconsejé a Jenkins que mantuviera a todos los sirvientes alerta. Tu tía me lo cuenta a veces... pero no sabe que la orden vino de mí. Pero la informaré, ella debe saberlo todo.

—No sientas lástima por mí, tío, de verdad.

—Andrew es un peligro para ti, Ellie. ¿Finges indiferencia o realmente no lo comprendes?

—Lo... comprendo, tío.

—Entonces escucha lo que tengo que decirte: no estaré con vosotros siempre...

—¿Qué estás diciendo, tío Ernest? No acepto que tú...

—Ellie —murmuró él, obligándola a guardar silencio—. No puedo hacer testamento en favor de Nan porque ese difícil y problemático hijo que tengo lo impugnaría y sólo os expondríais a habladurías e injusticias. Pero te he transferido la mayor parte del capital líquido, a través del duque de Northcliff. Él abrió una cuenta a su nombre y firmó un documento de custodia para ti.

Tomó su mano y la estrechó.

—En cuanto a los bienes inmuebles, como bien sabes, he decidido quedarme sólo con esta casa en Londres para no dilapidar el capital. Por desgracia, en lo que respecta a Roman Way House, no hay mucho que pueda hacer. Si la saco del testamento y te la doy a ti o a Martha o a Nancy, Andrew emprendería acciones legales y no tengo ninguna duda de que le darían la razón, viendo que queda muy poco en el patrimonio. Molash irá a Nan, será su dote, y esto se considerará justo y razonable. —El conde hizo una pausa para recuperar el aliento y ordenar sus pensamientos.

Eleonor no habló, siguió observándole con asombro y atención.

Un minuto después, el tío retomó la palabra.

—Escucha, querida, porque lo que voy a pedirte es muy importante para mí y puede resultarte gravoso.

—Te escucho, tío.

—Si yo fallezco... antes de que cumplas veinticuatro años, si eso ocurre, prométeme, Ellie, prométeme que cuidarás de tu tía y de tu prima. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes prometerlo?

—Tío Ernest, sabes cuánto os quiero a todos. Haré todo lo que pueda por proteger a Nan y a la tía, tenlo por seguro. —Y luego recordó el testamento de su padre—. Tío... pero... sin dinero... No puedo tocar nada de lo que me dejó mi padre antes de que cumpla veinticuatro años.

—Lo sé, Ellie. Por eso hice ese trato con el duque. Si pasa algo antes de que cumplas veinticuatro, acudes a él. Él sabrá qué hacer. Tendrás suficiente dinero para cuidar de ti, Nancy y Martha. ¿ De acuerdo?

—De acuerdo, tío —le tranquilizó apretándole un poco su mano delgada y pálida—, lo haré, lo prometo.

—Ellie, he hablado abiertamente, porque sé que entiendes ciertas cosas y no te alteras por temas que serían inadecuados para una mujer joven. Lo mismo hicieron Nick y Sophie, dándote plena confianza. Y yo hago lo mismo, mi querida niña. —Le sonrió, ablandado por el brillo de sus ojos—. Eres como una hija y doy gracias al Señor por recompensarme contigo después de la decepción de Andrew.

Eleonor se pasó los dedos por los ojos para secarse las lágrimas.

Alguien llamó y la puerta se abrió.

Nancy entró sonriendo e inmediatamente fue a besar a su padre, que extendió los brazos para estrecharla. Desde que Ellie estaba con ellos, todos se habían contagiado de ella a la hora de expresar afecto con cálidos abrazos y un contacto físico espontáneo que antes les resultaba desconocido.

—¡Pequeña mía!

—*¡Aquí estoy! ¿Cómo te encuentras?*

—Bien, supongo. También he leído *The Morning Post*.

—Cuéntanoslo. ¿Qué dicen en el periódico? preguntó Nancy sentándose junto a Ellie, que le hizo sitio.

—Hum, veamos, ¿el matrimonio de Napoleón?

—¡Olvídalo, tío Ernest, nos iba a dar náuseas!

—Ellie —dijo, haciendo un intento poco entusiasta de reprimenda.

Los tres se miraron y se rieron.

—*Pero lo que acaba de pasar, papá... ¡podría salir mañana en el periódico!* —exclamó Nan tocando las páginas del periódico colocado sobre la mesita.

—¿Qué significa eso? ¿Qué ha pasado?

—Tío, ¿no me irás a decir que Jenkins no ha venido corriendo a contártelo?

—A decir verdad, no. Estaba demasiado ocupado con la visita a la duquesa como para acordarse de mí.

—Bueno, ahora estamos nosotras, y no te preocupes, ¡lo sabrás todo!

—*¡Qué maravilla! ¡Algo para cotillear y divertirse!* —escribió Nan riendo, y luego aplaudiendo en un gesto que mostraba toda su juventud.

—Bien. ¿Quién comienza?

Las chicas se miraron. Luego empezaron la historia desde el momento en que Nan se había asomado a la ventana, y por turnos, entre risas excitadas, bromas poco amables y sobre todo imitaciones divertidas, describieron con pelos y señales todo lo que había sucedido.

CAPÍTULO 14

Los *Docks*
Londres

16 de febrero de 1810

El Capitán Blake, es decir, el duque de Northcliff, saltó del viejo y destartalado carruaje que solía tomar cuando iba a los *Docks* de Londres. Iba vestido de oscuro, como de costumbre, y al mirarlo de cerca uno se habría dado cuenta enseguida de que sus pantalones y su chaqueta eran de un pesado paño de lana; su camisa, de un tosco algodón, no era muy blanca y, a decir verdad, apenas estaba gastada en el interior del cuello y los puños; Las botas, de robusto cuero negro, habían sido engrasadas recientemente, pero llevaban todas las marcas y arrugas de sus muchos años.

— Ben, descárgalo todo, por favor. Mientras tanto hablaré con Pitch. —El capitán Blake se volvió y, metiéndose dos dedos en la boca, silbó, haciendo que algunos marineros a bordo de su barco se dieran la vuelta —. ¡Pitch! Baja.

A esa orden, un hombretón alto, musculoso y de tez completamente negra se movió con una agilidad y rapidez insospechadas y en menos de diez segundos estaba frente a su capitán.

—Vete al «Water Rat» y al «Blue Sky», diles a Wolf y a Cyrus que he llegado y que planeo partir esta noche, no mañana por la mañana. Pero nadie debe saber del cambio de planes. ¿Queda claro?

Pitch respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza. Hablaba poco y mal el inglés, pero lo entendía todo a la perfección y Keiran lo sabía. Lo había elegido porque era imponente y, en caso de que lo detuvieran por buscar pelea, estaba seguro de que se saldría con la suya y no hablaría. Pitch se encaminó con rapidez y seguridad.

Blake se agachó y se echó al hombro un baúl de madera; Ben hizo lo mismo. Contenía todo lo que necesitaban y la bodega tenía que estar vacía para albergar el cargamento del barco francés.

El capitán se detuvo ante la pasarela y miró la línea de flotación, que había sido rigurosamente limpiada durante la noche, siguiendo sus órdenes, para que nadie se diera cuenta de que el «Eleonor Grace» estaba vacío. El bullicio nocturno en torno al barco también habría hecho creer a todo el mundo que sus hombres estaban cargando las cajas que se habían amontonado en el muelle hasta la puesta del sol, pero que en realidad habían sido llevadas a su propio almacén en los *Docks*.

Subieron, y Stone, el veterano a bordo, se adelantó. Levantó una mano robusta y dos chiquillos obedecieron al instante.

Eran Sammy y Cody, de nueve y ocho años respectivamente, que llevaban cerca de un año apartados de la cruel profesión de deshollinador. Cogieron el baúl que el capitán había colocado en el suelo.

—En mi camarote, por favor.

—¡Por supuesto, señor!

—¡Sí, señor!

Ben los precedió.

—Quiero zarpar esta noche, con el crepúsculo —afirmó Blake mientras miraba al horizonte.

Stone musitó para confirmar que entendía.

—¿Cómo están de ánimo?

—Excelente. No ven la hora, así que cuanto antes se parta, mejor.

—¿La bodega?

—Más vacía que el burdel de Polly la Pelirroja —replicó Stone, refiriéndose a un antro de al menos cien años de antigüedad que todo el mundo conocía, pero que ya no tenía clientes—. El cocinero ha amontonado las provisiones en un rincón y ha declarado haber embarcado lo mínimo. Parece que quiere ponernos a todos a pescar, ¡ese condenado marmitón!

Blake sonrió, imaginándose a Stone y a los demás intentando conseguir comida. No sería la primera vez, desde luego. Pero eran marineros, no pescadores.

—Casi no se ve —dijo Blake señalando el casco pulcro.

—Y con la oscuridad nadie comprenderá que vamos tan ligeros como el alma del pobre Smithy —replicó Stone aludiendo al viejo y honrado marinero que formaba parte de la tripulación de Blake, fallecido unos años antes a una edad indefinidamente avanzada.

—¿Qué hay del chaval nuevo? —preguntó el capitán, que había visto al joven deambulando con la fregona.

—Nada... ¡es un incordio! Quiere lucirse. Os advierto que si sigue así, lo echaré —Ambos sabían que la decisión final recaería exclusivamente en el capitán, pero Stone gozaba de gran estima.

—Háblale claro y dile que me han informado. —Keiran se dirigió a la cámara de popa que usaba para sí mismo, notando que el barco estaba limpio y en orden. Instintivamente levantó la mirada hacia los mástiles: las velas estaban bien plegadas y tersas. Había ordenado a Stone que verificara si necesitaban reparaciones.

—Sólo tres costuras para un total de dieciocho velas, capitán —gritó Stone, que había seguido la mirada de su superior.

Blake no apartó los ojos de lo alto.

—¿Los pasamanos de los mástiles?

—Todos controlados.

—El del palo trinquete tenía un eje desgastado —afirmó el capitán.

—Sustituido.

Blake, satisfecho, retomó su camino.

En las escalerillas que conducen a la cubierta inferior se encontró con los chiquillos. Éstos se hicieron a un lado, aún intimidados por su capitán.

—¿Estáis comiendo regularmente como os ordené?

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono.

—¿Os habéis acostumbrado a dormir a bordo?

—¡Sí, señor!

Keiran enarcó las cejas, convenciéndose de que cualquier pregunta que formulara sería respondida «sí, señor».

Indicó con el pulgar que pasaran, y ellos se escabulleron como pececillos asustados ante un depredador. Sonrió. Los chicos le ponían de buen humor y le divertían.

Bajó y entró en la única cámara de popa, la suya. Había unido las dos cabinas, normalmente destinadas a alojar al capitán y a personas de cierta relevancia, en una sola, espaciosa y acogedora.

Una serie de ojos de buey cuadrados, siete en total, daban a popa en la pared opuesta a la puerta y estaban adornados con cortinas de terciopelo color burdeos ricamente fruncidas.

La cama de madera oscura, más larga y ancha que las previstas en el interior de los barcos, estaba obviamente anclada al suelo y a la pared, bajo las aberturas de popa. A ambos lados de la misma estaban colocadas las cajas con sus pertenencias personales y el saco de Ben, que más tarde se acomodaría con los demás hombres.

A lo largo de la pared de babor, donde se abrían dos portillos, había una mesa de madera maciza, robusta y oscura, rodeada por cuatro taburetes de patas gruesas y rechonchas; sobre la mesa había un número indefinido de cartas de navegación, algunas abiertas, pero la mayoría enrolladas y sin ningún orden preciso.

En la pared de estribor, en el centro de otros dos ojos de buey, un cuadro con un espartano marco dorado mostraba un dibujo al carboncillo que él mismo había hecho, representando el detalle de un mascarón de proa, el que había imaginado poner en el «Eleonor Grace», en honor de su amigo Nick: el cuerpo de una mujer, cuyo rostro era el de Sophie, la madre de lady Eleonor Grace. Tras la muerte de su amigo y de su esposa, había decidido colgar el dibujo por su amistad con Nick.

Debajo del cuadro, un conjunto de cojines gruesos y anchos yacían a modo de sofá, y su estilo, decididamente oriental, revelaba su procedencia.

Otros objetos estaban esparcidos por la habitación, como dibujos y hojas blancas pegadas a las paredes, una alfombra persa de alta calidad como alfombra de cama, un collar de nativos americanos colgado de un gancho, junto con muchos otros hechos de conchas.

Telas de seda de colores brillantes bien dobladas, y un turbante deshecho de color azul con bordados dorados estaban colocados en el estante más alto, junto a la puerta; en el estante del medio había algunos frascos de vidrio que contenían líquidos de colores que iban desde el amarillo claro hasta el amarillo ocre, alineados a un lado, dejando suficiente espacio para algunos trozos de jabón envueltos en papeles de colores, un tarro con la inscripción «menta» y varios paños de algodón blanco doblados y apilados; en el estante más bajo había al menos una veintena de libros, principalmente sobre navegación o pesca en el mar. Un vestido turco de hombre estaba tirado sobre el respaldo de una butaca *bergère* Luis XVI tapizada de color crema.

Una especie de bandeja rectangular de madera con los bordes altos, que contenía varias botellas de whisky y oporto, estaba sobre una mesa baja delante de grandes cojines. Un reloj de agujas doradas colgaba de la pared de babor, justo encima de la mesa, entre los ojos de buey.

La habitación era bastante luminosa, gracias a las numerosas aberturas de popa, y la variada cantidad de objetos de diferentes procedencias daba al conjunto un aspecto interesante y visualmente agradable.

El perfume, ligero y decididamente masculino, invadía su olfato sin molestarle y procedía de los pequeños frascos que había en la estantería de esencias elaboradas para él por las mujeres árabes del harén del jeque Shakhbut bin Dhiyab Al Nahayan, el gobernante de Abu Dabi desde 1793. Lo había conocido años atrás durante los intercambios comerciales en la Costa de los Piratas, una zona llamada así por los innumerables actos de piratería contra los ingleses.

Allí Blake había sufrido ataques, pero había conseguido infiltrarse en el palacio del jeque vistiéndose como un modesto mercader con algunos de sus hombres y llegar a un lucrativo acuerdo comercial con el poderoso gobernante, lo que le garantizó su seguridad para futuros viajes. Desde entonces, sus relaciones con el jeque se habían vuelto excelentes, perfumes y especias para su uso personal y el de su familia eran sus regalos anuales.

Blake cerró la puerta y se dirigió a la mesa. De pie, estudió unas cartas de navegación,

predeterminando la ruta que seguiría para hacer creer a cualquier curioso que se dirigía primero a Escocia para traer unos muebles solicitados por la duquesa y luego a Oriente, a través del Mediterráneo. Había dado la misma versión a todo el mundo excepto a sus hombres, que de lo contrario le habrían pedido explicaciones sobre el hecho de que la bodega de carga estuviera vacía. Ni siquiera su madre sabía la verdad.

En cambio, había querido informar a Roy: cuando uno se hace a la mar, sobre todo para ejercer de «pirata», con la intención de atacar un barco enemigo, robar su cargamento y hundirlo, era bueno que un familiar de confianza lo supiera.

Al cabo de media hora oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante.

Pitch entró. El capitán le miró expectante.

—Estar listos, señor. Línea agua borrada. Decir vernos en coordenadas establecidas.

—Muy bien, Pitch, gracias. ¿Alguien curioseando?

—Uno haber, señor.

—¿Quién?

—Uno fingir borracho ser. Solucionado.

—¿Fingía? ¿Lo conoces?

—Visto algunas veces por ahí, cerca barco conde Bath. No saber quién su jefe. ¿Informarme?

Blake reflexionó sobre el hecho de que Pitch le hubiera visto cerca de la nave de Bath y sobre el hecho de que se preocupara por darle ese particular.

—Sí, infórmate, pero sin despertar sospechas, ¿entendido?

Pitch asintió.

—Escucha... vigila al chaval nuevo, por favor.

Pitch hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Blake le despidió. En cuanto se cerró la puerta, empezó a pensar en el falso borracho. Evidentemente alguien sospechaba de su inminente viaje... ¿Bath, quizás?

* * *

Conforme a lo establecido, el «Water Rat» de Wolf zarpó el primero.

Al cabo de una hora partió el «Blue Sky» de Cyrus.

Cuando ya había oscurecido y habían pasado otras dos horas, el capitán Blake dio la orden de zarpar.

Navegar de noche no era ni placentero ni seguro, pero con todos los hombres de guardia la empresa resultó bastante fácil.

Blake había puesto a dos hombres en cada verga; los otros estaban a lo largo de los bordes. Llevó el barco ligeramente hacia el norte, para hacer creer que se dirigían a Escocia.

En cuanto las luces de la costa se atenuaron hasta convertirse en pequeños puntos, ordenó al nuevo chico que bajara a cubierta y apagara todas las linternas y cualquier tipo de luz, incluso una cerilla.

Jesse regresó jadeando, presa del exceso de entusiasmo por la tarea encomendada.

—Ahora haz lo mismo aquí. Asegúrate de que todo está apagado —le ordenó el capitán.

El chico recorrió toda la nave, empezando por el puente de mando, donde Blake observaba la oscuridad con atención.

Solo un pequeño cuarto de luna permitía vislumbrar las siluetas de los hombres a su alrededor.

—Hecho, señor —dijo Jesse jadeante.

El capitán asintió sin apartar la vista del horizonte. Encendió una cerilla, cuidando de que la débil luz iluminara la brújula pero quedara totalmente cubierta por su cuerpo y el de Stone.

—Y ahora, Stone, ruta sur, sureste.

Stone movió el timón, alineándose perfectamente con la brújula iluminada por la cerilla encendida por el capitán.

El agua apenas se movía y el viento soplaba a casi seis nudos.

Keiran adoraba el olor del mar, la brisa en la cara y la sensación de libertad que tenía cada vez que embarcaba.

Pero ahora toda su atención se concentraba en lo que estaba haciendo. Dio repetidas órdenes de cambiar el rumbo, alejándose lo suficiente de la costa inglesa, pero sin acercarse peligrosamente a la costa francesa, viajando por el canal a velocidad moderada. Navegaron durante más de dos horas en la oscuridad, sin ver más luces que las procedentes de la costa.

—Podéis volver a encender —ordenó de repente Blake—. Stone, haz que icen el foque de bauprés. —El capitán colocó las manos sobre el timón y su fiel marinero gritó la orden; un instante después el Moro y Shorty corrieron hacia la proa.

El barco cogió velocidad y viajaron a ese ritmo hasta el amanecer.

—Stone, manda a los hombres a la cama, por turnos. Vete tú también. Me relevarás en unas horas.

—Puedo cumplir ahora mi turno...

—Vete.

Stone desistió. El capitán Blake era un hueso duro de roer y era inútil luchar contra él.

El aire de la mañana era frío pero llenaba sus pulmones de oxígeno y Keiran, a pesar del cansancio, se sentía bien. Esto le permitió reflexionar sobre muchas cosas.

De vez en cuando miraba a sus espaldas, al mástil, para comprobar que siempre había un vigía y que estaba despierto. Cuando se produjo el cambio de marinero, se aseguró de que éste no perdiese de vista al «Blue Sky» que les precedía. Había llevado su nave a una velocidad bastante alta y la distancia a la nave de Cyrus disminuía a cada hora que pasaba.

La navegación fue tranquila durante todo el día. Al amanecer del día siguiente, el «Water Rat» y el «Blue Sky» estaban muy cerca. Avistaron la costa de Cornualles, el pequeño Torquay y Weymouth, y como si se hubieran puesto de acuerdo, los tres buques redujeron la velocidad, hasta detenerse.

Si un barco francés hubiera intentado acercarse habría sido de noche. Así que esperarían en la oscuridad y con todas las luces apagadas. Si no tenían éxito se moverían, durante el día, frente a Plymouth. Y en caso de nuevo fracaso habrían esperado anclados frente a Lizard's End, donde habrían tenido una amplia panorámica tanto de la costa oriental como de la occidental.

Tarde o temprano encontrarían el barco francés, pero Blake estaba seguro de que el enemigo intentaría descargar el cargamento en alguno de los acantilados de la costa occidental.

Aquellos lugares inaccesibles y rocosos eran un lugar de desembarco ideal para los contrabandistas, ya fueran ingleses o enemigos, pero muy arriesgado: la marea en aquellas costas subía tan rápidamente que no había tiempo para que los hombres encontraran una salida entre los barrancos rocosos donde se dejaba la mercancía.

Acabar ahogado en el interior de cuevas y cavernas era el menor de los riesgos, teniendo en cuenta la posibilidad de acabar estrellándose contra las rocas a causa de las violentas olas.

Pero a veces el mar retrocedía tan deprisa que embarcaciones cargadas de hombres y cofres encallaban, y en conjunto éste era el menor de los males.

Cinco noches de espera fueron suficientes. A la una en punto, en la costa occidental, cerca de la encantadora localidad de St. Ives, un pequeño barco apareció de repente a poca distancia de ellos. Debía de navegar con las luces apagadas, como ellos.

—¡Que el diablo se los lleve...! —profirió Club.

—Muy astutos... —admitió el boticario—, pero no tanto como el capitán Blake.

Keiran dejó pasar cinco minutos y dio orden de encender todas las linternas para hacerse visibles. El «Blue Sky» y el «Water Rat» hicieron otro tanto.

—Veamos si creéis en los fantasmas... ¡malditos franceses! —exclamó Stone.

El barco intentó girar inesperadamente para una improbable huida.

—¡Que me aspen si lo que veo no es cierto! —estalló Leonardo, colocándose las manos sobre sus estrechas caderas.

—¿Qué coño... están intentando escapar, capitán? —soltó el Rugoso mirando ansioso a Blake.

Una decisión tan precipitada hizo pensar a Keiran que algo extraño ocurría a bordo: ningún capitán en su sano juicio intentaría escapar.

Wolf movió su nave, entorpeciendo la retirada, y la otra frenó hasta detenerse.

Volvieron a esperar. Los franceses ya no realizaron ningún movimiento audaz; se habían dado cuenta de que no tenían escapatoria.

—Esperaremos a que amanezca —dijo simplemente Blake.

Sus hombres se prepararon para un posible ataque, limpiando pistolas y colocando espadas y sables al alcance de la mano. Keiran no creía que fuera necesario un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. El capitán francés se rendiría.

El chapoteo de las olas contra los costados de una barca llamó su atención. Los hombres se acercaron a la borda para escuchar mejor. Los movimientos en el barco francés eran los de hombres que... escapaban.

Keiran no podía creer lo que veían sus ojos. Y no lo entendía... Huir... dejar la mercancía a bordo... un capitán nunca abandonaría su barco... ¿o sí? ¿Quizás se habría quedado a bordo para rendirse... o para hundir su barco? Y sus marineros... huyendo. Tenía unos segundos para decidir.

—Capitán... ¿qué hacemos? —preguntó el Rabino.

—¡Esos cabrones se largan! —exclamó Leonardo sin pelos en la lengua.

—¿Qué clase de capitán abandona su nave? —preguntó el boticario.

—¡Uno francés! —replicó Club, escupiendo ruidosamente por la borda para reforzar su pensamiento.

—¡Una barca! —ordenó Blake en voz alta—. ¡Dos faroles encendidos! ¡Ya!

Los hombres se movieron con rapidez. En cuanto la barca estuvo en el agua y visible gracias a las luces, Wolf y Cyrus comprendieron enseguida lo que Keiran quería hacer: ellos también ordenaron arriar los botes. Con tres embarcaciones y al menos seis hombres en cada una, los fugitivos, que no eran más de una docena, no tendrían ninguna posibilidad.

—Stone, el mando es tuyo. Yo voy. Quiero seis hombres. Los demás, armados y preparados por si es una trampa. — Dicho esto, bajó a la barca, seguido por Leonardo, el Moro, Club, Casanova, Pitch y Shorty.

—Club y Pitch a los remos —ordenó Blake—. Shorty prepárate: tú y yo los reemplazaremos a mi orden.

Las intenciones de los tres botes ingleses asustaron a los fugitivos que no podían lograrlo.

—¡Shorty! Nos toca a nosotros. —Blake empezó a remar con vigor y su marinero le imitó. Aunque el hombre era pequeño de estatura y todo nervios, tenía una fuerza y una resistencia extraordinarias.

En cuanto estuvieron lo bastante cerca, uno de los fugitivos gritó en francés:

—Dejadnos marchar... no tenemos nada... ¡la mercancía está en el barco!

—¿Qué está diciendo? —preguntó el Moro.

—Que la mercancía está en el barco, creo —respondió Casanova, que, teniendo un amor en cada puerto, conocía algunas palabras de todos los idiomas.

Blake razonó un momento. Luego gritó en francés:

—¿El capitán?

—No hay...

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Me tomas el pelo? —replicó Blake.

—No viene nunca...

—Entonces, ¿estás tú al mando? —preguntó Keiran.

—Sí... pero sólo cumplo sus órdenes. El barco es su...

—¡Me importa un bledo! Tú estás al mando, eres el capitán. ¿Sois franceses?

—Sí, sí... claro...

Keiran se rio entre dientes.

—Capitán... vos no creéis que sean franceses... —susurró el taciturno Shorty.

—No lo son —respondió Blake—. Y no les dejaremos marchar.

—¿Cómo? ¿Nos los llevamos? ¡Qué bien! —Club se regodeaba, siempre dispuesto a batirse.

—¿Prisioneros franceses en el «Eleonor Grace»? —preguntó Casanova incrédulo—.¡Eso hay que verlo!

—¡Nos los llevamos! —les gritó Blake a las embarcaciones de Wolf y Cyrus. En un instante, con unas pocas remadas, la pequeña barca de los supuestos franceses fue rodeada por las otras tres. Blake, Wolf y Cyrus se hicieron un gesto de saludo. Los franceses eran solo nueve, pero estaban armados; sus ojos desorbitados revelaban que el miedo podría hacer que se disparara un tiro accidentalmente.

—Es una cuestión de números —dijo con calma Blake—. Diecinueve pistolas contra nueve: pase lo que pase, acabaréis muertos.

Los nueve levantaron la mano y Shorty entró en su barca para tomar sus armas. No había mercancías y los hombres parecían asustados. Se quedaron mirando a Blake, sospechando que era el pirata inglés del que contaban algunas pintorescas leyendas. Su barba negra y desaliñada por unos días, el cabello revuelto y húmedo por el agua salobre, la camisa sucia y mojada, la chaqueta raída, no tenía nada del caballeroso duque de una semana atrás.

—Los compartimos, ¿verdad? —preguntó Wolf, creyendo que así les convencerían mejor para hablar.

—¡Claro! —respondió Blake—. Tres para cada uno. También las armas. Los dejamos en los barcos y luego regresamos al suyo con unos pocos hombres para el cargamento.

Los prisioneros fueron conducidos a los distintos barcos y las tres embarcaciones se encontraron en la pequeña chalana francesa, que en realidad era una embarcación destartalada, de quién sabe cuántos años, con evidentes e innumerables reparaciones chapuceras y un montón de tablones medio podridos que pedían mantenimiento.

—Bandera francesa, los hombres no —les dijo Blake a Wolf y Cyrus. Subieron a la nave—. Al menos uno de ellos es inglés y habla un francés pésimo.

—Lo he notado —dijo Daniel.

—Yo también —añadió Cyrus.

—Club, Pitch, dad una vuelta, con cautela, y me contáis.

Los hombres, incluidos los del «Blue Sky» y el «Water Rat», encontraron treinta cajas llenas de licores de contrabando, todos de origen francés.

—Sólo las cajas, nada más —explicó Club—. Pero... ¿puedo derribar la puerta de la habitación que hay debajo?

—¿Está cerrada?

—Sí, capitán.

Blake frunció el entrecejo en señal de sospecha. Agarró la pistola que llevaba en los pantalones.

—Iré yo. Tú y Pitch conmigo. ¿Daniel?

—Aquí estoy —respondió Wolf, comprobando su arma—. Cyrus, ten cuidado —añadió Daniel.

Descendieron.

—Derribadla a patadas y agachaos inmediatamente —les dijo Blake a Pitch y Club, mientras estiraba el brazo con la pistola en la mano, dispuesto a disparar. Daniel estaba a su lado, en una posición similar.

Los dos marineros se lanzaron una rápida mirada de complicidad y, con una patada cada uno, la desgastada puerta de madera se vino abajo de golpe.

Ningún ruido, ningún movimiento.

Blake franqueó a sus hombres, seguido de Wolf. De pie en el umbral, miraron a su alrededor: la tenue luz de un destartalado farol daba una visión casi espectral de la pequeña habitación. Un olor a sudor y excrementos infestaba el aire, tanto que Keiran pensó que había animales allí dentro.

Un leve murmullo los hizo sacudirse hacia un lado, el arma apuntando en esa dirección.

Tardaron unos segundos en distinguir unas siluetas acurrucadas en un rincón, encima de un montón de paja húmeda y apestosa.

Bajaron lentamente las pistolas, con los ojos desencajados por el horror y el asombro. Ante aquel gesto, Club avanzó, dándose cuenta de que no había peligro; Pitch le imitó, quedándose detrás.

—Dios mío... —exclamó Keiran sacudido por una multitud de percepciones aterradoras procedentes de aquellas siluetas humanas—. El farol... —dijo sin poder apartar los ojos de la angosta esquina.

Pitch le entregó la lámpara de aceite y él la agarró mientras se metía la pistola en la cintura del pantalón; avanzó despacio hacia la paja, flanqueado por Daniel. Alzó el farol y la tenue luz iluminó dos hermosos ojos negros en un rostro femenino enjuto y de piel negra.

La mujer de color no tendría más de veinticinco años y miraba fijamente a Keiran con la bravuconería de quien intenta defenderse desesperadamente. De hecho, sujetaba con fuerza entre los brazos un bulto envuelto en una manta raída y sucia, de la que asomaba una cabellera muy rubia, tratando de mantenerla fuera del alcance de lo que probablemente le parecían enemigos.

Otra silueta se ocultaba tras ella.

Daniel se acercó, pero la mujer retrocedió.

Keiran comprendió que la muchacha necesitaba que la tranquilizaran y se inclinó sobre sus rodillas, con las manos claramente visibles apoyadas en las piernas.

—¿Hablas inglés? — le preguntó en voz baja.

No obtuvo respuesta.

—¿Francés? —Nada. Pero la mujer levantó los ojos y miró a Pitch, como si buscara ayuda en quien más se le parecía.

Keiran lo notó enseguida y levantó la mano, invitando a su marinero negro a acercarse.

Pitch se acercó lentamente y se inclinó, apoyando una pierna en el suelo. El hombre de piel oscura miró más de cerca al bulto de pellejo y huesos, que sin embargo tenía un hermoso rostro, y murmuró en su propio idioma:

—¿Entiendes mi idioma? ¿De dónde vienes?

Los ojos de la mujer se pusieron alerta y un momento después se llenaron de lágrimas: entendía aquella lengua.

Nadie hizo ningún ruido, respetando aquel momento de alivio y liberación.

Luego gimió y mirando a Pitch contestó:

—Somalia...

Pitch le tradujo.

—Nosotros te ayudaremos. No tengas miedo —dijo Keiran, aguardando a que el hombre volviera a traducir. Ahora la mujer miraba a Blake directamente a la cara, escuchándole hablar aquella lengua casi desconocida, pero que había oído a menudo, y al mismo tiempo escuchaba toda la traducción—. Háblame de ti —le rogó.

La mujer sólo dudo unos instantes.

—Los árabes... se llevaron a todos. A los hombres no... sólo a los jóvenes y fuertes... pero a las mujeres y niñas todas juntas... nos hicieron caminar un largo trecho... hasta una tierra que los blancos llamaban la Costa de los Piratas.

Keiran pensó que no tenía sentido preguntar si eran ingleses o no. Los blancos habían llamado Costa de los Piratas a la zona costera de Arabia que se asoma al Golfo Pérsico. Las ciudades de Abu Dabi y Dubái eran las más conocidas y, aunque la trata de esclavos era aborrecida por la mayoría y contrarrestada por la intervención de los ingleses, éstos eran, sin embargo, los pocos que, sin escrúpulos, seguían traficando con seres humanos.

—¿Adónde os llevaron?

—A un barco... con muchas mujeres... de piel negra como la mía. En otras habitaciones tenían a las de piel blanca y eran hermosas y su cabello era como... —se detuvo e inclinó la cabeza para mirar la cabecita rubia del pequeño que sostenía en su regazo.

—¿Mujeres blancas? —preguntó Daniel incrédulo.

—Mujeres blancas... —repitió la mujer, acariciando la cabeza clara que sobresalía de la manta.

—¿Qué es lo que les hicieron? —le preguntó Keiran.

—Las chicas blancas, bien tratadas... alto precio por una chica que se convertirá en una mujer hermosa y virgen cuando sea vendida. Los árabes quieren mujeres así... vírgenes y con el pelo del color de la arena. Mujeres y niñas negras... vendidas como esclavas... no importa si han sido violadas...

Keiran sintió una fuerte náusea y lástima por el sufrimiento que le producía aquella mujer.

—¿Cómo te llamas?

—Zaynab.

—¿A ti también te violaron, Zaynab?

La mujer asintió.

—¿Cuándo?

Zaynab se encogió de hombros.

—La primera vez, hace mucho tiempo... en cuanto nos fuimos... los árabes... me violaron... luego las otras veces... no recuerdo.

Keiran luchó por contener su repugnancia ante la idea de que aquella mujer fuera violada varias veces por distintos hombres.

—¿Cuándo os fuisteis?

—Creo... han pasado... dos años desde que me arrancaron de mi tierra.

Daniel respiró tan fuerte que la cabeza negra de alguien se asomó detrás de Zaynab.

—¿También ellas? —preguntó Keiran, señalando con un gesto vago a la cabeza negra que

tenía detrás y a la rubia que tenía en el regazo.

—Beyruud raptada después de mí... en Somalia... No pude evitar su violación... y ella perdió el habla.

Keiran y Daniel se miraron: aquella silueta detrás de Zaynab era una niña y había sido violada.

—¿Quién fue?

—Hombre blanco... que compra todas... malvado y usaba un látigo... —Zaynab cogió el delgado brazo de la chiquilla que tenía detrás, la sacó de su escondite y levantó el trapo que cubría su espalda: unas heridas largas y purulentas surcaban la delgada figura de la niña en tres finas tiras.

Keiran tuvo el impulso de extender la mano para aliviar el dolor físico que aquellas laceraciones provocaban.

—Dile que ahora... todo irá bien, ¿entendido?

Zaynab parecía escéptica y le miraba fijamente. Luego murmuró algo y la pequeña Beyruud se dio la vuelta a duras penas, mostrando una carita sucia, ojeras pronunciadas en la piel oscura, el pelo desgreñado por la suciedad y dos brillantes ojos negros.

Keiran le sonrió. Luego miró a la mujer con una mirada más decidida y le preguntó:

—¿Quién es la pequeña que tienes?

—Es un varón...

Keiran se sorprendió de que los traficantes hubieran elegido a un varón...

—¿Un varón? ¿Por qué se lo llevaron?

—Yo les dije que era una hembra... Ellos nunca lo comprobaron.

—Háblame de él.

—Es mi hijo —respondió la mujer con aire desafiante en el rostro.

—Es rubio y blanco. No es tu hijo.

—Su madre me lo dio... dijo palabras extranjeras... dijo... «tu hijo» —pronunció correctamente las palabras inglesas «tu hijo»—. ... ella murió después de que él naciera... lo amamanté porque mi bebé había muerto y mi leche...

—¿Perdiste a tu bebé?

—Sí... estaba enfermo... murió de enfermedad blanca, con muchas manchas rojas en su cuerpo...

Keiran pensó en la escarlatina.

—¿Y lo tienes desde su nacimiento? —le preguntó señalando al bebé que sostenía posesivamente.

—Joven esposa blanca, hermosa como una flor... el bebé estaba dentro de ella cuando se la llevaron...

—¿Dónde? ¿Dónde fue secuestrada?

—Tierra de blancos que hablan como tú... ella dijo que estaba recién casada... su hombre trabajaba el hierro y el metal... muerto él... secuestrada ella...

—No hablas inglés. ¿Cómo le entendías?

—Pequeña hablaba por nosotras.

Keiran pensó que era otra prisionera que hablaba somalí e inglés.

—¿Cuándo murió la inglesa?

—Al dar a luz al pequeño Jonathan...

—¿Cuándo? —repitió Keiran, reclamando una respuesta.

—Yo diría... hace dos años... en gran barco con blancos en Costa de los Piratas.

—Por lo tanto, el pequeño tiene alrededor de dos años —dijo para sus adentros Keiran—.

¿Cuántos años tiene...? —Keiran si volvió hacia Pitch—. ¿Cómo se llama la niña? —le preguntó.

—Beyruud —respondió Pitch.

—¿Cuántos años tiene Beyruud?

—Once... creo —respondió la mujer indecisa.

—Beyruud —la llamó Keiran en voz baja.

La chiquilla no se movió. Dio la espalda a los presentes y jugueteó con los hilos deshilachados de la túnica que llevaba.

—Beyruud.

La chiquilla volvió la cara y sus ojos sufrientes se encontraron con los de Keiran.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó sonriendo.

Ella miró a Zaynab. El entendimiento entre las dos era claro.

—Ella no habla —afirmó la mujer negra—, pero sé que ella no conoce el tiempo del hombre blanco... y ya no cuenta los días...

Al principio Blake y Wolf no entendieron. Luego se dieron cuenta de que la pobre criatura había vivido quién sabe cuánto tiempo fuera de la realidad, por lo que podía ignorar su edad.

—Estamos en febrero del año 1810 —se explicó Keiran.

—Capitán —dijo Pitch—, calendario distinto... — Luego se dirigió a la chiquilla utilizando tres veces la palabra *gilal*, porque Beyruud no parecía creer lo que le decía el marinero negro.

—¿Qué quiere decir *gilal*?

—*Gilal* ser estación de invierno, capitán. Estación de invierno de diciembre a marzo —explicó Pitch.

La niña hizo una señal de que entendía y luego pidió ayuda a Zaynab, que le preguntó algo. Beyruud bajó los ojos a sus manos y contó hasta ocho con los dedos.

—Tenía ocho años... cuando los árabes se la llevaron... —explicó Zaynab.

—Zaynab, ¿Beyruud fue raptada después de ti, verdad?

La mujer, tras la traducción de Pitch, confirmó mirando a Blake.

—Así que ahora tiene unos diez u once años... —aseveró Keiran.

—Blake, llevamos aquí demasiado tiempo. Llevémonoslas —dijo Wolf.

—Tienes razón. Démosles agua primero, parece que la necesitan.

Club, que, a pesar de su aspecto desaliñado, mostraba a menudo y de forma inesperada su buen sentido, extendió la mano, teniendo preparada una cantimplora chorreante de agua.

Keiran la cogió y se la ofreció a Zaynab.

Zaynab se inclinó para mojar suavemente la boca del pequeño que sostenía en su regazo, y luego le permitió beber unos sorbos, por miedo a que le sentara mal. Le dio la cantimplora a Beyruud, que bebió con avidez.

De repente, algo se movió detrás de Zaynab, sobresaltando a todos.

Keiran levantó la pistola y Daniel se puso en pie de un salto.

Una ensortijada cabellera rubia asomó entre Zaynab y Beyruud, revelando un encantador rostro de niña, con unos brillantes ojos azules que buscaban el maravilloso sonido del gorgoteo del agua.

—¿Y ella quién es? —preguntó Keiran molesto porque la mujer negra hubiera mantenido oculto a la niña.

Zaynab se dio cuenta de que estaba en entredicho y se justificó.

—Ella es Pequeña... yo dicho antes...

Wolf miró a Blake.

—Es cierto, la ha nombrado antes... pero pensaba a que fuera alguna de las muchachas

raptadas con ellas.

—Yo también. —Keiran contempló cómo la chica bebía hasta casi ahogarse. Levantó la mano para hacerla parar. La niña comprendió enseguida y apartó la boca de la cantimplora—. Háblame de ella —le ordenó a Zaynab.

—Pequeña tiene cinco años. Atrapada cuando su padre intentó liberar a las mujeres blancas... él gran explorador de tierras y su Pequeña siempre con él... muerto por mano de hombre blanco, inglés, mismo que me violó a mí...

—¿La niña es inglesa?

—Tú háblale a ella... ella entiende. —Zaynab dio una palmada a la niña y en senegalés le ordenó que obedeciera.

—¿Cómo te llamas? ¿Eres inglesa?

La chica le clavó la mirada durante unos instantes, haciendo que Keiran sintiese una gran lástima por ella.

—Caroline. Soy inglesa.

—Caroline, debemos dejar este barco maloliente y llevaros a un lugar seguro. ¿Vendréis con nosotros? —La niña pareció reflexionar. Luego le habló en somalí a Zaynab.

Blake extendió la mano, con la palma hacia arriba, invitando a la niña a poner la suya en ella. Caroline estiró su enjuto bracito y colocó su sucia manita dentro de la enorme mano de Keiran.

La niña se levantó sobre sus piernecitas flacas e inestables; temblaba, pero tuvo fuerzas para mirar al hombre alto y sonreírle.

Keiran ofreció la otra mano a Beyruud, pero ésta no mostraba intención de moverse. Entonces Caroline le susurró algo en lengua somalí, convenciéndola de que le diera la mano al hombre alto y amable.

Beyruud también estaba débil y tenía las piernas cubiertas de costras de tierra y sangre, hacía demasiado tiempo que no veían el agua.

—Pitch, ayuda a esta mujer —ordenó Blake. El marinero tendió las manos a la mujer, que cogió una para levantarse, pero se cayó. Estaba muy débil e increíblemente delgada.

Caroline se acercó a ella, sin soltar la gran mano de Keiran. Los ojos de la niña revelaban su preocupación.

—Zaynab no come —explicó mirando a Keiran—, porque siempre nos da la comida, y también el agua.

—Pitch —ordenó Blake—, tómala en brazos y déjale sostener al bebé.

Pitch no esperó más y con un rápido movimiento la levantó.

Por fin salieron de la apestosa habitación y una vez en cubierta respiraron a pleno pulmón.

—Pero ¡qué demonios...!

—Cyrus, éste era el gran cargamento, evidentemente —le explicó Wolf.

—Pero... ¿quiénes son? La niña es blanca y... ¡qué demonios! ¡Ésa de ahí abajo también!

—Es un varón. Se llama Jonathan —proclamó Caroline con aires de experta.

El marqués la miró estupefacto, como si no esperara oírla hablar.

—¿Hablas inglés, pequeña?

—Claro, soy inglesa. Pero también somalí.

—¿Es también somalí?

—No, Cyrus, habla también somalí —dijo Blake divertido ante lo insólito de la conversación —. Lo discutiremos mañana, ¿de acuerdo? Ahora dejemos esta chalana; Club y uno de los tuyos harán lo que hemos acordado. Volveremos a nuestros barcos, los invitados vienen conmigo. Wolf, si no te importa, llegados a este punto también te llevas a mis tres prisioneros. Hazlos

hablar.

—No te preocupes, Blake.

—¡Club!

—¡Sí, capitán!

Blake le hizo una señal para que se acercara. Se hizo a un lado para no ser oído por las niñas que seguían apretándole la mano.

—Debe de estar hundiéndose por culpa de un tablón de la quilla desgastado y podrido. No creo que emerja a la superficie, pero unos maderos podridos en la superficie del agua darán una justificación plausible.

—Hum —exclamó Club con un gruñido convencido y se marchó con uno de los hombres del marqués.

—Wolf, Cyrus —continuó en voz alta—, estamos distantes pero a la vista. Mañana por la mañana hablaremos. —Se acercó a su bote, cogió a la más pequeña en brazos y en un suave movimiento se la pasó por encima de los hombros, con sus bracitos alrededor del cuello—. Aprieta fuerte... ¡sin ahogarme! —le ordenó con un tono severo.

A Caroline se le escapó una risita que le dejó atónito: pensó que había hablado muy en serio... Le recordó a Lady Eleonor Grace y su facilidad para tratarle sin ningún temor. Sonrió.

Sus hombres ayudaron a la niñita negra, que parecía aterrorizada y hacía gestos de dolor cada vez que la tocaban.

—Ponedla a mi lado —dijo Blake.

Pitch hizo que la mujer se acomodara en el fondo de la embarcación y le colocó una manta sobre los hombros hasta que también cubrió a la pequeña; luego le entregó una al capitán, que la colocó sobre las dos niñas que estaban abrazadas.

Club regresó.

—Hecho —le dijo al capitán—. ¿Me quedo para comprobarlo y vuelvo nadando?

—Como mejor te parezca.

—Me quedo.

—Te mando a Shorty y a Casanova con el bote.

Tan pronto como llegaron al «Eleonor Grace», el bote partió.

Stone miró a la temblorosa mujer con el bultito en brazos y a las niñas. Primero abrió mucho los ojos, luego se fijó en los del capitán Blake y asintió en señal de solidaridad.

—Stone —se dirigió a él Blake—, el camarote que el cocinero suele utilizar como gambuza...

—Lo tendré listo al instante. ¡Rabino! ¡Aquí ahora mismo!

Mientras Stone daba instrucciones a Rabino, Blake hizo una señal a Fraiser, apodado Boticario, que se acercó de inmediato.

—Boticario, están en mal estado, ya lo ves —continuó, bajando la voz—, la mujer y la niña somalíes fueron violadas y azotadas.

Al oír estas palabras, el boticario respiró hondo.

—Dios mío... —exclamó Stone.

—El pequeño que sostiene la mujer...

—¿Es un varón? —preguntó asombrado el Boticario.

—Sí. Ella no lo suelta, así que no la forcéis. Es su hijo.

—¿Su hijo? Es blanco...

—Sí, Boticario, es su hijo. Su madre se lo confió para que lo tuviera como suyo poco antes de morir.

Fraiser dejó claro que lo entendía.

—Sin embargo, primero deben lavarse —afirmó Blake.

—¡Gideon! —lo llamó Stone—. Agua caliente, en abundancia. Usaremos las bañeras para hombres: son grandes y cómodas.

—Usad la mía si es necesario —dijo Blake—. Caroline —continuó mirando hacia abajo—, explícale a Zaynab que ahora os lavaréis y Fraiser os curará, ¿entendido?

La chica habló inmediatamente en somalí a la mujer.

—Dile que puedo quedarme con ella para ayudarla a lavaros al bebé y a ti.

—¡Yo soy mayor! Me lavo sola.

Keiran levantó la mano para ordenarle que tradujera y Caroline obedeció de inmediato.

Zaynab habló.

—Ella dice que está bien, que... gracias porque no tiene fuerzas... Mira, puedo lavarme sola... —volvió a intentarlo la niña.

Pero Keiran no la escuchó.

Ella comprendió que el hombre alto y de ojos azules era fuerte y poderoso y que no sería buena idea tenerlo en su contra. Decidió guardar silencio y obedecer.

—Ropa limpia, Stone.

—Sí, capitán. Les daremos algo de nuestra ropa.

—He preparado las camas —dijo Rabino sofocado—. He utilizado tres de nuestros colchones. Nosotros nos apañaremos con las hamacas. ¿Será suficiente?

—Sí, Rabino, gracias —le respondió Blake—. Asegúrate de que haya suficientes mantas. Coge las mías, las que guardo en mi camarote.

Rabino se dio la vuelta y desapareció para cumplir la orden.

Blake se dirigió escaleras abajo, seguido por Pitch, que sostenía a la mujer.

Se había encendido un brasero en el interior de una vieja pero eficaz estufa, cuyo humo se canalizaba hacia el exterior a través de un agujero en la pared de madera. El aire ya era cálido y el perfume del jabón consiguió tranquilizar a Zaynab.

No estaba acostumbrada a tanto lujo, después de casi dos años de violaciones, hambre, sed, suciedad y agotamiento, todo le parecía irreal.

Unas cálidas lágrimas cubrieron su demacrado rostro y Caroline corrió a abrazarse a sus piernas, con su carita vuelta hacia arriba en una expresión de amor y apoyo a la mujer. Zaynab le acarició la cabeza, sonriendo.

Caroline echó a correr de un lado a otro, presa de una incontrolable euforia.

Blake esperó a que sus hombres terminaran de llenar las bañeras y cerró la puerta.

Zaynab habló y Caroline se detuvo a escuchar.

—¿Qué va a hacer con nosotras? Es lo que ha preguntado... —dijo la niña.

—Os llevaré conmigo, si ella quiere. A mi casa.

—¡Yo quiero! —respondió veloz Caroline—. Pero sin ellos, no —especificó.

Keiran la miró fijamente y con un gesto de la cabeza le hizo entender que tenía que obedecer y traducir.

Y ella lo hizo.

—Zaynab pregunta qué hará en tu casa.

—Criará al pequeño y a vosotras. Y trabajará, si tiene tiempo.

Caroline se dirigió de nuevo a la mujer, que mostraba una expresión incrédula y escéptica. Entonces Zaynab se expresó mirándole fijamente.

—Dice que te estará agradecido para siempre y que trabajará para ti y hará lo que tú quieras. —Caroline le sonrió y en cuanto Zaynab volvió a hablar, tradujo—: Sabe que tú eres bueno pero

severo y confía en ti.

Keiran la estudió por un momento.

—Ya nunca más serás esclava de nadie.

* * *

Cuidar de aquellos niños fue una experiencia gratificante para el alma sensible y receptiva de Keiran.

La pequeña Caroline, inicialmente indecisa, resultó ser divertidísima y vivaracha con su constante parloteo y demostró inteligencia y un cierto conocimiento sin duda derivado de su padre explorador.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Anthony Landon. Y tú, capitán, ¿cómo te llamas?

—Keiran Cole MacKendrick.

—Hay demasiadas "c" en tu nombre… —constató la niña pensativa.

—En realidad también hay muchas "k" —Keiran respondió sintiéndose cómodo—. Ahora enjabónate bien las manos y lávate los brazos, el cuello, las orejas y la cara.

—O sea... todo —apuntó ella obediente.

Keiran se subió más las mangas de la camisa, arremangándoselas.

—Tienes demasiados pelos oscuros.

—Lo sé.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre.

—¡Pero son demasiados y oscuros! Mi padre los tenía claros, como la arena del desierto.

—¿También tenía el cabello así?

—Sí.

—¿Y tu madre?

Caroline pareció iluminarse.

—¡Oh, mi madre era una mujer maravillosa! Tenía el cabello como el mío y los ojos del color de la aguamarina, y era rica y noble. ¡Me quería mucho y también a mi papá! —La sonrisa del niño era encantadora—. Luego una terrible enfermedad la mató —agregó, sacudiendo la cabeza con fastidio.

Keiran quería saber el nombre, pero no quería parecer demasiado directo, sospechando que la chica era demasiado lista para no recelar de su curiosidad. Le frotó vigorosamente la cabeza y la espalda.

—Eres una señorita muy guapa: debes parecerte a ella, sin duda. ¿Tienes también su nombre?

—¡No, no! Ella se llamaba Sarah... —respondió, haciendo una pausa para reflexionar mientras Keiran enjabonaba de nuevo su cuerpo flaco y repleto de moratones—. ... pero no recuerdo su apellido... ¡Pero sí sé que era la hija de un conde!

—En pie. Te voy a enjuagar.

Caroline obedeció y él le echó agua lentamente por la cabeza y el cuerpo.

—Sal —le dijo, tendiéndole las manos para ayudarla. La levantó y la colocó sobre un paño de algodón frente a la estufa, luego la envolvió en otro paño. Le frotó el pelo y observó que lo tenía mal cortado. La peinó y la colocó de espaldas a la fuente de calor para secarla—. Ahora estate sentada en ese taburete.

Se giró y miró a Zaynab, acercándose a ella con confianza. La mujer parecía preocupada. Él extendió las manos, diciendo:

—Jonathan.

Zaynab comprendió de inmediato que el hombre quería al bebé para lavarlo. Se levantó con dificultad, tendiéndole el bulto, pero aún alerta y atenta.

Keiran lo cogió, lo miró y sonrió.

—Hola, pequeño. Tú también apestas, pero eres precioso...

A Caroline se le escapó una risita y Zaynab la imitó aunque no la entendía, ganando aún más confianza con el hombre de los ojos misteriosos. Éste sabía emplear un tono persuasivo y tranquilizador.

Beyruud se puso a su lado, buscando refugio y protección, pero dándose cuenta de que ahora estaban a salvo.

Keiran levantó una mano y con gesto firme ordenó a la mujer que se sentara.

Zaynab, a pesar de separarse a regañadientes de su bebé, obedeció, agradecida por aquella ayuda. Observó cómo desvestía lentamente al bebé, sin dejar de hablarle en voz baja en aquella lengua extraña que hablaban los blancos. Le oyó repetir varias veces «Caroline», «mamá Zaynab» y «Beyruud», palabras que conocía. Esto la hizo sentirse importante y tranquila.

Jonathan miraba a Keiran, cautivado por su voz masculina, y sonreía en cuanto oía a las personas que conocía, mirándolas repetidamente.

Keiran empapó suavemente al bebé, sujetándolo firmemente con un brazo y mojándose toda la manga. Lo enjabonó en repetidas veces.

El pequeño le robaba continuamente el trozo de jabón de las manos, dejándolo caer al fondo de la bañera.

Entonces Keiran simulaba estar desesperado y lo buscaba haciéndole cosquillas en las piernecitas al bebé, que se reía animadamente, y una vez encontrado, mostraba una cara de gran sorpresa, lo que le hacía reír aún más.

Keiran se percató de que el agua estaba sucia y decidió pasar al bebé a la otra bañera para darle un último lavado. Lo enjuagó bien y lo acercó a Caroline.

No dejó de hablarle, entreteniéndole con bromas y canciones.

En cuanto estuvo seco, lo envolvió en una manta, lo sentó en la cama y le regaló unos animalitos de madera bellamente trabajados, que guardaba en su camarote desde tiempos inmemoriales. Recordaba haberlos encontrado muchos años atrás en un mercado árabe.

—Caroline, ven aquí con él y que juegue.

La niña obedeció de inmediato, también muy intrigada por aquellos juguetes. Luego él fue a abrir la puerta.

—Rabino, mi bañera.

—¡Enseguida! ¡Eh, novato! ¿Oyes eso? ¡La bañera del capitán, ya! Más agua caliente, ¿verdad capitán?

—Sí, por favor.

—Moro, ayúdame. —El Rabino desapareció a la carrera seguido del Moro.

—Stone, ¿cómo va la navegación?

—Muy bien, capitán. Estamos lejos y a salvo.

—Echad el ancla. Turno de vigía, Stone.

—¡Sí, señor! Capitán... —respondió Stone, mirando a hurtadillas a la habitación—, ¿cómo va ahí dentro? ¿Cómo están?

—La mujer está muy mal. Demasiado sufrimiento. Los niños, los pequeños, se repondrán del agotamiento y lo olvidarán fácilmente. La niñita negra, me preocupa. La violaron y perdió el habla.

Stone negó con la cabeza compadeciéndose de la pequeña.

La bañera se llenó rápidamente y Keiran cerró la puerta. Miró a Zaynab: estaba demasiado débil para dejarla sola, pero al mismo tiempo no quería asustarla ni hacerla sentir incómoda quedándose mientras se lavaba. Beyruud, sin embargo, parecía aún más aterrorizado que la mujer.

Tomó una decisión.

—Beyruud, ¿tienes suficientes fuerzas para lavarte sola?

Caroline tradujo automáticamente.

La niña negra asintió.

Entonces Keiran le indicó la bañera.

—Dile que estaré ahí fuera, Caroline —y salió.

Mientras tanto, al otro lado de la puerta dio instrucciones a Gideon para que preparara una comida caliente para las niñas y la mujer. Pidió leche y pan para el pequeño Jonathan.

La puerta se abrió al cabo de unos diez minutos y Beyruud apareció envuelto en un paño.

Él entró.

—¿Te has frotado bien? —le preguntó.

Beyruud se lo confirmó con firmeza en cuanto escuchó la traducción de Caroline.

—Quédate cerca de la estufa —le ordenó, señalándola con el dedo. Ella obedeció, comprendiendo al vuelo el gesto.

Keiran miró a Zaynab.

—Te ayudo yo. ¿De acuerdo?

Caroline se acercó para traducir, mirando alternativamente a Keiran y a la mujer.

Zaynab parecía mortificada, pero era consciente de que su estado era tal que sólo podía dar unos pocos pasos inseguros.

Keiran se colocó detrás de ella, para que no se sintiera demasiado incómoda, y tiró suavemente de su raída túnica para indicarle que se desvistiera.

En cuanto estuvo desnuda, se dirigió hacia la bañera, con pasos inestables, mientras él la sujetaba por el brazo. La mujer se sumergió en el agua caliente, con la espalda doblada en una postura defensiva. Estaba tan desnutrida que se podían contar los huesos de la columna y las costillas. A lo largo de la espalda, al menos una decena de cicatrices la desfiguraban. Su escuálido cuello mostraba signos de excoriaciones recientes.

Keiran le echó suavemente agua por la cabeza con la ayuda de una jarra y luego le pasó el jabón; ella, con gestos lentos y evidente esfuerzo, se lavó.

La enjuagó una y otra vez, volviendo a enjabonarla en repetidas ocasiones. Para entonces, el agua estaba sucia.

Le hizo señas para que se levantara mientras él la sostenía por detrás con las manos. Señaló la otra bañera, la suya, y ella se metió en ella. El agua estaba más caliente, lo que le produjo una sensación agradable que nunca había experimentado.

Keiran, sin demora, le enjabonó la espalda varias veces, teniendo cuidado de no frotar demasiado para evitar que le dolieran las heridas; ella no protestó. Luego le puso un trozo de jabón en la mano y le indicó la cabeza.

La mujer estaba visiblemente agotada y él se apiadó de ella. Le tocó las manos y se las apartó con suavidad, luego siguió frotándole el pelo negro, corto y desgreñado. Debían de habérselo cortado por pura comodidad.

Una vez aclarada, la ayudó a levantarse. La envolvió en la toalla blanca y la sacó de la bañera.

—Caroline, mueve ese trapo del taburete, por favor, y coge el cepillo.

—¿Puedo peinarla yo? Soy muy buena.

—Vale. —Respondió un momento antes de salir de la habitación, ahora cálida y perfumada—. Rabino, el vestido limpio.

—Aquí está, Capitán.

Blake lo estudió un momento.

—Llama a la puerta y llévaselo tú. No la mires: tiene miedo. —El marinero obedeció.

—Moro, ¿la comida?

—Está todo listo, capitán. Voy a recogerla.

—Que venga aquí el Boticario.

—Sí, señor.

Keiran se quedó solo.

Una infinidad de pensamientos recorrieron su cerebro. Una fuerte emoción surgió en su interior a partir de una mezcla de sensaciones, positivas y negativas al mismo tiempo.

Se miró las manos abiertas, las giró con las palmas hacia arriba: estaban calientes y hormigueantes.

Seguía percibiendo el sufrimiento de Zaynab, el daño que había padecido, la esperanza desvanecida, la sensación de impotencia y la certeza de que todo había terminado. Y luego la sensación de alivio que surgía lentamente, la esperanza que volvía a la vida. Todo eso había sentido, y mucho más.

Suspiró. Estaba extenuado, pero antes de tumbarse un rato en su camarote quería asegurarse de que la mujer y los niños estaban bien atendidos.

—Capitán, aquí estamos. —El Moro, acompañado por Leonardo, aguardaba órdenes.

—Entrad. —Keiran los siguió, y en cuanto las bandejas estuvieron sobre la mesa y los marineros fuera, se acercó a la cama.

Buscó algo lo bastante pequeño para ponérselo a Jonathan: un jersey de lana de Shorty, que de todos modos le llegaba por encima de los pies desnudos. Luego cogió otro jersey para Caroline.

Los observó y se rio, contagiando su hilaridad a los dos niños, pero también a Zaynab y Beyruud. A esta última le entregó otra camisa y un pantalón, y a la mujer le dio una túnica larga y gruesa, de estilo africano, que sin duda pertenecía a Pitch.

Luego se volvió, cogió a Jonathan y a Caroline en brazos y los llevó a la mesa, tomándose la delicadeza de estar de espaldas a la habitación para permitir que Zaynab y Beyruud se vistieran.

El pequeño, al que sostenía mientras estaba sentado, bebía leche con avidez de un vaso y comía pan. Caroline, sentada en un taburete, devoraba grandes trozos de huevos batidos y tocino.

Alguien llamó a la puerta. Keiran se asomó para ver si Zaynab y Beyruud se habían vestido, y luego, en voz alta, dijo:

—Boticario, entra.

El hombre, amante de la naturaleza y las hierbas, era marinero por pura casualidad. Viajar por mar era la forma más agradable de ir en busca de plantas y animales desconocidos.

—Aquí estoy, capitán.

Blake señaló a la mujer y a la chiquilla.

El boticario se acercó a ellas con cautela. Llevaba una bolsa de cuero en la mano, la colocó en el suelo y la abrió para hacerles visible el contenido y tranquilizarlas.

Cogió un frasco donde había preparado un poco de melaleuca disuelta en agua y lo sostuvo entre las manos. Se fijó en la fea abrasión del cuello de la mujer. Mojó un paño en el líquido y se lo entregó, señalando la piel en carne viva.

Zaynab se dio cuenta entonces de que el hombre estaba allí para tratarla y respiró aliviada.

Mientras el boticario trataba las heridas con sus preparados, Keiran se dedicó a los niños.

Mientras Jonathan picoteaba más pan, Caroline, entre bostezos, hablaba y formulaba un sinfín de preguntas.

—¿Cómo se llama el lugar donde vives, capitán Keiran?

—Escocia.

—¿Nos llevas allí?

—Creo que sí.

—¿Está tu mujer allí?

—No, no estoy casado.

—¿Y por qué no? ¿Eres demasiado oscuro y las señoritas no te quieren?

—No, porque aún no he encontrado la señorita adecuada.

—Y entonces, ¿quién está allí?

—¿Dónde?

—En tu casa.

—Mi madre.

—¡Oh, qué bien! ¿La podré conocer?

—Claro.

—¿Qué hace ella?

—Bueno, se ocupa de mis casas y tiene el cargo de duquesa.

—¿Duquesa? ¿Es una duquesa?

—Sí.

—¡Qué maravilla! ¡Conoceré una duquesa! ¿Podré peinarle el cabello?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella.

—Si ella es una duquesa, ¿tú qué eres?

—Un duque.

—Duque... Keiran...

—No, duque de Northcliff.

—¿Por qué de Northcliff?

—Porqué es mi título.

—¿Por qué vas por ahí con un barco?

—Por comercio.

—Pero no de personas, ¿verdad duque?

—No, no de personas. Sólo mercancías.

—¿Qué mercancías? ¿Cosas preciosas? ¿Joyas?

—En ocasiones. Pero más a menudo telas, especias y perfumes, alfombras.

—Entonces, ¿podré tener una tela pequeña, pequeña para un vestidito nuevo? ¿Podré?

—Cuando estemos en casa, la tendrás.

—Gracias, duque, tú eres muy bueno.

Cuando Zaynab y Beyruud se acercaron a la mesa, Jonathan estaba entornando los ojos y Caroline permanecía quieta en su silla, sin dejar de formular preguntas automáticamente, siguiendo su curiosidad pero cediendo lentamente al sueño.

—Jonathan está a punto de dormirse. ¿Quieres que me acueste con él y lo controle? Soy buena controlándolo.

Es una buena idea. He observado que eres una buena hermana para él.

—Sí, ya lo sé. Mamá Zaynab siempre me dice lo mismo. ¿Tendrás una habitación para nosotros en tu casa?

—Si la queréis, la tendréis.

—¿Podré quedarme con mamá Zaynab, Beyruud y el bebé?

—Claro. —Keiran acostó al bebé e hizo que Caroline se tumbara a su lado. Los cubrió, poniendo otra manta sobre ellos.

—Duque, ¿te pasarás más tarde a comprobar si he hecho bien el trabajo?

—Por supuesto. —Keiran se inclinó impulsivamente para besar su suave cabello rubio. Hizo lo mismo con Jonathan, que ya dormía.

—Gracias...

Keiran se volvió y se dio cuenta de que era Zaynab quien había hablado. Le sonrió, dio una palmada en la cabeza a Beyruud y salió.

—Capitán, las he vendado lo mejor que he podido. Le he dejado a la mujer el frasco para sus heridas y excoriaciones. Le he hecho entender que... puede usarlo por debajo... incluso para la niña.

—Bien hecho, Boticario. En Escocia las confiaré a la familia de Pitch.

El Boticario se marchó.

—Capitán, los turnos de guardia están organizados. Os traeré algo de comer a vuestro camarote.

—Gracias, Stone. Poco. Tengo un nudo en el estómago y voy a dormir un poco.

Caminaba con la cabeza inclinada, cansado, pero feliz de haber salvado a aquellas criaturas.

En su camarote se sentó en la cama y sacó de debajo de la almohada un crucifijo que representaba un Jesús sufriente. Lo sostuvo en la mano, agradeciendo mentalmente a su abuela, católica, que se lo hubiera regalado cuando era niño.

Se sentía reconfortado y aliviado al sostenerlo en sus manos.

Era una carga de positividad que le regeneraba, sin haber logrado entender nunca por qué.

Suspiró, preparándose para esperar a Stone.

* * *

El “Eleonor Grace” regresó a los *Docks* de Londres después de unos dos meses.

El desvío realizado para llevar a Zaynab y a los niños a Shell Bay Manor fue una solución adecuada para evitar levantar sospechas en Londres.

Daniel acompañó a Keiran a Escocia, donde permaneció unas semanas y regresó antes que él.

El marqués de Wiltshire regresó de inmediato con la plausible justificación de una tormenta que les había hecho permanecer demasiado tiempo en alta mar y que había despertado en sus hombres extrañas creencias sobre el destino adverso.

Le entregó personalmente al primer ministro Perceval una carta del duque de Northcliff, con un relato detallado de los hechos.

Luego añadió una descripción personal de los eventos, asegurándose de que Perceval quemara inmediatamente las páginas escritas por Keiran.

Los prisioneros del «Blue Sky» fueron instalados en una vieja granja de su residencia, bien custodiados por algunos de los sirvientes del marqués, quien, aunque no conseguía hacerles hablar, sospechaba que alguno de ellos estaba a punto de ceder. De hecho, uno de sus hombres había oído por casualidad a los prisioneros discutir si revelar o no lo poco que sabían.

Wolf, que acababa de regresar, también pidió una entrevista con Perceval.

Había conseguido hacer hablar a sus prisioneros, en particular al que estaba al mando de la chalana. El hombre había confesado que era tan inglés como los demás y que su verdadero capitán, también inglés, llamado El Mayor y cuyo verdadero nombre desconocía, nunca participaba en las expediciones.

Daniel estaba seguro de que el prisionero revelaría más cosas si se le presionaba.

Así que había decidido separarlo de los demás y alojarlo en una ratonera, en la trastienda de una tienda de mala muerte de los *Docks*, con tres hombres para vigilarlo.

Dejó marchar a los demás, comprendiendo que su papel era el de simples marineros, aunque consideró oportuno hacerles seguir.

Cuando el «Eleonor Grace» entró en los muelles tras sólo dos meses de ausencia, todo el mundo pensó que algo había salido mal.

Los hombres del capitán Blake contaron en numerosas ocasiones y durante muchos meses su intrépida historia.

Después de dejar Escocia y de haber vuelto al canal, fueron atacados por un barco francés; habían luchado con todas sus fuerzas para defender su cargamento, pero los franceses eran más numerosos y los habían encerrado en el camarote del capitán, dándose así tiempo para saquear todo; pero Shorty, por ser el más pequeño, había logrado esconderse en una escotilla y los había liberado, permitiéndoles atacar a los pocos franceses que quedaban en el puente de mando esperando a sus compañeros que transportaban el cargamento; de hecho, el capitán estaba tan fuera de sí que consiguió golpear él solo a cuatro de los seis enemigos; los miserables franceses habían abandonado a sus compañeros prisioneros, y Blake había ordenado arrojarlos al mar para ver si el barco francés los recogería; los malditos enemigos, por extraño que parezca, volvieron a recoger a sus compañeros y el capitán aprovechó la oportunidad para bombardear la chalupa, hundiéndola con el cargamento, aunque le perteneciera; Blake, un hombre temible pero justo, lanzó al agua unas grandes plataformas de madera que solían usar para depositar cajas, y tres remos, para que los supervivientes pudieran salvarse.

La historia recorrió las tabernas de Londres durante meses. Cuando llegó a oídos de la buena sociedad inglesa, el capitán Blake, o mejor dicho, el duque de Northcliff, se había convertido en un hombre aún más inquietante y temido, pero precisamente por ello, era muy deseado por todas las mujeres y complacido por los hombres, que sin dudarlo lo describían como un valeroso héroe, desdeñoso del peligro, patriota hasta el punto de preferir perder su cargamento antes que dejar impunes a los miembros de la tripulación francesa.

CAPÍTULO 15

Roman Way House
Ashford, Kent

3 de septiembre de 1810

—Estoy bien, Martha.

—Me alegro de haber seguido los consejos del doctor Phillips. Todo lo que hizo falta fueron unos meses de aire puro y paseos diarios; parece increíble... —dijo la mujer acurrucada en el hombro de su marido.

Llevaban todo el verano disfrutando de momentos tranquilos como aquel, al aire libre, pasando unas horas en absoluto reposo y hablando de todo, entre cojines tirados en el césped a la sombra de árboles y arbustos.

—Si sigo mejorando, no descarto acompañaros pronto a visitar a tu hermana Mathilda. ¡Y luego también a la próxima temporada londinense!

—¡Oh Ernest, sería magnífico!

La hermana de Martha, Mathilda Bradford, vizcondesa Queensbury, tenía cincuenta y cuatro años y era once años mayor que ella. Tras un matrimonio tranquilo y sin hijos, su marido vizconde había muerto de un ataque de apoplejía durante una calurosa noche de verano.

La vizcondesa, una mujer fuerte, había soportado el triste duelo con una tenacidad increíble y desde ese momento se había convertido en el emblema de la imperturbabilidad e independencia femeninas.

Conocedora y experta en todas los asuntos de la alta sociedad inglesa, todos acudían a ella ante cualquier tipo de indecisión, problema o necesidad, y ya se la consideraba una juez imparcial y valiosa del camino correcto a través del laberinto de la buena sociedad. A menudo su intervención indirecta dirigía astutamente a quienes confiaban en ella, dictando en silencio la ley sobre matrimonios y compromisos.

Vivía en su residencia a las afueras de Londres, en una casa amueblada con muy buen gusto, pero decididamente alternativa en su elección del interior: su dormitorio ocupaba gran parte de lo que solía ser el salón, por lo que estaba en la planta baja, lo que en sí mismo era inusual y, en otras circunstancias, francamente indigno. Pero ella estaba por encima de cualquier juicio, flotaba en una especie de limbo nebuloso y extraterrenal; solo para cumplir con su papel de consejera de la nobleza inglesa permitía a los muchos necesitados de su competencia elevarse, alcanzándola en ese cosmos antinatural.

Martha había compartido repetidamente sus penas con ella, sabiéndose comprendida y confiando en que le daría consejos útiles y adecuados.

—¿Y las dos chistosas? —preguntó Ernest.

—¿Quiénes? ¿Nancy y Ellie?

—Sí.

—Vendrán con nosotros, por supuesto; no entiendo, Ernest, cuál es el problema...

—No, quiero decir... ¡a qué vienen ahora esas dos chistosas!

Martha se levantó y vio a su hija y a su sobrina caminando hacia ellos.

—Ah, están aquí... no había entendido... —rio de buen humor—. Siempre encuentran cualquier excusa para estar con nosotros después de unas horas de respiro. Pero son tan cariñosas...

—Es verdad y me gusta que sea así —lo confirmó Ernest sonriendo.

Las chicas avanzaban deprisa, sus vestidos claros deslumbraban bajo la cálida luz del sol. Era un raro día de septiembre: en lugar de la lluvia y la humedad que anunciaban el otoño, aquella mañana era soleada y cálida.

—¿Habéis terminado con los mimos?

—Eleonor Grace, no seas irreverente con tus ancianos tíos.

—No veo a ningún anciano tío, tía Martha, ¡sólo a una pareja feliz, joven y ociosa!

Martha sonrió halagada por el mero hecho de que la llamaran joven.

—*Papa, te he traído The Morning Post* —simuló hablar Nancy con los labios. A menudo se comunicaba así con sus padres y en la casa, y a estas alturas hasta los criados estaban acostumbrados. Era la forma más rápida cuando no tenía que dar largas respuestas o explicaciones.

—Gracias, cariño.

Ella se sentó a su lado. Sabía que su padre leía el periódico en voz alta y ellas escuchaban y comentaban las distintas noticias. Ya era un ritual y resultaba sumamente entretenido.

Eleonor se agachó en un rincón y aguardó a escuchar a su tío.

—Eleonor, ¿Te queda pequeño ese vestido?

—Es posible... tía ¡como si la casa estuviera embrujada por extraños duendes que en nuestra ausencia, se divierten encogiendo la ropa de mi armario!

Nancy se rio con ganas.

—¡Ellie! Lo digo en serio. Me está pequeño, sólo habría que tirar en ciertos sitios... justo aquí —dijo cogiendo con dos dedos el ribete del escote.

—Ya... sólo aquí —recalcó Eleonor, poniéndose seria.

No le gustaba nada el cambio de su cuerpo, ni tampoco las miradas de ciertos hombres. Le parecía que su pecho crecía día a día, mientras que el resto de su cuerpo permanecía igual.

Martha se dio cuenta de su malestar y se arrepintió de haber sido involuntariamente poco delicada.

—Cariño, bastaría con alargarte un poco la ropa y todo se arreglaría, ya lo verás.

—Y si sólo pudiera adelgazar un poquito aquí... sería mucho mejor —se burló Ellie.

—Pues no, querida, en cuanto Mrs. Appleton meta sus manos en tu guardarropa, ciertas formas... no se notarán más. —añadió Martha mientras le acariciaba la mejilla a una sonriente Eleonor—: De hecho, en cuanto volvamos a Londres... ¡nuevo vestuario!

—Pero no, tía, no hace falta.

—Yo también os acompañaré —dijo Ernest inesperadamente. Seguía hojeando el periódico y daba la impresión de que no había oído su charla puramente femenina, pero en realidad estaba muy presente—. ¿Nancy también necesita un nuevo vestuario? —preguntó a continuación.

—En realidad no... pero...

—No importa: también le compraré algún vestidito precioso.

Nancy sonrió mientras miraba a su padre con ternura filial. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, ya no tan demacrada.

—¿Y para la tía?

—Quédate tranquila, Ellie, también habrá algo para ella...

Eleonor vio al tío Ernest mirando atentamente a su esposa y fue entonces cuando se acordó de sus padres. El deseo de vivir algún día, quién sabe cuándo, un momento tan intenso como aquel se deslizó insistentemente en su interior.

— ¿Entonces? ¿Os puedo leer alguna noticia?

—*Papa, te escuchamos*.

—Entonces, veamos, la boda de Lord Douglas.

«*El maduro barón lord Douglas está a punto de contraer matrimonio con la jovencísima lady Abigail Palmer, hija del respetable cultivador de tabaco americano Thomas Palmer*.

La boda se celebrará en la iglesia de St. George, tras largos y pretenciosos preparativos a cargo de Mrs. Palmer, que también ha cuidado con esmero los festejos previstos tras la celebración en la suntuosa residencia del barón Douglas.

Sin duda, la joven prometida tendrá que esforzarse mucho para satisfacer las altas expectativas que el Barón siempre ha demostrado tener para sus novias. Lady Abigail será su tercera mujer, después de dos matrimonios terminados por la muerte de las precedentes Lady Douglas, mujeres también mucho más jóvenes que él y notoriamente leales a sus papeles de tituladas. Admiradas públicamente, ambas baronesas murieron de enfermedad, con unos dos años de diferencia".

—Parece una advertencia, no un artículo de periódico.

—¿Qué quieres decir, Ellie?

—Bueno, tía, parece que el autor, con la habilidad de su brillante pluma, quiere, por así decirlo, insinuar algo. La tercera esposa del barón, tan joven como las otras dos y... ¡aquéllas están muertas!

—¿Y puedes entender todo esto? —preguntó Martha preocupada ante la posible perspicacia de Ellie.

—Sí.

—*Yo también he pensado en un primer momento que había algún tipo de similitud entre Abigail y las esposas anteriores... ¿te refieres a eso, Ellie?*

—Sí, cariño —respondió su padre—, quiere decir justamente eso. Creo que tienes razón, Eleonor: el autor ha empleado varias veces la palabra «joven» y la palabra «maduro». Ha reiterado el desafortunado pasado que vincula al barón con la muerte de sus esposas de forma apresurada pero muy exhaustiva. Es inevitable preguntarse...

—¿Terminará ella igual? —concluyó Martha por él y con la mirada perdida añadió—: Inquietante...

—Tía, es precisamente eso lo que mantendrá a toda la nobleza con las orejas bien abiertas, alerta y atenta a cualquier cosa que concierna a la pareja.

—*Estoy de acuerdo contigo, Ellie. ¡Claro que Abigail podría haber elegido distinto!*

—¡Desde luego! —dijo Ellie, asintiendo enérgicamente—. Demasiado joven... o más bien, demasiado viejo el barón.

—¡Pues no, chicas! —interrumpió Martha—. Después de todo, el barón sólo tiene cincuenta y cuatro años.

—¡Pero Abigail tiene veintidós años, tía!

—No, Ellie, no puede ser tan joven. Tiene al menos veintisiete años, seguro.

—*Ellie tiene razón, mamá: Abigail tiene la misma edad que ella, veintidós años. La recuerdo bien porque nos encontramos en Hyde Park este verano después de mucho tiempo sin vernos y me habló mucho de su vestido de novia*...

—Pero nunca del barón... —comentó en voz baja Eleonor.

—*... y del hecho de que su madre no aprobara su elección juvenil... sí, ella lo llamaba así. A Mrs. Palmer le hubiera gustado un atuendo más serio y apropiado al título que estaba a punto de asumir. Abigail comentó que a los veintidós años una era demasiado joven para ser seria*.

—Veintidós años... —repitió escéptica Martha.

—Si cree que es demasiado joven para ser en serio, se ha equivocado de hombre al elegir al barón, ¿no creéis? —preguntó Ellie.

—Sí —respondió su tío—, el barón exigirá mucho de esa joven. Y una vez que esté casada, será demasiado tarde para reafirmarse en su edad.

—Puede que no esté enamorada, Ernest...

—Tan romántica como siempre, Martha. Pero es muy raro encontrar a una veinteañera enamorada de un hombre de cincuenta y cuatro años. Quizá se enamoró de lo que representa el barón: nobleza, riqueza, un papel respetable en la sociedad, etcétera. Y tal vez su madre la empujó en esa dirección.

—Sí, eso puede ser —admitió su mujer—. Mrs. Palmer, Theodora, si no recuerdo mal, siempre ha sido muy ambiciosa con su única hija y nunca ha ocultado su deseo de que se casara pronto y bien.

—Todo encaja, tía Martha. Pero... ¡qué pena! Abigail es tan bonita y simpática, quizá demasiado... remilgada, pero de buen corazón. Hubiera sido mejor verla casada con un joven bueno, serio y cariñoso.

—*Evidentemente no le basta* —dijo inesperadamente Nancy.

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó la madre.

La niña escribió rápidamente en su cuaderno y acto seguido su madre leyó en voz alta.

—*Bueno, pues... claro que no debe estar en el séptimo cielo al casarse con alguien mucho mayor que ella en lugar de un hombre joven, pero después de todo ha aceptado, así que evidentemente Abigail da más importancia al título y a la estabilidad económica que a la felicidad*.

Se hizo el silencio. Sus padres estaban asombrados pero satisfechos por el sencillo razonamiento de su hija. Desde luego, Nancy no les habría dado ninguna preocupación: era dulce y sensata.

—¡Así se habla, Nan! —exclamó Eleonor dándole una palmadita en la mano.

—Le deseo que al menos encuentre lo que busca... —suspiró conciliadora Martha.

—Oh, lo encontrará seguro: el barón tiene ingresos astronómicos, según dicen. ¿Verdad, tío?

—Sí, Eleonor, pero siempre ha tenido un punto débil: su título. Ha intentado varias veces obtener uno, por así decirlo, más acorde con su posición económica, pero no lo ha conseguido.

—Aun así, Ernest, no debería resultarle difícil... con todo su dinero y las arcas reales pidiendo únicamente eso...

—Precisamente, Martha: el barón no se desprende de buena gana de su dinero, ¡ni siquiera por un título de conde!

—¡Rácano!

—¡Eleonor!

—Discúlpame, tía, pero... ¡es verdad! ¡Es bien sabido que el barón es tacaño hasta la médula! Por eso debe ser tan rico: ¡comiendo patatas todos los días ahorra dinero! ¡Sus pobres esposas tuvieron que morir de desnutrición!

Nancy Jane no pudo contener la risa, mientras su padre, en un intento de detenerla para no disgustar a su mujer, se reía más que ella.

—¡Eleonor Grace Hambrook! ¡Ernest! Pero bueno, no creo que sea nada decente... Nancy

Jane, ¡me sorprendes! —La expresión contrita de Martha habría sido temible si su marido la hubiera complacido, pero así sólo parecía cómica, e hizo reír más a los tres que la observaban.

—Vamos, Martha, estamos solos. Ellie nunca se atrevería a hablar así delante de los demás. ¿Verdad, Eleonor?

—No, no, tío, de verdad... —replicó la muchacha, tratando de reprimir su hilaridad respirando profundamente—, no haría nada que os avergonzara a ti o a la tía, ya lo sabes.

Martha suspiró.

—Desnutrición... ¡ni siquiera sabemos de qué murieron esas jóvenes baronesas!

—*¡Es fácil conseguir información, mamá! Me ocuparé de ello, tal vez le pregunte a Maggie: ella conoce a casi toda la servidumbre de la nobleza en Londres*.

—¡Oh, Santo Cielo, Nancy!, ¿de verdad tiene Maggie tantas amistades? —preguntó asombrado el padre.

—*Sí, sí, de veras, papá*.

—Bueno —añadió Martha—, mantennos informados: he de admitir que el asunto me intriga mucho.

Eleonor y Nancy se miraron y sonrieron.

Ernest volvió a coger el periódico.

—¿Noticias de América? Qué triste... pueblos nativos reprimidos por los blancos...

Nancy meneó la cabeza en un gesto de desaprobación y su padre siguió leyendo:

—¿Os interesa saber quién fue detenido anoche?

—Sí, si es alguien que conozcamos... —respondió su mujer.

—Veamos, detrás de una taberna acosaba... un marinero... ¡nada! No lo conocemos. —Ernest pasó de página—. «Una mujer intenta matar a su marido infiel», esto no es ninguna novedad y puede que también tuviera razón... «Los esclavos de Londres», esto me intriga. ¿A vosotros no?

Eleonor y Nancy se miraron ojipláticas.

—Lee, Ernest —le rogó Martha.

—«Los esclavos de Londres» de Carole O'Green.

A Eleonor le entraron escalofríos. No sabía cuándo se iba a publicar el artículo, pero ya se lo había hecho leer a Nancy, como es natural. Temía mucho el juicio de sus tíos, pero al mismo tiempo estaba ansiosa por conocer su opinión. Inspiró profundamente, preparándose para estudiar su expresión.

—Esta Carole O'Green... no sé... tiene algo interesante incluso cuando los temas que trata son indecentes e irreverentes.

—Sí, Martha, estoy de acuerdo. Entonces, lo leo.

"Los esclavos de Londres son niños de seis a once años. Están extremadamente delgados, para que quepan fácilmente por los conductos de vuestras chimeneas, y se les mantiene en un constante estado de desnutrición para no correr el riesgo de incapacitarlos para el trabajo. Su alimentación está estrictamente controlada y racionada por su amo, que los mantiene en locales lúgubres, húmedos y destartalados, a ser posible todos en una misma habitación para no perderlos de vista y correr así el riesgo de que se escapen. El uso constante de correas o incluso las manos desnudas son los métodos habituales para golpearlos en caso de que intenten escapar o coman a escondidas.

Para reconocerlos, no será necesario buscar los largos palos y cepillos que llevan consigo, sino que bastará con encontrar una carita ennegrecida por la ceniza y el hollín, donde dos ojos entornados, melancólicos y sumisos denotarán el miedo que tienen a su amo, en un cuerpo demasiado delgado para su edad y con una salud lo bastante mala como para preocupar a

cualquier médico digno de ese nombre. Su respiración a veces parece dificultosa debido al polvo nocivo que inhalan en el interior de las chimeneas. Algunos de ellos desaparecen en la nada debido a una paliza demasiado brutal que han recibido, o a causa de la muerte provocada por alguna enfermedad pulmonar.

Normalmente son hijos de gente pobrísima que, para poder alimentar a su vástago más pequeño, venden a su hijo mayor por unas pocas libras; a veces son niños abandonados por prostitutas y dejados de la mano de Dios en la calle, donde son reclutados por el propio cabecilla a la fuerza o por alguien que, sin escrúpulos, está dispuesto a vender al pequeño al jefe.

No creo que mi juicio sobre semejante brutalidad influya en modo alguno en vuestra costumbre de contratar a un deshollinador infantil. Pero seguro que cualquiera con un poco de corazón, cultura e inteligencia comprendería cuánta vergüenza se esconde tras el acto de entregar unas pocas libras a un hombre que le obliga a limpiar la chimenea a un niño que podría ser vuestro hijo, y cuánta responsabilidad asumís al permitirlo.

Sus lentas respiraciones eran el único sonido audible.

Tía Martha sacó el pañuelo de un bolsillo y se secó los ojos.

El tío Ernest miraba el periódico con cara triste.

Nancy miró a Eleonor, que le hizo un gesto interrogante mientras esperaba oír hablar a sus tíos.

—Es una vergüenza... —dijo Martha—. ¿Pero de verdad será así? Bueno, supongo que si lo han publicado, es cierto.

—Es la verdad, Martha. Por desgracia, es la verdad. Y me alegro de haber sacado de casa a ese asqueroso caradura hace unas semanas: meter a un niño tan pequeño por la chimenea... ¡No quiero ni pensarlo!

—Lo lamentable, tío Ernest, es que otra persona después no lo habrá impedido. Debería haber mucha gente como tú, para despertar la atención y la conciencia de todos.

—Podríamos asegurarnos de hablar de ello con amigos y conocidos, podría ser un comienzo —propuso Nancy.

—Debemos ser cautos: no todo el mundo piensa como nosotros —murmuró Martha—, y una diferencia de opiniones puede derribar hasta a los más temidos titulados.

—Eso es cierto, Martha, pero no hacerlo me convertiría en un hombre cobarde y vil. Prefiero enfrentarme a la oposición de gente insensible que seguirle la corriente sólo para no ser excluido por una sociedad hipócrita e indiferente.

—No estoy pensando en nosotros, Ernest, sino en las chicas. —Martha agarró el abanico con un gesto enérgico—. Si no estuvieran no sólo expresaría mi opinión con vigor y determinación, sino que atacaría a quienes tienen el poder de cambiar esta miseria y no lo hacen —dijo, alzando la voz y blandiendo el abanico como un arma—, ¡hasta el punto de obligarles a mirar lo que pretenden no ver!

—Cálmate, querida. Empecemos paso a paso. Comencemos por negarnos a que un niño limpie la chimenea y cuando nuestros amigos nos pidan explicaciones sobre nuestra elección responderemos la verdad, pero educadamente y con una sonrisa en los labios. Quizá los que tengamos delante no conozcan el tema y podamos iluminarles con lo que sabemos.

—Papá tiene razón: no me callaré sólo para no perder un lugar en la sociedad. Pero expresaré mi opinión con cautela, madre, tenlo por seguro.

Martha le sonrió cariñosamente y luego se volvió para mirar a Eleonor.

—¿Tú también sabrás hacerlo? Con cautela quiero decir.

—¡Claro que sí, tía! Y además sabes que siempre consigo ser convincente...

—Lo sé, cariño, lo sé. Eres única en eso... y en muchas otras cosas, la verdad sea dicha.

Ernest rio mientras cerraba el periódico.

—Tengo hambre —dijo satisfecho al sentirse bien—. ¿Entramos en casa? Tengo hambre, de verdad.

* * *

Andrew observaba a su familia a través del mirador de la salita del desayuno. Entornaba los ojos como para concentrarse más en un pensamiento que en la vista.

Sintió una especie de extraña melancolía al no sentirse parte de todo lo que le rodeaba, al ser consciente de su alejamiento de sus parientes, de la casa paterna, de los asuntos familiares, de todo.

Por un instante, el deseo de formar parte de lo que veía ahí fuera se deslizó peligrosamente en él, pero el de tener una vida propia y una independencia económica total pareció prevalecer.

Tuvo la duda de que, considerándolo todo, lo que anhelaba no era más que una inclinación legítima a realizarse como hombre, tal vez poniendo en marcha un plan de vida sencillo, como un buen matrimonio y unos ingresos fastuosos. No le importaba que en ocasiones le gustara entretenerse de formas un tanto excesivas, como el consumo de alcohol u opio, o la práctica sexual, que todo el mundo juzgaba antinatural, con jóvenes afeminados: al fin y al cabo, sólo serían breves interludios para despegarse de la vida matrimonial que ansiaba emprender.

El hecho de imaginar una vida así al lado de su prima Eleonor, le producía el deslumbramiento de estar enamorado de ella, sin darse cuenta de que en realidad era una mera ilusión nacida de la necesidad innata e inconsciente de tener lo que nunca podría tener, rasgo que le era propio, así como de la necesidad de justificarse por transgresiones sexuales que a veces le resultaban demasiado excitantes.

Andrew pudo hacer todas estas reflexiones con la mente despejada porque la noche anterior sólo se había permitido tomar unas copas de vino mientras cenaba, y esa mañana aún no había probado el alcohol.

* * *

Ernest respiraba con dificultad. Había estado estornudando todo el día, poniendo nerviosa a toda la familia.

Ahora, tumbado en su cama, intentaba dormir, pero las mucosidades no le permitían inhalar aire por las fosas nasales, así que respiraba por la boca. Sin embargo, a cada hora que pasaba, sentía que el pecho le pesaba cada vez más. Esperó pacientemente a que amaneciera.

En cuanto su mujer se movió, aprovechó para pedirle ayuda.

—Cariño, apenas puedo respirar por este constipado...

—Pero... Ernest, ¿has estado así toda la noche? ¡Debías haberme despertado! —Martha saltó de la cama con un ágil pero grácil movimiento—. Voy a buscar a Eleonor y pedirle algo para que te sientas mejor. —Ni siquiera se puso la bata y salió.

Volvió diez minutos después, con cara de preocupación, seguida de Eleonor.

—Buenos días, tío. ¿Qué estás tramando? Querías llamar la atención de todos, ¿verdad?

Eleonor sonreía dulcemente y simulaba una despreocupación muy alejada de lo que realmente sentía: el inquietante temor de que esta vez los pulmones de su tío y su fatigado corazón no resistieran más.

Ernest estaba agradecido a su sobrina por su actitud valiente, pero intuía que la muchacha se mostraba preocupada.

—¿Tienes fiebre? —preguntó despreocupadamente.

—Tal vez, me siento caliente y...

Antes de que Ernest pudiera terminar la frase, Eleonor ya le había puesto una mano en su acalorada frente. Luego le tomó la muñeca y, como le había enseñado el doctor Phillips, le tomó el pulso.

—Un poco de fiebre, no pasa nada —mintió para no asustar a su tía—. Escucha, enviaré a Simmons a por el doctor ahora mismo. —dijo dirigiéndose a su tía—. Mientras tanto, una inhalación de vapor caliente podría ayudar. Tía Martha, disuelve esto en una cazuela de agua hirviendo —le explicó, entregándole una bolsita de romero finamente picado—. En cuanto el calor sea soportable, el tío Ernest tendrá que respirar los vapores. Cúbrelo con una manta, como hicimos la última vez.

Martha asintió enérgicamente, demostrando que lo entendía.

Eleonor salió de la habitación con una tranquila sonrisa en los labios. En cuanto estuvo fuera respiró con dificultad y su expresión cambió.

* * *

—Lord Hereford, es una gripe muy fuerte. Por supuesto, no puedo decir que sus pulmones se encuentren en plena forma: ya me comprendéis, después de lo que sufristeis hace unos años, nunca volvieron a estar completamente sanos. —El doctor Phillips hablaba con calma, mientras sus ojos cerúleos tranquilizaban al enfermo—. No obstante, contáis con una valiosa ayudante: lady Eleonor sabrá qué hacer, y le confío la tarea de garantizar que reciba una terapia completa.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Eleonor.

—La sufumigación es buena. ¿Qué habéis puesto?

—Sólo romero por ahora.

—El eucalipto, como expectorante y antiinflamatorio, puede ser más beneficioso —explicó el médico, previendo que Eleonor le preguntaría por sus propiedades—. Yo añadiría lavanda. ¿Tenéis?

—Sí, doctor. No sabía que...

—Para purificar, desinfectar —se anticipó el hombre.

Eleonor tomó nota en un cuaderno. Llevaba puestas sus nuevas gafas de montura de oro claro: tío Ernest las había mandado hacer en oro por un orfebre, igual que las antiguas.

Estaba preciosa incluso con aquellas gafas, y los pocos hombres que la habían visto con ellas la encontraban intrigante por su aire intelectual que ocultaba a una mujer hermosa. Por supuesto, si su tío hubiera sabido las reacciones que provocaban esas gafas, nunca le habría permitido llevarlas, de hecho le habría prohibido incluso usar las viejas en público.

—Debe beber mucha agua, lady Eleonor, recordadlo.

—Por supuesto, doctor. Me gustaría trasladarlo para ventilar la habitación. ¿Qué os parece?

—Que es una idea a contracorriente, por desgracia. Muchos de mis colegas piensan que el calor y muchas mantas hacen que la fiebre baje. Pero vos sabéis que yo no soy de esa opinión.

—¿Orear? —preguntó alarmada Lady Hereford.

—Sí, condesa. El aire está plagado de gérmenes. Además, vuestro marido necesita oxígeno debido a la fatiga de sus pulmones. También os diría que sería una buena idea, después de airear y volver a encender el fuego, disponer cuencos o recipientes con agua para que el aire sea más agradable para la irritada garganta del conde.

—Tía Martha —intervino Eleonor al ver que lady Hereford no estaba nada convencida—, el agua que se evapora hará que el aire sea menos seco. Así de sencillo —la tranquilizó Eleonor—. Doctor, ¿para bajar la fiebre?

—Ya sabéis que soy del parecer de dejar que el cuerpo se deshaga de la fiebre. Sin embargo, si es muy alta...

—Tengo tomillo y puedo obtener fácilmente hojas de ciprés.

— Una decocción puede ayudar, pero no esperéis resultados sorprendentes, lady Eleonor.

—Lo sé, doctor.

—Estoy seguro de que mi sobrina sabrá arreglárselas bien —sentenció lord Hereford. Su tono convencido tranquilizó a Martha, pero no a Eleonor.

El doctor Phillips se despidió; los ojos de lord Hereford eran los de un enfermo consciente de tener pocas esperanzas de recuperarse. Había contemplado muchas miradas semejantes, y cada vez un intenso sentimiento de impotencia le hacía sentir, primero tristeza, y luego rabia por no comprender qué había detrás de aquellas fiebres altas acompañadas de inexplicables complicaciones pulmonares.

* * *

—Lamento que estés enfermo otra vez.

Andrew era sincero. Que se tratara de un inesperado deseo de disfrutar del afecto familiar era una posibilidad real: ver a su familia serenamente reunida y feliz por la buena salud de su padre, de algún modo, le había conmovido.

—Mira, papá, puedo ayudarte con tus negocios. Confía en mí y verás qué contento te pondrás.

Su padre le miraba absorto: sí, su hijo estaba realmente convencido de que podía hacerlo, pero no comprendía que darle confianza y encomendarle tareas tan importantes como el negocio familiar era algo totalmente distinto. Sin embargo, se alegraba de que empezara a despuntar en él el deseo del cambio.

—Andrew, me complace oír estas palabras. —Ernest respiró para tomar aire—. Sin embargo, me gustaría que tuvieras un poco más de paciencia. No estás preparado para ocuparte de estos asuntos tú solo y me gustaría acompañarte, enseñarte todo lo que pueda. —La expresión contradictoria de su hijo le hizo añadir—: No digo que no seas capaz, sólo que es justo que te siga al menos en el comienzo. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo que sí. Pero estoy seguro de que puedo hacerlo sin ti —replicó Andrew molesto.

Estaba sentado, erguido, junto a la cama y juntaba las manos, nervioso y molesto por lo que consideraba falta de confianza de su padre, sin darse cuenta de que la poca experiencia que había adquirido dirigiendo Molash no bastaría para dirigir toda una gran hacienda. Razonó sobre el asunto.

«Tal vez podría tomar cartas en el asunto y dirigir su negocio sin decirle nada. Cuando se sienta mejor y vea que he hecho un buen trabajo, me lo agradecerá. Sin embargo, su secretario podría intervenir e interponerse en mi camino. ¿Qué puedo hacer? No puedo rendirme: tengo que encontrar una manera... pero no sé cuál. Si estuviera enfermo durante mucho tiempo, podría convencerle de que sería bueno que me cediera sus negocios. Sí, odio admitirlo pero, a estas alturas, espero que no se recupere tan pronto y que su secretario enferme, ¡maldito sea! ¡Eso es, tengo que echar a Mr. Stanfield! ¿Cómo puedo hacerlo? Lo enfermo con una de esas sustancias que me dio Nijenjui; ese chino siempre viene bien. Arsénico en pequeñas dosis... no. Demasiado tiempo para causarle molestias estomacales... Mañana me acercaré a Londres y le preguntaré al chino. En unos días el secretario estará lo suficientemente indispuesto como para estar fuera de juego».

Vio que su padre había cerrado los ojos y respiraba con dificultad.

—¿Necesitas algo?

—No, Andrew, gracias. Pero que venga Eleonor enseguida: es la hora de las inhalaciones. —

Ernest sabía que su sobrina no necesitaba que él le recordara la terapia, pero temía que su hijo pudiera molestarla, por lo que solicitar su presencia inmediata evitaría el peligro. En realidad, a Eleonor Andrew podría acosarla en cualquier momento.

—De acuerdo. Vendré mañana por la mañana a despedirme. Me voy a Londres por un asunto... pretendo estar de vuelta por la tarde.

* * *

Su sobrina preparaba una infusión y él la observaba con ojos empañados y cansados.

—Recuerda la promesa que me hiciste, Ellie... —dijo de repente.

Eleonor se volvió para mirarle, asombrada.

El tío Ernest la miraba preocupado.

—La recuerdo, tío, descuida —respondió ella, sonriéndole tranquilizadora.

Ernest siguió mirándola, como si tratara de recuperar el aliento necesario para decir algo más.

—Si lo consideras oportuno... mantente alejada de Andrew...

—Tío Ernest, ten por seguro que me protegeré y protegeré a mi familia. Te juro que así lo haré.

Ernest le cogió la mano, pero no tuvo fuerzas para estrechársela como hubiera deseado.

* * *

—Lleva seis días con fiebre. Y ayer los dolores en el pecho fueron más intensos. —Eleonor intentaba hablar con calma, pero su preocupación era evidente.

El doctor Phillips meditaba y al mismo tiempo la miraba fijamente.

—Vos... no creéis que... pueda mejorar, ¿verdad?

El anciano médico suspiró abatido.

—Así es, Lady Eleonor —susurró apenas para no ser oído—. Llegados a este punto, la salvación sólo podría venir del Cielo.

Eleonor inclinó tristemente la cabeza, fijando los ojos en las patas de la consola que había junto a la entrada de la habitación de su tío, aunque sin poder verlas.

—¿Qué ocurrirá? Quiero decir... ¿cómo progresará la enfermedad y qué debo esperarme?

—Los dolores en el pecho se volverán intensos, provocando una respiración cada vez más dificultosa. Tened en cuenta que esta fatiga puede hacer que el corazón falle antes de lo previsto.

—Por lo tanto, sufrirá —sentenció ella en un susurro.

—No, si le ayudamos —sugirió el médico, con la esperanza de que al menos aceptara su consejo. Sabía, de hecho, que su propuesta sería mal recibida por la mayoría.

—¿Cómo? —preguntó Eleonor, observándole atentamente. Quién sabe por qué, pero adivinó la idea del doctor Phillips antes incluso de oírla.

—Láudano —respondió el hombre en voz muy baja—, en la cantidad adecuada para aliviarle el dolor y hacerle dormir todo lo posible. Al menos no sufrirá.

Eleonor asintió, con los ojos horrorizados porque nunca habría imaginado que llegaría a esto. Era consciente de que su tío no tenía remedio, pero al menos el láudano aliviaría su dolor.

—No es mi costumbre recomendar medicinas peligrosas y sustancias narcóticas a los pacientes, lady Eleonor. Pero a lord Hereford le queda poco tiempo... ¿Por qué hacérselo pasar con dolor?

—Os respondería que «para sentirme aún vivo» —dijo ella con seguridad—. Supongo que el láudano le dejaría casi inconsciente y somnoliento, en fin, como si no hubiera...

—Sí.

—¿Podría una dosis muy moderada aliviar un poco el dolor permitiéndole estar mentalmente

presente?

—Entiendo lo que queréis conseguir: hacer aceptable el dolor evitando narcotizarlo.

—¿Se puede hacer?

—Podría aconsejaros una dosis pequeña y aguardar a ver los efectos: en función de la reacción de su organismo, decidiremos si aumentarla o no.

—De acuerdo.

—Vuestra tía no lo aceptará.

—No es tan previsible como parece. En el momento adecuado, la tía Martha puede ser muy poco convencional.

—¿Queréis que le hable yo?

—Iré con vos, doctor.

* * *

Martha mezcló la infusión de manzanilla con la esperanza de que el sabor a alcohol del láudano no desagradara a su marido.

— Pruébalo, Ernest, y dime si te sienta bien.

El hombre, aupado por unos cojines que tenía detrás, degustó el contenido de la taza.

—De acuerdo —pronunció a duras penas.

Martha había decidido que su marido debía saber lo que el médico había sugerido darle para aliviar el dolor. Estaba segura, de hecho, de que Ernest habría estado de acuerdo, y así había sido.

—Martha... estás... demasiado... calmada —jadeó mientras la observaba para captar su reacción a esas palabras—. Debo... asumir que... más tarde te atormentarás... por... mi ausencia.

La mujer miró fijamente aquellos inquisitivos ojos grises y no pudo controlar las lágrimas. Pero le sonrió resignada.

—Tal vez.

—Prométeme... que no... lo harás.

Ella guardó silencio. No quería hacer promesas que no iba a poder cumplir.

—Prométeme... al menos que harás lo... posible para no sufrir... por mi culpa... Yo... te... quiero tanto... y no me gustaría separarme de ti... con la preocupación de que vas a sufrir.

—Te lo prometo —murmuró Martha con la voz quebrada por el llanto incipiente—, que me esforzaré por... no afligirme.

—Sé que... sufrirás por mí... pero siempre que... lo hagas, que sepas que yo estaré allí... y te reñiré.

A Martha se le escapó una risita mientras se secaba las lágrimas con los dedos.

—Vale, lo recordaré. —Cogió su taza, la dejó en el suelo y entrelazó sus dedos con los de él. Se tumbó a su lado, apoyó la cabeza cerca de la suya y su rostro le rozó.

En aquel momento Ernest se sintió sereno y lo inevitable le pareció más aceptable y menos temible. Cerró los ojos, agotado de tanto hablar, con la mente ligeramente entumecida por el láudano.

* * *

16 de septiembre de 1810

Andrew había regresado de Londres al cabo de una semana y no la noche del día en que se había marchado, como le había dicho a su padre. Antes de ponerse manos a la obra y demostrar que podía administrar los ingresos familiares, había querido divertirse un poco en el club de

Nijenjui con Pussy Cat y un poco de opio. El chino le había dado una dosis «para llevar», que la podía ingerir, y usar cuando le apeteciera, probablemente en casa, cuando se sintiera alicaído. Seguía engañándose a sí mismo diciendo que no era adicto, pero había notado, en momentos de lucidez, que realidad y fantasía se solapaban más a menudo que antes y a veces lo real se convertía en una mezcla de alucinación y sueño lleno de sueños absurdos.

Había pasado a saludar a su padre, había observado a su madre mientras preparaba la tisana de manzanilla y láudano, había escuchado sus explicaciones sobre cómo prepararla él mismo más tarde y, finalmente, había asistido al enfermo dejándole sorber la bebida. Después se había encerrado en su habitación para reflexionar.

Mientras tanto, casi inconscientemente, había empezado a comer un poco del opio que le habían preparado el chino, ya hervido para evitar la intoxicación. Ya había avisado a su madre de que no cenaría. De hecho, Nijenjui le había aconsejado que no comiera nada al menos tres o cuatro horas.

Se tumbó en la cama y pensó en cómo convencer a su padre para que le confiara la gestión de sus negocios.

«Quizá debería volver a discutirlo con él. Está cansado y tal vez entienda que mi ayuda podría serle útil. Quizá mamá pueda ayudarme, hablaré con ella».

Se durmió en un estado de semiinconsciencia; con los ojos entrecerrados vio a su prima Eleonor, en una imagen borrosa e inalcanzable, y luego apareció su madre... Abrió los ojos.

«Quizá mamá pueda ayudarme... También Eleonor...».

Se quedó mirando las llamas de la chimenea como hipnotizado; el crepitar llegaba a sus oídos amortiguado. Cerró los ojos y soñó que estaba en la habitación de su padre, preparando su infusión mezclada con gotas de láudano. Se despertó entumecido. La habitación estaba a oscuras. Miró por la ventana y se dio cuenta de que era de noche. Entonces se dio cuenta de que no estaba en la habitación de su padre, sino en la suya. Sueño y realidad se fundían...

«¡Maldita sea! Estoy soñando... no debería estar aquí... esta no es la realidad... hace un momento estaba con mi padre, en su habitación... he de tener más cuidado con esto...».

Se levantó de golpe, con la intención de volver a la realidad, que en su mente correspondía a estar en la habitación de su padre. Abrió la puerta y entró. Su padre estaba en compañía de Nancy Jane.

—Estaré... un rato... aquí... —balbuceó.

Nancy, aunque sorprendida, se alegró de que su hermano se hubiera reencontrado con su padre. Así que accedió, saliendo de la habitación, sin reparar en los ojos empañados de su hermano.

Andrew cogió el frasco de láudano que había en el cajón del escritorio, vertió el líquido en la taza colocada sobre la mesita, olvidándose de comprobar la dosis, y acercó la taza a la boca de su padre que, con los ojos abiertos en ese momento, le dio las gracias.

Era como si estuviera contemplando una escena desde lo alto y una especie de nube lo envolviera todo. Pero se alegraba de haber conseguido recuperar la lucidez a tiempo para darle la medicina a su padre, según las instrucciones que su madre le había dado unas horas antes... Sacudió la cabeza, convencido de que lo había hecho todo bien.

«Ya está, ahora estoy en la realidad correcta. Yo estaba muy confundido cuando fui a mi habitación... Pero, ¿qué he hecho en mi habitación? No lo recuerdo... Mi madre estaba allí... Eleonor... y a papá... y le daba aquello... No. Ahora se lo estoy dando... Y antes le he dado eso... pero era antes... ahora es real... antes era...».

Andrew dejó de pensar. Ya no entendía nada, ni podía distinguir el antes y el después, ni la

realidad y el sueño. Le dolía la cabeza.

En cuanto Nancy regresó, se levantó y salió, sin decir palabra. En cuanto estuvo de vuelta en su habitación se desnudó, tiró la ropa al suelo y se tumbó en la cama. En pocos segundos se quedó dormido.

La dosis de láudano que le dio a su padre fue excesiva y demasiado próxima con respecto a la última recibida. Pero Andrew no tendría la insoportable duda de su fatal error hasta el amanecer del día siguiente.

* * *

Nancy observó cómo se marchaba Andrew.

Antes de volver a sentarse en el sillón junto a la cama, alisó las mantas y ordenó la habitación.

En cuanto se reclinó en la silla, tomó el pulso a su padre y, como Ellie le había enseñado, contó los latidos. Se dio cuenta de que el enfermo, a pesar de la fiebre, la observaba atentamente.

—Deberías hablar... aunque no... oigas...

Nancy Jane se sorprendió por la afirmación de su padre. Inclinó la cabeza, pero un ligero movimiento de la mano de su padre llamó su atención.

—Tiene razón tu... prima... puedes hablar... debes hablar...

—*Tengo miedo*...

—Debes... hablar...

Nancy se quedó pensativa unos instantes.

—*Mi voz, a estas alturas, podría resultar desagradable... demasiado aguda... o demasiado grave*...

—No lo creo... Sin embargo... tienes que intentarlo... practicar... y luego hablarás...

Nancy reflexionaba.

—Prométeme... que lo harás...

—*Papá, no sé si*...

—¡Prométemelo!

Fue en ese momento cuando Nancy se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo: su padre sabía que estaba próximo al final. Se sobresaltó al darse cuenta, pero contuvo las lágrimas.

—*De acuerdo, papá... te lo prometo... te prometo que lo intentaré... practicaré y... hablaré.*

Ernest sonrió satisfecho.

—Cásate con un buen hombre... que sea... espontáneo a la hora de aceptar... tu sordera... pero sólo... si lo amas...

Nancy estaba atenta a las preciosas recomendaciones de su padre, pero perturbada por la sensación de inevitabilidad que percibía.

—El marqués ... de St. James ... me gusta ... Pero recuerda... aunque la mayoría... intenten... convencerte... de lo contrario... debes saber que... sin amor... no... tendrás... un... matrimonio... feliz.

—*Te prometo que tus palabras serán ley para mí, papá.*

Nancy le cogió la mano y se la estrechó hasta que se durmió.

* * *

Cuando Martha entró en la habitación para relevar a Nancy, encontró a su hija sentada en la cama mirando a su padre con ojos incrédulos, apretándole una mano inerte y con la otra acariciando su rostro marcado por el sufrimiento.

El corazón de Martha comenzó a latir de manera desbocada, mientras un presagio la invadía.

Nancy se volvió para mirarla: la postración y las lágrimas que surcaban su rostro fueron para

Martha la confirmación de lo que se esperaba desde hacía tiempo. Nancy se levantó lentamente, apenas se movió de la cama, y Martha ocupó su lugar.

La mujer miró a su ahora sereno marido en su inmóvil y mortal paz; no pudo aguantar más y se arrojó sobre él sollozando de desesperación.

Nancy la abrazó por los hombros, tratando de compartir su dolor, pero la madre estaba tan desconsolada que no reparó en su hija. Nancy siguió cerca de ella, esperando a que se calmara un poco.

Martha se levantó finalmente y acarició el rostro ahora tibio de su amado, sin dejar de llorar, pero ahora en silencio.

Nancy fue a llamar a Eleonor. Desde las ventanas del pasillo se dio cuenta de que estaba amaneciendo.

Decidió que también llamaría a Andrew.

* * *

Eleonor y Nancy miraron a Martha perplejas. Su rostro pálido y triste revelaba sin duda su dolor, pero la compostura y el porte que mostraba no reflejaban su sufrimiento.

La mujer se ocupaba con imperturbable seriedad de preparar los restos mortales de su marido. Se dio cuenta de que la observaban insistentemente y comprendió lo que sorprendía tanto a las chicas.

—Le prometí a mi marido que haría todo lo posible para no sufrir por su culpa. Y lo estoy haciendo. —Hizo esa revelación con gran convicción y dignidad, aunque con un deje de lágrimas en la voz.

—Tía... ¿te ayudamos a prepararlo, quieres?

Nancy no esperó respuesta y se acercó al cuerpo de su padre para apartar las mantas.

* * *

Eleonor lloraba. En silencio.

Extrañamente, le recordó el llanto estremecedor que se había apoderado de ella al conocer la noticia de la muerte de sus padres. Sollozó más fuerte, pero contuvo cada sonido en su interior.

Otra muerte. Más dolor.

No quería sufrir... porque ya sufría por sus padres. Y ahora... el querido tío Ernest que todavía era joven. Darse cuenta de que él ya no estaría más fue una emoción aplastante.

Ninguna otra presencia masculina los guiaría... ahora estaban solos. Ya extrañaba al hombre que había reemplazado a su padre.

La idea de que Andrew era ahora el conde de Hereford y por lo tanto, podría desempeñar el papel de guía ni siquiera la conmovió.

Al contrario, pensar que ahora estaba totalmente indefensa le producía una fuerte sensación de impotencia. Tarde o temprano, su primo la obligaría a casarse con él. Tenía que aceptar lo inevitable o encontrar una solución viable.

No podía permitir que algo horrible le ocurriera a ella misma y, en consecuencia, a Nancy y a tía Martha.

Los ojos grises del tío Ernest invadieron su mente, tan dulces y cariñosos... igual que los de su padre.

Se levantó, con una sensación de abandono en el corazón que nunca revelaría a su tía y a su prima. Ahora tenía que ayudarlas, consolarlas, apoyarlas en el momento de despedida de su ser querido. Otro adiós.

Suspiró.

* * *

Andrew entró en la habitación y encontró a su padre inmóvil en medio de la cama, vestido con un elegante traje oscuro. La línea distendida de su boca confirmaba su serenidad en el momento de fallecer.

El doctor Phillips aseguraba que había muerto mientras dormía, sin sufrimientos. La visión de su padre conmocionó a Andrew más de lo que imaginaba. Se quedó mirándole, con los ojos hinchados de lágrimas contenidas.

Un recuerdo vago e inesperado le devolvió la imagen de sí mismo cuando era niño, sobre los hombros de su padre, mientras paseaban por el parque. El recuerdo de sus manitas hundidas en la espesa cabellera de su padre era más vívido que nunca y esa sensación le hizo ceder, dejando que las lágrimas se escurrieran en un llanto silencioso.

Su memoria le regaló destellos incomprensibles para él: sus manos preparando una medicina para su padre, un frasco sacado del cajón de un escritorio... aquel escritorio... el mismo que estaba frente a él en ese momento; el gesto caritativo de darle el líquido a su progenitor lo conmovió aún más al recordar lo débil y enfermo que estaba.

La duda de si era el recuerdo de un sueño o dela nublada realidad se deslizó en él. Y la atroz sospecha de que le había dado a su padre una medicina sin recordar aún la cantidad correcta recetada por el doctor Phillips, le trastornó por completo.

CAPÍTULO 16

Shell Bay Manor
Fifeshire, en el Estuario de Forth, Escocia

2 de octubre de 1810

Lady Northcliff se enjugó las lágrimas y leyó nuevamente la carta que había recibido aquella mañana.

Ashford, 17 de septiembre de 1810

Queridísima amiga,
Te escribo con el corazón roto para compartir mi pena contigo: Ernest nos ha dejado.
Ocurrió anoche, a raíz de un agravamiento causado por un trivial constipado. El maravilloso verano que habíamos pasado aquí nos había visto felices y mi querido marido había recobrado salud y vigor, hasta el punto de que nos hacíamos ilusiones de un futuro tranquilo.
Pero ahora todo ha cambiado... todo es gris y triste para mí sin él.
Me esfuerzo por no afligirme para cumplir la promesa que le hice... ¡pero a veces es tan difícil que me parece imposible! Me siento sola y perdida, y la sospecha de que mi hijo, el nuevo conde, sea incapaz de cumplir con sus obligaciones, se cierne sobre nosotros como una amenaza. ¡Cómo me gustaría tenerte aquí, Bridget!

Martha
Condesa de Hereford

La duquesa se levantó y tiró del cordón del timbre. Unos segundos después, Ramsay apareció en el umbral de su salón.

—¿Excelencia? —Ramsay se fijó en los ojos enrojecidos de su ama y enseguida reparó en la hoja de papel que había sobre el pequeño escritorio—. ¿Excelencia, estáis bien? ¿Ha ocurrido algo?

—A decir verdad, sí, Ramsay. El conde de Hereford, marido de mi querida amiga Martha, ha fallecido.

Los ojos del anciano mayordomo se abrieron de par en par: sabía quién era el conde, sabía que un lazo de amistad unía a la duquesa con la condesa, sabía que la sobrina del conde era hija del que había sido un gran amigo del duque, su señor, y sabía que el duque apreciaba especialmente a la joven, poniéndose nervioso cada vez que se hablaba de ella, de su primo lord Andrew y de sus fechorías.

—Lamento el triste suceso, excelencia. Imagino que querréis avisar al duque. ¿Envío a buscar a lord Portland?

—Sí, Ramsay, y también a Mrs. Brodie, por favor.

El hombre desapareció durante un minuto y mientras tanto apareció el ama de llaves.

—Lady Northcliff, me he enterado por Ramsay...

—Agatha, me gustaría marchar, tan pronto como podamos arreglarlo todo... la pobre Martha... —Lady Northcliff se estremeció y negando con la cabeza, añadió—: ¿Qué será de ella? Pobre amiga mía...

—Tened la seguridad de que podré organizar la partida en pocos días. ¿Se lo notificaréis al duque o lo hará lord Portland?

—Le avisaré, pero ya he mandado llamar al conde, que sin duda sabrá exactamente cómo hacer llegar la carta a mi hijo. Sólo Dios sabe si todavía está navegando hacia Oriente... aparte tal vez del conde.

—Muy bien. Ahora, os lo ruego... sentaos un poco —le rogó Agatha amablemente, invitándola con el brazo—. ¿A quién llevaréis?

—A Annis: Creo que está preparada para ser mi doncella personal. ¿Qué te parece?

—Estoy de acuerdo con vos, lady Northcliff. Entre otras cosas, le hará bien alejarse de lo que ella llama «mi nuevo chico» que no hace más que andar de taberna en taberna... Elsie, su madre, tendrá mucho que agradeceros.

—Bueno, entonces Annis confirmada. Cuídate, Agatha. Pensaba que... Bueno, verás, la situación familiar en casa del conde nunca ha sido del todo apacible por culpa de lord Andrew, ya lo sabes.

—Sí, lady Northcliff, lo sé muy bien.

—Ahora que el pobre Ernest ya no está, no me sorprendería que Martha haya preferido alejar a las chicas de Ashford... Correría el riesgo de no encontrarlas una vez llegue allí. ¿Hacemos partir hoy mismo a uno de nuestros jóvenes para informarse? Precediéndome, podría darme noticias a mi llegada.

—Es una excelente idea, lady Northcliff. Se lo encargaré a dos de nuestros muchachos que sean elegidos personalmente por Angus... Ramsay. Los enviaré hoy, a la hora del almuerzo.

—Los baúles... mi guardarropa... A estas alturas creo que es posible que me quede en Londres todo el invierno.

—No os preocupéis: prepararé un guardarropa adecuado y abundante. Y Ramsay sabrá cuántos carruajes debe acondicionar.

La duquesa suspiró.

—Desearía estar ya allí...

—Os prometo que lo organizaré para salir dentro de tres días. ¿Así estáis más tranquila?

—Gracias, Agatha, ¡eres tan considerada!

Mrs. Brodie hizo una pequeña reverencia y se preparó para cumplir su promesa.

—Excelencia...

—Lord Portland, entrad —respondió rápidamente Lady Northcliff.

—Me acabo de enterar y lamento mucho el fallecimiento del conde: era una persona extremadamente amable y de trato fácil. El duque declaró en repetidas ocasiones que su forma de ser le recordaba a la de su hermano, Nicholas.

—Nick era una persona extraordinaria... y Keiran tiene razón, los dos hermanos se parecían mucho.

—Excelencia, estoy a punto de enviar mi informe mensual al duque; si lo desea, podría adjuntarle una carta vuestra...

—Oh sí, lord Portland, ¡sería perfecto! ¡Ahora la escribiré!

—Muy bien, entonces... pasaré más tarde. —Hizo ademán de irse pero se topó con la pequeña Caroline.

—Si te doy una carta de mi parte, ¿se la enviarás a mi duque?

El conde miró de reojo la expresión de la duquesa y dijo:

—Caroline, no es tu duque. Un duque no es de nadie.

—Sí que lo es. Es mío y de mi madre y de Agatha y de todos los que están aquí. También es tuyo. Entonces, ¿le enviarás mi carta al duque?

—Caroline —intervino lady Northcliff—, ¿has olvidado que lord Portland es un conde? ¿Recuerdas que tienes que dirigirte a él llamándole conde?

—¡Caramba! Siempre se me olvida. Entonces empezaré de nuevo... ¿De acuerdo, duquesa?

La mujer se quedó a la espera.

—Conde, ¿podríais enviar también una carta de mi parte al suque? ¿Así está bien? —preguntó dirigiéndose a la duquesa.

—La verdad es que así está mucho mejor.

—Claro, Caroline, supongo que podré hacerlo si la duquesa está de acuerdo.

—¿Estás de acuerdo, duquesa?

—No la has tratado de vos... —le susurró el conde.

—Duquesa... ¿estáis de acuerdo?

—Estoy de acuerdo.

—Bien, Caroline, en cuanto hayas escrito tu carta, vienes al estudio. —El conde se despidió de nuevo, con una sonrisa de complicidad en sus hermosos labios.

Caroline se acercó a la duquesa, colocó sus manitas sobre su regazo, las deslizó bajo las de ella e hizo que las apretara.

—¿Me llevarás a mí también? ¿Puedo dejar de usar el vos cuando estemos solas? ¿Y pueden venir también Zaynab, Beyruud y Jonathan?

—No, Caroline, a ti no puedo llevarte... Sí, puedes dejar de usar el tú cuando estemos solas. Y no, ellos tampoco pueden venir.

—Pero... pero... ¿qué haré sin ti? ¿Cuánto tiempo estarás fuera? No puedo estar sin ti... ¿Quién te ha escrito?

—A mí también me da pena irme sin ti, pero es un viaje largo y fatigoso...

—Lo soportaré, te lo prometo... ¿Quién te ha escrito?

—Mi amiga, la condesa de Hereford. Su marido murió y voy a pasar algún tiempo con ella y su familia, para aliviar su dolor... si soy capaz.

—Yo también quiero aliviar su dolor... ¿quién es su familia?

—Su hijo, que ahora será conde, su hija Nancy Jane y su sobrina Eleonor Grace.

—Te lo suplico, duquesa llévame contigo...

—Escucha, Caroline, si vienes conmigo, Zaynab y los demás te echarán de menos.

—Que vengan también ellos...

—No sé si el duque lo aprobaría —dijo lady Northcliff titubeando mientras le acomodaba un ricito rubio—. Te propongo una cosa: me lo pensaré un rato y luego te comunicaré mi decisión. ¿Te parece bien?

—Si soy muy buena, ¿crees que me llevarás?

—Vamos, vamos —dijo Mrs. Brodie, empujando suavemente a la pequeña hacia la puerta—, no molestes a lady Northcliff. Haz una bonita reverencia, eso es. Ahora ve a la cocina, las galletitas están listas.

Caroline salió disparada como un rayo, dedicándole una sonrisa a la duquesa.

—¿Qué opinas?

—¿Queréis llevárosla? —preguntó el ama de llaves sorprendida.

—Me gustaría. Pero sin Zaynab, que es prácticamente su madre, es imposible.

—Y Zaynab sin Jonathan no se mueve...

—Y Beyruud se moriría sin Zaynab. Agatha, tendré que llevármelos a todos... o a ninguno.

—Si me lo preguntáis a mí... Yo diría que a ninguno. Por supuesto que a las chicas no les vendría mal ver Londres y gente nueva... pero Zaynab y Beyruud llamarían demasiado la atención... pero al fin y al cabo vos sois la duquesa y vos dictáis la ley...

—¡Has seguido exactamente mi razonamiento, Agatha!

—Entonces, ¿qué decidís?

—Me los llevaré a todos.

Mrs. Brodie suspiró.

—¿Cómo los mantendréis a raya?

—Me parecía obvio, Agatha: ¡Ramsay y tú, 'vendréis con nosotros!

Y así fue como tres días después, cinco carruajes, dos para pasajeros y tres para equipaje, emprendieron un largo y penoso viaje hacia Londres.

* * *

Residencia de la vizcondesa Queensbury
Londres

31 de octubre de 1810

La vizcondesa Queensbury se levantó inmediatamente al entrar la duquesa en el salón e hizo una perfecta e impecable reverencia en deferencia al título de Bridget.

Las dos mujeres, tan diferentes en edad, se quedaron mirándose sonrientes durante algunos segundos.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, excelencia.

—Desde hace mucho tiempo.

—Desde el funeral de George.

—Cierto, desde el funeral del vizconde, vuestro esposo: cuatro años, si no me equivoco.

—No os equivoquéis, excelencia, son cerca de cuatro años. Me honráis con vuestra visita.

—Según lo que piensa la nobleza londinense, parece que debería ser para mí un honor ser recibida aquí —dijo Lady Northcliff guiñando un ojo divertida.

—Eso parece. Pero sólo poquísimos nobles son lo bastante inteligentes para comprender que detesto enormemente impartir juicios y consejos a quienes son incapaces de entenderlos, y, siento decirlo, son la mayoría. Los que, como vos o los miembros de vuestra familia, no sienten la necesidad de figurar en la lista de mis protegidos son tan pocos que se pueden contar con los dedos de una mano, y son mis favoritos: saben moverse por los meandros de la sociedad inglesa con confianza y soltura, y eso basta para tenerlos por verdaderos iconos.

La duquesa rio mientras se quitaba los guantes.

—No sé si me agrada que me llamen icono; ¡suena a una cualidad propia de una mujer de más de noventa años!

—Puede ser, pero no conozco a nadie que esté tan lejos de serlo como vos: siempre os he considerado joven desde que os conozco —admitió la vizcondesa, observando que su interlocutora no mostraba, en absoluto, sus cuarenta y nueve años—, y viéndoos después de cuatro años, estoy dispuesta a seguir haciendo lo mismo.

—Tiene el sabor de un cumplido frívolo. Pero viniendo de vos tiene el valor de una sincera constatación de hecho.

—Me alegra que, a pesar de los años que nos han separado, recordéis cómo soy realmente.

—Nunca olvido a las personas francas y honestas, lady Queensbury, sobre todo si son famosas... ¡como vos!

La vizcondesa rio con ganas, cosa bastante rara.

—Sentémonos: tenemos tiempo de sobra para tomar el té antes de que Martha y las niñas regresen de la *City*. A pesar de la juventud de ambas, coincidí con Martha en que era conveniente que Nancy y Eleonor tuvieran un vestuario apropiado para el luto. Faltaban algunos accesorios como guantes, sombreros y cintas para completar el conjunto. Aunque las salidas siguen siendo muy escasas, a veces invito a las niñas a dar un paseo por Londres, acompañadas por mí, por supuesto. Martha no sale de buen grado y hoy ha hecho una excepción después de que yo levantara la voz.

—Algo casi inverosímil, lady Queensbury. Nunca la he oído elevar su tono de voz más allá de lo permitido en una conversación normal.

—Precisamente —suspiró lady Queensbury.

Entró una criada y, dejando su bandeja, empezó a servir. En cuanto terminó, hizo una reverencia y salió, cerrando la puerta.

—Decidme cómo está Martha.

—Está sufriendo muchísimo, la oigo llorar por la noche, la veo pálida y marchita. Pero se esfuerza por ocultarlo, intenta luchar, porque eso es lo que le prometió al querido Ernest... con escasos resultados, debo decir.

—Lo entiendo. Me gustaría quedarme. ¿Creéis que es una buena idea?

—Desde luego que sí. Estaré encantada de acogeros, si me concedéis el honor. Creo que vuestra presencia permanente puede dar mejores resultados, incluso para las chicas.

—Acepto gustosamente, también porque me gustaría estar aquí cuando llegue el nuevo conde de Hereford. Y no me cabe duda de que lo hará. ¿Estoy en lo cierto?

—Decís bien. Veréis, vuestra fiabilidad y discreción me permiten decir abiertamente que algunas de las actitudes de Andrew hacia Eleonor Grace han causado no poca preocupación a Martha, especialmente tras la lectura del testamento de Ernest.

—Martha me informó en una carta que llegó durante el viaje a Londres. Imagino que ciertas... digamos... reacciones del joven conde fueron dictadas por las decisiones que el querido Ernest tomó en su testamento.

—Exactamente.

La duquesa entornó los ojos, para nada satisfecha.

—Vizcondesa, hablemos claro: si antes Lord Andrew... es decir, el conde, aspiraba al dinero de la herencia de Lady Eleonor, ahora también aspira a lo que Ernest dejó a Eleonor para salvar lo que se pueda, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, excelencia, así es. Pero hay más. El conde, sobrino mío, está convencido de estar enamorado de Eleonor, según cuenta Martha. Así que se deja llevar por lo que considera un sincero interés por su prima, lo que le hace extremadamente fuerte en sus convicciones, pero igual de peligroso.

—Peligroso... ¿Insinuaciones insidiosas?

—Sí, definitivamente. Y no sólo las últimas... lleva ocurriendo desde hace años.

—Nada irreparable, por supuesto.

—Por supuesto. —La vizcondesa pareció recordar un episodio, tal vez algo que le habían contado, e intentó neutralizar el horror de lo que había vuelto a su mente adoptando un aire gravemente sostenido. Añadió en voz baja—: Sin embargo, algunos hechos son absolutamente

inconcebibles. Eleonor no es físicamente capaz de hacer frente a ciertas... agresiones. Puede que en el futuro sea menos afortunada.

Lady Northcliff entrecerró los ojos, mirándola fijamente.

—Comprendo.

El silencio reinó durante un minuto sin incomodar lo más mínimo a las dos mujeres, al contrario, siguieron sus pensamientos muy despreocupadamente mientras bebían a sorbos su té.

—No pueden esconderse aquí para siempre —afirmó la duquesa.

—Lo sé —dijo lady Queensbury, entregándole el plato de porcelana con los pastelitos.

—Un viaje podría servir para ganar tiempo hasta que lady Eleonor cumpla los veinticuatro años —se explicó lady Northcliff, mordiendo el sabroso pastel de hojaldre.

—Estoy de acuerdo, de hecho ya lo había pensado... París. Y yo las acompañaría.

La duquesa lo aprobó.

—¿Hasta cuándo?

—Julio de 1812 —respondió la vizcondesa simplemente en referencia al vigésimo cuarto cumpleaños de Eleonor.

—Demasiado tiempo.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero por ahora tendremos que conformarnos, me temo.

—Sí, luego ya veremos —convino lady Northcliff mientras terminaba su té.

—Tuve la temeridad de prepararos un aposento, excelencia, previendo, o más bien esperando, que quisierais quedaros.

—¡E hicisteis muy bien! No sería delicado admitirlo, pero estoy exhausta por tan largo viaje.

—Sólo un temperamento tenaz como el vuestro podría estar tan dispuesto, física y espiritualmente, para un viaje tan largo. ¿Cuántos días?

—Veinticinco, pero decidí hacer algunas paradas, incluyendo una más larga en King's Cottage, nuestro pabellón de caza cerca de Lynn Regis, Norfolk.

—Recuerdo haber oído hablar de ese cottage. Cerca de The Wash, si no ando equivocada.

—No os equivocáis. Los antepasados de mi marido afirmaban que el príncipe Juan pasó allí una noche. Tras la misteriosa desaparición de las riquezas que transportaba, los lugareños empezaron a fabular que el tesoro se lo había tragado el fango de las turbulentas aguas y los MacKendrick empezaron a llamar a su casa King's Cottage.

—Historia realmente extraordinaria, excelencia.

—Sí, tanto que a veces dudo de su veracidad. Para mí no es más que un lugar cómodo y acogedor: descansamos todos. Veréis, no estoy sola. Aparte de mi criada, mi ama de llaves y mi mayordomo, he permitido que algunos nuevos... miembros de nuestra residencia... me hagan compañía.

La vizcondesa entornó los ojos.

—¿Entonces son ciertos los rumores de que el duque ha salvado a unos niños?

—Dos niñas y un niño, para ser exactos. Además de la muchacha.

—Se rumorea sobre sus orígenes.

—Qué raro. Creía que cotillearían sobre el color de su piel.

—Por lo tanto, los rumores de que son de color negro también son ciertos.

—La muchacha y la niña mayor son negras como la pez, ¡y hermosísimas! Los otros dos, la pequeña Caroline y Jonathan son blancos.

La duquesa sonrió satisfecha al ver que había sorprendido a la mujer que era famosa por su inalterable compostura.

—¿Os he escandalizado? Quizás ahora no me recibáis con el mismo entusiasmo.

—Lady Northcliff, confieso que me sorprende, pero no me escandaliza lo más mínimo. Como ya os he dicho, sois un icono... un icono joven, y como tal ciertas elecciones inusuales, indecorosas para la mayoría, pueden convertirse, gracias a vos, en gestos de natural magnanimidad. De hecho, habéis de saber que, aunque no tenía la certeza de que fuera cierto, declaré abiertamente no sólo que aprobaba vuestro gesto, sino también que ciertos nobles falsamente caritativos deberían tomaros como ejemplo.

Lady Northcliff le sonrió, satisfecha de haber encontrado una buena aliada en cuestiones tan espinosas.

—Quisiera conocerlos —contestó inesperadamente la vizcondesa.

La duquesa la observó atentamente.

—Enviaré a mi criada a llamarles mañana por la mañana. Pero os lo advierto: Caroline os alterará con sus preguntas y comentarios. Es una especie de tornado con su constante cháchara.

—Entonces habrá diversión para todos —sonrió la vizcondesa.

Unas voces y el arrastre de unos zapatos inundaron el recibidor.

—Son ellas, están de vuelta —afirmó la vizcondesa.

* * *

16 de noviembre de 1810

—¿Se han ido?

—Sí, lord Hereford, se han ido —respondió el mayordomo de lady Queensbury—. Lamento constatar que no estéis al tanto, pero vuestra madre envió una carta para informaos.

—No he recibido ninguna carta —respondió claramente molesto Andrew.

—Probablemente mientras viajabais a Londres, la carta llegó a Ashford. La envié yo mismo, lord Hereford, el día antes de su partida.

Andrew reflexionó: en realidad había estado en Londres durante una semana, más o menos, y sin duda la carta enviada por su madre había llegado a Ashford sin que él supiera nada.

No se había decidido a visitar a su tía, la vizcondesa, temiendo que un encuentro oficial pudiera tener efectos indeseables sobre lo que se había propuesto hacer con su prima Eleonor.

Porque si su tía se hubiera opuesto abiertamente a su intención de casarse con ella, entonces cualquier movimiento posterior hecho en contra de su consejo habría despertado el reproche y la desaprobación colectiva de toda la nobleza inglesa.

—¿Cuándo se han ido?

—El 14, Lord Hereford.

—¿A dónde? Quiero decir, dame algo de información.

—A París. Pero no sé mucho más que eso, aparte de que la vizcondesa había manifestado en repetidas ocasiones su intención de alojarse en las ciudades europeas más bellas e importantes.

—No hay ciudades europeas que merezcan ser visitadas de aquí a París —recalcó irritado el conde.

—Imagino que la vizcondesa pretendía que las jóvenes viajaran, pero no sé si antes o después de estar en París.

Andrew permaneció en silencio, razonando. Estaba en la puerta de la residencia de la vizcondesa, vestido con el mayor esmero, como siempre, y con los ojos apenas enrojecidos y cansados por el corto descanso nocturno.

«Ni siquiera sabría dónde encontrarlas» pensó. «Deberían haberme avisado antes, después de todo ahora soy el conde, el cabeza de familia... De hecho, para ser exactos, deberían haberme pedido permiso. No me respetan... o tal vez... están huyendo... sí, ¡están huyendo! ¡Quieren

arrebatarme a Eleonor!».

—¡Tiene que haber alguien que sepa dónde harán la primera etapa! —exclamó Lord Hereford.

—Lady Queensbury no dijo nada... quería sorprender a las chicas...

—¡Maldita sea! —El conde estalló inesperadamente, haciendo que el mayordomo diera un respingo.

—Yo... lamento... no poder ser de ayuda, conde. Tal vez os apetezca sentaros —dijo amablemente el hombre, haciendo un gesto de invitación con el brazo—, y podría haceros probar uno de los tés que la vizcondesa trae regularmente de Oriente...

Pero el conde se volvió bruscamente para tomar la salida.

—Si tenéis alguna noticia o si alguno de los criados sabe hacia donde se dirigen, enviadme una nota, ¿entendido?

—Sí, Lord Hereford...

El mayordomo vio alejarse el faetón[5] del conde a una velocidad excesiva.

No le gustaba aquel joven y ahora bien podía afirmar que la vizcondesa había tenido razón al llamarle «viciado, engreído y a veces lo suficientemente grosero como para hacer creer a cualquiera que no formaba parte de los Hambrooks, ni de los Bradford». Pero le sorprendió que Lady Queensbury hubiera omitido el adjetivo alcohólico.

El inconfundible olor a alcohol y los ojos del conde no dejaban lugar a dudas.

Si lord Hereford no hubiera ido elegantemente vestido, como corresponde a un noble, habría podido pasar por uno de los jóvenes que frecuentaban asiduamente la taberna de la vecina aldea.

* * *

Aix-en-Provence
Francia

29 de abril de 1811

Nancy Jane fingía leer, pero no pudo evitar observar que su madre y su tía Mathilda hablaban con aire conspirador y que su madre sostenía una carta que acababa de llegar. Tocó el brazo de Eleonor para atraer su atención.

La prima estaba inmersa en la lectura de un tratado de lengua francesa y nada la distraería más que el contacto físico.

Ellie levantó la vista y sonrió.

Nancy señaló a las dos mujeres sentadas en el sofá junto a la chimenea encendida y las miró fijamente durante unos segundos, intentando captar algunas palabras de su conversación susurrada sin conseguirlo.

—No logro entenderlas —se expresó con gestos—. *No oigo. Susurran... y de vez en cuando miran hacia aquí para ver si hemos notado algo...*

—¿Qué pasa, Ellie?

—Una carta con malas noticias.

—¿Andrew?

—Es posible.

—Podría... ser de lord St. James...

—Entonces, ¿por qué no dártela ahora?

—Oh, Ellie, no lo entiendo... Pensaba que le gustaba...

—Le gustas. Pero estás de luto y sería indecoroso cortejarte en este momento.

—O bien ha encontrado a otra chica, guapa y normal, a la que cortejar. De hecho, puede que

ya esté comprometido.

—¡Vamos, Nancy! ¡Basta ya! ¿Normal? Tú eres normal, aunque seas absolutamente imaginativo. Deberías anotar las extrañas ideas que alumbra tu mente fingidamente ingenua.

—¿Fingidamente ingenua?

—¡Sí, exacto!

—Le escribiré otra vez —declaró con falsa convicción Nancy, sólo para poner a prueba a su prima.

—No. Aún no te ha contestado y sería inapropiado escribirle.

—Tal vez mi carta se haya perdido...

—Tal vez no. Al fin y al cabo, sólo han pasado unos diez días: ¡dale tiempo para recibirla y responder!

—Vale, vale —Nancy estaba ligeramente irritada, y Ellie sonrió ante esa actitud poco acorde con su naturaleza dulce.

Permanecieron en silencio, Nan hojeando su novela y Ellie su tratado en francés sobre remedios herbales.

Eleanor se perdió inmediatamente en sus fluidos pensamientos. Asumió un aire ebrio, con un dedo apoyado en su labio inferior.

«Nan se preocupa mucho por el marqués... es un hombre guapo, tengo que admitirlo, y es rico, con título, pero por encima de todo es una buena persona, de lo contrario no sería amigo del duque y al tío Ernest no le habría caído bien. Cómo echamos de menos al tío... pobre tía Martha. Sufre tanto y cree que nunca nos damos cuenta de que llora. Debe ser duro después de tanto amor y tantos años de matrimonio... ¡Me da pánico pensar cómo estaría yo en su lugar!

Aun así, ¡cómo me gustaría encontrar al compañero adecuado para toda mi vida! Y, caramba, ¡cómo me gustaría que fuera ese duque gruñón, misterioso e impenetrable! Si supiera que pienso en él todos los días... ¡qué vergüenza! Desde que supe lo que hizo por esa gente... ¡lo estimo enormemente!

Por cierto, debo escribirle a la pequeña Caroline: parece que siempre esperan ansiosas mis cartas y mis relatos sobre nuestro viaje a Europa. El sobre del duque debería llegar cualquier día de éstos... o más bien el del conde de Portland.

El tío Ernest hizo bien en dejarme ese dinero y que lo administrara el duque. ¡Si fuera por Andrew, no tendríamos con qué vivir! ¡Sigue gastando incluso lo poco que tiene, en lugar de mantener Ashford en buenas condiciones! ¡Maldito sea! Menos mal que Jenkins y Simmons nos mantienen informadas. Cuánto lo siento, la casa donde nací y crecí, casi abandonada. ¡Juro que si Andrew tocara fondo, intentaría recuperar Ashford con mi propio dinero!

Por cierto, espero que no nos encuentre, le tengo miedo... Debo encontrar la manera de salvarme o estoy segura de que él encontrará la manera de salvarse a sí mismo: ¡sería capaz de atacarme y violentarme con tal de asegurarse un matrimonio conmigo! La última vez, pensé que no me iba a librar de sus garras. ¡Gracias a Dios que nuestros fieles servidores nos vigilan!

Debo idear una solución permanente... Tal vez podría hablar abiertamente con lord March. Lawrence tiene buen corazón y lo entendería... aunque no parece inclinado al matrimonio. Pero seguramente es lo que debería hacer y es lo que sus padres esperan. Tal vez un matrimonio arreglado entre nosotros también complacería a los Wiltshire...

Sí, debo encontrar una solución... hoy no, ¡quiero disfrutar de este día soleado!».

—Nan, pidamos permiso a la tía para dar un paseo: me gustaría ir a tomar el té a esa bonita sala que hay junto al Hôtel de Ville —indicó con las manos.

—Me parece bien —respondió Nancy.

—*Démosles unos minutos más: ¡parece que aún tienen mucho de qué cuchichear!* —Eleonor cerró el libro y, a la espera de hablar con las dos mujeres, observó la primavera francesa en aquella maravillosa ciudad.

Se alojaban en un pequeño y encantador apartamento con vistas al Cours Mirabeau. El ensombrecido paseo que caracterizaba el Cours había fascinado de inmediato a Eleonor, dándole ideas para historias y relatos sobre personas que habían pasado por allí y seguían pasando a diario. Enseguida se había provisto de un cuaderno y lo llevaba siempre consigo.

En los momentos más inesperados, los transeúntes podían admirar a una hermosa joven de melena melosa, que cubría sus ojos elegantemente con unas adorables gafas doradas y escribía en un cuadernillo de cuero oscuro con un pequeño lápiz que solía guardar en un bolsillo.

Un día, mientras tomaba el té en una de las muchas salas donde se reunían los artistas, Eleonor no pudo resistir el impulso de poner por escrito ciertas ideas que había concebido mientras observaba a un grupo de jóvenes francesas.

Su ímpetu intrigó a un hombre bien parecido, moreno y nada bien vestido, que se acercó a ella para mirar el papel sobre el que pasaba rápidamente su lápiz, pero sólo entonces se dio cuenta de que la joven estaba escribiendo y no dibujando, como hubiera sido más apropiado para una mujer.

—¿Deseáis algo? —preguntó Eleonor, percatándose de la sombra que había detrás de ella.

—Disculpadme, *mademoiselle*, mi curiosidad es, como de costumbre, excesiva cuando se trata de pintura y dibujo... Veréis, me había convencido erróneamente de que estabais dibujando —se explicó el hombre con educación. Su sonrisa era hermosa, pero vagamente comprometedora. Era evidente que descubrir a una joven dedicada a la escritura le había maravillado.

—Como podéis ver —dijo Eleonor cándidamente—, estoy escribiendo.

Al hombre le habría gustado distraerse con ella, pero la frialdad de los ojos de las dos mujeres maduras sentadas junto a las chicas que le miraban fijamente le hizo desistir.

—Bueno... escritura, entonces, con vuestro permiso.

En cuanto se hubo alejado, Martha habló.

—En serio, Eleonor, ¿no puedes evitarlo?

—Está bien, tía, si te incomoda... —respondió Ellie cerrando el cuaderno.

Mathilda admiraba a Eleonor y su espíritu independiente y productivo, por lo que a menudo no estaba de acuerdo con la rigidez que mostraba Martha, pero también sabía que su hermana últimamente reaccionaba impulsada por el nerviosismo causado por la dolorosa ausencia de su marido y no por verdaderas convicciones; y Eleonor parecía haberlo comprendido, sin protestar nunca, sino más bien siguiéndole la corriente a su tía.

Cuando se encontraban a solas, Mathilda había señalado repetidamente a su hermana su exabrupto hacia Eleonor, consiguiendo tan sólo provocarle un llanto de desesperación, al que siguió una actitud espontáneamente afectuosa hacia su querida sobrina.

Eleonor seguía admirando los árboles movidos por una suave brisa que a intervalos irregulares dejaba filtrar la luz del sol de la tarde, creando un maravilloso bordado de luces y sombras en el suelo que pisaban, como un tejido de fino encaje.

Cogió el lápiz y escribió sus sensaciones, describiendo con minuciosa reflexión lo que la naturaleza creaba con tanta facilidad.

Nancy la observaba y leía. ¡Eleonor era tan buena escribiendo!

—*¡Me gusta. es hermosísimo!*

— *Gracias, Nan. Creo que ahora iré a ver a los artistas*. —Se puso en pie y dijo en voz alta —: Tía Martha, lady Queensbury, a Nancy Jane y a mí nos gustaría dar un paseo y quizás tomar

el té en una de las salas que ya conocemos. ¿ Os parece bien? ¿Nos vamos?

* * *

—¡Nos ordena, como cabeza de familia, que volvamos a Ashford inmediatamente! —susurró Martha excitada, mirando a las chicas sentadas al otro lado de la habitación. Al notar que su hermana no contestaba, sino que se limitaba a observarla pensativa, añadió—: ¿Cómo nos ha encontrado? Cambiamos de ciudad cada quince días, más o menos, para evitar que sus cartas nos lleguen —Miró de nuevo a las jóvenes por miedo a que comprendieran.

—¿Eleonor descarta por completo un matrimonio con Andrew?

El rostro horrorizado de Martha fue una respuesta lo suficientemente elocuente.

—¡Mathilda! Pero ¿hablas en serio? No puedo creer que tú...

—Cálmate, Martha, y no dejes que se fijen en ti. Te lo pregunto porque personalmente nunca he oído a Eleonor despreciar semejante idea. Puede que hable contigo de ello, y sé que alguna vez lo hizo con Ernest, porque tú me lo has contado. Pero nunca he oído a la chica decir abiertamente lo que piensa de Andrew.

—Pero Mathilda, eso es como decir que dudas de mis palabras... y eso me duele mucho.

—Te equivocas. Es más bien como decir que estoy de vuestra parte, pero Eleonor nunca me ha hablado confidencialmente y creo que es hora de que me lo cuentes todo.

—Todo lo que había que contar lo has oído de mí... —vaciló Martha, sin perder de vista a su hija y a su sobrina.

—No lo creo, Martha —respondió Mathilda susurrando—. No te ofendas, pero sigues siendo la madre de Andrew, y estoy segura de que Eleonor nunca, con todo el amor que te profesa, te habría contado verdades dolorosas y desagradables. Como también estoy segura de que hay mucho más de lo que sabes. Si he llegado a entender a esa chica como creo que lo he hecho, entonces queda mucho por saber.

Martha frunció el ceño: los razonamientos de su hermana no hacían mella y este inesperado descubrimiento la desconcertaba. Observó cómo las chicas las miraban de vez en cuando y sospechó que intentaban escuchar.

—A veces... —murmuró—, me preguntaba si había... algo más. Pero ahora... me duele sólo de pensarlo. Habla con ella, si crees que es lo correcto... pero te lo ruego... no quiero saber más de lo que ya sé.

—Está bien, Martha, si así lo deseas. Pero que sepas que desapruebo tu actitud. Esconder la cabeza en la arena nunca es sabio.

—No deseo saber más de lo que Ernest en su momento consideró oportuno que supiera. Si mi marido ha dicho que Ellie no debe casarse con Andrew porque nuestro hijo no es un buen hombre, entonces, por mucho que me duela admitirlo, ¡simplemente no se desposará con ella! En esto soy inflexible.

— Es justo que seas fiel a la voluntad de Ernest, pero también lo es conocer el motivo de esa voluntad. Ernest formuló una petición tan explícita como incuestionable, y creo que hay más cosas que saber. Ha llegado el momento de saberlo todo, de lo contrario no podríamos ayudar a Eleonor y a vosotras mismas. ¿Lo entiendes, Martha?

—Sí, lo entiendo. Haz lo que debas, pero no me cuentes nada.

Mathilda suspiró con desaprobación, pero justificó la reticencia de su hermana en tan difícil momento de su vida.

—Pues que así sea.

—¿Qué piensas de la carta? ¿Fingimos no haberla recibido?

—No. Demasiados testigos. Nos tomaremos más tiempo.

—¿Alguna excusa plausible para mantenernos aquí?

—Sí. Una enfermedad. Una enfermedad mía. Una gripe primaveral debería mantenerlo a raya al menos un mes más.

—Podría llegar a saber la verdad... —observó acertadamente Martha.

—Creo que es un riesgo que debemos correr.

—Evitemos decírselo a las chicas, Mathilda, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien. Pero antes de regresar, deberíamos acordarnos de comunicarles nuestros planes.

Martha asintió, volviéndose para mirar a Ellie, que estaba a punto de levantarse.

—Cuidado —susurró—, se acerca Eleonor.

—Tía Martha, Lady Queensbury, a Nancy Jane y a mí nos gustaría dar un paseo y quizás tomar el té en una de las salas que ya conocemos. ¿ Os parece bien? ¿Nos vamos?

CAPÍTULO 17

Shell Bay Manor, Fifeshire, en el Estuario de Forth, Escocia

17 de mayo de 1811

El duque de Northcliff regresó de su largo viaje a Oriente.

Tras hundir el barco francés, en el que había encontrado a Zaynab y a los niños, y haberlos dejado en el castillo, Keiran se había ocupado de los prisioneros.

Los retenidos por Wiltshire, al final, no habían dicho gran cosa, salvo confirmar que no conocían en persona al capitán al que todos llamaban el Mayor.

El prisionero que Wolf mantenía en un almacén de los *Docks* había decidido contar lo poco que sabía, no por voluntad propia, naturalmente. De hecho Daniel había tenido que ser bastante brusco. Después de amenazas que parecían no surtir efecto, había usado las manos, para satisfacción de Keiran, que se había quedado atrás.

El hombre, escupiendo sangre y saliva, había dicho que el dueño de la chalana era el Mayor pero que trabajaba para un noble cuyo nombre y aspecto desconocía; que a su vez era dueño de un barco en el que fingía transportar mercancías pero traía esclavos del norte de África para venderlos en el Nuevo Continente.

Sólo recordaba haber oído al Mayor llamarle Conde.

Este pequeño dato daba mucho que pensar. Mayor y Conde podrían haber sido simples apodos.

Sin embargo, lo más preocupante era que el prisionero, una vez puesto en libertad, había sido atropellado, muriendo en el acto, por un carruaje cuyos caballos parecían haberse vuelto locos, durante una noche en la que Londres estaba más desierto que de costumbre. Nadie lo había visto. Nadie lo sabía. Nadie conocía al difunto, ni nadie se presentó a preguntar por su cadáver.

Keiran y Daniel, tras aquellos sucesos de principios de marzo de 1810, habían partido hacia Oriente con su cargamento habitual, sabiendo que volverían al cabo de mucho tiempo.

Ahora Keiran estaba finalmente en casa.

En cuanto pisó el camino de grava de la Shell Bay Manor, su madre se dirigió hacia él sin ninguna formalidad, con los brazos extendidos y una alegre sonrisa iluminando su rostro enrojecido por el sol primaveral. Fue un abrazo conmovedor a los ojos de los sirvientes reunidos alrededor para saludar al duque y duró un largo minuto.

—Estás bien —Lady Northcliff dijo en una afirmación liberadora cuando se separó de su hijo.

—Sí, estoy bien.

—Esta barba te hace parecer muy tétrico e inquietante.

—Sabía que lo dirías.

Los dos volvieron a sonreírse, luego el duque se apartó y se dirigió a los presentes,

estrechándoles la mano, dispensándoles saludos y sonrisas, interesándose por sus familias, agachándose en un par de ocasiones para charlar alegremente con algunos niños.

Ramsay, de pie en los peldaños de la escalera, esperó pacientemente su turno junto a Agatha y reflexionó sobre cuánta diversidad surgía en la comparación entre el duque y su padre: sincero interés y austera indiferencia, espontaneidad y cálculo, equidad y parcialidad.

El duque se acercó a grandes zancadas, lanzó una rápida mirada jovial a Ramsay, que sonrió, pero tendió las manos a Mrs. Brodie, que ya se acercaba. Incluso aquel abrazo fue intenso y uno no pudo evitar darse cuenta del afecto que le unía al ama de llaves.

—Oh, excelencia, no está bien que un duque dé tanta confianza a un ama de llaves.

—Sí, lo sé, Agatha —respondió él, pero seguía abrazado a ella—, y con la seda que te he traído, me haré perdonar.

El ama de llaves se hizo a un lado sin dejar de sonreír complacida.

—Voy a prepararlo todo para un baño caliente y un buen afeitado. Se os ve muy sombrío con esa barba.

—Sabía que lo dirías.

Mientras Mrs. Brodie se alejaba, Ramsay se aproximó, hizo una reverencia y dijo:

—Me alegro mucho de que hayáis vuelto, excelencia, y sobre todo de ver que gozáis de buena salud.

El duque le ofreció la mano y Ramsay la cogió espontáneamente. Se miraron fijamente durante un momento y Keiran atrajo al hombre hacia sí para darle un breve abrazo.

—A veces pienso que debería llevarte conmigo, Ramsay. Pero estoy convencido de que mi madre lo desaprobaría.

—Yo también estoy convencido de ello, excelencia.

Entraron y la duquesa soltó el brazo de su hijo para permitirle subir a sus dependencias.

Su alcoba estaba tan limpia y ordenada como siempre.

Se quitó las botas y la corbata, a la espera de que los criados trajeran agua para llenar la bañera del pequeño cuarto de baño. Un excitado zapateado le hizo sonreír al pensar en lo que estaba a punto de ocurrir.

La niña estaba de pie bajo el umbral y lo cruzó corriendo con las manitas extendidas en un gesto que exigía ser correspondido.

Keiran no pudo evitar agacharse para cogerla al vuelo y abrazarla. Estaba perfumada y bien vestida.

—¡Duque! ¡Por fin has vuelto! Demasiado tiempo lejos, no está bien, sin embargo. ¿Pero dónde estabas? ¿Estaba Stone allí? ¿Y el Moro? A Zaynab le gusta el Moro, ¿lo sabías? Pero también le gusta Pitch. ¿Me has traído un regalo? ¿ Y a los demás también? Fueron a visitar a las familias de tus campesinos pero yo no, porque la duquesa dijo que estaba resfriada. ¿Oyes cómo tengo la voz?

—La oigo. ¿Te has enfriado?

—No lo sé. La duquesa dice que sí, pero no lo recuerdo. ¿Me has echado de menos?

—Cuando estoy fuera, os añoro a todos. Siempre es así.

—Entonces no te vayas más. ¿Por qué no le pides a Stone que haga de capitán? Entonces podrás estar siempre con nosotros.

—Un capitán no abandona nunca su nave y su tripulación.

—Ramsay siempre dice lo mismo. Tu hermano Roy no se parece a ti y me cae muy bien. Dice que soy muy salada y que nos traerá un regalo de su viaje.

—Yo también tengo regalos. Para todos.

—¿En serio? ¿Dónde? ¡Muéstramelos!

—No —dijo con decisión Keiran—, esperaremos a la hora del té, que tomaremos todos juntos. —Caroline no protestó y él pensó que su madre estaba haciendo un buen trabajo con la niña—. ¿Estás estudiando como te indiqué?

—¡Oh, sí, y soy muy buena! Sé escribir y leer, ya lo has visto en las cartitas que te he enviado. El conde de Portland dice que estoy capacitada. También tengo una amiga de... de... ¿Cómo se dice? ¡Ah, sí! ¡Una amiga por correspondencia!

Keiran la miró sin comprenderlo bien. La dejó en el suelo y la invitó a sentarse en sus rodillas, después de haberse acomodado en el sillón. Ella obedeció.

—Pero su escritura es de adultos y la duquesa me ayuda a leer. Tienes que contarme tus aventuras porque le prometí a Ellie que le hablaría de tu viaje. Ella dice que eres especial, pero yo ya lo sabía. ¿Sabes que tiene el pelo como la miel y los ojos como esmeraldas? ¿Sabes que ella y Nancy hablan con gestos porque Nan no oye?

La expresión de duda y sorpresa de Keiran hizo callar a la niña. Cuando menos se lo esperaba... allí aparecía de nuevo lady Eleonor en sus pensamientos, inesperadamente ya que no tenía ni idea de qué tenía que ver la bellísima mujer con la pequeña Caroline.

—Te has quedado de piedra, ¿verdad? ¿No sabías que las personas que no oyen pueden utilizar el lenguaje de signos? No te preocupes, no se lo diré a nadie.

—Gracias. ¿Cuándo viste a lady Eleonor?

—Cuando fuimos a Londres con la duquesa a visitar a su amiga, lady Hereford. ¿Sabías que su marido murió? ¿Y sabías que era un conde?

—Sí, lo sabía.

—Lady Queensbury nos acogió a todos. La duquesa no quería llevarnos al principio, pero luego cambió de opinión. Tal vez temía que tú no quisieras. No la regañes porque es duquesa, así que es una mujer importante. Fue muy divertido, y Eleonor me enseñó algunas palabras nuevas: conciencia, bonapartismo y racismo. Racismo es una palabra fea, no me gusta. Ahora Eleonor está en una localidad francesa... Aix... Aix-en...

—Aix-en-Provence.

—¡Sí, ésa! ¡Eres bueno con el francés! Eleonor también. Pero ella lo habla bien, muy bien. ¡Lo necesitará ahora que está en Francia! Su primo la está buscando... —Se tapó la boca con las manitas, dándose cuenta de que había hablado demasiado—. ¡No se lo digas a la duquesa, por favor!

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Keiran con gravedad.

—Las oí hablar de ello a lady Queensbury y a la duquesa... ¡No se lo digas a la duquesa! Ella me repite que no escuche las conversaciones de los mayores, pero a mí se me olvida...

—Eres una señorita y ciertas cosas deberías recordarlas.

Caroline inclinó la cabeza en señal de arrepentimiento y aceptación de la reprimenda.

—De acuerdo, duque, te prometo que me acordaré. ¿Me perdonas?

—Te perdono, pero esfuérzate siempre con convicción por seguir las enseñanzas de la duquesa. Sólo así llegarás a ser una chica educada e instruida.

—Eleonor también dice lo mismo.

—¿Lo mismo?

—Que la educación y la cultura son como... como... las raíces de un árbol, ¡eso es! ¡Y nosotros somos como árboles! Y sin raíces el árbol se cae. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente —le respondió él.

—¿Es verdad que eres un pirata?

—¿Cómo?

—He oído decir a algunos criados que... —se tapó de nuevo la boca.

—Caroline.

—Discúlpame —dijo la pequeña—, pero, ¿eres un pirata?

—Éste no es un tema para una niña, Caroline. La duquesa no lo aprobaría.

—Vale. Entonces no lo hablaré más... bueno... lo intentaré.

—Excelencia, ¿podemos llenar la bañera?

—Claro, Ben.

—Es cierto que cuando estáis solos, ¿Ben puede tutearte? —preguntó la pequeña en voz muy baja.

—¿Y eso dónde lo has oído?

—Me lo dijo Ramsay, yo no he espiado, ¡lo juro! ¿Entonces? ¿Puede tutearte?

—Sí.

—Yo también puedo, pero tranquilo: cuando hay otras personas sé cómo comportarme... —dijo Caroline en voz baja.

Ben volvió a pasar y la niña decidió mostrar su educación.

—Excelencia... si queréis... me voy, así tú... vos podéis daros el baño...

Ben salió.

—¿Has visto? ¿Soy buena? La duquesa dice que aprendo deprisa. ¿Crees que podré llegar a ser como tú?

—Espero que mejor, Caroline —respondió, recordando su poco satisfactorio historial de aprendizaje.

—¡Bien! ¡Quiero llegar a ser tan poderosa como tú, no, quiero saberlo todo y llegar a ser como Eleonor! No te preocupes: sólo la tuteo cuando estamos solas.

—Es reconfortante saberlo —sonrió Keiran—. Ahora vete. Necesito arreglarme.

—¡Ya lo creo! No quería ofenderte y no te lo he dicho de entrada porque la duquesa dice que hay que ser... ser... delicado, ¡eso es! ¡Pero esa barba te hace parecer malo! ¡Entonces no te quejes si creen que eres un pirata! Bueno, adiós, duque. Te espero para el té y no te olvides de los regalos, ¿entendido? —Le dio un beso en la mejilla—. Pero está suave... ¡tenía razón Ellie!

Ella salió dando saltitos, dejándole atónito ante la última e inesperada revelación. ¿Sabía Lady Eleonor que su barba era suave? Ella no podía saberlo, luego se lo había figurado, así que pensaba en él... quizá.

Se pasó los dedos por la cara, recordando a la mujer que había invadido sus sueños y fantasías durante meses.

* * *

Era tarde y todos se habían retirado a sus habitaciones.

Keiran no podía quitarse a lady Eleonor de la cabeza y durante toda la cena no había hecho otra cosa que imaginarse teniéndola en sus brazos, tal y como le ocurría en sueños.

Se consideraba un necio por tales pensamientos y lo único cuerdo que podía hacer era visitar a Mary Connelly y encontrar algún alivio con ella.

Obviamente la joven pelirroja lo esperaba ansiosa porque se había enterado de su regreso.

—Cuando he leído tu nota me he zambullido en la bañera que me regalaste, ¡después de verter en ella un frasco entero de aromas perfumados! —exclamó ella, invitándole a entrar en la casa.

Él sonrió divertido, pero no pronunció palabra.

—Espero que me traigas más...

Keiran levantó una gastada bolsa de cuero y se la entregó a Mary.

A la joven se le iluminaron los ojos y se dedicó a ordenar el contenido mientras él se sentaba junto al fuego después de servirse el scotch de la estantería.

—No es todo para ti, Mary. Dale algo también a tu prima —le advirtió en tono severo.

—¡Gracias, lord Northcliff! —exclamó Christel feliz.

—¿Estás cansado? —le preguntó Mary, levantando en el aire un retazo de la tela ligera que le servía de vestido. Estaba preciosa.

—Un poco.

Christel se despidió y se encerró en la habitación que utilizaban para planchar y coser, detrás de la cocina.

—Pareces pensativo —aseveró, mirándole fijamente. Mary había oído hablar de las personas encontradas en el barco francés y conocía a Keiran lo bastante bien y desde hacía tiempo como para estar segura de que los acontecimientos que acababa de vivir le habían puesto a prueba—. Nos enteramos de lo que pasó —añadió, dirigiéndole una mirada de solidaridad.

Él asintió brevemente y se bebió todo el contenido del vaso. Luego volvió a observar las brillantes llamas del interior de la chimenea.

Mary lo estudió, arriesgándose a que él percibiera sus ojos escrutadores.

Se rumoreaba que el duque se había tomado muy a pecho la frágil situación de la joven hija de un conde amigo suyo, que había muerto con su esposa en un accidente, y se decía que sentía debilidad por ella.

Mary sospechaba que su aire reflexivo se debía a ello.

Keiran volvió la cabeza y la miró fijamente.

Sí, él había percibido sus preocupaciones.

—¿Subimos? —le propuso ella dulcemente.

Keiran la siguió.

El dormitorio de Mary siempre estaba caldeado y perfumado con lavanda.

—Nunca te he prometido nada, Mary, lo sabes, ¿verdad? —le preguntó Keiran en voz baja entornando los ojos.

La muchacha rio.

—¿Temes que me haga ilusiones? Sabes de sobra que no es así —exclamó mientras se desnudaba.

En cuanto terminó, se acercó a él y le tendió las manos, esperando a que se las cogiera.

—Compruébalo por ti mismo, duque de Northcliff —lo retó—. Nunca me he hecho ilusiones. Sé que tenemos un entendimiento especial, pero nunca habrá nada más que eso. Sólo estoy preocupada porque te tengo cariño. Te mereces una esposa que te comprenda y te quiera por lo que eres. Y quiero que eso ocurra, tarde o temprano, sin que sufras. Eso es todo.

Keiran miraba fijamente a la joven, buscando en su mente las sensaciones que le llegaban.

Sí, Mary decía la verdad.

—Te creo —sentenció con seguridad. Sólo después de hablar le tomó las manos.

—Ella... ¿te gusta tanto?

—No lo sé.

—Sin embargo, la gente no hablaría de ello si no fuera porque...

—Me preocupo por ella y no quiero que le pase nada malo —se apresuró a explicarle para no tener que añadir nada más—. En cuanto a nosotros, sabes que no será así siempre, Mary.

—Ya te he dicho que nunca me he hecho ilusiones...

—Quiero decir que no quiero que te conformes. Tienes que seguir adelante, casarte, abrir una sastrería, si es lo que quieres. Vales demasiado como para limitarte a ser criada y vivir en el

bosque.

—¿Me estás echando de tu propiedad, lord Northcliff? —bromeó Mary.

Keiran se apartó y empezó a desvestirse. Se quedó desnudo delante de ella, con su erección alzándose sin pudor alguno.

—Te he comprado un pequeño cottage en las afueras de Edimburgo. Ya está a tu nombre.

Mary abrió los ojos con asombro.

—No... quiero que tú...

—Perteneció a un viejo noble caído en desgracia que pasaba sus días pintando en una enorme sala trasera iluminada por grandes ventanales. Allí montarás tu sastrería.

—No, no creo que...

—Mary —la amonestó en tono severo.

—Es todo... muy raro.

—Es todo muy justo y lo sabes —dijo Keiran—. Apaga ahora las velas.

A Mary le pareció insólita la petición, pero no dijo nada. A él le gustaba observar mientras hacían el amor.

Se deslizaron bajo el cobertor de piel.

—¿Vendrás a verme igualmente? —preguntó ella mientras Keiran acariciaba su suave y redondeado cuerpo.

—Te portarás bien, Mary, que quede claro. No quiero que tengas ningún hombre, incluyéndome a mí, hasta que encuentres uno que te merezcas como esposa.

—Lo dices... ¿en serio? —jadeó, conteniendo la respiración al sentir su mano deslizarse entre sus piernas.

—Te controlaré. Así que actúa en consecuencia.

—Dios mío... —murmuró Mary arqueándose.

—¿Qué? ¿No quieres que te controle o es por esto? —le preguntó, excitando los pliegues gelatinosos que se ofrecían a sus dedos.

—Esto... por esto... continúa... más...

Keiran se inclinó para besarla, torturándola con unos labios exigentes. Descendió para jugar con sus pezones, primero lamiendo lentamente sus areolas hasta que ella estuvo a punto de correrse, luego mordisqueando las puntas sobresalientes que reclamaban su atención. Sentía lo húmeda que se estaba poniendo y sus suspiros lo excitaron tanto que se detuvo.

La agarró por las caderas y la giró bruscamente. La penetró de un solo golpe, sin encontrar fricción alguna.

Mary se ancló en las almohadas blancas que reposaban sobre el cabecero y esperó ansiosa los firmes empujones. Unos intensos temblores la desbordaron y la obligaron a gemir.

Keiran se movió rítmicamente, se dejó llevar por la penumbra que había deseado y fingió que el disfrute de aquellos momentos era compartido por otra mujer, una *lady* de melena rubia como la miel, vivaracha y burlona. Apretó los dientes en un esfuerzo por controlarse.

Atrajo a Mary hacia sí, cruzando los brazos sobre su torso, buscando sus pechos que colgaban en un movimiento erótico. Fue cuestión de segundos, pues bastó para estimularla lo suficiente como para provocarle un orgasmo.

Ella gritó de placer, empujando las caderas hacia atrás, abriéndose para él y exigiendo ser colmada por su palpitante dureza.

Keiran dejó escapar un jadeo mientras cerraba los ojos e imaginaba que tenía a Eleonor Hambrook en sus brazos.

* * *

Wiltshire House
Mayfair, Londres

18 de noviembre de 1811

—¡Caramba, tía Martha! ¡Apenas de vuelta y ya estamos invitadas a una cena importante!

—No exageres, Ellie. Los marqueses sólo querían darnos la bienvenida con una cena informal, de lo contrario habría declinado. Todavía estamos de luto, no lo olvidéis, queridas —aconsejó Martha, al tiempo que se frotaba las manos.

La tarde era bastante fría y el cielo estaba oscuro por la inminente lluvia.

Eleonor y Nancy se miraron sonrientes. Ambas eran conscientes de que el luto no les permitía gozar de libertad y siempre se habían comportado apropiadamente, incluso durante el viaje con lady Queensbury. Sabían que sólo unos pocos amigos de los marqueses estarían presentes en la cena, sin embargo, una euforia juvenil y genuina persistía en sus corazones.

Vestidas sobriamente por respeto a la reciente pérdida, estaban, sin embargo, muy elegantes: Nancy llevaba un vestido gris claro con bordes negros y un lazo del mismo color en el pelo; Eleonor llevaba un vestido gris oscuro, de corte recto para no resaltar ciertas curvas que no le gustaban, y el pelo recogido en un sencillo moño que, sin embargo, no le restaba belleza.

Desde que habían regresado, la insistencia de Andrew en miradas y acosos la habían llevado a intentar por todos los medios pasar desapercibida, es más, a ser posible invisible y deslucida. Había empezado a recogerse el cabello en un nudo severo, a alargar la ropa y a comprimirse los pechos en apretados e incómodos vendajes. Cuando Hettie reparó en las vendas, lamentó que su ama no se apreciara y señaló que muchas mujeres habrían pagado oro por unos pechos como los suyos. Maggie, que por su parte lo sabía todo, aunque aprobaba el aprecio de su amiga, había adivinado bien la verdadera motivación de una elección tan inusual en una época en que las mujeres, incluso las más morigeradas, exhibían lo que tenían para atraer a los hombres al matrimonio.

—*¿Quiénes serán los invitados?* —preguntó Nancy.

Eleonor intuyó que su prima esperaba ver al marqués de St. James.

—*Estamos llegando, así sabrás si él está allí..*

—*Te estás burlando de mí...*

—*En absoluto. ¿Acaso yo no espero encontrar al duque?*

—*¿De verdad?*

—*Sí, de verdad*.

Las chicas se miraron y se rieron. Martha sonrió aunque no sabía la razón.

—*Desde luego no lucimos demasiado con ropa tan poco femenina* —declaró Nancy.

—*Sí, pero entonces estaremos seguras de que se nos aprecia por razones más profundas* —sentenció sabiamente Eleonor.

El carruaje se detuvo.

La entrada a la casa de los Wiltshire fue silenciosa e informal. El marqués salió a su encuentro y, tras el besamanos a Martha, tomó las manos de las chicas para expresar el placer que le producía volver a verlas, un gesto poco habitual y ciertamente indecoroso tratándose de mujeres solteras. Pero dio por sentada una cierta confianza adquirida a lo largo de los años de amistad.

—Espero de todo corazón que el viaje os haya beneficiado a todas.

—Lord Wiltshire, como podéis imaginar, el vacío que ha dejado mi amado esposo es insalvable. Sin embargo, admito que un cambio de aires era una forma de... alejarme un poco del dolor y darles un respiro a mis queridas hijas.

El marqués, hombre de una pieza, se sintió conmovido por estas palabras, sobre todo al notar que lady Hereford llamaba a su hija lady Eleonor: era un gesto que la honraba y la ponía por encima de la mayoría de las mujeres que él conocía.

—Vamos, os acompañaré al salón, donde Winifred ya está agasajando a nuestros amigos.

Cuando entraron en el salón, todas las cabezas se volvieron, y tanto Nancy como Eleonor contuvieron la respiración. Lady Wiltshire, que sonrió en cuanto las vio, conversaba con el duque de Northcliff, que mantenía una mano en el bolsillo de su pantalón largo, según la moda dictada por lord Brummell, en una postura relajada; Alice, la hija de la marquesa, escuchaba cortésmente sus conversaciones, y a su lado lord Roy, el hermano del duque, tomaba un aperitivo e intercambiaba con ella alguna palabra de vez en cuando; frente a la chimenea, con una mano apoyada en la repisa en actitud despreocupada, estaba el marqués de St. James en estrecha conversación con el conde de March, Lawrence, hijo del marqués de Wiltshire; la duquesa de Northcliff estaba sentada cómodamente al lado del conde de Portland.

—Como podéis ver —susurró lord Wiltshire—, sólo amigos íntimos que vos, condesa, conocéis de sobra.

—Os lo agradezco, lord Wiltshire. Habéis sido muy gentil conmigo y aprecio mucho la compañía de amigos sinceros.

La marquesa acudió a recibir a Martha, seguida de inmediato por la duquesa. Las tres mujeres se estrecharon la mano. Winnie y Bridget besaron a Martha, permitiéndose un gesto que en otro contexto y en presencia de personas poco intimas no habría sido aprobado.

—Será una velada tranquila, Martha.

—Gracias, Winnie, gracias de todo corazón, también en nombre de las chicas.

—Queridas mías. Estáis monísimas: viajar os ha sentado muy bien. Tuve la oportunidad de conversar con lady Queensbury, quien elogió vuestra agradable compañía —explicó la marquesa a Eleonor y Nancy—, declarando que vuestra educación no tiene parangón y que, si volviera a viajar en el futuro, volvería a reclamar vuestra presencia.

—Lady Queensbury fue muy amable al hablar de nosotras en esos términos —respondió Eleonor mientras Nancy asentía con la cabeza.

—Oh, queridas, no os menospreciéis. Ahora lo he decidido: si tuviera que irme de viaje, ¡también os pediría que me acompañarais!

Todos los presentes rieron.

—Mi mujer está falsamente convencida de que la dejaría ir sin mí —guiñó un ojo lord Wiltshire en dirección a los presentes, despertando más risas de comprensión.

—No te entiendo, Cyrus. ¿Quiere decir que tú puedes viajar solo y yo no?

—Eso es exactamente lo que he dicho, querida. Estoy convencido de que las jóvenes, que son maravillosas, están de acuerdo conmigo. —El marqués miró abiertamente a las chicas, esperando su apoyo.

Todos los presentes, excepto las tres mujeres que acababan de llegar, sabían que lord Wiltshire apoyaba en privado la independencia femenina y, por lo tanto, comprendieron enseguida su falso aire de machista convencido.

—Lord Wiltshire... —comenzó a hablar Eleonor incómoda, sabiendo que no era capaz de mentir ni siquiera por el bien de tía Martha—, no creo que yo sea la persona más indicada para ofreceros solidaridad en ese sentido...

—¿Qué queréis decir, lady Eleonor?

—Bien, pues que, tal vez se os olvide lo defensora que soy yo de la independencia femenina...

—Cyrus, explícaselo —la agradable voz del duque hizo que el corazón de Eleonor latiese más

deprisa—, o acabará creyendo que eres un redomado machista.

—¿No lo es? —preguntó cándidamente Eleonor con una de sus maravillosas y desconcertantes sonrisas. También había inclinado la cabeza, en uno de esos movimientos convincentes que enloquecían a los jóvenes, y al mismo tiempo se inclinó en señal de saludo al duque.

Keiran la miró con pasión, deseando estar a solas con ella. Sólo tardó unos segundos en darse cuenta de que algo más rondaba a la muchacha, pero no supo exactamente qué. Tal vez el cabello severamente recortado la hacía parecer resignada... tal vez la línea de su vestido era demasiado abundante...

Martha contuvo la respiración, temiendo que Eleonor estuviera a punto de cometer una metedura de pata.

Pero la carcajada espontánea del marqués disipó toda duda.

—Lady Eleonor, adoro interpretar el papel de marido machista y posesivo, pero entre los amigos que me conocen bien no hay discusión: saben que, después de todo, yo podría ser... ¡Carole O'Green!

—*¡Dios mío!* —gesticuló encendidamente Nancy, atrayendo la atención del duque y del marqués de St. James—. *¿Sabe algo?*

—*No lo creo, Nancy... Tu marqués te mira*.

—*¡Ya lo veo!*

—*Está saludando...*

Se inclinaron ante el marqués, que hizo lo mismo. Eleonor percibió una rápida mirada de comprensión entre él y el duque, pero no comprendió el significado de la misma.

—¿Me equivoco o profesáis admiración por Carole O'Green? —preguntó Eleonor al marqués de Wiltshire sin lograr contenerse.

—No os equivocáis. Miss O'Green dice lo que hay que decir. Desde luego, el hecho de que sea mujer requeriría más cuidado por su parte a la hora de expresarse. Sin embargo, decir lo que hay que decir a veces requiere un lenguaje directo y contundente, a expensas del decoro y la respetabilidad.

—Debería haber firmado con un nombre masculino —intervino lady Northcliff asombrando a todos—. Sí, en serio. Pensadlo bien. Con un nombre masculino no sería criticada por los temas que trata, sino aclamada como un héroe.

—No quiere ser aclamada como un héroe, sino como una heroína. Quiere que se sepa que es una mujer —sostuvo lord Northcliff.

—No creo que quiera ser aclamada por nada, excelencia. Ni como héroe ni como heroína. Posiblemente sólo sea un sentido innato de la justicia —dijo Eleonor mirándolo a los ojos—. *Si hubiera tenido la certeza de que él también iba a estar aquí...* —dijo Eleonor a su prima—, *habría elegido un vestido más...*

—*¿No hablabas de apreciar los dones más profundos?* —se mofó de ella Nancy.

—*¡Basta!*

Keiran se esforzó por mostrarse indiferente, pero el diálogo gestual entre las dos primas era demasiado gracioso. Miró a Daniel, que sonreía divertido.

Eleonor sintió los penetrantes ojos del duque clavados en ella. Supuso que sentía curiosidad por lo que había dicho Nan.

— Mi prima... dice que héroe o heroína... Carole O'Green consigue sin duda alguna que se hable de ella...

Alice apareció.

—Amigas mías, ¡cómo me alegro de veros! —Se tomaron las manos de manera confidencial

—. He estado tan cerca de vosotras con mi corazón después de...

—Gracias, Alice. ¡Siempre eres tan espontánea con tu afecto...! —exclamó Eleonor.

—*Tus cartas nos han alentado. ¡Gracias!* —Nancy adoraba el espíritu vivaz de Alice y, tras la muerte de su padre, encontró un soplo de aire fresco en la despreocupada hilaridad de su amiga.

—Lady Nancy, lady Eleonor, después de tanto tiempo en Francia, ¿cómo encontráis Inglaterra? —preguntó Lawrence, inclinándose para saludarles.

—Lord March, personalmente, de los franceses he apreciado su lado artístico en todas sus formas, incluidas ciertas rarezas de la moda parisina. Pero la compulsión a hablar y pensar según las... sagradas normas del «gran y todopoderoso Napoleón» no está hecha para mí. Me encanta expresar mis ideas y respeto a los hombres que lo hacen con pasión y sinceridad.

—Habéis... ¿tenido problemas en tal sentido, lady Eleonor? —preguntó interesado lord Wiltshire.

—Digamos que no me gustó el esfuerzo francés por conformarse con Napoleón en todos los sentidos. En resumen, si uno cree en él... ¡estupendo! Pero si no lo cree... tiene que hacerlo, de lo contrario es tachado de espía inglés o jacobino.

La afirmación no sólo conmovió a Martha, sino que despertó gran interés entre los hombres. El tema de la política y de los hechos a ella inherentes nunca eran objeto de conversaciones femeninas, por lo que oír hablar de ello a una mujer joven suscitaba curiosidad.

—Interesante, verdaderamente interesante —dijo lord Wiltshire—. ¿Habéis conocido a algún jacobino francés?

—Oh sí. Los círculos artísticos están llenos de ellos. Imagino que la motivación está relacionada con el bajo estatus económico y social de aquéllos, que orienta sus preferencias hacia un gobierno antimonárquico.

—Sí, estoy de acuerdo con vos —admitió el marqués, admirado por los conocimientos de la muchacha.

Eleonor observó que Nancy se alejaba con Alice y Lawrence, observada insistentemente por lord St. James. Esto la complació. En ese momento vio que el conde de Portland se adelantaba y la saludaba, inclinando apenas la cabeza.

—Siempre es un placer veros, lady Eleonor.

—Lord Portland, también para mí. Espero que vuestro enfriamiento veraniego haya pasado rápido.

—¡Ah, os acordabais! Sí, pasó rápidamente. Sospecho que en realidad fue un episodio alérgico.

El duque escuchaba y no le agradaba en absoluto. «¿Cuándo se han visto estos dos? ¿De qué enfriamiento hablan? ¿Y por qué tanta confianza?».

—¿Os habéis encontrado mal?

—Sí, excelencia, mientras vos estabais de viaje.

Keiran iba a pedir más explicaciones, pero Eleonor se le adelantó.

—¿Estornudos frecuentes, prurito en los ojos, garganta, en el interior de los oídos...?

—Bueno... en realidad, sí, lady Eleonor, así es... sí a todo...

—Alergia.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué debo hacer?

—Nada, a menos que aparezcan complicaciones respiratorias. Verá, a veces una reacción alérgica se manifiesta con erupciones cutáneas que causan picazón e hinchazón en el cuerpo, pero en ocasiones éstas aparecen internamente, en la garganta. La hinchazón impide que el aire pase, y el riesgo... es de asfixia.

—Me dais miedo, lady Eleonor... Sin embargo, no me había sucedido nunca...

—Estad tranquilo, lord Portland, por lo general, ciertos episodios graves se producen a una edad temprana... quiero decir, no es que vos seáis mayor, entendámonos.

—¡Mi querida Eleonor —intervino lady Wiltshire—, me dejáis anonadada por vuestros conocimientos de... de todo, en realidad! ¿Nos sorprenderéis también aconsejándole una cura al conde?

—Bueno... —respondió ella esbozando una deliciosa sonrisa—, si el conde lo desea... podría sugerirle algunas hierbas para tener a mano...

El conde y la marquesa se miraron asombrados.

El duque la miró fijamente, como si le costara creer que aquella criatura tan especial fuese real.

—Os lo ruego, decidme la cura. Estaría más tranquilo sabiendo que tengo un remedio.

Eleonor sonrió satisfecha y, ante la mirada atónita de los presentes, se metió una mano en el bolsillo y sacó un cuadernito y un lápiz; luego, con la otra, cogió unas preciosas gafas doradas y se las puso. Escribió unas líneas, mientras un silencio de asombro la envolvía.

Obviamente, con la cabeza inclinada, no podía ver la admiración en los ojos del conde de Portland. Pero Keiran sí, y no le había gustado nada.

Lady Wiltshire, experta en relaciones humanas, sonreía divertida ante la escena. Había tenido razón, la duquesa, cuando años atrás le había dado la razón a Sophie, que llamaba a su joven hija «una atracción para los jovencitos, pero para nada común, sino más bien insólita por su forma convincente y hechizante de presentarse al mundo, utilizando la inteligencia como primera arma y la belleza como segunda. Y todo ello sin hacerlo deliberadamente».

—Aquí está —dijo Eleonor entregándole la hoja arrancada del cuaderno—. Tened estas hierbas siempre al alcance de la mano, sólo por precaución.

—Gracias, lady Eleonor, sois increíblemente amable y venís preparadísima. Pero cómo sabéis...

—Lady Eleonor —intervino el duque—, ama el conocimiento. Especialmente el conocimiento médico. —Fue una afirmación contundente con la que lord Northcliff quiso transmitir al conde el mensaje de que conocía a lady Eleonor desde hacía mucho tiempo y mejor que él, como si tuviera prioridad.

Esta actitud hizo sonreír a lady Wiltshire, que ya no dudaba del interés del duque por la muchacha.

Eleonor guardó su cuaderno y sus gafas con elegante despreocupación.

—Os quedan muy bien —dijo el duque sin pensárselo.

Eleonor le sonrió encantada de haber despertado su interés.

—Lord Portland está corriendo un gran riesgo sin saberlo —afirmó Daniel, susurrando de modo que sólo lo escuchara lady Northcliff.

—Alguien tendrá que advertirle. ¿Os encargáis de eso, Daniel?

—Sí, lady Northcliff, creo que tendré que hacerlo yo. Pero... ¿quién advertirá a Blake de su evidente encaprichamiento con la joven? Porque no me cabe duda de que ni siquiera se ha molestado en preguntarse por qué ha desarrollado una obsesión tan posesiva con lady Eleonor.

—Puedo ocuparme de eso, Daniel —respondió suspirando la duquesa.

—¿Os gusta la chica, si me permitís preguntároslo?

—Sí, Daniel, me gusta. Pero no entiendo aún si ella será un hueso duro de roer para él, o viceversa.

La estruendosa carcajada del marqués hizo que los presentes se giraran.

—Si te ríes de la expresión de Kein, ten cuidado de no hacerte oír —le susurró Roy.

—Roy, no seas irreverente con el duque —lo amonestó su madre—. Tarde o temprano a ti te pasará algo parecido, ya verás.

Roy torció la boca con escepticismo.

Le gustaban las chicas guapas y Alice era su favorita, pero la pasión que leía en los ojos de Kein era algo totalmente distinto. Se dio cuenta de que tal vez tenía que ir despacio con Alice, para evitar darle una amarga decepción.

—Para esta noche sólo tengo una certeza: mantenerme alejado de lady Eleonor, so pena de las miradas asesinas de Kein. Me he limitado a una reverencia formal para saludarla y haré lo mismo para despedirme.

—Previsor, Roy, muy previsor, de verdad —murmuró Daniel estudiando el perfil de lady Nancy que hablaba con lady Alice y lord March.

—¿Y tú, mejor? —le preguntó Roy indicando con la cabeza la chica objeto de sus miradas.

—No digas nada —lo amenazó Daniel.

—La proximidad de mi hermano te perjudica —replicó ofendido Roy.

En ese momento, el mayordomo apareció en el umbral y le hizo señas a la marquesa de Wiltshire.

—La cena está servida, queridos.

Al oír estas palabras, se produjo un ritual espontáneo: A lady Wiltshire la acompañaba el duque, el más importante en rango; lord Wiltshire guiaba a la duquesa por la misma razón de etiqueta, y dado que la condesa de Hereford era la única de edad avanzada que quedaba sin acompañante, lord March, como hijo del anfitrión, le ofreció su brazo. Todos los demás avanzaron informalmente, charlando y riendo.

Los asientos estaban señalados con una sencilla tarjeta manuscrita, colocada sobre unos encantadores delfines de plata.

—Cena informal, como prometimos —explicó lady Wiltshire—. La disposición de los asientos no es exactamente la prescrita por la etiqueta, pero para facilitar la labor de los comensales, he optado por una disposición más informal.

Los presentes hicieron comentarios positivos y tomaron asiento.

Los anfitriones estaban en la cabecera de la mesa; a la derecha del marqués se encontraban la duquesa de Northcliff, el conde de March, lady Nancy, el marqués de St. James y, por último, lady Hereford junto a la anfitriona. A la derecha de ésta los comensales eran el duque de Northcliff, lady Eleonor, el conde de Portland, lady Alice y lord MacKendrick a la izquierda de la anfitriona.

Eleonor y Nancy se dirigieron una rápida mirada de comprensión. Ambas estaban sentadas junto al hombre que deseaban.

—*¿Contenta?* —preguntó Eleonor con mucho descaro, pensando que no la entenderían.

Daniel levantó la vista, muy interesado.

—*¡No te hagas la superior! ¿Crees que no sé que estás más eufórica que yo porque tienes a tu lado a tu misterioso Duque Negro?*

Keiran cerró la boca en una mueca para no arriesgarse a traicionar el estupor que sentía.

—*Para mí no lo es, Nancy.*

—*¿Cómo? ¿Negro o misterioso?*

Los ojos curiosos del conde de Portland, sentado a su derecha, la obligaron a inventar algo para justificar el diálogo con su prima.

—Nan se siente especialmente feliz cuando está en una posición central, entre los comensales:

así le resulta más fácil captar todas las conversaciones. —Luego marcó de nuevo con sus manos —: *Misterioso. Para mí no es misterioso.*

—Ciertamente —dijo el conde de Portland, colocando su cabeza junto a la de ella—, lady Wiltshire demuestra una delicadeza innata con todos sus invitados. Es una mujer extremadamente educada.

Su gesto no había escapado al duque: el conde estaba demasiado interesado en lady Eleonor.

—Estoy totalmente de acuerdo con vos —le respondió Ellie con una sonrisa—. *No te agobies, Nan: suspirabas por él y ahora que lo tienes a tu lado, intenta ser... como siempre eres. Le gustas, lo sé.*

—*Un momento... el corazón me late demasiado fuerte...*

—Lady Wiltshire, mi prima Nancy dice que sois muy considerada al asignarle ese sitio: le encanta poder observar fácilmente a todos los comensales.

—Me llena de dicha, querida mía —respondió la marquesa mirando a Nancy y sonriéndole.

Eleonor observó que lord St. James aprovechaba la ocasión para conversar con Nancy.

La prima, con su dulce expresión emocionada, parecía hermosa y tímida. Pero al cabo de un minuto estaba comunicándose amistosamente tanto con el marqués como con Lawrence.

En ese momento se dio cuenta de que estaba tan agitada como Nancy por la cercanía del duque; sentía su fuerte presencia a su lado, pero tenía miedo de mirarlo.

Mientras saboreaba la deliciosa sopa de calabaza, sus codos apenas se rozaron y Eleonor se sorprendió por la acalorada sacudida que experimentó. Se dio cuenta de que el duque también debía de haberlo sentido, pues había retirado el brazo y se había girado con un respingo para observarla. Ellie permaneció inmóvil, con el estómago agitado y un intenso calor que le subía desde el vientre. Le habría encantado mirarle a los ojos, pero no se movió.

La vibración que sintió Keiran en cuanto le tocó el codo fue abrumadoramente inoportuna: era una mezcla de la emoción de ella y su propia excitación. Muy a su pesar, no podía controlar el impulso sexual que le embargaba.

La servilleta colocada sobre su regazo fue su salvación para no revelar la hinchazón que alteraba la perfecta línea de sus pantalones. Su sorpresa ante aquella reacción le hizo volverse impulsivamente hacia ella y en ese momento intuyó que ella también había sentido algo. Se dio cuenta de que nunca, con ninguna mujer, le había ocurrido algo así, lo que le turbó.

Luego, fingiendo escuchar la conversación entre el conde de Portland y lord March, bajó los ojos hacia Eleonor: estaba hermosísima, incluso con el cabello recogido de una manera austera; su blanquísimo cuello tenía dos diminutos lunares y su cabello rubio, fino y bien recogido, invitaba a ser tocado.

Estudió la línea perfecta de sus hombros y, más abajo, su espalda recta y compacta. El busto bien proporcionado realzaba su pecho. Pero aquel vestido le parecía demasiado holgado... o tal vez estaba más delgada. Miró sus pechos y se convenció de que había algo diferente en ellos. Apartó la mirada frunciendo el ceño, con expresión de duda.

—Estáis distinta —susurró.

Eleonor abrió los ojos y se volvió para mirarle..

—¿Cómo decís?

El duque la miraba con insistencia, luego inclinó los ojos sobre el sencillo vestidito, que ahora le parecía más anodino que nunca, y le dirigió una descarada mirada al pecho.

Eleonor contuvo la respiración sorprendida. Este hombre era realmente especial, comprendía las emociones de los demás de una forma que ella aún no podía explicarse.

—Estáis distinta —repitió el duque en un tono que sonaba innegablemente a reproche.

—Yo... creo que he perdido peso... durante la enfermedad del tío Ernest... y después de que él... no he mejorado. —Eleonor se esforzó por no apartar la mirada mientras le hablaba. Le vio entrecerrar los párpados, como si sopesara con incredulidad las palabras que acababa de oír.

—No lo creo, lady Eleonor. —Incluso aquella frase cobró el valor de un reproche, como si él conociera más de lo que ella imaginaba.

Eleonor no supo qué decir y volvió a comer el pavo con mousse de guisantes, mostrando una apariencia de compuesta indiferencia que en realidad no sentía.

Keiran sabía que había dado en el blanco, pero no entendía qué le pasaba a la muchacha: era algo físico, podía verlo; pero también un aura de incertidumbre y cautela que la hacía parecer diferente de su último encuentro.

—Lord Northcliff —dijo la marquesa—, ¿sabíais que nuestra joven lady Nancy pinta?

—*¿Os gusta la pintura, Excelencia? Ellie ¿qué pasa?* —preguntó Nancy, señalando rápidamente con las manos y llamando la atención de Keiran y Daniel.

—*El Duque Negro me incomoda: me mira insistentemente...* Mi prima pregunta si al Duque le interesa la pintura.

Keiran estaba demasiado inmerso en el lenguaje como para responder.

—¡Oh!, el duque es un excelente dibujante, ¿verdad, lord Northcliff? —le preguntó la marquesa.

—Sois muy amable al considerarme como un excelente dibujante, lady Wiltshire.

—*¿Qué técnica utilizáis, Excelencia? ¿Qué quieres decir? ¿No estás contenta? Significa que le gustas*.

—Pregunta qué técnica utilizáis...

—Principalmente carboncillo —respondió él.

—*Durante mucho tiempo he probado el carboncillo... pero en mi opinión los resultados no eran del todo satisfactorios*.

—Nancy no estaba satisfecha con su trabajo al carboncillo. Pero puedo decir... —y estuvo a punto de señalar con las manos lo que añadía verbalmente—, tus dibujos eran preciosos, pero sin duda la técnica se presta mal a expresar la variada multitud de matices de color que representan su carácter. Después de pintar con colores suaves, Nancy probó la acuarela con carboncillo, dando como resultado unas obras refinadas e insólitas. —Luego siguió marcando con las manos —. *Me ha mirado el... pecho... como si hubiera intuido que...*

—Por eso lady Nancy prefiere las acuarelas. —afirmó lady Wiltshire.

El duque se quedó atónito por la forma tan explícita en que hablaban las dos chicas. Miró a Daniel: él también estaba muy impresionado.

—*¿Estás segura, Ellie? ¿Te ha mirado los pechos? Pregúntale por qué usa carboncillo: ya sabes lo que opino al respecto*.

—*¡Claro que estoy segura!* A Nancy le pareció que la elección del carboncillo favorecía a una mano lo bastante hábil como para expresarse sin color.

El duque parecía confuso y nadie, excepto Daniel, podía saber por qué. Aquella absurda conversación de temas paralelos era surrealista.

Se dio cuenta de que tenía que decir algo.

—Tenéis razón, lady Nancy. El carboncillo no da muchas oportunidades a un dibujante poco hábil. Los pocos que han visto mis dibujos los describen como extraordinariamente expresivos. A decir verdad, sospecho que tal definición está más ligada al título nobiliario que a la capacidad de mi mano.

Una carcajada colectiva involucró a los presentes.

—*Si no... pido demasiado, excelencia... ¿podría atreverme a esperar admirar algún día un dibujo vuestro? Lo he visto mirarte, Ellie, varias veces. Yo digo que le gustas.*

—Nancy os pregunta, aunque con cierto temor, si podríais honrarla enseñándole uno de vuestros dibujos.

Keiran sintió simpatía por la muchacha y captó la deferencia que sentía por él. En un arrebato de condescendencia, decidió complacerla.

—Os prometo, lady Nancy, que al final de la velada veréis un dibujo mío.

La joven abrió sus ojos grises, sonriendo con suficiencia por el honor que se le concedía.

La mirada del duque se había suavizado y ella le miraba sorprendida.

—*¡Gracias, gracias de todo corazón! Sois muy amable, lord Northcliff.*

El duque añadió:

—Sin embargo, espero ver un dibujo vuestro.

—¡Oh, de eso me puedo encargar yo, lord Northcliff! —intervino la marquesa—. Tengo una acuarela de lady Nancy, que me regaló el año pasado. ¡Os la enseñaré después de cenar!

—¡Estoy impaciente, lady Wiltshire! —exclamó el duque.

—Lady Eleonor —dijo el conde a su lado—, ¿planeáis pasar las Navidades en Ashford?

—A decir verdad, lord Portland, aún no lo hemos decidido. Pero, como acabamos de regresar de un largo viaje, estaría justificado que mi primo, el conde de Hereford, pasara allí las Navidades, con su familia.

Keiran se indignó al oír nombrar al inepto de lord Hereford.

—Y vos, lord Portland, ¿dónde estaréis en Navidad?

—En casa, en Escocia —respondió él, con sencillez.

—No sabía que erais escocés.

—No lo soy. Pero he vivido allí, en Shell Bay Manor, la residencia del duque de Northcliff, durante muchos años. Al principio cuidaba los intereses del padre del duque... —explicó, señalando con la cabeza al hombre sentado a su lado—, luego, tras su muerte, lord Northcliff me pidió que siguiera colaborando, y yo acepté: la familia MacKendrick es mi familia, nunca abandonaría a gente tan especial durante las fiestas.

El conde sonrió agradecido al duque, que le escuchó y asintió en señal de aprobación.

Eleonor quedó impresionada por la información que acababa de recibir.

Sabía que la madre del conde vivía, porque su tía Martha se lo había contado, y el hecho de que se rumoreara que Lavinia Russell, la condesa, aunque casada, había sido amante del viejo duque en su juventud, le hizo desistir de preguntar por ella. Admitió que oír al conde hablar en términos tan agradecidos de la familia MacKendrick en general, y del duque en particular, era algo bastante extraño: probablemente el conde no estuviese en buenos términos con su madre. Luego se preguntó cómo era posible que el hijo de la antigua amante del duque fuera tan bien recibido por el actual duque y su madre en su casa.

El tema de la Navidad también pareció interesar a los demás comensales.

—Martha —dijo lady Wiltshire llamándole por el nombre, ya totalmente inmersa en el ambiente informal que había querido para aquella cena—, si Lord Hereford tuviera otros planes, podríais considerar venir con nosotros el día de Navidad.

—Te lo agradezco, pero deberíamos hablarlo con Andrew. Te lo haré saber de todos modos, Winnie.

En ese momento intervino la duquesa.

—No sería improbable que a lord Hereford le agradase un programa, digamos, más juvenil. Lo cierto es que incluso nosotros, cuando éramos más jóvenes, intentábamos pasar las fiestas con la

compañía que más deseábamos. Yo siempre intentaba convencer a mi padre de que acogiera a un número desmesurado de personas en la residencia MacNaughton, la nuestra, porque me encantaba la fiesta... ¡lo más ruidosa posible!

—A las que —explicó Roy—, aparentemente, los MacKendricks no eran muy bienvenidos. ¿Tengo razón, mamá?

Bridget rio con ganas, contagiando su hilaridad a los presentes.

—Tienes razón. Pero cuando mi padre se enteró de que Ailbert y yo teníamos... un acuerdo, y de que yo no escucharía ningún argumento, pensó que era más prudente aceptar nuestra unión que oponerse a ella. Así que desde entonces, durante todo el período de nuestro compromiso, las familias MacNaughton y MacKendrick pasaron dos Navidades juntas: ¡las más divertidas que he pasado en mi vida!

—Entonces vuestras familias acabaron llevándose bien... —dedujo Eleonor dirigiéndose directamente a la duquesa.

—¡Oh, sí, las familias, sí! Mi padre y el de Ailbert, ¡no! No paraban de burlarse el uno del otro como dos hombres compitiendo por la misma mujer y cuanto más lo hacían, más lo disfrutábamos. Mi padre no era ciertamente un hombre maleable, pero mi suegro... tal vez fuera incluso peor. La cuestión del tesoro del príncipe Juan les hizo discutir muchísimo, mientras los demás nos reíamos con cada una de sus irritantes afirmaciones.

—¿El tesoro del príncipe Juan? —preguntó Alice con un arranque de curiosidad.

—Sí, el que se dice que desapareció por la subida repentina de la marea en el Wash.

—*Os lo ruego, Excelencia* —dijo Nancy mirándola a los ojos, haciéndole gestos para que Eleonor comprendiera—, *¡contad la historia!*

Daniel sonrió ante la espontaneidad de la joven, habiendo comprendido los gestos, y Keiran esperó a que Eleonor tradujera.

—Excelencia... Nancy os pide que contéis la historia. *¡Tu marqués te está comiendo con los ojos, Nancy!*

Daniel frunció el ceño mirando a Keiran.

—*Tengo miedo... ¿Y si intenta besarme?*

Los ojos de Daniel se abrieron de par en par y Keiran se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa.

—*¿Miedo de qué? Si intenta besarte... ¡bésalo!*

Keiran enarcó una ceja, con cara de asombro, y Daniel sonrió al pensar en la dulce Nancy en sus brazos.

—*¡Oh!, Ellie lo haces todo tan sencillo...*

—*Porque lo es: ¡sólo haz lo que él hace! ¡Maldita sea, Nancy! Si yo tuviera tanta suerte... ¡Me lanzaría sobre el Duque Negro y le besaría yo misma! Pero me temo que no le caigo muy bien...*

A Keiran se le atragantó el vino que estaba bebiendo y comenzó a toser.

—Nancy dice que le encantan los cuentos de misterio y aventuras. Ha leído algunos en el Wash, pero un cuento real sería mucho más agradable. Lord Northcliff, ¿os encontráis bien?

—¡Oh...! Os diré lo que sé. —La duquesa relató los acontecimientos relacionados con el dinero del príncipe, o más bien del rey Ricardo, y lo seguro que estaba su suegro de que el tesoro seguía allí, enterrado en el barro, en las proximidades del pabellón de caza de los Northcliff—. Mi padre negó absolutamente la posibilidad de que la hipótesis del duque fuera plausible, y el duque, por su parte, se indignó ante la mera mención de simples hipótesis y no de hechos reales. Por cierto, parece ser que el príncipe efectivamente pasó una noche en esa casa de campo, según

el diario del MacKendrick de la época, que también se tomó la molestia de conseguir testigos que firmaran la declaración sobre la presencia del príncipe.

—*¿Alguien ha pensado alguna vez en buscar el tesoro?* —preguntó Nancy.

—Pregunta si alguien lo ha buscado alguna vez... el tesoro, quiero decir.

—¡Oh, Santo Cielo, querida, claro que sí! Primero los propios miembros de nuestra familia, es decir, la familia de mi marido. Luego sólo un gran número de aventureros en busca de fortuna, campesinos, cazadores. Pero nunca se encontró nada.

—Aunque la historia fuera cierta —dijo Eleonor—, habría que tener en cuenta que han pasado seiscientos años desde entonces y que la masa de lodo rara vez permite que algo suba a la superficie. Entre otras cosas, el aspecto geológico del lugar ha cambiado enormemente. Parece que el estuario del Wash en tiempos del rey Ricardo estaba bastante más tierra adentro que ahora.

—Explicaos mejor, lady Eleonor —dijo lord Wiltshire—. Al parecer estáis al tanto de informaciones muy interesantes.

—Oh, bueno... Tengo pasión por la lectura... —tartamudeó con incomodidad, apoyando un momento el tenedor junto a la carne asada con patatas, servida unos minutos antes—. En fin... el hecho es éste: todo río trae consigo residuos como piedras, arena, tierra, guijarros. Cuando llegan al estuario, allí se detienen y con el paso de los años, en este caso siglos, se solidifican y compactan. Y así la tierra avanza y el estuario retrocede, por así decirlo, hacia el mar. En definitiva, antes estaba más adentro, ahora está más lejos.

—Interesante. De modo que... ¿el tesoro debe buscarse más tierra adentro? —preguntó Lawrence con extrema perspicacia.

—Bueno, no sé... pero supongo que sí, por lógica —respondió Eleonor.

—Ellie, ¿cómo sabía lo del estuario? ¿Es una deducción tuya o lo has leído? —le preguntó Alice.

—Estudié el comportamiento del agua de los ríos en un tratado del siglo pasado. Luego un día vi unos mapas de Inglaterra en torno al año mil y otros más recientes y la diferente posición de la ciudad de Lynn y del estuario, en ese caso es evidente.

—Eso es cierto —afirmó inesperadamente el duque. Todos le miraron, a la espera de una explicación—. Tuve ese diario en mis manos varias veces. El mapa que hicieron mis antepasados sitúa la ría de forma diferente a los mapas recientes.

—Tal vez deberíamos buscar el tesoro tierra adentro —exclamó Roy, con su habitual burlón —. Kein, ¿por qué no organizar una búsqueda del tesoro en Navidad?

—¡Qué idea tan maravillosa, lord Roy! —gritó Alice batiendo las manos.

La duquesa rio.

—¡Mi querida Alice! ¡Vuestra alegría juvenil y vuestras ganas de aventura hacen que me entren ganas de complaceros!

—Bridget, si escuchas las locas y graciosas peticiones de mi hija, ten por seguro que corres el riesgo de enloquecer —intervino lady Wiltshire—. Piensa que el mes pasado propuso fundar una escuela para chicas que quisieran aprender a esgrima y tiro con pistola.

La duquesa sonrió ante la extravagante idea de la joven Alice, esperando de todo corazón que algún día, tal vez incluso dentro de cien años, pudiera llevarse a cabo.

—En fin, volvamos a las diversiones navideñas y a las casas llenas de invitados —añadió la duquesa, volviéndose hacia Martha—, has de saber, mi querida Martha, que no sería tan raro que lord Hereford decidiera pasar las Navidades en una casa que no fuera la suya. En ese caso, considera también mi propuesta: venid a pasar las fiestas con nosotros, mudaos a Shell Bay Manor si queréis, y quedaos allí una temporada. Sería bueno para ti y para las chicas. Ya sabes lo

feliz que me haría teneros con nosotros.

Martha no tardó en darse cuenta de que Bridget ya estaba intentando justificar la posible negligencia de Andrew, que sin duda, tras hacerlas regresar de su viaje, las dejaría a su suerte y sin dinero para las fiestas navideñas.

—Te estoy sinceramente agradecida, Bridget, por la propuesta, y me siento honrada. Si alguna vez... deseamos no estar solas... sé que Winnie y tú estaríais dispuestas a acogernos.

Ese momento de ligera tensión fue superado por la llegada del estofado de venado con verduras y zanahorias.

Lady Wiltshire y St. James entretuvieron a Martha con juguetonas anécdotas sobre las Patronas de Almack's, divirtiendo a Nancy, que también escuchaba; el conde de March se puso a conversar con la duquesa y su padre; el conde de Portland le habló a lady Alice de Escocia y sus maravillosos paisajes, apoyado por Roy, que obviamente tenía muchas historias que contar.

A Eleonor le pareció el mejor momento para hablar con el duque.

—Lord Northcliff... —dijo en voz baja para no ser oída por los demás—, sé que no es el momento adecuado, pero... debería... me haría falta...

—Mañana mismo os haré llegar la suma, lady Eleonor. Confío en que no esperéis hasta el último momento para pedirme el dinero que os corresponde por herencia de vuestro tío: me disgustaría mucho que así lo hicierais.

—No, yo... ya me lo ahorré la última vez. Nosotras, es decir, mi tía, Nancy y yo no tenemos grandes necesidades y, como podéis ver, todavía vestimos el medio luto.

—El gris os sienta muy bien. Pero deberíais moldear más vuestra ropa.

Eleonor, estupefacta, no le contestó.

—¿Creéis que vuestro primo aprobaría que os mudarais para las fiestas?

Ellie le miró directamente a los ojos.

—Por supuesto que no.

—Lo comprendo. —Keiran lo entendía de verdad, el primo de lady Eleonor no se alejaría de ella con facilidad. Foster le había hablado de algunos rumores sobre la obsesión de lord Hereford por la bella lady Eleonor. Los criados de la casa Hereford estaban seriamente preocupados por ciertos comportamientos inapropiados del conde.

—¿Recordáis lo que os dije en el funeral de vuestro padre?

—Sobre... ¿sobre el sueño?

—No.

Eleonor reflexionó un momento y lo recordó.

—«Os ayudaré ahora y siempre», así me dijisteis.

—No lo olvidéis —le ordenó el duque casi como si fuera una amenaza.

Eleonor sintió que sus ojos azules le atravesaban el alma, penetrando en ella con una fuerza abrumadora.

Cuando él empezó a comer de nuevo, ella hizo lo mismo, pero de vez en cuando le miraba de soslayo: su postura serena y su porte altivo encajaban bien con su título, pero su forma de comer suavizaba su austeridad, teniendo algo de sensual, sobre todo en el lento movimiento con el que se llevaba la comida a la boca. Su rostro, ya apenas oscuro por el afeitado matutino, presentaba unas líneas duras pero perfectas y su nariz recta le recordaba a las de las esculturas clásicas; sus labios adoptaron una línea más suave al masticar y ella sintió el deseo de tocárselos.

—Lord Portland adora vuestra casa, lord Northcliff —susurró.

—Sí, y le gusta formar parte de mi familia, os habréis dado cuenta, estoy seguro.

—¿Su madre era realmente la amante de vuestro padre? —Eleonor vio cómo el duque se

giraba lentamente y la miraba a los ojos. Los suyos estaban ominosamente entrecerrados.

—Sois imprevisible.

Reclinó la cabeza y, con una de sus amables sonrisas, dijo:

—Dicen que las mujeres imprevisibles son también mucho más deseables.

Keiran pensó que aquella chiquilla no tenía ni idea de lo deseable que podía llegar a ser... y que si hubiera habido un joven sin escrúpulos en su lugar...

—Sois imprevisible, deseable y terriblemente peligrosa.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par al oír la última palabra.

—No lo creeréis de veras.

—Peligrosa —repitió, haciéndola sentirse incómoda con sus penetrantes ojos.

—En cualquier caso... no me habéis contestado: ¿era o no era la amante de vuestro padre?

—Sí.

—Resulta difícil entender por qué el conde es tan apreciado por vuestra madre... y por vos. Quiero decir, una cosa es aceptarlo como secretario, y otra muy distinta que viva con vosotros.

—Lord Portland no tiene culpa alguna, y es un hombre de total confianza.

—Comprendo. Y vos sois muy razonable, lord Northcliff —afirmó ella segura de que el duque tenía razón sobre el conde—. ¿De verdad me encontráis deseable?

Él la amenazó con una mirada firme por su descaro.

—Nunca miento, lady Eleonor, pero el tema debe zanjarse aquí.

—¿Por qué?

—Lady Eleonor —la amonestó de nuevo él.

Eleonor inclinó la cabeza y una desagradable suposición la embargó: ella sólo era la hija de un difunto conde, y aparte de una dote tan enorme que provocaba la envidia de Creso, no poseía ningún título. Sólo era prima de un salvaje e inepto conde. Quizá la posición social fuera importante para lord Northcliff... quizá se hubiera equivocado con él...

—Lo comprendo —murmuró en tono mortificado.

Keiran la observó durante unos instantes y captó de inmediato su pensamiento: la joven pensaba que él era un austero titulado y que se atenía a las convenciones sociales. Aquella constatación le irritó sobremanera.

—No, no lo creo.

Como ella no daba señales de haberlo oído, él sintió el impulso irrefrenable de provocar una reacción.

Pero Eleonor se le adelantó.

—Eres el único hombre que conozco que no intenta cortejarme y el único que me gustaría que lo hiciera de verdad.

—¡Soy el único hombre que no necesita vuestro dinero! ¡Y tengo once años más que vos! —le espetó Keiran, molesto por la forma en que ella se estaba exhibiendo.

Eleonor levantó la cara y lo fulminó con la mirada.

—Sé cuántos años tenéis —dijo, pronunciando lentamente cada palabra, haciéndole saber que la edad no era relevante para ella.

Un tenso silencio los separó.

Llegó el postre y luego la fruta.

Ya no volvieron a hablar.

Cuando las mujeres dejaron a los hombres con sus licores, Eleonor estaba bastante desmoralizada, y Nancy, eufórica.

* * *

Keiran había pedido a Cyrus una hoja de papel en blanco y carboncillo, y mientras los demás bebían licor, comían frutos secos y hablaban de política, él dibujaba rápidamente.

Los hombres entraron en el salón, donde las mujeres bebían té. Las mujeres no pudieron evitar fijarse en que el duque llevaba papel y carboncillo en la mano y que, sin hablar con nadie, estaba sentado en el sofá, desde donde tenía una buena vista de lady Nancy y lady Eleonor, que estaban juntas en el sofá de enfrente.

Keiran oía el murmullo a su alrededor, pero como todas las veces que estaba inmerso en un dibujo, no escuchaba las palabras, y los presentes no se atrevían a distraerle de lo que estaba haciendo.

Nadie se acercó a mirar, aunque todos estaban muy intrigados.

Él sólo levantaba los ojos para observar ahora a una, ahora a la otra chica, intentando captar la esencia de cada una de ellas.

Eleonor le contemplaba asombrada de lo atractivo que parecía en aquel momento. De vez en cuando, ella captaba su mirada, como si él la estuviera estudiando.

De repente se detuvo y miró el dibujo. Evidentemente satisfecho, se levantó y se acercó a lady Nancy. Le entregó el papel, sonriendo ante la sorpresa de la joven.

La expresión atónita de las muchachas atrajo a todos los presentes, que fueron a colocarse detrás de ellas, mientras el duque observaba su reacción desde la altura de su estatura.

En aquel trozo de papel estaba todo lo que Eleonor y Nancy eran.

Las primas aparecían retratadas una junto a la otra, de medio cuerpo, visibles sus rostros en tres cuartas partes, absortas en una conversación gestual en la que Eleonor señalaba con las manos la palabra «negro», en un gesto que evidentemente había impresionado al duque, la expresión convincente y encantadora de su bello rostro, sus ojos hablando, tal como lo hacía en la realidad cada vez que conversaba con su prima; Nancy comprendía, con su aire absorto, sus ojos atentos y participativos, sus manos prontas a responder.

Lo que impresionaba al observador, aparte de la increíble habilidad de haber captado exactamente la esencia de las dos mujeres, era la extraordinaria destreza de lord Northcliff al haber sido capaz de congelar el tiempo en un momento preciso, un solo instante, más allá del cual uno podía imaginar otros, todos sucediéndose, rápidos, persiguiéndose como las palabras expresadas por las manos de las jóvenes en diálogo. Uno esperaba ver cómo la hoja cobraba vida, cómo los personajes se movían al ritmo marcado por los segundos del reloj de péndulo del salón, casi como si fueran reales, igual que eran reales las dos chicas sentadas observándose en un retrato.

Lady Northcliff, nada sorprendida, se sintió obligada a despertar el estupor que aquel dibujo había causado.

—Querido, una vez más has creado un momento de... realidad vívida y vibrante.

—Vibrante... ésa es la palabra que no encontraba... vibrante... —murmuró Eleonor con los ojos pegados a la imagen de sí misma y de Nancy.

—¡Poseéis un talento notable, lord Northcliff! —exclamó lady Hereford mirándolo como si lo viese por primera vez.

—Gracias. Espero haber estado a la altura de las expectativas de lady Nancy.

Pero la muchacha, aún absorta en aquel extraordinario dibujo, no le había oído.

Eleonor le tocó el brazo para que la mirara y luego señaló con las manos:

—Deberías decir algo. El duque espera haber estado a la altura de tus expectativas.

Nancy levantó los ojos para encontrarse con los inescrutables de lord Northcliff.

—Sólo carboncillo... sólo negro, blanco y las tonalidades intermedias...

—Sólo carboncillo... sólo negro, blanco y las tonalidades intermedias... —dijo Eleonor, traduciendo con extrema precisión.

—*Los colores están dentro de los personajes...*

—Los colores están dentro de los personajes.

—*Jamás había visto nada más hermoso...*

—Jamás había visto nada más hermoso.

—Es vuestro. Os lo regalo.

—*¿De verdad?* —preguntó Nancy usando sólo los labios. No podía creérselo.

—Claro, es vuestro.

Nancy se levantó de pronto y con el dibujo en la mano dijo:

—*¡Gracias, de verdad, gracias de todo corazón, lord Northcliff!*

—Tengo curiosidad por ver vuestro dibujo.

—*Ahora mis acuarelas parecen pasivas, estáticas...*

—Ahora mis acuarelas parecen pasivas, estáticas —tradujo Eleonor—. Yo no las siento estáticos en absoluto. Os lo ruego, excelencia, mirad el cuadro que lady Wiltshire quería enseñaros.

—Sí, lord Northcliff, venid, os lo mostraré. —La marquesa de Wiltshire abrió camino—. Nancy, querida, por favor, y vos también Eleonor, vamos. Lo guardo en mi salón privado, el lugar que más frecuento, para poder admirarlo más a menudo. Me gusta y estoy de acuerdo con Eleonor en que no es nada estático.

La estancia en la que entraron era bonita, elegante, pero llena de preciosas baratijas que la marquesa seguramente guardaba como recuerdos. Se acercó a la pared entre las dos ventanas, donde colgaba el cuadro, enmarcado en oro, iluminado por un candelabro que su doncella había dejado por orden suya.

Colores suaves y pálidos se mezclaban y confundían como en una bruma evanescente, pero las figuras aparecían, aunque nebulosas, muy nítidas. Era fácil distinguir a tres hombres e igual de fácil adivinar sus identidades, debido a la maestría para definir con acierto los rasgos distintivos de cada uno de ellos.

—Nick, vuestro padre y Cyrus... —enumeró el duque atónito.

Nancy lo miró confusa, casi incrédula de que lo hubiera comprendido al instante.

—Sois muy buena. Mucho. Es hermosísimo.

—Ya os lo decía —dijo complacida lady Wiltshire.

—No es estático en absoluto —confirmó Eleonor.

—En absoluto —repitió él absorto, con la mirada clavada en el dibujo.

—Hace falta talento para desvelar un mundo que tú percibes como atenuado —afirmó Eleonor en voz alta, dirigiéndose a su prima, pronunciando bien las palabras.

—Atenuado. Sí, eso es lo que expresáis con la mezcla de colores brumosos y claros —explicó el duque mientras estudiaba el dibujo, como si absorbiera toda la savia que manaba de él—. Sin embargo, lo que conocéis bien y de lo que estáis segura, lo pintáis con trazos seguros.

Nancy se sonrojó ante el cumplido recibido, sobre todo porque todo el mundo sabía que el duque no era de los que se deshacían en elogios y admiraciones gratuitamente.

—Lady Nancy —dijo él con un tono más autoritario—, llegados a este punto, os pido que correspondáis a mi regalo. Me encantaría tener uno de vuestros cuadros. No importa cuándo, el momento lo determinaréis vos y vuestra inspiración, en cuanto estéis prontas.

Nancy respiró profundamente, confusa y emocionada.

—*Excelencia, será un honor para mí complaceros*.

El duque asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Regresemos con los demás —dijo la marquesa poniéndose al lado de Nancy y apoyándole una mano en el hombro.

Eleonor se apartó un poco, sin dejar de mirar el dibujo, a su padre, y al tío Ernest.

El duque, casi por impulso instintivo, la esperó. Se miraron y, como por un acuerdo tácito, se marcharon juntos.

—Ella vive en un mundo desdibujado por la limitación de su sordera. Después del accidente, empezó a dibujar. Al principio con carboncillo, como vos, luego empezó a difuminar el color con los dedos, creando una masa de nebulosas grises. Tristes. Así que le di acuarelas. El resultado fue más que satisfactorio. No le gusta pintar nítidamente, prefiere difuminarlo todo.

—Eso es exactamente lo que tiene que hacer: expresar su realidad, a su manera, con su percepción de la misma. Me gusta.

—La admiro mucho. Tiene un talento especial. —Caminaban lentamente, ella con las manos cruzadas delante, él en los bolsillos del pantalón—. Intenté imitarla. Pero soy un desastre —dijo Eleonor riendo.

Keiran se volvió para admirar aquella risa cristalina y cautivadora.

—No os creo —le dijo guiñando el ojo.

—¡De verdad! ¡Soy un desastre! Yo no tengo talentos especiales...

—Vuestra cultura es un talento especial —afirmó él, deteniéndose para hacer más incisivo su pensamiento.

—Cualquiera que estudie un poco sería capaz de tener una buena cultura.

—No. Sin inteligencia, no. Es como... una hermosa mujer sin valores ni corazón.

Eleonor sopesó la frase.

Él echó a andar de nuevo y en un santiamén estaban de nuevo en el salón con los demás.

—¿Y entonces? —le preguntó Lord Wiltshire al duque.

—Bellísimo.

—Para mí también. Fue un día hermoso... —recordó el marqués con ojos pensativos—. Estábamos en Ashford para una fiesta organizada por la condesa, la madre de lady Eleonor, y Nick nos había invitado unos días antes. Paseábamos sin darnos cuenta, y Lady Nancy estaba pintando.

El silencio que siguió estuvo lleno de recuerdos remotos pero vívidos, dolorosos pero maravillosos.

Eleonor apretó los labios, para que no la invadieran las lágrimas.

Nancy miró instintivamente a lord St. James, que le dedicó una sonrisa de simpatía.

La condesa de Hereford se enjugó los ojos con un pañuelo, dando la espalda a todos.

El duque apretó los dientes con tanta fuerza que los músculos de su cara se crisparon. Sintió inconfundibles vibraciones de dolor procedentes de las tres mujeres, y cerrando los ojos pudo reconocer el sufrimiento de cada una de ellas.

—Deberíamos reunirnos todos en Shell Bay Manor para Navidad. —La frase de lady Northcliff quedó en suspenso durante un largo minuto, provocando la reflexión de todos.

* * *

Roman Way House
Ashford, Kent

23 de noviembre de 1811

Desde que habían vuelto a casa hacía poco más de quince días, Eleonor se había encontrado tres veces en situaciones comprometedoras con Andrew.

A pesar de la vigilancia constante de Jenkins y Simmons, y de la presencia atenta de Hettie y Maggie, su primo había logrado ponerle las manos encima en tres ocasiones.

La primera fue durante un encuentro aparentemente tranquilo, en el que Andrew había intentado desesperadamente mostrarse cambiado, revelando un ánimo aparentemente calmado y un corazón embelesado por el amor, pero la exteriorización verbal de este sentimiento había terminado en un abrazo violento y un beso decididamente coercitivo.

Eleonor se había rebelado físicamente rechazándole y la llegada de Simmons había facilitado una retirada digna.

La segunda ocasión, Andrew había dado a conocer sus sentimientos con palabras airadas, lamentándose de que ella no le comprendiera, o tal vez ni siquiera le creyera.

Eleanor se había sentido obligada a explicarle que no podía obligarla a corresponder a una emoción que ni remotamente sentía, y fue entonces cuando él había intentado convencerla de que con el tiempo apreciaría sus atenciones. La había obligado a tumbarse en el sofá de la biblioteca, rasgándole parte del vestido y provocándole algunos moratones aún visibles. Los pasos, deliberadamente pesados y ruidosos, de Maggie la habían salvado.

En la tercera ocasión, la astucia había llevado a Andrew a esperar a su prima en un lugar apartado, lejos de casa, mientras ella estaba sola, o eso había creído; en cuanto le había explicado a Eleonor que la obligaría a entregarse a él sólo porque estaba locamente enamorado, la había inmovilizado por los hombros contra un tronco, lo que también le había provocado varios hematomas sangrientos en la espalda, y había empezado a levantarle el vestido, sujetándoselo con la mano alrededor del cuello.

Eleonor le había dado un rodillazo entre las piernas y había echado a correr alocadamente, como un animal perseguido por el cazador. Se había caído estrepitosamente, golpeándose el cuerpo en varios sitios contra las piedras salientes, y Jenkins había aparecido con la excusa de que había recibido órdenes de lady Hereford de buscarla. La había llevado a casa sin ver al joven cerca, pero percatándose de lo sucedido.

Eleonor recordó los malos tratos sufridos en las últimas semanas y no pudo contener las lágrimas de amarga impotencia. Un escalofrío la recorrió a pesar de estar cubierta por varios edredones bien arropados bajo el colchón de la cama. Era consciente de que no podía seguir aguantando por más tiempo, pues tarde o temprano, Andrew le acabaría ganando la partida, o se vería envuelta en actitudes comprometedoras que la obligarían a aceptar remedios como un matrimonio no deseado.

Temía expresar su terror a su tía, porque no quería angustiarla. Hablar de ello con la dulce Nancy habría servido de bien poco. Los únicos que parecían comprender plenamente el grave peligro que se cernía sobre ella eran Simmons, Jenkins, Hettie y Maggie, al igual que el resto de los criados que, sin duda, estaban al corriente de la situación.

Ahora había una necesidad apremiante de llegar a una solución concluyente, fuera cual fuese.

Una ráfaga de viento chocó contra los cristales de la ventana, la lluvia comenzó a caer azotando la gélida oscuridad invernal, ocasionalmente iluminada por lejanos relámpagos.

El chirrido de la manivela que bajaba lentamente la hizo sobresaltarse, enviando una descarga de adrenalina a su torrente sanguíneo que hizo que su corazón latiera como un martillo. Pensó que estaba a punto de estallarle.

La silueta de Andrew se cernió ante ella. Llevaba desaparecido desde la víspera... y había dicho que volvería la semana siguiente; de modo que ella se había confiado no habiendo cerrado

la puerta con llave, entre otras cosas porque siempre desaparecía más tiempo del prometido.

Advirtió que respiraba agitadamente y esto hizo que el hombre se diera cuenta de que le había visto y le temía.

—No te resistas, o te haré daño. —La voz era tan amenazadora como segura, así que pensó que no tenía escapatoria.

—No quiero... —exclamó con voz temblorosa por el llanto y la desesperación. Se acurrucó en la cabecera de la cama, tratando de encontrar un resquicio de lucidez en su mente que le permitiera hallar una salida. Pero él ya se había abierto la bata mostrando todo su cuerpo desnudo y, apoyando una rodilla en la cama, extendió la mano hacia ella.

Eleonor saltó hacia un lado, tirándose al suelo, pero cuando se levantaba para correr hacia la puerta, Andrew la agarró de la pierna desnuda, asiéndola con fuerza para no correr el riesgo de perderla, y tiró de ella hacia él. La puso debajo de ella, sujetándola con el peso de su cuerpo.

Eleonor sintió los duros muslos que bloqueaban sus piernas y se dio cuenta de que él le sujetaba sus muñecas fuertemente con una mano, por encima de su cabeza, mientras con la otra intentaba abrirse paso entre sus piernas. Luchó con todas sus fuerzas para resistirse, pero todo esfuerzo parecía inútil. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no tenía escapatoria.

Lágrimas de desesperación corrían por su rostro mientras las fuerzas la abandonaban. Dejó de resistirse, sus piernas se ablandaron y sus brazos se apoyaron en el frío suelo. Giró la cabeza hacia un lado para no verse obligada a ver el rostro del hombre que iba a arruinar su vida, arrebatándole toda esperanza, robándole sus sueños y románticas fantasías de un amor entrañable y un respeto mutuo.

Andrew ya degustaba excitado el momento en que la penetraría, frotando su miembro endurecido contra su pubis; estaba convencido de que la victoria estaba próxima.

—Es mejor así, créeme. Ya está, eso es, ríndete porque si lucharas te lastimaría... Cuando te des cuenta de que es agradable, entonces no serás tan reticente...

Eleonor se guardó aquellas palabras, las procesó y mentalmente se le ocurrieron respuestas fulminantes; la ira creció y lo que ella creía que era sólo un pensamiento se convirtió en voz.

—¿Agradable para quién?

—También es agradable para ti, Ellie, ¿qué pensabas?

—Si me das asco, ¿cómo podría encontrarlo agradable?

Andrew guardó silencio, deteniendo todo movimiento. La miró sorprendido, pero sólo vio su cara ladeada.

Eleonor aún sentía su pene pegado a su pubis y sintió tal asco que cerró los ojos para aislarse mentalmente. Notó que su agresor no se movía y se dio cuenta de que lo había sedado con una sola frase, aunque sólo fuera por unos segundos.

—Ahora te haré saber si es agradable —dijo con tono rencoroso Andrew.

—¿Has tenido alguna vez una mujer sin tener que recurrir a la violencia?

—¡Boba! ¡Todas vinieron a mí complacientes! ¿Entiendes?

—¡Claro, siempre las has comprado!

Andrew le apretó las muñecas con rabia.

Eleonor no protestó, apretó los dientes y centró la atención en sus piernas: él estaba distraído y ya no la sujetaba por el cuerpo. Levantó una rodilla con brusquedad, deslizándola entre sus piernas y golpeándole los testículos.

Andrew jadeó de dolor y pareció ahogarse; pero no soltó las muñecas de Eleonor.

Entonces ella bajó la rodilla y la volvió a levantar, golpeándole de nuevo. El insoportable dolor que sintió el hombre le obligó a aflojar la presa.

Eleonor non perdió tiempo. Liberó las manos y con todas sus fuerzas empujó el cuerpo de Andrew, aún dolorido, y que estaba ligeramente inclinado, pero todavía encima de ella. Estiró la mano y le dio un fuerte golpe en el pene erecto. Creyó verle desplomarse en el suelo, pero no tuvo piedad. Se levantó y corrió, descalza, en camisón.

Subió las escaleras a la planta superior, donde se encontraban las dependencias de la servidumbre. Se dirigió directamente a la habitación de Hettie, agarró el picaporte y entró sin llamar, cerrando la puerta con un golpe y girando la llave.

—¿Quién es? ¿Quién es?

Eleonor rompió a llorar, cayendo al suelo destrozada.

—Soy... soy yo, Hettie... él... me ha...

—¡Oh Dios mío, Eleonor! —exclamó la criada levantándose de la cama—. ¿Qué os ha hecho?

—Me... ha casi... violado...

Hettie se arrimó a ella y se mantuvo abrazada durante un rato, en un abrazo reconfortante, acunándola como si fuera una niña asustada de una terrible pesadilla, sintiendo lástima por su joven ama, temblorosa y agotada por el sufrimiento constante. Cuando se hubo calmado, la hizo levantar del suelo y comprobó que estaba helada.

—Vamos junto al fuego —le aconsejó invitándola a sentarse.

Los aposentos de la servidumbre también tenían una pequeña pero eficiente chimenea. Una elección poco común, hecha por el padre de Eleonor, Nicholas, y nacida de una charla con el duque de Northcliff, que había hecho lo mismo en su castillo de Escocia.

Hettie avivó las brasas y añadió leña. Luego cubrió a Eleonor con mantas y le colocó los pies en un taburete. Por último, con la palma de la mano, dio unos golpecitos en la pared de detrás de la cama para llamar a Maggie, que estaba en la habitación contigua.

Hettie abrió la puerta y allí estaba su amiga.

—¿Qué pasa, Hettie? Me has despertado... Dios mío... Lady Ellie... ¿Qué ha hecho?

—Casi ha hecho... —respondió concisa Hettie—. Maggie, trae algo fuerte de beber. Lo necesita.

La otra salió corriendo sin decir palabra y volvió de inmediato.

—Por suerte guardo una botella en mi habitación...

Eleonor bebió y ninguna habló. El fuego ardía ahora con fuerza y estar allí de pie resultaba agradable.

La noche transcurrió lentamente, las tres en un estado de alerta y constante somnolencia. De vez en cuando charlaban, y Eleonor les contó todo con extrema lucidez. Lo único cierto era que a estas alturas debían hallar una solución.

—Al alba hablaré con tía Martha. Ya no puedo seguir así.

Las dos chicas asintieron.

* * *

En cuanto apareció el sol, Hettie y Maggie acompañaron a Eleonor a su alcoba.

Jenkins y Simmons habían sido informadas del infausto suceso y de la decisión de lady Eleonor de remediar de una vez por todas la insostenible situación. Pero Eleonor no les había dicho lo que realmente pensaba hacer, algo que llevaba meditando varios días.

En la habitación todo había sido puesto en orden y el baño estaba listo. Eleonor se desnudó y las dos criadas contemplaron horrorizadas su hermoso cuerpo blanco.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, bajando la mirada hacia sus brazos y piernas. Vio marcas oscuras por todas partes y su respiración se agitó al recordar la violencia de Andrew. Se acercó al espejo y permaneció inmóvil.

Los moratones y las abrasiones cubrían sobre todo sus piernas, en la zona de los muslos y la ingle; sus muñecas estaban oscuras y algunos arañazos eran claramente visibles en sus brazos; su tobillo derecho mostraba la silueta de cinco dedos; su cuello aún conservaba el moratón de unos días atrás, cuando Andrew la había acosado mientras paseaba por el bosque; El abdomen estaba irritado y enrojecido y también tenía algunos arañazos; al darse la vuelta, vio que también presentaba cardenales en la espalda, tal vez por la fuerza con que la habían aplastado contra el suelo, y que las laceraciones causadas por el tronco del árbol unos días antes ya mostraban una costra.

—Son sólo moretones, lady Eleonor —dijo Maggie, tratando de restarle importancia—, no les prestéis atención y meteros en la bañera.

Eleonor suspiró y se miró la cara, dándose cuenta de que unas lágrimas caían por su rostro. Se pasó los dedos por los ojos con gesto irritado. No iba a permitir que el animal de su primo la hiciera sufrir tanto. Giró sobre sí misma y entró en la bañera, sumergiendo también la cabeza. Permaneció sumergida hasta que se quedó sin aliento.

* * *

—¡Adelante!

Eleonor entró.

—Cariño, eres tú. Ven. Me he despertado temprano y he desayunado aquí. Estoy escribiendo unas cartas.

Eleonor sonrió a su tía, que le tendió la mano. Ella la cogió con ganas y se sentó en el taburete bajo que Martha usaba para los pies.

—Tía, necesito hablar contigo —dijo Eleonor en voz baja, mirándola desde abajo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Martha, alarmándose.

—¡No, no, estate tranquila! —se apresuró a tranquilizarla la muchacha, apretando un poco más la mano de su tía—. No te preocupes. Tal vez lo mío sea sólo una sospecha, sin embargo...

—¡Gracias a Dios! Este vestido es viejo Ellie y las mangas te cubren prácticamente toda la mano...

Eleonor apenas tuvo tiempo de retirar la mano antes de que su tía le subiera más la manga, arriesgándose a dejar al descubierto sus muñecas tumefactas.

—¡No! Me gusta llevarlas largas...

—Úsalo sólo en casa, Ellie, te lo ruego.

—Claro, tía. Te decía... tengo la sospecha de que... mi presencia... crea malestar cuando está Andrew —dijo Eleonor indecisa, temerosa de decir demasiado para no disgustarla, pero cuidadosa de no ser malinterpretada. Vio que tía Martha fruncía el ceño, como si no entendiera —. Quiero decir... él cree que siente algo por mí, ya sabes. Tal vez me vendría bien un tiempo lejos de él, ¿no crees? Sólo para darle tiempo para... olvidar este encaprichamiento. Quién sabe, mientras tanto podría encontrar una buena chica, titulada como él...

Eleonor había hablado de forma despreocupada, el tono conciliador y tranquilizador, la voz moderadamente calmada y la sonrisa, apenas forzada, estaban despertando sospechas en Martha, que la observaba en silencio, tratando de comprender.

—Tal vez podría aceptar la invitación de lady Northcliff, a la que le explicarías que a Andrew no le agrada vuestra ausencia durante las Navidades pero que, preocupado por no ser descortés con la duquesa, ha accedido a enviarme. Sería perfecto, ¿no crees, tía Martha? —Había reclinado la cabeza, en un movimiento elegante y convincente, pero no para su tía, que la conocía bien.

Inesperadamente, Martha se levantó y empezó a caminar lentamente. Se detuvo frente a la ventana para reflexionar.

Sabía que toda aquella perorata de Eleonor ocultaba un intento de evitar que algo se filtrara y creía que el motivo tenía que ver con Andrew. Se volvió un momento para mirar a su sobrina y captó un hilo de aprensión mal reprimida.

Volvió a mirar hacia la calle. Sí, Ellie ocultaba algo de lo que evidentemente no quería hablar. El asunto debía de ser bastante grave si se sentía obligada a huir y ocultarle la verdad. Sospechó que estaba relacionado con Andrew y un dolor atroz la invadió. Decidió no preguntar, ni investigar: por lo que a ella respecta, lo entendía perfectamente.

—Aceptaré la invitación de Bridget.

—Bien, tía, me alegro de que estés de acuerdo conmigo en que debo alejarme por un tiempo.

—Sí, mucho mejor. Nos iremos tan pronto como Andrew se vaya por unos días, lo que hace a menudo.

—¡Vale! ¿Nos iremos?

—¿Qué quieres decir, Ellie?

—Tía... yo me iré, no vosotras.

—No, querida. Nos iremos contigo, obviamente.

—Pero tía...

Martha la fulminó con la mirada, cosa que ocurría en muy raras ocasiones.

—Eleonor Grace. No habrás pensado que iba a aceptar que viajaras sola a Escocia, ¡espero! Y por la cara que pones, que sepas que cualquier queja o argumento razonado que tengas no cambiará en nada el hecho de que soy como una madre para ti y harás lo que yo diga. ¿Está claro?

Eleonor pensó que tal vez no debía haber hablado con su tía, y que debía haber huido sin decir palabra. Ahora los acontecimientos habían tomado otro rumbo.

Sin embargo, bien razonando, llegó a la conclusión de que aún podía hacer su propuesta al duque, una propuesta tan indecente como decisiva. Esto la animó un poco, dándole una pizca de esperanza.

La determinación de Martha le hizo sospechar que había intuido algo. Sabía que no era tan tonta como algunos creían y siempre había estado de acuerdo con su padre, que la describía como fuerte bajo la apariencia de maleabilidad y ternura. La miró fijamente a los ojos y entonces no tuvo dudas: comprendía la gravedad de la situación y no quería dejar sola a su querida sobrina. Se acercó a ella y abrazándola, le dijo simplemente:

—Gracias.

Martha no dudó ni un instante y estrechó a Eleonor contra sí, aunque era más bajita que la joven.

—Enviaré enseguida una nota a Bridget y otra a Winnie —dijo alejándose de ella pero sin dejar de abrazarla..

—Tenemos mucho que organizar, Ellie, pero si Andrew se interpone en nuestro camino...

—Empezaremos con los regalos de Navidad, tía. No podemos pasar un mes en Shell Bay Manor y no hacer regalos a la duquesa, al duque... y a los niños que ahora viven allí. Y Andrew ni siquiera se dará cuenta.

—Buena observación. —Martha sonrió mientras se disponía a escribirle a la duquesa. Parecía haber renacido. Tal vez necesitaba moverse, organizar, cuidar de otros, en resumen, distraerse del dolor causado por la pérdida de Ernest, una pérdida que parecía marcar el ritmo de su vida.

* * *

27 de noviembre de 1811

—¿Estamos seguras de que se va unos días a Molash? —preguntó Eleonor observando a Andrew que subía al carruaje con el escudo de los Hereford.

—Lo sabremos esta noche —respondió Martha mientras seguía bordando sin inmutarse.

—No entiendo...

—Hago que lo siga el chiquillo que ayuda al mozo de cuadra —le explicó la mujer en tono distraído.

Eleonor abrió los ojos, esbozó una sonrisa divertida y se volvió para mirar a Nancy que, boquiabierta, se quedó mirando primero a Ellie y un segundo después a su madre.

—Eres... previsora, tía.

—Más bien diría cauta. Nancy, cariño, cierra la boquita, hazme el favor: ese aspecto no le sienta muy bien a tu porte elegante. Vamos arriba, queridas. Empezaremos a hacer una lista de nuestro equipaje para estar preparadas para partir en cuanto nos confirmen esta noche que Andrew está en Molash. Eleonor, por favor, dile a Simmons que esté listo, él sabe lo que tiene que hacer. Únete a nosotras enseguida.

—Sí, tía —replicó Leonor divirtiéndose por su temperamento extrañamente confiado.

CAPÍTULO 18

29 de noviembre de 1811

Habían trabajado toda la noche del 27 y todo la jornada del 28 hasta bien entrada la tarde, llenando baúles y grandes maletas de viaje.

La duquesa, hablando abiertamente con Martha, que había ido a visitarla, pretendía acogerlas en Escocia durante no menos de dos meses Martha sabía que Bridget lo había entendido todo; las dos mujeres sólo habían necesitado una mirada de mutua comprensión.

Una estancia tan larga requería un tiempo de preparación del viaje igualmente largo. Pero tal vez la fatiga agotadora de los preparativos serviría para dormitar durante el monótono viaje.

El duque había puesto a su disposición un carruaje propio para transportar a Martha, Nancy y Eleonor. Era muy cómodo, el acolchado amortiguaba el molesto balanceo causado por los caminos de tierra, las cortinas proporcionaban intimidad y los profundos asientos, provistos de cojines para encajar detrás del respaldo, les permitían dormir casi tumbadas. La otra comodidad innovadora era la presencia de una especie de reposapiés que se levantaba de la parte inferior del carruaje cuando era necesario. El dispositivo había sido ideado por el propio duque, como había informado con suficiencia el valet encargado del vehículo.

En el segundo carruaje, el de servicio de los Hereford, viajaban Hettie, Maggie, Sarah, la criada de lady Hereford, Adam Jenkins y John Simmons. En éste se había colocado la mayor parte del equipaje y su peso recaía peligrosamente sobre los ejes de las ruedas, pero el cochero había garantizado que no habría imprevistos.

Al ser el primer día de viaje, lady Hereford les había ordenado avanzar rápidamente sin pausa alguna hasta el ocaso. Sabía que iba a ser agotador, pero era la única manera de alejarse rápidamente de su peligroso hijo. Un carruaje menos pesado habría viajado a una velocidad de al menos cuarenta millas a la hora, pero se ajustaron a un ritmo menos agotador.

Cuando se detuvieron en la posada «El Ciervo de oro» en Wetherby, Yorkshire, lady Hereford se alegró, al saber por el cochero, de que habían recorrido unas doscientas treinta millas, habiendo viajado todo el día, aparte de una parada de algunas horas para descansar los caballos. La posada era cómoda y limpia; la sencilla cena, queso y jamón, pan hecho por la dueña y estofado de cordero con patatas, no desagradó a las tres mujeres que estaban deseando tenderse en sus camas, con los cuerpos doloridos por haber pasado demasiadas horas sentadas.

Eleonor durmió profundamente sin tener sueños y al amanecer fue la primera en levantarse. Como Martha había ordenado la noche anterior que se marcharan sin hacer ruido, decidió dar un paseo por los alrededores en compañía de Hettie. No hablaron mucho para evitar abordar el tema de la «fuga del primo acosador».

Pudieron comprobar que el clima empezaba a ser algo diferente al de Londres y Ashford. El frío de la mañana les hizo respirar con dificultad mientras disfrutaban de la vista de tanta vegetación interrumpida sólo por los muros de piedra.

—Hace frío —dijo Hettie hundiendo la mitad del rostro en la pesada capa.

—Sí, y me temo que será peor —añadió Eleonor.

A media mañana reanudaron el viaje, esta vez con grandes piedras calientes envueltas en

paños de lana, para colocarlas bajo los pies y en los asientos.

—Sí, sin duda necesitábamos estos fardos calientes —sentenció Martha.

—Tía, me temo que hemos subestimado la baja temperatura a la que nos vamos a enfrentar.

—Puede que sea así. Si es necesario, podríamos remediarlo comprando ropa más adecuada, ¿verdad, Ellie? —preguntó ansiosa la mujer, pensando en el dinero que Eleonor había traído consigo.

—Claro, tía, cogí todo el dinero que me envió el duque. En casa no dejé nada. —También se habían llevado todas las joyas de Martha y Nancy, no las suyas porque ya no tenía, desaparecidas probablemente por culpa de Andrew—. Tía... preferiría que lo tuvieras tú: no es normal que una sobrina o una hija lleven la bolsa del dinero.

—Siempre tan delicada, Eleonor. Volveremos a hablarlo esta noche, ¿de acuerdo?

Se detuvieron a las afueras de Durham, en Northumberland, en un viejo cottage utilizado como posada para viajeros, que en realidad estaba bastante destartalado y apestaba, lo que hizo que Martha frunciera el ceño, pero las dos chicas se rieron a carcajadas.

No les faltaba apetito, así que comieron con ganas sin detenerse a pensar en quién había preparado la comida ni en la limpieza. Notaron con curiosidad que algunos lugareños de allí hablaban en una forma dialectal de origen germánico o celta.

Una mujer corpulenta que olía a comida cocinada les explicó que, a medida que subieran hacia el norte, oirían con más frecuencia esas formas lingüísticas desconocidas para ellos.

Fue entonces cuando Eleonor se dio cuenta de que probablemente todos los miembros de la familia Northcliff sabían hablar escocés, una lengua derivada del antiguo inglés de los anglos de Northumberland y del inglés escandinavo de la gente del norte y centro de Inglaterra que se había trasladado a Escocia desde la Edad Media. Y dado que vivían en los límites de las Highlands y la familia de la duquesa vivía allí, era probable que también supieran hablar gaélico.

Su innata curiosidad la impulsó a hacer preguntas específicas a la mujer, pidiéndole que tradujera algunas palabras, solo para saborear una pronunciación diferente.

Partieron de nuevo descansadas, después de varias horas, también para dar descanso a los caballos, y cabalgaron a través de Newcastle y Morphet. Divisaron las colinas de Cheviot de las que habían leído en los libros, admiraron sus colores en sus diversas tonalidades de verde, desde el claro y amarillento al verde oscuro y marrón, en una superposición debida a la visión en perspectiva que tenían al mirarlas desde lejos. Unas pocas ovejas hicieron acto de presencia, debido al frío y a lo avanzado de la hora.

Tía Martha había quedado en llegar al menos hasta Wooler, en el corazón de las colinas de Cheviot, y así lo hicieron con el sol ya poniéndose.

Su valet se había informado sobre las mejores posadas y se detuvieron en «The Sheep Cottage». Antes de subir a sus habitaciones, el posadero, un hombre de mediana edad, les confió a una joven de buen porte a la que había llamado esposa, a pesar de la evidente diferencia de edad, y que les hizo sentarse junto a la gran chimenea de la sala común, donde algunos otros huéspedes ya se estaban reuniendo para la hora de cenar.

En cuanto las habitaciones estuvieron listas, las mujeres pudieron darse un baño caliente, gracias a la colaboración de varias criadas que el amo había puesto a su disposición. Cenaron en la sala común, que estaba casi desierta dada la avanzada hora.

La esposa del amo estaba atenta y sonriente.

—Espero que la cena haya sido de vuestro agrado.

—Sí, gracias —respondió educadamente Martha en nombre de todas—. ¿Sería posible tener leña en las habitaciones para pasar la noche?

—Por supuesto, señora. Me ocuparé personalmente de ello. Sin embargo, ya he dispuesto que en cada habitación haya grandes mantas hechas con nuestra lana. Sé que no estáis acostumbradas a nuestro frío, vos que venís del sur...

—Hace mucho más frío aquí que en Ashford, de donde venimos —admitió Martha.

—¿Aún tenéis mucho camino por recorrer?

—Hasta Shell Bay, en el estuario de Forth.

—¿Shell Bay? Así que... ¡os dirigís a Shell Bay Manor! ¡Unas señoras tan elegantes sólo pueden ir allí! Pero... disculpad... entonces debería llamaros por vuestro título...

—No importa —dijo Martha sonriendo.

—Os lo ruego... sois marquesa... o condesa... ¿o qué más?

—Condesa. Lady Hereford, querida, si tanto os importa. Para mí ... Incluso bastaba con señora.

—Sois muy bella y vuestras hijas, perdonad mi franqueza, os superan.

—Gracias. Vos sois muy joven... vuestro marido parece más adulto...

—Sí, es diecinueve años mayor que yo. ¡Hemos estado juntos desde que tengo memoria! Él es diferente. ¡Es joven por dentro y me hace reír mucho!

La chica parecía feliz y las tres mujeres sonrieron: todavía había alguien que se casaba por voluntad propia y por amor.

—Me voy ahora, lady Hereford. En diez minutos estará todo listo. Con vuestro permiso. —Se dio la vuelta tras una torpe reverencia.

La noche fue fría, apenas algún grado sobre cero, pero el fuego siempre encendido y las suaves y cálidas mantas de lana mantuvieron a las mujeres durmiendo a pierna suelta.

Al amanecer pudieron lavarse con agua caliente, gracias a los cuidados de la joven ama, y el desayuno fue abundante y gratificante.

A Eleonor le fascinaba oír al amo de la posada hablar con su esposa en escocés. Ansiaba oír hablar al duque de Northcliff en aquella lengua extraña y de pronunciación diferente.

Martha dejó una generosa propina a la muchacha, que les regaló una manta hecha con la lana de sus ovejas y un poco de pan horneado por ella aquella mañana.

El viaje se reanudó e inexorablemente el frío aumentaba a medida que subían.

Ahora estaban en Escocia y los caminos más incómodos obligaron al cochero a reducir la velocidad. Pasaron por Lauder y Dalkeith.

Eleonor se emocionó al ver a lo lejos el castillo de Edimburgo, una antigua fortaleza histórica sobre la que había leído en los libros.

El frío era insoportable, sobre todo porque su ropa era insuficiente, y después de que las piedras calientes de los fardos se enfriaran, el aire helado penetró hasta los huesos.

—Edimburgo es una ciudad hermosa y antigua, tía Martha. ¿Nos quedaremos un día? Podríamos visitar y comprar, algo de ropa más adecuada no vendría mal.

—Justo estaba pensando eso, Ellie. Nancy, ¿estás de acuerdo?

—*¡Por supuesto!*

Se alojaron en un viejo hotel, el «King Charles II», situado casi enfrente de la catedral de San Egidio. La *Old City* parecía pintoresca y Eleonor, mirando con los ojos muy abiertos los viejos edificios, muy pegados, sus ladrillos rojos oscurecidos por el tiempo, sus tejados muy inclinados y negros, algunos cubiertos por un velo de nieve que había caído la noche anterior, sus buhardillas iluminadas por chimeneas y lámparas, ya se imaginaba paseando por sus calles a la mañana siguiente.

—¡Estoy deseando que llegue mañana! —exclamó, apretándose las manos emocionada.

—*¡Y Yo!* —dijo Nancy, pronunciando bien las sílabas—, *¡porque me encantaría tener ropa más abrigada!*

Martha rio.

El hotel era lujoso y acogedor. Fueron recibidas con deferencia, y cuando Martha pidió a Simmons que se informara sobre la mejor sastrería de la ciudad, con aire altivo y distante, el señor y los asistentes se dieron cuenta de que las tres mujeres eran nobles.

—La condesa de Hereford quiere conocer la mejor sastrería de la ciudad y posiblemente hablar con la modista enseguida.

—Por supuesto, lady Hereford, me encargaré de ello inmediatamente — respondió el amo con una reverencia. Hizo una seña a un lacayo y, tras darle la orden, éste partió rápidamente del edificio.

—Nos detendremos aquí hasta pasado mañana, Simmons. Espero que la modista pueda recibirnos antes de reanudar el viaje a Shell Bay Manor. —comentó Martha en voz alta sin pensárselo dos veces.

—La residencia del duque de Northcliff... Hablaré personalmente con la modista para que el trabajo se haga a tiempo, lady Hereford —le garantizó el hombre—. Si me permitís la pregunta... ¿seréis invitados del duque y la duquesa?

Eleonor, que se divirtió con la consideración y sumisión que mostraba el hombre al oír el nombre del duque, contestó antes que lo hiciese Simmons.

—Sí, nos hospedaremos en Shell Bay Manor por unos meses. La duquesa de Northcliff es muy amiga de lady Hereford.

La cara de desconcierto de Martha y la cómica expresión de sorpresa del hombre casi hicieron estallar en carcajadas a Nancy: ¡la muchacha sabía lo que tramaba su indomable prima!

—Es un verdadero honor para mí que nobles tan importantes se alojen en nuestro hotel. ¡Me aseguraré de que recuerden su estancia con nosotros como la más apropiada para sus señorías! —exclamó el patrón con otra reverencia.

Martha sólo pudo asentir en señal de aprobación.

Simmons enarcó las cejas: A lady Eleonor le parecía graciosísimo.

Subieron a sus habitaciones, donde se lavaron y calentaron junto al fuego de la chimenea.

Eleonor y Nancy habían elegido su propia habitación, lo bastante espaciosa como para que Hettie y Maggie pudieran dormir allí si lo deseaban.

Martha se quedó en la habitación contigua y su criada Sarah dormiría en el sofá, que era lo bastante profundo como para parecer una cama.

Sarah estaba contenta con el arreglo, pues había servido a lady Hereford durante años y ya no estaba en edad de buscar entretenimiento o diversión más allá de las horas razonables en que su señora se retiraba.

A veces se quedaba charlando con Simmons o Jenkins en la cocina cuando estaban en Ashford; pero desde que estaban de viaje, el cansancio había vencido a todos, incluso a ella.

Tampoco era una mujer sociable, tenía sus propias ideas un poco anticuadas sobre la relación entre criada y señora, y más aún sobre las relaciones entre hombres y mujeres, sobre todo si se trataba de compañeros de trabajo. Tendía a ser reservada y nadie la había visto nunca relacionarse con hombres, tampoco fuera de la residencia de los señores.

El único que parecía no estar afectado por la fatiga de aquellos días era Simmons, que a veces se pasaba, acompañado por el cochero, a tomar una cerveza después de cenar, pero nunca hasta tarde.

Nancy llamó a la puerta contigua y, sin esperar una respuesta que obviamente no oiría, entró.

—Mamá, ¿podríamos cenar en la habitación? Estamos muy cansadas... y la idea de cambiarnos para cenar no nos apetece nada.

—No os culpo —suspiró Martha—. Simmons me acaba de informar de que la modista está llegando —añadió reflexionando un momento—. Escucha: Ordenaré que nos tome las medidas y luego cenaremos juntas en mi habitación.

—¡Gracias, tía! —chilló Eleonor desde el interior de la habitación, donde se estaba secando el pelo frente al fuego. Nancy vio a su madre mover la cabeza mientras decía —: Por favor, por favor.

Mrs. Mitchell, la modista, era una mujer de mediana estatura, tez clara y pelo castaño con reflejos castaños perfectamente peinado a la altura de la nuca. Su vestimenta sencilla y lisa se ajustaba a su papel. Mostraba una sonrisa apacible y su obsequiosidad y cortesía daban la medida de su costumbre de tratar con clientes de cierta categoría.

Reconociendo al momento que la ropa de las señoras no era apropiada para el duro clima de Escocia, propuso que se confeccionaran inmediatamente capas forradas de piel: de este modo podrían contentarse con partir con un solo vestido nuevo y pesado, que prometió tener listo para el día de la partida.

Mientras tanto, enviaría nuevas prendas en los días siguientes, a medida que estuvieran listas.

La duquesa era su clienta y estaba acostumbrada a que una persona de confianza le entregara las prendas o a traerlas ella misma si consideraba oportuno hacer una prueba para algún retoque.

Lady Hereford, al oír todo esto, se mostró satisfecha.

—Muy bien, Mrs. Mitchell. ¿Con quién quiere empezar?

—Por vos obviamente, lady Hereford —respondió la mujer. Hizo un gesto con la cabeza a la joven que la acompañaba y ésta empezó a tomar medidas con pericia y a apuntarlas en un cuaderno.

Mientras tanto, Nancy y Eleonor hojeaban patrones y colores, ayudadas por la modista, que les daba consejos y hacía las observaciones oportunas.

Todo el asunto duró una buena hora, y cuando Mrs. Mitchell se despidió, estaba definitivamente satisfecha con la cantidad de trabajo que había recibido de las nobles damas. Decidió que empezaría esa misma noche con buen ánimo: le importaba demasiado causar una buena impresión a la duquesa y aún más al duque.

Nancy desprendía un aire dichoso.

— Elegir la ropa es...

—¡Cansado y agotador!

—¡Oh, Ellie! ¡No es verdad! Me encanta hacerlo. Todas esas telas ... y los colores ... los patrones...

—Sólo sé que tengo un hambre de mil demonios.

—Vamos chicas, la cena está servida. —dijo Martha interrumpiéndolas.

Cenaron haciendo planes para el día siguiente. Comieron todo lo que les habían traído en dos carros llenos de bandejas y las tres se retiraron temprano.

Fue agradabilísimo dormir en cómodas camas perfumadas con lavanda.

* * *

El frío implacable del día siguiente fue una novedad para ellos, pero no les impidió llevar a cabo sus planes. Visitaron la catedral de San Egidio, pasearon por la Ciudad Vieja, admiraron las ruinas de la abadía de Holyrood construida por el rey David I en 1128.

Todo entusiasmaba a las chicas y Martha, observando aquel entusiasmo juvenil, sentía el peso de la soledad aún más acuciante. Sonreía con cariño, pero le dolía el corazón por la ausencia de

su marido, a quien siempre le había gustado pasar tiempo con ellas, divirtiéndose enormemente. ¡Cómo le habría gustado a Ernest ver los ojos vivaces de Nancy y Eleonor mientras admiraban aquella ciudad desconocida!

* * *

Cuando regresaron al hotel a última hora de la tarde, lo encontraron todo listo para la merienda en el salón de té. Charlando incesantemente sobre la jornada, tomaron el té y probaron todos los dulces que les ofrecía el criado de librea.

Martha se encargó de enviar una nota a Bridget avisándole de que llegarían al día siguiente.

Unas cuantas personas entraron en la sala, pero Eleonor y Nancy estaban demasiado ocupadas para prestarles atención.

Martha, en cambio, reconoció de inmediato a lady Bath con su marido, el conde, y su hija, lady Georgia; fingió que no había pasado nada, ya que no las habían visto, pero esperó unos segundos a que la saludaran. Esto no la entusiasmaba en absoluto, pero sabía que no podía quebrantar las formas.

—¿Lady Hereford? ¿Sois vos? —preguntó la voz quejumbrosa de la condesa de Bath.

Martha levanto la mirada fingiendo sorpresa y se encontró con los ojos cerúleos de lady Bath clavados en ella.

—¡Lady Bath! ¡Lord Bath! ¡Pero qué extraordinaria coincidencia! —exclamó Martha mientras se levantaba, imitada por Nancy y Eleonor.

Lady Georgia se inclinó en señal de saludo, pero permaneció complaciente al margen.

—¡Extraordinario en verdad, lady Hereford! Somos huéspedes en la residencia de mi hermana, la vizcondesa Oxfuird. Su marido, lord Oxfuird, adora nuestra presencia para las fiestas navideñas y siempre encontramos tiempo para pasar parte de nuestra estancia en compañía del duque de Northcliff. —La mujer había dejado claro, en una sola frase, lo mucho que valoraba sus amistades de alto rango.

—¡Bien! —comentó Martha con sabía prudencia—. Entonces podremos vernos a menudo, ya que seremos huéspedes de los duques durante unos meses.

La expresión de estupefacción en el rostro de lady Bath duró sólo un par de segundos, pero fue suficiente para que Eleonor y Nancy sonrieran.

—*Tía Martha sabe ser fortuitamente punzante a veces.*

—*¿Fortuitamente, Ellie? Yo más bien diría deliberadamente.*

Lady Bath las miró con una mezcla de desconfianza y desaprobación.

—Le estaba explicando a mi prima que vuestra hermana vive cerca... a veces algunas palabras se le escapan.

—Oh, entiendo —dijo la mujer con una sonrisita de muñeca: sus labios en forma de corazón estaban adornados con alguna sustancia colorante que resaltaba su tono rosado—. Mi querida lady Nancy, hablaré más claro para que no os perdáis ni una palabra.

Había puntuado cada sílaba elevando el volumen de su voz al menos una octava, como si pudiera ser oída o como si se dirigiera a una persona con deficiencia mental.

Nancy permaneció inmóvil, incapaz de reaccionar.

Eleonor estaba a punto de intervenir bruscamente, pero Martha se le adelantó, temiéndose lo peor.

—Gracias por vuestra preocupación, lady Bath, pero como ya habréis notado, Eleonor puede compensar todos nuestros descuidos, permitiéndonos no sentirnos demasiado constreñidos y que Nancy se sienta a gusto. Así que no hagáis caso de su sordera: si ella no lo hace, ¿por qué deberíais hacerlo vos? —Martha sonreía con un aire de confianza que no admitía ninguna

opinión en contra.

—Tienes razón, Nancy: no es fortuitamente, ¡sino deliberadamente punzante!

—Lo sé. Adoro a mi madre: sabe protegernos cuando se ve obligada.

Lady Bath, sin palabras, seguía mostrando una boca estirada en una sonrisa forzada.

Aquella mujer le recordaba a Eleonor a una muñeca de porcelana, de piel pálida, boca rosada y pelo platino con los rizos en espiral. De hecho, no le cabía duda de que el elaborado peinado era el resultado de un meticuloso trabajo de su doncella personal y de que su color se aclaraba con una generosa dosis de limón o incluso de cerveza.

—Lady Bath, decidme, ¿dónde vive vuestra hermana, la vizcondesa de Oxfuird? —preguntó Martha.

—Ella... vive a las afueras de... Edimburgo —respondió vacilante, pensando aún en la respuesta que había recibido un momento antes.

—¿La visitáis a menudo?

—En realidad, casi todas las Navidades. A finales de enero volvemos para que nuestra hija pueda disfrutar de la temporada londinense.

—Bueno, la temporada suele comenzar en abril; os tomáis el regreso seguro con mucha antelación.

—Sí, nos gusta estar lo más preparados posible: los preparativos para el nuevo vestuario anual requieren mucho tiempo y experiencia, y nunca subestimo la importancia de la apariencia —replicó lady Bath un poco irritada.

La mirada crítica que lady Georgia dirigió a las tres mujeres que tenía delante era explícitamente de desaprobación, quizá por su atuendo poco acorde con el clima escocés.

Esta vez Eleonor fue más rápida en contestar, dejando a su tía con la boca abierta.

—¡Cuánta razón tenéis, lady Bath! El aspecto exterior y la imagen que una mujer da de sí misma son fundamentales... siempre y cuando se posea también un mínimo de inteligencia y cultura, ¿no os parece? —Eleonor mostró su sonrisa cómplice y complaciente, con la cabeza ligeramente inclinada en una actitud absolutamente cautivadora, mientras clavaba sus hermosos ojos, primero en la mujer, que la miraba desconcertada, y luego en lord Bath, que estaba fascinado. ¡Era increíble lo poco que se necesitaba para convertir a un hombre en una marioneta!

—Tenéis toda la razón del mundo, lady Eleonor —se apresuró a decir el conde, complacido por las atenciones de la bella mujer—. Belleza e inteligencia son ingredientes esenciales.

Nancy vio a lady Georgia cómo se tensaba: la joven sentía una aversión palpable hacia Eleonor y ni siquiera se molestaba en ocultarlo.

—Ésa te odia.

—Lo he notado. Supongo que no le gusta ver a otras mujeres alrededor del Duque Negro.

—Apunta alto... ¿Por eso rechaza a los demás pretendientes?

—Puede ser. Es ambiciosa y, por la misma razón, también mezquina. Esos ojos de cervatilla... son falsos y vacuos. No confío en ella.

—¡Claro que no! ¡Podría robarte tu duque!

—Basta ya. No te burles de mí.

Nancy sonrió divertida.

—Creo... que es hora de irse —dijo lady Bath.

—Hasta pronto, entonces —respondió Martha. Y tras las reverencias de rigor, se quedaron solas.

Martha miró a Eleonor; ésta sonrió y se volvió para mirar a Nancy; Nancy le hizo un gesto de aprobación con la cabeza y cogió la mano de su madre; Martha suspiró.

—¿Una pizca de cultura e inteligencia? —se preguntó más a sí misma que a Eleonor.

—Sí, tía, en efecto, cultura e inteligencia.

—*¿Volver en enero para no perderse la temporada que empieza en abril?* —replicó Nancy con sarcasmo.

—Por lo que parece, largos y meticulosos preparativos —respondió Martha meditando.

—¿Parte de la estancia en compañía del duque? —preguntó Eleonor sospechando no haber entendido correctamente.

—*Sí, sí, así ha dicho* —respondió Nancy asintiendo con la cabeza.

—Sí, Ellie, es exactamente lo que ha dicho: parte de la estancia en compañía del duque —le confirmó Martha.

Nancy sirvió más té en las tazas. El estricto silencio que siguió mientras bebían a sorbos el líquido caliente y comían los *scones*[6] denotaba que estaba en marcha una profunda reflexión sobre las afirmaciones de lady Bath.

—¡Que me parta un rayo si tenemos que aguantar su molesta presencia en Shell Bay Manor! —exclamó de repente Eleonor.

—¡Eleonor Grace Hambrook! —la amonestó Martha en tono severo. Luego añadió—: Más bien que me parta a mí un rayo si vamos a desperdiciar meses comprando un vestuario nuevo.

Eleonor soltó una carcajada.

Nancy abrió los ojos divertida y gesticuló con la boca:

—*¡Que me parta a mí! Quién sabe, ¡quizá a fuerza de gritar así lady Bath consiga que yo recupere el oído!*

Martha y Ellie estallaron en carcajadas como hacía mucho tiempo que no lo hacían.

Algunas personas de las mesas contiguas se apartaron asombradas; pero la risa armoniosa y contagiosa de Eleonor también las hizo sonreír.

* * *

Poco antes de la cena, Mrs. Mitchell se presentó inesperadamente con tres vestidos, uno para cada una de ellas, y las capas de piel, y para colmo, sorprendió gratamente a Martha y a las niñas al afirmar que ya tenía las demás prendas en el taller y que pensaba entregarlas antes de la partida, a más tardar a la mañana siguiente.

—Mrs. Mitchell, ¡sois un portento! —dijo Eleonor sin andarse por las ramas, mirando la maravillosa ropa nueva.

—Mi sobrina quería decir que habéis hecho un gran trabajo y habéis sido diligente y cuidadosa con nuestras necesidades.

—Gracias, lady Hereford. Satisfacer a mis clientes es mi prioridad. Me gustaría que se probaran los vestidos para estar segura, si no os importa.

Pasaron la siguiente media hora con la modista y, cuando se despidió, bajaron al salón para cenar.

Todos los invitados iban vestidos adecuadamente y la comida habría sido digna incluso de un príncipe.

Era evidente que el propietario del «King Charles II» había trabajado duro para hacer de su hotel un lugar adecuado para recibir a gente de cierto rango y había cuidado meticulosamente los detalles de cada estancia, desde las salas comunes a las habitaciones, desde los pasillos a la biblioteca. Martha se había fijado en algunas piezas finísimas, tanto en el mobiliario como en las alfombras y los cuadros.

Después de cenar pasaron por la biblioteca, que estaba repleta de un buen número de libros y volúmenes de todo tipo.

Eleonor paseaba aquí y allá, ojeando uno u otro libro que tenía en las manos, sin interesarse realmente por ninguno en particular.

Estaba emocionada por el inminente encuentro con el duque, y aunque racionalmente sabía que no tenía nada de qué preocuparse, sin embargo la anticipación le provocaba un estado de ansiedad. ¡Quién sabe si lord Northcliff aceptaría su oferta! ¡Quién sabe lo insolente que el duque la habría considerado al hacerle semejante propuesta!

CAPÍTULO 19

Shell Bay Manor
Estuario de Forth, Escocia

3 de diciembre de 1811

Habían partido temprano aquella mañana. Habían abandonado el «King Charles II» después de un copioso desayuno, de arreglar las cosas con la modista y de una calurosa despedida por parte del propietario.

Martha había dado órdenes de avanzar a toda prisa, haciendo caso omiso del mal estado de los caminos: había nevado la noche anterior y una capa de hielo cubría todavía algunos tramos, obligando a los cocheros de los dos carruajes a levantarse de sus asientos para conducir los caballos al paso.

Pasaron por Falkirk y Stirling, y al mediodía ya estaban en Kirkcaldy, donde se detuvieron a descansar las caballerizas y calentarse en una posada que todos llamaban «The Harbour Cottage», quizá porque daba al puerto, pero que tenía la inscripción «The Lang Town Cottage», es decir, el cottage de la ciudad larga, nombre escocés de Kirkcaldy.

Comieron poco, pero disfrutaron del té caliente, ya que les costaba acostumbrarse al frío, sobre todo a Martha.

Se pusieron en marcha tranquilamente, sabiendo que sólo faltaban una veintena de millas para llegar a Shell Bay Manor. El mar a su derecha espumeaba con el viento y daba la impresión de ser inquieto y peligroso. Los colores oscuros en todas las tonalidades de azul daban una sensación de poder al impetuoso movimiento de las olas.

Eleonor fantaseó con palabras adecuadas para describir aquellos sentimientos; Nancy imaginó cómo pintar aquellos colores en constante agitación.

El carruaje aminoró la marcha hasta detenerse.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó Martha, asomando la cabeza por la ventanilla.

Una ráfaga de aire helado y salobre la sorprendió. Vio a un hombre a caballo que hablaba con el cochero; luego, el hombre sonriente se detuvo ante la puerta del carruaje y reconoció al hermano del duque, lord Colin Roy MacKendrick, de aspecto perpetuamente despreocupado, gracias también a sus siempre claros ojos verde claro. Su cabello, que a la luz parecía rubio ceniza, estaba despeinado por la cabalgata y, sin duda, por el viento.

—¡Lord Roy MacKendrick!

—Condesa. ¡Listo para acompañaros a Shell Bay Manor!

—¡Qué amable! ¡Gracias de todo corazón, lord Roy!

—Lady Nancy, lady Eleonor. Dejo para más tarde las preguntas sobre el viaje. Estaréis cansadas y mi madre ha ordenado llevaros a casa sin demora.

—¿De verdad ha dicho eso? —preguntó intrigada Ellie.

—Sí, sí, exactamente eso. Vamos.

El camino bordeaba el mar, y desde la pequeña Leven, una playa de la arena más clara se extendía en semicírculo, larguísima, y a mitad de camino se encontraron con el pueblo de Largo.

Lord MacKendrick se detuvo para explicar que la playa se llamaba por esta razón Largo Bay y que el promontorio que la cerraba era Shell Bay.

—En resumen y en pocas palabras —chilló lord Roy para hacerse oír por encima del ruido del carruaje, sin dejar de cabalgar con una postura perfecta—, Shell Bay es una pequeña bahía cerrada entre ese promontorio que se ve bien desde aquí, donde está esa colina, y Elie Cliff, que es el promontorio donde se encuentra Shell Bay Manor.

—*¿Ha dicho «Ellie Cliff»?* —preguntó Nancy.

—Eso parece... Tía, pregunta si ha dicho Ellie.

—¿Habéis dicho Ellie?

—No, no, Lady Hereford, se llama «Elie Cliff».

Cuando terminó el recorrido costero, el camino se curvó hacia la izquierda y la vista de un inmenso bosque llenó los ojos de las tres mujeres.

Pero lo que más les asombró fue darse cuenta de que iban a pasar entre aquel verde oscuro y sombrío de enormes robles y alerces, parcialmente cubiertos por la nieve caída la noche anterior, con los troncos oscuros y brillantes por un velo de hielo que los envolvía.

De pronto giraron a la derecha y los grandes árboles se enralecieron, dejando a la vista un gran número de aulagas silvestres desnudas, cuyas ramas parecían congeladas por el fuerte viento, haciendo dudar de que pudieran volver a florecer.

La vegetación salvaje parecía volverse cada vez más armoniosa a medida que avanzaban, y a los lados del camino empezó a aparecer una alfombra de hierba amarillenta y seca, salpicada aquí y allá de arbustos de plantas que también sufrían el frío y cuya especie era imposible de saber, pero que evidentemente estaban bien cuidados y podados con esmero por una mano decididamente experta.

Parecían salvajes y totalmente en sintonía con su entorno, lo que probablemente era la intención del hábil jardinero.

Los últimos árboles dieron paso al gris deslumbrante del cielo cargado de lluvia o nieve inminente, y apareció un enorme espacio abierto cubierto de hierba amarillenta; una franja de grava blanquecina marcaba el paso para el carruaje y en el centro una fuente de piedra clara colmaba la vista, pero sólo durante dos segundos: detrás se alzaba Shell Bay Manor, que invadió totalmente su vista.

—¡Maldita sea! ¡Hay que tener mucho valor para llamarlo simplemente mansión!

—¡Eleonor!

—¡Pero tía! ¡Mira! —dijo Eleonor casi gritando, señalando el imponente y maravilloso edificio con la mano enguantada, con los ojos abiertos de par en par e incrédulos.

—¡Es todo un castillo!

—En efecto... —convino Martha.

La mansión de Shell Bay era un castillo de evidente aspecto medieval.

Su aspecto era a la vez imponente y sombrío, sin duda debido a la luz que emanaba del cielo plomizo y que acentuaba el color antracita de las piedras del edificio.

A la derecha y a la izquierda de la gran puerta de entrada de madera se alzaban dos torres macizas, perfiladas por numerosas ventanas de arcos ojivales y rematadas por almenas. Unos ganchos de hierro, fuertes y oxidados, estaban anclados a ambas torres, lo que indicaba que en otro tiempo fueron defensivas y desde ellas se bajaba un puente levadizo.

En las esquinas, otras torres se alzaban, más modestas en su estructura pero de igual altura, todas bien provistas de ventanas bíforas con vidrios relucientes, detrás de los cuales se podían entrever cortinas claras.

Las murallas que unían las torres eran largas, altas y rematadas con almenas, y Eleonor estaba segura de que había un camino de ronda alrededor de ellas. Unas magníficas puertas-ventanas bíforas dominaban esas grises murallas de la fachada, situadas a la derecha e izquierda de las torres defensivas.

—Pero... hay otra torre allí dentro... —comentó Martha.

Eleanor siguió su mirada y se fijó en la gigantesca torre central dentro de las murallas.

—Es la torre del homenaje, tía, donde vivían los señores del castillo... Me pregunto si existe un patio interior o lo cerraron todo para aprovechar al máximo el espacio...

En efecto, la torre del homenaje se levantaba en el centro de lo que había sido el patio y superaba la altura de las demás torres gracias a un torreón lleno de ventanas ajimezadas que exhibía con orgullo en el centro una especie de obelisco de piedra en cuyo vértice había una bandera.

— *Es el escudo de armas del carruaje...*

—Sí, Nancy, me parece que lo es —contestó Eleonor, mirando fijamente la bandera azul cerúleo donde un águila real se representaba con precisas líneas negras mientras volaba con sus alas desplegadas. Entre sus garras sostenía una planta verde con una desvaída inflorescencia púrpura, cuyo significado Eleonor inesperadamente no comprendió.

—Bajad, lady Hereford y bienvenida a Shell Bay Manor —exclamó con una hermosa sonrisa lord MacKendrick, que había abierto despreocupadamente la puerta y tendido la mano a Martha.

Se habían detenido frente a la puerta, de donde salía un gran número de personas como hormigas.

Eleonor y Nancy siguieron a Martha.

—Nuestro mayordomo Ramsay y nuestra queridísima ama de llaves, Mrs. Brodie, cuidarán bien de vosotras —explicó lord Roy MacKendrick—. Mi madre seguramente os está esperando en su salón. Os acompaño —Y se dirigió al interior.

Eleonor observó que lord MacKendrick, aunque diferente del duque, tenía un encanto innato. Lo observó subir los cuatro escalones de mármol rodeados por dos semicírculos de balaustrada de piedra clara que conducían al portón de madera, con paso elegante, sereno pero espontáneo en su atuendo ecuestre.

—Bienvenidas —dijo Ramsay inclinándose, gesto que fue imitado por la señora a su lado—, bienvenidas a Shell Bay Manor. La duquesa os esperaba con cierta inquietud. Los caminos aquí pueden resultar peligrosos si la nieve se congela.

—En efecto, redujimos la velocidad, por pura precaución... —explicó Lady Hereford.

—Si me permitís, os acompañaré al interior. Veo que, a pesar de las pieles, sufrís por el frío. Mrs. Brodie se ha encargado de calentar vuestras habitaciones, y el té os aliviará el frío que debéis de haber sufrido en el carruaje.

Eleanor pensó que el hombre era realmente eficiente. Miró con una sonrisa burlona a Simmons y Jenkins, que esperaban instrucciones.

Tía Martha se las dio con prontitud y precisión, dándoles la misma importancia que sin duda esperaban.

Fue mientras los observaba cuando Eleonor, sin motivo alguno, se volvió, como buscando algo, como si un reclamo hubiera captado su atención.

Y vio a un hombre de cabello negrísimo, vestido de negro, con su capa negra levantada por el viento mientras galopaba hacia ellos, montado en un magnífico caballo oscuro de hocico sonrosado. Reconoció al instante al duque.

—El duque de Northcliff suele dar largos paseos con su semental. Se pierde durante horas y

vuelve cuando le viene en gana. —Mrs. Brodie había hablado con aire de complacencia al ver que la muchacha se había girado hacia él como si hubiera sentido su presencia. De hecho, estaba segura de que el sonido de los cascos del caballo no podía haber sido oído por nadie.

—¿Paseos? ¡Galopa como alguien que huye del ejército francés! —Eleonor había murmurado, por lo que su tía, afortunadamente, no la oyó.

Agatha estaba desconcertada. Por el color del cabello semi escondido por la capucha de piel, estaba segura de que se trataba de lady Eleonor, la inusual y original muchacha por la que había preguntado. Sospechaba que la estancia de la mujer sería una distracción para todos, especialmente para Keiran.

El duque se acercó a menos de cincuenta metros del grupito que ahora le observaba y puso su semental al trote, luego al paso y se detuvo. Todos se percataron de que sus ojos buscaron de inmediato los de lady Eleonor, pero tuvieron la educación de fingir no haberse dado cuenta.

—Bienvenidas —dijo mientras se apeaba del alto animal.

—Gracias, lord Northcliff, y gracias una vez más por la invitación que tanto nos honra —respondió lady Hereford.

—Os lo ruego, pasad: sé que este frío debe de ser insoportable para vosotras.

Martha y Nancy se encaminaron acompañadas por el ama de llaves.

Pero Eleonor se quedó mirando al caballo.

—¿Dónde está el foso? Sin duda había un puente levadizo.

—Lo había. Demasiado medieval. Lo hice rellenar con tierra —afirmó el duque con el tono distante que le era propio.

Eleonor se había acercado y seguía observando al acalorado animal que resoplaba inquieto, deseosa de tocarlo.

Él había sentido lo que ella quería hacer, pero guardó silencio.

— ¿Galopáis siempre así?

Ramsay se había apartado por discreción, pero lo oía todo y le costaba no reírse.

—En ocasiones.

Eleonor estudió su vestimenta y dijo:

—No os sorprendáis si os siguen llamando el Duque Negro. Sois todo negro. Incluso ese esplendor de caballo es oscurísimo. —Eleonor alargó lentamente la mano hacia el hocico del animal y Keiran tiró de las riendas.

—Es un semental bastante fogoso y duro, especialmente con el sexo débil.

—En resumidas cuentas, ¡como vos!

Ramsay tomó aire y se agarrotó, temiendo por la joven lady.

Keiran apretó los dientes ante la indecorosa frase, pero sujetó las riendas con firmeza por miedo a que Darken le mordiera los dedos enguantados. La miró fijamente, inescrutable. Su belleza no había cambiado con los años; al contrario, parecía más madura y atractiva. Se resistió a ver en ella a una mujer, se lo impuso.

Eleonor se quitó el guante derecho y acercó de nuevo la mano.

—Dejadlo, por favor.

—No.

Ella suspiró y rozó el hocico de Darken, susurrándole palabras dulces al animal. El animal no mostró signos de nerviosismo, entonces ella lo acarició suavemente, dejando que el caballo la oliera para conocerla.

—¿Puedo ir mañana con vos?

—Ya veremos.

—¿A qué hora?

—He dicho ya veremos. Ni siquiera sé cómo cabalgáis.

—Cabalgo muy bien. Y no quiero una yegua vieja, os lo advierto. ¿Entonces? ¿A qué hora saldremos?

Keiran puso mala cara y la fulminó con la mirada.

—Entrad.

Ella suspiró, levantó la barbilla y le miró desafiante.

—Incluso vuestro rostro es oscuro: la barba os crece rápidamente. Os hace muy viril.

—Sois indecente... y peligrosa —susurró él esperando que Ramsay no le hubiese oído.

—Sí, sí, ya me lo habéis dicho, lord Northcliff. —Se acercó aún más, se puso de puntillas, como para alcanzarlo, y con el rostro a menos de veinte centímetros del suyo dijo—: A los hombres les gustan las mujeres peligrosas y estoy segura de que yo os gusto a vos. —Dio media vuelta y se dirigió al portón

Eleonor comprendió que tendría que dejar a un lado sus holgadas ropas londinenses y dar rienda suelta a sus encantos para convencer al gélido duque de que aceptara la indecorosa propuesta que le iba a hacer.

Keiran tuvo en ese instante la certeza de que durante la estancia de las tres mujeres se mantendría una extenuante lucha del gato contra el ratón.

La constatación de que el gato era aquella hermosa muchacha le preocupó sobremanera.

La cálida y persistente pulsación entre sus piernas le alarmó aún más.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a redactar los agradecimientos de esta cuarta edición, me di cuenta de que, desde la primera auto publicación de *Il Duca* en 2016, el número de personas a las que dar las gracias había multiplicado desorbitadamente.

Recordé con sorpresa la gran cantidad de lectores que me han escrito desde entonces para felicitarme, cuántos colegas escritores han expresado su admiración por esta obra y cuántos me han honrado pidiéndome opiniones, cuántos «asistentes», administradores y moderadores me han ayudado a gestionar páginas y grupos en Facebook e Instagram.

Mencionar a todos sería imposible. Pero a lo largo de este último año, algunas personas han estado más presentes que otras, testigos y apoyos, interviniendo en mi vida de escritora aportándome valiosos consejos y experiencias útiles de ejemplo, ofreciéndome apoyo en los momentos difíciles y espoleándome a pensar sólo en mi rumbo futuro.
En primer lugar, a mi marido. Ejemplo de concreción y practicidad, siempre ha sido un maestro inconsciente de lecciones de vida. Sí, inconsciente, porque no se da cuenta de que tiene el don de saber filtrar, elegir, seleccionar de un vistazo, arriesgándose a veces a ser cínico. Y, sin embargo, al final, ¡siempre tiene razón!
Silvia, la editora que con paciente y meticuloso trabajo ha puesto en orden este libro y que, como buena amiga, se alegra conmigo de los resultados obtenidos y participa, siempre con entusiasmo, en las decisiones que he de tomar.
Elena M., ahora ya mi lectora beta además de amiga sincera; se puso en contacto conmigo hace años expresándome su respeto por esta novela y me ofreció su experiencia para mejorarla.
Fiammetta R.v.G. y Maria Elena Franc, fieles colaboradoras que nunca se han distanciado a pesar de todo y de todos, y ellas saben a qué me refiero. El entendimiento que ha crecido en el último año tiene aún más valor porque ha germinado en un ambiente yermo de sentimientos honestos y limpios, una amistad a distancia llena de esos pequeños toques que marcan la diferencia.
Paolo Montaldo, amigo y colega, padrazo y dador de sabiduría, entre un café capuchino y un plato de pasta... ¡lo más grande posible!
Mis amigas libreras de Mondadori, Ilaria y Cristina, siempre dispuestas y disponibles, sobre todo para organizar almuerzos rápidos acompañados de una buena tertulia.
Cristina Caboni, escritora de gran talento, con la que nació un entendimiento inmediato, que se convirtió en una sana amistad, hecha de honestidad compartida y certezas.

Aunque no puedo nombrarlos individualmente (¡haría falta un volumen sólo para eso!) quiero expresar mi profunda gratitud a los lectores porque son ellos quienes me dan el impulso para nuevas historias, alimentan mi creatividad con su aprecio, y son la razón por la que escribo.

Un último y agradecido recuerdo, no por ello menos importante, va dirigido a quienes en vida han cruzado mares tormentosos y han encontrado puertos seguros donde desembarcar tras agotadoras luchas contra la discriminación, la intolerancia, la incomprensión, la injusticia, y la maldad. Siempre estarán en mis novelas, emblemas de la vida real, vivida con dignidad y honor.

EMMA LEE BENNETT

Impreso para Emma Lee Bennett
por Amazon Kindle Direct Publishing

---

[1] Fuera del entorno familiar, los diálogos entre Nancy Jane y todos los personajes que no conocen el lenguaje de signos se entienden escritos en el cuaderno que siempre lleva consigo. Cuando Nancy Jane hable, o Eleonor se comunique con ella la escritura aparecerá en cursiva.

[2] Nombre popular con el que se conocían a los agentes de Policía durante la primera mitad del siglo XIX en Londres.

[3] Las Patronas de *Almack's* (*The Patronesses of Almack's*) eran un grupo selecto de mujeres aristocráticas que dirigían y regulaban los bailes y eventos sociales en *Almack's Assembly Rooms*, un exclusivo club de Londres durante el período de la Regencia (principios del siglo XIX). *Almack's* era uno de los lugares de reunión más prestigiosos de la alta sociedad londinense, y su comité de patronas tenía un poder significativo para determinar quién era aceptado en la sociedad.

[4] «Gentleman» John Jackson (28 de septiembre de 1769 - 7 de octubre de 1845), fue un célebre púgil.

[5] Carruaje deportivo descubierto con cuatro grandes ruedas, tirado por uno o dos caballos, con suspensión ligera, muy rápido y a menudo peligroso. Estaba de moda entre los jóvenes nobles.

[6] Los *scones* son unos panecillos horneados de forma redonda, especialidad históricamente escocesa que acompaña al té.

Copyright

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.
Toda referencia a acontecimientos y personajes históricos ha servido para dar realismo a la obra, pero toda opinión sobre ellos, expresada por los personajes, es totalmente ficticia.

Editor: Silvia Sirolini
Diseño gráfico: Angelice Graphics

Imágenes con licencia: Period Image.com

Imágenes con licencia: Stock.Adobe.com
Fotógrafo: Pawel Pajor

© 2020 Emma Lee Bennett
Primera edición italiana: agosto de 2016
Segunda edición italiana: mayo de 2017
Tercera edición italiana: junio de 2019
Cuarta edición italiana: enero de 2020